Discursos a mis estudiantes

C.H. Spurgeon

Una selección de
CONFERENCIAS DIRIGIDAS A LOS ESTUDIANTES
de la Escuela Pastoral del
TABERNÁCULO METROPOLITANO
por C.H. Spurgeon, Presidente

Discursos a mis estudiantes

Publicado conjuntamente por Editorial Peregrino, S.L.
La Almazara, 19
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real) España
info@editorialperegrino.com
www.editorialperegrino.com

y Publicaciones Aquila
5510 Tonnelle Ave.
North Bergen, NJ 07047-3029. EE.UU.

Publicado por primera vez en inglés en 1881–1893 en cuatro tomos por Passmore and Alabaster, Paternoster Buildings, Londres, Reino Unido

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:45 a. m. 5 de agosto de 2022.

Publicado íntegramente por primera vez en español en 2013 (ver nota en página 595)

Copyright © 2013 por Editorial Peregrino y Publicaciones Aquila
para esta versión en español

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiativo, de grabación u otro, sin el permiso previo del editor.

Traducción: Juan Sánchez Araujo
Revisión: Bonifacio Lozano García
Revisión de estilo: Demetrio Cánovas Moreno
Diseño de la cubierta: The Banner of Truth

Las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera 1960, excepto cuando se cite otra
lBLA = Biblia de las Américas. Copyright © 1986 por The Lockman Foundation

ISBN: 978-84-15951-09-4
Depósito legal:

Índice

SERIE PRIMERA
Prefacio de los editores
La Escuela Pastoral
Introducción y disculpas
Discurso 1: La vigilancia que el ministro debe tener de sí mismo
Discurso 2: El llamamiento al ministerio
Discurso 3: La oración privada del predicador
Discurso 4: Nuestra oración pública
Discurso 5: El tema de los sermones
Discurso 6: La elección del pasaje
Discurso 7: La espiritualización
Discurso 8: La voz
Discurso 9: La atención del auditorio
Discurso 10: La capacidad de improvisar
Discurso 11: El desfallecimiento del ministro
Discurso 12: La conversación corriente del ministro
Discurso 13: A los obreros con escasas herramientas

SERIE SEGUNDA
Introducción
La Escuela Pastoral
Discurso 1: El Espíritu Santo y nuestro ministerio
Discurso 2: La necesidad del progreso ministerial
Discurso 3: La necesaria determinación por la verdad
Discurso 4: La predicación al aire libre: bosquejo de su historia
Discurso 5: La predicación al aire libre: comentarios
Discurso 6: Posturas, acciones, gestos, etc. (I)
Discurso 7: Posturas, acciones, gestos, etc. (II)
Discurso 8: Menoscabo y mantenimiento del fervor
Discurso 9: El ojo ciego y el oído sordo
Discurso 10: Nuestro objetivo: la conversión

SERIE TERCERA
Notas introductorias a la edición en inglés
Nota de los editores a la SERIE TERCERA en español
Discurso 1: Los ejemplos en la predicación
Discurso 2: Anécdotas desde el púlpito
Discurso 3: Usos de las anécdotas y los ejemplos
Discurso 4: Dónde encontrar anécdotas y ejemplos

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:45 a. m. 5 de agosto de 2022.

Discurso 5: Algunos libros de fábulas, figuras y parábolas
Discurso 6: Las ciencias como fuentes de ejemplos
Discurso 7: El comentar y los comentarios

Discurso 1

La vigilancia que el ministro debe tener de sí mismo

«Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina»
(1 Ti. 4:16).

Cualquier trabajador sabe lo necesario que es mantener sus herramientas en buen uso, porque «si se embotare el hierro, y su filo no fuere amolado, hay que añadir entonces más fuerza». Si el carpintero pierde el filo de su azuela, sabe que se requerirá un mayor desgaste de sus energías para que no salga mal el trabajo. Miguel Ángel, aquel escogido de las bellas artes, era tan consciente de la importancia de sus utensilios, que siempre fabricaba él mismo, con sus manos, sus propios pinceles, y ello es para nosotros una ilustración del Dios de gracia que forma para sí, con especial cuidado, a todo ministro verdadero. Es verdad que el Señor, al igual que Quintín Matsys en la historia de la cerradura para los pozos en Amberes[1], puede trabajar con los instrumentos más deficientes —como cuando utiliza ocasionalmente una predicación muy simple para la conversión de alguien— y hasta puede obrar sin agente alguno: como cuando salva a los hombres sin predicadores, aplicando la Palabra directamente por su Santo Espíritu. Pero no podemos considerar los actos completamente soberanos de Dios como una regla para nuestras acciones. él puede, en su independencia absoluta, hacer lo que mejor le parezca, pero nosotros debemos actuar como nos dictan sus disposiciones más sencillas. Y uno de los hechos que están bastante claros es que, por lo general, el Señor adapta los medios a los fines; de donde sacamos la simple lección de que probablemente obtendremos mejores resultados si estamos en la mejor condición espiritual. O dicho de otro modo: por lo general haremos mejor la obra de nuestro Señor si nuestros dones y virtudes funcionan como deben, y peor si los mismos están averiados. Esta es una verdad práctica para guiarnos. Cuando el Señor hace excepciones, las mismas no sirven más que para confirmar la regla.

En cierto sentido, nosotros somos nuestras propias herramientas y, por tanto, debemos mantenernos en buen uso. Si quiero predicar el evangelio, no puedo utilizar más que mi propia voz: de manera que debo ejercitar mis aptitudes vocales. Solo me es posible pensar con mi propia mente, y sentir con el único corazón que tengo; por tanto, debo educar mis facultades intelectuales y emocionales. Únicamente puedo llorar y angustiarme por la salvación de las almas con mi propia naturaleza renovada; de modo que debo velar por mantener la ternura que había en Cristo Jesús. De nada me valdría llenar mi biblioteca, organizar sociedades o hacer planes si descuido el cultivarme a mí mismo; ya que los libros, los organismos y los sistemas son solo remotamente los instrumentos de mi santa vocación. La maquinaria más próxima para llevar a cabo mi servicio sagrado la constituyen mi propio espíritu, mi alma y mi cuerpo; mis facultades espirituales y mi vida interior son mi hacha de guerra y mis armas para la batalla. Escribiendo a un amigo y colega en el ministerio que estaba

[1] Se dice que a Quintín Matsys le quitaron sus compañeros de trabajo toda su herramienta, no dejándole más que su lima y su martillo, y con solo esos dos instrumentos construyó su famosa cerradura para los pozos. (N. T.).

viajando con el propósito de perfeccionar su manejo de la lengua alemana, M'Cheyne utilizó un lenguaje idéntico al nuestro, y le dijo:

> Ya sé que te aplicarás mucho al alemán, pero no te olvides de cultivar el hombre interior —quiero decir, el corazón—. ¡Con cuánta diligencia mantiene su sable limpio y afilado el oficial de caballería, y quita con el mayor esmero cualquier mancha del mismo! Recuerda que eres la espada de Dios, su instrumento, y confío que un vaso escogido y dedicado a él para llevar su Nombre. El éxito dependerá, en buena medida, de la pureza y perfección del instrumento. Dios no bendice tanto los grandes talentos como la semejanza con Jesús, y un ministro santo es un arma terrible en sus manos.

Si la propia persona del pregonero del evangelio está espiritualmente averiada, ello supone una grave calamidad tanto para él mismo como para su trabajo. Y a pesar de ello, hermanos, ¡con cuánta facilidad se produce un mal así!, ¡y con cuánta vigilancia debemos guardarnos del mismo!

Cierto día, viajando en el expreso desde Perth hacia Edimburgo, nos detuvimos de repente, porque un pequeñísimo tornillo de uno de los motores —toda locomotora de ferrocarril consta prácticamente de dos motores— se había roto; y cuando empezamos a movernos de nuevo, tuvimos que avanzar lentamente con una biela en lugar de dos. Solo se había roto un pequeño tornillo; si hubiera estado bien, el tren habría corrido velozmente por sus raíles, pero la ausencia de esa insignificante pieza de hierro descompuso toda la maquinaria. Se dice que las moscas que había dentro de los engrasadores de las ruedas de un vagón, detuvieron un tren en una de las vías férreas de Estados Unidos. La analogía es perfecta: un hombre apto en todos los demás aspectos para ser útil, puede verse sumamente impedido —o hasta inutilizado por completo— a causa de un pequeño defecto. Un resultado así es tanto más lamentable si está asociado con el evangelio: el cual es idóneo, en el sentido más alto, para obtener los resultados más grandiosos. ¡Qué terrible es que el bálsamo curativo pierda su eficacia por culpa del desatinado que lo aplica. Todos ustedes conocen los efectos perniciosos que a menudo produce en el agua el discurrir por tuberías de plomo; pues, de igual manera, el evangelio puede desvirtuarse hasta hacerse dañino para sus oyentes al fluir a través de hombres que no están espiritualmente sanos. Es de temer que la doctrina calvinista se convierta en la enseñanza más perversa cuando la exponen hombres de vidas impías y la exhiben como si se tratara de una capa para ocultar el libertinaje. Y, por otra parte, el arminianismo, con su amplio ofrecimiento de gracia, puede causar el más grave daño a las almas de los hombres si el tono del predicador lleva a sus oyentes a creer que *pueden* arrepentirse cuando gusten y que, por tanto, ninguna urgencia envuelve el mensaje del evangelio. Además, cuando un predicador es pobre en gracia, cualquier bien duradero que pudiera resultar de su ministerio, será por lo general débil y completamente desproporcionado con respecto a lo que podría haberse esperado. A la mucha siembra seguirá una siega escasa, y el interés que produzcan los talentos resultará despreciablemente pequeño. En dos o tres batallas de las que se perdieron en la pasada guerra americana, se ha dicho que el resultado dependió de la mala calidad de la pólvora suministrada al Ejército por algunos comerciantes «chapuceros», de manera que una andanada de cañonazos no producía el efecto debido. Y lo mismo puede pasarnos a nosotros; podemos errar el blanco, no alcanzar el objetivo y malgastar nuestro tiempo si no poseemos una verdadera fuerza vital en nuestro interior, o no la tenemos en tal medida

que Dios pueda bendecirnos de un modo consistente. ¡Cuidado con ser predicadores «chapuceros»!

Una de nuestras preocupaciones iniciales debiera consistir en ser nosotros mismos hombres salvos

El que un maestro del evangelio deba ser en primer lugar participante del mismo es una sencilla verdad, pero a la vez constituye una regla de la mayor importancia. Nosotros no estamos entre quienes aceptan la sucesión apostólica de hombres jóvenes simplemente porque ellos la asuman; si su experiencia en la facultad ha sido más bien alegre que espiritual, si sus honores han estado relacionados con los ejercicios atléticos antes que con trabajos para Cristo, nosotros demandamos pruebas de un género distinto al que ellos pueden presentarnos. Ninguna cantidad de honorarios pagados a sabios doctores, ni ninguna cantidad de conocimiento recibida a cambio, nos parecen evidencias de un llamado de lo alto. Se necesita la piedad genuina y verdadera como requisito principal e indispensable; cualquiera que sea el «llamamiento» que un hombre pretenda tener, si no ha sido llamado a la santidad, ciertamente no ha sido llamado al ministerio.

«Arréglate primero tú, y después adorna a tu hermano», dicen los rabinos. «La mano que pretende limpiar otra —expresa Gregorio—, no debe estar sucia». Si tu sal no tiene sabor, ¿cómo podrás sazonar a los demás? (*cf.* Lc. 14:34). La conversión es condición *sine qua non* en un ministro. Si eres un aspirante a nuestros púlpitos, «debes nacer de nuevo» (*cf.* Jn. 3:3). La posesión de este primer requisito ningún hombre puede darlo por sentado, ya que hay muchas probabilidades de que nos equivoquemos con respecto a si somos convertidos o no. El «hacer firme vuestra vocación y elección» (2 P. 1:10) no es un juego de niños. El mundo está lleno de falsificaciones, y plagado de quienes satisfacen el engreimiento carnal y se reúnen en torno a los ministros como buitres alrededor de un animal muerto. Nuestros propios corazones son engañosos (*cf.* Jer. 17:9), de modo que la verdad no se halla en la superficie de los mismos sino que debe sacarse del pozo más profundo. Debemos examinarnos a nosotros mismos ansiosamente y con minuciosidad, para que, de ninguna manera, después de haber predicado a otros nosotros mismos seamos eliminados (*cf.* 1 Co. 9:27).

¡Qué terrible es ser predicador del evangelio y, sin embargo, no estar convertido! Que cada hombre aquí presente susurre a lo más profundo de su alma: «¡Qué espantoso será *para mí* el no conocer el poder de la verdad que me dispongo a proclamar!». Un ministerio falto de conversión implica las relaciones más antinaturales. Un pastor que carece de gracia es como un hombre ciego al que nombraran para una cátedra de Óptica, que filosofara sobre la luz y la visión, que disertara e hiciera distinguir a los demás las hermosas sombras y las delicadas mezclas de los colores del prisma, mientras que él mismo permanece en la más absoluta oscuridad. Es como un mudo elevado a la cátedra de Música, ¡un sordo con soltura en sinfonías y armonías! Es un topo que pretendiera educar aguiluchos, un molusco marino elegido para presidir a los ángeles... A tales relaciones uno podría aplicarles las metáforas más absurdas y grotescas, salvo porque el tema es demasiado solemne. Resulta espantosa la posición en que se coloca un hombre que ha emprendido una tarea para la cual es total y absolutamente inadecuado, aunque esa ineptitud no le exima de las responsabilidades, ya que él mismo las ha contraído deliberadamente. Cualesquiera que sean sus dones naturales o sus facultades mentales, estará totalmente incapacitado para el trabajo espiritual si él mismo no posee esa clase de vida; y es su obligación cesar en el oficio ministerial hasta que haya recibido el requisito

principal y más sencillo de los que para ello se requieren.

El ministerio sin conversión debe de ser igualmente terrible en otro aspecto. Si el hombre no ha recibido comisión alguna, ¡qué posición tan *infeliz* ocupa! ¿Qué puede ver en la experiencia de su congregación que le proporcione consuelo? ¿Cómo se sentirá cuando oiga los lamentos de los penitentes o cuando escuche sus ansiosas dudas y solemnes temores? ¡Deberá de quedarse admirado al pensar que sus palabras se hayan reconocido como apropiadas! La palabra de un hombre inconverso puede ser bendecida para la conversión de las almas, ya que el Señor —a la vez que desconoce a tal hombre— seguirá honrando su propia verdad. ¡Qué perplejo debe de sentirse un hombre así cuando lo consulten respecto de las dificultades de los cristianos maduros! En el sendero de la experiencia, en el cual están siendo guiados sus propios oyentes regenerados, él mismo debe de sentirse bastante perdido. ¿Cómo podrá escuchar las alegrías de ellos en sus lechos de muerte, o unirse a su entusiasta comunión en torno a la Santa Cena?

En muchos casos de jóvenes a quienes se ha destinado a un oficio que no podían sobrellevar, estos se han escapado al mar antes que seguir en un negocio que les era fastidioso; ¿pero adónde huirá el hombre que ha emprendido un aprendizaje de por vida en este santo llamamiento y, sin embargo, desconoce por completo el poder de la piedad? ¿Cómo podrá atraer diariamente a los hombres a Cristo, cuando él mismo desconoce el poder del apasionado amor de Jesús? Oh señores, esa debe de ser, sin duda alguna, una perpetua esclavitud. Un hombre así debe de odiar la vista del púlpito tanto como un esclavo en galeras odia el remo.

Y cuán *poco útil* debe de ser tal hombre. Tiene que guiar a los viajeros por un camino que él mismo nunca ha transitado, ¡que hacer navegar un barco a lo largo de una costa de la cual no conoce ninguna de las señales fijas! Está llamado a instruir a otros siendo él mismo un necio. No puede ser otra cosa sino una nube sin lluvia, un árbol que solamente tiene hojas. Al igual que cuando la caravana que va por el desierto, con todos los que la forman sedientos y a punto de morir bajo el sol abrasador, llega hasta el tan deseado pozo y —¡horror de los horrores!— lo encuentra sin una sola gota de agua, así ocurre cuando las almas que sedientas de Dios llegan a un ministro vacío de gracia: corren peligro de perecer porque no encuentran el agua de vida. Es mejor abolir los púlpitos que llenarlos de hombres que no conocen por experiencia aquello que enseñan.

¡Ay! *el pastor no regenerado también se vuelve terriblemente dañino*, porque de todas las causas de descreimiento, los ministros impíos deben situarse en los primeros lugares. El otro día leí que ningún aspecto del mal presentaba un poder tan imponente de destrucción como el ministro inconverso de una parroquia en posesión de un órgano carísimo, un coro de cantores impíos y una congregación aristocrática. El escritor era de la opinión que no podría haber un mayor instrumento de condenación proveniente del Infierno que ese. La gente acude a su lugar de culto y se sienta cómodamente, y creen que todos ellos deben de ser cristianos, cuando, todo el tiempo, en lo único en que consiste su religión es en escuchar a un orador, divertir sus oídos con la música y quizá distraer sus ojos con gestos elegantes y ademanes de moda. El conjunto no es mejor de lo que ellos oyen y ven en la ópera: no tan bueno, quizá, en el aspecto de la belleza estética, y ni siquiera una pizca más espiritual. Miles se felicitan a sí mismos —y hasta bendicen a Dios— porque son devotos adoradores, cuando al mismo tiempo viven en un estado no regenerado y alejados de Cristo, teniendo apariencia de piedad pero

negando la eficacia de ella (*cf.* 2 P. 3:5). Aquel que preside un sistema cuyo objetivo no se eleva por encima del formalismo, se constituye más en un siervo del diablo que en un ministro de Dios.

Un predicador formal es dañino a la vez que mantiene su equilibrio exterior; pues, como carece de la estabilidad que la piedad proporciona, tarde o temprano, casi con toda seguridad, dará un traspié en su carácter moral, ¡y en qué terrible situación se coloca entonces! ¡Cómo es Dios blasfemado por ello, y cuán injuriado el evangelio!

Es terrible considerar *qué muerte esperará a un hombre así y cuál será su condición después de ella*. El profeta describe al rey de Babilonia descendiendo al Infierno, y a todos los reyes y príncipes a quienes él había destruido, y cuyas capitales había asolado, levantándose de sus lugares con un tremendo alboroto y saludando al tirano caído con este mordaz sarcasmo: «¿Tú también llegaste a ser como nosotros?». ¿Y no podríamos imaginar a un hombre que haya sido ministro pero vivido sin Cristo en su corazón, descendiendo al Infierno, y a todos los espíritus allí prisioneros que solían escucharlo, y a todos los impíos de su parroquia levantándose y diciéndole en tono amargo: «¿Tú también llegaste a ser como nosotros? Médico, ¿no te curaste a ti mismo? Tú que afirmabas ser una luz resplandeciente, ¿has sido arrojado a la oscuridad para siempre?». ¡Oh, si alguno tiene que perderse que no sea de esta manera! Perderse bajo la sombra de un púlpito es terrible, ¡pero mucho más lo es perecer estando en el púlpito mismo!

Hay un pasaje espantoso en el tratado de Juan Bunyan titulado *Sighs from Hell* (Suspiros desde el Infierno) que a menudo resuena en mis oídos: «¿De cuántas almas han sido el medio de destrucción los sacerdotes ciegos a causa de su ignorancia? La predicación de ellos no resultó mejor para esas almas que el veneno para el cuerpo. Es probable que muchos tengan que responder por ciudades enteras. ¡Ay amigo! Te digo que al tomar por ti mismo la tarea de predicar al pueblo, puede que no sepas lo que has tomado en tus manos. ¿No te afligirá ver cómo tu parroquia va detrás de ti al Infierno, gritando: 'Esto es lo que tenemos que agradecerte, ya que tuviste temor de hablarnos de nuestros pecados para que no fuéramos a dejar de ponerte la comida en la boca. Maldito desgraciado, que no estuviste contento —siendo el guía ciego que eras— con caer tú mismo en el hoyo, sino que también nos has conducido al mismo contigo'».

Richard Baxter, en su *The Reformed Pastor* (El pastor reformado), entre otros muchos asuntos solemnes escribe lo siguiente: «Cuídate, no vayas a carecer de aquella gracia salvadora de Dios que ofreces a los demás, desconociendo la obra eficaz del evangelio que predicas; y no sea que, mientras proclamas al mundo la necesidad del Salvador, tu propio corazón lo desconozca y pierdas tu parte en él y en los beneficios de su salvación. Cuídate de morir mientras adviertes a los demás contra el peligro de muerte, y de morir de hambre mientras preparas su comida. Aunque existe la promesa de que «los que enseñan la justicia a la multitud» brillarán como las estrellas (*cf.* Dn. 12:3), esto presupone que ellos mismos la habrán conocido primero. Simplemente considerada, la propia sinceridad de su fe es la condición de esa gloria; aunque su gran trabajo pastoral pueda ser condición de la promesa de mayor gloria. Muchos han advertido a los demás para que no fueran a ese lugar de tormento, a la vez que ellos mismos corrían hacía allí: más de un predicador que había clamado muchas veces a sus oyentes para que escaparan de la condenación, está ahora en el Infierno. ¿Acaso resulta razonable imaginar que Dios lo salvara a uno por ofrecer la salvación a los demás, mientras él

mismo la rechazaba? ¿O por contar a los otros aquellas verdades que él mismo dejaba de lado o de las cuales abusaba? Más de un sastre que hace trajes caros para los demás anda vestido de harapos; y más de un cocinero apenas se lame los dedos cuando prepara platos suculentos para otros. Creámoslo, hermanos míos: Dios nunca ha salvado a nadie por ser predicador, ni por ser un predicador capaz, sino por haber sido justificado y santificado y, por consiguiente, ser fiel en la obra de su Maestro. Por tanto, examina primero tu propia vida, y asegúrate de que eres lo que instas a tus oyentes a ser, y crees lo que los persuades a diario a creer, y que has acogido de buena gana al Cristo y al Espíritu que ofreces a los demás. Aquel que te mandó amar a tu prójimo como a ti mismo quiso decir que te amaras a ti mismo, y no que te odiaras y destruyeras a ti mismo y a ellos».

Hermanos míos, permitamos que estas solemnes frases causen su debido efecto en nosotros. Seguramente no haya necesidad de añadir nada más, pero déjame orar para que te examines a ti mismo y hagas un buen uso de lo que se te ha dicho hasta aquí.

Una vez establecida la cuestión de la fe verdadera, LO SIGUIENTE EN IMPORTANCIA PARA EL MINISTRO ES TENER UNA PIEDAD VIGOROSA. No debe contentarse con ser un cristiano más, sino ser un creyente maduro y avanzado; porque a los ministros de Cristo se les ha llamado, con toda propiedad, «lo más escogido de entre sus escogidos, lo más elegido de su elección, una iglesia escogida de entre la Iglesia». Si el ministro estuviera llamado a ocupar una posición normal y corriente, y a llevar a cabo un trabajo común, quizá la gracia común podría satisfacerlo, aunque aun así se trataría de una satisfacción indolente; pero habiendo sido elegido para una tarea extraordinaria, y estando llamado a ocupar un lugar de excepcional peligro, debería de sentirse ansioso por poseer esa fortaleza superior que es la única adecuada para su puesto. El pulso de su piedad vital debe latir con fuerza y regularidad; los ojos de su fe deben ser claros; la resolución de su pie tiene que ser firme; la actividad de su mano debe ser diligente: todo su hombre interior ha de poseer el más alto grado de salud. Se dice de los egipcios que escogían a sus sacerdotes de entre sus filósofos más instruidos y, después, tenían en tan alta estima a sus sacerdotes que de entre ellos escogían a sus reyes. Nosotros necesitamos tener como ministros de Dios a lo más escogido de las huestes cristianas, hombres tales que si la nación quisiera reyes, lo mejor que podría hacer es elevarlos a ellos al trono. Nuestros hombres con menos carácter, más tímidos, más carnales y más desequilibrados no son candidatos adecuados para el púlpito. Hay algunas tareas que nunca deberíamos asignar a los inválidos o deformes. Puede que un hombre no tenga las cualidades que se necesitan para trepar altos edificios, puede que su mente sea demasiado débil y el trabajo en lugares elevados le exponga a un grave peligro; entonces deben emplearse todos los medios para que se quede en el suelo y encuentre una ocupación útil para la cual no sea tan importante poseer una mente estable. Hay hermanos que tienen deficiencias espirituales parecidas, y no se les puede llamar a un servicio destacado y elevado, porque sus cabezas son demasiado débiles. Si se les permite tener un poco de éxito, entonces se embriagarán de vanidad: un vicio demasiado común entre los ministros y, de entre todos, el menos apropiado para ellos y el que con más seguridad les causará una caída. Si se nos llamase como nación a defender nuestros hogares, no enviaríamos al encuentro del enemigo a nuestros niños y niñas armados con espadas y fusiles, ni la Iglesia tampoco debe enviar a cualquier novicio locuaz ni a cualquier entusiasta sin experiencia a contender por la fe. El temor del

Señor debe enseñarle al joven sabiduría, pues de lo contrario se verá excluido del pastorado; la gracia de Dios debe hacer madurar su espíritu, si no, es mejor que espere hasta que sea investido de poder desde lo alto (*cf.* Lc. 24:49).

Debe mantenerse el más elevado carácter moral con toda diligencia. Muchos no poseen las cualidades necesarias para desempeñar un cargo en la iglesia, pero son lo bastante buenos como para ser simples miembros de ella. Yo sostengo opiniones muy severas con respecto a los cristianos que han caído en pecados groseros: me regocijo de que sean verdaderos conversos, y de que se los pueda recibir otra vez en la iglesia con una mezcla de esperanza y de precaución; pero cuestiono —y lo hago con toda gravedad— el que un hombre que haya cometido un pecado grosero sea restaurado al púlpito sin mucha dificultad. Como comenta John Angell James: «Cuando un predicador de justicia ha estado en camino de pecadores, nunca más debería abrir sus labios para hablar en la congregación, hasta que su arrepentimiento sea tan notorio como lo fue su pecado». Un dicho que muchas veces se ha aplicado en son de mofa a los jóvenes barbilampiños es: «Que quienes han sido afeitados por los hijos de Amón se queden en Jericó hasta que sus barbas hayan crecido». Pero, evidentemente, ese dicho es inaplicable para ellos, y en cambio es una metáfora bastante acertada para los hombres sin honor y sin carácter, cualquiera que sea su edad. ¡Ay!, la barba de la reputación, una vez cortada, es difícil que vuelva a crecer. La inmoralidad manifiesta, en la mayoría de los casos —y a pesar de lo profundo que pueda ser el arrepentimiento— constituye una señal funesta de que las virtudes ministeriales nunca estuvieron en el carácter de ese hombre. La esposa del César debe estar por encima de toda sospecha, y no tiene que haber rumores inquietantes con respecto a la inconsecuencia de un ministro en el pasado; de otro modo, será muy poca su esperanza de ser de utilidad. A tales ministros caídos se les debe recibir en la iglesia como penitentes, y se les pueden aceptar en el ministerio si Dios los pone ahí; no tengo dudas sobre ese punto, sino más bien mis dudas son sobre si Dios los puso alguna vez en ese lugar. Mi convicción es que no deberíamos en absoluto apresurarnos a hacer volver al púlpito a hombres que, habiendo sido probados una vez, hayan demostrado carecer de la gracia necesaria para resistir la prueba crucial de la vida de ministro.

Para algunas tareas no escogemos sino a los más fuertes; y cuando Dios nos llama al trabajo ministerial debemos esforzarnos por obtener la gracia que nos fortalezca para ser aptos para la posición que ocupamos, y no ser meros principiantes llevados por las tentaciones de Satanás hasta el punto de hacer daño a la iglesia y causar nuestra propia ruina. Debemos estar equipados con toda la armadura de Dios (*cf.* Ef. 6:11), preparados para hazañas de valor que no se esperan de otros; para nosotros, la abnegación, el olvido de nosotros mismos, la paciencia, la perseverancia y el ser sufridos deben ser virtudes diarias, ¿y quién es suficiente para todas estas cosas? Necesitamos vivir muy cerca de Dios a fin de mostrarnos aprobados en nuestra vocación.

No olvidemos, como ministros, que toda nuestra vida —y en especial nuestra vida pastoral— se verá afectada por el vigor de nuestra piedad. Si nuestro celo llega a apagarse, no oraremos bien en el púlpito, oraremos peor en la familia y peor aún en nuestro estudio a solas. Si nuestra alma enflaquece, nuestros oyentes —sin saber cómo o por qué— notarán que nuestras oraciones en público los edifican muy poco, y sentirán nuestra aridez quizá antes de que la percibamos nosotros mismos; después, nuestros discursos revelarán nuestro decaimiento espiritual. Puede que pronunciemos palabras tan

bien escogidas y frases tan bien ordenadas como antes lo hacíamos, pero habrá una perceptible pérdida de fuerza espiritual. Nos moveremos y sacudiremos igual que otras veces, aún como Sansón lo hizo, pero descubriremos que nuestra gran fuerza se ha apartado de nosotros. En nuestra comunión diaria con nuestra gente, ellos enseguida notarán el declive de nuestra gracia en todas las cosas. Los ojos agudos y perspicaces verán los cabellos canosos aquí y allá mucho antes de que los veamos nosotros. Cuando un hombre está afligido por una enfermedad del corazón, muchos males van unidos a ella: el estómago, los pulmones, las vísceras, los músculos y los nervios sufrirán; y de igual manera, si un hombre experimenta un debilitamiento de su corazón para las cosas espirituales, muy pronto toda su vida sentirá la agostadora influencia. Además, como resultado de nuestra propia decadencia, cada uno de nuestros oyentes sufrirá en mayor o menor medida: los más vigorosos de entre ellos vencerán la tendencia depresiva, pero aquellos de ánimo más débil se verán gravemente perjudicados. Con nosotros y nuestros oyentes ocurre lo mismo que con los relojes personales y el reloj público: si nuestro reloj funciona mal, muy pocas personas resultarán engañadas a excepción de nosotros mismos; pero si se desajustara el reloj de Horse Guards o del Observatorio de Greenwich, la mitad de Londres erraría en el cálculo del tiempo. Lo mismo sucede con el ministro: él es el reloj de la iglesia, y muchos ajustan su hora de acuerdo con él. Si es él quien funciona incorrectamente, entonces todos lo harán mal a su vez, y él será en gran medida responsable de todo el pecado que ocasione. No podemos soportar este pensamiento, hermanos míos. No nos supondrá ni un momento darle la debida consideración y, sin embargo, tenemos que considerarlo para poder guardarnos contra ello.

También debemos recordar que tenemos necesidad de una piedad muy vigorosa *porque el peligro que corremos es mucho mayor que el de los demás*. En general, ningún otro lugar recibe más asaltos de la tentación que el ministerio. A pesar de la popular idea de que nosotros nos retiramos cómodamente de la tentación, *no es menos* cierto que nuestros peligros son más numerosos e insidiosos que los que corren los cristianos comunes. Nuestra posición puede ser ventajosa debido a su altura, pero esa misma altura es peligrosa, y para muchos el ministerio ha demostrado ser una roca de Tarpeya. Si se preguntara cuáles son esas tentaciones, el tiempo nos faltaría para especificarlas; pero entre ellas están tanto las más vulgares y ordinarias como las más refinadas. Entre las más vulgares están tentaciones como la falta de moderación en el comer, las cuales son muy abundantes cuando nos encontramos entre personas hospitalarias; las tentaciones de la carne, que son incesantes entre los hombres jóvenes y solteros en puestos elevados en medio de una multitud de mujeres jóvenes que los admiran. Pero ya es suficiente: pues la propia observación no tardará en revelar miles de trampas, a menos que nuestros ojos estén cegados. Existen lazos más ocultos y secretos que esos, de los cuales podemos escapar con menos facilidad, y de entre ellos el peor es la tentación al ministerialismo: la tendencia a leer nuestras Biblias como ministros, a orar como ministros, a llevar a cabo todas las tareas de nuestra religión como si no tuvieran que ver con nosotros más que de un modo relativo. Perder el sentido personal del arrepentimiento y de la fe es ciertamente una gran pérdida. «Ningún hombre —dice John Owen— predica bien su sermón a otros si no se lo predica primeramente a su propio corazón». Hermanos, esto es sumamente difícil de hacer. Nuestro oficio, en lugar de ayudar a nuestra piedad —como algunos aseguran—, se convierte, debido a la maldad de nuestra naturaleza carnal, en uno de sus mayores estorbos; al menos, eso es lo que yo he descubierto. ¡De qué manera lucha uno

contra el oficialismo y, sin embargo, cuán fácilmente nos acosa el mismo como una larga vestidura que se enreda en los pies del que corre y dificulta su carrera! Cuidémonos, queridos hermanos, de esta y de todas las demás seducciones características de nuestro llamamiento; y si así lo hemos hecho hasta ahora, continuemos siendo vigilantes hasta el último momento de nuestra vida.

No hemos señalado más que uno de los peligros, pero en realidad hay un sinfín de ellos. El mayor enemigo de las almas se ocupa de no dejar piedra por mover para producir la ruina del predicador. Baxter dice lo siguiente:

> Sé vigilante, porque el tentador llevará a cabo su primera y más feroz embestida contra ti: si eres el líder en la lucha contra él, apurará al máximo lo que Dios le permita hacer. Él ataca con mayor malicia a aquellos cuyo propósito es hacerle el mayor daño. Odia a Cristo más que a todos nosotros, por ser el Mariscal de Campo y el «Autor de nuestra salvación», que hace más que ningún otro un ataque contra su reino de oscuridad; igualmente, odia a los líderes que están bajo sus órdenes más que a los soldados rasos, y sabe el daño que puede hacer a estos si ven caer a sus jefes. Lleva mucho tiempo luchando así, ni «con chico ni con grande», sino hiriendo a los pastores para poder dispersar a las ovejas (cf. Mt. 26:31); y ha tenido tanto éxito que seguirá haciéndolo mientras pueda. Entonces, hermano, cuídate, porque el enemigo te vigila especialmente. Te asaltará continuamente con insinuaciones sutiles, sugerencias incesantes y ataques violentos. Por muy sabio e instruido que seas, cuídate, no vaya a ganarte la partida; el diablo es más erudito que tú, y hábil en el debate. Se puede transformar en ángel de luz para engañar mejor (cf. 2 Co. 11:14); entrará y te pondrá la zancadilla antes de que te des cuenta de ello; sin que lo percibas, hará un juego de manos que te robará la fe o la inocencia, haciéndote creer que la ha aumentado o multiplicado cuando en realidad la has perdido. No verás ni anzuelo ni sedal, ¡cuánto menos al sutil pescador, mientras te extiende su cebo! Y ese cebo será tan adecuado para tu temperamento y disposición que seguramente hallará ventajas en tu interior, para que te traicionen tus propios principios e inclinaciones; y cuando te haga caer, te convertirá en el instrumento de tu propia ruina. Creerá haber hecho una gran conquista si consigue hacer perezoso e infiel a un pastor, o tentarlo a caer en la codicia o en el escándalo. Se jactará contra la Iglesia diciendo: «¡Ahí tienes a tus santos pastores! Ya ves adónde los lleva su meticulosidad». Se jactará contra Cristo mismo, diciendo: «¡He ahí a tus paladines! Puedo hacer que tus principales siervos te ultrajen, que los mayordomos de tu casa te sean infieles». Si insultó de esa manera a Dios por una falsa suposición, diciendo que podía hacer que Job blasfemara contra él en su misma presencia (cf. Job 2:5), ¿qué no hará si prevalece contra ti? Al final proferirá los mismos insultos acerca de ti, si pudo hacer que traicionaras tu elevado cargo, mancillaras tu santa profesión y prestaras tan buen servicio a tu adversario. No gratifiques así a Satanás, ni le sirvas de diversión; no permitas que te trate como los filisteos a Sansón, quitándote primero la fuerza y luego sacándote los ojos para hacer de ti el objeto de su triunfo y de su burla.

Una vez más: debemos cultivar el grado más elevado de piedad *porque nuestra tarea lo requiere imperiosamente.* La buena ejecución del trabajo del ministro cristiano está en proporción directa con el vigor de nuestra naturaleza renovada. Nuestro trabajo solo se ejecutará como es debido cuando esté bien hecho en nosotros mismos. Como es el obrero, así será su obra. Enfrentarse a los enemigos de la verdad, defender los baluartes de la Fe, gobernar bien en la casa de Dios, consolar a todos los que sufren, edificar a los santos, guiar a quienes están confusos, tratar con los rebeldes, ganar y alimentar a las almas, todas esas tareas y mil más no son para algún Flaca-mente o Próximo-a-cojear, sino que se

reservan para Gran- corazón a quien Dios ha hecho fuerte para sí. Busquemos, por tanto, fortaleza del Fuerte y sabiduría del Sabio; de hecho, busquemos todo del Dios de todo cuanto hay.

En tercer lugar, el ministro debe cuidar DE QUE SU CARÁCTER PERSONAL CONCUERDE EN TODOS LOS ASPECTOS CON SU MINISTERIO.

Todos hemos oído la historia del hombre que predicaba tan bien y vivía tan mal que cuando estaba en el púlpito todos decían que nunca debía dejarlo, y cuando estaba fuera del mismo todos a una afirmaban que jamás debía volver a ocuparlo. Que el Señor nos libre de imitar a semejante Jano. Que nunca seamos sacerdotes de Dios en el altar e hijos de Belial fuera del tabernáculo; por el contrario, que podamos ser, como Nacianceno dice de Basilio, «trueno en nuestra doctrina, y relámpago en nuestra conversación». Nosotros no confiamos en las personas que tienen dos caras, así tampoco creerán los hombres en aquellos cuyos testimonios verbales y prácticos sean contradictorios. Al igual que los hechos —según dice el refrán— hablan más alto que las palabras, así una mala vida ahogará del todo la voz del más elocuente de los ministros. Después de todo, nuestro edificio más seguro debe construirse con nuestras manos: nuestros caracteres han de ser más convincentes que nuestro discurso. En este punto no solo quiero advertir contra los pecados de comisión, sino también contra los pecados de omisión. Demasiados predicadores olvidan servir a Dios cuando están fuera del púlpito, y sus vidas resultan incoherentes y negativas. Aborrezcamos, queridos hermanos, la idea de ser ministros de horario que no viven permanentemente de la gracia que hay en su interior, sino que los ponen en movimiento las influencias temporales; hombres que son ministros solamente en el momento preciso, bajo la presión de la hora de efectuar su trabajo, pero que dejen de serlo cuando descienden los escalones del púlpito. Los verdaderos ministros lo son en todo momento. Muchos predicadores son semejantes a los juguetes movidos por arena que compramos para nuestros hijos, en los cuales, al volver hacia arriba el depósito, el pequeño acróbata gira dando vueltas y vueltas hasta que toda la arena ha bajado, quedando entonces colgado e inmóvil. Así hay también algunos que persisten en el ministerio de la verdad durante el tiempo en que hay una necesidad oficial de su trabajo, pero que, después de eso, si no hay paga no hay Padre Nuestro, y si no hay salario no hay sermón.

Es horrible ser un ministro incoherente. Se dice de nuestro Señor que fue semejante a Moisés por razón de haber sido un profeta poderoso en palabras y obras (*cf.* Hch. 7:22). El hombre de Dios debería imitar a su Maestro en esto: debiera ser poderoso en la palabra de su doctrina y en los hechos de su ejemplo; y ser más poderoso, si cabe, en lo segundo. Es significativo que la única historia de la Iglesia que tenemos sea la de «*Los Hechos* de los apóstoles». El Espíritu Santo no ha preservado sus sermones, los cuales debieron de ser muy buenos —mejores de los que nosotros predicaremos jamás—, pero aun así él solamente ha cuidado de preservar sus «hechos». No tenemos ningún libro de las decisiones de los apóstoles: cuando nosotros hacemos nuestras reuniones de iglesia, escribimos nuestras actas y resoluciones, pero el Espíritu Santo solamente recoge los «hechos». Nuestros hechos deberían ser tales que merecieran ser anotados; porque, de todos modos, lo serán. Debemos vivir como si nos halláramos bajo la mirada más inmediata de Dios, y como si estuviéramos rodeados del resplandor de ese gran día que todo lo revelará.

La santidad en un ministro es al mismo tiempo su principal necesidad y su adorno más excelente. La mera excelencia moral no es suficiente; debe darse en él la más alta virtud Es necesario un carácter coherente, el cual esté ungido con el sagrado aceite de la consagración; porque si no, careceremos de aquello que nos hace ser más fragantes para Dios y para el hombre. El anciano John Stoughton, en su tratado titulado *The Preacher s Dignity and Duty* (La dignidad y el deber del predicador), insiste en la santidad del ministro con frases llenas de significado:

> Si Uza tuvo que morir *por haber tocado el Arca de Dios* —y ello para sostenerla cuando estaba a punto de caer (*cf.* 2 S. 6:6)—, si los hombres de Bet-semes perecieron *por mirarla* (*cf.* 1 S. 6:19), si las mismas bestias que no hacen más que acercarse al monte santo están amenazadas, ¿entonces qué clase de personas deben ser aquellos a quienes se admita para conversar con Dios familiarmente, para estar delante de él —como están los ángeles— y contemplar su rostro continuamente (*cf.* Mt. 18:10); para transportar el Arca sobre sus hombros (*cf.* 1 Cr. 15:2); para llevar su nombre delante de los gentiles (*cf.* Hch. 9:15)... En suma, para ser sus embajadores (*cf.* 2 Co. 5:20)? «La santidad conviene a tu casa, oh Jehová... « (Sal. 93:5). ¿Y no sería una cosa ridícula imaginar que los vasos deban ser santos, las vestiduras deban ser santas, todo deba ser santo, a excepción del hombre sobre cuya misma ropa debe estar grabado: «Santidad a Jehová» (*cf.* Éx. 39:30)? ¿Y que, en Zacarías, las campanillas de los caballos deban llevar grabada una inscripción de santidad y las campanas de los santos, las campanas de Aarón, no deban estar consagradas? No, ellos deben ser luces encendidas y resplandecientes, pues si no su influencia desprenderá alguna cualidad maligna; deben rumiar y tener pezuña hendida (*cf.* Lv. 11:3–4), pues de lo contrario son inmundos; deben usar bien la Palabra (*cf.* 2 Ti. 2:15) y conducir su vida con rectitud, uniendo así su vida a su erudición. Si carecen de santidad, los embajadores causan deshonra al país del cual provienen, y al príncipe de parte de quien vienen; y este Amasa muerto, esta doctrina muerta que no está avivada por una vida buena, que yace en el camino, detiene al pueblo del Señor para que no pueda proseguir con alegría en su guerra espiritual.

La vida del predicador debería ser un imán que atrajera a los hombres a Cristo, y es muy triste cuando esa vida, en vez de ello, los separa de él. La santidad en los ministros es una llamada alta y clara a los pecadores al arrepentimiento, y cuando está aliada con una alegría santa, se hace extraordinariamente atractiva. Jeremy Taylor, con su gran riqueza de lenguaje, nos dice:

> Las palomas de Herodes no podrían haber atraído nunca a tantas otras palomas forasteras a su palomar si no hubieran estado untadas de opobálsamo. *Eav myr i khris is tas peristeras, kai ex uthen allas axousin*, como dice Dídimo: «Si perfumas tus pichones, estos atraerán a bandadas enteras»; y si tu vida es excelente, si tus virtudes son como ese precioso ungüento, pronto interesarás a quienes están a tu cargo para que corran *in odorem unguentorum*: «tras tu precioso perfume». Pero debes ser excelente: no *tanquam unus de populo* sino *tanquam homo Dei*. Debes ser un hombre de Dios; no según el estilo común de los hombres, sino «conforme al corazón de Dios». Y los hombres se esforzarán por parecerse a ti, si tú te pareces a Dios. Pero si únicamente estás en pie ante la puerta de la virtud para mantener fuera el pecado, solo atraerás a los rediles de Cristo a quienes el temor empuje a entrar. *Ad majorem Dei gloriam* («hacer lo que más glorifique a Dios»): esa es la pauta según la cual debes conducirte; pues no hacer otra cosa sino lo que demandan las necesidades de todos los hombres es proceder con servilismo, y no tanto con el afecto de los hijos. Y mucho menos podrás ser un padre para el pueblo, cuando tú mismo ni siquiera te comportas como los hijos de Dios. Porque un farol oscuro, aunque tenga un débil resplandor

en una de sus caras, apenas alumbrará a uno, mucho menos conducirá a una multitud o atraerá a muchos seguidores con el resplandor de su llama.

Otro teólogo episcopal igualmente admirable —el obispo Reynolds— ha dicho de forma excelente y sucinta:

> La estrella que condujo a los sabios a Cristo, la columna de fuego que guió a los hijos de Israel hasta Canaán, no solo brillaban, sino que iban delante de ellos (*cf.* Mt. 2:9; Éx. 23:21). De poco valdrá la voz de Jacob si las manos son las de Esaú. En la ley, ninguna persona que tuviera algún defecto debía presentar las ofrendas encendidas al Señor (*cf.* Lv. 21:17–20); y por medio de ello el Señor nos enseña qué virtudes debieran estar en sus ministros. El sacerdote había de tener en su manto campanillas y granadas: las primeras como una figura de la sana doctrina y las segundas como símbolo de una vida fructífera (*cf.* Éx. 23:33–34). El Señor será santificado en todos aquellos que se acerquen a él, porque los pecados de los sacerdotes hacen que el pueblo menosprecie la ofrenda del Señor (*cf.* 1 S. 2:17), y sus perversas vidas ciertamente deshonran su doctrina: *Passionem Christi annunciant profitendo, male agenda exhonorant*, como dice S. Agustín. Con su doctrina edifican y con sus vidas derriban. Concluyo este punto con aquel saludable pasaje de *Hieron ad Nepotianum*: «No dejes —dijo él— que tus obras deshonren tu doctrina; no sea que quienes te oyen en la iglesia respondan tácitamente: '¿Por qué no haces tú mismo lo que enseñas a los demás? El maestro que persuade a otros para que ayunen mientras él tiene el estómago lleno es desconsiderado. Un ladrón puede acusar la codicia'. *Sacerdotis Christi os, mens, manusque concordent*: un ministro de Cristo debe hacer que su lengua, su corazón y su mano concuerden».

Muy peculiar es también el lenguaje de Thomas Playfere en su *Say Well, Do Well* (Di bien, haz bien):

> Había un ridículo actor en la ciudad de Esmirna que al pronunciar ¡*O coelum*! ¡Oh cielo! señalaba con su dedo hacia el suelo; y viendo eso Polemo, el principal de aquel lugar, no pudo soportarlo más tiempo y salió de la compañía con gran irritación, diciendo: «Este necio ha cometido un solecismo con su mano; ha hablado un latín falso con su dedo». Y así son quienes *enseñan* bien y *hacen* mal, que aunque tienen el *Cielo* en la punta de su lengua, siguen teniendo la *tierra* en la punta de su dedo; los que no solo hablan un latín falso con su lengua sino falsa teología con sus manos; tales hombres no viven según lo que predican. Pero aquel que se sienta en el Cielo los ridiculizará, y los abucheará hasta que abandonen la escena si ellos no enmiendan su modo de actuar (*cf.* Sal. 2:4).

Hasta en las cosas pequeñas debe cuidar el ministro que su vida sea coherente con su ministerio. En especial debe ser cuidadoso de no dejar nunca de cumplir su palabra, y esto ha de llevarse hasta el grado de la escrupulosidad; nunca podremos ser demasiado cuidadosos, pues la verdad no solo debe estar en nosotros, sino irradiar de nosotros. Un célebre doctor en Teología de Londres, que ahora está en el Cielo —no tengo duda de ello—, un hombre muy excelente y piadoso, hizo el anuncio cierto domingo de que tenía la intención de visitar a toda su congregación, y dijo que para poder llevar a cabo su visita a todos ellos y a sus familias una vez al año, debía hacerlo por orden. A una persona que conozco bien, y que era en aquel entonces un hombre pobre, le alegró mucho la idea de que el ministro fuese a ir a su casa a verlo, y aproximadamente una o dos semanas antes de que, según sus cálculos, le llegara el turno, su esposa puso mucho cuidado en limpiar y arreglar la casa, y el hombre volvía corriendo a su hogar temprano después del trabajo, esperando cada noche encontrar allí al

doctor. Esto siguió así durante bastante tiempo; y bien porque el ministro olvidó su promesa o porque se cansó de cumplirla, o por alguna otra razón, nunca visitó el hogar de aquel hombre pobre, y el resultado fue que este perdió la confianza en todos los predicadores, llegando a decir: «Ellos se preocupan por los ricos, pero no se preocupan por nosotros que somos pobres». Aquel hombre no volvió a acudir a un lugar de culto durante muchos años, hasta que finalmente fue a caer en el *Exeter Hall* y fue oyente mío durante años, hasta que la providencia se lo llevó. No resultó tarea fácil hacerle creer que cualquier ministro podía ser un hombre honrado y amar de manera imparcial tanto a los ricos como a los pobres. Evitemos causar tal daño, siendo fieles en el cumplimiento de nuestra palabra.

Debemos recordar que la gente pone mucha atención en nosotros. Los hombres rara vez tienen el atrevimiento de quebrantar las leyes a plena vista de sus semejantes y, sin embargo, nosotros vivimos y nos movemos en esa situación tan pública. Nos observan miles de ojos de águila; actuemos de tal modo que nunca nos preocupe el que todo el Cielo, y la tierra, y el Infierno se sumen a la lista de nuestros espectadores. Nuestra posición pública supone un gran beneficio si somos capaces de mostrar los frutos del Espíritu en nuestras vidas; cuidémonos, hermanos, de no desperdiciar esa ventaja.

Cuando digo, mis queridos hermanos, que cuidemos nuestras vidas, quiero decir que seamos cuidadosos hasta en los detalles más pequeños de nuestro carácter. Evitemos las pequeñas deudas, la falta de puntualidad, el chismorreo, el poner motes, las riñas triviales y todos los demás defectos similares a estos que llenan de moscas el perfume del perfumista. No debemos tolerar los excesos y la indulgencia que han minado la reputación de muchos, y castamente debemos evitar las familiaridades que han situado a otros bajo la luz de la sospecha; debemos desechar las asperezas de carácter que han hecho aborrecibles a algunos y las necedades que han convertido en despreciables a otros. No podemos permitirnos el correr grandes riesgos por cosas pequeñas; debemos ser meticulosos en actuar según la regla que dice: «No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado» (2 Co. 6:3).

Con esto no queremos decir que estemos obligados a seguir cualquier capricho o moda de la sociedad en que nos movemos. Por regla general, no me gustan las modas de la sociedad y detesto el convencionalismo, y si considerase que es mejor saltarme una regla de protocolo o etiqueta, no tendría ningún reparo en hacerlo. No, nosotros somos hombres y no esclavos; y no debemos renunciar a nuestra libertad de hombres para ser los lacayos de quienes afectan elegancia o alardean de refinamiento. Sin embargo, hermanos, debemos huir como de una víbora de cualquier cosa que raye en la vulgaridad o la grosería, lo cual se acerca mucho al pecado. Las reglas de Chesterfield son ridículas para nosotros, pero no así el ejemplo de Cristo; y él no fue nunca vulgar, grosero, descortés o indiscreto.

Aun en los ratos de esparcimiento recordemos que somos ministros. Aunque no estemos ya desfilando, seguimos siendo oficiales en el ejército de Cristo y, como tales, debemos comportarnos. Y si hay que vigilar las cosas más pequeñas, ¡cuánto más vigilantes debemos ser en los asuntos importantes de moralidad, honestidad e integridad! En todo esto el ministro no debe fracasar. Su vida privada siempre debe mantenerse en armonía con su ministerio; pues, de lo contrario, al igual que el

sol, este se pondrá para él en el horizonte. Y cuanto antes se retire del mismo, mejor, ya que la continuación en su cargo no hará sino deshonrar la causa de Dios y provocar su propia ruina.

Hermanos, hemos llegado al final del discurso, y aquí debemos terminar.

Discurso 2

El llamamiento al ministerio

Todo cristiano capaz de ello tiene el derecho de difundir el evangelio; es más, no solo tiene ese derecho, sino que es su deber hacerlo mientras viva (Ap. 22:17). La difusión del evangelio no se encomienda solo a unos pocos, sino a todos los discípulos del Señor Jesucristo. Según la medida de la gracia que el Espíritu Santo le ha confiado, cada hombre debe ministrar en su tiempo y en su generación, tanto a la Iglesia como entre los inconversos. En realidad, esta cuestión excede a los varones e incluye aun a todo el otro sexo. Sean varones o mujeres, todos han de esforzarse al máximo para extender el conocimiento del Señor Jesucristo. Sin embargo, nuestro servicio no tiene por qué adoptar la forma particular de la predicación; y, ciertamente, en algunos casos, no debe hacerlo: como sucede, por ejemplo, con las mujeres, cuyo ministerio público de enseñanza se prohíbe expresamente (1 Ti. 2:12; 1 Co. 14:34). Pero, dicho esto, si tenemos capacidad para predicar debemos ejercitarla.

En esta clase, sin embargo, no me refiero a la predicación ocasional, ni a cualquier otra forma de ministerio común a todos los santos, sino a la tarea y al cargo de obispo, que incluye tanto la enseñanza como el gobierno de la iglesia, lo cual exige la dedicación de toda la vida de un hombre al trabajo espiritual y el abandono por su parte de cualquier llamamiento secular (2 Ti. 2:4), y le da derecho a depender de la Iglesia de Dios para la provisión temporal de sus necesidades, puesto que entrega todo su tiempo, sus energías y esfuerzos en beneficio de aquellos a quienes preside (1 Co. 9:11; 1 Ti. 5:18). A los hombres así, Pedro les dirige estas palabras: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella» (1 P. 5:2). Ahora bien, no todos pueden cuidar de los hermanos de esta manera o gobernar en una iglesia —¡tiene que haber algunos a los que cuidar y gobernar!—, y es nuestra convicción que el Espíritu Santo nombra a algunos en la Iglesia de Dios para que se desempeñen como obispos, mientras que a otros les da la disposición de dejarse cuidar para su propio bien. No todos están llamados a trabajar con la palabra y la doctrina, ni a ser ancianos, ni a ejercer las funciones de obispo. Tampoco deberían aspirar a dichas tareas, ya que los dones necesarios para las mismas no se prometen a todos en ningún sitio. Pero aquellos que creen, como el apóstol, que han recibido «este ministerio» (2 Co. 4:1), deberían aplicarse a tan importantes obligaciones. Ningún hombre debe entremeterse en el redil como zagal, sino que debe estar atento al Pastor jefe y aguardar a la entera disposición de este. Nadie se presenta tampoco como embajador de Dios, sino que debe esperar el llamamiento de lo alto para hacerlo; y si no espera, sino que se precipita al sagrado ministerio, el Señor les dirá a él y a otros como él: «Yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Jehová» (Jer. 23:32).

Con respecto al Antiguo Testamento, encontramos a los mensajeros de Dios en la antigua dispensación afirmando tener encargos de parte de Jehová. Isaías nos dice que uno de los serafines tocó sus labios con un carbón encendido de debajo del altar, y que la voz del Señor preguntó: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?» (Is. 6:8). A lo que el profeta respondió: «Heme aquí, envíame a mí». No salió corriendo antes de haber sido visitado de esta manera tan especial por el Señor,

satisfaciendo los requisitos de su misión. Las palabras «¿Cómo predicarán si no fueren enviados?» aún no se habían pronunciado; pero su solemne significado se entendía perfectamente. Jeremías, por su parte, describe en detalle su llamamiento en el capítulo 1 de su libro:

> Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar (Jer. 1:4–10).

La comisión de Ezequiel fue diferente en su forma externa pero con las mismas implicaciones. Dice así la misma en las propias palabras del profeta:

> Me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Y luego que me habló entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba. Y me dijo: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes que se rebelaron contra mí; ellos y sus padres se han rebelado contra mí hasta este mismo día (Ez. 2:1–3).

> Me dijo: Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel. Y abrí mi boca, y me hizo comer aquel rollo. Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel. Luego me dijo: Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras (Ez. 3:1–4).

Y el llamamiento de Daniel a profetizar, aunque no se relata en la Biblia, se atestigua sobradamente por las visiones que se le concedieron y el sumo favor de que gozó con el Señor, tanto en sus meditaciones privadas como en sus actos públicos. No es necesario que pasemos revista a todos los demás profetas, ya que cada uno de ellos afirmaba hablar de parte del Señor con su «así dice el Señor». En la dispensación actual, el sacerdocio es común a todos los santos; pero profetizar —o lo que es lo mismo, ser movido por el Espíritu Santo a entregarse plenamente a la proclamación del evangelio— es, de hecho, el don y el llamamiento solo de un número comparativamente pequeño y, ciertamente, estos necesitan estar tan seguros de la legitimidad de su posición como lo estaban los profetas. ¿Y de qué otra manera pueden justificar su oficio sino por haber tenido un llamamiento similar al de ellos?

Tampoco debe nadie imaginarse que los llamamientos así sean meras ilusiones, y que no haya nadie en esta época apartado para la obra particular de la enseñanza y el gobierno de la iglesia; porque los nombres mismos que se da a los ministros en el Nuevo Testamento implican un llamamiento anterior a su trabajo. El apóstol Pablo dice ser *embajador* de Dios; ¿pero acaso no es la esencia misma del cargo de embajador el nombramiento hecho por el monarca representado? Un embajador que no hubiera sido enviado sería el hazmerreír de todos. Y los hombres que se atreven a declararse embajadores de Cristo deben sentir del modo más solemne que Dios les ha «encomendado» la palabra de la reconciliación (2 Co. 5:18, 19). Si alguien dijera que esto se limita a los apóstoles, le contestaría que la epístola no está solo escrita en nombre de Pablo, sino también de Timoteo y, por tanto, que

incluye a otros ministerios además del apostolado. En 1 Corintios leemos: «Así, pues, téngannos [refiriéndose a sí mismo y a Sóstenes (1 Co. 1:1)] los hombres por servidores de Cristo, y *administradores* de los misterios de Dios» (1 Co. 4:1). Y, ciertamente, un administrador recibe su cargo de su Señor; no puede ser administrador meramente porque él quiera serlo o porque así lo consideren otros. Si cualquiera de nosotros escogiera nombrarse administrador del marqués de Westminster, y empezara a manejar la propiedad de este, se le haría comprender su error rápidamente de la manera más convincente. Evidentemente tiene que haber autoridad antes de que un hombre pueda llegar ser legalmente obispo, «administrador de Dios» (Tit. 1:7).

El título de *ángel* en el Apocalipsis (Ap. 2:1) significa mensajero; ¿y cómo pueden los hombres ser heraldos de Cristo si no es por la elección y la ordenación de Jesús? Si se pone en tela de juicio la referencia de la palabra *ángel* al ministro, aceptaríamos gustosos que se nos mostrara que puede referirse a algún otro. ¿A quién de la iglesia escribiría el Espíritu como representante de esta sino a alguien con una posición como la del anciano presidente?

A Tito se le ordenó que diera prueba fehaciente de su ministerio: había sin duda algo que demostrar. Algunos son «instrumento[s] para honra, santificado[s], útil[es] al Señor, y dispuesto[s] para toda buena obra» (2 Ti. 2:21). Al Señor no se le puede negar el derecho de elegir los instrumentos que utiliza; y aún dirá de algunos hombres como dijo de Saulo de Tarso: «Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles» (Hch. 9:15). Cuando nuestro Señor subió a lo alto, dio dones a los hombres; y es digno de mención que esos dones eran ellos mismos, hombres apartados para diferentes tareas: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros» (Ef. 4:11); de lo que claramente se deduce que, como consecuencia de la ascensión de nuestro Señor, se concede a las iglesias ciertos individuos para que sean pastores sobre ellas. Es Dios quien los da y, por consiguiente, no se elevan ellos mismos a la posición que ocupan. Hermano, confío en que algún día podrás hablar del rebaño en que el Espíritu Santo «[te] ha puesto por [obispo]» (Hch. 20:28); y pido a Dios que cada uno sea capaz de decir, como el apóstol de los gentiles, que su ministerio no lo ha recibido ni de hombre ni por hombre, sino del Señor (Gá. 1:1). Cúmplase en ti esa antigua promesa que dice: «Os daré pastores según mi corazón» (Jer. 3:15); «Pondré sobre ellas pastores que las apacienten» (Jer. 23:4). Quiera el Señor cumplir en cada uno lo que él mismo declaró: «Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás» (Is. 62:6). Puedas tú entresacar lo precioso de lo vil y ser como la boca de Dios (Jer. 15:19). Quiera el Señor manifestar a través de ti, en todo lugar, el olor del conocimiento de Jesús, y hacerte «grato olor de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden» (2 Co. 2:15). Y puesto que cada uno tiene un tesoro valiosísimo en un vaso de barro, que la excelencia del poder divino repose sobre él para que pueda glorificar a Dios y quedar libre de la sangre de todo hombre.

Al igual que el Señor Jesús subió al monte y llamó a sí mismo a los que él quiso, y luego los envió a predicar (Mr. 3:13), puede también seleccionarte a ti, llamarte a subir para que tengas comunión con él, y enviarte como siervo suyo elegido para bendecir a la Iglesia y al mundo.

¿Cómo puede un joven saber si está llamado o no? He aquí una pregunta importante que deseo tratar del modo más solemne. ¡Quiera Dios concederme su guía para hacerlo! Es lamentablemente evidente —por los ministerios estériles y las iglesias decadentes que nos rodean— que cientos de hombres han

errado su camino e ido a parar a un púlpito. El que un hombre yerre su llamamiento es una terrible calamidad tanto para sí mismo como para la iglesia sobre la que se impone: su error conlleva una aflicción del tipo más lastimoso. La frecuencia con la que algunos hombres dotados de razón confunden la meta de su existencia y apuntan hacia objetivos que nunca debieron perseguir, constituiría un interesante y doloroso tema de reflexión. El autor de los siguientes versos debe de haber tenido en mente muchos púlpitos mal atendidos cuando escribe:

¡Declarad, sabios, si acaso encontráis
entre los animales de toda clase,
condición, especie y tamaño,
desde las ballenas y los elefantes hasta las moscas,
una criatura que confunda su propósito
y yerre tanto como el hombre!

Cada especie busca su propio bien
y persigue el disfrute, el descanso y la comida
como la naturaleza le dicta, y jamás yerra
en aquello que escoge o que prefiere;
solo el hombre comete errores impensables,
aunque esté dotado de razón
muy por encima de todo el resto.

Vayamos a los ejemplos y veamos
que un buey no intenta volar,
ni abandona sus pastos en el bosque
para ir a explorar el agua con los peces.
Solo el hombre, entre todas las criaturas,
actúa contra su naturaleza.

Cuando medito acerca del daño casi infinito que puede causar un error en relación con nuestra vocación para el ministerio cristiano, me siento abrumado por el temor de que cualquiera de nosotros pudiera actuar descuidadamente al examinar si cumple o no los requisitos para el mismo, y preferiría que dudásemos exageradamente y nos examinásemos con excesiva frecuencia antes que convertirnos en obstaculizadores del terreno. No faltan métodos precisos para que un hombre compruebe su llamamiento al ministerio si desea ardientemente hacerlo, y nadie debe entrar en absoluto en dicho ministerio hasta que se haya examinado y probado solemnemente acerca de este punto. Una vez seguro de su propia salvación, debe indagar en cuanto a la cuestión adicional de su llamamiento al ministerio: lo primero es esencial para sí mismo como cristiano; lo segundo lo es, de igual manera, en tanto que pastor. Un pastor sin llamamiento es comparable a quien profesa ser cristiano sin haberse convertido; en ambos casos no se trata más que de una condición meramente nominal.

1. La primera señal del llamamiento divino es un *deseo intenso y absorbente de trabajar en la obra.* Para que haya un verdadero llamamiento al ministerio debemos experimentar un anhelo irresistible y

abrumador, y una sed insoportable, de contarles a otros lo que Dios ha hecho con nuestras propias almas; yo lo llamaría una especie de *storg*, como la que tienen las aves por criar a sus pollos llegado el momento, cuando la madre escogería antes morir que dejar el nido. Alguien que había conocido íntimamente a Alleine, dijo de él que «tenía una avidez infinita e insaciable por la conversión de las almas». Cuando muy bien podría haber formado parte del consejo de gobierno de su universidad, prefirió una capellanía, porque le «inspiraba la impaciencia por ocuparse en el trabajo ministerial directo». El consejo profundamente sabio de un teólogo a alguien que le pedía su parecer al respecto fue: «No entres en el ministerio *si puedes evitarlo*». Si algún estudiante en esta sala siente que estaría satisfecho con ser director de periódico, vendedor de comestibles, granjero, médico, abogado, senador o rey, por el amor de Dios, que siga su camino: no es hombre en quien more el Espíritu de Dios en plenitud; ya que a un hombre tan lleno de Dios le aburriría soberanamente cualquier empresa que no fuera aquella por la que brama lo más íntimo de su alma. Por otro lado, si puedes decir que ni por todo el oro del mundo serías capaz o te atreverías a abrazar ningún otro llamamiento que te apartara de predicar el evangelio de Jesucristo, entonces, según eso —si se cumplen los demás requisitos—, demuestras tener las señales de este apostolado. Hemos de sentir que ¡ay de nosotros si no predicáramos el evangelio! La palabra de Dios debería ser como un fuego que ardiera en nuestros huesos; de otro modo, si acometemos el ministerio, seremos infelices en el mismo e incapaces de soportar los sacrificios que conlleva, así como de poca utilidad para aquellos a quienes ministremos. ¡Y bien puedo hablar de sacrificios!, porque el verdadero trabajo pastoral está lleno de ellos; y, sin un amor por su llamamiento, el pastor pronto sucumbirá ya sea abandonando la penosa tarea o siguiendo adelante descontento y bajo una monotonía tan agobiante como la de un caballo ciego en un molino.

En la fuerza del amor hay un consuelo
que determinadas cosas que el corazón
nos romperían, las hace llevaderas.

Ceñido con ese amor resistirás impávido; mientras que despojado del cinturón más que mágico de la vocación irresistible, te consumirás de infelicidad.

Este deseo tiene que ser *reflexivo*: no debería tratarse de un impulso repentino, sin anhelante consideración por nuestra parte, sino del producto de nuestro corazón en sus mejores momentos, del objeto de nuestras reverentes aspiraciones, del tema de nuestras oraciones más fervientes. Y debe seguir acompañándonos cuando las ofertas tentadoras de riquezas y comodidad entren en conflicto con el mismo, y permanecer como una resolución sosegada y lúcida después de haber estimado todo por lo que vale y calculado el costo con meticulosidad.

De niño, cuando vivía en el campo en casa de mi abuelo, vi en cierta ocasión a un grupo de cazadores vestidos con casacas rojas y cabalgando por sus campos tras un zorro. ¡Aquello me encantó! Mi corazón infantil se sentía entusiasmado, y estuve dispuesto a seguir a los sabuesos por setos y zanjas. Siempre he tenido un gusto natural por esas actividades; y, en mi infancia, cuando me preguntaban lo que quería ser, por lo general decía que cazador: ¡una bonita profesión, desde luego! Muchos jóvenes tienen la misma idea del ministerio pastoral que yo tenía de lo que suponía ser

cazador: una mera noción infantil de atracción por la casaca y por hacer sonar la trompa —el honor, el respeto, la vida holgada—; y probablemente hasta sean lo bastante necios como para pensar en las riquezas del ministerio. ¡Hay que ser verdaderamente ignorante para buscar riquezas en relación con el ministerio bautista! La fascinación del oficio de predicador es muy grande para las mentes débiles; por eso advierto a todos los jóvenes que no deben confundir el capricho con la inspiración, ni una preferencia pueril con un llamamiento del Espíritu Santo.

Subraya bien que el deseo del que he hablado debe ser *plenamente desinteresado*. Si un hombre puede detectar, después del más intenso examen de sí mismo, cualquier otro motivo aparte de la gloria de Dios y del bien de las almas en su búsqueda del obispado, mejor haría en apartarse de ella al instante, ya que el Señor aborrecerá la entrada de compradores y vendedores en su templo. La introducción de cualquier actitud mercenaria, aun en la medida más pequeña, será como la mosca muerta en el perfume del perfumista, y lo estropeará todo.

Este deseo debería *permanecer con nosotros*: una pasión que soporta el examen de la prueba; un anhelo del que nos es totalmente imposible escapar, aunque hayamos intentado hacerlo; un deseo, en realidad, que se hace cada vez más intenso con el transcurso de los años hasta convertirse en un ansia, un afán, un hambre por proclamar la Palabra. Ese intenso deseo es un sentimiento tan noble y hermoso que siempre que lo veo relucir en el seno de algún joven, soy lento para desalentar a este, aunque tenga mis dudas en cuanto a sus habilidades. Puede que sea necesario, por algunas razones que daré más adelante, reprimir la llama, pero siempre debería hacerse con renuencia y sabiduría. Tengo un respeto tan profundo por este «fuego en los huesos» que si no lo sintiera yo mismo debería dejar el ministerio de inmediato. Si no experimentas ese fervor sagrado, te ruego que vuelvas a casa y sirvas a Dios en tu propia esfera; pero si el carbón de enebro encendido arde en tu interior, no lo ahogues a menos que otras consideraciones de gran importancia te demuestren, verdaderamente, que tu deseo no es un fuego de origen celestial.

2. En segundo lugar: combinado con el ferviente deseo de ser pastor, debe haber una *aptitud para predicar y cierta medida de las otras cualidades necesarias para el oficio de educador público.* Para comprobar su llamamiento, un hombre debe probar con éxito tales cualidades. No estoy pretendiendo que la primera vez que un hombre se levante para hablar debe predicar tan bien como Robert Hall lo hizo al final de su vida. Si no predica peor que lo hizo ese gran hombre en un principio no hay que criticarlo. Ya sabes que Robert Hall se quebrantó completamente tres veces y exclamó: «Si esto no me humilla, nada lo hará». Algunos de los oradores más famosos no fueron precisamente los más elocuentes en sus días tempranos: hasta Cicerón adolecía al principio de una voz débil y tenía dificultad de pronunciación. Aun así, un hombre no debe considerarse llamado a predicar hasta que haya demostrado que puede hablar. Ciertamente, Dios no ha creado a behemot para que vuele; y si leviatán tuviera un ferviente deseo de elevarse con la alondra, evidentemente esa sería una imprudente aspiración, ya que no está dotado de alas. Si un hombre tiene el llamamiento a predicar, poseerá cierto grado de capacidad para hablar la cual irá cultivando y aumentando; si en un principio carece de cierta medida del don de la palabra, no es probable que vaya a adquirirlo jamás.

He oído hablar de cierto caballero que tenía un vivo deseo de predicar y que no hacía más que importunar a su ministro; hasta que, después de un sinfín de negativas, obtuvo por fin permiso para

pronunciar un sermón de prueba. Aquella oportunidad fue el final de su importunidad; porque tras anunciar su texto bíblico se vio privado de todas sus ideas menos una, la cual expresó con profunda emoción y después bajó del púlpito. «Hermanos —dijo—, si alguno piensa que es fácil predicar, le aconsejo que suba aquí para que se le quite toda su presunción». La puesta a prueba de tus facultades será muy útil para revelarte tu deficiencia si no cuentas con la habilidad necesaria; no conozco nada mejor que esto. Debemos concedernos una justa oportunidad a este respecto o no podremos saber con certeza si Dios nos ha llamado o no; y durante la prueba hemos de preguntarnos con frecuencia si, en términos generales, podemos tener la esperanza de edificar a otros con discursos como el nuestro.

No obstante, hemos de hacer algo más que someter tal cosa a nuestro propio juicio y conciencia, ya que somos malos jueces de nosotros mismos: un cierto tipo de hermanos tienen gran facilidad para descubrir que Dios los ha ayudado muy claramente en sus sermones. Les envidiaría su gloriosa libertad y autocomplacencia si hubiera alguna base para ella; pero, desgraciadamente, con harta frecuencia tengo que lamentarme y apesadumbrarme por mis propias deficiencias y mi ineficacia como orador. No debemos depender demasiado de nuestra propia opinión; pero podemos aprender mucho de otras personas espirituales y juiciosas. Aunque no sea en absoluto una ley a la que deba someterse todo el mundo, sí es una buena y antigua costumbre en muchas de nuestras iglesias rurales que el joven que aspira al ministerio predique delante de la congregación. Esto casi nunca supone un trago muy agradable para el joven aspirante, y en pocas ocasiones resultará un ejercicio muy edificante para los hermanos; aun así, puede ser una disciplina saludable y evitar la exposición a la luz pública de una ignorancia galopante. El registro parroquial de Arnsby contiene la siguiente anotación:

> *Breve relato del llamamiento de Robert Hall hijo a la obra del ministerio por la iglesia en Arnsby, 13 de agosto de 1780*.
>
> El susodicho Robert Hall nació en Arnsby el 2 de mayo de 1764 y, aun desde su infancia, fue no solo de grave compostura y *dado a la oración secreta antes de poder siquiera hablar con claridad*, sino también plenamente inclinado siempre a la obra del ministerio. Comenzó componiendo himnos sin haber cumplido aún los 7 años de edad, y en ello dio muestras de piedad, profundidad de pensamiento e ingenio. Entre los 8 y los 9 años compuso varios himnos que despertaron la admiración de muchos; uno de los cuales se publicó por aquel entonces en el *Gospel Magazine*. También escribió sus reflexiones acerca de varios temas religiosos y de pasajes selectos de las Escrituras. Asimismo, estuvo dominado por una intensa inclinación hacia el conocimiento, e hizo tales progresos que el maestro rural que le enseñaba no pudo instruirle más; por lo que se le envió al internado de Northampton bajo el tutelaje del Revdo. John Rylan, y allí continuó cerca de un año y medio e hizo grandes avances en Latín y Griego. En octubre de 1778 fue a la Academia en Bristol, donde estuvo a cargo del Revdo. Sr. Evans; y el 13 de agosto de 1780 su iglesia lo envió al ministerio cuando contaba solamente 16 años y 3 meses de edad. Y la forma en la que la iglesia se aseguró de sus habilidades para la gran tarea fue haciéndole hablar por turno en grandes reuniones de la denominación, acerca de varios pasajes de la Escritura en los cuales llevaba más de cuatro años ocupándose con oración, y después de haber predicado con frecuencia a petición de ellos en su localidad, los domingos por la mañana, obteniendo gran aprobación. Por esta razón, solicitaron unánime y encarecidamente que se le apartara de forma solemne para el ministerio público. Por ello, en el día de referencia, su padre lo examinó delante de la iglesia en cuanto a sus inclinaciones, motivos y propósito respecto del ministerio y se le pidió, asimismo, que hiciera una

exposición de sus sentimientos religiosos. Una vez llevado a cabo todo lo cual a plena satisfacción de la iglesia, lo apartaron levantando todos la mano derecha y haciendo una solemne oración. A continuación, su padre le dedicó un discurso basado en 2 Timoteo 2:1: «Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús»; y tras ser encomendado de este modo a la obra, predicó aquella tarde acerca de 2 Tesalonicenses 1:7, 8. ¡Quiera el Señor bendecirle y concederle mucho éxito[1]!

En este asunto hay que dar considerable importancia a la opinión de hombres y mujeres que vivan cerca de Dios, y en la mayoría de los casos el veredicto de ellos será acertado. Sin embargo, este recurso no es definitivo ni infalible, y solo debe estimarse en función de la inteligencia y la piedad de los consultados. Recuerdo bien con cuánta seriedad una señora cristiana de lo más piadoso trataba de disuadirme de predicar; y aunque me esforcé por evaluar su opinión con sencillez y paciencia, la misma quedó superada por el juicio de otras personas de más experiencia. Los jóvenes que dudan harán bien en llevar consigo a sus amigos más sabios la próxima vez que vayan a una iglesia rural o a un salón de reuniones de algún pueblo para intentar predicar la Palabra. Me he dado cuenta, caballeros —y nuestro respetable amigo, el Sr. Rogers, ha observado lo mismo—, de que ustedes los estudiantes, como grupo, rara vez se equivocan al evaluarse los unos a los otros. Difícilmente ha habido alguna ocasión —después de mucho buscar— en que la opinión general de la Escuela respecto de algún hermano haya sido errónea. Los hombres no son tan incapaces de formarse una opinión unos de otros como algunas veces se piensa. Al encontrarse como ustedes lo hacen en las clases, en las reuniones de oración, en sus conversaciones y en diversas obligaciones religiosas, se calibran los unos a los otros, y el hombre sabio no se apresurará a desechar el veredicto de la comunidad.

No concluiría debidamente este apartado si no añadiera que la mera capacidad para edificar y la aptitud para enseñar no es suficiente: ha de haber otros talentos que completen el carácter pastoral. La sensatez y una experiencia sólida deben dirigirle a uno; la amabilidad y el afecto dominarlo; la firmeza y el valor manifestarse claramente en él; y la ternura y la compasión no faltarle. Los dones de administración para el buen gobierno son tan imprescindibles como los dones de enseñanza para instruir bien. Deben tenerse aptitudes para guiar, ha de estarse dispuesto a soportar y ser capaz de perseverar. Hay que sobrepasar al resto del pueblo de hombros para arriba en gracia, a fin de poder ser su padre y consejero. Lee cuidadosamente los requisitos de los obispos en 1 Timoteo 3:2–7 y en Tito 1:6–9. Si esos dones y virtudes no están presentes en ti y abundan, es posible que tengas éxito como evangelista, pero no valdrás para pastor.

3. Como prueba adicional del llamamiento de un hombre al ministerio, este debería, después de un pequeño ejercicio de sus dones como el que ya he mencionado, *ver cierta medida de conversión de almas por medio de sus esfuerzos* o llegar a la conclusión de que se ha equivocado y volver atrás de la mejor manera posible. No cabe esperar que en nuestro primer —y hasta en nuestro vigésimo— esfuerzo en público se nos otorgue el éxito, y un hombre puede concederse aun un intento de por vida en la predicación si se siente llamado a hacerlo; pero en mi opinión, a su comisión como ministro le faltará el sello de garantía hasta que por medio de él haya almas ganadas para el conocimiento de Jesús. En tanto que obrero, debe seguir trabajando tenga éxito o no lo tenga; pero como ministro, no

[1] Morris, J.M.: *Biographical Recollections of the Rev. Robert Hall, A.M*, 1833.

podrá estar seguro de su vocación hasta que obtenga resultados evidentes. ¡Cómo saltó de alegría mi corazón cuando tuve noticia de mi primer convertido! No podía estar satisfecho con una congregación entera, ni con las expresiones cariñosas de los amigos; anhelaba oír que había habido corazones quebrantados, que se habían visto correr las lágrimas de los ojos de personas arrepentidas. ¡Me regocijé, como el que consigue un gran botín, por la mujer de un pobre labrador que confesó haber sentido la culpa del pecado y encontrado al Salvador gracias a mi sermón del domingo por la tarde! Aún puedo ver la cabaña donde ella vivía y —créeme— siempre la recuerdo vívidamente. Me acuerdo muy bien de cuando se la recibió en la iglesia, y del momento de su muerte, y de cuando partió al hogar celestial. Ella fue el primer sello de mi ministerio, y te puedo asegurar que fue un sello muy precioso. Ninguna madre se ha sentido más feliz que yo a la vista de su hijo primogénito. Podría haber entonado el canto de la virgen María, porque mi alma engrandecía al Señor por haber mirado mi bajeza y haberme concedido el gran honor de hacer un trabajo por el que todas las generaciones me llamarían bienaventurado. Así consideraba yo la conversión de un alma.

Para que puedas creer que la predicación debe ser el trabajo de tu vida, ha de haber algunas conversiones como resultado de tus esfuerzos ocasionales. Recuerda las siguientes palabras del Señor por medio del profeta Jeremías, porque son muy apropiadas y deberían alarmar a todos los predicadores estériles: «No envié yo a aquellos profetas; pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras» (Jer. 23:21, 22). Me maravilla que haya hombres que continúen predicando tranquilamente año tras año sin ver ninguna conversión. ¿Acaso no tienen entrañas de misericordia por otros? ¿No poseen algún sentido de la responsabilidad? ¿Se atreven a echarle la culpa a su Señor con una vana tergiversación de la soberanía de Dios? ¿O tal vez creen que Pablo planta, Apolos riega y Dios no da crecimiento? ¡Qué vanos son sus talentos, su filosofía, su retórica y hasta su ortodoxia sin las señales que siguen a estas cosas! ¿Cómo pueden ser enviados de Dios quienes no le traen hombres a Dios? ¿Son hombres de Dios los profetas cuyas palabras no tienen poder, los sembradores cuya semilla se agosta en su totalidad, los pescadores que no pescan nada, los soldados que no causan heridas? Ciertamente sería mejor trabajar de barrendero o deshollinador que seguir en el ministerio como un árbol completamente estéril. La ocupación más vulgar aporta algún beneficio al género humano; pero el desdichado que ocupa un púlpito y nunca glorifica a su Dios con conversiones es un vacío, una mancha, una ofensa, un agravio... No vale ni la sal que come, ni mucho menos su pan; y si escribe a los periódicos para quejarse de la escasez de su salario, su conciencia —si es que tiene alguna— muy bien podría responderle: «Y lo que tienes, no te lo mereces». Puede haber tiempos de sequía, y hasta es posible que los años de escasez consuman los años de utilidad anteriores; pero, aun así, habrá fruto en general, y fruto para la gloria de Dios. Entretanto, la esterilidad pasajera llenará el alma de una angustia indecible. ¡Hermano, si el Señor no te da celo por las almas, sigue con el martillo de zapatero o con el palustre de albañil, pero evita el púlpito si estimas la paz de tu corazón y tu salvación futura!

4. Necesitamos, sin embargo, dar un paso más en nuestra indagación, ya que la voluntad de Dios en relación con los pastores se manifiesta por medio del juicio que la iglesia del Señor emite en oración. Se precisa como prueba de tu vocación el que *tu predicación sea aceptable para el pueblo de Dios*.

Por lo general, Dios abre la puerta de la expresión hablada a quienes él llama para que hablen en su Nombre. La impaciencia quisiera abrir por la fuerza o echar abajo dicha puerta, pero la fe espera en el Señor y, a su debido tiempo, recibe su oportunidad. Y cuando esa oportunidad llega, también lo hace nuestra prueba. Al levantarnos para predicar, la asamblea juzgará nuestro espíritu y, si lo condena o si por norma general la iglesia no resulta edificada, la conclusión será indiscutible: Dios no nos ha enviado. Las señales y las características de un verdadero obispo están establecidas en la Palabra para dirigir a la iglesia; y si, siguiendo esas directrices, los hermanos no ven en nosotros los requisitos necesarios, ni nos eligen para el ministerio, está bien claro que —por muy bien que evangelicemos— el oficio de pastor no es para nosotros. No todas las iglesias son sabias, ni juzgan en el poder del Espíritu Santo, sino que muchas lo hacen según la carne; con todo, yo estaría más dispuesto a aceptar la opinión de una compañía del pueblo de Dios que la mía propia en lo tocante a un asunto tan personal como mis propios dones y virtudes. De cualquier modo, ya sea que aprecies el veredicto de la iglesia o no, una cosa está clara: que ninguno puede ser pastor sin el consentimiento amoroso del rebaño. Por tanto, esto supondrá para ti un indicador práctico aunque no sea correcto. Si el llamamiento que tienes es realmente de Dios, no permanecerás en silencio por mucho tiempo: tan cierto como el hombre requiere su hora, así la hora requiere a su hombre. La iglesia de Dios tiene siempre una necesidad urgente de ministros vivos, y para ella un hombre es en todo tiempo más precioso que el oro de Ofir. Los funcionarios formales pasan privaciones y hambre, pero el ungido del Señor nunca estará sin cargo, ya que no faltan oídos despiertos que lo reconozcan por su forma de hablar ni corazones dispuestos a recibirlo en el lugar destinado para él.

Mantente apto para tu trabajo y este nunca te faltará. No corras de acá para allá ofreciéndote a predicar en un sitio u otro; preocúpate más de tu habilidad que de tu oportunidad, y se más celoso de tu caminar con el Señor que de ambas cosas. Las ovejas reconocerán al pastor enviado por Dios; el portero del redil te abrirá y el rebaño conocerá tu voz.

Cuando di este discurso por primera vez, no había leído la admirable carta de John Newton a un amigo suyo acerca de esta cuestión; la cual coincide tanto con mis propias opiniones que, a riesgo de que me llamen plagiario —no siéndolo, desde luego, en este caso—, se la leeré a ustedes:

> Tu caso me recuerda al mío: Mis primeros deseos en cuanto al ministerio fueron acompañados de muchas incertidumbres y dificultades, y la perplejidad de mi propia mente se vio realzada por los juicios diversos y contradictorios de mis amigos. El consejo que puedo darte es el resultado de una experiencia y un ejercicio penosos y, por esta razón, tal vez no te resulte inaceptable. Pido a nuestro misericordioso Señor que lo haga útil para ti.
>
> Durante mucho tiempo estuve afligido, como tú, acerca de si el mío era o no un llamamiento real al ministerio. Ahora me parece una cuestión fácil de resolver, pero tal vez a ti no te lo parezca hasta que el Señor te lo haga ver claro en tu propio caso. No cuento con espacio suficiente para decir tanto como pudiera decir; pero, en pocas palabras, creo que el asunto incluye tres cosas:

Un deseo cordial y ferviente de desempeñar este servicio. Entiendo que el hombre a quien el Espíritu de Dios mueve alguna vez a este trabajo, si puede, preferirá el mismo a millares de oro y de plata; de manera que, aunque a veces se sienta intimidado por la importancia y la dificultad que conlleva comparadas con su propia y enorme insuficiencia (ya que cabe suponer que un llamamiento de esta clase, si verdaderamente viene de Dios,

irá acompañado de humildad y de humillación de uno mismo), no puede renunciar a él. Creo que es una buena regla el indagar a este respecto si el deseo de predicar se hace más ferviente en nuestros momentos más vivaces y espirituales, así como cuando estamos más humillados delante del Señor. Si es así, esa es una buena señal; pero si —como algunas veces ocurre— la persona tiene gran fervor por ser predicador para los demás cuando siente poca hambre y sed de la gracia en su propia alma, entonces, cabe sospechar que su celo brota más bien de un principio egoísta que del Espíritu de Dios.

Además de este deseo cordial y de la disposición para predicar, a su tiempo debería aparecer también cierta competencia en cuanto a los dones, el conocimiento y la capacidad de expresión. Ciertamente, si el Señor envía a un hombre para enseñar a otros, le proporcionará los medios para hacerlo. Creo que muchos, con buena intención, se han propuesto ser predicadores y, sin embargo, al hacerlo han ido más allá de su llamamiento o se han adelantado al mismo. La diferencia principal entre un ministro y un cristiano particular parece estar en esos dones ministeriales que se le imparten al primero, no para sí mismo, sino para la edificación de otros. Pero a esto añado que dichos dones deben aparecer a su debido tiempo; no deben esperarse instantáneamente, sino de forme gradual, utilizando los medios apropiados. Tales dones son necesarios para el desempeño del ministerio, pero no como requisitos previos para el deseo de ejercerlo. En tu caso eres joven, y tienes tiempo por delante; por tanto, creo que no debes desconcertarte aún indagando si ya posees los dones en cuestión. Basta con que tu deseo esté fijado y te halles dispuesto a esperar en el Señor con oración y diligencia hasta que él te los de, puesto que aún no los necesitas. Por último, lo que demuestra que hay un llamamiento verdadero es la oportunidad correspondiente de la providencia mediante una serie gradual de circunstancias que señalan la manera, el momento y el lugar de acometer realmente la tarea; y hasta que esta coincidencia de factores se presente, no debes esperar tener siempre la mente libre de dudas. La advertencia principal acerca de esta cuestión es no apresurarse demasiado a aceptar las primeras apariencias. Si el Señor quiere incorporarte a su ministerio, él ya ha designado tu lugar y tu servicio, y aunque no los conozcas aún, sabrás cuáles son a su debido tiempo. Aunque tuvieras los talentos de un ángel, no podrías hacer ningún bien con ellos hasta que el momento de Dios hubiera llegado y él te guiara a aquellos a quienes ha determinado bendecir por medio de ti. En esta cuestión es muy difícil mantenerse dentro de los límites de la prudencia cuando nuestro celo está encendido: el sentimiento de amor a Cristo en el corazón y una tierna compasión por los pobres pecadores pueden muy bien impulsarnos a lanzarnos demasiado pronto; pero el que cree no se apresure. Yo estuve alrededor de cinco años bajo esta restricción. A veces pensaba que debía predicar, aunque fuera en la calle. Prestaba oído a todo aquello que parecía plausible y a otras muchas cosas que no lo eran. Pero el Señor, misericordiosamente —y, aparentemente, de manera insensible— me marcaba el camino con setos de espinos; de otro modo, si se me hubiera dejado decidir a mí, me habría alejado de la posibilidad de alcanzar una esfera de utilidad como aquella a la que le había agradado conducirme en su momento oportuno. Y ahora veo claramente que, cuando quise salir en un principio —aunque confío que mi intención era buena en general—, me había sobreestimado y no tenía ni el juicio espiritual ni la experiencia que se requieren para tan importante servicio[2].

Creo que esto es suficiente, pero la misma cuestión surgirá de nuevo si pormenorizo un poco mi experiencia en el trato con aspirantes al ministerio. Tengo constantemente que cumplir con el mismo deber que recayó sobre los examinadores (*triers*) de Cromwell[3]: formarme una opinión en cuanto a lo

[2] Nosotros vacilaríamos en hablar exactamente así, ya que los dones deben ser en cierto modo evidentes antes de alentarse el deseo. A pesar de ello, estamos en general de acuerdo con el Sr. Newton.

[3] Organismos locales instituidos por Oliver Cromwell para evaluar el llamamiento al ministerio de los pastores. (N. T.).

aconsejable de ayudar a ciertos hombres en sus intentos de hacerse pastores. Este es un deber de la más alta responsabilidad y que requiere una prudencia extraordinaria. Naturalmente, yo no me erijo en juez de si un hombre debe entrar o no en el ministerio, sino que el examen que llevo a cabo tiene meramente por objeto determinar si esta institución debería ayudarle o dejarle a sus propios recursos. Algunos de nuestros caritativos vecinos nos acusan de tener aquí «una fábrica de clérigos», pero la acusación no es cierta en absoluto. Jamás hemos intentado producir algún ministro, y si lo intentáramos fracasaríamos: no recibimos a nadie en la Escuela sino a aquellos que ya profesan ser ministros. Estarían más cerca de la verdad si me llamaran «mataclérigos», ya que buen número de principiantes han recibido de mí su golpe de gracia, y tengo la conciencia completamente tranquila cuando pienso en mi forma de actuar. Siempre me ha resultado una tarea difícil desalentar a un hermanito esperanzado que solicitaba la admisión en la Escuela. Mi corazón tiene invariablemente una inclinación a la benevolencia, pero el deber para con las iglesias me ha impulsado a juzgar discriminando severamente. Después de escuchar lo que decía el candidato, leer las recomendaciones que traía y escuchar sus respuestas a las preguntas, cuando he tenido la convicción de que el Señor no lo había llamado, me he sentido en la obligación de decírselo.

Algunos de los casos son típicos: hay hermanitos que solicitan su ingreso con un ferviente deseo de entrar en el ministerio, pero resulta dolorosamente obvio que su motivo principal es la ambición de destacar entre los hombres. Estas personas, bajo un punto de vista corriente, son encomiables por sus aspiraciones, pero el púlpito no debe ser jamás una escalera de mano para la ambición. Si tales hombres hubieran entrado en el Ejército, no habrían estado satisfechos hasta alcanzar la graduación más alta, ya que tienen la determinación de abrirse camino hasta la cima —todo ello muy loable y digno hasta aquí—, pero han abrazado la idea de que si entran en el ministerio obtendrán grandes distinciones. Han percibido el despuntar de su genio y considerado que están por encima del común de los mortales; como consecuencia de ello ven el ministerio como una plataforma sobre la cual exhibir sus supuestas habilidades. Cuando esto se ha hecho visible, me he sentido obligado a dejar que el hombre se las arreglara como pudiera —hablando coloquialmente—, puesto que creo que esos entusiasmos siempre acaban en nada cuando se entra al servicio del Señor. Entonces descubrimos que no tenemos cosa alguna de que gloriarnos y, si la tuviéramos, el peor sitio para exhibirla sería en el púlpito; porque allí se nos hace sentir a diario nuestra propia insignificancia y futilidad.

Me siento incapaz de estimular a hombres que, desde su conversión, han demostrado una gran debilidad mental y se sienten fácilmente arrastrados a abrazar doctrinas extrañas o a incurrir en malas compañías y pecados groseros, a que entren en el ministerio, cualesquiera sean las profesiones que hagan. Dejémoslos, si están verdaderamente arrepentidos, para ocupar las últimas filas; ya que, siendo inestables como el agua, ciertamente no descollarán.

También menciono en otro lugar a aquellos incapaces de soportar penalidades y que pertenecen a la orden del guante blanco. ¡Queremos soldados, no mequetrefes; trabajadores serios, no holgazanes remilgados! A quienes hasta el momento de solicitar su ingreso en la Escuela no han hecho nada, se les dice que ganen sus espuelas antes de ser armados públicamente caballeros. Los fervorosos amantes de las almas no esperan hasta que están adiestrados; sirven al Señor de inmediato.

Hay algunos hombres buenos, distinguidos por su enorme celo y vehemencia, pero con una

evidente falta de inteligencia, que acuden a mí. Hermanos capaces de hablar y hablar de nada en especial, que golpean y aporrean la Biblia sin sacar nada en claro; fervientes, tremendamente fervientes, colosos de la actividad más penosa, pero sin producir resultado alguno, ni siquiera el ratón más diminuto. Por ahí andan zelotes incapaces de concebir o expresar cinco pensamientos consecutivos, cuya capacidad es de lo más limitada y su engreimiento de lo más extenso, y que pueden martillar, gritar a voz en cuello, bramar, moverse violentamente y enfurecerse, pero todo ese ruido sale de un tambor hueco. Entiendo que tales hermanos serán capaces de hacer lo mismo ya sea con estudios o sin ellos, por tanto, he rechazado generalmente sus solicitudes.

Hay otra clase sumamente numerosa de hombres que quieren predicar sin saber por qué. No son capaces de enseñar, ni están dispuestos a aprender; sin embargo quieren a toda costa ser ministros. Como aquel que durmió en el monte Parnaso y desde entonces se imaginó que era poeta, estos han tenido alguna vez la suficiente desfachatez de lanzar un sermón sobre un auditorio y ahora nada les bastará sino predicar. Tienen tanta prisa por dejar de coser trajes, que están dispuestos a hacer un desgarrón en la iglesia de la que son miembros para cumplir su deseo. El mostrador les resulta desagradable, y codician un cojín de púlpito; están cansados de pesas y balanzas, y deben absolutamente probar el manejo de las balanzas del santuario. Hombres así, como fieras ondas del mar, por lo general espuman su propia vergüenza y nosotros nos alegramos cuando nos dicen adiós.

Las dolencias físicas plantean dudas acerca del llamamiento de algunos hombres excelentes. No haré como Eustenes, que juzgaba a los hombres por la belleza de sus rasgos, pero el aspecto físico es un criterio bastante importante. Una caja torácica estrecha no es característica de un hombre constituido para la oratoria. Puede que te parezca extraño, pero yo estoy bastante convencido de que cuando un hombre tiene el pecho contraído y los hombros poco separados, el sapientísimo Creador no quiso que predicara habitualmente. Si su intención hubiera sido que hablase, le hubiera dado cierta anchura de caja torácica para albergar una fuerza pulmonar suficiente. Cuando el Señor desea que una criatura corra, le proporciona ágiles patas, y si quiere que otra predique, le da los pulmones apropiados. Un hermano que debe detenerse en medio de una frase para bombear aire, debería preguntarse si no hay otra ocupación para la cual esté mejor preparado. A un hombre que apenas puede terminar una frase sin sentir dolor, difícilmente se le ordenará: «Clama a voz en cuello, no te detengas» (Is. 58:1). Puede haber excepciones, ¿pero no es bastante lógico como regla general? Normalmente, a los hermanos con defectos en la boca y una dicción imperfecta no se les llama a predicar el evangelio; y lo mismo puede decirse de aquellos que no tienen paladar o poseen uno defectuoso.

Hace poco recibimos la solicitud de un joven con un tipo de acción rotatoria de la mandíbula del tipo más molesto para el espectador. Su pastor lo recomendaba como un muchacho muy santo que había sido utilizado para traer a algunos a Cristo, y expresaba la esperanza de que yo lo admitiría; pero yo no podía ver lo apropiado de hacerlo. No hubiera sido capaz de mirarlo mientras predicaba sin reírme, aunque me hubiesen ofrecido todo el oro de Tarsis; y, con toda seguridad, nueve de cada diez de sus oyentes hubieran sido más propensos a ello que yo. Un hombre con una gran lengua que le llenaba la boca y hacía poco claras sus palabras; otro sin dientes; otro que tartamudeaba; otro aún que no podía pronunciar todo el alfabeto; a todos he tenido el dolor de rechazarlos sobre la base de que

Dios no los había provisto de las herramientas físicas que son «generalmente necesarias», como dice el Libro de Oración.

Otro hermano que conocí —¿otro, he dicho? He conocido a diez, veinte, cien hermanos más— que alegaban estar seguros, muy seguros, de haber sido llamados al ministerio. Estaban muy seguros de ello porque había fracasado en todo lo demás. He aquí una historia típica:

—Me pusieron a trabajar en un bufete de abogados, ¿sabe usted?, pero no logré acostumbrarme a estar encerrado; no me sentía a gusto estudiando Derecho. Obviamente la providencia detuvo mi camino, porque perdí el empleo.

—¿Y qué hizo entonces?

—Pues, mire, me persuadieron para que abriera una tienda de comestibles.

—¿Y prosperó?

—Bueno, me parece que no: no estoy hecho para el comercio; y está bastante claro que el Señor me cerró la puerta, ya que fracasé y pasé por grandes dificultades. Desde entonces he trabajado un poco en una compañía de seguros e intentado poner una escuela, además de vender té. Pero mi camino está obstruido y algo dentro de mí me hace sentir que debiera ser ministro.

—Ya veo —es generalmente mi respuesta—: ha fracasado en todo lo demás y, por tanto, piensa que el Señor le ha capacitado especialmente para su servicio; pero me temo que ha olvidado usted que el ministerio precisa los mejores hombres, no aquellos que no pueden hacer ninguna otra cosa. Un ministro realmente valioso hubiera sobresalido en todo. Casi ninguna cosa es imposible para un hombre capaz de mantener unida a una congregación durante años y ser el instrumento para su edificación durante centenares de días de reposo consecutivos. Este debe estar en posesión de ciertas aptitudes, y no ser en modo alguno un necio ni un fracasado. Jesucristo se merece los mejores hombres para predicar su cruz, no los cabezas huecas y los incapaces.

Cierto joven caballero que en una ocasión me honró con su presencia, ha dejado grabada en mi mente la fotografía de su exquisito yo: su cara misma parecía la cubierta de un tratado sobre la *presunción* y el *engaño*. Cierto día de reposo me mandó un recado a la sacristía de la iglesia diciendo que tenía que verme de inmediato. Su audacia hizo que lo recibiera; y cuando estuvo delante de mí, dijo:

—Quiero entrar en su Escuela, y debería hacerlo enseguida.

—Bueno, caballero —le respondí—, me temo que no tenemos sitio para usted en este momento, pero estudiaremos su caso.

—Pero mi caso es muy extraordinario, señor. Probablemente nunca haya recibido usted una solicitud como la mía.

—Muy bien, consideraremos el asunto: el secretario le dará uno de los impresos de solicitud y puede venir a verme el lunes.

El lunes se presentó, trayendo consigo las preguntas contestadas de la manera más peculiar. En cuanto a libros, afirmaba haber leído toda la literatura antigua y moderna, y después de darme una enorme lista, añadió:

—Esto no es más que una selección; he leído muy extensamente en todas las áreas del saber.

Respecto de su predicación, podía presentar las mejores recomendaciones, pero no creía que

fueran a ser necesarias, ya que la entrevista personal me convencería inmediatamente de su habilidad. Su sorpresa fue mayúscula cuando dije:

—Caballero, tengo la obligación de decirle que no le puedo admitir.

—¿Por qué no, señor?

—Se lo diré claramente: Es usted tan terriblemente listo que no me atrevería a insultarle admitiéndole en nuestra Escuela, donde no contamos sino más bien con hombres ordinarios. El presidente, los tutores y los estudiantes son todos hombres de logros moderados y tendría usted que rebajarse demasiado para ser uno de nosotros.

Me miró con gran severidad y dijo muy dignamente:

—¿Quiere usted decir que porque tengo un genio inusual y he desarrollado una mente grandiosa como pocas veces se encuentran se me niega la admisión en su Escuela?

—Sí —repliqué tan sosegadamente como pude, considerando la admiración abrumadora que me inspiraba su genialidad—, por esa misma razón.

—Entonces, señor —me dijo—, debería permitirme hacer una prueba de mis dotes de predicador. Elíjame cualquier pasaje que desee o indíqueme el tema que quiera y aquí mismo, en esta sala, le hablaré de ello o predicaré acerca del asunto sin reflexión previa, y quedará sorprendido.

—No, gracias —le respondí— preferiría no tener que sufrir el escucharle.

—¡Sufrir, señor, le aseguro que sería el mayor placer que pudiera disfrutar!

Le dije que tal vez, pero que me sentía indigno de ese privilegio; de modo que lo despedí con un hasta más ver. Por aquel entonces, el caballero me era desconocido, pero ahora figura en el juzgado de guardia como alguien que no es ni la mitad de listo.

En ocasiones hemos recibido solicitudes que tal vez les asombrarían, de hombres evidentemente muy elocuentes y que responden muy bien a nuestras preguntas, excepto a aquellas relacionadas con sus opiniones doctrinales, para las cuales nos dan la siguiente respuesta: «¡El Sr. Tal y Tal está dispuesto a aceptar las doctrinas de la Escuela cualesquiera que sean!». En todos estos casos jamás deliberamos ni un solo momento, sino que emitimos una respuesta negativa de inmediato. Lo menciono porque es un ejemplo de nuestra convicción de que los hombres que no tienen conocimiento, ni unas creencias definidas, no están llamados al ministerio. Si los jóvenes dicen que no se han formado una opinión en materia de Teología, deberían volver a la escuela dominical hasta que lo hagan. El que un hombre entre en un seminario arrastrando los pies y afirmando que tiene la mente abierta a cualquier tipo de verdad, y que es eminentemente receptivo pero no ha decidido en su mente cuestiones tales como si Dios elige por gracia o si ama a su pueblo hasta el fin, me parece una perfecta monstruosidad. «No un neófito», dice el apóstol; pero el hombre que no se ha decidido acerca de cuestiones como esas es un «neófito» declarado y egregio, y debería relegársele a las clases de catecismo hasta que aprenda las verdades básicas del evangelio.

Después de todo, caballeros, tendremos que demostrar nuestro llamamiento por la prueba práctica de nuestro ministerio en el más allá, y sería lamentable para nosotros emprender nuestra carrera sin el examen debido, porque si lo hacemos puede que hayamos de dejarla más tarde de manera ignominiosa. Generalmente hablando, la experiencia es nuestra prueba más segura y, si Dios nos sostiene año tras año y nos da su bendición, no necesitaremos más examen de nuestra vocación, ya

que nuestra idoneidad moral y espiritual se verá corroborada por el trabajo de nuestro ministerio, que es el examen más fiable de todos.

Alguien me ha comentado acerca de un plan que adoptó Matthew Wilks para examinar a un joven que quería ser misionero. El tema del examen, no sus detalles, me parece apropiado aunque no sea de mi gusto. El joven en cuestión deseaba ir a la India como misionero vinculado a la London Missionary Society, y se nombró al Sr. Wilks para que considerara su idoneidad para un puesto semejante. De modo que este escribió al joven y le citó para las 6:00 de la mañana siguiente. Ese hermano vivía a muchos kilómetros de allí, pero se presentó en la casa puntualmente. Sin embargo, el Sr. Wilks no entró en la sala hasta varias horas después. El hermano en cuestión esperó sorprendido pero pacientemente. Finalmente llegó el Sr. Wilks y se dirigió al candidato, con su acostumbrado tono nasal, de la siguiente manera:

—Bueno, joven, ¿de modo que quieres ser misionero?

—Sí, señor.

—¿Amas al Señor Jesucristo?

—Sí, señor, confío en que sí.

—¿Y tienes algunos estudios?

—Sí, señor, algunos.

—Bueno, vamos a examinarte: ¿Puedes deletrear la palabra «gato»?

El joven pareció confuso, y apenas sabía cómo contestar una pregunta tan ridícula. Indudablemente su pensamiento se detuvo entre indignado y sumiso; pero después de un momento respondió con determinación:

—G - A - T - O: «gato».

—Muy bien —dijo el Sr. Wilks—. Y ahora, ¿puedes deletrear «perro»?

Nuestro joven mártir vaciló, pero el Sr. Wilks dijo del modo más impasible:

—No te preocupes; no seas tímido. Has deletreado tan bien la otra palabra que estoy seguro de que serás capaz de hacer lo mismo con esta. Aunque el logro es elevado no lo es tanto como poder hacerlo sin ruborizarse.

El joven Job respondió:

—P - E - R - R - O: «perro».

—Bueno, eso está bien; ya veo que tu ortografía es correcta; veamos ahora tu aritmética: ¿Cuántas son 2 por 2?

Resulta asombroso que el Sr. Wilks no recibiera «2 por 2» en forma de cristianismo vigoroso, pero el paciente joven dio la respuesta adecuada y se le despidió.

En la reunión del comité, Matthew Wilks dijo:

—Recomiendo a ese joven de todo corazón. He examinado debidamente sus referencias y su carácter; además de ello le he sometido a una prueba poco común que muchos no podrían soportar. He probado su abnegación —tuvo que levantarse de madrugada—, su temple y su humildad. Puede deletrear «gato» y «perro» y decir que «2 por 2» son 4. Será un estupendo misionero.

Ahora bien, lo que se dice que hizo este anciano caballero con tan mal gusto podemos hacérnoslo a

nosotros mismos con mucha propiedad. Debemos comprobar si somos capaces de soportar la intimidación, la lasitud, la calumnia, la burla y las penalidades, y si podemos convertirnos en la escoria del mundo y que se nos trate como nada por causa de Cristo. Si somos capaces de soportar todo eso, contamos con algunos de esos aspectos que indican que poseemos las raras cualidades que debería reunir un verdadero siervo del Señor Jesucristo. Me pregunto seriamente si, cuando estemos en alta mar, algunos de nosotros no descubriremos que nuestras naves no están tan preparadas para el océano como creíamos. Querido hermano, asegúrate bien de ello mientras aún te encuentras en este retiro, y esfuérzate diligentemente por prepararte para tu alto llamamiento. No te faltarán las pruebas, y ¡ay de ti si no sales armado de la cabeza a los pies con la armadura probada! Tendrás que correr con los de a caballo; no permitas que te cansen los de a pie, mientras haces tus estudios preliminares. El diablo está fuera, y hay muchos con él. Pruébate a ti mismo, y que el Señor te prepare para el crisol y para el horno que ciertamente te esperan. Puede que tu tribulación no sea tan severa como la de Pablo y sus compañeros en todos sus aspectos, pero debes estar preparado para una dura prueba como esa. Permíteme que te lea sus memorables palabras y que te pida que supliques, mientras las escuchas, que el Espíritu Santo te fortalezca para todo lo que tienes por delante:

> No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo (2 Co. 6:3–10).

Discurso 3

La oración privada del predicador

Naturalmente, por encima de todo lo demás, el predicador se distingue como hombre de oración. Ora como cualquier cristiano corriente —de otro modo sería un hipócrita—, pero ora más que los cristianos corrientes: si no se descalificaría para el cargo que ha asumido. «Sería absolutamente monstruoso —dice Bernard— que un hombre estuviera en el nivel más alto en cuanto a cargo y en el más bajo como alma: el primero en cuanto a posición y el último en cuanto a la vida». La preeminencia de la responsabilidad del pastor coloca un halo sobre todas sus relaciones; y si es fiel a su Señor, llega a distinguirse por su espíritu de oración en todas ellas. En tanto que ciudadano, su país cuenta con el beneficio de su intercesión y, como vecino, recuerda en sus súplicas a aquellos que están bajo su sombra. Ora como esposo y como padre; se esfuerza por hacer de sus devociones familiares un ejemplo para su rebaño; y si el fuego del altar de Dios arde con llama baja en cualquier otro lugar, está bien mantenido en la casa del siervo escogido del Señor: ya que él se ocupa de que el sacrificio de la mañana y el de la tarde santifiquen su morada. Pero hay algunas de sus oraciones que tienen que ver con su cargo, y nuestro plan en relación con estos discursos nos lleva a hablar más de ellos. Él eleva súplicas especiales *como ministro*, y se acerca a Dios en este aspecto por encima de todos sus planteamientos en sus otras relaciones.

Entiendo que un ministro *ora en todo momento*. Siempre que su mente piensa en su trabajo —ya sea que esté ocupado en el mismo o ausente de él—, formula una petición enviando sus santos deseos como flechas bien dirigidas hacia el Cielo. No en todo momento se halla en el acto mismo de orar, pero vive en un espíritu de oración. Si tiene puesto el corazón en su trabajo, no puede comer o beber, o disfrutar de esparcimiento, o irse a la cama, o levantarse por la mañana, sin sentir siempre un deseo ferviente, un peso de ansiedad y una sencilla dependencia respecto de Dios. Así, pues, de un modo u otro se mantiene en oración. Si hay algún hombre bajo el cielo constreñido a poner en práctica el precepto de «Orad sin cesar», ese es sin duda el ministro cristiano. Este tiene un tipo particular de tentaciones, unas pruebas especiales, unas dificultades singulares y unas responsabilidades notables; debe tratar con Dios acerca de imponentes relaciones y con los hombres respecto de intereses oscuros; por tanto, necesita mucha más gracia que el hombre corriente y, como lo sabe, se siente constantemente guiado a clamar al Fuerte pidiéndole fuerza y diciendo: «Alzaré mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi socorro?» (Sal 121:1). En cierta ocasión, Alleine escribió a un querido amigo suyo lo siguiente: «Aunque soy propenso a sentirme inseguro y salto de mis goznes con facilidad, sin embargo, según mi parecer, soy como un pájaro fuera del nido, nunca estoy sosegado hasta que recupero mi forma habitual de comunión con Dios. Soy como la aguja de la brújula: inquieta hasta que se vuelve hacia el polo norte. Por la gracia de Dios puedo decir con la Iglesia: 'Con mi alma te he deseado en la noche, y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré para buscarte'. Mi corazón está con Dios desde temprano y hasta tarde: 'La preocupación y el deleite de mi vida es buscarle'». Sea esta la disposición continua de tu caminar, hombre de Dios. Si siendo ministro no

tienes mucho espíritu de oración, eres digno de lástima; y si en el futuro se te llamara a hacerte cargo de un pastorado grande o pequeño y te hicieras laxo en la oración secreta, no solo serías *tú* digno de conmiseración, sino también la congregación a la que sirvieras. Además de esto, serías recriminado y llegaría el día en que te verías avergonzado y confundido

Quizá apenas sea necesario recomendarte el dulce uso de la devoción privada; sin embargo, no puedo evitar hacerlo. Para ti, como embajador de Cristo, el trono de la gracia tiene una virtud incalculable: cuanto más familiarizado estés con el tribunal del Cielo, tanto mejor desempeñarás tu encargo celestial. De todas las influencias formativas que contribuyen a hacer a un hombre honrado por Dios en el ministerio, no conozco ninguna más poderosa que su familiaridad con el trono de la gracia. Todo lo que unos estudios teológicos pueden hacer por los estudiantes es burdo y superficial comparado con el refinamiento espiritual y delicado que proporciona la comunión con Dios. Mientras el ministro en formación gira en el torno del adiestramiento, la oración es la herramienta utilizada por el Gran Alfarero para moldear la vasija. Todos nuestros estudios y bibliotecas son pura vanidad comparados con nuestras cámaras secretas. En la oración privada crecemos, nos hacemos más fuertes, prevalecemos…

Tus oraciones serán tus mejores ayudantes *mientras tus sermones estén aún en el yunque.* Entretanto que otros hombres, como Esaú, se hallan de caza en busca de su porción, tú, con ayuda de la oración, encontrarás la carne sabrosa cerca de casa, y puedes decir con verdad lo que Jacob dijo tan falsamente: «Jehová […] hizo que la encontrase delante de mí» (Gn. 27:20). Si puedes mojar tu pluma en tu corazón suplicando fervientemente al Señor, escribirás bien; y si eres capaz de recoger tu material de rodillas a la puerta del Cielo, no dejarás de hablar como debes. La oración, como ejercicio mental, te traerá muchos temas al pensamiento, y así te ayudará a escoger uno; mientras que, como interacción espiritual elevada, limpiará tu ojo interior para que veas la verdad en la luz de Dios. Los pasajes bíblicos con frecuencia se negarán a revelar sus tesoros hasta que los abras con la llave de la oración. ¡Qué maravillosamente se le abrieron los libros a Daniel mientras suplicaba! ¡Cuánto aprendió Pedro en la azotea! El mejor estudio es la cámara secreta. Los comentaristas son buenos instructores, pero el Autor mismo es mucho mejor que ellos, y la oración eleva una súplica directamente a él y obtiene su ayuda para nuestra causa. Es magnífico entrar mediante la oración en el espíritu y en la médula de un pasaje, abriéndose paso a fuerza de alimentarse de él con santo apetito del mismo modo que un gusano se abre camino hasta el corazón de la nuez. La oración actúa como una palanca para el levantamiento de pesadas verdades. Uno se asombra al pensar cómo se habrán podido colocar en su sitio las piedras de Stonehenge; pero es mucho más interesante investigar de dónde sacaron algunos hombres tan admirable conocimiento de ciertas doctrinas misteriosas. ¿Acaso no fue la potente maquinaria de la oración la que produjo el milagro? La espera en el Señor a menudo transforma las tinieblas en luz, y la indagación perseverante en los oráculos sagrados levanta el velo de los mismos y otorga gracia para examinar las cosas profundas de Dios. A cierto teólogo puritano, durante un debate, se le veía con frecuencia escribir en el papel que tenía delante; y otros, curiosos, tratando de leer sus notas no vieron escrito en la página nada más que las palabras: «Más luz, Señor»; «Más luz, Señor»; docenas de veces. Una oración de lo más apropiado para el estudiante de la Palabra que está preparando su sermón.

A menudo descubrirás frescos ríos de pensamientos que brotan del pasaje que tienes delante, como si la vara de Moisés hubiese golpeado la roca. Nuevas vetas de valiosa gracia se revelaran ante tu asombrada mirada mientras excavas en la Palabra de Dios y utilizas con diligencia el martillo de la oración. A veces te sentirás como si estuvieras completamente encerrado, y luego, de repente, un nuevo camino se abrirá delante de ti. Aquel que tiene la llave de David abre y nadie puede cerrar. Si has navegado alguna vez por el Rhin, el paisaje acuático de ese majestuoso río te habrá hecho un efecto muy semejante a una serie de lagos. El barco parece encerrado, por delante y por detrás, entre imponentes paredes de rocas o círculos de terrazas cubiertas de vides; hasta que, de repente, doblas un ángulo y delante de ti el jubiloso y caudaloso río sigue su curso con toda su fuerza. Así le sucede a menudo al estudiante laborioso con un pasaje. El pasaje en cuestión parece estarte cerrado a cal y canto, pero la oración impele tu barco y gira su proa hacia aguas frescas, y ante ti aparece el ancho y profundo río de la verdad sagrada fluyendo en plenitud y arrastrándote consigo. ¿No es esta una razón convincente para perseverar en la súplica? Utiliza la oración como un taladro, y de las entrañas de la Palabra saltarán ríos de agua viva. ¡Quién se conformaría con tener sed cuando las aguas vivas son tan fáciles de obtener?

Los hombres mejores y más santos siempre han hecho de la oración la parte más importante de su preparación para el púlpito. Se dice de M'Cheyne: «Ansioso por dar a su congregación en el día de reposo lo que le había costado algo, jamás se presentaba delante de ellos —a menos que hubiera una razón perentoria— sino con mucha meditación y oración. El principio que seguía en cuanto a esto se resumía en un comentario que nos hizo a algunos de nosotros mientras conversábamos acerca de la cuestión. Al preguntársele su punto de vista sobre la preparación diligente para predicar, nos recordó Éxodo 27:20: *'Aceite molido, aceite molido para las lámparas del santuario'*. Pero su espíritu de oración era más grande aún: realmente no podía descuidar la comunión con Dios antes de presentarse en la congregación. Necesitaba empaparse del amor divino. Su ministerio consistía de tal manera en hacer públicas las ideas que antes habían santificado su propia alma, que su salud espiritual era absolutamente imprescindible para ministrar con vigor y poder [...]. En su caso, el inicio de toda tarea consistía en la preparación de su propia alma. Las paredes de su aposento eran testigos de su espíritu de oración y de sus lágrimas, al igual que de sus gritos»[1].

La oración te ayudará de manera singular en la predicación de tus sermones. En realidad, nada puede prepararte más gloriosamente para predicar que descender fresco del monte de la comunión con Dios para hablar con los hombres. Ninguno es tan capaz de argumentar con los hombres como quien ha estado luchando con Dios a su favor. Se dice de Alleine que «derramaba su corazón mismo cuando predicaba y cuando oraba. Sus súplicas y exhortaciones eran tan afectuosas, tan cargadas de celo santo, de vida y de vigor, que subyugaban verdaderamente a sus oyentes: se derretía sobre ellos ablandándolos y suavizándolos y, a veces, disolviendo los corazones más duros». Y tal disolución de los corazones no hubiera podido suceder en absoluto si su mente no hubiera estado expuesta con anterioridad a los rayos tropicales del Sol de Justicia, mediante la comunión privada con el resucitado

[1] *Memoir and Remains of the Rev. Robert Murray M'Cheyne*, p. 61. Este es uno de los volúmenes mejores y más provechosos jamás publicados. Todo ministro debería leerlo con frecuencia.

Señor. Una predicación verdaderamente sentida, sin ninguna afectación pero con gran afecto, solo es hija de la oración. No hay retórica como la del corazón, ni escuela donde esta se aprenda sino al pie de la cruz. Sería mejor que nunca aprendieras regla alguna de oratoria humana pero que estuvieras lleno del poder del amor celestial, a que dominaras a Quintiliano, Cicerón y Aristóteles y permanecieras sin la unción apostólica.

Puede que la oración no te haga elocuente a la manera humana; pero te lo hará de verás, ya que hablarás con el corazón. ¿Y acaso no es ese el significado de la palabra elocuencia? La oración hará bajar fuego del Cielo sobre tu sacrificio y así demostrará que el mismo es aceptado por el Señor.

Al igual que con frecuencia durante la preparación brotan frescos ríos de pensamientos en respuesta a la oración, lo mismo sucederá en la predicación del sermón. La mayoría de los predicadores que dependen del Espíritu de Dios te dirán que sus pensamientos mejores y más frescos no son aquellos premeditados, sino las ideas que les vienen, como sobre alas de ángeles: tesoros inesperados traídos de repente por manos celestiales; semillas de flores del Paraíso, arrastradas por el aire desde los montes de la mirra. Una y otra vez, cuando me he sentido torpe, tanto en pensamiento como en palabra, el gemido secreto de mi corazón me ha traído alivio, y he experimentado una inusual libertad. ¿Pero cómo nos atreveremos a orar en la batalla si nunca hemos clamado al Señor mientras nos ceñíamos la armadura? El recuerdo de sus luchas en casa conforta al predicador encadenado cuando se halla en el púlpito: Dios no nos abandonará a menos que nosotros le hayamos abandonado a él. Tú, hermano, descubrirás que la oración te garantiza la fuerza suficiente para tus pruebas.

Como las lenguas de fuego descendieron sobre los apóstoles cuando estaban sentados velando y orando, asimismo vendrán sobre ti, y descubrirás, cuando tal vez hayas flaqueado, que te elevas de repente como por el poder de un serafín. A tu carro, que había empezado a rodar bastante pesadamente, se le pondrán ruedas de fuego y, en un momento, se engancharán corceles angélicos al encendido carruaje para que subas al Cielo como Elías, arrebatado por una flamígera inspiración.

¿Y cómo airearía sus sentimientos y encontraría solaz para su alma *después del sermón* el predicador escrupuloso si se le negara el acceso al trono de la gracia? Elevados hasta las cotas más altas de emoción, ¿de qué otra manera podemos aliviar nuestras almas sino mediante importunas súplicas? O estando deprimidos por el miedo al fracaso, ¿cómo seríamos confortados sino expresando con lamentos nuestra queja delante de Dios? ¡Cuán a menudo nos hemos agitado muchos de nosotros en nuestro lecho en la mitad de la noche al ser conscientes de nuestras faltas en el testimonio! ¡Con cuánta frecuencia hemos deseado volver rápidamente al púlpito para repetir con más vehemencia lo que hemos expresado con tanta frialdad! ¿Dónde podríamos encontrar descanso para nuestros espíritus sino en la confesión de pecado y en la súplica apasionada de que nuestra deficiencia o insensatez no sea en modo alguno obstáculo para el Espíritu de Dios? En una asamblea pública no es posible derramar todo el amor de nuestro corazón por nuestro rebaño. El ministro afectuoso, como José, buscará un sitio donde llorar. Por muy libremente que se exprese, sus emociones en el púlpito estarán contenidas; solo en la oración privada podrá abrir las esclusas y ordenar a dichas emociones que fluyan. Si no podemos prevalecer por Dios con los hombres, al menos nos esforzaremos por prevalecer a favor de los hombres con Dios. Nosotros no podemos salvarlos, ni siquiera persuadirlos

para que sean salvos; pero como mínimo tenemos la posibilidad de lamentar su locura e instar la intervención del Señor. Al igual que Jeremías podemos tomar esta decisión: «Mas si no oyereis esto, en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia; y llorando amargamente se desharán mis ojos en lágrimas» (Jer. 13:17). El corazón del Señor jamás puede quedar indiferente ante tan patéticas súplicas; y, a su debido tiempo, el lloroso intercesor se convertirá en un jubiloso ganador de almas. Existe una clara conexión entre la angustia apremiante y el verdadero éxito, al igual que entre los dolores de parto y el nacimiento, la siembra con lágrimas y el segar con regocijo. Un jardinero le dijo a otro: «¿Cómo es que tu semilla brota tan deprisa?»; y aquel le respondió: «Porque la empapo bien». Debemos empapar en lágrimas todas nuestras predicaciones «cuando solo Dios está cercano», y su crecimiento nos sorprenderá y deleitará. ¿Podía alguien dudar del éxito de Brainerd cuando su diario contiene notas como la siguiente? «25 de abril.— Esta mañana he pasado dos horas en mis deberes sagrados, y he recibido más fuerzas que de ordinario para angustiarme por las almas inmortales; y aunque era muy temprano y el sol apenas brillaba, mi cuerpo estaba completamente empapado de sudor». El secreto del poder de Lutero residía en eso mismo. Teodoro dice acerca de él: «Le oí por casualidad orando; y ¡válgame Dios, con cuánta vitalidad y sentimiento oraba! Lo hacía con tanta reverencia como hablando con Dios; y, sin embargo, con la misma confianza que si lo estuviera haciendo con un amigo». Hermano, permíteme que te ruegue que seas hombre de oración. Puede que jamás tengas grandes talentos; pero, si abundas en la intercesión, sacarás buen provecho de ellos. Si no oras sobre lo que has sembrado, Dios en su soberanía puede decidir otorgar una bendición, pero no tienes ningún derecho a esperarla y, si viene la misma, no traerá ningún consuelo a tu propio corazón. Ayer estaba leyendo un libro del difunto padre Faber, ministro del Oratorio de Brompton, una impresionante mezcla de verdad y error. En el mismo narra una leyenda al respecto. Cierto predicador, cuyos sermones convertían a las personas por docenas, recibió una revelación celestial de que ninguna de dichas conversiones se debía a sus talentos o elocuencia, sino que todas ellas respondían a las oraciones de un laico analfabeto de la congregación que se sentaba en los escalones del púlpito rogando todo el tiempo por el éxito del sermón. Tal vez en el día cuando todo se revele sucederá lo mismo con nosotros: quizá descubramos entonces, después de haber trabajado larga y arduamente predicando, que toda la honra le corresponde a otro constructor, cuyas oraciones fueron oro, plata y piedras preciosas, mientras que nuestro sermonear sin oración no supuso sino heno y hojarasca.

Cuando hayamos acabado de predicar, si somos verdaderos ministros de Dios, no habremos terminado con la oración; porque la Iglesia entera, en muchas lenguas, estará clamando, en el idioma del macedonio: «Pasa [...] y ayúdanos» en oración. Si recibes la capacidad de prevalecer en la plegaria, tendrás muchas peticiones que hacer por otros que se agolparán pidiéndote una porción de tus intercesiones; de modo que te verás comisionado para llevar mensajes de amigos y oyentes al trono de la gracia. Esa es siempre mi suerte; y considero un placer tener que presentar tales peticiones delante del Señor. Jamás te quedarás sin asuntos por los que orar, aunque nadie te los sugiera. Mira a tu congregación: siempre hay enfermos entre ellos, y muchos más enfermos del alma. Algunos no son salvos; otros están buscando y no encuentran. Muchos se hallan abatidos, y no pocos creyentes están reincidiendo o atravesando un período de duelo. Tenemos lágrimas de viudas y suspiros de huérfanos

que meter en nuestra redoma y derramar delante del Señor. Si eres un verdadero ministro de Dios estarás como sacerdote delante del Señor llevando el efod espiritual y el pectoral donde están escritos los nombres de los hijos de Israel, y orando por ellos más allá del velo. He conocido hermanos que mantenían una lista de personas por las cuales se sentían especialmente responsables de orar, y no dudo que dicha lista a menudo les habrá recordado aquello que de otro modo se les habría escapado de la memoria. Tampoco tu congregación acaparará todo tu tiempo: la nación y el mundo también reclamarán su porción. El hombre poderoso en la oración puede ser un muro de fuego alrededor de su país, su ángel de la guarda y su escudo. Todos hemos oído hablar de cómo los enemigos de la causa protestante temían más las oraciones de Knox que a los ejércitos de diez mil soldados. El famoso galés fue también un gran intercesor por su país: solía decir que no entendía cómo un cristiano podía permanecer acostado toda la noche sin levantarse para orar. Y cuando su esposa, temiendo que se resfriara, le seguía hasta la habitación adonde se había retirado, le oía suplicar con frases entrecortadas: «Señor, ¿no me concederás Escocia?». ¡Ojalá estuviéramos luchando así nosotros a medianoche y clamando: «Señor, ¿no nos concederás las almas de los que nos escuchan?».

El ministro que no ora fervientemente por su trabajo debe ser sin duda un hombre vanidoso y engreído, ya que actúa como si se creyera suficiente en sí mismo y no necesitara, por tanto, recurrir a Dios. Sin embargo, qué orgullo infundado es pensar que nuestra predicación, por sí sola, puede ser tan poderosa como para convertir a los hombres de sus pecados y traerlos a Dios sin la operación del Espíritu Santo. Si somos de veras humildes no nos aventuraremos a entrar en la batalla hasta que el Señor de los Ejércitos nos haya revestido de todo poder y nos haya dicho: «Ve con esta tu fuerza» (Jue. 6:14). El predicador negligente con la mucha oración tiene que ser muy descuidado en cuanto a su ministerio. No debe de haber entendido su llamamiento, ni calculado el valor de un alma, ni estimado el significado de la eternidad. Tiene que ser un mero funcionario, tentado por el púlpito porque necesita mucho el pedazo de pan que conlleva el oficio de sacerdote; o un despreciable hipócrita que ama las alabanzas de los hombres y no busca la alabanza de Dios. Ciertamente llegará a ser un mero charlatán superficial, mejor aceptado allí donde menos se estime la gracia y más se admire un simple espectáculo vacío. No puede tratarse de uno de los que aran en profundidad y siegan cosechas abundantes: es un mero holgazán, no un trabajador. Como predicador, tiene nombre de que vive y está muerto; renquea en su vida como el cojo de Proverbios, cuyas piernas son desiguales, ya que su vida de oración es más corta que su predicación.

Me temo que la mayoría de nosotros necesitamos, unos más y otros menos, examinarnos a nosotros mismos en cuanto a esto. Si cualquier hombre aquí presente se aventurara, siendo estudiante, a decir que ora tanto como debiera, yo pondría seriamente en tela de juicio su afirmación. Y si algún ministro, diácono o anciano hoy aquí puede decir que se ocupa con Dios en oración todo lo que podría ocuparse, me encantaría conocerlo. Solo puedo decir que si él es capaz de reivindicar tal excelencia, me deja muy atrás, porque a mí no me es posible hacer una afirmación así. Me gustaría poder hacerla; lo confieso con bastante vergüenza y confusión, pero estoy obligado a reconocerlo. Si no somos más negligentes que otros acerca de esto, eso no nos supone ningún consuelo, ya que las deficiencias de los demás no constituyen una excusa para nosotros. ¿Cuántos de nosotros podemos compararnos con Joseph Alleine, cuyo carácter ya he mencionado anteriormente? Su esposa escribe

de él: «Cuando gozaba de buena salud, se levantaba siempre a las 4:00 de la madrugada o antes, y le preocupaba mucho si oía a los herreros u otros artesanos trabajando en sus oficios antes de que él estuviera en comunión con Dios. A menudo me decía: '¡Cuánto me avergüenza ese sonido! ¿Acaso no merece más mi Señor que el suyo?'. Desde las 4:00 hasta las 8:00 de la mañana se dedicaba a la oración, la santa contemplación y el canto de salmos: en lo cual se deleitaba sobremanera y que practicaba a diario, tanto solo como con la familia. A veces suspendía la rutina de los compromisos eclesiales y se dedicaba días enteros a esos ejercicios secretos, para lo cual procuraba estar solo en alguna casa vacía o en un lugar apartado del despoblado valle. Allí se entregaba a mucha oración y a meditar en Dios y en el Cielo».[2]

¿Podríamos leer la descripción que hace Jonathan Edwards de David Brainerd sin que se nos subieran los colores? «Su vida —dice Edwards— indica el camino correcto para obtener éxito en la obra del ministerio. Él lo buscaba como un soldado resuelto busca la victoria en un asedio o una batalla; o como lo hace un hombre que participa en una carrera por un gran premio. Estimulado por el amor a Cristo y a las almas, ¡cuán fervientemente trabajó siempre! No solo con la palabra y la doctrina, en público o en privado, sino con *oraciones* día y noche, «luchando con Dios» en secreto y experimentando «dolores de parto», con inexpresables gemidos y angustias, ¡hasta que «Cristo fuera formado» en los corazones de la gente a la que había sido enviado! ¡Cómo ansiaba una bendición sobre su ministerio y «velaba por las almas como quien ha de dar cuenta»! ¡O de qué manera fue «en el poder del Señor Dios», buscando el influjo especial del Espíritu para ayudarlo y darle el éxito, y dependiendo de él! Y qué buen fruto recogió, por fin, después de una larga espera y de muchas apariencias oscuras y descorazonadoras. Como un verdadero hijo de Jacob, perseveró luchando durante toda la noche tenebrosa hasta rayar el alba»[3].

¿Acaso no nos avergonzaría el diario de Henry Martin, donde hay anotaciones como esta?

> 24 Sept.— Se me ha capacitado para llevar a la práctica la decisión con que me acosté la noche pasada, de dedicar este día a la oración y el ayuno. En mi primera oración para ser liberado de pensamientos mundanos, dependiendo del poder y de las promesas de Dios a fin de fijar mi alma mientras oraba, recibí ayuda para lograr mucha abstinencia del mundo durante casi una hora. Luego leí la historia de Abraham, para considerar con cuánta familiaridad se había Dios revelado a hombres mortales de la antigüedad. A continuación, orando por mi propia santificación, mi alma bramó libre y ardientemente por la santidad de Dios, y ese fue el mejor momento del día[4].

Tal vez podamos identificarnos más bien con él en su lamento después de su primer año de ministerio, según el cual «consideró que había dedicado demasiado tiempo a ministrar en público y demasiado poco a la comunión privada con Dios».

Es difícil adivinar cuántas bendiciones nos habremos perdido por nuestro descuido de la súplica, y

[2] Stanford, Chars.: *Joseph Alleine: His Companions and Times*. Una biografía admirable.

[3] Edwards, Jonathan. A. M., Presidente de la Escuela Pastoral de New Jersey: *The Life of the Rev. David Brainerd, Missionary to the Indians*. Londres, 1818.

[4] Sargent, John, Rev., M. A., Rector of Lavington: *A Memoir of the Rev. Henry Martin, B. D., Chaplain to the Hon. East India Company*, 1855.

ninguno de nosotros puede saber lo pobres que somos en comparación con como hubiéramos podido ser de haber vivido habitualmente más cerca de Dios en oración. Los vanos lamentos y las acusaciones no valen de nada; mucho más beneficioso es tomar la seria determinación de corregirse. No solo deberíamos orar más, sino que *debemos* hacerlo. Es un hecho que el secreto del éxito en el ministerio reside en prevalecer ante el trono de la gracia.

Una clara bendición que la oración privada trae sobre el ministerio es ese algo indescriptible e inimitable que resulta más fácil comprender que definir: ese rocío del Cielo, esa presencia divina que reconocerás de inmediato si te digo que se trata de «una unción del Santo». ¿Qué es? Me pregunto durante cuanto tiempo tendríamos que cavilar antes de poder expresar con palabras lo que significa *predicar con unción*; sin embargo, aquel que predica reconoce la presencia de esta y el que escucha detecta pronto su ausencia. El hambre en Samaria ejemplifica un discurso sin ella; Jerusalén con sus banquetes de gruesos tuétanos, puede representar un sermón enriquecido con la misma. Todo el mundo sabe lo que es la frescura de la mañana cuando las perlas del Oriente abundan sobre cada brizna de hierba; ¿pero quién puede describirla y, mucho menos, producirla? Así es el misterio de la unción espiritual: la conocemos, pero no podemos decir a otros lo que es. Resulta tan fácil como estúpido el falsificarla del modo que lo hacen algunos que utilizan expresiones cuya intención es manifestar un amor fervoroso pero que más frecuentemente transmiten un sentimentalismo enfermizo o una mera mojigatería. Lo llenan todo de expresiones como «Querido Señor», «Dulce Jesús», «Cristo mío», hasta ponerle a uno enfermo. Estas familiaridades pueden haber sido no solo tolerables, sino hasta hermosas la primera vez que salieron de un santo de Dios hablando, por así decirlo, de la gloria excelente; pero cuando se repiten con petulancia, no solo son intolerables, sino indecentes, por no decir blasfemas. Algunos han intentado imitar la unción con tonos artificiales y gemidos: poniendo los ojos en blanco y levantando sus manos del modo más ridículo. Oímos el tono y la cadencia de M'Cheyne continuamente en los escoceses; pero es mucho más preferible su espíritu que sus formas de expresarse. Cualquier mera pose sin poder es como carroña inmunda desprovista de toda vida, ofensiva y dañina.

Algunos hermanos intentan conseguir la inspiración mediante el esfuerzo y los gritos; pero la inspiración no viene. Hemos visto a otros interrumpir el sermón y exclamar: «Que Dios los bendiga»; y a otros aún gesticular violentamente y clavarse las uñas en la palma de la mano como bajo convulsiones de fervor celestial. ¡Bah, todo ello huele a camerino y escenario! Estimular el fervor de los oyentes aparentando tenerlo el predicador es un engaño detestable que deben menospreciar los hombres honrados. «Aparentar sentimiento —decía Richard Cecil— es nauseabundo y se detecta pronto; pero el sentimiento es el camino más directo al corazón de los demás». La unción no es cosa que se pueda fabricar, y sus falsificaciones son peor que inútiles; sin embargo, en sí misma, no tiene precio y es infinitamente necesaria para edificar a los creyentes y traer pecadores a Jesús. Este secreto se le confía a quien suplica a Dios en privado: sobre él descansa el rocío del Señor, y en él se halla el perfume que alegra el corazón. Si la unción que llevamos no viene del Señor de los Ejércitos, somos engañadores; y puesto que solo podemos recibirla mediante la oración, sigamos suplicando sin demora, constantes y fervientes. Deja tu vellón en la era de la oración hasta que se moje con el rocío del cielo. No vayas a ministrar en el templo hasta que te hayas lavado en la fuente. No pienses en ser

mensajero de la gracia para otros antes de haber visto al Dios de gracia por ti mismo y recibido la palabra de su boca.

El tiempo que el alma pasa postrada en silencio delante del Señor es sumamente reconfortante. David «se sentó delante del Señor». Resulta muy provechoso hacer estas santas sentadas, con la mente receptiva como una flor abierta bebiendo los rayos del sol o la sensible placa fotográfica recibiendo la imagen que tiene delante. La quietud que algunos hombres no pueden soportar porque revela su pobreza interior, es para los sabios como un palacio de cedro, ya que el Rey en su belleza se digna pasear por sus santos atrios.

¡Santo silencio! Tú que eres
esclusa del más hondo corazón,
fruto de una especie celestial;
escarcha sobre la boca
y deshielo para la mente[5].

Por muy valioso que sea el don de la palabra, en algunos aspectos la práctica del silencio es mucho más excelente. ¿Me consideras un cuáquero? Pues que así sea: en esto sigo a George Fox de mil amores; ya que estoy persuadido de que la mayoría de nosotros damos demasiada importancia a la capacidad de hablar, la cual no es, después de todo, más que la cáscara del pensamiento. La contemplación silenciosa, la adoración callada, el embeleso inexpresado, estas son mis reacciones cuando tengo ante mí mis mejores joyas. Hermano, no niegues a tu corazón los placeres de la alta mar, no dejes de experimentar la vida más profunda mientras parloteas sin cesar entre las conchas rotas y el oleaje espumoso de la orilla.

Te recomiendo encarecidamente que, cuando ya estés asentado en el ministerio, celebres sesiones devocionales extraordinarias. Si tus oraciones normales no mantienen la frescura y el vigor de tu alma y sientes que te estás debilitando, aíslate durante una semana y hasta un mes si puedes. Si tenemos vacaciones de vez en cuando, ¿por qué no tomarnos con frecuencia algunos días de santo asueto? Oímos que nuestros hermanos más adinerados encuentran tiempo para hacer un viaje a Jerusalén, ¿no podríamos nosotros sacar un poco del mismo para ese viaje menos difícil y más provechoso a la Ciudad Celestial?

Isaac Ambrose, en otro tiempo pastor en Preston, que escribió el famoso libro *Looking unto Jesus* (Mirar a Jesús), siempre apartaba un mes al año para confinarse en una cabaña en cierto bosque de Garstang. No es extraño que fuera un teólogo tan competente, si podía pasar con regularidad un tiempo tan prolongado en el monte con Dios. Observo que los romanistas suelen fijar los que ellos llaman «retiros», en los cuales cierto número de sacerdotes se apartan durante algún tiempo en perfecta quietud, para pasar todo el período en oración y ayuno a fin de inflamar el fuego de sus almas. Podemos aprender de nuestros adversarios: sería magnífico que, de vez en cuando, una compañía de hermanos verdaderamente espirituales pasaran un día o dos juntos en un verdadero anhelo de ardiente de oración. Y algunos pastores solos podrían gozar de una libertad mucho mayor

[5] Flecknoe.

que en una compañía mixta. Los períodos de humillación y súplica por la Iglesia entera también nos beneficiarían a nosotros si los lleváramos a cabo gustosamente. Nuestras temporadas de ayuno y oración en el Tabernáculo han sido días extraordinarios: nunca ha estado más abierta la puerta del Cielo, ni nuestros corazones se han acercado tanto a la gloria misma. Yo espero con tanta impaciencia nuestro mes de devociones especiales como los marineros el llegar a tierra. Aunque pusiéramos a un lado nuestro ministerio público para conceder espacio a la oración especial, ello supondría una gran ganancia para nuestras iglesias. Un viaje a los dorados ríos de la comunión y la meditación se amortizaría sobradamente con un cargamento de sentimiento santificados y de elevados pensamientos. Nuestro silencio podría resultar mejor que nuestras voces si pasáramos nuestra soledad con Dios. Jerónimo actuó magníficamente al dejar a un lado todos sus compromisos apremiantes a fin de lograr un propósito hacia el que sentía un llamamiento celestial. Tenía una numerosa congregación, más grande de la que ninguno de nosotros pudiera desear, pero dijo a sus feligreses: «Ahora es necesario traducir el Nuevo Testamento, han de buscarse un nuevo predicador. Hay que hacer esa traducción: me marcho al desierto, y no volveré hasta que haya terminado mi tarea». Así que allá se fue con sus manuscritos. Oró y trabajó; y produjo un libro: la Vulgata latina —la cual perdurará mientras el mundo dure—; en su conjunto una estupenda traducción de las Sagradas Escrituras. Puesto que la erudición y el retiro piadoso fueron capaces de producir juntos una obra inmortal, nuestro provecho resultaría pronto evidente si dijéramos alguna vez a los nuestros, cuando nos sintiéramos movidos a ello: «Queridos amigos, de veras debemos marcharnos durante una corta temporada para renovar nuestras almas en soledad». Y aunque no escribiéramos la Vulgata latina, llevaríamos a cabo una obra eterna que resistiría al fuego.

Discurso 4

Nuestra oración pública

Algunas veces los episcopalianos[1] han alardeado de que los miembros de la Iglesia establecida van a sus iglesias para orar y adorar a Dios, mientras que los disidentes[2] solo se reúnen para escuchar sermones. Nuestra respuesta a esto es que, aunque puede haber algunos profesantes culpables de esta ofensa, no es cierto del pueblo de Dios en nuestro medio (y estas son las únicas personas que disfrutarán de veras del culto en cualquier iglesia). Nuestras congregaciones se reúnen para adorar a Dios, y nosotros afirmamos —y no dudamos en absoluto en hacerlo— que se elevan tantas oraciones sinceras y aceptables en nuestros cultos normales no conformistas[3] como en las mejores y más pomposas representaciones de la Iglesia de Inglaterra.

Además, si ese comentario pretende implicar que el escuchar sermones no es dar culto a Dios, está fundamentado en una enorme equivocación; ya que el escuchar debidamente el evangelio constituye una de las partes más nobles de la adoración al Altísimo. Es este un ejercicio mental en el que, cuando se lleva a cabo correctamente, todas las facultades del hombre espiritual se ven estimuladas a la devoción activa. Escuchar con reverencia la Palabra ejercita nuestra humildad, instruye nuestra fe, nos irradia con gozo, nos inflama de amor, nos inspira celo y nos eleva hacia el Cielo mismo. Muchas veces un sermón ha sido algo así como una escalera de Jacob sobre la cual hemos visto subir y bajar a los ángeles de Dios, y a Dios mismo en lo alto de la misma. A menudo, cuando Dios ha hablado a nuestras almas por medio de sus siervos, hemos sentido: «[Este lugar] no es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo». Hemos magnificado el nombre del Señor y le hemos alabado con todo el corazón mientras él nos hablaba por su Espíritu, el cual ha concedido a los hombres. De modo que esa gran distinción entre la predicación y la oración que algunos quisieran hacernos reconocer, no existe, ya que una parte del culto se mezcla delicadamente con la otra y a menudo el sermón inspira las oraciones y los himnos. La verdadera predicación es un culto aceptable a Dios que manifiesta sus misericordiosos atributos; el testimonio de su evangelio, que por excelencia le glorifica, y la escucha obediente de su verdad revelada, constituyen una forma aceptable de adoración para el Altísimo y, tal vez, una de las más espirituales en que la mente humana pueda tomar parte. Sin embargo, como nos dice cierto antiguo poeta romano, está bien aprender de nuestros enemigos y, por tanto, tal vez nuestros oponentes litúrgicos nos hayan señalado lo que, en algunos casos, es una debilidad en nuestros cultos públicos: muy posiblemente, nuestras prácticas no adopten siempre la forma mejor ni se presenten de la manera más encomiable. Hay algunas «casas de reunión»[4] donde las súplicas no son todo lo fervientes o vivas que sería de desear; y, en otros lugares, el fervor va tan unido a la ignorancia,

[1] Anglicanos. (N. T.).

[2] Protestantes no anglicanos.

[3] Sinónimo de disidentes.

[4] Templos cuáqueros

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

y la devoción está tan estropeada por el desbarro, que ningún creyente inteligente puede participar con gusto en el culto. La oración en el Espíritu Santo no es algo generalizado entre nosotros, ni tampoco todos oran con el entendimiento a la vez que con el corazón. Hay mucho que se puede mejorar; y, en algunos círculos, es imperativo hacerlo. Por tanto, déjenme advertirles muy seriamente, queridos hermanos, contra el estropear sus cultos con sus oraciones: tomen la solemne determinación de que todas las prácticas en el templo serán de la mejor clase.

Tengan por cierto que la oración libre es la más escrituraria y debería ser la forma más excelente de plegaria pública. Si pierden la fe en lo que hacen jamás lo harán bien; por tanto, tengan bien claro que están adorando delante del Señor de una manera acreditada por su Palabra y aceptable para él. La expresión «leer oraciones», que tan corriente es en la actualidad, no se encuentra en las Sagradas Escrituras, a pesar de la riqueza de palabras que estas emplean para comunicar el pensamiento religioso; y no está presente porque no existía. ¿Cuándo nos topamos en los escritos apostólicos siquiera con la idea de una liturgia? La oración no estaba restringida a una forma cualquiera de palabras en las asambleas de los cristianos primitivos. Tertuliano escribe al respecto: «Oramos *sin apuntador*, porque lo hacemos con el corazón»[5]. Justino Mártir describe al ministro que preside como orando «según su habilidad»[6]. Sería difícil saber cuándo y dónde comenzaron las liturgias: su introducción fue gradual y creemos que se fue extendiendo a medida que la pureza en la Iglesia declinaba. El hecho de introducirlas entre los no conformistas marcaría la era de nuestra decadencia y caída. Me siento tentado a extenderme sobre el tema, pero no es la cuestión que nos ocupa; de modo que seguiré adelante señalando únicamente que pueden encontrar el asunto de las liturgias hábilmente tratado por el Dr. John Owen, a quien harían bien en consultar[7].

Demostremos la superioridad de la oración espontánea haciéndola más espiritual y ferviente que la plegaria litúrgica. Es una verdadera pena cuando hacemos exclamar al oyente: «Nuestro ministro predica mucho mejor que ora». Esto no se ajusta al modelo del Señor. Él hablaba como ningún hombre lo había hecho jamás; y en cuanto a sus oraciones, estas impresionaban tanto a sus discípulos que les hicieron expresar: «Señor, enséñanos a orar». Todas nuestras facultades deberían concentrar su energía, y el hombre entero elevarse a lo sumo de su vigor, en la oración pública, mientras el Espíritu Santo bautiza el alma y el espíritu con su sagrada influencia. Pero el parloteo abúlico, descuidado y sin vida bajo el disfraz de oración, ideado para rellenar un determinado espacio en el culto, resulta aburrido para el hombre y una abominación para Dios. Si la oración libre hubiera sido en general de un orden más elevado jamás se habría pensado en una liturgia, y las formas actuales de oración no tienen mejor defensa que la debilidad de la plegaria improvisada. La clave está en que no somos realmente tan devotos de corazón como deberíamos. Para que nuestras oraciones no sean insípidas o formales, hemos de mantener la comunión habitual con Dios. Si el glaciar no se funde en los altos barrancos de la montaña, no habrá arroyos que desciendan para alegrar la llanura. La oración privada es el terreno en que debemos perforar con vistas a nuestras prácticas más públicas, y no

[5] «Denique sine monitore, quia de pectore oramus» (*Tertulliani Apologet*, cap. 30).

[6] «Os dynamis aut i» (Justino Mártir, *Primera Apología*, cap. 68, p. 270, Ed. Otto).

[7] «Discurso referente a las liturgias y su imposición» (*Owen's Works*, Vol. XV, Goold's Edition).

podemos descuidarla por mucho tiempo sin que dejemos de funcionar bien cuando estamos delante de la congregación.

Nuestras oraciones jamás deben arrastrarse, sino alzar el vuelo y subir a lo alto: necesitamos una disposición celestial. Nuestra forma de dirigirnos al trono de la gracia debe ser solemne y humilde; no petulante y bullanguera, ni tampoco formal y descuidada. El tono coloquial está fuera de lugar delante del Señor: debemos inclinarnos con reverencia y en el asombro más profundo. Es cierto que podemos dirigirnos a Dios con osadía; pero, aun así, él aún está en el Cielo y nosotros sobre la tierra, por lo que debemos evitar toda presunción. En la plegaria nos encontramos delante del trono del Infinito de un modo especial; y, como el cortesano en el palacio del rey, debemos adoptar otra compostura y otros modales que los que mostramos para con los demás súbditos reales. Hemos observado en las iglesias de Holanda que, tan pronto como el ministro empieza a predicar, todos los hombres se ponen el sombrero; pero que, en cuanto pasa a la oración, todo el mundo se lo quita. Esta era la costumbre en las antiguas congregaciones puritanas de Inglaterra, y perduró bastante tiempo entre los bautistas, quienes llevaban sus gorros durante aquellas partes del culto que no consideraban estrictamente adoración y se los quitaban tan pronto como se acercaban directamente a Dios, ya fuera cantando o en oración. La práctica me parece impropia y la razón para ella equivocada. Ya he recalcado que no hay una gran diferencia entre el orar y el escuchar; y estoy seguro de que nadie abogará por que volvamos a aquella antigua costumbre o a la opinión que se indicaba con ella. Aun así, hay una diferencia; y en tanto que en la oración estamos hablando con Dios más directamente en vez de buscar la edificación de nuestros semejantes, debemos quitarnos el calzado de nuestros pies, porque el lugar en que estamos es santo.

Dirijan solo a Dios sus oraciones. Cuiden de no tener un ojo puesto en quienes les escuchan, o usar la retórica para agradar a los oyentes. La oración no debe convertirse en un «sermón indirecto». Es casi blasfemo el hacer de la devoción una oportunidad para el lucimiento. Las oraciones refinadas son por lo general oraciones muy perversas: en la presencia del Señor de los ejércitos no le conviene al pecador exhibir las plumas y los adornos del discurso afectado para conseguir el aplauso de sus semejantes mortales. Los hipócritas que se atreven a hacerlo ya tienen su recompensa; pero se trata de una recompensa temible. Un ministro recibió una tremenda sentencia condenatoria cuando le dijeron, lisonjeramente, que su oración había sido la más elocuente dirigida a una congregación de Boston. Podemos tratar de estimular los anhelos y las aspiraciones de quienes nos escuchan cuando oramos; pero cada palabra y pensamiento deben ir dirigidos a Dios, y solo rozar a la gente lo necesario como para traerla a ella y sus necesidades delante del Señor. Recuerda a la gente en tus oraciones; pero no des forma a tus súplicas para obtener su estima. Mira hacia arriba, mira hacia arriba con ambos ojos…

Eviten cualquier vulgaridad en la oración. Tengo que reconocer que en ocasiones he oído algunas vulgaridades, pero no sería provechoso repetirlas: tanto más cuanto que se hacen cada vez menos frecuentes. Pocas veces nos encontramos en la actualidad con esas oraciones vulgares que eran tan corrientes en las reuniones de los metodistas en otro tiempo; mucho más corrientes, seguramente, en la transmisión de las mismas que en realidad. La gente poco educada debe orar a su manera cuando se siente enfervorizada; y su lenguaje, muchas veces, les chocará no tanto a los devotos como a los

melindrosos. Pero se debe ser condescendiente con esto, y si el espíritu que hay detrás es evidentemente sincero, podemos olvidar las expresiones poco elegantes. En cierta ocasión escuché a un hombre pobre, en una reunión de oración, orar de la siguiente manera: «Señor, vela por estos jóvenes durante el período festivo; porque ya sabes, Señor, cómo sus enemigos los acechan como un gato acecha a los ratones». Algunos ridiculizaron aquella expresión; pero a mí me pareció natural y expresiva, considerando quién era el que la había utilizado. Un poco de enseñanza amable y una o dos insinuaciones impedirán, por lo general, la repetición de cualquier cosa inconveniente en tales casos; pero nosotros, que ocupamos el púlpito, debemos ser muy cuidadosos para evitarlas. El biógrafo de ese extraordinario predicador metodista americano llamado Jacob Gruber menciona —como ejemplo de la ingeniosidad de este— que, después de haber oído a un joven ministro calvinista atacar violentamente su credo, le pidieron a él que terminara con una oración; y, entre otras peticiones, oró que el Señor bendijera al joven que acababa de predicar y le concediera mucha gracia, «para que su corazón se [volviera] tan blando como su cabeza». Por no mencionar el mal gusto de tal animadversión contra un colega en el ministerio, cualquier hombre sensato reconocerá que el trono del Altísimo no es lugar para pronunciar tan vulgares ocurrencias. Con toda probabilidad, el joven orador merecía una reprimenda por su insuficiente caridad cristiana, pero el viejo pecó diez veces más por su falta de reverencia. Lo apropiado para el Rey de reyes son las palabras selectas, no aquellas mancilladas por lenguas procaces.

Otra falta que también debe evitarse en la oración es una superabundancia profana y nauseabunda de palabras empalagosas. Cuando las expresiones «amado Señor», «bendito Señor» y «dulce Señor» se dan una y otra vez como vanas repeticiones, son algunas de las peores manchas. Debo confesar que no experimentaría aversión en mi mente hacia las palabras «querido Jesús» si salieran de los labios de un Rutherford, Hawker o Herbert; pero cuando escucho expresiones cariñosas y familiares vulgarizadas por personas que no se caracterizan en absoluto por su espiritualidad, me siento inclinado a desear que, de una u otra forma, estas pudieran llegar a una mejor comprensión de la relación entre el hombre y Dios. La palabra «querido» ha llegado a ser tan corriente, debido a su uso diario, y tan poca cosa —y, en algunos casos, tan tonta y afectada—, que el salpicar de ella nuestras oraciones no resulta edificante.

La constante repetición de la palabra «Señor», que se da en las primeras oraciones de los recién convertidos, y hasta entre los estudiantes, es altamente censurable. Las expresiones de «¡Oh Señor! ¡Oh Señor! ¡Oh Señor!» nos entristecen cuando las oímos repetir con tanta asiduidad. «No tomarás el nombre de Dios en vano» constituye un gran mandamiento, y aunque se puede quebrantar la ley inadvertidamente, su quebrantamiento es aún un pecado y un pecado muy solemne. El nombre del Señor no se debe emplear como sustituto para cuando nos quedamos sin palabras. Asegúrate de utilizar de la forma más reverente el nombre del infinito Jehová. Los judíos, en sus escritos sagrados, bien dejan un espacio en blanco para «Jehová» o bien escriben en su lugar la palabra «Adonai»; ya que consideran que el sagrado nombre es demasiado santo para un uso común. No tenemos que mostrarnos supersticiosos; pero valdría la pena ser escrupulosamente reverentes. Podemos evitar la profusión de exclamaciones tales como «¡Oh!» y otras interjecciones. Los oradores jóvenes, muchas veces, fallan en esto.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Eviten la clase de oración que podría considerarse —aunque el lenguaje no nos ha proporcionado muchos términos para referirnos a esta cuestión— *como una exigencia perentoria a Dios*. Es sumamente grato escuchar a un hombre luchando con el Señor y expresando: «No te dejaré si no me bendices»; pero esto debe decirse con humildad, no con espíritu bravucón como si estuviéramos ordenando y arrancándole las bendiciones al Señor de todo. Recuerden que se trata aún de un hombre que lucha; aunque se le permita contender con el eterno YO SOY. A Jacob se le descoyuntó el muslo después de la santa contienda de aquella noche, para hacerle ver que Dios es terrible y que el poder que había tenido para prevalecer no residía en sí mismo. Se nos enseña a decir: «Padre nuestro»; pero él es aún el «Padre nuestro *que estás en los cielos*». Podemos usar de familiaridad con él; pero de una santa familiaridad. Podemos ser atrevidos; pero con el atrevimiento que brota de la gracia y es obra del Espíritu. No con la osadía del rebelde que exhibe una actitud altiva en presencia de su ofendido rey, sino con el atrevimiento del niño que teme porque ama y ama porque teme. No caigamos nunca en una forma de dirigirnos a Dios que sea vanagloriosa e impertinente: a él no se le debe atacar como si se tratara de un antagonista; sino rogar como a nuestro Señor y Dios. Seamos humildes y modestos de espíritu, y oremos de ese modo.

Oren cuando profesan hacerlo y no hablen de ello. Los hombres de negocios dicen: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su sitio». Prediquen durante el sermón y oren en el tiempo de la oración. Las disquisiciones acerca de nuestra necesidad de ayuda en la oración no son oraciones. ¿Por qué los hombres no se entregan de inmediato a la oración en vez de estar dando rodeos y diciendo lo que deberían hacer y quisieran hacer? ¿Por qué no ponerse manos a la obra en el nombre de Dios y hacerlo? Acometan la intercesión con franqueza y seriedad, y dirijan sus rostros hacia el Señor. Rueguen por la provisión de las grandes y constantes necesidades de la Iglesia, y no dejen de pedir —con insistencia y fervor devoto— por aquellas cosas que requieren especialmente el momento y con el auditorio presentes. Mencionen a los enfermos, los pobres, los moribundos, los paganos, los judíos y todas las clases de personas olvidadas a medida que estas se agolpan en sus corazones. Oren por su congregación como santos y pecadores, no como si fueran solamente santos. Refiéranse a los jóvenes y los ancianos, los responsables y los negligentes, los devotos y los reincidentes... Nunca te desvíes a la derecha ni a la izquierda, sino ara con el surco recto de la verdadera oración. Que tu confesión de pecado y tu acción de gracias sean sinceros y precisos, y presenta tus peticiones como si creyeras en Dios y no tuvieras duda alguna acerca de la eficacia de la oración. Digo esto porque hay tantos que oran de una manera tan formal que hacen creer, a quienes los observan, que consideran la oración como una cosa muy decente pero que, después de todo, es un ejercicio muy pobre y dudoso en lo que a resultados prácticos se refiere. Ora como alguien que ha puesto a prueba y experimentado a su Dios y que, por tanto, se acerca con seguridad y confianza a renovar sus súplicas. Y acuérdate de orar a Dios a lo largo de toda tu plegaria, sin caer jamás en la charla o la predicación y, menos aún —como hacen algunos—, en las reprensiones o las quejas.

Si se te pide que prediques, ten por norma dirigir la oración tú mismo; y si llegaras a ser muy estimado en el ministerio (como confío que lo seas) proponte, con mucha cortesía pero con la misma firmeza, resistirte a la práctica de escoger a hombres que oren con la intención de honrarlos dándoles algo que hacer. Nunca debiéramos degradar nuestras plegarias públicas convirtiéndolas en oportunidades para

hacer cumplidos. He oído algunas veces hablar de la oración y los cánticos como de «los prolegómenos del culto»; como si fueran un mero preludio del sermón. Espero que esto sea raro en nuestro medio; ya que si fuera corriente supondría una gran vergüenza para nosotros. Yo me esfuerzo siempre por dirigir todo el culto personalmente: por mi propio bien y creo que, también, por el bien de la congregación. No pienso que «cualquiera vale para la oración». No, caballeros, tengo la convicción solemne de que la oración es una de las partes más valiosas, útiles y honorables del culto; y de que la misma debería gozar de más consideración inclusive que el sermón. No hemos de poner a todos y a cualquiera a orar, y luego seleccionar a los hombres más capaces para predicar. Por debilidad —o en alguna ocasión especial—, puede suponer un alivio para el ministro pedir a alguien que ore por él; pero si el Señor te ha hecho amar tu trabajo, no delegarás en otro a menudo o de buena gana esa parte del mismo. Y si delegas de alguna manera el culto, que sea en alguien cuya espiritualidad y preparación presente te inspiran la más plena confianza. Pero escoger de improviso a un hermano sin dones y ponerlo al frente para dirigir las oraciones es vergonzoso.

¿Deberíamos servir al Cielo *con menos respeto*
que a nuestros ordinarios egos?

Designa para orar al hombre más capaz, y prefiere que se empañe el sermón antes que el acercamiento al Cielo. Sirvamos al infinito Jehová con lo mejor que tenemos: que la oración dirigida a la Majestad divina sea cuidadosamente sopesada y se ofrezca con toda la energía de un corazón que ha sido despertado y de una comprensión espiritual. Aquel a quien la comunión con Dios le ha preparado para ministrar a la gente es, por lo general, el más apto de todos los hombres presentes para orar; planear un programa que ponga en su lugar a otro hermano es estropear la armonía del culto, despojar al predicador de un ejercicio que le fortalecería para dar el sermón y, en muchas ocasiones, sugerir comparaciones entre diferentes partes del servicio religioso que nunca deberían tolerarse. Si se manda subir al púlpito en mi lugar a algún hermano que no está preparado para orar, cuando yo estoy listo para predicar, no veo por qué no podría permitírseme a mí hacer la oración y dejar luego que dichos hermanos llevaran a cabo la predicación. No encuentro ninguna razón para que se me prive del ejercicio más santo, dulce y provechoso que el Señor me ha asignado. Si yo pudiera elegir, preferiría entregar a otro el sermón antes que la oración. He dicho todo esto para grabar en sus mentes que deben estimar sobremanera la oración pública, y buscar al Señor para obtener los dones y las virtudes necesarias para su debido ejercicio.

Aquellos que menosprecian toda oración improvisada, probablemente echarán mano de estos comentarios y los utilizarán en contra de la misma. Pero puedo garantizarles que las faltas aludidas no son corrientes en nuestro medio y que, en realidad, casi ni existen ya; aunque tampoco el escándalo causado por dichas faltas haya sido jamás —en el peor de los casos— tan grande como el producido por la manera como, muy a menudo, se lleva a cabo el oficio litúrgico. Con demasiada frecuencia se despacha rápidamente el culto, de forma tan poco devota, como si se tratara de una simple balada. Las palabras se repiten sin el menor discernimiento de su significado y, no solo a veces, sino con harta frecuencia, en los lugares dedicados al culto episcopaliano podemos ver los ojos de la gente, de los integrantes del coro y del propio párroco vagando de acá para allá en todas direcciones; mientras se

hace evidente, por el tono mismo de la lectura, que no hay sentimiento alguno de identificación con lo que se está leyendo[8]. He estado en entierros en los que se ha despachado el oficio de sepultura de la Iglesia de Inglaterra de un modo tan indecoroso, que he necesitado de toda la gracia de que disponía para no lanzarle a la criatura un cojín a la cabeza. Me he sentido tan indignado que no sabía cómo hacer para oír, en presencia de aquellos enlutados abrumados por la tristeza, a un hombre sacudiéndose deprisa el oficio religioso como si le pagaran por sepelio y tuviera más trabajo pendiente. No puedo imaginarme qué efecto pensaría que estaba produciendo o qué buen resultado creería que podía extraerse de sus palabras, dichas con brusquedad y lanzadas en tono vengativo y vehemente. Es realmente escandaloso pensar cómo se destroza ese oficio de sepultura tan maravilloso, transformándolo en una abominación por la forma en que a menudo se lee. Lo menciono únicamente porque, si ellos critican nuestras oraciones con excesiva severidad, podemos dar una formidable respuesta para silenciarlos. Sin embargo, es mucho mejor para nosotros enmendar nuestros propios errores que buscar faltas en los demás.

Para que nuestra oración pública sea lo que debería ser, lo primero que se necesita es *que nos salga del corazón*. Un hombre debe suplicar realmente con devoción: la suya debe ser una oración verdadera y, si lo es —como pasa con el amor—, cubrirá multitud de pecados. Se le pueden perdonar a un hombre sus familiaridades, y también sus vulgaridades, cuando se percibe claramente que en lo profundo de su corazón está hablando con su Hacedor, y que lo que produce esos defectos es simplemente la falta de instrucción y no algún vicio moral o espiritual de su carácter. El que ora en público debe hacerlo con devoción; porque ¿qué peor preparación puede haber para un sermón que una oración somnolienta? ¿Hay alguna cosa capaz de hacer que la gente aborrezca más el subir a la casa del Señor que una oración así? Pon toda el alma en la oración pública. Si alguna vez todo tu ser ha tenido que implicarse en algo, es en acercarse al Señor públicamente. Así que ora, pidiendo que por el magnetismo divino, seas capaz de arrastrar contigo a toda la congregación ante el trono de Dios. Pide que puedas expresar, por el poder del Espíritu Santo que reposa sobre ti, los deseos y pensamientos de cada uno de los presentes, y ser la voz unánime de cientos de corazones palpitantes que resplandecen de fervor delante del trono de Dios.

Seguidamente, nuestras oraciones deben ser *apropiadas*. No digo que entres en cada detalle específico de las circunstancias de la iglesia. Como ya he explicado antes, no es necesario hacer de la oración pública un boletín de los acontecimientos de la semana, ni un registro de los nacimientos, las muertes y los matrimonios de la congregación, sino que el corazón perceptivo del ministro debería reparar en los movimientos generales que se han producido en la misma. Debería traer delante del trono de la gracia tanto las alegrías como las tristezas de la gente, y pedir que la bendición divina reposara sobre su rebaño en todas las actividades y en cada uno de los quehaceres, compromisos y santos empeños, de este; y que el perdón de Dios se extendiera a las deficiencias y los innumerables pecados del mismo.

Luego, a modo de regla negativa, debería aconsejarte que *tu oración no sea larga*. Creo que era John Macdonald quien solía decir: «Si te hallas en el espíritu de oración, no te alargues; porque las otras

[8] Es justo admitir, y lo hacemos con placer, que en años recientes esta falta se ha hecho cada vez menos frecuente.

personas no podrán seguirte el paso en una manifestación de espiritualidad tan desacostumbrada; y si no estás en el espíritu de oración no te alargues tampoco, porque con toda seguridad aburrirás a los oyentes». Livingstone expresa acerca de Robert Bruce, de Edimburgo, el famoso contemporáneo de Andrew Melville:

> Ningún hombre de su tiempo habló con tanta evidencia y poder del Espíritu. Ningún hombre tuvo el sello de tantas conversiones. Sí, muchos de sus oyentes pensaban que no había habido otro desde los apóstoles que hablase con tanto poder [...]. Cuando estaba delante de gente, se mostraba muy breve en sus oraciones; pero cada frase que pronunciaba era como una poderosa saeta lanzada hacia el Cielo. Yo le oí decir que se aburría si otros se alargaban en la oración; pero cuando estaba solo pasaba mucho tiempo luchando y orando.

En ciertas ocasiones especiales, un hombre puede, si se siente extraordinariamente movido y arrastrado a ello, orar durante veinte minutos en la larga oración matutina, pero esto no debería suceder con frecuencia. Mi amigo, el Dr. Charles Brown, de Edimburgo, afirma, como resultado de su cuidadosa observación, que el límite de la oración pública debería ser de diez minutos. Nuestros antepasados puritanos solían orar durante tres cuarto de hora —o más—, pero debes recordar que no sabían si tendrían oportunidad de hacerlo de nuevo antes de una asamblea, por lo que aprovechaban al máximo. Además, en aquellos días la gente no acostumbraba a quejarse tanto de la longitud de las oraciones o de los sermones como en la actualidad. En privado, ningún tiempo es excesivo: no te ponemos un límite de diez minutos, diez horas o diez semanas, si quieres. Cuanto más tiempo pases de rodillas, mejor. Ahora estamos hablando de esas oraciones públicas que preceden o siguen al sermón; y, para ellas, un límite de diez minutos es mejor que de quince. Solo una de cada mil personas se quejará si eres demasiado breve; mientras que docenas de ellas murmurarán porque las cansas alargándote demasiado. George Whitefield dijo en una ocasión acerca de cierto predicador: «Me introdujo con su oración en un buen estado de ánimo; y todo habría ido bien si se hubiese parado allí. Pero me sacó de dicho estado al seguir orando». La gran paciencia de Dios ha quedado patente al mantener en su puesto a algunos predicadores que han sido grandes pecadores en cuanto a esto; los cuales han causado serios perjuicios a la piedad del pueblo de Dios con sus interminables plegarias. Sin embargo, Dios, en su misericordia, les ha permitido seguir oficiando en el santuario. ¡Ay de aquellos que tienen que oír a ciertos pastores orando en público durante veinticinco minutos y luego pidiendo a Dios que perdone sus «deficiencias»! No seas demasiado largo, y ello por dos razones: primeramente, porque te aburrirás a ti mismo y a los demás; y, en segundo lugar, porque las oraciones demasiado largas le quitan las ganas de escuchar el sermón a tu congregación. Toda esa seca, tediosa y prolija verborrea en la oración, lo único que hace es embotar la atención, y que el oído —por así decirlo— se tapone. Nadie pensaría en bloquear la «Puerta del Oído» con piedras o barro cuando se propone asaltarla; no, permitamos que el portón esté limpio para que el ariete del evangelio pueda hacer mella en el mismo cuando llegue el momento de emplearlo. Las oraciones largas consisten bien en repeticiones o bien en explicaciones innecesarias para Dios o, de otro modo, degeneran pura y simplemente en predicación; de manera que se borra la diferencia entre la oración y el sermón, excepto porque en la primera el ministro tiene los ojos cerrados y en el segundo los mantiene abiertos.

No es necesario que al orar recitemos el Catecismo de la Asamblea de Westminster, ni tampoco que relatemos la experiencia de toda la gente que está presente: ni siquiera la nuestra propia. De igual manera, no necesitamos ensartar una selección de pasajes de la Escritura o citar a David, Daniel, Job, Pablo, Pedro y todos los demás con el título de «tu antiguo siervo». Cuando oramos, *es* necesario que nos acerquemos a Dios, pero no prolongar nuestro discurso hasta que todo el mundo esté deseoso de escuchar la palabra «Amén».

No puedo dejar de añadir una pequeña advertencia: Nunca parezcas estar concluyendo para luego comenzar de nuevo a hablar durante otros cinco minutos. Cuando los amigos están convencidos de que vas a terminar, no pueden, con una sacudida, continuar en un espíritu devoto. He visto a algunos hombree seducirnos con la esperanza de que iban a acabar y, luego, arrancar de nuevo dos o tres veces más. Esto es de lo más necio y desagradable.

Otra regla que debe seguirse es: *No emplees frases piadosas*. Hermanos, desháganse del todo de esas cosas viles: las mismas ya tuvieron su oportunidad, ahora dejémoslas morir. Estos ejemplos de rimbombancia espiritual son sumamente reprobables. Algunos de ellos constituyen meras invenciones; otros son pasajes tomados de los Apócrifos; otros aún, textos atribuibles a la Escritura, pero que se han mutilado temerosamente porque proceden del Autor de la Biblia. En el *Baptist Magazine* de 1861 hice los siguientes comentarios acerca de las vulgaridades corrientes utilizadas en las reuniones de oración:

> Las frases piadosas son un mal grande. ¿Quién puede justificar expresiones como estas? «*No arremeteremos en tu presencia como el irreflexivo (!!) caballo a la batalla*». ¡Como si los caballos hubieran pensado alguna vez! ¡O como si no fuera mejor demostrar el espíritu y la energía del caballo que la lentitud y la estupidez del asno! Ya que el versículo del que supongo que se derivó esta estupenda frase tiene más que ver con el pecar que con la oración, nos alegra que la misma esté a punto de desaparecer. «*Pasa de un corazón a otro, como el aceite de vasija en vasija*» es probablemente una cita del cuento para niños de «Alí Babá y los cuarenta ladrones», pero tan desprovista de sentido, de la Escritura y de poesía, como pueda serlo una frase. No somos conscientes de que el aceite corra de vasija en vasija de alguna manera tan misteriosa o maravillosa. Lo cierto es que el mismo más bien tarda en salir —por lo que es una figura apropiada para la devoción de ciertas personas—; pero, desde luego, sería mejor recibir la gracia directamente del Cielo que de otra vasija: una idea papista que la metáfora parece insinuar; si es que tiene algún significado. «*Este pobre e indigno polvo tuyo*» es un epíteto que se aplican a sí mismos, por lo general, los hombres más orgullosos de la congregación y, con no poca frecuencia, los más adinerados y envilecidos de ellos; en cuyo caso las dos últimas palabras no resultan tan inadecuadas. Hemos oído acerca de un buen hombre que, suplicando por sus hijos y nietos, estaba tan absolutamente ofuscado por la cegadora influencia de esta expresión, que exclamó: «¡Oh Señor, salva a este polvo tuyo, y al polvo de tu polvo, y al polvo del polvo de tu polvo!». Cuando Abraham dijo: «He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza», la expresión era convincente y expresiva; pero en su forma mal citada, pervertida e improcedente actual, cuanto antes la devolvamos a su propio elemento, tanto mejor. Un despreciable conglomerado de perversiones de la Escritura, toscos símiles y metáforas ridículas forman una especie de jerga espiritual descendiente de la ignorancia impía, la imitación afectada o la hipocresía desprovista de gracia; estas cosas deshonran a quienes constantemente las repiten y, al mismo tiempo, suponen un fastidio intolerable para aquellos que

tienen los oídos hastiados de ellas.

El Dr. Charles Brown, de Edimburgo, en un admirable discurso pronunciado en cierta reunión de la Nueva Asociación Misionera Estudiantil, dio algunos ejemplos de citas erróneas actuales autóctonas de Escocia, las cuales, sin embargo, a veces encuentran la forma de atravesar el río Tweed. Con su permiso, voy a hacer una cita extensa de dicho discurso:

> Está lo que podríamos llamar una desdichada mezcla, a veces bastante grotesca, de pasajes de la Escritura. ¿Quién no se halla familiarizado con las siguientes palabras que se dirigen a Dios en oración: «Tú eres el Alto y Sublime, el que habitas la eternidad y las alabanzas *de allí*»? Esto no es más que una mezcolanza de dos gloriosos versículos, cada uno de ellos glorioso en sí mismo pero ambos estropeados, y uno de ellos perdido del todo al combinarlos y mezclarlos. El primero es Isaías 57:15: «Porque así dijo el Alto y Sublime, *el que habita la eternidad*, y cuyo nombre es el Santo». Y el otro es el Salmo 22:3: «Pero tú eres santo, *tú que habitas entre las alabanzas de Israel*». Por decir lo menos, la posibilidad de que Dios habite en las alabanzas *de la eternidad* es escasa, ya que en la eternidad *pasada* no había alabanzas en que habitar. Pero qué glorioso es que Dios condescienda a habitar —hacer su morada— entre las alabanzas de Israel, de la Iglesia rescatada.
>
> Luego, tenemos bajo este enunciado un ejemplo poco menos que grotesco y, sin embargo, tan frecuentemente utilizado que sospecho que se considera de modo muy general como ratificado por las Escrituras. Helo aquí: «Pondríamos la mano sobre nuestra boca, y nuestra boca en el polvo, y gritaríamos: ¡Inmundo, inmundo! Señor, sé propicio a nosotros pecadores». Aquí se han juntado no menos de *cuatro* pasajes de la Escritura, cada uno de ellos hermoso en sí mismo. El primero es Job 40:4: «He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca». El segundo es Lamentaciones 3:29: «Ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza». El tercero es Levítico, en donde se ordena al leproso que embozado pregone: «¡Inmundo, inmundo!». Y el cuarto es la oración del publicano. ¡Pero que incongruente resulta que un hombre ponga primero la mano sobre su boca, luego su boca en el polvo y, por último, clame etc., etc.! El único otro ejemplo que daré es cierta expresión prácticamente generalizada entre nosotros y sospecho que casi considerada universalmente como perteneciente a la Escritura: «En tu favor hay vida, y tu misericordia es mejor que la vida». El hecho es que esta es también una desdichada combinación de dos pasajes en los que el término *vida* se utiliza en sentidos distintos y hasta incompatibles; a saber, el Salmo 63:3: «Porque mejor es tu misericordia que la vida»; en donde el término «vida» significa obviamente la presente vida temporal.
>
> Una segunda clase puede describirse como ciertas desdichadas alteraciones del lenguaje de la Escritura. ¿Acaso necesito decir que el Salmo 130 —»De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo», etc.— es uno de los más preciosos del libro de los Salmos? ¿Por qué, entonces, tienen que pronunciarse estas palabras de David y del Espíritu Santo diciendo: «En ti hay perdón, para que seas reverenciado [...] y abundante redención *para que seas buscado*», o «anhelado», y eso de manera tan constante que nuestras piadosas congregaciones llegan a adoptarlas en sus oraciones sociales y familiares? ¡Qué hermosas son esas palabras sencillas como aparecen en el mencionado Salmo (v. 4): «En ti hay perdón, para que seas reverenciado»; «En Jehová hay misericordia, y abundante redención con él; y él redimirá a Israel de todos sus pecados» (vv. 7, 8). Por otra parte, en este bendito Salmo, las palabras del versículo 3 —»Si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podría mantenerse»— raramente las dejamos en su desnuda sencillez, sin que sufran la siguiente transformación: «Si mirares *con severidad* a los pecados...». Recuerdo que, en mis viejos tiempos de universitario, solíamos darle una forma mucho más ofensiva:

«¡Si mirares con severidad los pecados y *fueras estricto en castigar!*». Otro cambio favorito es el siguiente: «Tú estás en el Cielo, y nosotros sobre la tierra; por tanto sean pocas *y bien ordenadas* nuestras palabras». El dicho sencillo y sublime de Salomón (ciertamente lleno de instrucción acerca de todo el tema que estoy tratando) es: «Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, *sean pocas* tus palabras» (Ec. 5:2). Otro ejemplo de este tipo está en cómo se torturan las sublimes palabras Habacuc: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio *sin aborrecerlo*». ¿Necesito acaso decir que la eficacia de la expresión «no puedes ver el mal» se pierde casi por completo cuando se le añade que Dios *sí* puede ver, aunque con aborrecimiento?

Una tercera clase está compuesta por pleonasmos sin sentido, redundancias vulgares y trilladas, al citar las Escrituras. Uno de ellos se ha hecho tan universal que me aventuro a decir que pocas veces lo evitamos cuando el pasaje de referencia sale a colación: «Está en medio de nosotros [o como algunos prefieren expresarlo, creo que desafortunadamente, 'en nuestro medio'], para bendecirnos *y hacernos bien*». ¿Qué idea adicional hay en la última expresión: «Y hacernos bien»? El pasaje citado es Éxodo 20:24, que dice: «En todo lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré». Tal es la sencillez de la Escritura; y nuestro añadido: «Para bendecirnos y hacernos bien». Por otra parte, en Daniel 4:35, leemos las nobles palabras: «No hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?». Y nuestro cambio favorito es: «No hay quien detenga tu mano *de obrar*». «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman»; esto se cambia por: «Ni ha subido en corazón de hombre *el concebirlas*». Y, constantemente, oímos llamar a Dios «el oidor *y contestador* de la oración»: un pleonasmo meramente vulgar y superfluo, ya que la idea escrituraria de que Dios oye la oración es sencillamente que él la contesta. «Tú oyes la oración; a ti vendrá toda carne»; «Oh Dios, oye mi oración»; «Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas». ¿De dónde sale, nuevamente, esa oración pública tan trillada: «Tus consolaciones no son ni pocas ni pequeñas»? Supongo que hace referencia a esas palabras de Job: «¿En tan poco tienes las consolaciones de Dios?». Asimismo, casi nunca se oye esa oración del Salmo 74, que dice: «Mira al pacto, porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de habitaciones de violencia», sin que se le añada el adjetivo «*horrible*» al término «violencia». O el llamamiento de Isaías a la oración: «No reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra», sin complementarlo con «*toda* la tierra». Ni tampoco la súplica del salmista, cuando dice: «¿A quién tengo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra»; sin la adición: «Nada [...] en *toda* la tierra. Estas últimas pueden parecer ciertamente cuestiones muy pequeñas, y lo son. Y no valdría la pena criticarlas si no ocurrieran más que ocasionalmente; pero consideradas como tópicos estereotipados, de bastante poca entidad en sí mismos pero dándose con tanta frecuencia que parecen tener autoridad escrituraria, creo humildemente que deberían desaprobarse y descartarse: desterrarse del todo de nuestros cultos presbiterianos. Tal vez les sorprenda saber que la única autoridad escrituraria que tiene esa favorita y, en cierto modo, peculiar expresión referente al «pecado perverso como bocado suave debajo de su lengua», son las siguientes palabras del libro de Job: «Si el mal se endulzó en su boca, si lo ocultaba debajo de su lengua...» (Job 20:12).

Pero basta ya de esto. Siento de veras haberme visto obligado en conciencia a extenderme sobre esta cuestión tan poco grata. Sin embargo, no puedo concluir este punto sin recalcarles la importancia que tiene la precisión literal en todas las citas de la Palabra de Dios.

Debería ser una cuestión de honor entre los ministros citar siempre la Escritura correctamente. Es

difícil no equivocarse nunca, y porque lo es deberíamos prestar tanta más atención a ello. En los corredores de las universidades de Oxford y Cambridge se consideraría casi una traición o una felonía que un miembro del cuerpo docente citara mal a Tácito, a Virgilio o a Homero; pero el que un predicador lo haga con Pablo o con Moisés es un asunto mucho más serio y merece una censura tan severa como aquello. Observa que digo un «miembro del cuerpo docente», no un estudiante de primer año; y de un pastor esperamos al menos la misma precisión en su propio campo que de un profesor universitario. Ustedes que —para gran satisfacción mía— creen en la inspiración verbal de la Escritura, jamás deberían citar nada hasta poder pronunciar las palabras exactas; porque, según ustedes mismos confiesan, al alterar una simple palabra podrían equivocarse del todo en la interpretación de un pasaje. Si no pueden hacer extractos de la Escritura correctamente, ¿por qué citarla siquiera en sus peticiones? Utilicen una expresión nueva concebida por ustedes mismos, que será tan aceptable para Dios como una frase escrituraria desfigurada o recortada. Luchen con energía contra las mutilaciones y perversiones de la Escritura, y renuncien para siempre a las frases piadosas, porque desfiguran la oración libre.

He visto que algunos tienen la costumbre —espero que ustedes no hayan caído en ella— de orar con los ojos abiertos. Hacerlo es antinatural, impropio y ofensivo. A veces los ojos abiertos que se elevan al cielo pueden resultar apropiados e impresionantes; pero estar mirando de acá para allá mientras se afirma estar hablándole al Dios invisible es detestable. En los primeros tiempos de la Iglesia, los Padres denunciaron esta práctica indecorosa. En la oración, la acción se debería emplear muy poco, si es que se hace alguna vez. Resulta poco gracioso levantar y mover el brazo, como en la predicación; sin embargo, los brazos extendidos o las manos entrelazadas son naturales y evocadores cuando se está embargado por una fuerte y santa emoción. La voz debería adaptarse a la situación concreta, y no ser nunca estrepitosa ni agresiva; que el tono en que el hombre habla con su Dios sea siempre humilde y reverente. ¿No nos enseña esto la naturaleza misma? Pero si no lo hace la gracia, entonces, desespero.

En cuanto a las oraciones de ustedes específicamente en el culto del día de reposo, puede ser útil decir algunas frases. Para impedir que la costumbre y la rutina lleguen a entronizarse entre nosotros, valdría la pena *cambiar el orden del culto tanto como fuera posible.* Siempre que el Espíritu de libertad nos mueva a hacerlo, llevémoslo a cabo de inmediato. Hasta hace poco no he sido consciente del grado en que se ha permitido que el control de los diáconos se impusiera a los ministros en ciertas iglesias con poco conocimiento. Yo siempre he tenido por costumbre dirigir los cultos de la manera que me parecía más apropiada y edificante, y jamás he escuchado una voz de objeción al respecto; aunque confío en poder decir que vivo en la más estrecha intimidad con mis líderes. Pero un hermano ministro me ha contado esta mañana que, en cierta ocasión, se le ocurrió orar al principio del culto en vez de anunciar un himno, y cuando, una vez concluido el servicio, se retiró a la sacristía, los diáconos le informaron de que no estaban dispuestos a aceptar innovaciones. Hasta ahora entendíamos que las iglesias bautistas no estaban esclavizadas por tradiciones o reglas fijas en cuanto a las formas de culto; sin embargo, esas pobres criaturas, esos aspirantes a señores que denuncian a voz en cuello la liturgia, estarían dispuestos a atar a sus ministros con preceptos dictados por la costumbre. Sería hora de silenciar para siempre tales disparates. Afirmamos dirigir el culto como el Espíritu Santo nos mueve a

ello y como nos parece más conveniente. No seremos esclavos de cantar aquí y orar allá, sino que cambiaremos el orden del culto para prevenir la monotonía. He oído que el Sr. Hinton, predicó una vez el sermón al comienzo del culto, para que aquellos que llegaban tarde pudieran tener de algún modo la oportunidad de orar. ¿Por qué no? Las variaciones serían provechosas, mientras que la monotonía produce aburrimiento. Con frecuencia resulta de lo más beneficioso dejar que la gente permanezca sentada en un profundo silencio durante dos o cinco minutos. El silencio solemne ennoblece la adoración.

La oración verdadera no es el ruido
que repiten los labios clamorosos,
sino el profundo silencio de las almas
que a los pies de Jehová se aferran.

Varía, por tanto, el orden de tus oraciones para mantener la atención e impedir que la congregación pase a través del culto como hace un reloj hasta que las pesas del mismo han bajado del todo.

Cambia la duración de tus oraciones públicas. ¿No crees que sería mucho mejor alguna vez, en lugar de dedicar tres minutos a la primera oración y quince a la segunda, dar nueve minutos a ambas? ¿No estaría mejor, en ocasiones, ser más largo en la primera y no tanto en la segunda? ¿Acaso dos oraciones de una longitud tolerable no serían preferibles a una sumamente larga y otra sumamente corta? ¿No resultaría igual de apropiado introducir un himno después de la lectura del capítulo o un versículo o dos antes de la oración? ¿Por qué no cantar cuatro veces de vez en cuando? ¿Por qué no contentarse con dos himnos o con solo uno ocasionalmente? ¿Por qué hay que cantar después del sermón? Por otro lado, ¿por qué cantamos para terminar el culto? ¿Es siempre —o inclusive a menudo— aconsejable orar después del sermón? ¿No es a veces de lo más imponente? ¿No nos garantizaría la guía del Espíritu Santo una variedad desconocida en el presente? Utilicemos cualquier cosa para que nuestra congregación no llegue a considerar como establecida una forma de culto y recaiga en la superstición de que ha escapado.

Cambia la corriente de tus oraciones en la intercesión. Hay muchos asuntos que demandan tu atención: la iglesia en su debilidad, sus reincidencias, sus penas y sus consuelos; el mundo exterior, el vecindario, los oyentes inconversos, los jóvenes, la nación. No ores por todo ello cada vez; de otro modo tus oraciones serán largas y probablemente poco interesantes. Deja que tenga la prioridad en tus plegarias cualquier tema que te venga con más fuerza al corazón. Hay una forma de seguir cierta línea en la oración —si el Espíritu Santo así te guía— que dará coherencia al culto y armonizará con los himnos y el mensaje. Resulta muy útil mantener una unidad en el culto siempre que se pueda —no servil, sino sabiamente— para que el efecto sea único. Algunos hermanos ni siquiera son capaces de mantener la unidad del sermón; sino que vagan desde la Gran Bretaña hasta el Japón e introducen toda clase de temas imaginables. Pero tú, que has logrado preservar la unidad del mensaje, puedes ir un poco más allá y mostrar cierto grado de unidad en el culto, siendo cuidadoso tanto con los himnos como con las oraciones y la lectura, a fin de mantener destacado el mismo tema. La práctica de algunos predicadores de repetir el sermón en su última oración es poco recomendable. Tal vez sea

instructivo para el auditorio, pero ese es un propósito completamente ajeno a la oración: resulta pomposo, pedante y poco apropiado. No imites esa práctica.

Evita como a una víbora cualquier intento de producir un fervor espurio en la oración pública. No te esfuerces por parecer fervoroso; ora como te dicte el corazón, bajo la guía del Espíritu de Dios; y si te sientes embotado y pesado, díselo al Señor. No será mala cosa confesar tu inercia, lamentarte de ella y clamar pidiendo avivamiento. Esa será una oración real y aceptable; pero el aparentar fervor es una forma vergonzosa de mentir. Nunca imites a aquellos que son fervorosos. Sabes que algunos hombres gimen y que a otros la voz se les vuelve chillona cuando son llevados por el celo; pero no gimas, ni chilles tú por eso, para parecer tan celoso como ellos. Simplemente sé natural de principio a fin y pídele a Dios que te guíe en todo.

Por último —esta es una cosa que les digo confidencialmente—, *prepara tu oración*. Puede que pienses con perplejidad: «¿Qué quiere decir con eso?». Bueno, no quiero decir lo que otros entienden por preparar. En cierta ocasión se discutió en una fraternidad de pastores la siguiente cuestión: «¿Es correcto que el ministro prepare de antemano su oración?». Algunos afirmaron categóricamente que hacerlo estaba mal, y con mucha razón. Pero con la misma tenacidad otros mantenían que era correcto, y no se dejaban convencer de lo contrario. Creo que ambas partes estaban en lo cierto: los primeros hermanos entendían por preparar la oración el estudio de las expresiones y el encadenamiento de ciertos pensamientos, lo cual todos consideraban absolutamente contrario al culto espiritual en que debíamos abandonarnos al Espíritu de Dios, a fin de que él nos enseñara tanto respecto de los asuntos como de las palabras a emplear. Todos estuvimos de acuerdo con esos comentarios; ya que si alguien escribe sus oraciones y estudia lo que va a pedir, para eso, que emplee una liturgia. Pero los hermanos de la oposición entendían por preparar una cosa bien distinta: no la preparación de la cabeza, sino aquella del corazón, que consiste en la solemne consideración anticipada de la importancia de la oración, la meditación acerca de las necesidades del alma humana y el recuerdo de las promesas cuyo cumplimiento íbamos a suplicar; para así venir delante del Señor con una petición escrita en las tablas de carne del corazón. Esto, ciertamente, es mejor que venir ante Dios al azar, de cualquier modo y con apresuramiento, sin una encomienda o deseo concreto. «Yo nunca me canso de orar —dijo cierto hombre—, porque siempre tengo un encargo definido cuando oro». Hermanos, ¿son sus oraciones de esta clase? ¿Se esfuerzan ustedes por tener la disposición apropiada para dirigir las súplicas de su congregación? ¿Ordenan su argumentación viniendo delante del Señor? Hermanos, pienso que deberíamos prepararnos mediante la oración privada para orar en público. Tendríamos que mantener un espíritu de oración viviendo cerca del Señor y, entonces, no fracasaríamos en nuestras plegarias expresadas en voz alta. Si debe tolerarse algo más que esto que sea la memorización de los Salmos y de aquellas partes de la Escritura que contienen promesas, súplicas, alabanzas y confesiones, las cuales pueden ayudar en el acto de la oración. Se dice de Crisóstomo que había aprendido la Biblia de memoria, a fin de ser capaz de repetirla a su gusto; ¡no es extraño que lo llamasen «boca de oro»! Ahora bien, para nuestra conversación con Dios, no hay discurso que pueda ser más apropiado que las palabras del Espíritu Santo: «Hazlo como has dicho», siempre prevalecerá con el Altísimo. Por tanto, recomendamos aprender de memoria los piadosos ejercicios inspirados de la Palabra de verdad y, luego, tu lectura continua de las Escrituras te mantendrá siempre provisto de

nuevas súplicas, que serán como ungüento derramado que llena toda la casa de Dios con su fragancia, cuando presentes tus peticiones públicamente delante del Señor. Las semillas de oración sembradas de este modo en tu memoria producirán una constante cosecha dorada, cuando el Espíritu caliente tu alma con el fuego santo en la hora de la oración congregacional. Así como David utilizó la espada de Goliat para posteriores victorias, muchos de nosotros empleamos a veces una petición ya respondida, y nos sentimos capaces de decir, con el hijo de Isaí: «Ninguna como ella»; puesto que Dios la cumplirá aún en nuestra experiencia.

Que tus oraciones sean fervientes, llenas de fuego, vehemencia e insistencia. Pido que el Espíritu Santo instruya a cada estudiante de esta Escuela para que ofrezca la oración pública de la manera que mejor sirva a Dios. Que tus peticiones sean siempre claras y sinceras; y aunque tu congregación piense a veces que el sermón estuvo por debajo de la marca, que pueda pensar, asimismo, que la oración compensó por todo ello.

Mucho más podría decirse —y quizá debiera decirse—, pero nos faltan el tiempo y las fuerzas para hacerlo, de manera que terminamos.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 5

El tema de los sermones

Nuestros sermones deberían contener verdadera enseñanza, y la doctrina de los mismos ser sólida, sustanciosa y abundante. No ocupamos el púlpito para hablar por hablar: las instrucciones que tenemos que transmitir son importantes en sumo grado, y no podemos permitirnos decir cualquier cosa. Nuestro espectro de temas es casi ilimitado, y no se nos puede perdonar el que nuestros mensajes sean flojos y estén desprovistos de sustancia. Si hablamos como embajadores de Dios, no tenemos nunca que quejarnos de falta de materia, ya que nuestro mensaje rebosa de ella. Desde el púlpito debe presentarse todo el evangelio: hemos de proclamar toda la fe una vez dada a los santos. Hay que declarar, instructivamente, la verdad que está en Jesús, para que la gente, no solo escuche, sino que *conozca*, el alegre canto. No servimos en el altar del «Dios no conocido», sino que hablamos a los adoradores de aquel de quien está escrito: «En ti confiarán los que conocen tu nombre». Dividir bien un sermón puede ser un arte muy útil, ¿pero qué si no hay nada que dividir? Un mero experto en dividir es como un trinchador excelente ante un plato vacío. Los meros actores religiosos pueden pensar que todo lo que se necesita es ser capaz de hacer una introducción adecuada y atractiva, hablar con soltura y propiedad durante el tiempo asignado para el mensaje, y terminar con una arenga respetable. Pero el verdadero ministro de Cristo sabe que el verdadero valor de un sermón dependerá, no de su forma de expresarse, sino de la verdad que dicho sermón contenga. Nada puede suplir la ausencia de enseñanza: toda la retórica del mundo no es más que la paja del trigo contrastada con el evangelio de nuestra salvación. Por muy hermoso que sea el cesto del sembrador, constituirá una miserable burla si no alberga semilla. El mensaje más estupendo jamás dado será un fracaso estrepitoso si no contiene la doctrina de la gracia de Dios: pasará por encima de las cabezas de los hombres como una nube, pero no esparcirá lluvia sobre la tierra sedienta. Por tanto, las almas que han aprendido sabiduría a través de la experiencia de una necesidad imperiosa, lo recordarán como un mensaje decepcionante o algo peor. El estilo de un hombre puede ser tan fascinante como el de aquella escritora acerca de la cual alguien dijo que «debería escribir sobre papel de plata con una pluma de cristal mojada en rocío y emplear como secante el polvillo de las alas de una mariposa»; pero para un auditorio cuyas almas corren un peligro inminente, ¿qué será la mera elegancia sino absolutamente «menos que nada»?

A los caballos no hay que juzgarlos por sus cascabeles o sus arreos, sino por su velocidad, su fortaleza y su casta; y los sermones, cuando quienes los critican son oidores sensatos, se miden ante todo por la cantidad de verdad evangélica y por la fuerza del espíritu del evangelio que contienen. Hermanos, sopesen sus sermones: no los vendan por metros, al pormenor, sino ofrézcanlos al peso: por kilos. No den importancia a la cantidad de palabras que pronuncian, sino esfuércense en que los estimen por la calidad del asunto. Es necio mostrarse espléndido en las palabras y cicatero con la verdad. Tendría muy poco seso quien quisiera que hablaran de él como hizo aquel gran poeta famoso, cuando dijo: «Graciano habla una infinidad de vanidades, más que cualquier otro hombre en toda

Venecia. Sus razones son como dos granos de trigo escondidos en dos medidas de paja: los buscarás durante todo el día antes de encontrarlos y, una vez que los tengas, no habrá valido la pena el buscarlos».

Las llamadas emotivas a los sentimientos son excelentes, pero si no están respaldadas por la enseñanza resultan simplemente como una llamarada en la sartén, como pólvora gastada sin haber hecho un solo disparo. Tengan por seguro que el «avivamentismo» más ferviente se disipará cual humo si no se alimenta con el combustible de la enseñanza. El método divino consiste en poner la ley en la mente y luego escribirla en el corazón: se ilumina el juicio y, entonces, se subyugan las pasiones. Lean Hebreos 8:10 y sigan el modelo del Pacto de Gracia. El comentario de Rouge acerca de ese pasaje puede citarse aquí con gran pertinencia:

> Los ministros deben imitar a Dios en esto, e instruir a la gente lo mejor que puedan en los misterios de la piedad, y enseñarles qué creer y qué practicar; para luego estimularlos de hecho y en verdad a que hagan aquello que se les enseña. De otro modo su trabajo posiblemente resultará en vano. El descuido de este orden es una de las principales causas de que los hombres caigan en muchos errores, como hacen actualmente.

Podríamos añadir que este último comentario se ha hecho más oportuno en nuestros tiempos: es entre los rebaños no instruidos donde los lobos del papismo hacen estragos. La sana enseñanza constituye la mejor protección contra las herejías que asolan nuestros círculos por todas partes.

Lo que ansían tus oyentes es una sólida información acerca de temas bíblicos, y deben obtenerla. Tienen derecho a recibir explicaciones precisas de la Sagrada Escritura; y si eres «algún elocuente mediador muy escogido», un verdadero mensajero del Cielo, se las darás abundantemente. Haya lo que haya además de eso, si falta la verdad edificante, como sucede con la ausencia de harina en el pan, el resultado será fatal. Muchos sermones, si los valoramos según la solidez de sus contenidos en vez de por su alcance superficial, constituyen ejemplares muy pobres de discurso piadoso. Creo que tiene demasiado fundamento el comentario de que si escuchas a un profesor de astronomía o geología durante un breve curso sacarás una idea aceptablemente clara de su sistema, mientras que si haces lo mismo con los pastores comunes y corrientes —no ya durante doce meses, sino hasta durante doce años— no llegarás a nada que se parezca a una comprensión de su teología. Si esto es así, se trata de una falta lastimosa y sumamente deplorable. Desgraciadamente, las confusas declaraciones de muchos respecto de las más excelentes realidades eternas, y la oscuridad de pensamiento de otros en relación con las verdades fundamentales, han dado demasiado pie a las críticas.

Hermanos, si no son teólogos, no son nada en absoluto en sus ministerios pastorales. Tal vez sean buenos oradores y abunden en frases lustrosas; pero sin conocimiento del evangelio y aptitud para enseñarlo, no son más que metal que resuena y címbalo que retiñe. La verbosidad es con demasiada frecuencia la hoja de higuera que sirve para cubrir la ignorancia teológica: se ofrecen períodos de rimbombancia en vez de sana doctrina y florituras retóricas en lugar de pensamiento sólido. Estas cosas no deberían suceder. La abundancia de vana oratoria y la ausencia de comida para el alma harán de un púlpito una caja de grandilocuencia, e inspirarán desprecio en lugar de reverencia. A menos que seamos predicadores instructivos y alimentemos realmente a la congregación, podemos citar

magnífica y elegantemente determinados poemas y ser excelentes vendedores de fuelles de gaita de segunda mano, pero, como el antiguo Nerón, estaremos tocando el violín mientras Roma arde y mandando barcos a Alejandría para recoger arena para el circo en tanto que el gentío se muere de hambre por falta de trigo.

Recalcamos que en los sermones debe haber abundancia de material y, después de ello, que *dicho material ha de ser coherente con el texto*. Por regla general, el mensaje tendría que brotar del texto mismo y cuanto más evidentemente lo haga tanto mejor; pero, al menos, en todos los casos debería mantener una estrecha relación con dicho texto. En cuanto a la espiritualización y la acomodación debe permitirse una gran flexibilidad; pero la libertad jamás tiene que degenerar en libertinaje, y hay que guardar siempre algo más que una conexión remota: ha de haber una verdadera relación entre el sermón y el pasaje bíblico en que se basa.

El otro día oí hablar de un pasaje notable que era apropiado o inapropiado para la ocasión, según se mire. Un personaje importante de cierta parroquia había regalado a las matronas más ancianas de la parroquia varias capas deslumbrantes, y se pidió a esos seres resplandecientes que asistieran al culto el domingo siguiente y se sentasen enfrente del púlpito, desde donde uno de los pretendidos sucesores de los apóstoles había de edificar a los santos basándose en las palabras: «Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos». Y se cuenta que, en una siguiente ocasión, cuando ese mismo benefactor de la iglesia dio un saco de patatas a cada padre de familia, el tema del domingo siguiente fue: «Y la casa de Israel lo llamó Maná». No soy capaz de decir si en este caso el asunto era coherente con la elección del pasaje; debe de haberlo sido, si tenemos en cuenta que es muy probable que toda aquella actuación fuera una tontería de principio a fin. Algunos hermanos terminan con el pasaje nada más haberlo leído. Una vez que han honrado debidamente dicho pasaje al anunciarlo, no sienten necesidad alguna de hacer más referencia a él. Dicen adiós —por expresarlo de algún modo— a esa parte de la Escritura, y pasan a prados y pastos nuevos. ¿Por qué escogen tales hombres siquiera un texto bíblico? ¿Por qué limitar así su gloriosa libertad? ¿Por qué hacer de la Escritura una plataforma para montarse en su desenfrenado Pegaso? Ciertamente, las palabras inspiradas jamás se pensaron como tirabotas destinados a ayudar a algún Locuacidad a enfundarse sus botas de siete leguas con las que saltar de polo a polo.

La forma más segura de mantener la variedad es seguir el pensamiento del Espíritu Santo sobre el pasaje particular que estamos considerando. No hay dos textos bíblicos exactamente iguales: algo en la trabazón o en el flujo de cada pasaje proporciona a dos textos aparentemente idénticos un tono diferente. Sigue el rastro del Espíritu y jamás caerás en la repetición o te quedarás sin material: «Tus nubes destilan grosura». Además, un sermón llega con mucho más poder a las conciencias de los oyentes cuando es simplemente la misma Palabra de Dios: no una conferencia acerca de la Biblia, sino la Biblia en sí abierta y aplicada. Constituye un deber para con la majestad de la inspiración el que, cuando afirmas estar predicando acerca de un versículo, no lo eches a un lado para hacer sitio a tus propios pensamientos.

Hermanos, si acostumbráis a ceñiros al sentido preciso de la Escritura que tenéis delante, os recomendaría, además, que os ajustarais a la *ipsissima verba*: las palabras mismas del Espíritu Santo; porque, aunque en algunos casos los sermones por temas no solo son permisibles sino muy

apropiados, aquellos que exponen los términos exactos que emplea el Espíritu resultan los más útiles y agradables para la mayoría de nuestras congregaciones. A estas les encanta que se les expliquen y expongan las palabras mismas. La mayor parte de la gente no siempre tiene la suficiente capacidad para captar el significado aparte del lenguaje; por así decirlo, para considerar la verdad abstracta. Pero cuando escuchan las palabras precisas repetidas una y otra vez, y cada expresión examinada como lo hacen predicadores tales como el Sr. Jay, de Bath, resultan más edificados y la verdad se graba con más fuerza en sus memorias. Por tanto, que tu material sea copioso y proceda de la Palabra inspirada, como las violetas y las prímulas brotan de manera natural del césped o como la miel virgen fluye del panal.

Cuida bien que tus mensajes sean siempre enjundiosos y llenos de enseñanza realmente importante. No edifiques con madera, heno y hojarasca; sino con oro, plata y piedras preciosas. Casi resulta innecesario advertirles contra las más burdas degradaciones de la elocuencia en la predicación. Podríamos poner como ejemplo al famoso orador Henley: el locuaz aventurero, a quien Pope ha inmortalizado en *La Dunciada*, que tenía por costumbre convertir los acontecimientos ocurridos durante la semana en el objeto de sus bufonadas los días de diario, y las cuestiones teológicas sufrían la misma suerte los domingos. Su punto fuerte estaba en sus vulgares comentarios sarcásticos, la modulación de su voz y la forma de balancear sus manos. Cierto escritor satírico dice de él: «¡Cuánta fluida insensatez destila su lengua!». Caballeros, mejor nos sería no haber nacido que el que se dijera eso de nosotros con razón; ya que estamos obligados, con peligro para nuestras almas, a manejar las cuestiones solemnes y eternas, no temas terrenales cualesquiera.

Hay, sin embargo, otras maneras más tentadoras de edificar con madera y heno, y es su responsabilidad no dejarse embaucar por ellas. Esta advertencia resulta necesaria, especialmente para aquellos que confunden las frases altisonantes con la elocuencia y las palabras latinizadas con una gran profundidad de pensamiento. Algunos maestros de homilética alientan —si no con su enseñanza, sí con su ejemplo— las baladronadas y los términos rimbombantes y son, por tanto, sumamente peligrosos para los jóvenes predicadores. Pensemos en un discurso que comenzara con una afirmación tan asombrosa y formidable como «EL HOMBRE ES UN SER MORAL», la cual, por su grandeza innata, produciría en nosotros de inmediato un sentido de sublimidad y belleza. Ese genio podría haber añadido: «Un gato tiene cuatro patas». Tanta novedad habría habido en una información como en la otra. Recuerdo cierto sermón de un escritor supuestamente profundo que aturdía bastante al lector con el bombardeo de palabras enormemente largas pero que, una vez debidamente resumidas, no tenían más sustancia que esta: «El hombre tiene un alma; su alma vivirá en otro mundo; por tanto, debiera cuidar de que la misma ocupe un lugar dichoso». Nadie puede objetar nada a la enseñanza en cuestión, pero no es tan novedosa como para requerir un toque de trompetas y un desfile de frases emperifolladas para presentarla a la atención pública. El arte de decir cosas corrientes de manera elegante, pomposa, grandilocuente y ampulosa no se ha perdido en nuestros círculos, aunque su total extinción sería «una consumación píamente deseable». Los sermones de este tipo se han presentado como modelos, aunque no son más que trocitos de vejiga que se te quedarían entre las uñas, inflados hasta el punto de recordarte esos globos de colores que llevan por las calles los vendedores ambulantes para venderlos por cuatro perras para el deleite de los niños muy pequeños.

Esta comparación, tengo que decir tristemente, puede llevarse un poco más lejos: ya que, en ciertos, casos tales discursos contienen un pequeño tinte venenoso, a modo de colorante, que algunos de los más débiles han descubierto para desgracia suya. Resulta vergonzoso subirse al púlpito y derramar sobre la congregación ríos de lenguaje, cataratas de palabras en las que se hallan disueltas, como granos infinitesimales de medicina homeopática en un Atlántico de verbosidad, meras perogrulladas. Es mucho mejor dar a la gente grandes cantidades de verdad en bruto, sin preparar, como pedazos de carne salidos de la tabla del carnicero, troceados como sea, con hueso y todo, y hasta que hayan caído en el aserrín, que servir ostentosa y delicadamente en un plato de porcelana china un delicioso filete inexistente decorado con el perejil de la poesía y aderezado con la salsa de la afectación.

Sería una feliz ocasión si el Espíritu Santo te guiara a *dar un claro testimonio de todas las doctrinas que constituyen o rodean el evangelio*. No hay que retener ninguna verdad. La doctrina de la reserva, tan detestable en boca de los jesuitas, no resulta menos infame cuando la aceptan los protestantes. No es cierto que algunas doctrinas sean solo para los iniciados; ni hay nada en la Biblia que se avergüence de la luz. Los conceptos más sublimes de la soberanía divina tienen implicaciones prácticas y no son, como piensan algunos, meras sutilezas metafísicas. Las afirmaciones distintivas del calvinismo poseen importancia para la vida cotidiana y la experiencia corriente, y si sostienes esas ideas —o las contrarias— no tienes dispensa alguna que te permita esconder tus creencias. La reticencia prudente es, en nueve de cada diez casos, una traición cobarde. La mejor política es no ser nunca político, sino proclamar cada átomo de la verdad según Dios te la haya enseñado a ti. La armonía requiere que ninguna doctrina ahogue con su voz a las restantes, y demanda también que no se omitan las notas más suaves debido al más elevado volumen de otros sonidos. Cada nota asignada por el músico excelente debe tocarse, ya que todas ellas tienen su propia fuerza y su énfasis proporcionado. La porción marcada como *forte* no debe suavizarse, ni aquellas otras para las que se especifica *piano* han de hacerse retumbar como truenos; cada una debe escucharse debidamente. Tu tema debe ser toda la verdad revelada en una armoniosa proporción.

Hermanos, si determinan hablar en sus sermones acerca de las verdades importantes, *no deben revolotear eternamente sobre los meros ángulos de la verdad*. Las doctrinas que no son vitales para la salvación del alma, o siquiera esenciales para el cristianismo práctico, no deben considerarse en cada oportunidad de culto. Incorporen todos los rasgos de la verdad en su debida proporción; ya que cada parte de la Escritura es provechosa, y ustedes no solo han de predicar la verdad, sino también toda la verdad. No insistan perpetuamente en una sola verdad: la nariz es un rasgo importante del rostro humano; pero pintar únicamente la nariz de un hombre no es un método satisfactorio para capturar su imagen. Igualmente, una doctrina puede ser muy importante, pero el estimarla exageradamente resultará fatal para un ministerio armonioso y completo. No hagan de las doctrinas menores puntos principales; ni pinten los detalles del fondo en el cuadro del evangelio con el mismo pincel grueso empleado para los objetos que se encuentran en primer plano. Por ejemplo, los grandes problemas del *infralapsarismo* y el *supralapsarismo*, los penetrantes debates acerca de la filiación eterna del Hijo, la seria discusión en cuanto a la doble procesión del Espíritu y los esquemas *pre* o *posmilenaristas*, por muy importantes que algunos los consideren, son prácticamente de nula entidad para esa piadosa viuda con siete hijos a los que debe alimentar con su aguja de coser, la cual desea mucho más oír hablar

de la ternura del Dios de la providencia que de esos misterios profundos. Si a ella le predicas acerca de la fidelidad de Dios para con su pueblo, la alentarás y ayudarás en la batalla de la vida; pero las cuestiones difíciles la dejarán perpleja o le darán sueño. Sin embargo, ella es el prototipo de muchos de los que requieren tu atención más que otros. Nuestro gran tema principal son las Buenas Nuevas celestiales: las noticias de la misericordia divina por medio de la muerte expiatoria de Jesús; misericordia para el mayor de los pecadores, si cree en Cristo.

Debemos aplicar toda nuestra capacidad de juicio, memoria, imaginación y elocuencia a la transmisión del evangelio, y no dedicar a la predicación de la cruz nuestros pensamientos fortuitos mientras ciertos temas periféricos acaparan nuestra más profunda reflexión. Ten por seguro que si aplicáramos el intelecto de Locke o de Newton, y la elocuencia de Cicerón, a la sencilla doctrina del «cree y vivirás» no obtendríamos ninguna fuerza adicional. Hermanos, primeramente —y ante todo—, concéntrese en las simples doctrinas evangélicas; por encima de cualquier otra cosa que prediquen o no prediquen, asegúrense siempre de presentar la verdad que salva las almas: Cristo y este crucificado. Conozco a un ministro, de quién no soy digno de desatar los cordones de los zapatos, cuya predicación es con frecuencia poco mejor que una miniatura de pintura sagrada, yo casi diría que una santa frivolidad. Es magnífico hablando de los diez dedos del pie de la Bestia, las cuatro caras de los querubines, el significado místico de las pieles de tejones y los típicos apoyos de las varas del Arca del Pacto, así como de las ventanas del templo de Salomón; pero casi nunca habla de los pecados de los hombres de negocios, de las tentaciones de nuestros tiempos y de las necesidades actuales. Una predicación así me recuerda a un león cazando ratones o a un buque de guerra persiguiendo un depósito de agua de lluvia. Temas casi tan poco importantes como los que Pablo llama «fábulas de viejas», esos teólogos de microscopio —para quienes la precisión de un detalle es más atractiva que la salvación de las almas— los convierten en importantísimas cuestiones. Habrán leído ustedes, en el «Manual del Estudiante» de Todd, que Harcacio, rey de Partia, era un destacado cazador de topos. Y Biantes, rey de Lidia, era igualmente diestro en afilar agujas; pero estas trivialidades no demuestran en absoluto que fueran grandes reyes. Algo muy parecido sucede con el ministerio: hay una cosa llamada tacañería en la ocupación mental que no es apropiada para el rango de embajador del Cielo.

El deseo de los atenienses de decir u oír algo nuevo parece predominar entre una cierta categoría de personas en nuestros días. Dichas personas alardean de poseer una nueva luz y reclaman una clase de inspiración que las autoriza para condenar a todo aquel que no pertenece a su fraternidad. Y, sin embargo, su gran revelación tiene que ver tan solo con un mero detalle del culto o con una oscura interpretación de la profecía; de manera que a la vista del gran revuelo que levantan y de su vociferación respecto de tan poco, recordamos el dicho:

Un océano agitado por la tormenta
para hacer flotar una pluma
o hundir una mosca.

Peores aún son los que malgastan el tiempo insinuando dudas en lo referente a la autenticidad de los textos o lo correcto de las declaraciones bíblicas acerca de fenómenos naturales. Recuerdo con tristeza haber escuchado, cierto día de reposo por la tarde, una pieza de oratoria llamada sermón cuyo

asunto era un ingenioso estudio acerca de si un ángel había realmente descendido y agitado el estanque de Betesda o si este era solo un manantial que fluía intermitentemente y en relación con el cual la superstición de los judíos había creado una leyenda. ¡Como se puede reunir a hombres y mujeres moribundos para oír acerca del camino de salvación y luego desconcertarlos con semejantes vanidades! Vinieron buscando pan, y se les dio una piedra; las ovejas miraron al pastor, y no recibieron alimento. Pocas veces escucho algún sermón, y cuando lo hago suelo ser terriblemente desafortunado: ya que uno de los últimos con que se me agasajó pretendía ser una justificación de Josué en su destrucción de los cananeos, y otro se proponía demostrar que no es bueno que el hombre esté solo. Cuántas almas se convirtieron en respuesta a las oraciones previas a dichos sermones jamás lo he podido averiguar; pero tengo la perspicaz sospecha de que ningún regocijo especial disturbó la tranquilidad de las calles de oro.

Puesto que creo que mi siguiente comentario es casi absolutamente innecesario, lo ofrezco con cierta timidez: *No sobrecargues un sermón con demasiado material*. No hay por qué abarcar toda la verdad en un solo mensaje. Los sermones no tienen que ser compendios de teología. Se puede tener demasiado que decir, y decirlo hasta que se envía a casa a los oyentes más bien hastiados que deseosos.

Un viejo ministro que iba caminando con cierto joven predicador le señaló a este un campo de trigo y comentó: «Tu último sermón tenía demasiado contenido, y no era lo suficientemente claro u ordenado. Era como ese trigal, con mucha comida en estado natural pero no apta para el consumo. Deberías hacer que tus sermones fueran como un pan, apropiados para comerse y con la forma conveniente». Es de temer que las cabezas humanas —frenológicamente hablando— no sean ya tan capaces para la teología como lo fueron en el pasado; puesto que nuestros antepasados se deleitaban con 500 gr. de pensamiento bíblico, sin diluir o adornar, y podían estarlos recibiendo durante tres o cuatro horas seguidas, pero nuestra generación, más deteriorada o quizá más ocupada, precisa aproximadamente 30 gr. de doctrina a la vez y estos en forma de extracto concentrado o de aceite esencial más que con toda su sustancia teológica. En nuestros tiempos tenemos que decir mucho con muy pocas palabras; pero no demasiado, ni con demasiada extensión. Un pensamiento grabado en la mente será mejor que cuarenta de ellos atravesando rápidamente los oídos. Un clavo de 75 mm bien clavado y remachado, resultará más útil que una docena de tachuelas mal fijadas que se desclavan una hora después.

Nuestro material debería estar bien organizado según las auténticas reglas de la arquitectura mental: no con las inferencias prácticas en la base y las doctrinas en las albardillas, o con las metáforas en la cimentación y los argumentos en el remate, o con las verdades más importantes al principio y las doctrinas menores al final, a modo de anticlímax. El pensamiento debe trepar y ascender: una escalera de enseñanza tiene que llevar a otra; una puerta de razonamiento debe abrirse a otra; y todo ello elevar al oyente hasta una cámara desde cuyas ventanas se contemple la verdad brillando en la luz de Dios. En la predicación ten un sitio para todo y cada cosa en su sitio. No permitas nunca que las verdades caigan de ti desordenadamente, ni dejes que tus pensamientos se atropellen como una chusma; sino hazlos desfilar como una compañía de soldados. Los embajadores del Cielo no deben descuidar el orden, que constituye la primera ley celestial.

Tu enseñanza doctrinal debería ser clara e inconfundible. Para que así sea, primero debes tenerla clara

tú mismo: algunos hombres piensan entre el humo y predican en medio de una nube. Tu congregación no desea una neblina luminosa, sino la sólida tierra firme de la verdad. Las disquisiciones filosóficas sumen a algunas mentes en un estado casi de borrachera, en el que lo ven todo doble o no ven nada en absoluto. Hace algunos años, un extraño le preguntó al director de cierta facultad de Oxford cuál era el lema del escudo de esa universidad; y este le respondió: *«Dominus illuminatio mea»* [«El Señor es mi luz»]. Pero también le informó cándidamente de que, según su opinión personal, un lema más apropiado podría ser: *«Aristoteles meæ tenebræ»* [«Aristóteles es mis tinieblas»]. Los escritores sensacionalistas han vuelto medio locos a muchos hombres sinceros que leyeron concienzudamente sus elucubraciones creyendo que debían mantenerse al día; como si tal necesidad no exigiera igualmente que fuésemos a los teatros, a fin de poder juzgar las nuevas obras teatrales, o frecuentar el hipódromo para no tener unas opiniones demasiado fanáticas en cuanto a las carreras de caballos o las apuestas. Por mi parte, creo que los principales lectores de libros heterodoxos son ministros, y que si estos no les prestaran atención dichos libros saldrían muertos de la imprenta. Si un ministro se guarda de desorientarse a sí mismo, entonces empezará a resultar inteligible para su congregación. Ningún hombre puede hacerse sentir si no es capaz de hacerse entender. Si le damos a nuestra gente verdad refinada, doctrina bíblica pura, y toda ella expresada de tal manera que no tenga ninguna oscuridad innecesaria, seremos verdaderos pastores de las ovejas y el provecho de nuestras congregaciones pronto se hará evidente.

Esfuérzate por mantener la temática de tu predicación tan fresca como te sea posible. No repitas cinco o seis doctrinas con una reiteración invariable y monótona. Queridos hermanos, adquieran un organillo teológico con cinco o seis melodías perfectamente ajustadas y serán capaces de desempeñarse como predicadores ultracalvinistas en Zoar y Jireh si compran también, en alguna fábrica de vinagre, una buena provisión de maltrato agrio de los arminianos y los «legalistas». Para ello, el cerebro y la gracia resultan opcionales; pero el organillo y el ajenjo son imprescindibles. Nuestro deber es percibir un amplio espectro de verdad y regocijarnos en el mismo. Todo lo que esos buenos hombres sostienen acerca de la gracia y la soberanía divina, nosotros lo mantenemos tan firme y atrevidamente como ellos; pero no osamos cerrar los ojos ante otras enseñanzas de la Palabra, y nos sentimos obligados a cumplir con nuestro ministerio declarando todo el consejo de Dios. Con una abundancia de temas diligentemente ilustrados con metáforas y experiencias frescas, no aburriremos a nuestros oyentes, sino que más bien ganaremos sus oídos y sus corazones con el poder del Señor.

Que tus enseñanzas crezcan y avancen. Deja que las mismas se profundicen con tu experiencia y se eleven con el progreso de tu alma. No quiero decir que prediques nuevas verdades; ya que, por el contrario, considero feliz al hombre que ha sido tan bien enseñado desde el principio que, después de 50 años de ministerio, jamás ha tenido que retractarse de ninguna doctrina o lamentarse de una sola omisión importante. Lo que quiero decir es que tu profundidad y percepción aumenten de continuo; y allí donde hay avance espiritual, tal cosa sucede.

Timoteo no podía predicar como Pablo. Nuestros resultados tempranos deberían verse superados por aquellos de nuestra edad madura. No debemos nunca hacer de los primeros nuestro modelo: mejor será quemarlos o simplemente conservarlos para lamentar su carácter superficial. Sería

ciertamente penoso que no supiéramos más después de haber pasado muchos años en la escuela de Cristo. Nuestro avance puede ser lento, pero tenemos que avanzar o habrá razones para sospechar que nos falta vida interior o que esta es tristemente enfermiza. Ten siempre presente, como cosa indubitable, que todavía no has alcanzado la meta, y concédate el Señor la gracia de seguir avanzando hacia lo que está aún más allá. Quiera Dios que todos ustedes lleguen a ser «ministros competentes de un nuevo pacto» (2 Co. 3:6) y ni un ápice por detrás del mejor de los predicadores; aunque en ustedes mismos seguirán siendo nada.

Se dice que la palabra «sermón» significa *arremetida*; por tanto, al predicar, nuestra finalidad debe ser *utilizar el tema elegido con energía y eficacia, y el tema en cuestión debería poder emplearse así*. Escoger simplemente temas morales será como utilizar una daga de madera; pero las grandes verdades de la Revelación son como espadas afiladas. Cíñete a las doctrinas que conmueven la conciencia y el corazón. Permanece como un firme campeón del evangelio ganador de almas. La verdad de Dios está adaptada al hombre, y la gracia adapta a este a dicha verdad. Hay una llave que, en la mano de Dios, puede dar cuerda a la caja de música de la naturaleza humana; obtenla y utilízala a diario. Por eso te exhorto a que te ciñas al evangelio anticuado y solo a él, ya que es ciertamente el poder de Dios para salvación.

La suma de cuanto quisiera decir es: Hermanos, prediquen a CRISTO siempre y perpetuamente. Él es el evangelio completo: su persona, sus oficios y su obra deben constituir nuestro único tema grande y exhaustivo. El mundo necesita aún que se le hable de su Salvador y de la forma de llegar a él. La justificación por la fe debería ser mucho más importante de lo que es en los púlpitos protestantes; y si con esta verdad maestra se asociaran de un modo más general las otras grandes doctrinas de la gracia, tanto mejor para nuestras iglesias y nuestro tiempo. Si podemos predicar la doctrina de los puritanos con el celo de los metodistas, tenemos un gran futuro por delante. El fuego de Wesley y el combustible de Whitefield producirán un incendio que inflamará los bosques del error y caldeará el alma misma de esta fría tierra. No se nos llama a proclamar la filosofía o la metafísica, sino el simple evangelio. He aquí nuestra hacha de guerra y nuestras armas de batalla: la caída del hombre; su necesidad de un nuevo nacimiento; el perdón que se ofrece a causa de una expiación; y la salvación como resultado de la fe. Tenemos bastante que hacer con aprender y enseñar estas grandes verdades, y maldita sea aquella enseñanza que nos distraiga de nuestra misión o la ignorancia intencionada que nos debilite en el seguimiento de la misma. Tengo un celo cada vez más grande porque ninguna opinión sobre la profecía, el gobierno de la Iglesia, la política o hasta la teología sistemática, aparte a ninguno de nosotros de gloriarse en la cruz de Cristo. La salvación es un tema para el que desearía enrolar a toda lengua santificada. Estoy ávido de conseguir testigos para el glorioso evangelio del Dios bendito. ¡Ojalá Cristo crucificado fuera la carga generalizada de los hombres de Dios! Perdónenme ustedes, pero para mí sus suposiciones acerca del número de la Bestia, sus conjeturas napoleónicas o aquellas concernientes a un anticristo personal, son meros huesos para los perros. Mientras los hombres mueren y el Infierno se llena de ellos, me parece la estupidez más grande estar murmurando respecto de un Armagedón en Sebastopol, Sadowa o Sedán, y atisbar entre las dobladas hojas del destino para descubrir la suerte de Alemania. Benditos aquellos que leen y oyen las palabras de la profecía del Apocalipsis; pero, evidentemente, esa misma bendición no ha caído sobre aquellos que pretenden

exponerla, ya que generación tras generación el mero paso del tiempo ha demostrado que estaban equivocados y la carrera actual continuará hasta llegar al mismo ignominioso sepulcro. Preferiría arrebatar un solo tizón del incendio a explicar todos los misterios: ganar un alma para que no descienda al abismo es un logro más glorioso que verse coronado en la palestra del debate teológico con el título de «*Doctor Sufficientissimus*». Haber desvelado fielmente la gloria de Dios en la faz de Jesucristo será considerado, en el Juicio Final, un servicio más digno que haber resuelto los problemas de las esfinges religiosas o haber deshecho el nudo gordiano de la dificultad apocalíptica. ¡Bendito el ministerio para el que CRISTO ES EL TODO!

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 6

La elección del pasaje

Queridos hermanos, confío en que todos sentimos profundamente la importancia de llevar a cabo cada parte del culto. Cuando recordamos que la salvación de un alma puede depender, instrumentalmente, de la elección de un himno, no deberíamos considerar un aspecto tan pequeño como la selección de los salmos e himnos como algo sin importancia. Un extraño impío que entró en uno de los cultos del Exeter Hall fue llevado a los pies de la cruz por las palabras del verso de Wesley: «¡Oh Jesús, mi Salvador! Mi alma va volando a ti». «¿Me ama Jesús? —se dijo entonces— ¿Entonces por qué debería vivir enemistado con él?». Asimismo, cuando meditamos en que Dios puede bendecir de una manera muy especial alguna expresión de nuestra plegaria para la conversión de alguien errante, y que la oración ungida por el Espíritu Santo es capaz de ministrar grandemente para la edificación del pueblo de Dios y traer sobre ellos incontables bendiciones, deberíamos esforzarnos en orar con el mejor don y la gracia más elevada a nuestro alcance. Y puesto que también en la lectura de las Escrituras se puede repartir abundantemente consuelo e instrucción, deberíamos detenernos un momento con la Biblia abierta para que se nos guiara a esa porción de la Sagrada Escritura que tiene la mayor probabilidad de ser útil.

Con referencia al sermón, pondremos el mayor empeño, ante todo, en respetar la elección del pasaje. Nadie entre nosotros considera con tanta ligereza el sermón como para concebir que un texto bíblico elegido al azar será adecuado para toda ocasión, o inclusive para cualquiera. No somos en absoluto de la opinión de Sydney Smith cuando aconsejó a un hermano, que buscaba desesperadamente un pasaje, el predicar sobre los «partos, medos, elamitas, y los que [habitan] en Mesopotamia», como si cualquier cosa sirviera para un sermón. Espero que todos nosotros prestemos una muy devota y seria consideración, cada semana, a cuáles deben ser los temas acerca de que debemos hablar el día de reposo —por la mañana y por la tarde— a nuestra congregación. Porque, aunque toda escritura es buena y provechosa, sin embargo no resulta igualmente apropiada para cada ocasión[1]. Hay un tiempo para todo; y todo está mejor en su tiempo. Un padre sabio se esfuerza por dar a cada uno de la familia su porción de carne en su tiempo; no sirven las raciones dadas indiscriminadamente, sino que adecua la comida a las necesidades de los comensales. Solo un mero funcionario, esclavo de la rutina, autómata sin vida del formalismo, se contentará con echar mano del primer tema que le viene a la mano. El hombre que recoge sus temas de predicación tal como los niños arrancan los ranúnculos y las margaritas en los prados, según se presentan, puede estar actuando en

[1] «Un momento de reflexión acerca de las consecuencias eternas que pueden derivarse de la predicación de un solo sermón en el nombre del gran Autor y Consumador de la fe debería ser suficiente para reprender con eficacia la negligencia fortuita y el engreimiento temerario con que se escogen y manejan a veces los pasajes, y para imprimir en cada verdadero ministro del evangelio el deber de elegir sus textos bíblicos en tal estado de ánimo que armonice con la dirección divina, siempre que tenga que ejecutar esa importante tarea» (Daniel P. Kidder: «A Treatrise on Homiletics, designed to Illustrate the True Theory and Practice of Preaching the Gospel»).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:48 a. m. 5 de agosto de 2022.

consonancia con su posición en una iglesia donde un pudiente benefactor le ha impuesto y de la cual la congregación no puede expulsarlo; pero aquellos que profesan haber sido llamados por Dios y seleccionados para sus puestos por elección libre de los creyentes, tendrán que dar una muestra más plena de su ministerio que aquella que se desprende de tal actitud descuidada.

Entre las muchas gemas a nuestra disposición, tenemos que seleccionar la joya más idónea para el engaste de la ocasión. No osamos irrumpir en la sala del banquete real con una confusión de provisiones como si el agasajo fuera un vulgar revoltillo; sino que, como servidores educados, haremos una pausa para preguntar al gran Anfitrión: «¿Señor, que quieres que pongamos en la mesa en este día?».

Algunos pasajes nos han chocado por su elección claramente inapropiada. ¡Nos preguntamos, por ejemplo, lo que habrá hecho el rector del Sr. Disraeli con las palabras: «En mi carne he de ver a Dios», cuando hace poco predicó en una cena para celebrar el fin de la cosecha en cierto pueblo! Y sumamente desafortunado fue el versículo utilizado en el entierro de un clérigo asesinado (el Sr. Plow), que dice: «Pues que a su amado dará Dios el sueño». Por no hablar de lo necio que demostró ser quien, para un sermón ante los jueces de las instancias superiores, eligió aquel otro de «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

No se dejen engañar por el sonido y la aparente idoneidad de las palabras de la Escritura. M. Athanase Coquerel confiesa haber predicado, en una tercera visita suya a Ámsterdam, sobre el versículo: «Esta es la tercera vez que voy a vosotros» (2 Co. 13:1). Bien puede añadir —como hace— que tuvo «gran dificultad para incorporar luego a este mensaje lo que convenía a la ocasión». Un caso paralelo fue el de uno de los sermones con ocasión de la muerte de la princesa Charlotte, basado en: «[Ella] enfermó y murió». Pero es peor aún elegir las palabras con un lamentable tono jocoso; como en cierto sermón reciente acerca de la muerte de Abraham Lincoln, que arrancaba de la frase: «Murió Abraham…».

Se cuenta de un estudiante, el cual esperamos que nunca saliera de su crisálida, que predicó un sermón en público delante del Dr, Philip Doddridge, su tutor. Y como este buen hombre acostumbraba a colocarse justo delante de los alumnos y a mirarlos directamente a la cara, juzguen cuál sería su sorpresa —si no su indignación— cuando vio que el versículo anunciado era: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?». Caballeros, a veces hay tontos que llegan a ser estudiantes; esperemos que ninguno de esa clase deshonre nuestra Institución. Puedo perdonar al hombre que predicó delante de ese inestable Salomón llamado Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia acerca de Santiago 1:6: la tentación era demasiado fuerte para poder resistirla; pero sea por siempre execrado el canalla —si es que alguna vez existió tal persona— que celebró la muerte de un diácono con la invectiva: «Aconteció que murió el mendigo». Perdono al mentiroso que me atribuyó a mí tal insulto; pero espero que no vuelva a emplear su infame técnica con nadie más.

Así como haríamos bien en eludir una selección accidental y descuidada de temas para los sermones, también deberíamos igualmente *evitar una monótona regularidad en los mismos*. He oído hablar de un ministro que tenía cincuenta y dos sermones dominicales —y unos pocos más para ciertas festividades— que solía predicar, por orden, año tras año. En su caso, no había necesidad de que la congregación le rogara que les hablase de lo mismo el siguiente día de reposo, ni sería muy extraño que se encontrara a imitadores de Eutico en algún lugar que no fuera la tercera planta del

edificio. No hace mucho, un clérigo le dijo a cierto granjero amigo mío: «¿Sabe, Sr. D___?, el otro día estaba repasando mis sermones; y la rectoría está tan húmeda —principalmente mi despacho— que los sermones se habían enmohecido bastante». Y mi amigo, que aunque era ecónomo de la parroquia asistía a un lugar de culto disidente, no fue tan maleducado como para decirle que *le parecía muy probable que así ocurriera*; pero, como los aldeanos venerables habían escuchado a menudo al hombre los mencionados sermones, muy posiblemente los mismos estuvieran enmohecidos en más de un sentido. Hay personas en el ministerio que, cuando han acumulado una pequeña reserva de mensajes, los repiten hasta la saciedad con una regularidad espantosa; y los predicadores itinerantes deben verse más expuestos a esta tentación que quienes están destinados en un mismo lugar durante varios años. Si estos últimos llegan a caer en ese hábito seguramente será el fin de su utilidad; ya que enviarán un frío de muerte a sus propios corazones del que la gente pronto se percatará al oírles repetir, como loros, sus composiciones desgastadas por el tiempo. El mejor invento para fomentar la ociosidad espiritual es, seguramente, el proyecto de hacerse con una reserva de sermones para dos o tres años y repetir los mismos por orden una y otra vez. Y como nosotros, queridos hermanos, aspiramos a vivir durante muchos años —si no la vida entera— en un mismo lugar, arraigados allí por el mutuo afecto que se desarrollará entre nosotros y nuestra congregación, necesitamos un método muy diferente del que pueda cuadrarle a un gandul o a un evangelista itinerante.

Supongo que a algunos les resultará gravoso, y a otros muy fácil, encontrar el tema de su mensaje, como hacen aquellos a quienes les ha tocado en suerte la Iglesia oficial anglicana: en donde el predicador se refiere generalmente al evangelio o a la Epístola —o a la lección para el día— y se siente obligado, no por ninguna ley, sino por una especia de precedente, a predicar acerca de un versículo ya sea de una u otra lectura. Cuando el Adviento y la Epifanía, la Cuaresma y el tiempo de Pentecostés hacen su estereotipada ronda, nadie necesita angustiarse con la pregunta: «¿Qué diré a este pueblo?». La voz de la Iglesia es clara y precisa: «Maestro, sigue hablando; he ahí tu trabajo, date por entero al mismo». Tal vez este acuerdo establecido de antemano lleve ciertas ventajas aparejadas; pero no parece que se haya hecho participe de las mismas al público anglicano, ya que sus escritores públicos siempre están gruñendo por la aridez de los sermones y lamentando la triste situación de unos laicos sufridos que se sienten constreñidos a escucharlos. Ese hábito servil de seguir el curso del sol y la rotación de los meses en vez de esperar en el Espíritu Santo, es para mí una razón suficiente porque, en muchas iglesias —según dicen sus propios escritores—, los sermones no son nada mejor que especímenes de «esa decente debilidad que preserva a sus autores de errores ridículos, pero que al mismo tiempo les impide disfrutar de magníficas bellezas».

Demos por sentado, entonces, que todos consideramos de la mayor importancia, no solo el predicar la verdad, sino también el presentar la verdad apropiada para cada situación en particular: nuestro esfuerzo se centrará en disertar acerca de las cuestiones que mejor se adapten a las necesidades de nuestra congregación y tengan más probabilidad de ser un canal de gracia hacia sus corazones.

¿Hay alguna dificultad en conseguir pasajes? Recuerdo haber leído, en mis primeros tiempos —en alguna parte de cierto volumen sobre homilética—, una afirmación que me alarmó considerablemente en aquel entonces. Era algo como esto: «Si algún hombre encuentra difícil

seleccionar un pasaje, mejor le sería volver a la tienda de comestibles o al arado; porque, evidentemente, no tiene la capacidad necesaria para ser ministro». Ahora bien, como esa había sido muy a menudo mi cruz y mi carga, busqué en mi interior si debía recurrir a alguna clase de trabajo secular y dejar el ministerio. Pero no lo he hecho; porque aún tengo la convicción de que, aunque condenado por el dramático juicio de ese profesor, prosigo en un llamamiento sobre el que Dios ha puesto manifiestamente su sello. Me sentí tan turbado en mi conciencia por el severo comentario en cuestión que le pregunté a mi abuelo —el cual había ejercido como ministro durante 50 años— si se había sentido alguna vez perplejo acerca de la elección de los temas; y él me dijo, francamente, que ese había sido su mayor problema, comparado con el cual la predicación misma no le suponía ansiedad alguna. Recuerdo el comentario de aquel hombre venerable: «La dificultad no estriba en que no haya suficientes textos bíblicos, sino en que hay tantos que me veo en apuros para elegir». Hermanos, a veces somos como ese amante de flores selectas rodeado de todas las bellezas del jardín, pero a quien solo se le permite escoger una flor. ¡Cuánto se dilata entre la rosa y la azucena, y cuán grande es su dificultad para elegir una de entre esas diez mil maravillas florecientes! Para mí, aún ahora —debo confesarlo—, la selección de los pasajes supone una turbación muy grande: *embarras de richesses*, que dirían los franceses (una turbación por las riquezas, muy diferente de la perplejidad causada por la pobreza). La ansiedad por prestar atención a la más urgente de tantas verdades —todas las cuales reclaman que las escuchemos—, tantas obligaciones —que hay que cumplir— y tantas necesidades espirituales de la gente, que exigen solución. Confieso que con frecuencia me siento y veo pasar las horas orando y esperando un asunto, y que en eso consiste la parte principal de mi estudio. He dedicado arduo y abundante trabajo a forcejear con temas, rumiar aspectos doctrinales, hacer bosquejos de los versículos para, luego, terminar enterrando todos sus huesos en las catacumbas del olvido y seguir navegando, durante leguas, sobre las aguas encrespadas, hasta ver las luces rojas a lo lejos y poder pilotar directamente hacia el deseado puerto. Creo que cada sábado de mi vida hago suficientes bosquejos de sermones como para un mes entero, si acaso me sintiera con libertad para predicarlos; pero no me atrevo a utilizarlos más que un honrado marinero se atrevería a desembarcar en la playa una carga de artículos de contrabando. Los temas pasan por la mente uno tras otro como imágenes a través de la lente del fotógrafo; pero hasta que el pensamiento se convierte en esa placa sensible que retiene la foto, dichos temas no tienen valor alguno para nosotros.

¿Cómo saber cuál es el pasaje apropiado? Lo sabemos por sus gestos amistosos: cuando un versículo le da a tu mente un cordial apretón de manos del que no puedes librarte, no necesitas más indicación de que se trata del tema que estabas esperando. Al igual que los peces, mordisqueamos diferentes cebos; pero una vez que el anzuelo te ha traspasado bastante, ya no tienes que deambular más. Cuando el texto bíblico nos atrapa, podemos estar seguros de que es nuestro, y entregarnos al mismo con toda el alma. Para emplear otro símil: Tomas varios pasajes en tu mano e intentas fragmentarlos. Los aporreas con todas tus fuerzas y energía, pero tu trabajo es en vano. Al final encuentras uno que se rompe con el primer golpe y centellea al hacerse pedazos; revelando en su interior gemas que irradian el más extraordinario brillo. Luego, dicho pasaje crece delante de tus ojos como la fabulosa semilla que se desarrolló haciéndose árbol mientras la contemplaba el espectador. Te encanta y te fascina, o te empuja a ponerte de rodillas y te impone la carga del Señor. Sabe, entonces, que ese es el mensaje que

él quiere que prediques; y, entendiéndolo así, llegarás a sentirte tan atado por ese texto de la Escritura que jamás hallarás descanso hasta que hayas entregado toda tu mente a su poder y hablado acerca del mismo según el Señor te de palabra. Espera la palabra elegida, aunque tengas que hacerlo hasta transcurrida una hora del culto. Esto puede que no lo comprendan los hombres fríos y calculadores que no se mueven por impulsos como nosotros, pero para algunos estas cosas son una ley en el corazón la cual no nos atrevemos a transgredir: esperamos en Jerusalén hasta recibir el poder.

«Creo en el Espíritu Santo» es uno de los artículos del Credo; pero los que lo confiesan apenas creen en él hasta el punto de ponerlo en práctica. Muchos ministros parecen creer que son *ellos* quienes deben escoger el pasaje, *ellos* quienes tienen que descubrir su enseñanza, *ellos* quienes han de reconocer un mensaje en el mismo. Nosotros no pensamos así. Naturalmente, hemos de utilizar nuestra voluntad, al igual que nuestro entendimiento y nuestros sentimientos, ya que no pretendemos que el Espíritu Santo nos obligue a predicar acerca de un texto bíblico contra nuestra voluntad. Él no nos trata como si fuéramos cajas de música, a las que se da cuerda y tocan una cierta melodía; sino que ese glorioso Inspirador de toda verdad se relaciona con nosotros como seres inteligentes que son gobernados por fuerzas espirituales coherentes con nuestras naturalezas. Aun así, las mentes devotas desean siempre que la elección del pasaje dependa del sapientísimo Espíritu de Dios y no de su propio entendimiento falible; por tanto, se ponen humildemente en sus manos pidiéndole que condescienda a dirigirlos a aquella oportuna porción de carne que él ha dispuesto para su pueblo. Como dice Gurnal:

> Los ministros no tienen habilidad propia para llevar a cabo su trabajo. ¡Ah, durante cuánto tiempo pueden tener que sentarse a revolver sus libros y a devanarse los sesos, hasta que Dios viene en su ayuda y la caza de Jacob se les pone en la mano! Si Dios no enviara su asistencia, estaríamos escribiendo con una pluma sin tinta; si hay alguien que necesita más que nadie depender de Dios, es el ministro.

Si alguien me preguntara: «*¿Cómo puedo conseguir el mejor pasaje?*», le respondería: «*Clama a Dios por él*». En sus «Reglas para los sermones», Harrington Evans identifica como la primera de dichas reglas: «Busca a Dios en oración para elegir un pasaje. Pregúntate por qué te decides por ese pasaje. Responde sinceramente a dicha pregunta. A veces la respuesta puede ser tal que debería decidir a la mente en contra de esa opción». Si la oración por sí sola no te guía al tesoro deseado, de todos modos será un ejercicio provechoso para ti el haber orado. La dificultad en cuanto a decidirte por un tema, si te hace orar más de lo habitual, supondrá para ti una gran bendición. La oración es el mejor estudio. Ya lo dijo Lutero hace tiempo: «*Bene orasse est bene studuisse*» («Haber orado bien es haber estudiado bien»), y el tan empleado proverbio aún no ha quedado obsoleto. Ora sobre la Escritura, que es como pisar uvas en el lagar, como trillar grano en la era, como fundir el oro del mineral. La oración es una actividad doblemente bendecida: ya que bendice al predicador que ruega y a la gente a quien este ministra. Si tu texto viene en respuesta a la oración, lo apreciarás mucho más: llegará con un sabor divino y una unción completamente desconocida para el orador formal que considera que todos los temas son iguales.

Después de haber orado, *debemos utilizar con mucha seriedad los medios apropiados para concentrar nuestros pensamientos y canalizarlos del mejor modo posible.* Piensa en la condición de tus oyentes;

reflexiona acerca de su estado espiritual como grupo y como individuos; y prescribe la medicina adecuada para la enfermedad actual o prepara la comida idónea para la necesidad reinante. Sin embargo, permíteme advertirte contra el hacer caso de los caprichos de tu auditorio o de las peculiaridades de los ricos e influyentes. No des demasiada importancia al caballero o a la dama que se sienta en el banco de honor; si es que eres tan poco afortunado como para contar con uno de esos asientos de distinción tan abominables en una casa donde todos se encuentran al mismo nivel. Desde luego, hay que considerar al que da más tanto como a los otros, sin descuidar sus flaquezas espirituales; pero él no es la congregación entera, y contristarás al Espíritu Santo si piensas que sí lo es. Mira a los pobres situados en los pasillos con el mismo interés, y elige aquellos temas que estén dentro del radio de su pensamiento y que puedan alegrarlos en la multitud de sus pesares. No consientas que el respeto hacia los miembros de la congregación que solo gustan de una determinada porción del evangelio y hacen oídos sordos a las otras partes de la verdad te obsesione; y jamás te esfuerces exageradamente, ya sea por darles un banquete o una regañina. Puede resultar agradable pensar que ellos se sienten a gusto —si se trata de buenas personas— y que nosotros respetamos sus preferencias; pero la fidelidad exige que no nos convirtamos en meros flautistas para nuestros oyentes que les tocan las melodías que ellos piden, sino que debemos seguir siendo la boca del Señor para declarar todo su consejo. Vuelvo a repetir el comentario: Medita acerca de lo que tu congregación necesita realmente para ser edificada y que ese sea tu tema. El Dr. Macdonald, ese famoso apóstol del norte de Escocia, pone un ejemplo de esto en su «Diario de trabajo en Saint Kilda»:

> Viernes 27 de mayo.— Hoy, en nuestro devocional matutino, leí Romanos 12 y di algunas ilustraciones acerca de dicho pasaje; lo cual me permitió exponer la relación que existe entre la fe y la práctica, y cómo las doctrinas de la gracia son conformes con la piedad y conducen a la santidad de corazón y de vida. Estimé necesario hacerlo porque, debido a los temas de altura que había estado tratando durante los últimos días, me temía que la gente pudiera desviarse hacia el antinomianismo: un extremo tan peligroso como el arminianismo y aun más.

Considera qué pecados parecen estar más extendidos en la Iglesia y la congregación: mundanalidad, codicia, falta de oración, ira, orgullo, falta de amor fraternal, calumnia y otros males semejantes. Toma en consideración, cariñosamente, las tribulaciones de tu gente, y trata de encontrar un bálsamo para sus heridas. No es necesario entrar en detalles minuciosos —ni en la oración ni durante el sermón— acerca de todas esas pruebas de tu congregación; aunque esta fuera la costumbre de un venerable ministro que en otro tiempo fue un gran obispo en este vecindario y que ahora está en el Cielo. Él solía, en su mucho amor por toda su gente, dar tales pistas concernientes a los nacimientos, las muertes y las bodas en su rebaño, que uno de los deleites de los domingos por la tarde debió de haber sido descubrir a quién se estaba refiriendo el ministro en las diversas partes de su oración y su sermón. Esto se toleraba, y hasta se admiraba *en él* —en nosotros resultaría ridículo—: un patriarca puede hacer con propiedad aquello que los jóvenes deben escrupulosamente evitar. El venerable ministro a quien acabo de referirme había aprendido de su padre a particularizar así; ya que pertenecía a una familia en la que los niños, tras observar que algo especial había sucedido durante el día, se decían unos a otros: «Tenemos que esperar hasta el momento de la oración familiar, cuando lo

sabremos todo acerca de ello». Pero me estoy desviando: este ejemplo demuestra cómo una saludable costumbre puede degenerar convirtiéndose en una falta. Sin embargo, la regla que he establecido no se ve afectada por ello. En ciertas coyunturas particulares, muchos de la congregación experimentarán diversas pruebas; y cuando las mismas inviten a tu mente a adentrarse en nuevas esferas de pensamiento, harás mal si no les prestas atención. Repito que debemos vigilar el estado espiritual de nuestra congregación; y si vemos que los miembros están cayendo en una condición de reincidencia, tememos que puedan estar siendo inoculados con alguna maliciosa herejía o algún pensamiento perverso, o —de hecho— si cualquier cosa en la naturaleza fisiológica entera de la iglesia impresionara nuestra mente, deberíamos aprestarnos a preparar un sermón que, por la gracia de Dios, pudiera detener la plaga. Estas son las indicaciones que el Espíritu Santo proporciona, por medio de sus oyentes, al pastor cuidadoso y observador en cuanto a lo que debe hacer. El pastor vigilante examina a menudo su rebaño y rige su modo de tratarlo por el estado en que lo encuentra. Probablemente suministrará una clase de comida solo escasamente y otra en gran abundancia, y la medicina en su debida cantidad, según su experto juicio considere necesario lo uno o lo otro. Si simplemente nos asociamos con el Gran Pastor de las ovejas, seremos guiados correctamente.

Sin embargo, no permitamos que nuestra predicación franca con nuestra gente degenere en regañinas. Ellos llaman al púlpito el «Castillo de los Cobardes»; y en algunos aspectos es un nombre apropiado para el mismo: especialmente cuando los necios suben a la plataforma e insultan impúdicamente al auditorio exponiendo las faltas o las flaquezas del mismo a la irrisión pública. Existe una crítica personal —una crítica ofensiva, insensible e injustificable— que debe meticulosamente evitarse, porque es de la tierra —terrenal—, y la cual hay que condenar en los términos más vigorosos. Mientras que hay otra crítica que es sabia, espiritual, celestial, a la que hay que tender constantemente. La Palabra de Dios es más aguda que toda espada de doble filo; por tanto, puedes dejar que sea ella quien hiera y mate, y no necesitas cortar tú ni con frases ni con ademanes. La verdad divina es escudriñadora: permítele escudriñar los corazones de los hombres sin adiciones ofensivas de tu propia cosecha. Aquel que tiene que escribir el nombre bajo un cuadro colgado en el salón familiar donde se encuentra la persona pintada es simplemente un chapucero en el arte de hacer retratos. Obliga a tus oyentes a percibir que estás hablando de ellos aunque, ni siquiera de la manera más remota, los hayas nombrado o señalado. Puede que haya ocasiones en que te veas constreñido a ir tan lejos como Hugh Latimer, cuando, hablando acerca del soborno, dijo: «Quien ha aceptado la palangana de plata y la jarra como soborno piensa que jamás será descubierto; pero tal vez no sepa que yo lo sé y que no soy el único en saberlo: hay otros, además de mí, que lo saben. ¡Ah el soborno y el que soborna! Aquel que así se deja sobornar no ha sido nunca un buen hombre, ni creo que quien soborna pueda llegar a ser un buen juez». En estas frases hubo tanta reserva prudente como osada revelación; y si no vas más lejos que esto, ningún hombre podrá acusarte de incurrir en demasiados personalismos, por miedo a ser avergonzado.

En siguiente lugar, el ministro que busca su texto bíblico debería *considerar cuáles han sido sus temas anteriores*. Sería poco sabio insistir siempre en una misma doctrina en detrimento de las demás. Algunos de nuestros hermanos de mayor profundidad espiritual tal vez sean capaces de tratar el mismo asunto en una serie de mensajes y puedan, girando el calidoscopio, presentar nuevas formas

de belleza sin cambiar el tema en sí; pero la mayoría de nosotros, que tenemos habilidades menos fecundas, descubriremos que es mejor estudiar una variedad de temas y predicar acerca de una amplia gama de verdades. Considero beneficioso repasar a menudo mi lista de sermones para ver si he pasado por alto alguna doctrina, o si he descuidado alguna virtud cristiana en mis predicaciones. Conviene inquirir si en los últimos tiempos hemos sido demasiado doctrinales, o demasiado poco prácticos, o excesiva y exclusivamente experimentales. No queremos degenerar en antinomianos; ni, por otra parte, descender al nivel de meros maestros de una fría moralidad; sino que nuestra ambición es desempeñar cumplidamente nuestro ministerio. Daremos, pues, a cada parte de la Escritura, su justa proporción en nuestro corazón y nuestra mente: doctrina, precepto, historia, tipo, salmo, proverbio, experiencia, advertencia, promesa, invitación, amenaza o reprensión. Incluiremos toda la verdad inspirada en el círculo de nuestras enseñanzas. Aborrezcamos toda parcialidad y exageración de una verdad y todo menosprecio de otra, y esforcémonos por pintar el retrato de la verdad con rasgos proporcionados y buena mezcla de colores, no sea que la deshonremos presentando distorsión en vez de simetría y haciendo una caricatura en lugar de una copia fidedigna.

Suponiendo, no obstante, que has orado en tu pequeño aposento, has luchado con ahínco y suplicado durante largo tiempo, y que has meditado acerca de tu congregación y sus necesidades, y que aun así no puedes dar con *el* pasaje, no te inquietes por ello, ni te desesperes. Si estuvieras a punto de ir a una guerra a tus propias expensas, sería una cosa muy desdichada estar corto de pólvora, y con la batalla tan cerca; pero ya que tu Capitán debe proveer, no hay duda alguna de que en el momento apropiado él proporcionará las municiones. *Si confías en Dios, él no puede fallarte, ni te fallará*. Sigue rogando y velando, porque para el estudiante aplicado la ayuda celestial está asegurada. Si hubieras ido ociosamente de acá para allá durante toda la semana, y no hubieses prestado atención alguna a la debida preparación, no podrías esperar la ayuda divina; pero si te has esforzado al máximo y ahora estás aguardando para saber cuál es el mensaje del Señor, tu rostro no será avergonzado.

A mí me han ocurrido dos o tres incidentes que pueden parecerte bastante extraños, pero es que yo soy un hombre extraño. Cuando vivía en Cambridge, tenía que predicar el domingo por la tarde, como siempre hacía, en un pueblo circunvecino al que había de ir caminando. En cierta ocasión, después de haber leído y meditado todo el día, no podía dar con el pasaje adecuado. Por mucho que lo intentara no recibía respuesta del oráculo sagrado; ni luz alguna relampagueaba del Urim y Tumim. Yo oraba y meditaba, iba de un versículo a otro, pero la mente no se apegaba a ninguno de ellos y —como diría Bunyan— mi «espíritu estaba ya sumamente turbado». Justo entonces, me dirigí a la ventana y miré afuera: al otro lado de la estrecha calle donde yo vivía, vi a un pobre canario solo, sobre la pizarra del tejado, rodeado de una multitud de gorriones picoteándolo como si quisieran hacerlo pedazos. En ese momento me vino a la mente el versículo: «¿Esme mi heredad ave de muchos colores? ¿no están contra ella aves en derredor?» (Jer. 12:9, RV 1909). Me puse en camino con la mayor serenidad posible, consideré el pasaje durante mi largo y solitario paseo, y prediqué acerca del pueblo especial y de las persecuciones de sus enemigos, con libertad y soltura en mí mismo y creo que de manera consoladora para mi rústico auditorio. El pasaje lo recibí; y si no lo trajeron los cuervos, ciertamente lo hicieron los gorriones. En otra ocasión, mientras trabajaba en Waterbeach, había predicado el domingo por la mañana y vuelto a casa para comer, como era mi costumbre, con uno de

la congregación. Por desgracia, ese día había tres cultos, y el sermón de la tarde seguía tan de cerca al de la mañana que resultaba difícil preparar el alma; especialmente porque la comida es una inconveniencia necesaria pero seria para quien necesita tener una mente clara. ¡Una pena, porque esos cultos de la tarde en nuestros pueblos ingleses son, por lo general, un triste despilfarro de esfuerzo! El rosbif y el postre pesan mucho sobre las almas de los oyentes, y el predicador mismo se ve disminuido en sus procesos mentales mientras la digestión reclama el dominio del momento. Gracias a un comedimiento cuidadoso en la dieta, en aquella ocasión conservé un estado ferviente y vivaz, pero para mi desesperación descubrí que había perdido el hilo de pensamiento preparado de antemano y no podía encontrar la senda hacia mi sermón; por mucho que me apretara la frente, el tema olvidado no aparecía. El tiempo era corto, la hora estaba a punto de sonar, y un poco alarmado le dije al honrado granjero que no podía, por mucho que quisiera, recordar aquello que había pensado predicar. «Oh —respondió—, no se preocupe; seguro que tendrá una buena palabra para nosotros». En ese mismo momento, un tronco de madera ardiendo cayó del fuego de la chimenea a mis pies, cegándome sobremanera e irritándome la nariz con el humo. «Ahí está —dijo el granjero—; ahí tiene usted su texto bíblico: «¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?». «No —pensé—, ese tronco no ha sido 'arrebatado'», puesto que había caído por sí solo. Ahí tenía un versículo, una ilustración y un hilo de pensamiento para empezar. Luego recibí más luz y el mensaje no fue ciertamente peor que mis efusiones más preparadas; en el mejor de los sentidos, fue mejor que aquellas, ya que una o dos personas pasaron al frente declarando haber sido estimuladas y convertidas mediante aquel sermón de la tarde. Siempre he considerado que el que se me olvidara el pasaje acerca del cual había pensado predicar fue una feliz ocurrencia.

También en New Park Street pasé en cierta ocasión por una experiencia parecida de la que hay testigos en esta misma sala. Me había desempeñado con éxito en todas las partes iniciales del culto vespertino de aquel día de reposo, y estaba anunciando el himno que debía preceder al sermón. Entonces abrí la Biblia para buscar el pasaje que había estudiado meticulosamente como tema de mi conferencia, cuando desde la página contraria otro texto bíblico saltó sobre mí como un león desde la espesura, con un poder mucho mayor que el que había sentido al considerar el pasaje de mi elección. La gente cantaba y yo cantaba; pero me sentía en apuros entre ambos textos y mi mente pendía como de una balanza. Sentía el deseo natural de correr por la senda que había planeado cuidadosamente, pero el otro pasaje no cejaba en su insistencia y parecía tirarme del faldón reclamando: «No, no; debes predicar acerca de mí. Dios quiere que me sigas». Y yo deliberaba dentro de mí respecto a mi deber: no quería ser fanático, ni tampoco incrédulo. Al final, pensé: «Bueno, me gustaría predicar el sermón que he preparado, y corro un gran riesgo al iniciar una nueva línea de pensamiento. Pero, aun así, como este texto me constriñe, puede ser del Señor; por tanto, me aventuraré a hablar acerca del mismo pase lo que pase».

Yo casi siempre anuncio las divisiones de mis sermones muy pronto después de la introducción; pero, en esta ocasión, en contra de mi costumbre, no lo hice, por una razón que algunos de ustedes probablemente podrán imaginar. Concluí mi primer enunciado con considerable libertad, hablando improvisadamente, sin problemas tanto en lo referente al pensamiento como a las palabras. El segundo punto lo traté consciente de la presencia de un poder sosegado y eficaz bastante inusual; pero

no tenía idea alguna de cuál sería o podría ser el tercero, ya que hasta el momento el pasaje no proporcionaba más material. Ni aun ahora soy capaz de pensar lo que hubiera podido hacer de no haberse producido el acontecimiento que sucedió y con el que jamás podía haber contado. Me había puesto en una situación muy difícil al obedecer aquello que consideraba un impulso divino; pero me sentía bastante tranquilo en cuanto a ello, creyendo que Dios me ayudaría y sabiendo que, al menos, podría terminar el culto si no tenía más que decir. Pero ni siquiera hubo necesidad de deliberar; ya que en un momento nos encontramos sumidos en la más completa oscuridad. El gas se había apagado, y como los pasillos estaban atestados de gente y el lugar abarrotado por todas partes, corríamos un grave peligro, pero también se trataba de una gran bendición. ¿Qué debía hacer yo entonces? La congregación estaba un poco asustada, pero los calmé al instante diciéndoles que no se alarmaran en absoluto, porque aunque el gas se había apagado pronto lo encenderían de nuevo; y que, en cuanto a mí, no teniendo el sermón escrito, podía hablar igual de bien en la oscuridad que cuando había luz, siempre que hicieran el favor de sentarse y escuchar. Si hubiera tenido un mensaje muy elaborado habría resultado absurdo continuarlo; pero así, en aquellas condiciones, me sentía mucho menos azorado. Inmediatamente pensé en ese pasaje tan conocido que habla de los hijos de luz andando en tinieblas, y de los hijos de las tinieblas andando en la luz; y vi como sobre mí se derramaban los ejemplos y comentarios adecuados. Luego, cuando se encendieron de nuevo las lámparas, me encontré con un auditorio tan subyugado y arrebatado como ningún hombre ha visto en su vida. Y lo más extraño de todo fue que algunas reuniones después, dos personas que afirmaban haberse convertido esa noche se adelantaron para hacer profesión de fe. La primera debía su conversión a la primera parte del mensaje, basada en el nuevo texto bíblico que se me había proporcionado; y la otra localizaba su despertar en la última parte del mismo, producida por la oscuridad repentina. Así que, como ven, la providencia me favoreció. Me encomendé a Dios y él dispuso que se apagara la luz en el momento apropiado para mí. Algunos pueden burlarse, pero yo prefiero adorar; otros, hasta me censurarán, pero yo me regocijo. Cualquier cosa es mejor que esos sermones mecánicos en los que prácticamente se pasa por alto la guía del Espíritu. Estoy seguro de que cualquier predicador del Espíritu Santo habrá acumulado recuerdos así en torno a su ministerio. Por tanto, digo: Observen el curso de la providencia y encomiéndense a la guía y la ayuda del Señor. Si con seriedad han hecho cuanto han podido por obtener un pasaje y el tema no se inicia delante de ustedes, suban al púlpito firmemente convencidos de que, llegado el momento, recibirán un mensaje para predicar, aunque no tengan ni una palabra en ese momento.

En la biografía de Samuel Drew, un famoso predicador metodista, leemos:

> En cierta ocasión, mientras se hallaba en Cornualles, habiéndose detenido en casa de un amigo después de la predicación, una persona que había asistido al culto le dijo que esa vez había superado su habilidad acostumbrada, y otros individuos estuvieron de acuerdo con ello. Entonces, el Sr. Drew expresó: «Si eso es verdad, se trata de algo de lo más singular, ya que mi sermón fue totalmente improvisado. Subí al púlpito pensando hablarles de otro pasaje; pero, al mirar la Biblia —que estaba abierta—, el texto bíblico acerca del cual acaban de oírme predicar —'Prepárate para venir al encuentro de tu Dios, oh Israel'— captó mi atención con tanta fuerza que hizo huir todas las ideas que yo tenía; y aunque nunca antes había considerado ese pasaje, decidí al instante hacer del mismo el tema de mi sermón».

El Sr. Drew hizo bien en ser obediente a la guía celestial. Bajo ciertas circunstancias te verás absolutamente compelido a desechar los mensajes bien preparados y depender de la ayuda del Espíritu Santo en ese momento, utilizando simplemente la predicación improvisada. Puedes encontrarte en la situación del finado Kingman Nott, cuando predicó en el National Theatre de Nueva York. En una de sus cartas explica: «El edificio estaba lleno hasta rebosar, y mayormente de hombres y muchachos jóvenes de la especie más ruda. Llegué con un sermón en la mente; pero una vez subí al escenario, saludé con un «¡Hola! ¡Hola!» y contemplé la variada y escandalosa muchedumbre con que tenía que habérmelas, dejé a un lado todos los pensamientos del sermón y echando mano de la parábola del Hijo Pródigo intenté interesarlos con ella. Así logré mantener a la mayoría del público dentro del edificio y razonablemente atento». ¡Qué simplón habría sido si hubiera conservado su inadecuada preselección del mensaje! Hermanos, se lo ruego, crean en el Espíritu Santo y ejerzan su fe de manera práctica.

A modo de ayuda adicional para el pobre predicador desamparado que es incapaz de poner en funcionamiento su mente por falta de una o dos oleadas de pensamientos, les recomiendo que en tal caso *vuelvan una y otra vez a la Palabra de Dios misma* y lean un capítulo, sopesando sus versículos uno por uno; o que seleccionen un solo versículo y ejerciten su mente plenamente en el mismo. Es posible que no encuentren su texto en el versículo o capítulo que están leyendo; pero recibirán la palabra adecuada teniendo sus mentes activamente ocupadas en los asuntos sagrados. Según la relación que guarden los temas entre sí, un pensamiento sugerirá otro y otro, hasta que por la mente de ustedes haya pasado una larga procesión de ellos, entre los cuales uno u otro será el tema predestinado para la ocasión.

Lee también libros buenos y sugestivos, y deja que tu mente se estimule con ellos. Cuando alguien quiere extraer agua con una bomba que no se ha utilizado recientemente, primero le echa agua a la misma y luego esa bomba funciona. Baja de tu estantería alguna obra de los Puritanos y estúdiala en profundidad; inmediatamente te sentirás como un pájaro en su vuelo, mentalmente activo y en completo movimiento.

Sin embargo, a modo de advertencia, permítanme comentarles que *deberíamos estar siempre entrenándonos en la selección de pasajes y la preparación de sermones*. Tendríamos que preservar constantemente la actividad de nuestra mente en las cosas santas. ¡Ay del ministro que se atreva a desperdiciar una hora! Lean el «Essay on the Improvement of Time» («Ensayo acerca del mejor aprovechamiento del tiempo»), de John Foster, y decidan no perder jamás un solo segundo. El hombre que vaga de acá para allá desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche, y que sueña indolentemente con que se le enviará el pasaje por medio de algún mensajero angélico en la última hora o dos de la semana, está tentando a Dios y se merece quedarse sin nada que decir en el día de reposo. Los ministros no tenemos ocio; jamás estamos fuera de servicio: sino que vigilamos desde las atalayas día y noche. Queridos estudiantes, se lo digo solemnemente: Nada los excusará de la más rígida economía del tiempo. Si juguetean con el mismo, pagarán las consecuencias. La hoja de tu ministerio pronto se secará, a menos que —como el hombre bienaventurado del Salmo 1— medites en la ley del Señor de día y de noche. Deseo con toda mi alma que nunca malgastes el tiempo en disipaciones religiosas, o en chismorreos y conversaciones frívolas. Cuídate de no andar corriendo de

una reunión a otra, escuchando meras patrañas y contribuyendo a la charlatanería general. El hombre grande en los encuentros para tomar té y para participar en fiestas nocturnas y excursiones de la escuela dominical, es generalmente pequeño en cualquier otro aspecto. Tu negocio más importante es la preparación de tus sermones; y, si lo descuidas, no traerás ningún crédito ni sobre ti mismo ni sobre tu ministerio. Las abejas están haciendo miel de la mañana a la noche, y nosotros deberíamos estar siempre almacenando reservas para nuestra gente. No creo en el ministerio que pasa por alto la preparación laboriosa.

Cuando viajaba por el norte de Italia, nuestro cochero dormía de noche en el carruaje; y al despertarlo por la mañana, se levantaba de un salto, chasqueaba tres veces su látigo y decía que estaba listo. A mí no me gustaba mucho aquel aseo tan rápido, y hubiera preferido que el hombre durmiera en otro lugar o que yo pudiese haber ocupado otro asiento. Los que de ustedes están listos para predicar en un santiamén, me disculparán si me siento en un banco en alguna otra parte. Es recomendable ejercitarnos mentalmente para nuestro trabajo: el ministro debería estar siempre golpeando su hierro, especialmente cuando este se halla al rojo vivo. ¿No se sienten ustedes algunas veces maravillosamente listos para predicar un sermón? El Sr. Jay decía que, cuando se sentía así, tomaba un papel y anotaba textos y divisiones de mensajes, y los almacenaba para echar mano de ellos cuando su mente no estuviera tan despierta. El tan llorado Thomas Spencer, por su parte, escribió: «Llevo conmigo un librito en el que anoto cada texto de la Escritura que me viene a la mente con poder y dulzura; si soñara con algún pasaje bíblico, lo apuntaría. Así, cuando me siento a escribir, miro en ese libro, y jamás me he encontrado falto de temas». Estén vigilantes para descubrir asuntos para sus sermones cuando atraviesan el campo o la ciudad[2]. Mantengan siempre sus ojos abiertos y sus oídos atentos, y verán y escucharán a los ángeles. El mundo está lleno de sermones: ¡cácenlos al vuelo! Siempre que el escultor ve un bloque de mármol en bruto, cree que este esconde en su interior una magnífica estatua, y que él tiene solamente que tajar con el cincel lo superfluo para revelarla. Asimismo, ustedes creen que la cáscara de cada cosa encierra la almendra de algún sermón para el hombre sabio. Sean sabios y descubran lo celestial en su forma terrena. Escuchen las voces de los cielos y tradúzcanlas al lenguaje de los hombres. Hombre de Dios, sé siempre un predicador que recoge forraje para el púlpito de todas las áreas del arte y la naturaleza, almacenando y preparando a todas horas y en toda estación.

Se me pregunta si es provechoso anunciar ciclos de predicaciones y publicar *listas de sermones programados*. A lo que contesto: Cada hombre es diferente —no soy juez de otros—; pero yo no me atrevo a intentar tal cosa; y fracasaría notablemente si me aventurara a hacerlo.

Hay, sin embargo, muchos precedentes en contra de mi opinión; y a la cabeza de ellos están las series de mensajes de Matthew Henry, John Newton y muchísimos más; aun así, solo puedo hablar de mis propias impresiones personales y dejar que cada hombre siga sus propias normas. Muchos ministros eminentes han dado valiosos cursos de sermones acerca de temas programados de

[2] «Me sentí guiado a una provechosa variedad en la meditación acerca del cuidado de nuestro Buen Pastor por su rebaño, mientras contemplaba algunos corderos expuestos al frío y a una pobre oveja muriendo por falta de atención» (Diario de Andrew Fuller).

antemano; pero nosotros no somos eminentes, y debemos aconsejar tanto a otros como a nosotros mismos el tener precaución en cuanto a lo que vamos a hacer. Yo no me atrevo a anunciar lo que voy a predicar a partir de mañana; mucho menos acerca de lo que estaré hablando dentro de seis semanas o meses. La razón es, en parte, que soy consciente de no poseer esos dones particulares necesarios para interesar a una asamblea respecto de un tema o una serie de temas durante cierto tiempo. Algunos hermanos tremendamente inquisitivos y de profunda erudición pueden hacerlo, y otros que no poseen ninguna de esas cualidades y que están faltos por completo de sentido común, intentarlo; pero yo no soy capaz de ello. Estoy obligado a dedicar gran parte de mis fuerzas a la variedad en vez de a la profundidad. Cabe preguntarse si la gran mayoría de predicadores que se guían por listas no harían mejor en quemar sus programas si les fuera posible. Conservo un recuerdo muy vivo —o más bien mortífero— de algunas series de mensajes acerca de Hebreos que dejaron una profunda huella, de la peor clase, en mi mente. Con frecuencia deseaba que los hebreos se hubieran guardado para sí su epístola; porque la misma aburría terriblemente a aquel muchacho gentil. Para cuando se había predicado el séptimo u octavo mensaje de la serie, solo la gente muy buena podía soportarlo; los cuales, desde luego, expresaban que jamás habían oído exposiciones más valiosas; mientras que a aquellos de un juicio más carnal, les parecía que cada sermón era más aburrido que el anterior. En esa epístola, Pablo nos exhorta a *soportar* la palabra de exhortación, y eso era lo que hacíamos. ¿Son así todas las series de sermones? Tal vez no; y, no obstante, me temo que haya pocas excepciones a la regla. Porque se dice de ese maravilloso expositor llamado Joseph Caryl, que empezó sus famosas mensajes sobre Job con ochocientos oyentes y concluyó el libro con solo ocho. Cierto predicador de la profecía, por su parte, se extendió tanto acerca del «cuerno pequeño» de Daniel que un día de reposo por la mañana solo le quedaron siete en el auditorio; los cuales, sin duda, pensaron:

Extraña cosa que un arpa de mil cuerdas
toque tanto tiempo la misma melodía.

A mí me parece que, normalmente —y para la gente normal—, los mensajes programados de antemano son un error, nunca proporcionan más que un beneficio aparente y causan, habitualmente, un verdadero perjuicio. Ciertamente, el predicar de principio a fin sobre una larga epístola requiere mucho ingenio de parte del predicador, y una inmensa paciencia por parte de los oyentes. Para lo que acabo de decir me mueve una consideración aún más profunda: me sorprende que muchos predicadores verdaderamente vivaces y devotos piensen que un programa constituye una cadena. En caso de que el predicador anunciara para el domingo siguiente un tema muy gozoso que requiriese vivacidad y exaltación de espíritu, es muy posible que por causas diversas se encontrara para la ocasión en un estado de ánimo triste y preocupado, a pesar de lo cual tendría que echar el vino nuevo en su vieja botella y subir a la boda vestido de cilicio y ceniza; y lo que es aún peor, estaría obligado a repetirlo durante un mes entero. ¿Es así como debería ser? Resulta importante que el orador esté sintonizado con su tema, ¿pero cómo puede garantizarse esto a menos que la elección del asunto se deje en mano de las influencias que operan en ese momento? El hombre no es una locomotora a vapor que se desplace sobre raíles metálicos, y no resulta prudente colocarle una ranura. Buena parte del poder del predicador residirá en que su alma entera se halle en sintonía con el tema de su predicación;

y yo tendría miedo de designar un determinado asunto para cierta fecha y que, cuando llegara el momento, no estuviera en la clave del mismo. Además, no es fácil ver cómo un hombre puede manifestar dependencia de la guía del Espíritu de Dios cuando ya ha determinado su propio camino. Tal vez digas: «Esa es una extraña objeción, ya que ¿por qué no confiar en él para veinte semanas al igual que para una?». Cierto, pero jamás se nos ha hecho una promesa que justifique esa clase de fe. Dios promete darnos la gracia necesaria para cada día, pero no dice nada en cuanto a dotarnos de un fondo de reserva para el futuro.

Día a día el maná cayó;
la lección aprender pueda yo.

De esta misma manera vendrán a nosotros nuestros sermones —frescos desde el Cielo— cuando se requiera. Tengo mucho celo de que nada impida la diaria dependencia de ustedes del Espíritu Santo; por tanto, manifiesto la opinión que acabo de darles. A ustedes, mis jóvenes hermanos, me siento seguro diciéndoles con autoridad que dejen los intentos ambiciosos de programar complicadas series de mensajes para hombres de más edad y habilidad. Solo poseemos una pequeña porción de oro y plata intelectual, invirtamos nuestro pequeño capital en bienes provechosos que tengan fácil salida y dejemos a los mercaderes más ricos el comercio de artículos más caros y embarazosos. No sabemos qué dará de sí el día; por tanto, esperemos la enseñanza cotidiana y no hagamos nada que pueda impedirnos utilizar los materiales que tal vez la providencia ponga en nuestro camino hoy o mañana.

Tal vez te preguntes si debes predicar acerca de *pasajes que otras personas han escogido para ti y te piden que trates*. Mi respuesta sería: Como regla, *jamás* lo hagas; y si ha de haber excepciones, que sean pocas. Permíteme recordarte que no regentas un establecimiento donde los clientes pueden entrar y hacer sus pedidos. Cuando un amigo te sugiere algún tema, medítalo y considera si es apropiado y si viene a ti con poder. Recibe cortésmente la petición, como es tu deber hacerlo como caballero y como cristiano; pero si el Señor a quien sirves no arroja su luz sobre el texto bíblico en cuestión, no prediques acerca del mismo por mucho que te intenten convencer.

Tengo la plena certeza de que si esperamos en Dios para recibir los temas de nuestra predicación, y decidimos orar para ser correctamente guiados, se nos dirigirá en el camino debido. Pero si estamos envanecidos con la idea de que podemos escoger fácilmente por nosotros mismos, descubriremos que hasta en la elección de temas, sin Cristo, no podemos hacer nada. Espera en el Señor; oye lo que él te hable; recibe directamente la palabra de la boca de Dios; y, luego, ve adelante como un embajador recién salido de la corte celestial: «Sí —te digo—, espera al Señor».

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 7

La espiritualización

Muchos que escriben acerca de la homilética condenan en términos desmedidos aun la espiritualización ocasional de un texto bíblico[1]. «Escoge pasajes —nos dicen— que proporcionen un claro sentido literal, y no te aventures nunca más allá del significado obvio del texto: no te permitas nunca la acomodación o la adaptación, ya que ese es un artificio de hombres de cultura artificial, un truco de embaucadores, una exhibición miserable de mal gusto y desvergüenza». Al que honra, démosle honra; pero yo, humildemente, pido licencia para disentir de esta erudita opinión por considerarla más quisquillosa que correcta, más aparente que verdadera[2]. Se puede hacer mucho y auténtico bien escogiendo de vez en cuando algunos pasajes olvidados, curiosos, notables y poco comunes; y estoy convencido de que si apelamos a un jurado de predicadores prácticos y exitosos que no sean teóricos, sino hombres que realmente trabajan en la obra, la mayoría se decantarán a nuestro favor. Tal vez los rabinos eruditos de esta generación sean demasiado sublimes y celestiales para condescender con hombres de baja condición; pero nosotros, que no tenemos una gran cultura, ni un saber profundo, ni una seductora elocuencia de que alardear, hemos estimado sabio el emplear el método mismo que los personajes importantes han proscrito, ya que nos parece una de las mejores maneras de evitar la rutina del aburrido formalismo y nos proporciona una especie de sal para dar

[1] «La predicación alegórica deteriora el gusto y aprisiona la comprensión tanto del predicador como de los oyentes» (Adam Clarke).

La regla de Wesley es mejor: «No te excedas en alegorizar o espiritualizar».

[2] ¿Qué otra cosa, por ejemplo, si no la mera quisquillosidad o algo peor podría hacer que M. Athanase Coquerel escribiera críticas como estas: «Para nosotros, los cristianos, el sacerdocio universal y supremo del Hijo no se encomia en absoluto asemejándolo al pontificado de Melquisedec; y nuestra peregrinación hacia la patria celestial bajo el liderazgo de Jesús se parece muy poco a aquella de Israel hacia la Tierra Prometida guiados por Josué, a pesar de la identidad de los nombres». «Hay gran cantidad de pasajes que se prestan con maravillosa facilidad a esta interpretación, que no es tal. '¡Señor, sálvanos, que perecemos!', exclamaron los apóstoles cuando la tormenta sobre el mar de Galilea amenazaba con hacer naufragar su barca. '¿Quieres ser sano?', le dijo Cristo al paralítico de Betesda. Sentimos cuán fácil es alegorizar estas palabras; lo cual se ha hecho un millar de veces y quizá no haya predicador —especialmente en un día como este, de pobreza en el estudio de los textos o en la maduración de bosquejos—, que se niegue la licencia a emplear tal recurso, tanto más seductor cuanto que es extremadamente sencillo. Yo escribí un largo sermón acerca de la invitación de Moisés a su suegro Hobab —o Jetro— en Números 10:29: 'Nosotros partimos para el lugar del cual Jehová ha dicho: Yo os lo daré. Ven con nosotros'. La división ya estaba hecha, comenzando con un preámbulo histórico. Este lugar es el Cielo —continuaba diciendo—; solo el Señor nos lo da como patria; y el verdadero creyente dice a cada uno de sus hermanos: 'Ven con nosotros' [...]. Aún tengo que perdonarme el haber escrito y aprendido de memoria treinta cuartillas escritas acerca de este tema».

Si M. Coquerel no hubiera sido responsable de faltas más grandes que esta, sería un ministro mucho mejor de lo que lo es actualmente.

sabor a la verdad difícil de asimilar.

A muchos grandes ganadores de almas les ha parecido apropiado dar un estímulo a su ministerio, y despertar la atención de sus congregaciones, abriendo de vez en cuando sendas por las que hasta el momento no se había transitado. Y la experiencia no les ha enseñado que estaban equivocados, sino todo lo contrario. Queridos hermanos, no tengan miedo —dentro de ciertos límites— de espiritualizar o exponer pasajes singulares. Sigan buscando textos bíblicos y, no solo comuniquen el sentido literal de los mismos —como deben hacer—, sino extraigan también de ellos otros significados que tal vez no se hallen tan en la superficie. Den al consejo la importancia debida, pero les recomiendo encarecidamente que demuestren a los sutilísimos críticos que no todos adoran esa estatua de oro que ellos han levantado. Les aconsejo que empleen la espiritualización dentro de ciertos límites y contornos, pero les ruego que no se lancen, bajo la excusa de seguir esta recomendación, a incesantes y poco juiciosas «imaginaciones», como las llamaría George Fox. No se ahoguen por el hecho de que les hayan recomendado bañarse, ni se cuelguen de una encina porque el tanino constituye un eficaz astringente. Las cosas permisibles llevadas al extremo se convierten en vicios: al igual que el fuego es un buen servidor cuando está en la chimenea, pero un mal amo cuando arde con furia en una casa en llamas. Aun una cosa buena en demasía, harta y desagrada; y no hay caso más claro de esto que el que ahora nos ocupa.

La primera norma que debemos observar es: *No violentes un pasaje espiritualizándolo de manera ilegítima*. Hacerlo supone un pecado contra el sentido común. ¡Qué terriblemente han lacerado y mutilado la Palabra de Dios cierta banda de predicadores que han puesto en el potro de tortura algunos textos para hacerles revelar aquello que, de otro modo, los textos en cuestión jamás habrían dicho. El Sr. Slopdash, del que nos habla Rowland Hill en sus *Village Dialogues* (Diálogos pueblerinos), es solo un ejemplo entre una numerosa generación. A ese ilustre personaje se le describe disertando acerca de aquella frase tomada del sueño del panadero de Faraón que dice: «Veía tres canastillos blancos sobre mi cabeza…». ¡Basándose en esto, «el tontaina tres veces ungido» —como diría cierto amigo mío— hablaba acerca de la doctrina de la Trinidad! Un querido ministro de Cristo, hermano excelente y venerable, y de los mejores maestros del condado, me contó que cierto día echó en falta en la iglesia a un labrador y a su esposa, y el hecho se repitió domingo tras domingo. Hasta que un lunes, encontrándose con el marido en la calle, le dijo:

—John, no te he visto recientemente.

—No, señor —respondió aquel—: no parecía que estuviéramos sacando tanto provecho de su ministerio como antes. —Siento de veras oír eso, John.

—Bueno, a mí y a mi señora nos gustan las doctrinas de la gracia y, por eso, hemos estado yendo a escuchar al Sr. Bawler últimamente.

—¿Ah, te refieres a ese buen hombre del Encuentro del Calvinismo Elevado?

—Sí, señor, y estamos *contentísimos*. Allí sí que recibimos buen alimento… ¡excelente! Casi nos estábamos muriendo de hambre bajo su ministerio: aunque yo siempre le respetaré como hombre.

—Muy bien, amigo; naturalmente, debes ir adonde recibas buen alimento para tu alma. Solo espero que lo sea de verdad. ¿Qué te dieron el domingo pasado?

—¡Oh, pasamos un rato de lo más estimulante! Por la mañana tuvimos… No creo querer decírselo,

sin embargo… ¡pero lo pasamos maravillosamente!

—Muy bien, ¿pero en qué consistió, John?

—Bueno, mire, el Sr. Dawler nos introdujo con gran bendición a ese pasaje que dice: «Cuando te sientes a comer con algún señor […], pon cuchillo a tu garganta, si tienes gran apetito».

—¿Y qué enseñanza sacó del mismo?

—Bueno, no puedo decirle lo que él sacó del versículo; en primer lugar me gustaría saber lo que usted hubiera dicho.

—Pues, no lo sé, John; en primer lugar, no creo que hubiera escogido ese pasaje. Pero si hubiese tenido que hablar acerca del mismo, habría dicho que una persona dada a mucho comer y beber debería tener cuidado en la compañía de grandes hombres o echaría por tierra su reputación. La glotonería es ruinosa aun en esta vida.

—¡Ah —dijo el hombre—, esa es su manera de interpretarlo como letra muerta! Como le dije a mi señora el otro día, desde que escuchamos al Sr. Bawler, la Biblia se ha abierto de tal manera para nosotros que podemos ver mucho más en ella de lo que solíamos.

—Muy bien, ¿pero qué dijo el Sr. Bawler acerca de ese texto?

—Pues dijo que un hombre de gran apetito es un converso reciente, que seguramente tiene un hambre voraz de predicación y quiere comida en todo momento, pero que no siempre es exigente en cuanto a la clase de comida.

—¿Y qué más, John?

—Dijo que si ese converso reciente se sentara delante de algún señor —es decir, de un predicador legalista o un hombre cuya fe se basa en las obras—, sería malo para él.

—¿Pero qué me dices acerca del cuchillo, John?

—Pues el Sr. Bawler dijo que es muy peligroso escuchar a predicadores legalistas y que ello, con toda seguridad, echaría a perder al hombre en cuestión, ¡por lo que igual le daría a este cortarse el cuello de inmediato!

Supongo que el tema habrá sido «los perniciosos efectos que tiene para los nuevos cristianos el escuchar a cualquier predicador que no sea de la escuela hipercalvinista»; y la moraleja del mismo, que antes que ir a escuchar a su antiguo pastor, ese hermano haría mejor en cortarse el cuello. ¡Esto resultaba ser bastante conveniente! Oh críticos, entregamos a sus dientes afilados a esa clase de caballos muertos para que los desgarren y devoren, no los reprenderemos por ello.

Hemos oído de otro de esos acróbatas que expresaba su opinión acerca de Proverbios 21:17: «Hombre necesitado será el que ama el deleite, y el que ama el vino y los ungüentos no se enriquecerá». Los Proverbios son un campo favorito de diversión para estos espiritualizadores. Nuestro ilustre personaje despachó el proverbio en cuestión de esta manera: «‘El que ama el deleite’ —es decir, el cristiano que disfruta de los medios de gracia—, será ‘un hombre necesitado’ —a saber, ‘pobre en espíritu’—; y ‘el que ama el vino y los ungüentos —quien goza del vino y de la unción del evangelio— no se enriquecerá’: es decir, no será rico en su propia estimación». Señalar la excelencia de los pobres en espíritu y cómo disfrutarán estos de los deleites del evangelio es un noble empeño; pero mis carnales ojos no logran descubrir tal cosa en ese texto bíblico. Todos ustedes han oído hablar de la famosa interpretación que hacía William Huntingdon del pasaje de Isaías 11:8: «Y el niño de

pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora». «'El niño de pecho —a saber, el bebé en la gracia— jugará sobre la cueva del áspid'. El 'áspid' es el arminiano y 'la cueva del áspid', la boca del arminiano». Y luego se enumeran aquellos juegos en que las mentes sencillas superan a la sabiduría arminiana. Los que profesan esa otra escuela teológica, por lo general, han tenido el sentido común de no devolver el cumplido; de otro modo, los antinomianos podrían haberse visto comparados con las víboras, al tiempo que sus oponentes los desafiaban jactanciosamente a la boca de sus cavernas. Semejantes insultos solo dañan a quienes los utilizan, y las discrepancias teológicas se exponen y defienden de maneras más apropiadas que con esas bufonadas.

La pura estupidez inflada de engreimiento a veces produce unos resultados ridículos. Baste como un ejemplo de ello lo siguiente…

Cierto ministro respetable me contó el otro día que había estado predicando últimamente a su congregación acerca de los veintinueve cuchillos de Esdras; y, aunque estoy seguro de que habrá manejado esos afilados instrumentos con prudencia, no pude refrenarme de decirle que esperaba que no habría imitado a aquel intérprete tan sabio que vio en ese número impar de cuchillos una referencia a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis.

Hay un pasaje en Proverbios que dice: «Por tres cosas se alborota la tierra, y la cuarta ella no puede sufrir: por el siervo cuando reina; por el necio cuando se sacia de pan; por la mujer odiada cuando se casa; y por la sierva cuando hereda a su señora». Pues cierto espiritualizador irremediable afirma que se trata de un cuadro enternecedor de la obra de la gracia en el alma, y que señala aquello que inquieta a los arminianos y los revoluciona: «'El siervo cuando reina' —a saber, pobres siervos como nosotros cuando se nos hace reinar con Cristo—; 'el necio cuando se sacia de pan'[3] —es decir, pobres hombres estúpidos como nosotros cuando se nos alimenta con el trigo más refinado de la verdad evangélica—; 'la mujer odiada cuando se casa' —o lo que es lo mismo, un pecador cuando queda unido con Cristo—; y 'la sierva cuando hereda a su señora': a saber, cuando unas pobres siervas como nosotros, que estábamos bajo la ley y éramos esclavas, somos hechas partícipes de los privilegios de Sara y llegamos a ser herederas de nuestra propia ama». He aquí algunos espécimenes de curiosidades eclesiásticas, tan numerosas y valiosas como las reliquias que se juntan todos los días en tan grandes cantidades en el campo de batalla de Waterloo, y que son aceptadas por los más ingenuos como tesoros inapreciables.

Pero ya les he empachado bastante con estas cosas, y no quiero desperdiciar más de su tiempo. ¡De toda esa vulgar absurdidad les amonesto que se aparten! Tales divagaciones deshonran la Biblia, son un insulto al sentido común de los oyentes y constituyen una deplorable depreciación del ministerio. No obstante, esto se parece tanto a la espiritualización que yo les aconsejo como el cardo del Líbano al cedro que crece en ese mismo país. Eviten esos jugueteos infantiles y esa vergonzosa manipulación de los textos bíblicos que pueden convertirles en sabios entre los necios pero necios entre los sabios.

Nuestra segunda regla es *no espiritualizar nunca acerca de temas poco delicados*. Es necesario decir esto, porque la familia Slopdash jamás se encuentra tan a gusto como cuando habla para sacarle los colores a la modestia. Hay una clase de escarabajos que se crían en la inmundicia, y esta criatura tiene

[3] ¿No podría aplicarse esto con propiedad a los oyentes saciados con tales estupideces?

su equivalente entre los hombres. Recuerdo en este momento a un «picante» ministro que se explayaba con asombroso deleite, y con una sensual unción, acerca de la concubina cortada en diez pedazos; el propio Greenacre[4] no lo hubiera hecho mejor. ¡Qué cosas tan abominables se han dicho acerca de algunos de los símiles más duros y horripilantes de Jeremías y Ezequiel! Allí donde el Espíritu Santo es casto y se esconde tras un velo, estos hombres han arrancado el velo y hablado como solo las lenguas perversas se atreverían a hacerlo. No soy en absoluto remilgado (lejos de ello), pero explicar el nuevo nacimiento con analogías sugeridas por una enfermera posparto, las exposiciones acerca del rito de la circuncisión y las descripciones detalladas de la vida conyugal me irritarían y harían que me inclinara, como Jehú, a ordenar que se arrojara de su exaltada posición al desvergonzado que con tan descarada impudencia había deshonrado la misma[5].

Ya sé que suele decirse: «*Honit soit qui mal y pense*» (caiga el mal sobre quien mal piense); pero yo afirmo que, desde el púlpito, no debería someterse a ninguna mente pura a la más leve brisa de indelicadeza. La mujer del César debe estar fuera de toda sospecha, y los ministros de Cristo no han de tener la más mínima mota de polvo en sus vidas ni exhibir la más pequeña mancha en su forma de hablar. Caballeros, los besos y abrazos en que se deleitan algunos predicadores resultan repulsivos: mejor sería dejar en paz el Cantar de los Cantares que arrastrarlo al lodazal como tantas veces se hace. Los hombres jóvenes, en especial, deben ser escrupulosa y celosamente modestos, y puros en sus palabras: a un viejo se le perdona —aunque yo no entienda muy bien por qué—, pero para el joven es totalmente inexcusable que sobrepase el estricto límite de la delicadeza.

Seguidamente —y en tercer lugar—, *jamás espiritualices para demostrar lo extraordinariamente listo que eres*. Una intención semejante sería perversa, y el método utilizado insensato. Solo un egregio papanatas tratará de que se le reconozca por hacer aquello que nueve de cada diez personas serían capaces de hacer. Cierto ministro en período de prueba predicó una vez acerca de la palabra «pero», esperando así ganarse a la congregación, la cual —pensaba él— quedaría embelesada con las aptitudes de un hermano capaz de extenderse tan maravillosamente sobre una mera conjunción. Al parecer, su tema era que cualquier cosa buena que pueda haber en el carácter de un hombre o admirable en su posición, conllevará indudablemente aparejada alguna dificultad o prueba aplicable a todos nosotros: «Naamán [...] era varón grande delante de su señor [...], pero...».

Cuando el orador bajó del púlpito, los diáconos le dijeron: «Caballero, nos ha dado usted un singular sermón, *pero*... no es el hombre apropiado para el puesto; eso podemos verlo con mucha claridad». ¡Qué pena de ingenio cuando se hace tan corriente y, además, les pone un arma en la mano a tus propios adversarios! Recuerden que la espiritualización no consiste en un despliegue tan maravilloso de ingeniosidad (aunque sean ustedes capaces de desempeñarse muy bien haciéndolo), y que ésta utilizada sin discreción es el método más seguro para revelar la egregia insensatez del predicador. Caballeros, si aspiran a imitar a Orígenes en sus exageradas y osadas interpretaciones, harían bien en leerse su biografía y reparar con atención en las locuras a que fue arrastrada su

[4] James Greenacre, ejecutado en Newgate (Inglaterra) el 2 de mayo de 1837, por asesinar y mutilar a una mujer. (N. T.).

[5] South no es siempre decente, y si hubiera sido un disidente lo habrían expulsado de su posición por vulgaridad. Su genio es indiscutible, pero podría haberse lavado la boca.

maravillosa mente por permitir que la extravagancia usurpara la autoridad absoluta sobre su propio juicio. Y si quieren rivalizar con los vulgares oradores de generaciones pasadas, permítanme recordarles que el gorro con cascabeles ya no despierta el mismo favor que recibía hace algunos años.

Nuestra tercera amonestación es: *Nunca perviertas la Escritura* para darle un significado novedoso y supuestamente espiritual; no sea que te hagas acreedor a esa solemne maldición con que se protege y concluye el rollo inspirado. El Sr. Cook, de Maidenhead, se sintió obligado a separarse de William Huntingdon por interpretar este último el séptimo mandamiento como Dios hablándole a su Hijo y diciéndole: «No codiciarás la esposa del diablo; a saber, a los no elegidos». Uno no puede por menos de exclamar: ¡Horrible! Tal vez sería un insulto para tu razón y tu religión el que se te dijera que debes aborrecer el pensamiento de semejante blasfemia, ya que instintivamente te retraes de la misma.

Y vuelvo a repetir: *En ningún caso permitas que tu auditorio olvide que las narraciones que tú espiritualizas son hechos reales* y no meros mitos o parábolas. Nunca debes ahogar el significado primero del pasaje en la corriente de tu imaginación, sino que has de declararlo con nitidez y permitirle ocupar el primer plano. La acomodación que hagas del mismo jamás deberá excluir su sentido original y propio o relegarlo siquiera al trasfondo. La Biblia no es una recopilación de ingeniosas alegorías o instructivas tradiciones poéticas, sino que enseña hechos literales y revela realidades imponentes. Que tu persuasión absoluta de esta verdad sea patente a todos los que reciben tu ministerio. Sería terrible para la Iglesia que los predicadores parecieran respaldar la hipótesis escéptica de que la Sagrada Escritura no es más que un refinado relato mitológico que contiene ciertos glóbulos de verdad disueltos en un mar de detalles poéticos e imaginarios.

Sin embargo, hay un campo legítimo para la espiritualización; o, más bien, para ese don particular que lleva a los hombres a espiritualizar[6]. Por ejemplo: a menudo les hemos mostrado que *los tipos* aportan una gran variedad para el ejercicio de un ingenio santificado. ¿Por qué has de ir buscando por ahí «odiosas mujeres» acerca de las cuales predicar cuando tienes delante el Tabernáculo en el desierto con todo su mobiliario sagrado, el holocausto, la ofrenda de paz y tantos sacrificios diversos como se ofrecían a Dios? ¿Por qué buscar afanosamente lo novedoso cuando se te pone delante el Templo con todos sus elementos gloriosos?[7] La más amplia capacidad de interpretación tipológica encontrará abundante material en los indubitables símbolos de la Palabra de Dios, y entregarse a un ejercicio así será seguro, ya que dichos símbolos han sido divinamente ordenados.

Y cuando hayas agotado todos los tipos del Antiguo Testamento, aún te quedará la herencia de miles de *metáforas*. En su laborioso tratado, Benjamín Keach desvela de la manera más práctica las minas de verdad que se ocultan en las metáforas de la Escritura. Dicho sea de paso, su trabajo se presta a muchas críticas por el hecho de que las metáforas no solo corran sobre cuatro patas, sino sobre tantas como tiene un ciempiés, pero no merece la condena que le hace el Dr. Adam Clarke cuando dice que ha contribuido más a rebajar el gusto —tanto de los predicadores como de la gente— que ninguna

[6] Los hombres desprovistos de fantasía o humor negarán que esto sea así, del mismo modo que las águilas podrían discutir la legitimidad de que las moscas se remontaran en el aire; sin embargo, así como las golondrinas han sido creadas para esto, en algunos hombres el ejercicio de una piadosa imaginación es un rasgo principal de su constitución.

[7] Samuel Mather sigue siendo una autoridad normativa en esta ciencia; recomendamos su obra al estudiante.

otra obra de su género. Una explicación discreta de las alusiones poéticas de la Sagrada Escritura será muy aceptable para tu congregación y, con la bendición de Dios, bastante provechosa.

Pero supongamos que has expuesto todos los tipos generalmente aceptados y has arrojado luz sobre las alegorías y el lenguaje figurado, ¿deben entonces cesar tu fantasía y tu deleite en las similitudes? ¡En absoluto! Cuando el apóstol Pablo descubre un misterio en Melquisedec y, hablando acerca de Agar y Sara, dice: «Lo cual es una alegoría…», sienta un precedente para que nosotros veamos *alegorías* bíblicas en otros lugares, además de en los dos ya mencionados. En realidad, los libros históricos no solo nos proporcionan algunas alegorías aquí y allá, sino que parecen estar de tal manera dispuestos en su conjunto que nos transmitan una enseñanza simbólica. El siguiente pasaje del prefacio de la obra de D. Andrew Jukes acerca de los tipos en Génesis demostrará cómo una mente devota puede elaborar, sin ejercer violencia alguna, una teoría de lo más detallada acerca de los mismos:

> Como base o fundamento de lo que sigue se nos enseña, primeramente, lo que brota del hombre y todas las diferentes formas de vida que, ya sea por naturaleza o por gracia, pueden surgir de la raíz del viejo Adán. Este es el libro de Génesis. Luego vemos que, ya sea bueno o malo lo que ha surgido de Adán, tiene que haber redención: así, pues, el pueblo elegido es salvado de Egipto por la sangre del Cordero. Este es el libro de Éxodo. Después de conocida la redención, llegamos a la experiencia de los elegidos necesitados de acceso al Dios redentor y que aprenden cómo obtener dicho acceso, en el Santuario. Este es Levítico. Luego, en el desierto de este mundo —como peregrinos salidos de Egipto, la casa de servidumbre, que van a la Tierra Prometida allende el Jordán— se aprende qué pruebas comporta el viaje desde esa tierra maravillosa y de sabiduría humana hacia aquella otra que fluye leche y miel. Este es el libro de Números. Y, a continuación, surge el deseo de cambiar el desierto por la tierra mejor, de entrar en la cual los elegidos se retraen aún por un período de tiempo después de haber conocido la redención. Así se da respuesta al deseo de los elegidos, en una determinada etapa, de experimentar el poder de la resurrección, de vivir aun ahora en los lugares celestiales. Seguidamente, vienen las reglas y los preceptos que hay que obedecer para que esto suceda. Deuteronomio, una segunda promulgación de la ley —una segunda limpieza— nos enseña la forma de progresar; después de lo cual ciertamente se alcanza Canaán. Pasamos el Jordán: conocemos prácticamente la muerte de la carne y lo que supone ser circuncidados, y vernos libres del oprobio de Egipto. Ahora sabemos lo que es haber sido resucitados con Cristo y luchar, no contra carne y sangre, sino contra principados y potestades en las regiones celestes. Este es el libro de Josué. Luego viene el fracaso de los elegidos en las regiones celestes; fracasos causados por hacer alianzas con los cananeos en lugar de derrotarlos. Este es el libro de Jueces. A continuación, en los libros de los Reyes, se pasa revista a las diferentes formas de gobierno que la Iglesia pueda conocer: desde la primera instauración de dicho gobierno en Israel, hasta su extinción; cuando por causa de los pecados de los elegidos el gobierno de Babilonia prevalece sobre el suyo propio. Cuando se conoce esto en toda su vergüenza, descubrimos a los remanentes de los elegidos haciendo, cada uno según su medida, lo que puede hacerse para, si es posible, restaurar a Israel. Algunos, como Esdras, volviendo para edificar el Templo; es decir, para restaurar las formas de la verdadera adoración. Y algunos otros, como Nehemías, subiendo para reconstruir el muro; a saber, para reestablecer, con el permiso de los gentiles, una exigua imitación de las prácticas antiguas. Mientras que un tercer remanente se ve esclavizado, como en el libro de Ester, pero es fiel y resulta providencialmente salvado; aunque el nombre de Dios (lo cual es característico del estado en que se encuentran) no aparezca en todo

el relato.

Yo no recomendaría en modo alguno que fueran ustedes tan imaginativos como lo es algunas veces el ingenioso autor que acabo de citar —con su gran tendencia al misticismo—; no obstante, leerán la Palabra con mucho más interés si son lectores lo suficientemente avezados como para haber reparado en el curso general de los libros de la Biblia y en su sucesión como sistema tipológico.

Luego, asimismo, esa facultad que deriva en la espiritualización, se empleará provechosamente *para generalizar los grandes principios universales que se desprenden de los hechos pequeños y separados*. Este es un empeño ingenioso, instructivo y legítimo. Tal vez no decidas predicar acerca de la frase «Tómala por la cola», pero el comentario a que da pie esa cita resulta bastante natural: «Hay una forma de tomar cada cosa». Moisés tomó por la cola a la serpiente, e igualmente existe una manera de echar mano a nuestras aflicciones y comprobar que estas se transforman en rígidas varas obradoras de milagros; hay una forma de esgrimir las doctrinas de la gracia; una manera de enfrentarse a los hombres impíos; etc. Puedes encontrar, en cientos de incidentes escriturarios, otros tantos principios generales que en ningún otro sitio se expresan con esas mismas palabras. Considera los siguientes ejemplos del Sr. Jay…

Basándose en el Salmo 74:14, que dice: «Magullaste las cabezas del leviatán, y lo diste por comida a los moradores del desierto», enseña la doctrina de que los mayores enemigos del pueblo peregrino de Dios serán muertos y el recuerdo de la misericordia alentará a los santos. Partiendo de Génesis 35:8: «Entonces murió Débora, ama de Rebeca, y fue sepultada al pie de Bet-el, debajo de una encina, la cual fue llamada Alón-bacut», diserta acerca de los buenos siervos y de la certidumbre de la muerte. Utilizando 2 Samuel 15:15: «Y los siervos del rey dijeron al rey: He aquí, tus siervos están listos a todo lo que nuestro señor el rey decida», explica que los cristianos pueden adoptar con propiedad esa forma de hablar y dirigírsela a Cristo. Si alguien se ofendiera por la forma de espiritualizar que practicaba el Sr. Jay tan eficiente y juiciosamente, sería una persona cuya opinión no debería influirles a ustedes en lo más mínimo. Yo me he tomado la libertad de hacer lo mismo, según mi propia capacidad, y los bosquejos de muchos sermones de ese tipo pueden encontrarse en mi obrita titulada *Lecturas vespertinas* y, en menor medida, en su compañera *Lecturas matutinas*.

Un ejemplo notable de buen sermón sobre una base forzada e injustificable es el de Everard, en su *Gospel Treasury*, acerca de Josué 15:16, 17: «Y dijo Caleb: Al que atacare a Quiriat-sefer, y la tomare, yo le daré mi hija Acsa por mujer. Y la tomó Otoniel, hijo de Cenaz hermano de Caleb, y él le dio su hija Acsa por mujer». Aquí, el curso de las palabras del predicador se basa en la traducción de los nombres propios hebreos; de tal manera que Everard hace que el versículo diga: «Un buen corazón dijo: A quienquiera que atacare y tomare la ciudad de la letra le daré la rasgadura del velo; y Otoniel lo tomó como el momento apropiado de Dios y la oportunidad, y se casó con Acsa —es decir, se benefició de la rasgadura del velo—, por lo que experimentó la bendición tanto de las fuentes de arriba como de las de abajo». ¿Acaso no había mejor manera de enseñar que hemos de buscar el significado íntimo de la Escritura y no quedarnos en las meras palabras o la letra del Libro?

La exposición y aplicación de *las parábolas* de nuestro Señor proporcionan el campo más amplio para el ejercicio de una fantasía disciplinada y madura; y, si ya las has considerado todas, aún te

quedan *los milagros*, con su riqueza de enseñanza simbólica. Es indudable que los milagros constituyen la escenificación de los sermones de nuestro Señor Jesucristo: cuentas con sus «sermones hablados» —con su inigualable enseñanza— y con sus «sermones expresados en hechos», que sus actos sin par nos proporcionan. A este respecto —a pesar de sus muchos fallos doctrinales— encontrarás los escritos de Trench acerca de los milagros sumamente útiles. Todas las obras poderosas de nuestro Señor están cargadas de enseñanza. Considera, por ejemplo, el relato de la sanidad del hombre sordo y tartamudo. Las enfermedades de aquella pobre criatura son eminentemente sugestivas de la condición perdida del hombre, y el proceder de nuestro Señor ilustra, de la manera más instructiva, el plan de salvación: «Y tomándole [Jesús] aparte de la gente [hay que hacer consciente al alma de su propia personalidad e individualidad, así como conducirla a la soledad], metió los dedos en las orejas de él [indicando cuál es la fuente del problema y convenciendo a los pecadores de su estado], y escupiendo [el evangelio es un medio sencillo y despreciado, y el pecador, a fin de obtener la salvación, debe humillarse para recibirlo], tocó su lengua [al señalar más aún dónde reside el mal, nuestro sentimiento de necesidad se acrecienta]; y levantando los ojos al cielo [Jesús le recuerda a su paciente que toda fuerza debe venir de arriba, esta es una lección que cada buscador tiene que aprender], gimió [indicando que el medio para nuestra sanidad son los sufrimientos del Sanador], y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto [esta es la palabra eficaz de gracia que obró una cura inmediata, perfecta y duradera]». Aprendan todos ustedes de esta exposición, y crean siempre que los milagros de Cristo son una gran galería de cuadros que ilustran su obra entre los hijos de los hombres.

Un consejo, sin embargo, para todos aquellos que manejan ya sean las parábolas o las metáforas: moderación. El nombre del Dr. Gill siempre debe mencionarse con honor y respeto en esta casa, donde aún se halla su púlpito; pero su exposición de la parábola del Hijo Pródigo me parece tristemente absurda en algunos de sus puntos. ¡El erudito comentarista nos dice que «el becerro gordo» era el Señor Jesucristo! Realmente nos estremecemos cuando vemos llevar a ese extremo la espiritualización. Luego está su exposición acerca del Buen Samaritano: la bestia sobre la cual se colocó al hombre herido era, de nuevo, Jesús nuestro Señor, y los dos denarios que el Buen Samaritano le dio al posadero son el Antiguo y el Nuevo Testamentos, o las ordenanzas del bautismo y la cena del Señor.

A pesar de esta advertencia, pueden ustedes conceder bastante libertad para la espiritualización a ciertos hombres que poseen un temperamento poético fuera de lo común, como le sucede a John Bunyan. ¿Han leído alguna vez la espiritualización que hace Bunyan del templo de Salomón? Es una interpretación de lo más extraordinaria, y aun en aquellos puntos en que resulta un poco forzada está llena de devota ingeniosidad. Tomen como ejemplo una de sus explicaciones más exageradas, y vean si se puede mejorar. Se trata de aquella que habla de «Las Hojas de la Puerta del Templo».

> Las *hojas* de este portón o puerta —como te he dicho antes— estaban *plegadas*; de modo que —ya lo hemos insinuado— hay algo significativo en ellas: porque, a causa de esto, un hombre, especialmente *un joven discípulo*, podía fácilmente equivocarse pensando que todo el pasadizo se encontraba abierto, cuando solo una parte del mismo lo estaba y las otras tres partes podían permanecer ocultas de sus ojos. Porque esas puertas, como antes expliqué, no se habían aún abierto del todo —quiero decir en el *antitipo*—: jamás hombre alguno había visto todas las riquezas y la plenitud que hay en Cristo. Por eso

digo que un *recién llegado*, si juzgara por lo que podía ver en aquel entonces —especialmente si tenía poca visión—, era muy fácil que se equivocara; por lo cual, los tales, en su mayor parte, tienen un miedo atroz de no poder entrar jamás por esas hojas. ¿Cómo sabes tú, joven neófito, que no sucede lo mismo con tu alma? ¡Del mismo modo, a ti te parece que eres demasiado voluminoso, reconociéndote como un enorme y *panzudo* pecador! ¡Pero no temas, pecador! Las puertas son *puertas plegables* y pueden abrirse más, y más aún, después de eso. Por lo cual, cuando llegues a ese portón e imagines que no hay suficiente espacio para entrar, *llama y la puerta se te abrirá de par en par*, recibiéndote adentro (Lc. 11:9; Jn. 6:37). De modo que, seas quien seas, has llegado a esa puerta de la que la entrada del Templo era un tipo; no te fíes de tus primeras percepciones de las cosas, sino cree que hay gracia abundante. Aún no conoces lo que Cristo puede hacer: las puertas son *puertas plegables*. Él es *«poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos»* (Ef. 3:20). Te he dicho que los *goznes* en que se apoyaban esas puertas eran de oro, para indicar tanto que las mismas giraban sobre motivos e impulsos de *amor* como que sus aberturas eran *generosas*. La puerta hacia Dios se abre mediante bisagras de oro. Y los postes donde se apoyaban las puertas *eran de madera de olivo* —de ese *sustancioso* y *aceitoso* árbol—, indicando que dichas puertas jamás se abren con *renuencia* o indolentemente, como si sus goznes necesitaran ser engrasados. Siempre tienen *aceite*; de manera que se abren fácil y rápidamente para aquellos que llaman a ellas. Por eso puedes leer que quien mora en esta casa da generosamente, ama abundantemente y nos hace bien de todo su corazón: «Y me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, de todo mi corazón y de toda mi alma» (Jer. 3:12, 14, 22; 32:41; Ap. 21:6; 22:17). Por tanto, el óleo de la gracia, simbolizado por este olivo o estos *postes* de olivo sobre los cuales se apoyan las puertas, hace que estas últimas se abran franca y prontamente para el alma.

Cuando Bunyan expone el significado que tiene que las puertas estén hechas de ciprés, quién sino él hubiera podido decir lo que sigue: «El *ciprés* es también el hogar de la *cigüeña* —esa ave inmunda—, al igual que Cristo es un refugio y abrigo para los pecadores. En cuanto a la cigüeña, según el texto bíblico, el *ciprés* es su casa[8]; y Cristo dice a los pecadores que reconocen su necesidad de refugio: 'Venid a mí [...] y yo os haré descansar'. él es un refugio para los oprimidos, abrigo en tiempo de angustia (Dt. 14:18; Lv. 11:19; Sal. 104:17; 74:2–3; Mt. 11:27–28; He. 6:17–20)». En su «Casa del Bosque del Líbano», Bunyan está aún más perplejo, pero sale del apuro como ningún otro hombre hubiera podido hacerlo. Considera las tres hileras de 15 columnas cada una, un enigma demasiado profundo para él, y lo abandona; pero no sin antes hacer algunos intentos valientes por resolverlo. El Sr. Bunyan es el jefe, el principal y el señor de todos los alegoristas, y no hemos de seguirle hasta esas profundidades de explicación tipológica y simbólica. Él era un nadador; nosotros somos meros vadeadores que no debemos aventurarnos más allá de donde podemos hacer pie.

Me siento tentado, antes de acabar esta conferencia, de dar uno o dos bosquejos de espiritualizaciones de que tuve noticia durante mis primeros días en el ministerio. Jamás olvidaré un sermón predicado por cierto hombre, poco culto pero extraordinario, que era mi vecino cercano cuando vivía en el campo. Tomé las notas del mensaje de sus propios labios, y confío en que seguirán siendo solo notas y no se utilizarán nunca más para predicar en este mundo. El texto bíblico era: «El búho, la lechuza y el cuclillo»[9]. Puede que el mismo no les parezca tener demasiado material; a mí

[8] Salmo 104:17, LBLA. (N. T.).

[9] Deuteronomio 14:15, RV1909. (N. T.).

tampoco me lo pareció, por lo que ingenuamente le pregunté: «¿Y cuáles fueron sus encabezamientos?». A lo que me contestó con mucha malicia: «¿Encabezamientos? Pues, retuérzales el pescuezo a esos pájaros y enseguida tendrá tres: 'El búho, la lechuza y el cuclillo'». Me explicó que esas tres aves eran inmundas bajo la ley y constituían claros tipos de pecadores impuros. Las lechuzas representaban a las personas que roban a escondidas, así como que adulteran los artículos que venden y engañan a sus vecinos de manera solapada sin que se sospeche que son unos bribones. En cuanto a los búhos, significaban los borrachos, quienes se hallan siempre más despiertos por la noche, mientras que durante el día casi se dan de cabezazos contra algún poste de tan dormidos que están. También había búhos entre los que profesaban ser cristianos: el búho es un animal muy pequeño cuando está desplumado, solo parece grande por su espeso plumaje; asimismo, muchos que se dicen cristianos no son más que plumas y, si se les pudiera despojar de sus ostentosas profesiones, quedaría muy poco de ellos. Los cuclillos, por su parte, eran los miembros del clero, que siempre dan la misma nota cuando abren sus bocas en la iglesia y viven a costa de los huevos de otros pájaros con sus colectas y diezmos. Me parece que los cuclillos eran también aquellos que creían en el libre albedrío, cuyo repetitivo cucú consistía en decir: «Obras-obras…, obras-obras…». ¿No era eso exagerar demasiado las cosas? Sin embargo, en boca de quien pronunció el sermón, este no parecía en absoluto sorprendente o excéntrico.

Ese mismo hermano venerable predicó un sermón igualmente singular, pero mucho más útil y original. Aquellos que lo oyeron lo recordarán hasta el día de su muerte. Se basaba en el versículo: «El indolente ni aun asará lo que ha cazado». El entrañable anciano se apoyó sobre el púlpito y dijo: «Desde luego, hermanos, sí que era perezoso…» —ese fue el preámbulo; y, luego, siguió diciendo—: salió a cazar y, después de mucho esfuerzo, atrapó su liebre, pero fue demasiado haragán para asarla. ¡De veras que era perezoso!». El buen hombre hizo que nos diéramos cuenta de lo ridículo de aquella indolencia y, seguidamente, añadió: «Pero, si vamos a ello, probablemente ustedes sean tan censurables como ese hombre, porque hacen exactamente lo mismo. Cuando oyen que viene de Londres un conocido predicador, enganchan al carro sus caballos y viajan 15 o 30 km para escucharle; y, una vez que han oído el sermón, se olvidan de aprovecharlo. Cazan la liebre y no se alimentan de ella». A continuación siguió explicando que, así como la carne necesita cocerse para que el organismo pueda asimilarla —aunque creo que no utilizó esa palabra—, la verdad tiene que pasar por un proceso antes de que la mente la pueda recibir y nosotros nos alimentemos de ella y crezcamos. Dijo que explicaría cómo cocinar un sermón, y lo hizo del modo más instructivo. Comenzó como comienzan los libros de cocina: «En primer lugar, caza tu liebre». «Así que —expresó—, primeramente, consigue un sermón evangélico»; y añadió que muchos sermones no merecían ser cazados y que los buenos eran lamentablemente escasos y valía la pena viajar cualquier distancia para escuchar un mensaje calvinista sólido y tradicional. Luego, una vez cazado el sermón —debido a las deficiencias del predicador—, habría mucho que no sería provechoso y debería desecharse. Aquí se extendió acerca del discernir y juzgar lo que se oye y no creer todas las palabras de ningún hombre. Luego, vinieron las instrucciones en cuanto a cómo asar el sermón: ensártalo con el espetón de la memoria desde el comienzo hasta el final; hazlo girar sobre el asador de la meditación junto al fuego de un corazón verdaderamente ardiente y devoto; de ese modo, el sermón se asará y estará listo para proporcionar

un alimento espiritual verdadero. No he hecho sino darles el bosquejo; y, aunque pueda parecerles en cierto modo irrisorio, no lo consideraron así sus oyentes: estuvo lleno de alegorías y fue capaz de mantener la atención de la gente de principio a fin.

—¿Cómo está usted querido hermano? —le pregunté saludándolo cierta mañana—; me alegro de verlo tan bien a su edad.

—Sí, estoy en muy buena forma para ser un viejo —me respondió—, y no me siento en absoluto debilitado.

—Espero que conserve su buena salud por muchos años y que, al igual que Moisés, descienda a la tumba con la vista clara y el vigor entero.

—Todo eso está muy bien —dijo el anciano caballero—; pero, en primer lugar, Moisés nunca bajo a la tumba, sino que subió a ella. Y, en segundo lugar, ¿qué significa todo eso de lo que usted ha estado hablando? ¿Por qué sus ojos nunca se oscurecieron?

—Supongo —dije muy humildemente— que su manera natural de vivir y su espíritu sosegado le habían ayudado a conservar sus facultades y convertido en un anciano vigoroso.

—Muy probablemente —respondió él—; pero no es a eso a lo que me refiero: ¿Cuál es el significado, la enseñanza espiritual de todo ello? ¿Acaso no es que Moisés representa la ley y que el Señor le dio a esta un glorioso final en el monte de su obra terminada? ¡Con cuánta dulzura se relegan al sueño sus terrores con un beso de la boca del Señor! Y, por favor, observe que la razón por la que la ley no nos condena ya no es porque sus ojos estén oscurecidos y no pueda ver nuestros pecados, o porque haya perdido su vigor para maldecir y castigar, sino porque Cristo la ha llevado a la cima del monte y allí le ha dado un glorioso final.

Esa era su manera habitual de hablar y así era su ministerio. Paz tengan sus cenizas. En los primeros años de su vida había apacentado ovejas y, durante el resto, fue pastor de hombres. Como solía decirme, entre las unas y los otros, había descubierto que «los hombres eran los más mansos y tímidos». Los conversos que encontraron el camino al Cielo bajo su ministerio fueron tantos que, al recordarlos, nos sentimos como aquellos que vieron al cojo saltando por la palabra de Pedro y de Juan: aunque estaban dispuestos a criticar, «viendo al hombre que había sido sanado, que estaba en pie con [Pedro y Juan], no podían decir nada en contra».

Con esto termino, reafirmando la opinión de que, si nos conducimos con buen juicio y discreción, podemos utilizar ocasionalmente la espiritualización con beneficio para nuestras congregaciones. Ciertamente, con ella, interesaremos y mantendremos despiertos a los hermanos.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 8

La voz

Nuestra primera regla en cuanto a la voz sería la siguiente: *No pienses demasiado en ella*. Ya que el adquirir la voz más agradable no vale de nada si no se tiene algo que decir y, por muy bien que se module la misma, será como una carreta bien guiada pero sin nada dentro a menos que la utilices para comunicar verdades importantes y oportunas a tu congregación. Sin duda Demóstenes tenía razón cuando asignó el primer, el segundo y el tercer lugar a una buena pronunciación, ¿pero cuál sería su valor si la persona no tiene algo que pronunciar? El hombre con una voz sobremanera excelente, pero desprovisto de una cabeza bien informada y un corazón devoto, será «una voz que clama en el desierto» o, empleando la expresión de Plutarco, «*Vox et præterea nihil*» (una voz y nada más). Tal hombre puede destacar en el coro, pero resulta inútil en el púlpito. La voz de Whitefield, sin el fervor de su corazón, no habría dejado más efectos duraderos en sus oyentes que el violín de Paganini. Ustedes no son cantantes, sino predicadores: sus voces tienen solo una importancia secundaria; no sean necios en cuanto a ellas, ni se sientan impedidos por ellas, como les pasa a muchos. Las trompetas no tienen por qué ser de plata —un cuerno de carnero es suficiente—, pero sí necesitan poder soportar un duro uso: ya que están hechas para las guerras, no para los salones de la moda.

Por otro lado, *no tengas demasiado en poco tu voz*, ya que su excelencia puede contribuir grandemente a que obtengas el resultado que esperas producir. Reconociendo el poder de la elocuencia, Platón menciona el *tono* del orador: «El habla y el tono del orador resuena tanto en mis oídos —dice—, que solo al tercer o cuarto día me tranquilizo y percibo en qué parte del mundo estoy; luego, durante algún tiempo, tiendo a creer que vivo en las islas de los benditos». Algunas verdades de extremo valor pueden verse sumamente estropeadas si se expresan en un tono monótono. En cierta ocasión oí comparar a un ministro muy apreciado, pero que mascullaba lamentablemente, con «una humilde abeja dentro de un jarro». Sin duda una metáfora vulgar, pero tan descriptiva que en este momento me trae a la mente, de la manera más clara, ese monótono zumbido, y me recuerda esa parodia de la *Elegía* de Gray que dice:

Ahora desaparece de la vista
el reluciente tema,
y una quietud soñolienta llena el aire;
salvo allí donde, cual zumbido,
el vuelo del párroco se oye
y un adormecido tintineo arrulla
al rebaño amodorrado.

Es una pena que un hombre que exponía con fervor doctrinas indudablemente valiosas utilizando un lenguaje de lo más apropiado, se suicidara ministerialmente tañendo una sola cuerda, cuando el Señor le había dado un instrumento que tenía muchas para tocar. Lamentablemente, aquella pesada

voz zumbaba y zumbaba como una rueda de molino interpretando su monótona melodía, ya fuera que su dueño hablara del Cielo o del Infierno, de la vida eterna o de la ira perpetua. Podía variar, por accidente, de un poco más fuerte a un poco más suave, según la longitud de la frase, pero su tono era aún el mismo: un deprimente desperdicio de sonidos, un melancólico desierto de oratoria donde no había descanso posible, ni variedad, ni música; nada, salvo esa horrible monotonía.

Cuando el viento sopla en el arpa eólica se expande a través de todas sus cuerdas; pero el soplo celestial, al pasar a través de algunos hombres, se concentra en una sola cuerda y, las más de las veces, en la peor afinada de todas. Solamente la gracia podría capacitar a los oyentes para edificar bajo el sonido monótono de algunos ministros; creo que un jurado imparcial fallaría a su favor un veredicto de «adormecimiento justificado» en muchos casos, cuando el sonido que emana del predicador los arrulla por su reiterada nota. El Dr. Guthrie atribuye caritativamente el dormitar de determinada congregación escocesa, a la mala ventilación de la capilla. Esto tiene algo que ver con el asunto, pero una causa aún más poderosa para ello podría ser la mala condición de las válvulas de la garganta del predicador. Hermanos, por lo más sagrado, hagan sonar todo el carillón de su campanario y no molesten a sus congregaciones con el *ding-dong* de una pobre campana resquebrajada.

Al prestar atención a tu voz, *cuida de no caer en la afectación habitual y corriente de nuestros días*. En el púlpito, apenas hay un hombre entre una docena que hable como un hombre; y esta afectación no está limitada a los protestantes, ya que el abad Mullois comenta:

> Los hombres hablan en todos los demás sitios —en el tribunal y en la tribuna de oradores—, pero ya no lo hacen en el púlpito, donde solo nos encontramos con un lenguaje facticio y artificial y un tono falso. Esta forma de hablar únicamente se tolera en la iglesia, debido a que, por desgracia, está muy generalizada en ella. En cualquier otro lugar no se soportaría. ¿Qué se pensaría de un hombre que conversara de semejante manera en algún salón? Ciertamente causaría muchas sonrisas. Hace algún tiempo había un vigilante en el Panteón —a su manera un buen hombre— que, describiendo las bellezas de aquel monumento, adoptaba precisamente el tono de muchos de nuestros predicadores; y, con ello, nunca dejaba de despertar la risa de los visitantes, a quienes divertía tanto el estilo de su expresión como los objetos de interés que les estaba enseñando. No debería permitirse ocupar el púlpito a hombres que no se expresan con naturalidad y autenticidad: todo lo que es falso tendría que excluirse sumariamente, por lo menos, de ese lugar [...]. En estos tiempos de desconfianza habría que descartar todo aquello que es falso; y la mejor forma de corregirse uno mismo respecto a la predicación, sería escuchando frecuentemente a ciertos predicadores monótonos y vehementes. Saldríamos tan asqueados y horrorizados por su forma de expresarse que preferiríamos condenarnos a nosotros mismos al silencio antes que imitarlos. En el momento que abandonas lo natural y verdadero, renuncias al derecho a ser creído, así como a ser escuchado.

Puedes hacer un recorrido de las iglesias y capillas, y descubrirás que la inmensa mayoría de nuestros predicadores emplean un tono santo los domingos: tienen una voz para la sala de estar y el dormitorio, y un tono muy diferente para el púlpito. De manera que, aunque no caigan en la hipocresía de una manera pecaminosa, en la práctica sí que caen en ella. En el momento en que algunos hombres cierran la puerta del púlpito, dejan atrás su propia humanidad y se vuelven tan oficiales como el pertiguero de la iglesia. Puede hasta que alardeen —como el fariseo— de que no son

como los demás hombres; aunque resultaría blasfemo darle gracias a Dios por esto. Ellos no son ya carnales y hablan como hombres, sino que adoptan un gimoteo, un *ejem* entrecortado, un *ore rotundo*[1] o alguna otra forma ridícula de emitir sonidos para eludir toda sospecha de que estén siendo naturales y hablando de la abundancia del corazón. Esa toga, una vez puesta, cuán a menudo se convierte en la mortaja del verdadero yo del hombre que la lleva, ¡y en el afeminado símbolo del oficialismo!

Hay dos o tres formas de expresarse que me atrevo a decir que ustedes reconocerán por haberlas oído con frecuencia. Ese estilo dignificado, doctoral, pomposo y rimbombante que acabo de denominar *ore rotundo*, no es tan corriente en la actualidad como solía serlo, pero algunos aún lo admiran[2]. Cuando en una ocasión cierto reverendo caballero estaba exhalando vapor de esta manera, un hombre en el pasillo dijo que, según su parecer, el predicador «se había tragado un *dumpling*»[3]; pero otro susurró: «No, Jack, no se ha tragado uno; tiene uno bailándole ahora mismo en la boca». Puedo imaginarme al Dr. Johnson hablando de ese modo en Bolt Court[4], y en hombres para quienes resulta natural dicho tono el mismo retumba con olímpica grandeza, ¡pero renunciemos para siempre a cualquier imitación del mismo en el púlpito! Si nos viene de un modo natural, bien; pero simularlo supone traicionar la decencia común. En realidad, cualquier simulación en el púlpito se acerca bastante a un pecado imperdonable.

Hay otro estilo del que les ruego no se rían[5]: un método de pronunciación que se describe como muy de señoras, melindroso, delicado, cursi, parsimonioso, indolente... no sé de que otra manera describirlo. La mayoría de nosotros hemos tenido la dicha de escuchar estos u otros de esos extendidos géneros de falsetes, pomposidades y afectaciones. Yo he oído muchas variedades distintas: desde la completamente *johnsoniana*, hasta la finura del susurro suave y gentil; desde el bramido de los toros de Basán, hasta el chip, chip, chip del pinzón. He sido capaz de reconocer los antepasados de algunos de nuestros hermanos: quiero decir los antepasados ministeriales, de quienes ellos aprendieron primeramente esas maneras de hablar celestiales, melodiosas, santificadas y, de todo punto, hermosas; pero, debo añadir honradamente, despreciables. El orden indudable de su pedigrí retórico es el siguiente: Chip, hijo de Balbuceo, hijo de Tonta Sonrisa, hijo de Petimetre, hijo de Afectación; o Titubeante, hijo de Ampuloso, hijo de Pomposidad, el cual fue padre de muchos hijos. Entiendan que ni siquiera critico dichos sonidos horrorosos cuando son naturales —que cada criatura hable en su propia lengua—; pero la realidad es que, en nueve de cada diez casos, estos dialectos sagrados que espero que pronto se conviertan en lenguas muertas, son artificiales y forzados. Estoy convencido de que tales tonos, semitonos y monotonías son babilónicos y, en absoluto, dialecto de Jerusalén; ya que este último posee la siguiente marca distintiva: que es la forma normal que tiene un hombre de hablar, y la misma ya sea fuera o dentro del púlpito. A nuestro amigo de la escuela afectada

[1] Voz alta y campanuda. (N. T.).

[2] Por desgracia no hay ninguna forma de reproducir sobre papel la manera cómo el Profesor lee un himno con voz sonora, vibrante y ampulosa.

[3] Una bola de masa hervida que se come en sopas o guisos. (N. T.).

[4] Residencia del importante literato inglés del sigo XVIII Samuel Jonson, donde este tenía recogidos a algunos de sus amigos que atravesaban dificultades económicas.

[5] Spurgeon lo imita.

del *ore rotundo* jamás se le conoció que hablara fuera del púlpito como lo hace allí, o se expresara en la sala de estar del mismo modo que utiliza predicando —»¿Tendría tanta bondad como para darme otra taza de té? Tomaré azúcar, si le parece bien…»—. Quedaría en ridículo si así lo hiciera; pero el púlpito se ve agraciado con el verdín de su voz, que los salones no tolerarían. Yo sostengo que tendríamos que dedicar a la proclamación del evangelio las mejores notas de que es capaz nuestra voz, y dichas notas son las mismas que la naturaleza nos enseña a utilizar en una conversación seria.

Ezequiel sirvió a su Señor con sus mejores aptitudes musicales y melodiosas, por lo que el Señor le dijo: «Tú eres para ellos como la canción de amor de uno que tiene una voz hermosa y toca bien un instrumento»[6]. Aunque esto, lamentablemente, no sirvió de nada, debido al corazón endurecido de Israel —ni cosa alguna servirá a menos que sea el Espíritu de Dios—, sin embargo convenía que el profeta expresara la palabra del Señor en el mejor estilo de voz y con los mejores ademanes.

Seguidamente, *si tienes algunas peculiaridades de expresión que resultan desagradables al oído, corrígelas si puedes*[7]. Está claro que es mucho más fácil para el profesor inculcarles a ustedes tal cosa que para ustedes el practicarla; sin embargo, no se trata de una dificultad insuperable para hombres jóvenes que se hallan al comienzo de su ministerio. Los hermanos que vienen del medio rural conservan en sus bocas un dejo de su rústica dieta, que nos recuerda irremediablemente a los terneros de Essex, los cerdos de Berkshire o los pequeños bueyes de Suffolk ¿Quién no distingue los dialectos de Yorkshire o Somersetshire, que no son simplemente pronunciaciones sino también entonaciones provincianas? Sería difícil saber la causa, pero está bastante claro que en algunos condados de Inglaterra las gargantas de los hombres parecen tener una cubierta de sarro, como teteras largamente utilizadas, y en otros suenan como instrumentos de viento, con un malévolo sonido metálico. Estas variaciones naturales pueden ser hermosas en su momento y lugar, pero mi gusto no ha sido nunca capaz de apreciarlas. Hay que deshacerse, sea como sea, de cualquier chirrido agudo y discordante que recuerde a un par de tijeras oxidadas, e igualmente de toda expresión lerda e inarticulada en la que no se da una palabra completa, sino que los nombres, adjetivos y verbos forman todos ellos una especie de revoltillo. E igualmente censurable es ese lenguaje fantasmal en que un hombre habla sin mover los labios, haciendo el ventrílocuo de la manera más horrible: los tonos sepulcrales pueden ser apropiados para ser sepulturero, pero a Lázaro no se le saca del sepulcro con huecos lamentos. Una de las maneras más seguras de matarte a ti mismo es hablando con la garganta en vez de con la boca. La naturaleza se vengará terriblemente del mal uso que hagas de ella; elude, por tanto, el castigo evitando la ofensa. Puede que aquí convenga instarte a que, tan pronto como detectes en tu discurso la interposición de abundantes vacilaciones, te deshagas al instante de ese hábito insinuante pero funesto. No hay necesidad alguna del mismo; y, aunque tal vez aquellos que actualmente son sus víctimas no logren jamás romper esa cadena, tú, que eres un principiante en la oratoria, debes rehusar a llevar ese exasperante yugo. Hasta es necesario decirte que abras la boca cuando hables; ya que mucha de esa farfulla inarticulada resulta de mantener la boca medio cerrada. No en vano los Evangelistas han escrito que el Señor «*abriendo su boca* les enseñaba…». ¡Abre de par en par las puertas

[6] Ezequiel 33:32, LBLA.

[7] «Corrige cualquier cosa torpe o afectada, ya sea en tus gestos, frases o pronunciación». JOHN WESLEY.

por las que debe salir resueltamente esa piadosa verdad! Además, hermanos, eviten el uso de la nariz como órgano de expresión hablada, porque los expertos más reputados concuerdan en que está se ha hecho para oler. Hubo un tiempo en que hablar por la nariz se consideraba lo correcto, pero en esta era degenerada en que vivimos harán bien en obedecer la evidente sugerencia de la naturaleza, y permitir que la boca se ocupe en su trabajo sin la interferencia del instrumento olfativo. Si hubiera aquí presente algún estudiante americano, tendrá que perdonarme por llamar su atención sobre este particular. De vez en cuando hay algún hermano que tiene la dicha de poseer un balbuceo de lo más atractivo y delicioso. Tal vez este sea uno de los males menos importantes *cuando el hermano mismo es pequeño y simpático*, pero destruiría a cualquiera que quisiese ser masculino y vigoroso. Me resulta difícil imaginarme a Elías balbuceando ante Acab, o a Pablo entrecortando sus palabras en el Areópago. Los ojos débiles y llorones y un estilo vacilante pueden ser particularmente patéticos. Iremos más lejos y afirmaremos que, cuando estas cosas son consecuencia de una intensa pasión, resultan sublimes; pero algunos las tienen de nacimiento y hacen un uso demasiado generoso de ellas. Es innecesario —dicho sea suavemente— que ustedes los imiten. Hablen como les dicta una naturaleza educada y les irá bien; pero que dicha naturaleza esté educada y no en bruto, que no sea ruda o sin instrucción. Como saben, Demóstenes se esforzó al máximo en cuanto a su voz, y Cicerón —que era de naturaleza débil— hizo un largo viaje al interior de Grecia para corregir su forma de expresarse. No seamos nosotros, ocupados en asuntos mucho más nobles, menos ambiciosos que ellos en cuanto a la excelencia. «Prívame de todo lo demás —decía Gregorio Nacianceno—, pero déjame la elocuencia, y jamás lamentaré los viajes que he hecho para estudiarla».

Habla siempre de manera que se te oiga. Conozco a un hombre que pesa 100 kg y al que debería podérsele oír a una distancia de 700 m, pero que es tan descaradamente indolente que, en su pequeño lugar de culto, apenas si se le oye desde las primeras filas de la galería. ¿Para qué vale un predicador al que la gente no puede oír? La modestia debería llevar a los hombres sin voz a dejar su sitio a otros más aptos para proclamar el mensaje del Rey. Por otro lado, algunos hombres hablan bastante fuerte, pero no claramente: sus palabras se superponen unas a otras, juegan a pídola o se echan la zancadilla entre sí. Una pronunciación clara es mucho más importante que la capacidad de expulsar aire: dales a las palabras una justa oportunidad, no les rompas el espinazo con tu vehemencia o las hagas tropezar con tus prisas. Es detestable escuchar a un hombretón murmurar y susurrar cuando sus pulmones son lo bastante fuertes para el discurso más sonoro; pero, igualmente, por muy apasionadamente que grite un hombre, no se le oirá bien si no aprende a proferir sus palabras con el debido espacio entre unas y otras. Hablar demasiado despacio es un trabajo desalentador y somete a los oyentes de mente activa al denominado mal «de los horrores». Es imposible escuchar a un hombre que se arrastra a 1 km por hora. Una palabra dicha hoy y otra mañana es un fuego lento solo apropiado para los mártires. Pero un modo de hablar excesivamente rápido, precipitado y entusiasta, que acaba en la vociferación resulta igualmente inexcusable: no es, ni será jamás poderoso, excepto para los idiotas; porque convierte aquello que debería ser un ejército de palabras en un populacho, y ahoga de la manera más efectiva el significado en riadas de sonidos. De cuando en cuando, oímos a algún enfurecido orador de pronunciación confusa, cuya impetuosidad le lanza a tal confusión de tonos que nos recuerda bastante a esas líneas de Lucano que dicen:

Su atropellada lengua detesta el murmullo,
desentona y no habla como un ser humano;
ladra como los perros o aúlla como los lobos,
o grita lastimeramente como el búho a la medianoche;
sisea como la serpiente, ruge como león hambriento,
es como el ruido de las olas rompiendo en la orilla;
gime como los vientos en el frondoso bosque,
y estalla como el trueno en la desgarrada nube.
Así era ella, todo eso juntamente.

Escuchar a un hermano que confunde la transpiración con la inspiración, que pasa corriendo como un caballo salvaje con una avispa metida en la oreja hasta que no le queda resuello, y debe pararse para llenar nuevamente sus pulmones, es un suplicio que no se soporta dos veces. La repetición varias veces en un sermón de esta falta de decoro es bastante corriente, pero también sumamente lamentable. No tardes en detenerte para impedir esos jadeos que más que interés por el tema despiertan compasión por el sofocado orador. Tu auditorio no debería darse cuenta de que respiras siquiera: el proceso de la respiración tendría que estar tan oculto de la vista como lo está el de la circulación de la sangre. Resulta indecente permitir que la mera función animal del respirar cause cualquier vacío en tu mensaje.

No esfuerces la voz al máximo como norma en la predicación ordinaria. Dos o tres devotos hermanos aquí presentes se están haciendo pedazos desgañitándose innecesariamente: tienen los pobres bronquios irritados y la laringe inflamada por sus estrepitosos gritos, de los cuales parecen incapaces de refrenarse. Está muy bien eso de «clama a voz en cuello, no te detengas»; pero el consejo del apóstol es: «No te hagas ningún mal». Cuando las personas pueden oírte con la mitad del volumen de tu voz, vale la pena reservar la fuerza superflua para ocasiones en las que se pueda necesitar. La exhortación: «No desperdicies ni padezcas necesidad», puede aplicarse en este caso tanto como en otros. Economiza un poco ese tremendo volumen de voz; no produzcas en tus oyentes dolor de cabeza, cuando lo que quieres es que tengan dolor de corazón. Tu propósito es mantenerlos despiertos en sus bancos, pero recuerda que para ello no necesitas romperles los tímpanos: «Jehová no [está] en el viento»; y el trueno no es el relámpago. Los hombres no oyen en proporción al ruido producido; de hecho, demasiado ruido atrofia el oído, crea reverberaciones y ecos, y daña eficazmente el poder de tus sermones. Adapta la voz a tu auditorio: cuando te encuentres delante de veinte mil personas, echa todos los registros y haz sonar el carillón entero; pero no dentro de una sala cuyo aforo es solo de veinte o cuarenta personas. Yo, siempre que entro en un sitio para predicar, calculo inconscientemente cuánto sonido se necesita para llenarlo y, después de unas pocas frases, tengo regulado el volumen. Si puedes conseguir que oiga el hombre que está sentado en la parte de atrás de la capilla, si ves que el mismo está captando tu pensamiento, puedes tener la certeza de que quienes se hallan más cerca te oyen también, y que no se precisa más potencia. Tal vez con un poco menos sea suficiente: observa y calcula. ¿Por qué hablar para que se te oiga en la calle cuando no hay nadie allí que te esté escuchando? Ya sea en interiores o al aire libre, asegúrate de que los oyentes más alejados pueden seguirte, y eso

bastará. Dicho sea de paso: cabría señalar que en los hospitales o en congregaciones donde se sabe que algunos están muy enfermos, los hermanos deberían prestar mucha atención a la potencia de sus voces. Resulta muy cruel sentarse al lado de la cama de un hombre enfermo y gritarle: «¡JEHOVÁ ES MI PASTOR...!». Si actúas tan irreflexivamente, en cuanto hayas bajado por la escalera el pobre hombre exclamará: «¡Madre mía, cómo me duele la cabeza! María, ¡qué contento estoy de que se haya ido ese buen hombre! Se trata de un salmo muy hermoso y sosegado, pero él lo ha leído como un trueno y un relámpago. ¡Casi me aturde!». Recuerden, aquellos que son jóvenes y solteros, que a los imposibilitados les irá mejor un susurro suave que los redobles de tambor y los cañonazos.

Esmérate en guardar esa regla que consiste en *variar la potencia de tu voz*. La norma antigua era comenzar muy suavemente, ir aumentando el volumen poco a poco y acabar con las notas más sonoras. ¡Qué la boca del cañón haga pedazos todas esas normas, ya que son impertinentes y engañosas! Habla en tono suave o fuerte, según lo requiera la emoción del momento, y no te sometas a reglas fantasiosas y artificiales: las reglas artificiales son una completa abominación. Como expresa irónicamente M. de Cormorin: «Sé apasionado, truena, rabia, llora hasta la quinta palabra o la tercera frase del párrafo décimo de la décima hoja... ¡Qué fácil sería eso y, sobre todo, *qué natural*!». Imitando a un conocido predicador para quien el hacerlo resultaba inevitable, cierto ministro acostumbraba, en el comienzo de su sermón, a hablar en un tono tan bajo que nadie era capaz de oírle. Todo el mundo se echaba hacia delante temiendo que alguna cosa buena se estaba perdiendo en el aire; pero su esfuerzo resultaba vano, ya que todo cuanto podían discernir era un piadoso murmullo. Si aquel hermano no *hubiese podido* hablar, nadie le habría culpado por ello, pero actuar así era la cosa más absurda del mundo cuando, después de un breve instante, demostraba el poder de sus pulmones llenando todo el edificio de resonantes frases. Si la primera mitad de su mensaje no tenía importancia, ¿por qué no omitirla? Y si tenía algo de valor, ¿por qué no la daba con claridad? Lo que se pretendía, caballeros, era causar un *efecto*: el hombre sabía que alguien que solía hablar de esa manera había producido grandes efectos, y quería rivalizar con él. Si alguno de ustedes se atreviera a cometer tal locura por un fin tan detestable, desearía con todo el corazón que jamás hubiese entrado en esta Escuela. Les digo del modo más solemne que eso que se llama «*efecto*» es odioso, ya que constituye algo falso, artificial, engañoso y, por tanto, despreciable. No hagan nunca nada buscando el efecto, sino desdeñen las estratagemas de los simples que tratan de conseguir la aprobación de los entendidos en la predicación: una raza tan detestable para el verdadero ministro como la langosta para los agricultores orientales.

Pero me estoy desviando: sean claros y diáfanos desde el comienzo mismo. Sus preámbulos son demasiado buenos para susurrárselos al aire: exprésenlos con valentía y consigan la atención desde el inicio por su tono resuelto. No empiecen en el tono más alto como regla, porque entonces no podrán elevarlo cuando se estimulen con la faena; no obstante, sean atrevidos desde el principio. Bajen la voz cuando convenga, aun hasta convertirla en un susurro; ya que la expresión suave, ponderativa y solemne no es solo un alivio para el oído, sino también muy apta para alcanzar el corazón. No tengan miedo de los tonos bajos, porque si les inyectan la fuerza suficiente se oirán igual de bien que se oyen los gritos. No necesitan hablar con voz fuerte para que les oigan debidamente. Macaulay dice de William Pitt: «Su voz, aun cuando caía hasta el susurro, se oía hasta en los bancos más alejados de la Cámara de los Comunes». Se ha dicho, acertadamente, que no es la escopeta más ruidosa la que lanza

más lejos la bala: el chasquido de un rifle es todo menos ruidoso. Lo que resulta efectivo no es el volumen de tu voz, sino la fuerza que le imprimes a esta. Estoy seguro de que yo podría susurrar de tal manera que se me oyera en todos los rincones de nuestro gran Tabernáculo; y también lo estoy de que sería capaz de vocear y gritar de una forma que nadie pudiera entenderme. Podría hacerlo ahora; pero tal vez el ejemplo sea innecesario, ya que me temo que algunos de ustedes lo hacen con un éxito notable. Las oleadas de aire pueden pasar tan rápidamente sobre el oído que no produzcan impresión alguna que sea traducible para el nervio auditivo. Para escribir se necesita tinta, pero si vuelcas un tintero sobre una hoja de papel no transmites ningún significado; lo mismo sucede con el sonido. El sonido es la tinta; sin embargo, para producir una escritura inteligible en el oído se precisa administrarlo bien, no despilfarrarlo. Si la única ambición que tienen es competir con…

Estentor el fuerte, dotado de pulmones de bronce,
cuya garganta sobrepasaba la fuerza de cincuenta lenguas,

entonces, entren vociferando en el Elíseo tan rápidamente como puedan; pero, si quieren que se les entienda —y así ser útiles—, eviten el reproche de ser tildados de «impotentes y ruidosos». Ya saben ustedes que los chillidos llegan más lejos: el singular grito que utilizan los viajeros en los desiertos de Australia debe su extraordinaria fuerza a su estridencia. Una campana se oirá desde mucho más lejos que un tambor. Y, de un modo bastante singular, cuanto más musical sea un sonido, tanto más lejos llegará. Lo que se necesita no es el aporreo del piano, sino el toque juicioso de las mejores teclas. Por tanto, siéntanse libres de aflojar el esfuerzo estentóreo con bastante frecuencia y aliviarán grandemente tanto los oídos del auditorio como sus propios pulmones. Prueben todos los métodos —desde el mazo hasta el bejín—; sean tan delicados como el céfiro y tan furiosos como un tornado. Exprésense, ciertamente, como se expresa cualquier persona con sentido común cuando habla naturalmente, aboga vehementemente, susurra confidencialmente, apela lastimeramente o publica claramente.

Tras la moderación de la fuerza pulmonar, debería mencionar la regla que dice: *Modula tus tonos*. Altera frecuentemente la entonación y varía constantemente el tono. Que el bajo, el tiple y el tenor se sucedan. Les ruego que hagan esto por compasión hacia sí mismos y hacia los que los oyen. Dios tiene misericordia de nosotros y dispone todas las cosas para que satisfagan nuestros anhelos de variedad; tengámosla nosotros también para con nuestros semejantes y no los agobiemos con el tedio de la monotonía. Es de lo más inhumano infligir sobre los tímpanos de los oídos de otra pobre criatura la angustia del aburrimiento y de sentirse taladrado con el mismo sonido durante media hora. ¿Hay modo más rápido de volver a alguien idiota o lunático que con el perpetuo murmullo de un escarabajo volador o el zumbido de un moscardón en la oreja? ¿De qué dispensa gozan ustedes para que haya que tolerarles tal crueldad hacia las indefensas víctimas que se sientan bajo sus monótonas prédicas? Con frecuencia la bondadosa naturaleza ahorra a las desdichadas víctimas del orador monótono el efecto completo de sus torturas, induciéndoles un dulce reposo. Sin embargo, ustedes no desean tal cosa; por tanto, hablen con tonos variados. ¡Qué pocos ministros recuerdan que la monotonía produce sueño! Me temo que esta acusación, hecha por cierto escritor en la *Imperial Review*, sea totalmente cierta de muchos de mis hermanos:

> Todos sabemos de qué manera el ruido del agua corriente, o el murmullo del mar, o el suspiro del viento del sur entre los pinos, o el lamento de la paloma silvestre, induce una deliciosa y ensoñada languidez. Lejos esté de nosotros comparar, en modo alguno, la voz de un ministro moderno con ninguno de estos dulces sonidos; sin embargo, el efecto es el mismo, y pocos pueden resistirse a las influencias soñolientas de una larga disertación pronunciada sin la menor variación de tono o alteración alguna de expresión. En realidad, el mismo uso excepcional de la expresión «discurso estimulante», aun por aquellos más acostumbrados a estas cuestiones, implica que la gran mayoría de las arengas que se hacen desde el púlpito tienen una tendencia claramente soporífera. Es un caso desafortunado cuando el predicador…
>
> *Perplejos a sus oyentes deja,*
> *debiendo decidir entre ambas cosas:*
> *«Velad y orad», nos dice el texto;*
> *«Duérmete ya», el sermón reza.*

Por muy musical que en sí misma sea tu voz, si sigues tocando el mismo acorde perpetuamente, tus oyentes percibirán que sus notas se hacen considerablemente más dulces. Por mor de la caridad, deja de recitar y habla de manera racional. Si este argumento no te convence, tengo tan a pecho esta cuestión que, si no sigues mi consejo por compasión hacia tus oyentes, te ruego que lo hagas por amor a ti mismo. Porque así como a Dios, en su sabiduría infinita, le ha placido siempre adjuntar un castigo a cada pecado cometido tanto contra sus leyes naturales como morales, esa peligrosa enfermedad llamada *disphonía clericorum* —faringitis del clérigo— se encarga de vengar el mal de la monotonía. Cuando los oyentes de algunos de nuestros hermanos los quieren tanto que no le ponen trabas a pagar una pingüe suma de dinero para librarse de ellos durante algunos meses —recomendándoles viajar a Jerusalén y corriendo con los gastos—, esa variedad de faringitis se cura tan eficazmente que mi presente argumento no perturbará el sosiego de los tales. Pero no es esa *nuestra* porción: para nosotros la faringitis representa una verdadera desgracia; y, por tanto, tenemos que hacer caso de cualquier sugerencia sensata para evitarla. Si quieren ustedes estropearse la garganta pueden conseguirlo sin problemas; pero si desean conservarla, anoten lo que ahora les digo. A menudo, en esta sala, he comparado la voz con un tambor: si el percusionista golpeara siempre en un mismo sitio del parche, pronto la piel se desgastaría hasta agujerearse; ¡pero cuánto más le duraría si diversificara su forma de golpear y utilizase toda la superficie del parche de piel! Así sucede con la voz humana: si se emplea siempre el mismo tono, se causará un agujero en la parte de la garganta más esforzada para producir esa monotonía, y muy pronto la persona padecerá faringitis. He oído a algunos cirujanos afirmar que la «faringitis disidente» se aparta de los artículos de la Iglesia de Inglaterra. Hay un gangoseo eclesiástico muy admirado en la Iglesia institucional: una especie de grandiosidad de campanario en la garganta; una pronunciación del lenguaje y una sonoridad verbal aristocrática, teológica, clerical, sobrenatural, infrahumana… Podríamos ilustrarla con el siguiente espécimen: «El que tenga mandíbulas para mandibular, mandibule»; que es una versión nada usual —aunque en modo alguno impresionante— del versículo bíblico. ¿Quién no conoce esa venerable forma de pronunciar que dice: «Amadiiísimos hermanos, la Escritura nos conmina en varios lugaaares…»? Aún retumba en mis oídos como el Big Ben tal pronunciación, asociada a recuerdos infantiles de

monótonos repiqueteos de «El Príncipe Alberto; Príncipe de Gales; y toda la Familia Real [...]. Amén «. Ahora bien, si un hombre que habla de esa manera tan poco natural no contrae faringitis —o alguna otra enfermedad— solo puedo decir que las afecciones de garganta deben de concederse del modo más soberano. Ya he asestado antes un golpe a las costumbres de expresión hablada de los protestantes independientes, y creo que se debe a las mismas tanto la fragilidad de su laringe como de sus pulmones, así como el hecho de que algunos buenos hombres sucumban al silencio y a la tumba. Si quieren el respaldo de una autoridad en la materia para la amenaza que les he presentado, les daré la opinión del Sr. Macready, el eminente actor dramático que, puesto que considera el asunto desde un punto de vista imparcial al tiempo que experimental, merece que le prestemos una atención respetuosa.

> Una garganta laxa es el resultado, por lo general, no tanto del ejercicio del órgano en sí como del tipo de ejercicio al que se le somete; es decir, no principalmente a las locuciones largas y con voz fuerte, sino al hablar con una voz simulada. No estoy seguro de que se entienda lo que afirmo; pero no hay —digamos— de entre cada diez mil personas que hablan a grupos de individuos, una que lo haga con su voz natural: un hábito que es más específicamente observable en los predicadores. Creo que la laxitud de la garganta es consecuencia de los esfuerzos violentos en esos tonos afectados, y que el resultado de los mismos es una irritación severa y, a menudo, una ulceración de la faringe. El esfuerzo de un día entero de trabajo en la iglesia no es nada comparado con la interpretación de uno de los papeles principales de alguna obra de Shakespeare, ni —supongo— con ninguno de los grandísimos alardes de nuestros políticos más destacados en las Cámaras del Parlamento. Estoy bastante seguro, sin embargo, de que el trastorno que usted denomina «faringitis del clérigo» puede atribuirse, por lo general, a la manera de hablar y no a la duración o la violencia del esfuerzo empleado. He sabido de varios de mis antiguos colegas en el escenario que padecieron faringitis, pero no creo que esta pueda considerarse una enfermedad frecuente entre aquellos que descuellan en su arte.

Los actores y los abogados tienen muchas ocasiones para forzar la voz; no obstante no existe tal cosa como una «faringitis del abogado» o una «faringitis del actor dramático», simplemente porque esos hombres no osan servir al público de un modo tan descuidado como algunos predicadores sirven a su Dios. El médico Samuel Fenwick, en un popular tratado acerca de «Las enfermedades de la garganta y los pulmones»[8], ha dicho del modo más sabio:

> Por lo que se ha afirmado acerca de la fisiología de las cuerdas vocales, queda patente que el hablar de continuo en un solo tono es mucho más fatigoso que las frecuentes alteraciones en la modulación de la voz: ya que con lo primero solo se esfuerza un músculo o un conjunto de músculos, mientras que con lo segundo se ponen en acción diversos músculos, los cuales se relevan unos a otros. De la misma forma, un hombre que levanta el brazo en ángulo recto con su cuerpo se cansa en cinco o diez minutos, porque es un solo conjunto de músculos el que tiene que soportar el peso; pero esos mismos músculos pueden trabajar todo el día si su acción se alterna con la de otros. Por tanto, siempre que oigamos de un clérigo que habla monótonamente durante todo el culto, y que lee, ora y exhorta del mismo modo y en el mismo tono de voz, podemos tener la plena certeza de que está dando diez veces más trabajo a sus

[8] Fenwick, Samuel, M.D.: *Causes and Prevention of Diseases*, Vol. 1, «Diseases of the Throat and Lungs» (John Churchill, New Burlington Street).

cuerdas vocales de lo que sería estrictamente necesario.

Puede que este sea el momento de repetir una opinión que he expresado a menudo en este lugar, y que me recuerda el autor que acabo de citar: Si los ministros hablasen con más frecuencia, sus gargantas y sus pulmones serían menos propensos a la enfermedad. De esto estoy bastante seguro: se trata de un asunto de experiencia personal y de amplia observación, y creo no equivocarme al respecto. Caballeros, predicar un par de veces por semana es muy peligroso; pero a mí me ha resultado saludable el hacerlo cinco o seis veces, y hasta doce o catorce no me han parecido excesivas. A un vendedor ambulante que tenga que gritar «coliflores y patatas» un día a la semana, el esfuerzo le parecerá de lo más laborioso; pero cuando llene las calles, las callejuelas y los pasadizos durante seis días sucesivos con su sonoro clamor, no experimentará «*disphonía pomariorum*» o «faringitis de frutero ambulante» que lo aparte de su humilde trajín. Me agradó ver esa opinión mía, de que la predicación infrecuente es la raíz de muchas enfermedades, tan claramente expresada por el Dr. Fenwick:

> Todas las instrucciones que he dado aquí serán, creo yo, ineficaces sin un ejercicio regular y diario de la voz. Nada parece inducir tanto la tendencia a producir esta enfermedad como las alocuciones prolongadas ocasionales, alternadas con largos períodos de descanso, a que están sujetos más particularmente los clérigos. Cualquiera que conceda al asunto un momento de consideración lo comprenderá enseguida. Si un hombre —o cualquier otro animal— está destinado a efectuar algún esfuerzo muscular poco común, tendrá que practicarlo regularmente, día tras día, de modo que el trabajo que de otra manera sería casi imposible de ejecutar se haga fácil por el uso. Pero la mayoría de los clérigos experimentan una buena dosis de esfuerzo muscular relacionado con la voz durante un solo día de la semana; mientras que los seis días restantes apenas levantan la voz por encima del tono habitual. Si un herrero o un carpintero experimentara de este modo la fatiga asociada con el ejercicio de su profesión, no solo estaría muy poco preparado para la misma, sino que perdería la habilidad obtenida. El ejemplo de los más grandes oradores que el mundo ha conocido demuestra las ventajas de una práctica regular y constante de la oratoria. En cuanto a esto, yo recomendaría muy encarecidamente a cualquier persona expuesta a este mal, que leyera en voz alta una o dos veces al día, empleando el mismo tono que en el púlpito y prestando especial atención a la posición del pecho y la garganta, así como a una pronunciación clara y apropiada de las palabras.

Y el Sr. Beecher es del mismo parecer, ya que comenta:

> Los muchachos vendedores de periódicos demuestran lo que puede beneficiar a los pulmones de un hombre la práctica al aire libre. ¿Qué haría el ministro pálido y débil de voz, que apenas puede conseguir que le oigan doscientos oyentes, si tuviera que anunciar el periódico? Esos muchachos neoyorquinos vendedores de periódicos se ponen en el extremo de una calle y lanzan su voz a través de la misma como un atleta lanzaría su bola en una bolera. Aconsejamos a los hombres que se estén preparando para profesiones relacionadas con la oratoria, que vendan artículos por las calles durante algún tiempo. Los jóvenes ministros podrían asociarse por un período con los muchachos de los periódicos, hasta que se les abra la boca y tengan la laringe nervuda y templada.

Caballeros, he aquí una regla necesaria: *Adapta siempre la voz al tema de tu mensaje.* No te muestres

alborozado hablando de un tema lastimoso; por otro lado, no te arrastres pesadamente cuando el tono debería ser el de dar brincos de alegría, como danzando al son de los ángeles en el Cielo. No me extenderé mucho acerca de esta regla; pero ten por seguro que es de la máxima importancia y que, si se sigue obedientemente, garantizará siempre la atención de la gente si el material lo merece. Adapta en todo momento tu voz al tema de tu predicación y, por encima de todo, *sé siempre natural*[9]. Despojémonos de una vez por todas de la subyugante observancia de las reglas y la imitación de los modelos. No imites las voces de otros, o —si tienes una propensión irresistible a seguir su ejemplo— emula las excelencias de cada orador y se aminorará el mal. Yo mismo, por una especie de influencia irresistible, me siento arrastrado a ser un imitador; de manera que un viaje a Escocia o Gales afecta a mi pronunciación y mi tono prácticamente durante una o dos semanas. Lucho contra ello, pero no desaparece; y el único remedio que conozco es dejar que el mal muera de muerte natural. Caballeros, vuelvo a mi regla: utilicen sus propias voces naturales. No sean simios, sino hombres; no actúen como loros, sino siempre con originalidad. Se dice que la manera más apropiada para un hombre de llevar barba es dejándosela tal y como le crece; así, tanto en su color como en su forma, la misma se adaptará a su propio rostro. Las maneras de hablar que estarán más en armonía con tus métodos de reflexión y tu personalidad serán las tuyas propias. Las imitaciones son para el teatro; el hombre cultivado en su personalidad santificada, para el templo. Repetiría esta regla hasta aburrirlos si pensara que iban a olvidarla: *Sé natural, sé natural, sé natural siempre.* Una afectación de la voz o una imitación de los ademanes del Dr. Pico de Oro —el eminente predicador—, o hasta de un apreciado profesor o presidente, te estropeará inevitablemente. Los exhorto a que desechen el servilismo de la imitación y se eleven hasta la hombría de la originalidad.

Y a esto debemos añadir: *Esfuérzate por educar tu voz*. No ahorres penas ni trabajos para lograrlo; porque, como se ha dicho tan acertadamente, «por muy prodigiosos que sean los dones con que la naturaleza ha dotado a sus elegidos, solo se pueden desarrollar y llevar a su perfección última mediante el trabajo y el estudio». Piensa en Miguel Ángel, trabajando una semana entera sin quitarse la ropa; y en Haendel, desgastando cada tecla de su clavicordio y dejándola como una cuchara por la incesante práctica. Caballeros, después de esto nunca hablen de dificultades o de cansancio. Resulta casi imposible ver la utilidad del método de Demóstenes para hablar —metiéndose piedras en la boca—, pero todo el mundo es capaz de percibir lo útil de su súplica a las ruidosas olas del mar para conseguir ser oído en medio de las estruendosas asambleas de sus conciudadanos, y la razón de subir corriendo por el monte mientras hablaba, a fin de que sus pulmones se fortalecieran con el uso laborioso, es tan obvia como encomiable su abnegación. Tenemos que utilizar todos los medios posibles para perfeccionar la voz con que hemos de anunciar el glorioso evangelio del Dios bendito. Preocúpate mucho de las consonantes —pronuncia claramente cada una de ellas—, porque son los rasgos y la expresión de las palabras. Practica infatigablemente, hasta que cada consonante suene como es debido. Las vocales tienen voz propia y, por tanto, pueden hablar por sí mismas. En toda otra

[9] Cuando le preguntaron a Johnson si Burke se parecía a Tulio Cicerón, aquel respondió: «No, caballero, se parece a Edmund Burke». (Burke es un escritor, esteta y pensador político liberal irlandés del siglo XVIII, considerado, especialmente en el mundo anglosajón, como el padre del conservadurismo político moderno. [N. T]).

cuestión ejerce una disciplina rígida, hasta que hayas dominado tu voz y la tengas bajo control como un corcel bien adiestrado. A aquellos de ustedes que sean estrechos de pecho se les aconseja que utilicen pesas cada mañana; o, mejor aún, esas mazas que la Escuela les ha proporcionado. Necesitan ensanchar el pecho, y mejor será que se apliquen a ello. No hablen con las manos metidas en los bolsillos de sus chalecos, porque entonces contraerán los pulmones, sino echen los hombros hacia atrás como hacen los cantantes. No se apoyen en un escritorio mientras hablan, ni mantengan la cabeza inclinada sobre el pecho cuando estén predicando. Que el cuerpo se dirija más bien hacia arriba que hacia abajo. Desháganse de toda corbata apretada y todo chaleco abotonado; dejen sitio para el buen funcionamiento de los fuelles y las gaitas. Observen las estatuas de los oradores griegos o romanos. Contemplen el retrato de Pablo que hizo Rafael y, sin afectación, adopten de manera natural las actitudes amables y apropiadas evidentes en el mismo; porque son mejores para la voz. Pídele a un amigo que te señale tus faltas; o, mejor aún, acepta que los enemigos que te observen meticulosamente y te pinchen con saña. ¡Qué gran bendición será ese irritante crítico para el hombre sabio, y qué molestia intolerable para el insensato! Corrígete a ti mismo diligentemente y con frecuencia o cometerás errores sin darte cuenta, los falsos tonos se te multiplicarán y los hábitos descuidados se desarrollarán imperceptiblemente; de modo que esmérate en una autocrítica incesante. No desprecies cosa alguna que pueda hacerte simplemente un poco más útil. Pero, caballeros, nunca degeneren en esta profesión convirtiéndose en petimetres del púlpito, que piensan que los ademanes y la voz lo son todo. Me pongo enfermo cuando oigo de hombres que dedican una semana entera a poner en pie su sermón, ¡mucha de cuya preparación consiste en repetir su precioso producto delante de un espejo! ¡Ay de este tiempo, si se ha de perdonar a los corazones sin gracia por sus graciosas maneras! Prefiero todas las vulgaridades del más rústico predicador itinerante montañés al perfumado encanto de ese amaneramiento afeminado. No les recomendaría más el ser quisquillosos con su voz que imitar al Sr. Taplash, de Rowland Hills, con su anillo de diamantes, su perfumadísimo pañuelo de bolsillo y su monóculo. Los pisaverdes están fuera de lugar en el púlpito: se los debería poner en el escaparate de una sastrería con una nota que anunciara: «Este modelo completo, con todo incluido, por 10 £ 10 s».

Tal vez sea el momento de señalar que valdría la pena que todos los padres prestaran más atención a los dientes de sus hijos; ya que los dientes defectuosos pueden causar graves perjuicios a un orador. Hay hombres con mala pronunciación que deberían consultar inmediatamente al dentista (me refiero, desde luego, a uno verdaderamente científico y experimentado), ya que algunos dientes falsos u otros arreglos sencillos supondrían para ellos una bendición permanente. Mi propio dentista comenta muy sensatamente en su carta circular:

> Cuando se pierden algunos dientes o todos ellos, a continuación viene una contracción de los músculos de la cara y la garganta. Los otros órganos de la voz que han estado acostumbrados a la presencia de esos dientes, se ven dificultados y apartados de su funcionamiento normal, produciéndose un vacío, una lasitud o depresión como la de un instrumento musical que tiene cierta nota deficiente. Resulta vano esperar una perfecta sinfonía y un énfasis proporcional y coherente en la inflexión, el tono o la modulación de la voz si hay deficiencias en los órganos que la producen y, por tanto, la pronunciación se vuelve defectuosa. Ese defecto, en el mejor de los casos, hace mucho más difícil la tarea de hablar, y la

> mayoría de las veces da como resultado el balbuceo, una caída de la voz demasiado rápida o repentina o una tímida expresión hablada. Algunas deficiencias más graves, seguramente, tendrán como consecuencia el tartamudeo y el barboteo.

Cuando este es el mal y hay remedio posible, tenemos que procurárnoslo por el bien de nuestro trabajo. Los dientes pueden parecer poco importantes, pero recuérdese que nada es desdeñable en un llamamiento tan importante como el nuestro. En sucesivas observaciones mencionaré asuntos aún más pequeños; pero lo hago con la profunda convicción de que algunas pistas sobre asuntos insignificantes pueden tener un valor desconocido y salvarles de serias negligencias o crasos errores.

Por último, en relación con sus gargantas, les diría: *Cuiden de ellas*. Procuren aclarárselas siempre bien cuando estén a punto de hablar; pero no lo hagan constantemente durante la predicación. Un hermano que conozco, y a quien aprecio mucho, siempre habla así: «Queridos amigos —*ejem, ejem*—, el asunto —*ejem*— de que tengo —*ejem, ejem*— que hablarles ahora —*ejem, ejem*— es de —*ejem*— la mayor importancia, y —*ejem*— tengo que pedirles que me presten —*ejem, ejem*— toda su atención»[10]. Eviten esto con el máximo celo. Otros, por la necesidad de aclararse la garganta hablan como si estuviesen atragantados y a punto de toser: sería mucho mejor hacerlo de una vez antes que cansar al oyente con una sucesión de sonidos desagradables. Resoplar y estornudar es excusable cuando alguien tiene un resfriado, pero resulta sumamente fastidioso; y cuando se hace habitualmente debería ser procesado bajo la «Ley de la molestia». Les ruego, por favor, que me perdonen: puede parecer vulgar el que mencione estas cosas, pero si atienden a las simples e imparciales observaciones que se han hecho en esta sala, ello puede evitarles muchos comentarios que se harían a su costa de aquí en adelante.

Cuando hayan estado predicando tengan cuidado de sus gargantas, *no envolviéndolas nunca fuertemente.* Por propia experiencia me aventuro a dar este consejo con cierta inseguridad: si alguno de ustedes posee una maravillosa y abrigada bufanda de lana asociada a los recuerdos más tiernos de una madre o una hermana, atesórenla —atesórenla en el fondo de su baúl—, pero no la expongan a ningún uso vulgar enrollándosela alrededor del cuello. Si algún hermano quiere morirse de una gripe, que lleve una bufanda calentita alrededor de la garganta; luego, una de estas noches se olvidará de ponérsela y atrapará tal resfriado que le durará el resto de su vida natural. Pocas veces verán ustedes a un marinero envolviéndose el cuello; no, él siempre lo lleva desnudo y al aire, y viste un suéter de cuello vuelto. En caso de que llevara corbata, esta sería pequeña y estaría bastante suelta, para que el viento pudiera soplar alrededor de su pescuezo. Yo soy un firme creyente en esta filosofía, sin que me haya apartado nunca de ella durante los últimos catorce años; y habiendo sufrido antes con frecuencia de resfriados, he tenido muy pocos desde entonces. Si les parece que prefieren otra cosa, entonces, ¡déjense crecer la barba! Esta es una costumbre de lo más natural, escriturario, varonil y beneficioso. Uno de nuestros hermanos aquí presentes lo ha encontrado muy útil durante años: se vio forzado a abandonar Inglaterra por causa de la pérdida de su voz, pero ahora se ha hecho tan fuerte

[10] Un joven predicador, deseoso de mejorar su estilo, escribió a Jacob Gruber pidiéndole consejo. Había contraído el hábito de prolongar sus palabras, especialmente cuando estaba agitado. El anciano caballero le mandó la siguiente respuesta lacónica: «Querido —*ah*— hermano —*ah*—: cuando —*ah*— vayas —*ah*— a predicar —*ah*—, procura —*ah*— no decir *ah*—*ah*—*ah*. Tuyo —*ah*—, JACOB —AH— GRUBER —AH».

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

como Sansón al no afeitarse los rizos. Si se les enferma la garganta, consulten a un buen médico; o, si no pueden hacerlo, presten la atención que les parezca a la siguiente sugerencia: nunca compren ninguno de esos diez mil brebajes emolientes que existen. Puede que estos les ayuden durante algún tiempo, quitándoles el malestar, pero estropean la garganta a causa de sus cualidades laxativas. Si quieren mejorar sus gargantas, tomen una dosis copiosa de pimienta, de buena pimienta de Cayena, y otras sustancias astringentes: tanta como sus estómagos puedan resistir. No sobrepasen esto, porque deben recordar que han de cuidar su estómago además de su garganta, y que si el aparato digestivo no funciona nada irá bien. El sentido común les enseña que los astringentes tienen que ser útiles. ¿Han oído alguna vez de un curtidor que transformara en cuero un trozo de piel empapándola en azúcar? Tampoco el bálsamo de tolú, la ipecacuana o la melaza tendrán el efecto deseado, sino más bien el contrario: si quiere endurecer y fortalecer la piel, el curtidor la mete en una solución de corteza de roble o alguna sustancia astringente que apriete el material y lo refuerce. Cuando empecé a predicar en el Exeter Hall, mi voz era débil para un lugar semejante —tan débil como las voces comunes y corrientes—, y me había fallado a menudo por completo en la predicación en la calle; pero en el Exeter Hall (que es un sitio inusualmente difícil para predicar, a causa de su extremada anchura en proporción con su profundidad), siempre tenía delante de mí un vasito de vinagre de guindilla con agua, un trago del cual parecía darle nuevas fuerzas a mi garganta cuando esta se cansaba y la voz parecía que fuera a fallarme.

Cuando mi garganta se queda un poco laxa, por lo general le pido al cocinero que me prepare un tazón de caldo de carne con tanta pimienta como puede soportarse; hasta la fecha este ha sido para mí un remedio soberano. Sin embargo, ya que no estoy cualificado para ejercer la medicina, probablemente ustedes no me harán más caso en cuestiones médicas que a cualquier otro curandero. Yo tengo la convicción de que la mitad de las dificultades relacionadas con la voz que experimentamos al principio de nuestro ministerio se desvanecerán a medida que pasen los años y descubramos que su uso se ha hecho algo natural para nosotros. A aquellos que tienen un verdadero deseo de predicar, los estimularía a perseverar en ello: si sienten que la Palabra de Dios es como un fuego en sus huesos, hasta pueden vencer la tartamudez y desterrar el miedo, con todos sus efectos paralizantes. Aliéntate, joven hermano, persevera; y Dios, la naturaleza y la práctica te ayudarán.

No les entretendré más; pero quiero expresar el deseo de que su pecho, sus pulmones, sus tráqueas, sus laringes y todos sus órganos vocales les duren hasta que no tengan nada más que decir.

Discurso 9

La atención del auditorio

El tema que nos ocupa es uno al que casi nunca se hace referencia en ningún libro acerca de la homilética: un hecho de lo más curioso, ya que se trata de un asunto de la mayor importancia y merecedor de más de un capítulo. Supongo que los eruditos de la predicación consideran que todos sus volúmenes están aderezados con esta cuestión y que no necesitan dárnosla en terrones, ya que —como el azúcar en el té— le da sabor al todo. El tema soslayado es: «Cómo obtener y retener la atención de quienes nos escuchan». Hay que ganarse su atención, de otro modo nada se puede hacer con ellos; y hay que conservarla, o estaremos hilvanando palabras pero sin ningún beneficio.

Nuestros oficiales ingleses siempre ponen la palabra «¡ATENCIÓN!» como encabezamiento a sus avisos militares en grandes letras mayúsculas, y nosotros precisamos una palabra así encabezando todos nuestros sermones. Necesitamos la atención devota, candorosa, despierta y continuada de toda la congregación. Si las mentes de los hombres están vagando en la lejanía no pueden recibir la verdad; y lo mismo sucede si se encuentran inactivas. No se puede sacar el pecado de los hombres mientras estos se hallan profundamente dormidos —como se sacó a Eva del costado de Adán—; tienen que estar despiertos, comprender lo que les estamos diciendo y sentir la fuerza de ello, de otro modo también nosotros podemos echarnos a dormir. Hay ciertos predicadores a quienes no les importa mucho si los escuchan o no: siempre que ellos puedan mantenerse durante el tiempo asignado, les preocupa muy poco si su congregación oye para la eternidad o lo hace en vano. Cuanto antes esos ministros duerman en el camposanto y prediquen a través del versículo grabado en sus lápidas tanto mejor. Algunos hermanos dirigen sus palabras a los conductos de ventilación, como si quisieran obtener la atención de los ángeles; mientras que otros miran hacia abajo, a su libro, como absortos en sus pensamientos o si se tuvieran a sí mismos por auditorio y estuvieran muy honrados con ello. ¿Por qué esos hermanos no predican en la pradera y edifican a las estrellas? Si su predicación no guarda relación con quienes los escuchan, podrían hacerlo con evidente propiedad: si un sermón constituye un soliloquio, cuanto más solitario esté el actor, tanto mejor.

Para cualquier predicador racional (y no todos lo son), debe resultar esencial el interesar a todos sus oyentes: desde el más viejo hasta el más joven. No deberíamos siquiera crear inatención en los niños. «Crearles inatención —se dicen ustedes—, ¿quién hace eso?». Yo digo que la mayoría de los predicadores lo hacen; y que cuando los niños no están callados en una reunión, a menudo, es tanto nuestra culpa como la de ellos. ¿No puedes introducir alguna pequeña historia o alguna parábola especialmente dirigida a los pequeños? ¿No eres capaz de captar la mirada del niño que se halla en el entresuelo y de la niña del patio de butacas, los cuales han empezado a agitarse, y devolverlos al orden con una sonrisa? Yo hablo a menudo a los niños huérfanos que se sientan al pie de mi púlpito con los ojos. Queremos que todo ojo esté fijo en nosotros y todo oído abierto a nuestras palabras. A mí me disgusta hasta el hecho de que un ciego no dirija hacia mí su rostro: si veo a alguien dándose la vuelta, susurrando, asintiendo con la cabeza o mirándose el reloj, considero que no estoy haciéndolo bien y

debo, de alguna manera, ganar esas mentes. Muy pocas veces tengo que quejarme de ello; y cuando lo hago, mi estrategia general consiste en quejarme acerca de mí mismo, y hacerme cargo de que no tengo derecho a que me atiendan si no soy capaz de lograr su atención.

Ahora bien, hay algunas congregaciones cuya atención no se obtiene fácilmente, porque no ponen ningún interés. Es inútil regañarlos: eso sería como tirarle a un pájaro un arbusto para cazarlo. En realidad, en la mayoría de los casos, es a otra persona a quien deberías reprender: a ti mismo. Tal vez el atender sea deber de ellos, pero es tu responsabilidad mucho más aún que ellos lo hagan. Debes atraer los peces a tu anzuelo y, si no acuden, tendrías que culpar de ello al pescador y no a los mencionados peces. Oblígalos a quedarse callados por un momento y escuchar lo que el Señor Dios tiene que hablarles a sus almas. Aquel ministro que aconsejó a una anciana que respirase rapé para no dormitar, recibió una justa reprimenda con la respuesta de aquella, quien le dijo que si él pusiera más rapé en el sermón se mantendría mucho más despierta. Debemos echar rapé en abundancia a nuestros sermones o alguna cosa más estimulante aún. Recuerden que para algunos miembros de nuestras congregaciones no es tan fácil estar atentos: muchos de ellos no están interesados en el tema y no han sentido suficiente actividad de la gracia en sus corazones como para hacerles confesar que el evangelio tenga algún valor especial para ellos. Respecto del Salvador que les predicas, puedes decirles:

¿Es nada para ti que pasas?
¿Es nada que Jesús muriera?

Muchos de ellos se han visto abrumados durante la semana por las preocupaciones del trabajo, y deberían echar su carga sobre el Señor; ¿pero lo haces *tú* siempre? ¿Te resulta siempre fácil *a ti* escapar de la ansiedad? ¿Eres *tú* capaz de olvidar a la mujer enferma y a los hijos dolientes que has dejado en casa? No hay duda alguna de que muchos vienen a la casa del Señor pesadamente cargados con los pensamientos de sus ocupaciones diarias. El granjero recuerda los campos que tiene que labrar o sembrar: es un domingo lluvioso, y su mente piensa en el color amarillo del trigo joven. El comerciante ve esa factura impagada revoloteando ante sus ojos, y el tendero repasa sus deudas que lo abruman. No me parece extraño que los colores de las cintas de las señoras y el crujido de las botas de los caballeros molesten a muchos: hay moscas muy molestas volando por ahí. Beelzebú, el dios de las moscas, se encarga de que siempre que se celebra un banquete del evangelio los convidados estén molestos por cosas intrascendentes. A menudo, los mosquitos mentales le pican al hombre cuando le estás predicando, y este piensa más en las distracciones banales que en tu mensaje. ¿Nos maravilla tanto que así sea? Tu deber es espantar esos mosquitos y conseguir los pensamientos atentos de tu congregación, para desviarlos del canal en que se han estado moviendo durante seis días a otro apropiado para el día de reposo. En tu mensaje, y en el tema del mismo, debe haber fuerza suficiente como para levantarlos de la tierra a la que se aferran y elevarlos un poco más cerca del Cielo.

Con frecuencia, a las congregaciones les resulta difícil atender por culpa del lugar de reunión o del ambiente que se respira. Si el lugar, por ejemplo, se parece a este en que estamos ahora —sellado para impedir la entrada del aire puro, con todas las ventanas cerradas— la gente ya tiene bastante con respirar y no puede pensar en nada más. Cuando han inhalado una y otra vez el aire que ha pasado por

los pulmones de otras personas, toda la maquinaria de la vida se descompone, y es más probable sentir dolor de cabeza que quebrantamiento de corazón. La segunda cosa más importante para un predicador —después de la gracia de Dios— es el oxígeno. Oren para que se abran las ventanas de los cielos, pero empiecen por abrir ustedes mismos aquellas de su lugar de reunión. Observen muchos de nuestros salones rurales —y me temo que también las capillas de nuestras ciudades— y verán que las ventanas no están hechas para abrirse. Este bárbaro estilo moderno de construcción no nos proporciona más techo que un granero, ni más aberturas de ventilación de las que se encontrarían en una mazmorra oriental en donde el tirano espera que sus prisioneros vayan muriendo poco a poco. ¿Qué pensaríamos de *una casa* donde las ventanas no se pueden abrir? ¿Alguno de ustedes alquilaría una vivienda así? Sin embargo, la arquitectura gótica y el estúpido orgullo hacen que muchas personas renuncien a la salubridad de las ventanas de bastidores a cambio de pequeños agujeros en el techo o trampas para pájaros en las ventanas, haciendo los salones de reunión mucho menos confortables que lo fue el horno de Nabucodonosor para Sadrac, Mesac y Abed-nego. Si tales capillas estuvieran debidamente aseguradas, yo sería incapaz de orar para que fuesen preservadas del fuego. Y, hasta cuando las ventanas pueden abrirse, a menudo se mantienen cerradas durante un mes entero y, domingo tras domingo, la impura atmósfera permanece invariable. Esto no habría por qué soportarlo. Ya sé que algunas personas no reparan en estas cosas, y he oído comentar que los zorros no mueren por el hedor de sus madrigueras; pero yo no soy un zorro, y el aire viciado hace que me embote y que lo hagan también mis oyentes. Una bocanada de aire fresco recorriendo el edificio podría ser la segunda cosa más importante para la gente, después del evangelio mismo; por lo menos los pondría en una disposición apropiada para recibir la verdad. Preocúpense, durante la semana, de quitar todo impedimento que causa el aire viciado. En mi antigua capilla de Park Street, mencioné a mis diáconos varias veces la opinión de que sería mejor quitar los cristales superiores de las ventanas enmarcadas en hierro, ya que las mismas no estaban hechas para abrirse. Lo dije en varias ocasiones sin ningún resultado; pero un lunes sucedió que, providencialmente, alguien quitó la mayoría de dichos cristales con tanta pericia como lo hubiera hecho un cristalero. Hubo una consternación bastante grande al respecto, y se hicieron muchas conjeturas acerca de quién había cometido tal delito; yo propuse ofrecer una recompensa de 5 £ a quien descubriera al delincuente, quien —una vez descubierto— recibiría esa cantidad como regalo. Como la recompensa no estaba disponible, no me sentí en la obligación de delatar al individuo. Espero que ninguno de ustedes sospeche de *mí*, porque si lo hiciera yo tendría que confesar que he estado caminando ayudado por el bastón que dejó entrar el oxígeno en aquella sofocante estructura.

A veces, los hábitos de nuestras congregaciones son contrarios a la atención: la gente tiene la costumbre de asistir a la iglesia, pero no de atender al predicador. Están acostumbrados a volver la cabeza cada vez que alguien entra en la sala, y esto sucede todo el tiempo: algunas veces con fuertes pisadas, crujidos de botas y portazos. En cierta ocasión, estaba predicando a una congregación que se volvía continuamente para mirar, así que consideré conveniente decir: «Muy bien, amigos, puesto que es tan interesante para ustedes saber quién entra en la sala, y a mí me molesta tanto que ustedes se vuelvan a mirar, si lo desean, les describiré a cada recién llegado para que se queden quietos en sus asientos y me miren a mí; así mantendremos al menos una apariencia de decoro». De modo que describí a un

caballero que entraba, el cual dio la casualidad de ser amigo mío y no se ofendió por ello, como «un hombre muy respetable que acababa de quitarse el sombrero», etc. Después de aquel único intento, descubrí que no era necesario que describiese a nadie más, ya que estaban escandalizados por lo que estaba haciendo. Les aseguré que a mí me escandalizaba mucho más que ellos hubieran hecho necesario el que tuviera que reducir su conducta a semejante disparate. Aquello los curó de su costumbre por el momento —y espero que para siempre—, para el alborozo de su pastor.

Supongamos ahora que hemos corregido esto: que han aireado la sala y reformado los hábitos de la congregación. ¿Cuál es el siguiente paso? *Para obtener la atención de la gente, la primera regla de oro es decir siempre algo que valga la pena escuchar.* La mayoría de las personas poseen un instinto que les hace querer oír algo bueno. Y tienen otro instinto semejante a este —del cual harán ustedes bien en tomar nota—, que les impide ver el beneficio de una escucha atenta a las meras palabras. No es una crítica muy severa el afirmar que las palabras de muchos ministros valen, en una proporción bastante grande, lo que sus pensamientos. En realidad, sus palabras esconden los pensamientos que tienen, si es que tienen algunos. Vuelcan montones de paja con, tal vez, algún que otro grano de avena, aunque sería bastante difícil encontrarlo. Las congregaciones no atenderán durante mucho tiempo a palabras y más palabras si no hay alguna otra cosa. Aunque no veo entre los mandamientos uno que diga: «No serás palabrero», tal vez este se incluya en ese otro que ordena: «No hurtarás»; porque es un fraude para tus oyentes que les des solo palabras en vez de alimento espiritual: «En las muchas palabras no falta pecado», aun en el mejor predicador. Da a tus oyentes alguna cosa que puedan atesorar y recordar, que tenga probabilidades de serles de utilidad. Para el lugar mejor, el mejor material: doctrina sólida de la Palabra de Dios. Dales maná fresco del Cielo, no lo mismo vez tras vez —de la misma forma— hasta la saciedad (*ad nauseam*): como el pan del asilo, cortado siempre igual en todo tiempo del año. Dales algo sorprendente, que haga que valga la pena que un hombre se levante en medio de la noche o camine 80 km para oírlo. Eres muy capaz de hacerlo. *Háganlo,* hermanos: háganlo continuamente y obtendrán toda la atención que puedan desear.

Que el buen material que les das esté organizado de un modo muy claro. Esto significa mucho: es posible amontonar un gran volumen de cosas buenas formando un revoltijo. Desde el mismo día que se me envió a la compra con un canasto y compré ½ kg de té, 100 gr de mostaza y 1½ kg de arroz; y que, volviendo a casa, vi una jauría de perros de caza y me pareció necesario seguirlos saltando setos y zanjas —siempre lo hacía cuando era niño—; y que, cuando llegué a casa, descubrí que todo lo que había comprado —té, mostaza y arroz— formaba una terrible amalgama revuelta, he sabido que necesito envolver mis temas en paquetes bien hechos y resistentes, atados por todo su contorno con el hilo de mi discurso. Y hago esto como primera, como segunda y como tercera cosa, por muy pasado de moda que este método pueda estar. La gente no se beberá tu té con mostaza, ni se deleitará con sermones revueltos que no tengan ni pies ni cabeza sino que son como el *Skye terrier* del Sr. Bright, del que no se distinguía la cabeza de la cola. Sirve a los hombres la verdad de una manera lógica y ordenada, para que puedan recordarla con facilidad, y la recibirán mejor.

Asegúrate, además, de que hablas claramente; ya que, por muy excelente que sea tu material, si la gente no lo comprende, no les será de utilidad alguna. Lo mismo sería que les hablases en el idioma de Kamchatka o en tu propia lengua, si es que empleas frases que están muy fuera de su comprensión y

modos de expresión inapropiados para sus mentes. Sube a su nivel, si se trata de un hombre pobre, o baja al mismo, si es una persona culta. ¿Te sonríes porque invierto los términos de esta forma? Es porque considero que hay más altura en ser sencillo para con los ignorantes que en ser refinado con los educados. De cualquier modo, lo primero es más difícil y está más de acuerdo con la forma de hablar de nuestro Salvador. Es sabio andar por una senda en que quienes te oyen pueden seguirte, en vez de montarte en el caballo alto y pasar por encima de sus cabezas. Nuestro Señor y Maestro era el Rey de los predicadores; sin embargo, él nunca estuvo por encima de la comprensión de nadie, excepto cuando la grandeza y la gloria de su mensaje lo requería. Sus palabras y expresiones eran tales que hablaba como el «santo niño Jesús». Que tu corazón escriba un buen mensaje, claramente organizado y expresado con sencillez, y es bastante seguro que te harás con el oído de la gente y también con sus corazones.

Preocúpate también de tu manera de predicar: trata de promover la atención de tus oyentes. Y aquí debo decir que, como norma, no debes leer tus sermones. Ha habido algunos lectores muy eficaces: como, por ejemplo, el Dr. Chalmers, que no hubiera tenido auditorios más atentos de haber estado improvisando. Pero no creo que estemos a la altura del Dr. Chalmers. Hombres tan eminentes como él pueden leer, si lo prefieren, pero para nosotros hay «un camino más excelente». La mejor lectura que yo haya oído sabía a papel y se me atragantó. No disfruté de ella, porque no tengo una digestión tan buena como para disolver los folios. Es mejor que evites los manuscritos, aunque con ello tengas que recitar. Lo mejor es que ni recites ni leas; y, si tienes que leer, mira bien que lo hagas a la perfección. Sé el mejor de los lectores, ya que lo necesitarás para conseguir la atención de la gente.

Déjame decirte aquí que, *si quieres que te escuchen, no debes improvisar a fin de hacer hincapié*, ya que eso es tan malo como el leer —o tal vez peor—; a menos que el manuscrito se haya redactado en forma espontánea: es decir, sin un estudio previo. No entres en el púlpito para decir lo primero que te venga a la mente; porque en el caso de la mayoría de los hombres, lo más elevado que piensan no es más que mera banalidad. Tu congregación necesita mensajes que se hayan preparado laboriosamente y con oración. A la gente no le gusta la comida cruda, sino cocinada y lista para ser consumida. Debemos dar, con toda nuestra alma y en las palabras que se nos presenten con naturalidad, el material que hemos preparado tan cuidadosamente como hubiera podido hacerlo alguien que escribe sus sermones. En realidad, debería estar aun mejor preparado que eso si queremos hablar bien. El mejor método, creo yo, es que el predicador no improvise su material, pero sí sus palabras: el lenguaje le viene en el momento de hablar, pero el tema lo ha meditado bien y, como un maestro de Israel, habla de lo que sabe y testifica de lo que ha visto.

A fin de conseguir la atención del auditorio, emplea una forma lo más agradable posible. No caigas, por ejemplo, en la monotonía: cambia la voz continuamente. Varía, asimismo, tu velocidad de expresión: corre a veces como un relámpago y, otras, avanza con sosegada majestad. Cambia de sitio el acento, traslada el énfasis y evita los sonsonetes. Varía el tono de la voz: emplea ocasionalmente los bajos y haz que retumben los truenos dentro de ellos; otras veces, habla como lo haces generalmente, con los labios, en tono conversacional. Lo que sea, con tal de variar. La naturaleza humana ansía la variedad, y Dios se la concede en la naturaleza, la providencia y la gracia; tengámosla también nosotros en nuestros sermones. Sin embargo, no me extenderé mucho acerca de esto, porque ha

habido predicadores que han despertado la atención y la han mantenido simplemente con su material, mientras que su forma de hablar era muy imperfecta. Si Richard Sibbes, el puritano, estuviera esta tarde aquí con nosotros, yo le garantizaría una atención constante a cuanto tuviera que decir, a pesar de que balbuceaba terriblemente. Uno de sus contemporáneos decía que «*sib*ilaba», de tanto como ceceaba y siseaba. Y no tenemos que ir muy lejos para encontrar ejemplos de predicadores actuales así, ya que hay demasiados. Pero debemos recordar que Moisés era torpe de palabra y, sin embargo, todos los oídos estaban atentos a lo que decía. Y, probablemente, también Pablo trabajaba con una limitación semejante, ya que se decía que era tosco en el habla; de esto, sin embargo, no podemos estar seguros, puesto que solo se trataba de una crítica de sus enemigos. El poder de Pablo en las iglesias era muy grande; aun así, no siempre podía mantener la atención de su auditorio cuando sus sermones eran largos, ya que por lo menos uno de sus oyentes se durmió mientras él hablaba con graves consecuencias.

La forma no lo es todo; sin embargo, si has juntado un buen material, es una pena que lo transmitas defectuosamente: un rey no debería viajar en un carro de la basura, ni las gloriosas doctrinas de la gracia comunicarse descuidadamente. Las verdades regias tendrían desplazarse en una carroza de oro. Saca tus más nobles y blanquísimos corceles, y haz que las trompetas de plata hagan sonar melodiosamente su música mientras la verdad se pasea por las calles. Si la gente no presta atención, no permitas que puedan escudarse en tu imperfecta manera de hablar. No obstante, si no podemos enmendarnos en esto, pongamos tanta más diligencia en compensarlo con la riqueza de nuestro material, y hagámoslo siempre lo mejor posible.

Como norma, *no hagas la introducción demasiado larga*: siempre es una pena construir un gran porche para una casa pequeña. Una excelente mujer cristiana escuchó en cierta ocasión a John Howe, y como este tomara una hora para su prólogo, su comentario fue que el querido señor había tardado tanto tiempo en poner el mantel que a ella se le había ido el apetito: no pensaba que fuera a haber cena alguna después de todo. Pon la mesa deprisa, y termina pronto con el ruido de las fuentes y los cuchillos. Tal vez hayan visto ustedes cierta edición de *Rise and Progress of Religión in the Soul* (Nacimiento y progreso de la religión en el alma), de Doddridge, con un ensayo introductorio de John Foster. El ensayo en cuestión es al mismo tiempo más voluminoso y mejor que el libro de Doddridge, y priva a este último de la oportunidad de leerse. ¿No es esto ridículo? Eviten ese error en sus composiciones. Yo prefiero hacer la introducción de mi sermón muy parecida a la del pregonero, que toca su tambor y dice unas pocas palabras meramente para que la gente sepa que tiene noticias para ellos y quiere que lo escuchen. Para conseguirlo, la introducción debería contener algo sorprendente: está bien hacer un disparo que llame la atención, como señal para que se despeje la escena. No comiencen con toda la intensidad de su pensamiento, pero sí de tal manera que hagan que la gente espere una buena experiencia. Tampoco conviertan su preludio en una pomposa introducción que no lleva a ninguna parte, sino hagan del mismo un peldaño hacia algo mejor aún. Sean vivaces desde el comienzo mismo.

No te repitas predicando. Yo solía escuchar a un ministro que tenía por costumbre decir, después de haber pronunciado una docena de frases: «Cómo ya he expresado» o «Repito lo que antes he señalado». ¡Hombre de Dios!, puesto que lo que había dicho no tenía nada de especial, la repetición

solo servía para revelar más claramente la aridez del paisaje. Si lo que has dicho ha sido muy bueno y lo has dicho con convicción, ¿qué necesidad hay de repetirlo? Y si ha sido de poco valor, ¿para qué exhibirlo de nuevo? Naturalmente, a veces la repetición de unas pocas frases resulta muy efectiva: todo puede ser muy bueno ocasionalmente, pero terrible si se convierte en un hábito. ¿Es de extrañar que la gente no escuche la primera vez cuando sabe que todo lo que se dice va a repetirse?

Más aún: no repitas la misma idea una y otra vez con otras palabras. Deja que haya alguna cosa nueva en cada frase. No sigas machacando el mismo clavo: ¡tu Biblia es muy grande, permite que la gente disfrute de su extensión y amplitud! Y, hermanos, ¡no crean que cada vez que predican necesitan presentar un índice completo de teología o un resumen formal de todas las doctrinas, como hace el Dr. Gill! No es que quiera desacreditar o hablar mal del Dr. Gill: su método es admirable para un compendio teológico o un comentario, pero inadecuado para la predicación. Conozco a un ministro cuyos sermones, cuando se imprimen, parecen índices teológicos, más apropiados para un aula de enseñanza que para un púlpito, donde pasan desapercibidos para los oídos del público. Nuestros oyentes no quieren los huesos pelados de las definiciones técnicas, sino la carne y el sabor. Las definiciones y diferencias están muy bien, pero cuando constituyen el elemento principal de un sermón nos recuerdan al mensaje de cierto joven, que estaba compuesto por diversas distinciones importantes, y al finalizar el cual un anciano diácono comentó que había una distinción que el joven en cuestión había omitido: a saber, aquella que hay entre la carne y los huesos. Si los predicadores no distinguen entre ambas cosas, el resto de sus distinciones no los hará demasiado distinguidos.

Para mantener la atención de la gente, *evita ser demasiado largo.* Un viejo predicador solía decirle a cierto joven que predicaba durante una hora: «Querido amigo, no me importa *en torno* a qué otra cosa quieras predicar, pero desearía que lo hicieras *en torno* a 40 minutos». Pocas veces deberíamos sobrepasar mucho ese límite —40 minutos— o, digamos, tres cuartos de hora. Si un sujeto no puede decir todo lo que tiene que decir en ese tiempo, ¿cuándo lo hará?

Pero hubo alguien que dijo querer «hacer justicia al tema que había escogido». Muy bien, ¿pero no debería hacer justicia, a sí mismo, a su congregación o, al menos, tener un poco de misericordia de ellos y no retenerlos por demasiado tiempo? El tema no se quejará de ti, pero la gente sí lo hará. En algunas localidades rurales, principalmente durante la tarde, la gente tiene que ordeñar sus vacas, y cierto granjero se quejaba, hablando conmigo, de un joven —creo que era de esta Escuela— con las siguientes palabras: «Mire, tenía que haber terminado a las 4:00 de la tarde, pero siguió hablando hasta las 4:30, ¡y allí estaban todas mis vacas esperando a que se las ordeñara! *¿Cómo le habría sentado a él si hubiera sido una vaca?*».

Esa era una pregunta muy sensata: la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales debería haber llevado a juicio a aquel joven pecador. ¿Cómo pueden los granjeros oír con provecho cuando tienen la cabeza llena de vacas? Durante esos diez minutos de más que dura tu sermón, la madre se siente virtualmente segura de que el bebé estará llorando, o de que se habrá apagado el fuego, y no es capaz de prestar atención a tu ministerio ni lo hace. La estás reteniendo diez minutos más de lo pactado, y lo considera una muestra de injusticia por tu parte. Existe una especie de convenio tácito entre tú y tu congregación de que no los cansarás por más de una hora y media; y si los retienes por más tiempo, ello equivale a la violación de un tratado y a una muestra de falta de

honradez práctica de la que no deberías hacerte culpable. La brevedad es una virtud al alcance de todos nosotros; no perdamos la oportunidad de conseguir el crédito que trae consigo. Si me preguntas cómo puedes acortar tus sermones te diré que *los estudies mejor.* Pasa más tiempo en el despacho para que necesites menos en el púlpito: por lo general somos más largos cuando tenemos menos que decir. Un hombre con mucho material bien preparado probablemente no sobrepasará los 40 minutos; pero si tiene menos que decir, seguirá hasta los 50 y, cuando no tenga absolutamente nada, necesitará una hora para decirlo. Presta atención a esas cosas menores y ellas te ayudarán a mantener la atención de la gente.

Si quieres contar con la atención de tu congregación (mantenerla plenamente y en todo momento), *solo puedes conseguirlo si el Espíritu de Dios los guía a una disposición elevada y devota*. Si tienes una congregación dócil, piadosa, activa, seria y devota, subirán a la casa del Señor decididos a obtener una bendición. Se sentarán pidiéndole en oración a Dios que les hable por medio de ti, permanecerán atentos y no se cansarán. Tendrán hambre del evangelio, porque conocen la dulzura del maná celestial, y estarán ansiosos por recoger las porciones que les corresponden. Ningún hombre tendrá jamás una congregación a la que predicar que sobrepase en esto a la mía. En realidad, las personas con quienes el predicador se siente más a gusto son, por lo general, sus mejores oyentes. A mí me resulta bastante fácil predicar en el Tabernáculo, ya que mi congregación viene con el propósito de recibir algo y su expectativa contribuye a que esto se cumpla. Si oyeran a otro predicador con la misma expectación, creo que por lo general quedarían satisfechos, aunque hay excepciones.

Cuando el predicador es nuevo, no puede esperar que su congregación le preste esa atención solemne y devota que obtienen quienes son como padres entre sus propios hijos, queridos por un sinfín de recuerdos acumulados y estimados por su edad y su experiencia. Toda nuestra vida debe ser tal que añada peso a nuestras palabras, a fin de que en los años venideros podamos esgrimir la invencible elocuencia de un carácter probado y obtener, no meramente la atención, sino también la cariñosa veneración de nuestro rebaño. Si por nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros trabajos, nuestra congregación llega a estar espiritualmente saludable, no habremos de temer perder su atención. Una congregación hambrienta de justicia y un ministro ansioso por alimentar sus almas, funcionarán en la mejor de las armonías cuando su tema compartido sea la Palabra del Señor.

Pero si necesitas otra idea para conseguir la atención de tus oyentes, te diré: *Interésate tú mismo* y así interesarás a otros. Estas palabras encierran más de lo que parece a simple vista, así que seguiré un hábito que acabo de condenar y repetiré la frase: Interésate tú mismo y así interesarás a otra gente. El tema de tu mensaje debe pesar tanto en tu propia mente que dediques todas tus facultades en su más alto grado a comunicarla con toda el alma. Entonces, cuando tus oyentes vean que el asunto ha absorbido tu atención, poco a poco absorberá también la suya.

¿Te extraña que la gente no escuche a un hombre que no siente que tiene algo importante que decir? ¿Te parece extraño que no presten todo su oído cuando el que habla no lo hace con todo el corazón? ¿Te maravilla que sus pensamientos vaguen hacia otros temas que son reales para ellos, cuando les parece que el predicador está malgastando el tiempo en cuestiones las cuales trata como si fueran meramente ficticias? Romaine solía decir que estaba bien entender el *arte* de la predicación, pero que era infinitamente mejor conocer el *corazón* de la misma, y ese dicho tiene bastante peso. El

corazón de la predicación, el poner el alma en ella, la devoción que suplica como por la propia vida, implica tener ganada la mitad de la batalla por obtener la atención. Dicho esto, no se pueden mantener embelesadas las mentes de las personas simplemente con la devoción, si no tenemos nada que decir. La gente no va a estar eternamente a la puerta de sus casas para oír como un hombre aporrea un tambor; saldrán para ver lo que dicho hombre hace, pero una vez que comprendan que se trata de mucho ruido para nada, darán un portazo y se meterán adentro otra vez, como si dijeran: «Nos has engañado y eso no nos gusta». Tengan algo que decir y díganlo con fervor, y tendrán a la congregación a sus pies.

Puede que sea superfluo señalar que para la mayoría de nuestros oyentes *es conveniente que haya un buen número de ilustraciones en nuestros mensajes*. Para ello tenemos el ejemplo de nuestro Señor; y la mayor parte de los grandes predicadores han empleado en abundancia los símiles, las metáforas, las alegorías y las anécdotas. ¡Pero cuidado con extralimitarte! El otro día leía el diario de una señora alemana que se había convertido del luteranismo a nuestra fe, y hablaba de cierto pueblo en donde ella vive de esta manera:

> Allí tenemos una pequeña misión y algunos hombres jóvenes vienen a predicarnos. No quiero criticar a esos jóvenes caballeros, pero nos cuentan muchas bonitas historias y no creo que haya mucho más en aquello que dicen. También he oído antes algunas de sus historias, de manera que con ellas no despiertan demasiado mi interés, como lo harían si nos enseñaran algunas buenas doctrinas de las Escrituras.

Sin duda este mismo pensamiento ha cruzado por la mente de muchas otras personas. Las «bonitas historias» están muy bien, pero nunca será suficiente que nos apoyemos en ellas como el gran atractivo de un sermón. Además, sean precavidos en lo referente a algunas de esas «bonitas historias», porque les queda poco tiempo de vida: las pobres están gastadas a más no poder y deberían tirarse a la basura. He oído algunas de ellas tantas veces que podría contarlas yo mismo, pero no hay necesidad de hacerlo. Ojalá se nos evitaran misericordiosamente, tanto a nosotros mismos como a nuestros oyentes, las anécdotas trilladas. Las antiguas bromas nos ponen malos cuando algún tipo ingenioso intenta hacerlas pasar por suyas, y las anécdotas que escucharon nuestros bisabuelos producen un efecto muy parecido en nuestras mentes. ¡Cuidado con esas recopilaciones sumamente populares de ilustraciones que tiene en su mano todo maestro de escuela dominical!, ya que nadie te dará las gracias por repetir aquello que todo el mundo conoce de memoria. Si cuentas anécdotas, que tengan cierta medida de frescura y originalidad. Mantén los ojos abiertos y recoge flores del jardín y del campo con tus propias manos: serán mucho más aceptables que esos secos especímenes que se toman prestados de los ramos de otros hombres, por muy hermosos que los mismos hayan sido alguna vez. Presenta muchas y apropiadas ilustraciones; pero no tanto con parábolas importadas de fuentes ajenas como con símiles idóneos que surjan del tema en sí. Sin embargo, tampoco pienses que la ilustración lo sea todo: es la ventana, ¿pero de que vale la luz que entra por ella si no tienes nada que la misma pueda revelar? Guarnece tus platos, pero no olvides que lo más importante para considerar es el asado, no la guarnición. Tienes que dar verdadera instrucción y enseñar sólida doctrina, o descubrirás que tus imágenes dejan de interesar a los oyentes y que estos suspiran por carne espiritual.

En tus sermones *cultiva lo que el Padre Taylor llama «el poder de la sorpresa»*. Hay mucha fuerza en eso para conseguir la atención de tu auditorio. No digas lo que todo el mundo esperaría que dijeras: aparta tus frases de lo rutinario. Si ya has dicho: «La salvación es por pura gracia», no añadas siempre: «Y no por mérito humano». Cambia y expresa: «La salvación es por pura gracia; no hay ningún rincón donde la justicia propia pueda esconder la cabeza». Me temo que soy incapaz de recordar ninguna de las frases del Sr. Taylor para hacerle justicia, pero decía cosas como estas: «Algunos de ustedes no progresan en la vida divina porque avanzan un poco y luego vuelven atrás flotando: igual que un barco en un río sometido a la marea, el cual va corriente abajo justo lo suficiente para ser devuelto a su sitio por el flujo del mar. Así ustedes progresan bien durante un tiempo y luego, de repente, encallan en alguna cala pantanosa»; o algo por el estilo. ¿Acaso no nos repitió también un discurso acerca de esto mismo: «Él estaba seguro de que si se convertían caminarían rectamente y mantendrían sus bueyes fuera del trigal del vecino». Recurrir ocasionalmente a este método de sorpresa mantendrá a un auditorio en un estado de adecuada expectación.

Por esta época, el año pasado, me encontraba sentado en la playa de Mentone, a orillas del Mediterráneo. Las olas subían y bajaban muy suavemente, porque allí hay muy poca marea o ninguna, y el viento estaba en calma. Las olas se acercaban lánguidamente una tras otra y yo apenas las notaba, aunque estaban justamente a mis pies. De repente, como arrebatado por una nueva pasión, el mar lanzó una ola de gran alcance que me empapó por completo. Con lo quieto que había estado hasta entonces, no puedes imaginarte lo deprisa que me puse en pie y lo rápido que terminaron mis ensoñaciones. Entonces le dije a un hermano ministro que tenía al lado: «Esto nos enseña cómo debemos predicar: para despertar a la gente hemos de sorprenderlos con alguna cosa que ellos no esperaban». Hermanos, tómenlos por sorpresa; dejen caer su rayo desde un cielo sin nubes. Cuando todo esté en calma y soleado, permitamos que sobrevenga la tormenta y que, por medio del contraste, haga sus terrores tanto más grandes. Recuerden, sin embargo, que nada servirá si ustedes mismos se duermen mientras están predicando. ¿Es eso posible? ¡Claro que sí! Se hace todos los domingos: muchos ministros están más que medio dormidos a lo largo de todo el sermón. En realidad nunca estuvieron despiertos en algún momento y, probablemente, jamás lo estarán a menos que se les dispare un cañón cerca del oído: frases aburridas, expresiones trilladas y una terrible monotonía forman la esencia de sus mensajes, y se preguntan por qué la gente está tan soñolienta. Confieso que yo lo tengo claro.

Una ayuda muy útil para garantizar la atención del auditorio es la *pausa*. Haz un alto de vez en cuando y los pasajeros de tu carruaje se despertarán. El molinero se duerme mientras giran las ruedas del molino; pero, si por una u otra causa cesa la molienda, el buen hombre empieza a gritar: «¡Qué pasa ahora!». En un caluroso día de verano, si nada es capaz de evitar la somnolencia, sé breve, canta más de lo habitual o pide a uno o dos hermanos que oren. Cierto ministro que vio que la gente se le dormía, se sentó y comentó: «Los veía a todos descansando y me dije: 'Voy a descansar yo también'».

Andrew Fuller acababa de comenzar su sermón cuando vio que la gente empezaba a dormirse, y expresó: «Amigos, amigos, eso no colará esta vez: en ocasiones, cuando se dormían, yo pensaba que la culpa era mía; pero ahora están dormidos antes de que empiece, de modo que debe ser suya la culpa. Por favor, despierten y denme la oportunidad de hacerles algún bien». Muy bien dicho.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Aprende a hacer pausas: esfuérzate por intercalar estimulantes paréntesis de sosiego. Las palabras son plata, pero los silencios son de oro cuando el auditorio no atiende. Sigue, sigue y sigue con un material corriente y en un tono monótono, y lo único que estarás haciendo será mecer la cuna, produciendo un sopor aún más profundo. Pero sacude la cuna y el sueño se irá.

Sugiero de nuevo que para mantener la atención a lo largo de todo un mensaje debemos *hacer que la congregación sienta que aquello que les estamos diciendo les interesa*. En realidad, esta es una cuestión de lo más esencial, porque nadie se duerme cuando espera escuchar algo provechoso. He oído cosas muy extrañas, pero nunca que alguien se durmiera cuando se estaba leyendo un testamento en el cual esperaba obtener algo en herencia; o algún preso que lo hiciera mientras el juez estaba recapitulando y su vida corría peligro. El interés propio estimula la atención: predica acerca de temas prácticos y cuestiones apremiantes, de actualidad y personales, y te asegurarás una escucha atenta.

Valdrá la pena *impedir que los ayudantes crucen los pasillos* para ocuparse del gas o de las velas, o para distribuir bandejas para la colecta o abrir las ventanas. Los diáconos o los sacristanes trotando de acá para allá son una tortura que jamás debe soportarse con paciencia, sino que debería pedírseles, amablemente pero con decisión, que dejen de deambular.

El llegar tarde es también algo que hay que remediar, y debemos aplicarle nuestros argumentos y reconvenciones más amables. Estoy seguro de que el diablo tiene mucho que ver con bastantes perturbaciones en la congregación, que nos irritan y distraen nuestros pensamientos: los portazos de la puerta, el ruido distinto de un bastón que cae al suelo o el llanto de un niño es, todo ello, un instrumento oportuno en manos del maligno para obstaculizar nuestro trabajo; debemos, por tanto, con causa muy justificada, rogar a nuestra congregación que preserve nuestra utilidad de esta clase de asaltos.

Al principio les di una regla de oro para conseguir la atención: a saber, que digan siempre algo que valga la pena oír. Ahora les daré una regla de diamante, y concluiré con ella: *Estén investidos del Espíritu de Dios* y, entonces, nada surgirá en cuanto a la atención o la falta de ella. Sal directamente de tu aposento y de la comunión con Dios para hablar a los hombres de su parte con todo tu corazón y toda tu alma, y tendrás poder sobre ellos. En tu boca llevarás unas cadenas de oro que los mantendrán cautivos. Cuando Dios habla, los hombres tienen que escuchar; y aunque hable por medio de un pobre y débil hombre como ellos mismos, la majestad de la verdad los constreñirá a considerar su voz. Tu confianza debe estar en el poder sobrenatural. Aquí les decimos: perfecciónense en la oratoria, cultiven todos los campos del saber, hagan de sus sermones todo aquello que deben ser desde el punto de vista intelectual y retórico (nada menos que esto debe hacerse en semejante servicio); pero, al mismo tiempo, recuerden: «No [es] con ejército, ni con fuerza» como los hombres son regenerados o santificados, «sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos». ¿No has sido a veces consciente de estar revestido de celo como de un manto y lleno hasta rebosar del Espíritu de Dios? En tales ocasiones has tenido una congregación que atendía y poco después una congregación que creía. Pero si no estás así revestido de poder de lo alto, no eres para ellos más que un músico que toca un agradable instrumento o canta una dulce canción con una voz clara que llega al oído pero no al corazón. Y si no alcanzas el corazón, pronto cansarás al oído. Revístete, por tanto, del poder del Espíritu de Dios y predica a los hombres como aquellos que pronto tienen que rendir cuentas, y que

desean que esas cuentas no sean dolorosas para los suyos ni penosas para ellos mismos, sino para la gloria de Dios.

Hermanos, que el Señor esté con ustedes mientras van en su nombre y claman: «El que tiene oídos para oír, oiga».

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 10

La capacidad de improvisar

No vamos a tratar aquí la cuestión de si los sermones deberían escribirse y leerse, o aprenderse de memoria y repetirse, o si habría que utilizar abundantes notas o no emplear notas en absoluto. Ninguno de estos asuntos es el tema actual de nuestra consideración, aunque podamos aludir a cada uno de ellos de manera casual. Ahora vamos a hablar de la predicación espontánea en su forma más pura y completa: los sermones improvisados, sin una preparación especial, sin notas y sin haberlos meditado previamente.

Nuestro primer comentario es que *no aconsejamos a hombre alguno que intente esta clase de predicación como norma*. Si lo hiciera, en nuestra opinión, conseguiría producir un vacío en su iglesia y sus dones de dispersión se harían claramente manifiestos. Los pensamientos espontáneos que salen de la mente sin una investigación previa, sin que se haya indagado en absoluto acerca de los temas a tratar, serán forzosamente de una calidad muy inferior, aun cuando procedan de los hombres más insignes. Y como ninguno de nosotros tendrá la desfachatez de gloriarse de ser un genio o una maravilla de erudición, me temo que nuestros pensamientos improvisados acerca de la mayor parte de los temas no serán muy dignos de atención. Las iglesias no se sostienen sino es mediante un ministerio instructivo: el mero llenar el tiempo con oratoria no bastará. Por todas partes los hombres piden que se los alimente, que se los alimente de veras. Aquellos fanáticos de lo novedoso cuyo culto público consiste en las disertaciones de cualquier hermano que se levanta de un salto y habla, a pesar de su adulador atractivo para los ignorantes y parlanchines, por lo general van perdiendo interés para la gente y acaban pasando de moda. Porque hasta los hombres más excéntricos, que consideran que la voluntad del Espíritu es que cada miembro del cuerpo sea boca, pronto se impacientan escuchando las estupideces de otros, aunque perdonen las suyas propias; mientras que la inmensa mayoría de la buena gente se cansará de la ignorancia prosaica y volverá a las iglesias de donde los apartaron, o lo harían si los púlpitos de las mismas estuvieran abastecidos de una sólida enseñanza. Aun los cuáqueros, con todas sus excelencias, apenas han podido sobrevivir a la pobreza de pensamiento y de doctrina exhibida en muchas de sus asambleas por oradores espontáneos. El método del ministerio improvisado es prácticamente un fracaso y teóricamente incorrecto. El Espíritu Santo no ha hecho ninguna promesa de proporcionar comida espiritual a los santos mediante un ministerio espontáneo: Él jamás hará por nosotros aquello que podemos hacer nosotros mismos. Si somos capaces de estudiar y no lo hacemos, si podemos desarrollar un ministerio planificado y lo arrinconamos, no tenemos derecho alguno de invocar a un agente divino para que supla las carencias debidas a nuestra pereza o excentricidad. El Dios providente ha prometido alimentar a su pueblo con comida temporal, pero si fuéramos juntos a un banquete y ninguno se hubiese preocupado de preparar ni un solo plato, porque todos teníamos fe en que el Señor nos daría el alimento en el momento mismo, la fiesta no resultaría especialmente satisfactoria: nuestra insensatez se vería reprendida con el hambre, como sucede ciertamente en los banquetes espirituales del estilo improvisado, solo que los depósitos espirituales de

los hombres no son tan buenos oradores como sus estómagos. Caballeros, no intenten seguir por norma un sistema que es en general tan poco provechoso que lo único que hacen sus pocas excepciones es confirmar la regla. El predicador debería meditar y preparar bien todos sus sermones, y cada ministro abordar su tema, en la medida de lo posible, con mucha oración para obtener la guía celestial; dándose plenamente al mismo y ejerciendo toda su capacidad de pensamiento original, a la vez que reúne cada retazo de información que tiene a su alcance. Después de considerar todo el asunto desde sus diferentes ángulos, el predicador debería meditarlo bien, masticarlo y digerirlo; y, tras haberse alimentado él mismo con la palabra, preparar el alimento para los otros. Nuestros sermones deberían ser el sustento de nuestras mentes, la efusión de nuestro vigor religioso e intelectual; o, empleando otra figura, tendrían que ser diamantes bien cortados y engastados: preciosos en sí mismos pero con las señales de haberse trabajado. No quiera Dios que le ofrezcamos aquello que no nos cuesta nada.

Les prevengo encarecidamente contra la práctica de leer sus sermones; sin embargo, sí que les recomiendo, como un ejercicio altamente saludable y como una gran ayuda para conseguir una predicación improvisada eficaz, que los escriban con frecuencia. Aquellos de nosotros que escribimos mucho de otras maneras —para los periódicos, etc.—, tal vez no necesitemos tanto ese ejercicio; pero si no empleas la pluma por otras causas, actuarás con prudencia si escribes al menos algunos de tus sermones y los revisas meticulosamente. Luego, puedes dejarlos en casa. Aun así, escríbelos para que tu estilo no sea desaliñado. En su admirable tratado acerca de la predicación improvisada, el Sr. Bautain señala:

> Jamás serás capaz de hablar adecuadamente en público a menos que consigas tanto dominio de tu propio pensamiento como para poder descomponerlo en sus diferentes partes, analizar sus distintos elementos y, luego, si es necesario, recomponerlo, reunirlo y concentrarlo de nuevo mediante un proceso de síntesis. Ahora bien, este análisis de las ideas que, por así decirlo, despliegan las mismas delante de los ojos de la mente, solo se efectúa como es debido mediante la escritura. La pluma es el bisturí que disecciona los pensamientos y nunca, salvo cuando escribes aquello que estás viendo interiormente, puedes discernir claramente todo lo que contiene un determinado concepto u obtener su bien definido propósito. Entonces te entenderás a ti mismo y harás que otros te entiendan.

No les recomiendo la práctica de aprender de memoria los sermones para repetirlos luego, ya que se trata del tedioso ejercicio de una potencia inferior de la mente y un descuido indolente de otras facultades más elevadas de la misma. La práctica más ardua y encomiable consiste en llenar tu mente de material relacionado con el tema de la predicación y, luego, pronunciar el mensaje con las palabras apropiadas que te vengan al pensamiento en ese momento. Esto no es predicar espontáneamente; ya que, aunque las palabras son improvisadas —como creo que siempre deberían serlo—, los pensamientos proceden de la investigación y del estudio. Solo las personas irreflexivas piensan que esto sea sencillo; pero representa al mismo tiempo la forma más laboriosa y eficiente de predicar y tiene sus propias virtudes, de las cuales no puedo hablar ahora una por una, ya que nos desviaría de la cuestión que estamos tratando.

El tema que nos ocupa es la facultad de hablar pura, genuinamente y sin mezcla de manera

espontánea, y a ello volvemos ahora. Esta capacidad es sumamente útil y, en la mayor parte de los casos, se adquiere con un poco de diligencia. Muchos la poseen; aunque no diré que sean tantos como para parecer poco riguroso si afirmo que se trata de un don poco corriente. Los *improvisatori* italianos tenían la capacidad de hablar improvisadamente, hasta tal punto que sus versos espontáneos acerca de los temas sugeridos en el momento mismo por los espectadores, con frecuencia contaban centenares y hasta millares de líneas. Estos personajes producían tragedias enteras de manera tan espontánea como las aguas fluyen de los manantiales, y ensartaban rimas durante media hora —y a veces hasta por una hora entera— en el momento mismo, tal vez con la ayuda de un poco de vino de Italia. Sus obras impresas pocas veces se elevan por encima de la mediocridad; sin embargo, uno de ellos —Perfetti— obtuvo la corona de laurel que solo se les había concedido a Petrarca y a Tasso. Muchos de ellos producen instantáneamente, aún en la actualidad, versos adecuados para las facultades de sus oyentes, y consiguen la atención asombrada de estos. ¿Por qué no podemos adquirir nosotros esa misma eficacia con la prosa? Supongo que no seríamos capaces de producir versos de esta manera, ni creo tampoco que haya necesidad de anhelar tal habilidad. Sin duda, muchos de ustedes habrán escrito versos alguna vez —¿porque quién de nosotros no lo ha hecho en algún momento de debilidad?—; pero ya hemos abandonado esas ocupaciones infantiles, ahora que la sobria prosa de la vida y la muerte, el Cielo y el Infierno, y la perdición de los pecadores demanda toda nuestra atención[1].

Muchos *abogados* poseen en alto grado el don de hablar improvisadamente. ¡Alguna virtud tenían que tener! Hace algunas semanas se procesó a un desdichado por el execrable crimen de haber calumniado a un abogado. Tuvo suerte de que no fuera yo su juez, porque si se le hubiera probado un crimen tan difícil y atroz, lo hubiera condenado a verse interrogado durante toda su vida natural por un letrado, esperando, por misericordia, que dicha vida fuera breve. Pero muchos caballeros de la abogacía son oradores sumamente hábiles, y —como comprenderán ustedes sin dificultad— tienen que ser también, en buena medida, oradores espontáneos; ya que les resultaría imposible prever, en cada ocasión, los argumentos que fueran a requerir la evidencia, el humor del juez o las alegaciones de la otra parte. Por muy bien que se prepare un caso, siempre surgirán cuestiones que demanden una mente ágil y una lengua fluida para tratarlas. Ciertamente, me he quedado boquiabierto ante las réplicas ingeniosas, agudas y enteramente apropiadas que los abogados lanzan espontáneamente en nuestros tribunales. Y no deberíamos permitir que la abogacía nos superase en ello a los predicadores: lo que un letrado es capaz de hacer abogando la causa de su cliente, deberíamos poderlo hacer nosotros por la causa de Dios. Con la ayuda divina seremos tan expertos en las armas intelectuales como cualquier otro hombre, sea quien sea.

Algunos miembros de la Cámara de los Comunes han ejercido esta habilidad de hablar espontáneamente con muy buenos resultados. Por lo general, de todos los ejercicios de escucha, el más lamentable es oír hablar a uno de los oradores del montón, ya sea de la Cámara de los Lores o de los Comunes. Propongamos que, una vez que se haya abolido la pena capital, a los condenados por

[1] Al Sr. Wesley le pareció necesario decir: «No cantes himnos que hayas compuesto tú mismo»; ya que entre los ministros de su época era muy corriente recitar poemas de la propia cosecha. Espero que esa práctica se haya extinguido del todo.

homicidio se les obligue a escuchar a una selección de los oradores parlamentarios más aburridos (no lo quieran los miembros de la Royal Humane Society)[2]. Sin embargo, en la Cámara, algunos de los miembros son capaces de hablar sin preparación previa y de hacerlo bien. Supongo que algunas de las mejores cosas que habrán dicho John Bright, Gladstone y Disraeli serán aquellas que Southey compararía con los chorros del gran géiser en el punto álgido de la primavera. Naturalmente, los discursos de aquéllos referentes al Presupuesto, el Proyecto de Ley de Reforma, etc., se habían detallado al máximo con un trabajo previo; pero muchos de sus mensajes más breves han sido, indudablemente, hijos del momento. Sin embargo, estos últimos han contado con una asombrosa eficacia. ¿Deberán lograr los representantes de la nación una pericia en la oratoria superior a aquella de los representantes de la Corte celestial? Hermanos, ansíen este buen don y procuren obtenerlo.

Todos ustedes están convencidos de que la habilidad que estamos considerando debe de constituir una valiosísima posesión para un ministro. ¿Me ha parecido oír a algún corazón suspirar: «Ojalá la tuviera yo, porque así no tendría que estudiar tan arduamente»? ¡Ay, entonces no debes tenerla, eres indigno de esa bendición e inadecuado para que se te confíe! Si buscas ese don como almohada para tu ociosa cabeza, estás muy equivocado; ya que la posesión de esa noble habilidad te supondrá una gran cantidad de trabajo para aumentarla y hasta para retenerla. Es parecida a aquella lámpara mágica del cuento, que no brillaba a menos que se la frotase bien, y que se convertía en un mero globo deslustrado si se la dejaba de frotar. Sin embargo, lo que el haragán desea por comodidad, nosotros podemos codiciarlo por la mejor de las razones.

A veces hemos oído o leído acerca de hombres que, a modo de bravata, han acordado predicar sobre pasajes que se les suministraban estando ya ellos en el púlpito o en la sacristía. ¡Tales ostentaciones vanagloriosas son repugnantes y casi blasfemas! Lo mismo sería celebrar exhibiciones de malabarismo en el día de reposo que semejantes farsas de oratoria. Nuestros talentos se nos han concedido para fines bien distintos, y confío en que jamás se les permita a ustedes prostituir un don de esa manera. Las hazañas de oratoria están bien para un club de debate, pero en el ministerio resultan abominables hasta cuando alguien como Bossuet se presta a ellas.

La habilidad de hablar improvisadamente es valiosísima, ya que capacita al hombre para expresarse apropiadamente y sin preparación en un caso de emergencia. Y tales emergencias se producirán sin duda: en las asambleas mejor reguladas hay accidentes, y algunos sucesos singulares pueden desviar la dirección premeditada de tus pensamientos. Verás claramente que cierto tema seleccionado resultaría inoportuno y, como un hombre sabio, te desviarás hacia otro asunto sin demora. Cuando el camino viejo está cortado y no hay más remedio que hacer una nueva senda para el carruaje, a menos que seas capaz de conducir a los caballos por un campo labrado como si fuera la calzada asfaltada por la que esperabas transitar, te verás arrojado de la cabina y todo el auditorio sufrirá un percance. Es una gran cosa cuando en una reunión pública, después de haber oído los mensajes de tus hermanos y creído que eran demasiado frívolos o tal vez demasiado aburridos, tienes la capacidad de contrarrestar sosegadamente el daño producido sin aludir a los mismos, y guiar a la

[2] Asociación fundada en 1774 para la resucitación de personas muertas por ahogamiento o asfixia y para la defensa de la vida humana. (N. T.).

asamblea hacia una línea de pensamiento más provechosa. Este don puede resultar de la mayor importancia en una reunión de iglesia en la que surgen cuestiones que eran difíciles de prever. No todos los que turban a Israel han muerto ya: Acán, su mujer y sus hijos fueron apedreados, pero es posible que otros de su familia hayan escapado, ya que la raza se ha perpetuado y hay que tratar con ella discreta pero vigorosamente. En algunas iglesias habrá hombres alborotadores que se levanten y hablen y, cuando lo hayan hecho, es muy importante que el pastor les replique, pronta y convincentemente, para que no subsistan malas impresiones. Un pastor que va a la reunión de la iglesia en el espíritu de su Maestro, seguro de que, dependiendo del Espíritu Santo, será muy capaz de responder a cualquier espíritu adverso, se sienta relajado, controla su temperamento, crece en estima a cada ocasión y garantiza una iglesia tranquila; pero el hermano sin preparación se excita, se apasiona probablemente, se compromete y hereda un sinfín de pesares. Además de esto, puede que un hombre se vea llamado a predicar sin previo aviso, bien porque no llegue el ministro esperado o a causa de una enfermedad repentina del mismo. En una reunión pública, por otra parte, alguien puede sentirse impulsado a hablar cuando se ha impuesto el silencio; y, en cualquier clase de práctica religiosa, es posible que se presenten emergencias que convierten la capacidad de hablar improvisadamente en algo tan preciado como el oro de Ofir.

No hay duda de que ese don es valioso, ¿pero cómo obtenerlo? La pregunta nos lleva a afirmar que *algunos hombres jamás lo adquirirán.* Para el discurso espontáneo debe haber una capacidad de adaptación natural; sucede como en el caso de la poesía: un poeta no se hace, sino que nace. «La técnica puede desarrollar y perfeccionar el talento de un orador, pero no producirlo». Ni todas las reglas de la retórica, ni todos los artificios de la oratoria, son capaces de convertir en elocuente a un hombre. La elocuencia es un don del Cielo; y, si no se nos concede, no podemos obtenerla. El «don de la palabra», como lo llamamos, es congénito a algunas personas, probablemente heredado por parte de madre[3]. A otros se les niega dicho don: la forma de su mandíbula y, más aún, la de su cerebro, jamás les permitirá ser oradores fluidos y ágiles. Quizá lleguen a tartamudos moderados o a lentos comunicadores de verdades solemnes, pero nunca serán oradores espontáneos; a menos que rivalicen en edad con Matusalén y que, entonces, según la teoría de Darwin —que extrae un arzobispo de Canterbury de una ostra—, puedan evolucionar hasta convertirse en conferenciantes. Si no posee un don natural de oratoria, el hermano en cuestión podrá llegar a un puesto respetable en otras áreas, pero no es probable que resplandezca como una estrella particularmente brillante en la predicación espontánea.

Para que un hombre sea capaz de hablar sin haber hecho un estudio previo, debe estudiar mucho habitualmente. Tal vez esto resulte paradójico; pero la explicación está bien clara. Si soy molinero y alguien se presenta en mi puerta con un saco y me pide que se lo llene de buena harina refinada en los cinco minutos siguientes, la única forma en que puedo hacerlo es teniendo el harinero de mi molino siempre lleno; de modo que me sea posible abrir la boca del saco enseguida, llenar el mismo y entregarlo. No estaré moliendo en ese momento (ya que la entrega se ha presentado de improviso),

3 «Hay hombres ordenados para hablar bien como hay pájaros que lo han sido para cantar bien, abejas para hacer miel y castores para construir». M. BAUTAIN.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

pero lo habré estado haciendo antes; de forma que tendré lista la harina para despachársela al cliente. Así que, hermanos, ustedes deberán haber estado moliendo o no tendrán harina alguna que dar: no serán capaces de expresar improvisadamente pensamientos provechosos a menos que acostumbren a pensar y alimentar su mente con alimento abundante y nutritivo. Trabajen con ahínco en cada momento de que dispongan; llenen su cerebro copiosamente; y, luego, como un mercader cuyos almacenes se hallan repletos, tendrán mercancías listas para sus clientes. Habiendo ordenado sus buenos productos en las estanterías de sus mentes, serán capaces de suministrarlos en cualquier momento sin seguir el laborioso proceso de ir al mercado, seleccionar, doblar y preparar. No creo que haya hombre alguno capaz de mantener continuamente el don de la alocución espontánea excepto haciendo ordinariamente mucho más trabajo del que ejecutan aquellos que escriben y aprenden de memoria sus mensajes. Acepta, como una regla sin excepciones, que para poder rebosar espontáneamente necesitas estar lleno.

La recopilación de un fondo de ideas y de expresiones es sumamente útil. En cada uno de estos aspectos podemos exagerar o quedarnos cortos. El que tiene mucha información bien organizada y la cual comprende cabalmente, con la que está íntimamente familiarizado, podrá, como algunos príncipes sumamente ricos, distribuir oro entre la gente a derecha e izquierda. Para ustedes, caballeros, un conocimiento íntimo de la Palabra de Dios, de la vida espiritual interior, de los grandes problemas del tiempo y de la eternidad, resultará indispensable. De la abundancia del corazón habla la boca. Acostúmbrense a las meditaciones celestiales, escudriñen las Escrituras, deléitense en la ley del Señor y no tendrán temor a hablar de cosas las cuales han gustado y manejado de la buena Palabra de Dios. Los hombres pueden ser lentos para articular temas que están fuera del alcance de su experiencia; pero ustedes, animados por el amor al Rey y disfrutando de la comunión con él, descubrirán que sus corazones les dictan palabra buena y que sus lenguas son plumas de escribientes muy ligeros. Ve a la raíz de las verdades espirituales mediante el conocimiento experimental de las mismas, para que puedas con prontitud exponérselas a otros. La ignorancia de la teología es bastante corriente en nuestros púlpitos, y lo extraño no es que haya tan pocos oradores espontáneos, sino que sean tantos cuando son tan pocos los teólogos. Jamás tendremos grandes predicadores a menos que contemos con grandes teólogos: no puedes construir un buque de guerra con arbustos, ni es posible formar de estudiantes superficiales grandes predicadores que conmuevan a las almas. Para que seas un orador fluido —es decir, para que fluyas— llénate de todo conocimiento y, especialmente, del conocimiento de Cristo Jesús tu Señor. Pero ya hemos subrayado que un fondo de expresiones será también de gran ayuda para el orador espontáneo; y, ciertamente, un depósito de rico vocabulario solo es precedido en importancia por un fondo de ideas. Se han de seleccionar, recordar e imitar las bellezas del lenguaje, las elegancias de la expresión y, sobre todo, las frases vigorosas. No tienes que llevar contigo un estuche de oro para lapiceros y anotar cada palabra polisílaba que encuentras en tu lectura para introducirla en tu siguiente sermón, pero sí saber lo que significan las palabras, ser capaz de apreciar el poder de un sinónimo, juzgar el ritmo de una frase y sopesar la fuerza de un expletivo. Han de ser ustedes dueños de las palabras; y estas sus genios, sus ángeles, sus rayos o sus gotas de miel. Los meros recopiladores de palabras son coleccionistas de conchas de ostras, de vainas de legumbres y de mondas de manzanas; pero para el hombre que cuenta con una amplia información y un pensamiento

profundo, las palabras son cestos de plata en los cuales servir sus manzanas de oro. Asegúrate de tener un buen tiro de palabras para arrastrar el carro de tus pensamientos.

También pienso que, para poder hablar bien espontáneamente, un hombre *debe elegir cuidadosamente un tema que entienda*. Esta es la cuestión principal. Desde que llegué a Londres, a fin de adquirir el hábito de hablar improvisadamente, jamás he estudiado o preparado nada para la reunión de oración del lunes por la noche. Siempre he escogido esa ocasión como una oportunidad para la exhortación espontánea; pero, como podrán observar, no elijo para tales ocasiones temas de exposición difíciles o asuntos complicados, sino que me limito a hablar en un tono sencillo y familiar acerca de los elementos de nuestra fe. Cuando aprovechamos tales ocasiones, nuestra mente repasa e indaga: «¿Qué tema ha ocupado ya mis pensamientos durante el día? ¿Con qué me he topado en mis lecturas durante la semana pasada? ¿Qué es lo que más pesa en mi corazón en este momento? ¿Qué me sugieren los himnos o las oraciones?». De poco sirve ponerte en pie delante de una asamblea y esperar recibir inspiración acerca de temas de los cuales nada sabes en absoluto. Si eres tan imprudente para hacerlo, el resultado será que, como no sabes nada, eso mismo expresarás; y la gente no resultará edificada. Pero no entiendo por qué un hombre no podría hablar espontáneamente acerca de alguna cuestión que comprende bien. Cualquier comerciante bien versado en el ramo de sus negocios, sería capaz de darte una explicación del mismo sin necesidad de retirarse a meditarla; y, ciertamente, nosotros deberíamos estar igual de familiarizados con los principios fundamentales de nuestra sagrada fe como para no sentirnos perdidos si se nos requiere que hablemos acerca de temas que son el pan diario de nuestras almas. No veo qué beneficio se pueda obtener en un caso así con el mero acto manual de escribir antes de hablar; porque, al hacerlo, el hombre en cuestión estaría escribiendo espontáneamente, y la escritura espontánea es muy probable que sea aún más endeble que el discurso improvisado. La ventaja de escribir reside en la oportunidad de revisar cuidadosamente; pero así como los buenos escritores son capaces de expresar sus pensamientos correctamente a la primera, lo mismo debe suceder con los buenos oradores. El pensamiento de un hombre que se levanta para explayarse en cuanto a un tema con el que está familiarizado, es muy posible que no sea el primero que haya tenido acerca de la cuestión, sino más bien que se trate de sus meditaciones caldeadas delante de las brasas de su corazón. Habiendo estudiado bien el asunto con anterioridad, aunque no lo haya hecho en ese momento, puede expresarse de la manera más eficaz; mientras que otro hombre, el cual se sienta a escribir, tal vez solo esté redactando sus primeras ideas, que pueden ser vagas e insulsas. No intentes, por tanto, ser espontáneo, a menos que hayas estudiado bien el tema. Aunque paradójico, este es un consejo prudente. Recuerdo cierta ocasión en que se me sometió a una prueba severa, y que de no haber estado versado en la alocución espontánea no sé lo que hubiera sido de mí.

Se esperaba que predicara en cierta capilla repleta de gente; pero llegué tarde, retrasado por una obstrucción de las vías del ferrocarril. Así que otro ministro se hizo cargo del culto; y cuando llegué al lugar, jadeante por la carrera, él ya estaba predicando un sermón. Al verme aparecer por la puerta y avanzar por el pasillo, se detuvo y expresó: «Helo aquí»; y mirándome dijo: «Te cedo el sitio; sube y acaba el sermón».

Le pregunté de qué texto bíblico se trataba y cuánto tiempo llevaba hablando. Me indicó el pasaje y me dijo que acababa de terminar el primer enunciado. Entonces, sin ninguna vacilación, me hice

cargo del mensaje y acabé el sermón. Me sentiría avergonzado de que no pudiera hacer lo mismo cualquiera de ustedes, siendo así que las circunstancias hacían la tarea notablemente sencilla. Primeramente, el ministro era mi abuelo; y, en segundo lugar, el texto bíblico rezaba: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios». Habría sido un animal más necio que la asna de Balaam quien, en una coyuntura semejante, no hubiese podido hablar. «Por gracia sois salvos» se había utilizado para indicar *el origen* de la salvación; ¿quién no podría continuar describiendo la cláusula siguiente —»por medio de la fe»— como *el conducto* por donde transcurre la misma? No se necesita estudiar mucho para explicar que recibimos la salvación mediante la fe. Sin embargo, en esa ocasión tuve una prueba añadida; ya que, cuando llevaba algún tiempo hablando y me estaba entusiasmando con mi trabajo, sentí una palmadita de aprobación en la espalda y una voz me dijo: «Muy bien, muy bien; repíteselo para que no lo olviden». Así que repetí la verdad en cuestión. Luego, un poco más adelante, cuando estaba adoptando un tono bastante profundo y experimentado, noté un suave tirón en el faldón de la levita y el anciano pasó al frente y profirió: «Ahora bien, mi nieto puede decirles esto como una teoría, pero aquí yo estoy para dar testimonio de ello como una experiencia práctica: soy más viejo que él y debo ofrecerles mi testimonio como anciano». Luego, después de habernos contado su experiencia personal, expresó: «De modo que mi nieto puede predicar el evangelio mucho mejor que yo, ¿pero verdad que no podría predicar un evangelio mejor?». Caballeros, me puedo imaginar fácilmente que de no haber contado en esa ocasión con cierto grado de capacidad para hablar improvisadamente, me hubiera sentido un poco arrugado; pero puesto que la tenía, la cosa transcurrió de un modo tan natural como si hubiese estado preparada de antemano.

El aprender otro idioma aporta una precisión mayor al ejercicio del discurso espontáneo. Habiendo entrado en contacto con la etimología de las palabras y con las reglas de la oratoria, y viéndose obligado a observar la diferencia entre las dos lenguas, el hombre se va familiarizando poco a poco con las partes de la oración, los modos, los tiempos y las inflexiones; como un obrero, llega a conocer mejor sus herramientas y las trata como a compañeros cotidianos. No conozco mejor ejercicio que traducir, con la mayor rapidez posible, un pasaje de Virgilio o de Tácito y, luego, corregir los propios errores de manera meditada. Las personas con poca cultura consideran malgastado cualquier el tiempo que se dedique a los clásicos; pero, aunque solo fuese por la utilidad que tales estudios tienen para el orador sagrado, deberían en todas nuestras instituciones académicas conservarse los mismos. ¿Quién es incapaz de ver que una comparación continua de términos y giros en dos idiomas distintos ayuda a la facilidad de expresión? ¿Quién no reconoce, además, que mediante este ejercicio la mente llega a ser capaz de apreciar los refinamientos y las sutilezas de significado, y de esta manera adquiere la capacidad de distinguir entre cosas diferentes? Esta es una habilidad esencial para el expositor de la Palabra de Dios y para el que anuncia espontáneamente la verdad de la misma. Caballeros, aprendan a armar y desarmar toda la maquinaria del lenguaje: marquen cada leva, cada engranaje, cada perno y cada varilla, y se sentirán más confiados conduciendo la locomotora aun a altas velocidades si lo exigiera una emergencia.

Todo hombre que desee adquirir esta técnica deberá practicarla. Según cuenta Burke, Charles Fox llegó a ser el polemista más brillante y eficiente que haya habido jamás de manera paulatina. Él atribuía su éxito a la resolución que había tomado, siendo muy joven, de hablar —bien o mal— al menos una vez

cada noche. «Durante cinco sesiones enteras —solía referir— hablé todas las noches menos una, y lamento no haber hablado también aquella noche». Al principio tal vez lo hacía sin otro auditorio que las sillas y los libros de su despacho, imitando a cierto caballero que, tras solicitar su ingreso en esta Escuela, me aseguró que durante dos años se había ejercitado en la predicación espontánea en su propio cuarto. Los estudiantes que viven juntos pueden ser de gran asistencia los unos para los otros si se alternan en el papel del auditorio y el orador, con un poco de crítica cordial al final de cada intento. También la conversación puede prestar un servicio esencial, si se convierte en una cuestión de principios el mantenerla sólida y edificante. El problema consiste en que hay que conectar el pensamiento con la palabra; y si el hombre, en sus meditaciones, se esfuerza por pensar en voz alta, ello puede contribuir a solucionar dicho problema. Tan habitual se ha hecho esto para mí que encuentro muy útil el ser capaz de orar, en mis devociones privadas, con mi propia voz. Leer en voz alta es más beneficioso para mí que hacerlo en silencio; y cuando estoy preparando mentalmente un sermón, me supone un alivio hablar para mí mismo a medida que los pensamientos van surgiendo. Naturalmente, esto solo resuelve la mitad del problema, y debes practicar también en público para vencer la ansiedad que produce la presencia de un auditorio. ¡Pero llegar a la mitad del camino supone haber recorrido una parte importante del viaje! Una buena alocución improvisada es simplemente el discurso de un ejercitado pensador: un hombre bien informado, meditando en pie y permitiendo que sus pensamientos desfilen por su boca hacia el aire libre. Piensa cuanto puedas en voz alta estando solo y pronto te verás avanzando a pasos agigantados por el camino del éxito en esta cuestión. La discusión y los debates en el aula son de vital importancia como un paso adicional, e instaría a los hermanos más recogidos a que tomaran parte en los mismos. Se les ha introducido al ejercicio de verse requeridos para hablar acerca de un asunto sacado al azar de entre una amplia selección de temas contenidos en una vasija, y recurriremos al mismo cada vez con mayor frecuencia. Lo que he criticado como parte del culto, podemos utilizarlo sin embargo con libertad como un ejercicio didáctico entre nosotros. Está ideado para probar la agilidad y el aplomo de un hombre; y probablemente aquellos que fracasan en dicho ejercicio resulten tan beneficiados como los que salen airosos en el mismo, ya que para algunos puede ser tan importante conocerse a sí mismos como para otros la práctica. Si el descubrir que eres aún un chapucero en la oratoria te lleva a estudiar con más determinación y a empeñarte más resueltamente, ese puede ser el verdadero camino a la eminencia final.

Además de la práctica recomendada, debo subrayar la necesidad que tienen de actuar con *serenidad y confianza*. Como afirma Sydney Smith: «Mucho talento se pierde para el mundo por falta de un poco de valentía». Los oradores jóvenes no adquieren estos rasgos con facilidad. ¿No simpatizan ustedes los jóvenes predicadores con el funámbulo Blondin? ¿No sienten a veces, cuando están predicando, como si caminaran por una cuerda elevada en el aire y tiemblan y se preguntan si llegarán a salvo al otro extremo? A veces, cuando has estado blandiendo la hermosa pértiga oscilante y contemplando las metafóricas lentejuelas que reflejan poesía sobre tu auditorio, ¿no te has sentido un poco pesaroso por haberte expuesto a tales riesgos de una caída repentina o, dejando a un lado la metáfora, te has preguntado si serías capaz de terminar la frase o de encontrar un verbo para el sujeto o un objeto directo para el verbo? Todo depende de que permanezcas sereno y confiado. Los presagios de fracaso y el temor al hombre serían tu ruina: sigue confiando en Dios y todo irá bien. Si has cometido algún

error de gramática y cedes a la inclinación de volver sobre tus pasos para corregirlo, pronto cometerás uno nuevo y tu vacilación te envolverá como una red. Déjame que te susurre —porque esto está pensado solo para tus oídos— que siempre es una equivocación volver atrás. Si cometes un fallo verbal, sigue adelante y no repares en él. Mi padre me dio una regla muy buena cuando yo estaba aprendiendo a escribir, la cual creo que te será igual de útil a ti para aprender a hablar. Él solía decirme: «Cuando estés escribiendo, si haces una falta de ortografía o pones una palabra inadecuada, no la taches y hagas de ella un desaguisado, sino considera cómo puedes alterar lo que ibas a decir del modo más fácil para incorporarlo a aquello que has escrito, y no dejes rastro alguno de tu equivocación». De modo que, al hablar, si la frase no termina de la mejor forma, acábala de otra manera. Es de muy poca utilidad volver atrás para corregir, porque entonces llamas la atención sobre una falta que quizá pocas personas hayan notado y desvías la mente de tu tema hacia tu lenguaje, que es lo último que debiera hacer un predicador. Sin embargo, si se ha notado tu *lapsus* lingüístico, cualquier persona sensata perdonará a un joven principiante como tú, y más bien te admirará por dar tan poca importancia a esa clase de deslices y proseguir resueltamente hacia tu objetivo principal. Un novicio en la oratoria es como un jinete inexperto en montar a caballo: si su montura tropieza, él teme que la misma puede caer y lanzarlo por encima de su cabeza; o si está un poco briosa, él tiene la certeza de que se desbocará, y la mirada de un amigo o el comentario de un niño lo hará sentirse tan desdichado como si estuviese atado a los lomos del gran dragón escarlata. Pero cuando un hombre está acostumbrado a cabalgar, no conoce peligro alguno ni lo encuentra, ya que su valor lo impide. Cuando un orador siente que controla la situación, generalmente lo hace: su confianza evita los desastres que los temores habrían creado con toda seguridad. Queridos hermanos, si el Señor les ha ordenado realmente para el ministerio, tienen las mejores razones para sentirse osados y tranquilos, porque ¿a quién pueden temer entonces? Deben entregar la misiva de su Señor como él los capacite y, si lo hacen, no son ustedes responsables ante nadie sino solo ante su Dueño celestial, el cual no es un Juez duro. No subes al púlpito para brillar como orador, ni para gratificar las predilecciones de tu auditorio: eres un mensajero del Cielo y no un siervo de los hombres[4]. Recuerda las palabras del Señor a Jeremías y teme solamente al temor: «Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos» (Jer. 1:17). Confía en la ayuda presente del Espíritu Santo, y el temor del hombre, que es una trampa, se apartará de ti. Cuando te sientas a gusto en el púlpito y seas capaz de mirar a tu alrededor y hablar a la gente como un hermano que habla a sus hermanos, entonces serás capaz de predicar improvisadamente, pero no antes. La vergüenza y la timidez, que tan hermosas resultan en nuestros hermanos más jóvenes, se verán sustituidas por esa verdadera modestia que se olvida de sí misma y no se preocupa de su propia reputación con tal de predicar a Cristo del modo más vigoroso posible.

4 «Al principio, mi principal preocupación era buscar lo que debía decir; confío en que ahora sea más bien el no hablar en vano. Porque el Señor no me ha mandado aquí para adquirir el carácter de un elocuente orador, sino para ganar almas para Cristo y edificar a su pueblo. A menudo, cuando empiezo, me cuesta trabajo saber cómo debo continuar, pero imperceptiblemente una cosa sucede a la otra y, por lo general, las partes más útiles y mejores de mi sermón ocurren *de novo* (por primera vez), mientras estoy predicando». JOHN NEWTON, *Letters to a Student in Divinity.*

Para ejercer la útil y sagrada habilidad de la predicación espontánea, el ministro cristiano debe cultivar una *confianza infantil en la asistencia inmediata del Espíritu Santo*: «Creo en el Espíritu Santo», reza el Credo, pero es de temer que muchos no hagan de ello un verdadero artículo de fe. Ir de acá para allá durante toda la semana, malgastando el tiempo, para luego confiarnos a la ayuda del Espíritu constituye una vil presunción: un intento de hacer que el Señor sirva a nuestra holgazanería y autoindulgencia. Pero si se presenta una emergencia, el caso es bien distinto.

Cuando un hombre se ve ineludiblemente requerido para hablar sin preparación previa, entonces, con la mayor confianza, puede arrojarse sobre el Espíritu de Dios. La mente divina, por encima de toda duda, entra en contacto con el intelecto humano, lo levanta de su debilidad y confusión, lo encumbra y lo hace fuerte, y lo capacita tanto para comprender como para expresar la verdad divina muy por encima de sus propias habilidades. Tales interposiciones, como los milagros, no pretenden sustituir nuestros esfuerzos ni reducir nuestra diligencia, sino que constituyen la ayuda del Señor con que podemos contar en casos de emergencia. Su Espíritu estará siempre con nosotros, pero muy especialmente en las severas tensiones del ministerio. Aunque te aconsejo seriamente que no intentes más de lo necesario una pura predicación improvisada hasta que hayas madurado en tu ministerio, sin embargo, te exhorto a hablar de esa manera siempre que te veas obligado a hacerlo, creyendo que en esa misma hora se te dará lo que debes decir.

Si has decidido adquirir la capacidad de hablar espontáneamente, por favor, recuerda que *puedes perderla con mucha facilidad*. Me he topado con esto en mi propia experiencia, y hago referencia a ello porque es la mejor prueba que puedo darte. Si durante dos domingos sucesivos preparo notas un poco más largas y completas de lo normal, a la tercera ocasión descubro que necesito hacerlas aún más extensas; y también observo que, si a veces me inclino un poco más a consignar por escrito mis pensamientos y no soy tan espontáneo como solía ser, siento un auténtico anhelo y hasta una necesidad creciente de redacción previa. Cuando un hombre empieza a andar con bastón meramente por capricho, pronto llega a *necesitar* dicho bastón; si mimas a tus ojos con lentes, aquellos te los demandarán con celeridad como un apéndice permanente; y si tuvieras que andar con muletas durante un mes, al final de ese período, dichas muletas te resultarían casi necesarias para moverte aunque, naturalmente, tus miembros estén tan sanos y saludables como los de cualquier hombre. Los hábitos enfermizos producen una naturaleza enfermiza. Debes practicar continuamente el discurso improvisado; y si para obtener oportunidades idóneas para ello necesitas predicar con frecuencia en casas de labranza, en las escuelas de nuestras aldeas o a dos o tres personas junto al lado del camino, tu aprovechamiento será manifiesto a todos.

Puede que les ahorre muchas sorpresas y pesares si les advierto de antemano de que habrá muchas fluctuaciones en su capacidad de expresión. Hoy tu lengua tal vez sea como pluma de escribiente muy ligero, y mañana tus pensamientos y tus palabras pueden parecer atrapados en un bloque de hielo. Los seres vivos son sensibles y se ven afectados por una variedad de fuerzas; solo se puede contar de manera absolutamente cierta con las cosas mecánicas. No te parezca extraño si, con frecuencia, sientes que has fracasado; ni te maravilles de que, precisamente, sea en esas ocasiones cuando más éxito has obtenido. No debes esperar sentirte suficiente en ti mismo: no hay hábito ni ejercicio que te pueda independizar de la ayuda divina. Y si has predicado bien cuarenta y nueve veces en que se te

haya requerido para hablar improvisadamente, ello no excusa que confíes en ti mismo en la quincuagésima ocasión; porque si el Señor te abandonara te quedarás en punto muerto. Tus modos alternos de fluidez y dificultad tenderán, por la gracia de Dios, a mantenerte humilde y mirando arriba: al Fuerte, para recibir fuerzas de él.

Sobre todo, vigila que tu lengua no corra más aprisa que tu cerebro. Guárdate de la elocuencia superficial, de una verbosidad aburrida y de la facilidad para no decir nada. ¡Qué grato es oír acerca del quebrantamiento de un hermano que presumía de su capacidad para seguir hablando cuando en realidad no tenía nada que decir! ¡Ojalá que lleguen a esa misma experiencia todos los que yerran en este sentido! Hermanos, el ser capaces de extenderse en extremo sin decir nada es un don horrible. Las estupideces prolongadas, las perogrulladas parafrásticas, los tópicos convertidos en cosa extremadamente sutil y refinada, o las santas baladronadas, resultan bastante corrientes y constituyen el tropiezo y la vergüenza de la predicación improvisada. Aun cuando se expresen hermosamente y se pongan en palabras apropiadas los sentimientos que no tienen valor alguno, ¿de qué sirven dichos sentimientos? De donde nada hay, nada se puede sacar. El discurso espontáneo sin estudio que lo apoye es como una nube sin lluvia, un pozo sin agua, un don fatal e injurioso, tanto para el que lo posee como para su rebaño. Yo he rechazado la solicitud de entrada en esta Escuela a algunos hombres porque, no teniendo en absoluto educación ni sentido de su propia ignorancia, su desmesurado engreimiento y su enorme volubilidad los convertía en candidatos peligrosos para el adiestramiento ministerial. Algunos hasta me recordaban a la serpiente del Apocalipsis, arrojando por su boca agua como un río de manera tan abundante que la mujer muy probablemente se hubiera visto arrastrada por ella. Eran como relojes que seguían y seguían funcionando hasta que se les acababa la cuerda; bendito aquel que menos contacto tiene con ellos. Sus sermones eran como el papel de Snug, el carpintero[5], cuando hacía de león. «Puedes improvisarlo —le dicen—; solo hay que rugir». Es mejor perder —o más bien no llegar a poseer nunca— el don del verbo fácil que degradarnos hasta el nivel de meros hacedores de ruido, la representación viva del metal que resuena y el címbalo que retiñe de que habla Pablo.

Podría haber dicho mucho más si hubiera ampliado el tema a lo que *se llama usualmente* predicación improvisada; es decir, a la preparación del sermón en lo que concierne a los pensamientos dejando para el momento de hablar las palabras en sí. Pero esa es una cuestión completamente distinta; y, aunque algunos lo consideren una gran hazaña, para mí se trata de un requisito imprescindible para los predicadores y en modo alguno una mera exhibición de talento. Pero ya hablaré de ello en otra ocasión.

[5] En la comedia de Shakespeare *El sueño de una noche de verano.* (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 11

El desfallecimiento del ministro

Así como se relata que, en el fragor de la batalla, David se debilitó y desfalleció[1], lo mismo podría escribirse de todos los siervos del Señor. Todos sufrimos ataques de depresión y, por más alegres que seamos habitualmente, a intervalos experimentaremos el abatimiento. Los fuertes no están siempre vigorosos, ni los sabios siempre listos; tampoco los valientes se muestran invariablemente valerosos, ni los joviales felices. Puede haber, de vez en cuando, hombres de hierro a quienes parezca no afectarles el desgaste natural; pero, ciertamente, el óxido los corroe aun a ellos. Y en cuanto a los hombres comunes y corrientes, el Señor sabe —y se lo hace saber a ellos— que no son sino polvo. Conociendo, desgraciadamente, por propia experiencia lo que es la profunda depresión espiritual, y visitándome la misma en ocasiones —nada escasas ni espaciadas entre sí—, he pensado que podría resultar un consuelo para algunos de mis hermanos el que compartiera con ellos mis ideas al respecto: para que los más jóvenes no piensen que alguna cosa extraña les está aconteciendo cuando la melancolía los invade durante cierto tiempo, y los hombres más taciturnos sepan que aquel sobre quien el sol ha irradiado gozo perfecto no siempre anduvo en la luz del día.

No es necesario demostrar, citando las biografías de algunos ministros eminentes, que la porción de la mayoría de ellos, si no de todos, ha sido de vez en cuando la postración. La vida de Lutero bastaría para proporcionarnos mil y un ejemplos de ello; y él no tenía en absoluto un carácter débil. Su magnífico espíritu estaba a menudo en el séptimo cielo de la exultación y, con la misma frecuencia, al borde del desaliento. Ni siquiera su lecho de muerte estuvo exento de tormentas, y Lutero entró en su último sueño sollozando como un niño muy cansado. Pero, en vez de multiplicar los casos, meditemos en las razones por las que Dios permite tales situaciones: ¿A qué se debe que los hijos de luz tengan que caminar a veces en una densa oscuridad? ¿Por qué se encuentran los heraldos de la aurora sumidos en ocasiones en la noche más negra?

¿No será, quizá, porque *son hombres* y siéndolo están rodeados de debilidad y son herederos del dolor? Bien lo dijo el sabio de los Apócrifos:

> Para grandes trabajos ha sido creado todo hombre, un yugo pesado hay sobre los hijos de Adán, desde el día que salieron del vientre de su madre, hasta el día del retorno a la madre de todo. Sus reflexiones, el miedo de su corazón es la idea del futuro, el día de la muerte. Desde el que está sentado en un trono glorioso, hasta el que en tierra y ceniza está humillado, desde el que lleva púrpura y corona, hasta el que se cubre de tela grosera, sólo furor, envidia, turbación, inquietud, miedo a la muerte, resentimiento y discordia [...]. Para toda carne, del hombre hasta la bestia, mas para los pecadores siete veces más[2].

La gracia nos guarda de muchas de estas cosas; pero, por no tener más de la gracia, aún sufrimos hasta de males que podríamos prevenir. Aun bajo la economía de la Redención está bien claro que

[1] 2 S. 21:15 (La Biblia al Día).

[2] Eclesiástico 40:1–4, 8.

tenemos que padecer debilidades, de otro modo no habría necesidad de que el Espíritu prometido nos ayudase en las mismas. Resulta ineludible que, a veces, estemos apesadumbrados: a los hombres buenos se les promete tribulación en este mundo, y los ministros pueden esperar una mayor porción de la misma que los demás, a fin de que aprendan a compadecerse del afligido pueblo del Señor y ser así pastores idóneos para un rebaño aquejado de dificultades. Dios hubiera podido enviar espíritus incorpóreos a proclamar la Palabra, pero estos no habrían sido capaces de comprender los sentimientos de aquellos que, estando en este cuerpo, gimen bajo el peso de sus cargas. Él podría haber nombrado como evangelistas a los ángeles; pero los atributos celestiales de estos los habrían descalificado para sentir compasión por los ignorantes. También hubiera podido crear hombres de mármol; pero la naturaleza impasible de los mismos habría supuesto un sarcasmo de nuestra flaqueza y una burla de nuestras necesidades. El sapientísimo Dios ha escogido como vasos de gracia para sí a hombres, y hombres sujetos a pasiones humanas: de ahí vienen las lágrimas, las perplejidades y el abatimiento.

Además, *a la mayoría de nosotros nos falta salud física de una u otra manera*. De vez en cuando nos topamos con algún anciano que no recuerda haber estado enfermo ni un solo día en toda su vida, pero la inmensa mayoría de nosotros sufrimos de diversas formas de debilidad, ya sea física o mental. Algunas enfermedades corporales —especialmente aquellas relacionadas con el aparato digestivo, el hígado y el bazo— son fuentes abundantes de abatimiento; y, por mucho que el hombre luche contra la influencia de las mismas, habrá horas y circunstancias cuando aquellas le vencerán durante algún tiempo. ¿Y qué diremos acerca de las dolencias mentales? ¿Está algún hombre plenamente cuerdo? ¿Acaso no padecemos todos de un poco de desequilibrio? Algunas mentes parecen estar teñidas de melancolía como un aspecto esencial de sus personalidades; de ellas se puede decir que «la Melancolía los marcó para sí». Mentes buenas, con todo, y regidas por los principios más nobles, pero dadas, sin embargo, a ver solo el lado negativo de las cosas. Tales hombres podrían cantar con el poeta antiguo:

Roto está nuestro corazón; callen, por tanto, nuestras arpas;
sea nuestra música solo de suspiros y lamentos,
nuestras canciones melodías de lágrimas;
pues solo quedan de nosotros piel y huesos.[3]

Estas debilidades pueden no suponer detrimento alguno para que alguien tenga una carrera especialmente útil; hasta es posible que la sabiduría divina se las haya impuesto como condición necesaria para su curso de servicio particular. Algunas plantas deben sus cualidades medicinales a las ciénagas en donde crecen; otras a las sombras en las que solo pueden florecer. La luna, como el sol, produce frutos preciosos; los barcos necesitan lastre tanto como velas; y un freno en la rueda del carruaje no es molestia alguna en la cuesta abajo. El dolor, en algunos casos, ha producido el ingenio: revelando esa alma que, de otro modo, tal vez hubiera permanecido durmiendo en su cubil como un león.

De no haber sido por un ala rota, algunos quizá se hubieran perdido entre las nubes; tal vez aun en

[3] Thomas Washbourne.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

el caso de algunas de esas palomas escogidas que ahora llevan la rama de olivo en sus picos e indican el camino hacia el arca. Pero cuando, ya sea en el cuerpo o en la mente, hay causas que predisponen al hombre a la humildad de espíritu, no resulta asombroso que en ciertos momentos oscuros el corazón sucumba a las mismas; lo sorprendente es que, en muchos casos —y si pudieran escribirse las vidas interiores de los hombres lo reconocerían así—, algunos ministros sigan haciendo su trabajo y hasta muestren un semblante sonriente. La gracia aún tiene sus triunfos, y la paciencia sus mártires: mártires no menos dignos de honor porque las llamas hagan arder sus espíritus en lugar de sus cuerpos, y porque su ignición no sea visible para el ojo humano. El ministerio de Jeremías es tan aceptable como el de Isaías, y aun el insociable Jonás es un verdadero profeta del Señor como Nínive pudo comprobar muy bien. No desprecies al cojo, porque está escrito que arrebatará la presa, sino honra a aquellos que —aun desfallecidos— siguen avanzando. La Lea de los ojos delicados fue más fructífera que la hermosa Raquel, y las penas de Ana eran más divinas que las jactancias de Penina. «Bienaventurados los que lloran», dijo el Varón de Dolores, y que nadie los considere de otro modo cuando sus lágrimas están aderezadas con la gracia. Tenemos el tesoro del evangelio en vasos de barro, y nadie se extrañe si ese vaso tiene alguna grieta aquí o allá.

Nuestro trabajo, cuando lo acometemos con fervor, nos expone a ataques de tipo depresivo. ¿Quién puede soportar el peso de las almas sin hundirse a veces en el polvo? Los anhelos apasionados por la conversión de los hombres, si no se ven plenamente satisfechos (¿y cuándo se ven?), consumen el alma de ansiedad y desilusión. Ver cómo se apartan los esperanzados, se enfrían los piadosos, los que profesan ser cristianos abusan de sus privilegios y los pecadores se hacen más osados en su pecado, ¿no es esta visión suficiente para abatirnos hasta la tierra? El Reino no llega como quisiéramos, el Nombre reverenciado no se santifica como desearíamos y, por todo esto, debemos llorar. ¿De qué otra manera podríamos estar sino tristes cuando los hombres no creen a nuestro anuncio y el brazo divino no se revela? Todo esfuerzo mental tiende a agotar y a deprimir, porque el mucho estudio es fatiga de la carne; pero lo nuestro es más que un esfuerzo mental: es trabajo del corazón, son dolores de parto en lo más íntimo de nuestra alma. ¡Cuántas veces, llegada la noche del día del Señor, estamos como si se nos hubiera sorbido completamente la vida! Tras derramar nuestras almas sobre nuestras congregaciones nos sentimos como jarras de barro vacías que un niño podría quebrar. Probablemente, si fuéramos como Pablo y nos preocupáramos por las almas de un modo más noble, sabríamos más lo que significa ser consumidos por el celo de la casa del Señor. Tenemos la responsabilidad y el privilegio de consumir nuestras vidas por Jesús. No estamos llamados a ser especímenes vivientes de hombres perfectamente preservados, sino *sacrificios* vivos cuya suerte es consumirse: debemos gastar y gastarnos, no guardarnos entre lavanda y mimar nuestra carne. Ese trabajo del alma de los ministros fieles trae períodos ocasionales de agotamiento en los que el corazón y la carne desfallecen. Las manos de Moisés se hacían pesadas en la intercesión, y Pablo exclamó: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?». Aun el propio Juan el Bautista se cree que tuvo episodios de desfallecimiento, y los apóstoles estaban a veces maravillados y a veces asustados.

También nuestra posición en la iglesia nos llevará a esto. Un ministro plenamente equipado para su trabajo, por lo general, será un espíritu solitario: por encima, más allá y aparte de los demás. Los más afectuosos de su congregación no pueden penetrar en sus pensamientos, preocupaciones y

tentaciones peculiares. En la tropa militar los hombres caminan hombro con hombro junto a muchos camaradas; pero a medida que el oficial aumenta de rango, los hombres de su nivel se hacen cada vez más escasos. Siempre hay muchos soldados, unos pocos capitanes y coroneles aún en menor número, pero solo un comandante en jefe. Así también en nuestras iglesias, el hombre a quien Dios levanta como líder se convierte, en el mismo grado en que es alguien superior, en un hombre solitario. Las cimas de las montañas se elevan solemnemente separadas entre sí y hablan únicamente con Dios cuando él visita sus terribles soledades. Los hombres de Dios que se levantan por encima de sus semejantes a una comunión más íntima con las cosas celestiales sienten, en sus momentos de mayor debilidad, la falta de comprensión humana. Al igual que su Señor en Getsemaní, buscan en vano el consuelo de los discípulos que duermen a su alrededor, se asombran de la apatía de su pequeño grupo de hermanos y vuelven a su angustia secreta con una carga aún más pesada sobre sí, porque han encontrado a sus compañeros más queridos durmiendo. Nadie conoce la soledad de un alma que se ha adelantado a sus semejantes en el celo por el Señor de los ejércitos sino aquel que la ha experimentado. Y no se atreve a revelarla, por miedo a que le crean loco. Tampoco puede esconderla, porque hay un fuego que arde en sus huesos; solo halla descanso en la presencia del Señor. El hecho de que nuestro Señor enviara a los discípulos de dos en dos revela que sabía lo que hay en el hombre; pero, para alguien como Pablo, me parece a mí, no se encontró ayuda idónea: Bernabé, Silas o Lucas eran cerros demasiado bajos para mantener una conversación elevada con un pico tan alto del Himalaya como el apóstol de los Gentiles. Esta soledad, la cual —si no me equivoco— experimentan muchos de mis hermanos, es una fuente generosa de depresión, y nuestras reuniones fraternales de ministros y el cultivo de un trato santo con mentes semejantes nos ayudarán, con la bendición de Dios, a escapar de su lazo.

Poca duda cabe de que los *hábitos sedentarios* tienden a producir abatimiento en algunas clases de personas. En su «Anatomy of Melancholy» (Anatomía de la melancolía), Burton tiene un capítulo acerca de esta causa de tristeza; y citando a uno de tantísimos autores como llama a contribuir, dice:

> Los estudiantes descuidan sus cuerpos. Otros hombres cuidan sus herramientas: un pintor limpiará sus pinceles; un herrero cuidará de su martillo, su yunque y su fragua; un agricultor arreglará sus arados y afilará su hacha si está embotada; un cetrero o un cazador cuidará de un modo especial de sus halcones, sus sabuesos, sus caballos, sus perros, etc.; un músico templará y aflojará las cuerdas de su laúd; solo los estudiosos descuidan ese instrumento —me refiero a su cerebro y su buen ánimo— con que trabajan a diario. Bien lo expresó Lucano: «Mira que no retuerzas tanto la cuerda que llegue a romperse».

Permanecer mucho tiempo sentado en la misma postura, estudiando con atención un libro o guiando la pluma es, en sí, poner a prueba a la naturaleza; pero sumémosle a esto una habitación mal ventilada, un cuerpo que lleva tiempo sin ejercitar sus músculos y un corazón cargado de muchas preocupaciones, y tenemos todos los elementos para preparar un hirviente caldero de desesperación, especialmente en los opacos meses de niebla…

Cuando una manta envuelve el día
y gotea la madera podrida,
y se pisotea la hoja en el barro.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Aunque el hombre sea tan alegre como un pajarillo, difícilmente podrá resistir año tras año un proceso de suicidio semejante: convertirá su estudio en una prisión y sus libros en carceleros, mientras la naturaleza le llama a la salud y le incita a regocijarse. El que olvida el zumbido de las abejas entre los arbustos de brezo, el arrullo de las palomas torcaces en la espesura, el canto de los pájaros en el bosque, el murmullo de los riachuelos entre los juncos y el sollozo del viento entre los pinos, no debe maravillarse de que su corazón se olvide de cantar y su alma se apesadumbre. Un día respirando aire puro en los montes o un paseo de varias horas entre la calma umbrosa de los bosques de hayas, barrería las telarañas del cerebro de muchos de nuestros esforzados ministros que están ahora solamente vivos a medias. Una bocanada de aire marino o una esforzada caminata contra el viento no proporcionará gracia para el alma, pero sí oxígeno para el cuerpo, que es la segunda cosa en importancia.

El aire pesado hace más pesado el corazón,
y cada viento que sopla aleja la desesperación.

Los helechos y los conejos, los ríos y las truchas, los abetos y las ardillas, las prímulas y las violetas, el corral de la granja, el heno recién cortado, la fragancia del lúpulo, estas cosas son la mejor medicina para los hipocondríacos, los tónicos más seguros para el decaimiento y los mejores reconfortantes para los cansados. Estos magníficos remedios se descuidan por falta de oportunidad o de inclinación, y el estudiante se convierte en una víctima autoinmolada.

Las ocasiones más favorables para los ataques de depresión —tal como yo los he experimentado— pueden resumirse en un breve catálogo. En primer lugar, tengo que mencionar *el momento de gran éxito.* Cuando por fin se cumple un deseo sostenido por largo tiempo, cuando Dios se ha glorificado grandemente a través de nosotros y hemos logrado un gran triunfo, es muy posible que desfallezcamos. Podríamos pensar que nuestra alma, en medio de los favores especiales, se elevaría hasta las alturas del éxtasis y se regocijaría con un gozo inefable, pero por lo general sucede lo contrario. El Señor pocas veces expone a sus guerreros a los peligros de la exultación por la victoria: sabe que pocos podrían resistir una prueba así y, por tanto, mezcla con amargura la copa de ellos. Piensa en Elías después de que el fuego ha descendido del cielo, los profetas de Baal han sido muertos y la lluvia ha inundado la tierra infructuosa. Para él no hay notas de música autocomplaciente, ningún pavoneo de vencedor con ropas de triunfo: huye de Jezabel y, sintiendo la revulsión de su excitación intensa, ora pidiendo la muerte. Aquel que no verá jamás muerte anhela el descanso del sepulcro, al igual que César —el monarca del mundo—, en su momento de dolor lloró, como una niña enferma. La pobre naturaleza humana no puede soportar los esfuerzos a que la someten los celestiales triunfos: tiene que haber una reacción. El exceso de gozo o de excitación debe pagarse a continuación con una depresión. Mientras dura la prueba, la fuerza está a la altura de la emergencia; pera cuando esta finaliza, la debilidad natural exige el derecho a manifestarse. Jacob, sostenido secretamente, puede luchar toda la noche; pero, una vez acabada la competición, debe cojear no sea que se jacte desmedidamente. Pablo puede verse arrebatado hasta el tercer cielo y oír cosas inefables, pero la secuela inevitable de ello ha de ser el aguijón en la carne: un mensajero de Satanás que lo abofetee. Los seres humanos no pueden soportar la felicidad pura; ni siquiera los buenos hombres están aún

preparados para contar con «frentes laureadas y envueltas en mirto», sin soportar una humillación secreta que los mantenga en el lugar debido. Desestabilizados por un avivamiento, arrebatados por la popularidad, exaltados por el éxito de ganar almas, seríamos como el tamo que arrebata el viento, si no fuera porque la misericordiosa disciplina de la gracia rompe los barcos de nuestra vanagloria con un fuerte viento oriental y nos arroja náufragos, desnudos y desesperados sobre la Roca de los siglos.

Antes de los grandes logros es muy corriente que experimentemos esa misma depresión en cierta medida. Al contemplar las dificultades que tenemos por delante, nuestros corazones decaen: los hijos de Anac caminan majestuosamente ante nosotros y, en su presencia, somos como langostas en nuestra propia estimación. Las ciudades de Canaán se elevan amuralladas hasta el cielo y ¿quiénes somos nosotros para esperar tomarlas? Estamos listos para tirar las armas y salir huyendo. Nínive es una gran ciudad, y huiríamos a Tarsis antes que enfrentarnos con sus ruidosas multitudes. Buscamos inmediatamente un barco que pueda llevarnos sosegadamente lejos de ese terrible escenario y solo el miedo de una tempestad frena nuestros desleales pasos. Esa fue mi experiencia cuando empecé mi pastorado en Londres. Mis éxitos me asombraron, y la perspectiva de la carrera que parecía inaugurarse, en vez de alborozarme, me arrojó al pozo más profundo, al salir del cual proferí mi *miserere* y no hubo lugar para el *gloria in excelsis*. ¿Quién era yo para seguir guiando a una multitud tan grande? Me volvería a la oscuridad de mi aldea o emigraría a América, y buscaría un nido solitario en el bosque donde pudiera ser suficiente para las cosas que se me demandaran. Fue justo entonces cuando el telón sobre el trabajo de mi vida se estaba levantando, y temía lo que el mismo pudiera revelar. Espero no haber sido un incrédulo; pero estaba atemorizado y lleno de un sentimiento de ineptitud. Temía el trabajo que una graciosa providencia había preparado para mí; me sentía como un mero niño y temblaba al oír la voz que decía: «Levántate y trilla los montes y redúcelos a tamo». Esta depresión viene sobre mí siempre que el Señor está preparando una bendición mayor para mi ministerio: hay nube negra antes de que dicha bendición irrumpa, la cual cubre el cielo para derramar su diluvio de misericordia. La depresión se ha convertido para mí en un profeta cubierto de ropas toscas, un Juan el Bautista, anunciando la pronta venida de la abundante bendición de mi Señor. Así lo han experimentado hombres mucho mejores que yo: el azote de la vasija la ha hecho más apta para el uso del Maestro, y la inmersión en el sufrimiento ha precedido al bautismo del Espíritu Santo. El ayuno proporciona apetito para el banquete, y el Señor se revela en lo apartado del desierto mientras su siervo guarda las ovejas y espera con solitario asombro. El desierto es el camino hacia Canaán; el valle profundo conduce a la descollante montaña; la derrota nos prepara para la victoria; el cuervo se envía antes que la paloma; la hora más oscura de la noche precede al alba, y los marineros descienden al abismo pero, con la siguiente ola, se elevan hasta el cielo: sus almas se derriten con la dificultad, antes de que él los guíe al puerto deseado.

También puede esperarse *la misma aflicción en medio de un largo período de trabajo ininterrumpido.* No siempre se puede tensar el arco sin miedo a que se rompa. El reposo es tan necesario para la mente como el sueño para el cuerpo. Los días de reposo son nuestros días de afán y, si no descansamos algún otro día, sufriremos un colapso. Hasta la tierra debe permanecer en barbecho y tener sus días de reposo, y también nosotros. De ahí la sabiduría y la compasión de nuestro Señor cuando dijo a sus discípulos: «Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco». ¡Qué! ¿Cuándo la gente

desfallece? ¿Cuándo las multitudes son como ovejas sin pastor sobre los montes? ¿Habla Jesús de reposo? Cuando los escribas y fariseos, como lobos rapaces, están destruyendo el rebaño, ¿se lleva a sus seguidores de excursión a un tranquilo lugar de descanso? ¿Hay algún enfurecido zelote que denuncie un descuido tan atroz de las necesidades presentes y perentorias? Dejémosle que desvaríe en su locura: el Maestro es demasiado sabio como para dejar que sus siervos se agoten y se apague la luz de Israel. El tiempo de descanso no es tiempo perdido, sino economía para adquirir nuevas fuerzas. Considera al segador en los días de verano, con tanto para cortar antes de que el sol se ponga. Sin embargo, se detiene en su tarea. ¿Es acaso un haragán? Busca su piedra de afilar y comienza a pasarla de arriba abajo por la guadaña con su ruido tintineante. ¿Se trata de una música vana? ¿Está acaso desperdiciando momentos preciosos? ¿Cuánto podría haber estado segando mientras arrancaba esas chirriantes notas de su guadaña? Pero está afilando su herramienta y rendirá mucho más cuando vuelva a aplicar su fuerza a esos largos vaivenes que dejan la hierba tendida en hileras delante de él. Así mismo, una pequeña pausa prepara la mente para un mayor servicio en la buena causa. Los pescadores deben remendar sus redes, y nosotros, de vez en cuando, tenemos que reparar nuestro desgaste mental y disponer nuestra maquinaria para el servicio futuro. Tirar del remo día tras día, como un galeote que no tiene vacaciones, no es apropiado para el hombre mortal. Los molinos de agua funcionan sin parar, pero nosotros necesitamos nuestras pausas e intervalos. ¿Quién puede evitar quedarse sin resuello cuando la carrera continúa ininterrumpidamente? Aun a las bestias de carga debemos soltarlas para que pasten de vez en cuando. El océano mismo descansa con su flujo y reflujo; la tierra guarda sus días de reposo durante los meses de invierno; y el hombre, aun cuando se haya visto exaltado a ser embajador de Dios, debe descansar o desfallecerá: ha de despabilar su lámpara o dejar que esta arda con llama baja, renovar su vigor o hacerse viejo prematuramente. Es prudente darse un permiso de vez en cuando. A la larga haremos más haciendo menos algunas veces. Seguir y seguir perpetuamente sin esparcimiento puede ser apropiado para los espíritus que se han emancipado de este «pesado barro», pero mientras estamos en este tabernáculo debemos, de cuando en cuando, gritar: «¡Alto!»; y servir al Señor mediante una santa inactividad y un ocio consagrado. Que ninguna conciencia tierna dude acerca de la legitimidad de dejar los arneses por un rato, sino que aprenda de la experiencia de otros sobre la necesidad y el deber de darse el descanso oportuno.

Un golpe descorazonador ha abatido sobremanera algunas veces a los ministros. El hermano en quien más confiábamos se convierte en un traidor. Judas levanta el calcañar contra el hombre que de él se fiaba, y al predicador le falla por el momento el corazón. Todos somos demasiado dados a apoyarnos en el brazo de carne, y de esa propensión nos vienen muchos de nuestros pesares. E igualmente abrumador resulta cuando un miembro de la congregación honrado y querido cede a la tentación y deshonra el nombre sagrado que se le dio. Cualquier cosa es mejor que esta. Ello hace que el predicador anhele apartarse a alguna cabaña situada en un vasto desierto donde esconder para siempre la cabeza y no oír más las burlas blasfemas de los impíos. Diez años de duro trabajo no nos quita tanta vida como cuando perdemos unas pocas horas al lado del traidor Ahitofel o de Demas el apóstata. También la contienda, la división, la calumnia y las críticas necias han dejado postrados a menudo a algunos hombres santos y los ha hecho andar como si llevasen una espada clavada. Las palabras duras hieren muy profundamente a las mentes delicadas; y muchos de los mejores ministros,

debido a la misma espiritualidad de su carácter, son excepcionalmente sensibles: demasiado sensibles para el mundo en que vivimos. «Una coz que apenas movería a un caballo mataría sin duda a un ministro sano». La experiencia hace que el alma se endurezca contra los golpes duros que son inevitables en nuestra lucha; pero, en un principio, estas cosas nos desestabilizan por completo y nos envían a casa envueltos en el terror de una gran oscuridad. Son muchas las pruebas que tiene que soportar un verdadero ministro, y aquellas causadas por la ingratitud de quienes dicen ser cristianos son más difíciles de llevar que los ataques groseros de nuestros enemigos declarados. Que ningún hombre que busca la paz mental y quiere llevar una vida tranquila entre en el ministerio; si lo hace, escapará del mismo decepcionado.

A algunos les toca pasar por el terror de una gran oscuridad como el que me sobrevino a mí después del deplorable accidente en el *Surrey Music Hall*[4]. Me sentí sobremanera abrumado, más allá de todo límite, por un enorme peso de desdicha: el tumulto, el pánico y las muertes estaban delante de mí día y noche y hacían de mi vida una carga. Entonces canté en mi desdicha:

De mi mente la confusión
aumenta mi pesar;
y mi espíritu y corazón
muy bajos hoy están.

Pero en un momento, la misericordiosa aplicación a mi alma del texto: «A él ha exaltado Dios el Padre», me despertó de ese sueño horrible. El hecho de que, por mucho que sufran sus siervos, Jesús sigue siendo magnífico, me devolvió la razón sosegada y la paz. En caso de que una calamidad tan terrible le aconteciera a alguno de mis hermanos, este debería esperar pacientemente y aguardar en quietud la salvación de Dios.

Cuando los problemas se multiplican y los motivos de desaliento se suceden unos a otros formando una larga fila —como los mensajeros de Job—, entonces también, en medio de la turbación ocasionada por las malas noticias, el abatimiento despoja al corazón del ministro de toda su paz. El goteo continuo erosiona las piedras, y las mentes más valientes sienten el desgaste de las aflicciones reiteradas. Si la despensa vacía se convierte en una prueba más severa aún por la enfermedad de la esposa o la pérdida de un hijo, y si a los comentarios mezquinos de los oyentes se suma la oposición de los diáconos y la frialdad de los miembros, entonces, es muy posible que clamemos, como Jacob: «Contra mí son todas estas cosas». Cuando David volvió a Siclag y se encontró con la ciudad quemada, los bienes saqueados, las esposas llevadas cautivas y sus soldados listos para apedrearlo, leemos que «David se fortaleció en Jehová su Dios». Y bien estuvo que pudiera hacerlo, de otro modo hubiera desmayado, si no creyese que vería la bondad del Señor en la tierra de los vivientes. Las aflicciones acumuladas se refuerzan unas a otras y aumentan su peso: cooperan entre sí y, como una banda de ladrones, destruyen nuestro bienestar despiadadamente. Una ola tras otra suponen un arduo trabajo

[4] Spurgeon hace referencia aquí a un accidente que ocurrió mientras él predicaba en el auditorio del *Surrey Gardens Music Hall*, en 1856, cuando solo contaba veintidós años de edad, en el que murieron siete personas y otras veintiocho resultaron heridas, algunas de ellas de gravedad. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:48 a. m. 5 de agosto de 2022.

para el más recio nadador, y el lugar donde confluyen dos mares pone en apuros las quillas de barcos más apropiadas para navegar. Si hubiera una pausa reglamentaria entre las bofetadas de la adversidad, el espíritu se mantendría alerta; pero cuando las mismas se suceden repentina y violentamente —como el aporreo de un enorme granizo—, es normal que el peregrino se sorprenda. La última gota hace que se desborde el vaso; y cuando esa última gota cae, ¡no es extraño que por un momento estemos a punto de entregar el espíritu!

Este mal también nos sobrevendrá a nosotros sin saber por qué, lo que hace tanto más difícil el ahuyentarlo. No se puede razonar con la depresión sin causa, ni el arpa de David es capaz de encantarla con dulces pláticas para que se vaya. Es lo mismo luchar con la niebla que hacerlo con esta desesperación amorfa, indefinible y, sin embargo, que todo lo anubla. No nos concedemos compasión alguna en este caso, ya que el vernos turbados sin una causa manifiesta parece demasiado irracional y hasta pecaminoso. No obstante, el hombre está turbado, aun en lo más profundo de su espíritu. Si quienes se burlan de esta melancolía sintieran su aflicción por una hora, su risa se convertiría en compasión. Tal vez la resolución podría librarnos de ella; ¿pero de dónde sacaremos tal resolución cuando el hombre entero se encuentra trastornado? El médico y el ministro pueden juntar sus habilidades en un caso así, y con todo ambos se verán desbordados. El cerrojo de hierro que tan misteriosamente cierra la puerta de la esperanza y mantiene nuestros espíritus en una lóbrega cárcel, necesita de una mano celestial para descorrerlo; y cuando vemos esa mano, exclamamos como el apóstol: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Co. 1:3, 4). Es el Dios de toda consolación quien puede…

Con grato y olvidadizo antídoto,
limpiar nuestro pobre pecho de cosa
tan peligrosa que a nuestro corazón oprime.

Simón se hunde hasta que Jesús lo toma de la mano. El demonio interior rasga y destroza al pobre niño hasta que la palabra de autoridad le manda salir de él. Cuando nos vemos asediados por horribles temores y oprimidos por intolerables pesadillas, solo necesitamos que salga el Sol de Justicia y los males generados por nuestras tinieblas son arrojados afuera; pero nada menos que esto será capaz de librar el alma del horror. Timothy Rogers, autor de un tratado acerca de la melancolía, y Simon Browne, compositor de algunos himnos sumamente deliciosos, demostraron en sus propios casos qué poco vale la ayuda del hombre si el Señor retira la luz del alma de una persona.

Si indagáramos por qué los siervos del Rey Jesús deben atravesar tan a menudo el valle de Sombra de Muerte, la respuesta no sería difícil de encontrar. Todo ello promueve la forma de obrar del Señor, que se resume en estas palabras: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor». Él tiene que utilizar instrumentos, pero debe manifestarse claramente la debilidad intrínseca de los mismos. No se puede repartir la gloria, ni disminuir el honor debido al Gran Hacedor. El hombre tiene que ser vaciado de sí mismo y luego llenado del Espíritu Santo. En su propia percepción, será como una hoja seca arrastrada por la tormenta y, luego, se verá fortalecido como un muro de

bronce contra los enemigos de la verdad. Ocultar el orgullo del que obra resulta muy difícil: el éxito ininterrumpido y el gozo perdurable en el mismo serían más de lo que nuestras débiles cabezas podrían soportar. Nuestro vino debe mezclarse con agua para que no nos maree. Mi testimonio es que aquellos a quienes Dios honra públicamente, por lo general, tienen que soportar alguna disciplina secreta o llevar alguna cruz especial, para que de ninguna manera se exalten a sí mismos y caigan en el lazo del diablo. ¡Con cuánta insistencia llama el Señor a Ezequiel «hijo de hombre»! Entre sus vuelos hasta el supremo esplendor, en el momento mismo en que se ve fortalecido para mirar con claridad en la excelente gloria, la expresión «hijo de hombre» le llega a los oídos, serenando su corazón que, de otro modo, podría haberse embriagado con la honra que se le había concedido. Estos son los humillantes pero saludables mensajes que nuestras depresiones nos susurran al oído, y que nos dicen, de manera inconfundible, que no somos sino hombres: frágiles, débiles y propensos a desfallecer.

Cada abatimiento de sus siervos glorifica a Dios, ya que ellos se ven movidos a magnificarlo de nuevo cuando los asienta sobre sus pies, y hasta cuando, postrados aún en tierra, la fe de ellos le rinde alabanza. De este modo hablan con tanta más dulzura de su fidelidad y se establecen mucho más firmemente en su amor. Hombres maduros de esta clase, como son algunos predicadores ancianos, difícilmente se hubieran podido producir si no hubiesen sido vaciados de vasija en vasija y guiados a ver su propia vacuidad y la vanidad de las cosas que los rodean. ¡Gloria a Dios por el horno, el martillo y la lima! El Cielo estará tanto más lleno de bendición para nosotros por habérsenos llenado de angustia aquí abajo, y la tierra se labrará mucho mejor gracias a nuestra preparación en la escuela de la adversidad.

La lección de la sabiduría es: *No desmayes por los conflictos del alma*. No los consideres cosa extraña, sino parte de la experiencia ordinaria del ministro. Si el poder de la depresión es más grande de lo normal, no pienses que tu utilidad ha terminado: no pierdas tu confianza, porque tiene grande galardón. Aunque el pie del enemigo esté sobre tu cuello, confía en que te levantarás y le vencerás. Echa la carga del presente, juntamente con el pecado del pasado y el temor del futuro sobre el Señor, el cual no desampara a sus santos. Vive día a día y hora a hora. No confíes en fórmulas ni en sentimientos, y valora más un grano de fe que una tonelada de entusiasmo. Confía solo en Dios y no te apoyes en las cañas de la ayuda humana. No te sorprendas si te fallan los amigos: estamos en un mundo falible. Nunca cuentes con la inmutabilidad en el hombre, pero sí puedes dar por hecha su inconstancia sin miedo a equivocarte. Los discípulos de Jesús lo abandonaron; no te asombres si tus partidarios se van detrás de otros maestros; y puesto que cuando estaban contigo no eran tu todo, no lo has perdido todo con su partida. Sirve a Dios con todas tus fuerzas mientras arde aún la vela y, luego, cuando se apague por algún tiempo, tendrás menos que lamentar. Conténtate siendo nada, porque eso es lo que eres. Cuando tu propia vacuidad se hace dolorosamente patente para tu conciencia, repréndete por haber siquiera soñado con estar lleno, salvo en el Señor. No te aferres a las recompensas presentes: sé agradecido por los pagos a cuenta a lo largo del camino, pero busca el gozo del galardón futuro. Sigue sirviendo con doble fervor a tu Señor cuando no hay delante de ti ningún resultado visible. Cualquier simplón puede ir por el camino estrecho a la luz del día, pero la rara sabiduría de la fe nos capacita para seguir adelante en la oscuridad, con precisión infalible, puesto que va de la mano de su Gran Guía. Entre esto y el Cielo puede haber aún algún tiempo más tormentoso,

pero nuestra Cabeza del pacto provee para todo ello. No nos desviemos en nada de la senda que el llamamiento divino nos ha impulsado a seguir. Vengan días buenos o malos, el púlpito es nuestra atalaya y el ministerio nuestra lucha. Séanos concedido que cuando no podamos ver el rostro de nuestro Dios, confiemos bajo LA SOMBRA DE SUS ALAS.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 12

La conversación corriente del ministro

Vamos a tratar ahora el tema de la conversación normal del ministro: cuando se mezcla con otros hombres y parece bastante a gusto con ellos. ¿Cómo debería ordenar su discurso en medio de sus semejantes? Ante todo, permítanme decirles que *no tendría que darse ningún aire ministerial*, sino evitar todo aquello que sea ampuloso, oficial, recargado y presuntuoso. «Hijo de hombre» es un noble título que se le aplicó a Ezequiel y a uno mayor que él; de modo que los embajadores del Cielo no deberían ser sino hijos de hombres. De hecho, deben recordar que cuanto más sencillos y sin afectación sean, tanto más se parecerán a ese niño-hombre: el santo niño Jesús. Existe tal cosa como un intento de ser demasiado «ministro» convirtiéndose en demasiado poco hombre; aunque cuanto más hombre verdadero seas, tanto más serás como deben ser los siervos del Señor. Los maestros de escuela y los ministros tienen, por lo general, un aspecto peculiarmente suyo —en el mal sentido de la palabra—: no son «como los demás hombres». Con demasiada frecuencia se trata de pájaros moteados que no parecen estar muy a gusto entre los otros habitantes del campo: son desmañados y particulares. Después de ver un flamenco andando grave y majestuosamente, o a un búho guiñando los ojos en la sombra, o a una cigüeña recatadamente absorta en sus pensamientos, no he podido por menos de recordar a algunos de mis señoriales hermanos de la fraternidad de maestros y predicadores, que se comportan tan maravillosamente en todo momento que resultan hasta un poco divertidos. Su conducta tan respetable, pomposa, formal, importante, recatada es fácil de adquirir, ¿pero vale la pena hacerlo?

En una ocasión, Theodore Hook se acercó a un señor que estaba paseando por la calle con gran pomposidad y le dijo: «Caballero, ¿no es usted un personaje muy importante?»; y yo, a veces, casi me he sentido inclinado a preguntar lo mismo a ciertos hermanos del clero. Conozco algunos que son, de la cabeza a los pies, tan completamente *clericales* en porte, tono, ademanes, corbatín y botas que no queda a la vista ni una sola partícula de humanidad. Un jovencísimo ministro siente la necesidad de recorrer las calles vestido de sotana, mientras que otro de la Iglesia Alta relataba, muy complacido, que atravesó Suiza e Italia con el birrete puesto todo el tiempo. ¡Pocos muchachos hubieran estado tan orgullosos de su capirote de burro en la escuela! Ninguno de nosotros llegaremos a tanto, probablemente, en nuestra vestimenta, pero podemos hacer lo mismo con nuestros amaneramientos. Algunos hombres parecen llevar un corbatín blanco retorcido alrededor de sus almas, estrangulando su humanidad con ese pedazo de trapo almidonado. Y ciertos hermanos mantienen un aire de superioridad que les parece imponente, pero que resulta simplemente ofensivo y eminentemente opuesto a sus pretensiones de ser seguidores del humilde Jesús. El orgulloso duque de Somerset transmitía sus órdenes a los sirvientes mediante signos, no rebajándose a hablar con seres de tan humilde condición. Sus hijos jamás se sentaban en su presencia y, cuando él dormía la siesta por la tarde, lo hacía con una de sus hijas a cada lado durante todo su augusto dormitar. Cuando los orgullosos Somerset entran en el ministerio, aparentan dignidad de maneras casi igual de absurdas:

«No te acerques a mí —parecen llevar escrito en sus frentes—, porque soy más santo que tú».

En cierta ocasión, un empingorotado hermano reprendió a un conocido ministro por incurrir en cierto lujo y el precio del mismo dio lugar a una gran discusión. «Está bien, está bien —respondió el otro—, puede que lleves algo de razón; pero, recuerda: Yo no gasto tanto dinero en mi debilidad como tú lo haces en almidón». Ese es el artículo que yo desapruebo: el espantoso almidón ministerial. Si has incurrido en el mismo, te aconsejo encarecidamente que vayas al Jordán y te laves siete veces para quitarte cada una de sus partículas. Estoy convencido de que una de las razones por la que todos nuestros trabajadores se apartan lo más posible de los ministros es que aborrecen las maneras artificiales y poco masculinas de estos. Si nos vieran en el púlpito y fuera del mismo actuando como hombres de verdad, y hablando con naturalidad —como hombres sinceros—, acudirían a nosotros. Baxter hizo un comentario que es válido aún: «La falta de un tono y una expresión de familiaridad constituye un defecto grave en la mayor parte de nuestros sermones, el cual deberíamos corregir con sumo cuidado». El vicio de los ministros es *clericalizar* el evangelio; pero, para ganar a las masas, hemos de poseer humanidad a la vez que el ministerio sagrado. Todo el mundo es capaz de reconocer la afectación, y no es probable que la gente se deje embaucar por ella. ¡Desechen sus pomposidades, hermanos, y caminen sobre sus pies! Desembarácense de su clericalismo y revístanse de la verdad.

Aun así, un ministro es siempre un ministro dondequiera que esté y debería recordar que se encuentra de servicio. Un policía o un soldado pueden hallarse libres de servicio, pero eso no sucede nunca con un pastor. Hasta en nuestros momentos de asueto deberíamos perseguir aún la gran meta de nuestra vida, ya que se nos llama a ser diligentes «a tiempo y fuera de tiempo». No hay situación alguna en que podamos estar y a la que el Señor no pueda venir a nosotros con la pregunta: «¿Qué haces aquí, Elías?». Y deberíamos poder responder de inmediato: «Tengo algo que hacer por ti aun en este lugar, y estoy tratando de hacerlo». Desde luego, el arco se debe destensar a veces o de otro modo perderá su elasticidad; pero no es necesario que cortemos la cuerda. Ahora estoy hablando del ministro en sus momentos de relajamiento; y digo que, aun entonces, se debe comportar como un embajador de Dios y aprovechar las oportunidades que tenga para hacer el bien. Esto no estropeará su descanso, sino que lo santificará. Un ministro debería ser como esa cámara que visité en Beaulieu, New Forest, en la que jamás se ve una telaraña. Se trata de un amplio cuarto trastero que nunca se barre; sin embargo, ninguna araña lo contamina con esos símbolos del descuido. Su techo es de castaño y, por alguna razón —no sé cuál—, las arañas no se acercan a esa madera en todo el año. Y lo mismo me dijeron en los pasillos de Winchester School: «Aquí nunca entran las arañas». Nuestras mentes deberían estar igualmente libres de cualquier hábito ocioso.

En los lugares públicos de descanso para los mozos de cuerda que hay en la ciudad de Londres, se pueden leer las palabras: «Descansa, pero no remolonees»; y este es un consejo digno de atenderse. Yo no llamo pereza al *dolce far niente*; hay una dulce forma de no hacer nada que es precisamente la mejor medicina del mundo para las mentes agotadas. Cuando tenemos la mente cansada y desajustada, el descansar no supone más ociosidad que el dormir; y a ningún hombre se le llama perezoso por dormir el tiempo debido. Es mucho mejor estar durmiendo aplicadamente que perezosamente despierto. Hállate, pues, dispuesto a hacer bien aun en tus momentos de descanso y en tus horas de asueto; de este modo serás un verdadero ministro y no tendrás necesidad de ir proclamando que lo eres.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

El ministro cristiano, cuando no está predicando, debería ser un hombre sociable. No se le ha enviado al mundo para que sea un ermitaño, ni un monje trapense; tampoco tiene la vocación de permanecer en pie todo el día sobre una columna, por encima de sus semejantes, como hacía el extravagante Simeón Estilita de la antigüedad. No tienes que gorjear desde lo alto de un árbol como si fueras un invisible ruiseñor, sino ser un hombre entre los hombres, indicándoles: «Soy como ustedes en todo lo relacionado con mi humanidad». La sal no sirve de nada si está en el salero; tiene que esparcirse sobre la carne. Y nuestra influencia personal debe penetrar y sazonar a la sociedad. ¿Cómo puedes beneficiar a otros si te mantienes apartado de ellos? Nuestro Señor asistió a una boda, comió pan con los publicanos y pecadores y, sin embargo, era mucho más puro que aquellos mojigatos fariseos cuya gloria consistía en que se mantenían separados de sus semejantes. Algunos ministros necesitan que se les recuerde que son de la misma especie que sus oyentes. Aunque sea un hecho notable, ¡podríamos de igual manera afirmar que los obispos, canónigos, eclesiásticos, prebendados, deanes rurales, rectores, clérigos y hasta los arzobispos, son solo hombres después de todo, y Dios no ha vallado un santo rincón de la tierra donde puedan estar ellos solos como en un presbiterio!

No estaría mal que pudiera haber un avivamiento de conversación santa en los patios y los jardines de las iglesias. Me gusta ver los grandes tejos rodeados de asientos que están plantados en el exterior de nuestras antiguas capillas, porque parecen decir: «Siéntate aquí, vecino, y comenta conmigo el sermón. Aquí viene el pastor, se unirá a nosotros y tendremos una charla piadosa y agradable». No estaríamos interesados en hablar con cualquier pastor, pero hay algunos para conversar con los cuales durante una hora pagaríamos una fortuna. Me encanta ese ministro cuyo rostro me invita a hacerle mi amigo y en el escalón de cuya puerta está escrito: «Hola», «*Bienvenido*». De este modo siento que no hay necesidad de aquella advertencia pompeyana que decía: «*Cave canem*» (Cuidado con el perro). Prefiero al hombre en torno al cual acuden los niños como moscas a un bote de miel: estos son los mejores jueces de lo que es un buen hombre. Nos cuentan los rabinos que cuando la reina de Sabá probó a Salomón acerca de su sabiduría, trajo consigo algunas flores artificiales —primorosamente hechas y delicadamente perfumadas— copias exactas de las verdaderas y le pidió que descubriera cuáles eran reales y cuáles ficticias. A lo que el sabio respondió indicando a sus sirvientes que abrieran la ventana; y cuando entraron las abejas, estas volaron al momento hacia las flores naturales y no prestaron ninguna atención a las artificiales. Del mismo modo, descubrirás que los niños tienen su instinto y reconocen de inmediato quién es su amigo. Cuenta también con que el amigo de los niños es alguien que vale la pena conocer. Ten siempre una buena palabra para decir a cada uno de los miembros de la familia: los muchachos mayores y las jovencitas, las niñas y todos los demás. Nadie sabe lo que puede lograr una sonrisa y una frase cordial. Para que un hombre consiga mucho en su trato con sus semejantes debe amar a estos y sentirse a gusto con ellos: un individuo que no es afable, mejor sería que se hiciese sepulturero y enterrara a los muertos, ya que jamás logrará influir en los vivos. Alguien me ha hecho el comentario de que aquel que quiera ser un predicador popular ha de tener entrañas; y aunque me temo que se trataba de una leve crítica en cuanto a la celebridad que han alcanzado algunos hermanos, hay algo de verdad en dicho comentario. Para tener una gran congregación, un hombre debe poseer un gran corazón. Este debería ser tan espacioso como aquellos nobles puertos situados a lo largo de nuestras costas, que tienen suficiente espacio para que maniobre

en ellos una flota entera. Cuando un hombre tiene un corazón amplio y amoroso, la gente va a él como los barcos lo hacen a un puerto, y se sienten seguros una vez que han fondeado a sotavento de su amistad. Un hombre así es cordial —tanto en privado como en público—; no tiene la sangre fría como los peces, sino que es cálido como el fuego de tu propia chimenea. Cuando te acercas a él no te desalienta su orgullo ni su egoísmo: sus puertas están abiertas para recibirte y te sientes cómodo en su compañía de inmediato. Instaría a cada uno de ustedes a que fueran hombres así.

El ministro cristiano debería ser también muy alegre. No creo en ir por ahí como ciertos monjes que vi en Roma, los cuales se saludan con tonos sepulcrales al tiempo que transmiten su agradable información: «Hermano, tenemos que morir». A esta vivaz salutación, cada alegre miembro de la orden responde: «Ciertamente, hermano, tenemos que morir». Me alegro de saber de tan buena autoridad que todos aquellos perezosos individuos estaban a punto de morir. Después de todo, es lo mejor que podían hacer; pero, hasta que eso sucediera, debían emplear alguna forma más agradable de saludarse.

Sin duda hay gente que se siente impresionada por el aspecto tan solemne de los ministros. He oído de alguien que estaba convencido de que la religión católica romana debía tener algo especial, a causa de la apariencia sumamente famélica y afligida de determinado clérigo. «¡Mire cómo ese hombre se está quedando en los huesos por sus ayunos diarios y sus vigilias nocturnas! —me dijo—. ¡Cuánto debe mortificar su carne!». Ahora bien, es muy probable que aquel enflaquecido sacerdote sufriera de alguna enfermedad interna de la cual le hubiera gustado mucho liberarse, y que no fuera ninguna conquista de su apetito, sino más bien un fallo en la digestión, lo que lo había reducido a tal estado; o, posiblemente, una conciencia turbada que le hacía consumirse hasta perder tanto peso. Desde luego, yo jamás me he topado con un texto bíblico que se refiera a la prominencia ósea como una evidencia de la gracia; de otro modo, «El Esqueleto Viviente»[1] debería haberse exhibido, no solo como una curiosidad natural, sino como el estándar de la virtud. Algunos de los mayores bribones del mundo han tenido un aspecto tan mortificado como si se hubieran estado manteniendo a base de langostas y miel silvestre. Suponer que un semblante melancólico es indicio de un corazón misericordioso constituye un error muy corriente. A todos los que deseen ganar almas les recomiendo la alegría: no la ligereza, ni la frivolidad, sino un espíritu afable y feliz. Se cazan más moscas con la miel que con el vinagre, y un hombre que lleva el Cielo en su rostro conducirá más almas allí que otro que tiene el porte del Tartaros[2].

Los ministros jóvenes y, de hecho, todos los demás, cuando están con otros, *deberían cuidarse de acaparar toda la conversación.* Ciertamente están bastante cualificados para hacerlo —quiero decir, a causa de su capacidad para instruir y por su facilidad de palabra—, pero deben recordar que a la gente no le gusta que la estén instruyendo perpetuamente, sino tomar parte en la conversación. Nada agrada más a las personas que el que se las deje hablar, y el agradarlas en esto puede ser beneficioso para ellas. Cierta noche pasé una hora con alguien que me hizo el cumplido de decirme que le parecía

[1] Isaac W. Sprague, quien padecía una desconocida enfermedad la cual le hacía estar esquelético, y que llegó a ser una conocida atracción en las ferias. (N. T.).

[2] Lugar de los muertos en la mitología griega. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

una compañía encantadora y con una conversación muy instructiva; sin embargo, no dudo en confesar que apenas dije nada, sino que le permití a él que hablase. Ejerciendo la paciencia me gané su buena opinión, y una oportunidad de dirigirme a él en otras ocasiones. A la mesa, un hombre no tiene más derecho a hablarlo todo que a comérselo todo. No debemos creernos *sir* Oracle[3], ante quien ningún perro podía abrir la boca. No, dejemos que todos los asistentes aporten de su propia cosecha, y tendrán un concepto mucho mejor de las palabras piadosas con las cuales tratemos de sazonar la conversación.

Especialmente cuando acabes de asentarte en tu oficio, habrá algunos encuentros a los que irás en que todo el mundo se sentirá admirado por la majestad de tu presencia y se invitará a otros a asistir porque va a venir el nuevo ministro. Una situación así me recuerda a la más selecta colección de estatuas del Vaticano. Se corre un tabique que da a una pequeña habitación, se descorre una cortina y ¡helo ahí ante nosotros: el gran Apolo! Si te tocara pasar por la prueba de ser el Apolo de la pequeña fiesta, pon fin a esa estupidez. Si yo fuera el Apolo, me gustaría bajarme inmediatamente del pedestal y dar la mano a todo el mundo que tuviera a mi alrededor, y tú harías bien en hacer lo mismo; ya que, tarde o temprano, el alboroto que arman por tu causa terminará, y lo más prudente es que seas tú mismo quien lo acabe. El culto a los héroes es una clase de idolatría y no se debe alentar. Dichos héroes hacen bien cuando, como los apóstoles en Listra, se horrorizan por los honores que se les dispensan y corren en medio de la gente gritando: «Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros». Los ministros no tendrán que hacer esto por mucho tiempo, ya que sus necios admiradores, muy posiblemente, se volverán contra ellos y si no los apedrean casi hasta matarlos llegarán hasta donde se atrevan en su crueldad y su menosprecio.

Aunque te digo: «No lo hables tú todo asumiendo una importancia que es mera impostura», sin embargo, *tampoco seas un maniquí*. La gente se formará un concepto de ti y de tu ministerio tanto por lo que vean de ti en privado como por tus discursos públicos. Muchos hombres jóvenes se han echado a perder en el púlpito a causa de sus indiscreciones en la sala de estar, y han perdido toda esperanza de beneficiar a otros por su estupidez o su frivolidad en sociedad. No seas como un leño inanimado. En la Feria de Amberes, entre otras muchas curiosidades que se anunciaban mediante enormes carteles y con mucho bombo, observé una caseta en la que había «una gran maravilla» que podía verse por un penique por persona: *un hombre petrificado.* No pagué el precio que se pedía para entrar, porque había visto a muchos hombres petrificados gratuitamente, tanto en el púlpito como fuera del mismo: inanimados, descuidados, privados de sentido común y absolutamente inertes, aunque estuvieran ocupados en el negocio más importante que hombre alguno pueda acometer.

Intenta dirigir la conversación hacia un fin provechoso. Sé sociable y alegre y todo lo demás, pero esfuérzate por obtener alguna cosa que valga la pena. ¿Por qué habrías de sembrar el viento o de arar una roca? Considérate, después de todo, bastante responsable de la conversación que se está desarrollando en tu presencia, porque esa será la estimación que se hará de ti por lo general: la del timonel de aquello que se habla. Por tanto, dirige dicha conversación hacia cauces apropiados; y hazlo sin emplear aspereza ni fuerza. Mantén en buen estado las conexiones de la línea y el tren pasará a tus

[3] Personaje del libro *Ana y la casa de sus sueños*, de Lucy Maud Montgomery. (N. T.).

raíles sin sacudidas. Estate preparado para aprovechar las oportunidades con destreza y sigue guiando de manera imperceptible por la vía deseada. Si tienes el corazón en ello y la inteligencia despierta, la cosa resultará bastante fácil; especialmente si susurras una oración pidiendo la dirección divina.

Jamás olvidaré la manera como un sediento individuo me pidió limosna en Clapham Common. Vi que llevaba un carretón enorme en el que transportaba un fardo sumamente pequeño, y me preguntaba por qué no se habría metido el paquete en el bolsillo y dejado el vehículo en casa. Así que le dije:

—Parece extraño llevar un carretón tan grande para una carga tan pequeña».

Con esto el hombre se detuvo y, mirándome seriamente a los ojos, contestó:

—Sí, caballero, es cosa muy extraña ciertamente; ¿pero sabe?, hoy mismo me he encontrado con otra más extraña aún: he estado por ahí trabajando y sudando todo el bendito día y, hasta ahora, no me he topado con ningún caballero que pareciera estar dispuesto a invitarme a una pinta de cerveza... hasta que lo vi a usted.

Me pareció un giro de la conversación muy bien dirigido; y nosotros, con un tema muy superior en nuestras mentes, deberíamos ser igual de capaces para introducir el asunto que llevamos en el corazón. Había una facilidad en la manera del hombre que le envidié, ya que a mí no me resultaba tan sencillo llamar su atención sobre mi propio tema. Sin embargo, si yo hubiese estado pensando tanto en cómo podía hacerle bien a él como él en la manera de obtener un trago, estoy seguro de que hubiera logrado mi objetivo. Para que de algún modo salvemos a alguno, debemos —como nuestro Señor— hablar con eficacia a la mesa; sí, y aun al lado del pozo, y por el camino, y a la orilla del mar, y en la casa, y en el campo. Ser un santo conversador por amor a Cristo podría constituir un oficio tan fructífero como el ser un fiel predicador. Traten de obtener la excelencia en ambas prácticas; y si solicitan la ayuda del Espíritu Santo, obtendrán su deseo.

Aquí tal vez podríamos introducir una regla que, no obstante, considero en buena parte innecesaria para los honorables hermanos a quienes me estoy dirigiendo: *No frecuentes las mesas de los ricos para obtener su beneplácito, ni te conviertas en una especie de gorrón general en las fiestas de sociedad y las recepciones*. ¿Quién eres tú para que estés pendiente de este o de aquel hombre rico cuando los pobres del Señor, sus enfermos y sus ovejas descarriadas te necesitan? Sacrificar el despacho por los salones es un crimen. Ser un solicitante de clientes para tu iglesia y asaltar a la gente en sus hogares con el fin de arrastrarles para que llenen tus bancos es una degradación a la que no debería someterse hombre alguno. Ver a los ministros de diferentes denominaciones revoloteando alrededor de un hombre rico como buitres en torno a un camello muerto resulta repugnante. Esa famosa carta «de un anciano y querido ministro a su amado hijo» en el momento de comenzar este su ministerio era deliciosamente sarcástica, y el siguiente extracto de la misma es apropiado para el caso que nos ocupa. Se dice que fue copiado de la *Smellfungus Gazette*, pero sospecho que nuestro amigo Paxton Hood lo sabe todo acerca de su autoría:

> Mantente también vigilante en cuanto a la mayor cantidad de personas posible; sobre todo las ricas e influyentes que lleguen a tu ciudad. Ve a visitarlas e intenta ganarlas para tu causa mediante los devocionales de salón. Así servirás muy eficientemente a los intereses del Señor. La gente necesita que se ocupen de ella; y el resultado de una dilatada experiencia confirma la opinión, que abrigo desde hace

> mucho, de que el poder del púlpito es insignificante comparado con la eficacia de la salita. Debemos imitar y santificar, por la palabra de Dios y la oración, las prácticas de los jesuitas. Estos obtienen sus éxitos, no tanto a través del púlpito como de la sala de estar. En esta última puedes susurrar y conocer todas las pequeñas ideas personales de la gente. El púlpito es un lugar muy desagradable. Naturalmente, se trata del gran poder de Dios, etc., etc., pero lo verdaderamente eficaz es el salón, y un ministro no tiene las mismas posibilidades de éxito si es un buen predicador que si es un perfecto caballero. Ni tiene un hombre perspectiva legítima alguna de obtener resultados en la sociedad cultivada si no es, además de cualquier otra cosa, un caballero refinado. Siempre he admirado el personaje de San Pablo que pinta Lord Shaftesbury en sus «Characteristics» (Características) como todo un caballero. Y yo te conminaría: «Sé un caballero». No es que haga falta que te lo diga, pero estoy convencido de que solo de esta manera podemos esperar que se convierta nuestra creciente y adinerada clase media. Debemos demostrar que nuestra religión es la del sentido común y del buen gusto, que desaprobamos las exaltaciones y los estímulos fuertes. ¡Ah, mi querido muchacho, ora fervientemente en tu aposento pidiendo que actúes con corrección, a fin de que puedas ser de utilidad! Si me preguntaras cuál es tu deber principal, mi respuesta sería: Sé siempre correcto.

Aquellos que recuerden cierta clase de predicadores que floreció hace cincuenta años, reconocerán la agudeza de la ironía de este extracto. El mal se ha mitigado bastante a estas alturas; y, de hecho, me temo que estemos dejándonos arrastrar al extremo opuesto.

Con toda probabilidad, la conversación inteligente desembocará a veces en la controversia, y es aquí donde tropiezan muchos hombres valiosos. *El ministro sensato será especialmente amable en la discusión*. Más que ningún otro hombre, él no debería cometer el error de creer que hay fuerza en el temperamento y poder en el hablar airadamente. Cierto pagano que estaba en medio de un gentío en Calcuta escuchando a un misionero disputar con un brahmán, dijo que sabía quién tenía razón aunque no entendía el idioma: el equivocado era quien primero perdió los estribos. Esa es en buena parte una forma acertada de juzgar. Procura no debatir con la gente: expresa tu opinión y deja que el otro manifieste la suya. Si ves que un palo es retorcido y quieres que los demás perciban hasta qué punto lo es, pon una vara derecha al lado del mismo y eso bastará. Pero si te ves arrastrado a la controversia, emplea argumentos muy duros y palabras muy blandas. A menudo no puedes convencer a un hombre tirando con violencia de su razón, pero puedes persuadirle ganando sus sentimientos. El otro día tuve la desdicha de necesitar un par de botas nuevas, y aunque le pedí al sujeto que me las diera tan anchas como barcas, me costó un esfuerzo tremendo ponérmelas. Trabajé con un par de tirabotas tan arduamente como los hombres que iban en el barco con Jonás, pero fue en vano. Entonces, mi amigo me dio un poco de jabón de sastre y el trabajo se hizo en un momento. ¡Qué persuasivo resultó ser el jaboncillo! Caballeros, lleven siempre consigo un poco de jabón de sastre cuando están con otras personas, un buen paquetito de persuasión cristiana, y pronto descubrirán las virtudes del mismo.

Y por último, con toda su amabilidad, *el ministro debería ser firme en cuanto a sus principios y valiente para manifestarlos y defenderlos en toda clase de compañías*. Cuando se presenta una oportunidad apropiada, o él mismo ha conseguido crear una, que no se tarde en aprovecharla. Con firmeza en sus principios, gravedad en su tono y corazón afectuoso, deberá hablar como un hombre y agradecer a Dios el privilegio de poder hacerlo. No hay necesidad de reticencia alguna; no debería haberla. Las fantasías más descabelladas de los espiritistas, los sueños más erráticos de los

reformadores utópicos, las chácharas más ridículas de la ciudad y las estupideces más vanas del mundo de la frivolidad exigen que se las oiga y obtienen audiencia, ¿no debería entonces escucharse a Cristo? ¿Se quedará sin contar su mensaje de amor por miedo a que se nos acuse de intrusos o de mojigatos? ¿Será tabú la religión o se prohibirá el mejor y el más noble de los temas? Si esa es la norma en alguna sociedad, nosotros no nos someteremos a ella; y si no podemos echarla abajo, dejaremos dicha sociedad a sí misma como los hombres abandonan una casa contaminada por la lepra. No podemos consentir que se nos amordace, ni hay razón para que así se haga: no iremos a ningún lugar adonde no podamos llevar con nosotros a nuestro Señor. Cuando otros se toman la libertad de pecar, nosotros no podemos renunciar a nuestro derecho a reprenderlos y advertirlos.

Nuestra conversación corriente, sabiamente administrada, puede ser un potente instrumento para bien. Una sola frase es capaz de desencadenar procesos de pensamiento que lleven a la conversión de algunas personas a las que nunca han llegado nuestros sermones. El método de detener y retener a alguien para conversar o exponer la verdad individualmente, ha tenido mucho éxito; pero ese es otro asunto, y difícilmente puede colocarse bajo el enunciado de la conversación corriente. No obstante, concluiremos diciendo que cabe esperar que, tanto en nuestra conversación ordinaria como desde el púlpito, jamás se nos considere como de esa clase de personas amables cuyo cometido es hacer agradables las cosas en dondequiera que se encuentran y que nunca, en ninguna circunstancia, causan desazón a nadie por muy impía que sea su vida. Tales personas entran y salen entre las familias de sus oyentes, y se divierten con ellos, cuando debería estar entristeciéndose por su causa. Se sientan a sus mesas y banquetean a gusto, cuando tendrían que estar advirtiéndolos para que escapasen de la ira venidera. Son como cierto despertador americano del que he oído hablar, el cual se garantizaba que no te despertaría a menos que quisieras que lo hiciese.

Sembremos, no solo en la tierra buena y honesta, sino también en la roca y en el camino, y en el último y gran día segaremos una gozosa cosecha. ¡Ojalá que el pan que echamos sobre las aguas en momentos singulares y en ocasiones extrañas lo hallemos después de muchos días!

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 13

A los obreros con escasas herramientas

¿Qué deberían hacer aquellos ministros que cuentan con pocas herramientas para su trabajo? Por «pocas herramientas» entiendo pocos libros y pocos o ningunos medios para comprar más. Este es un estado de cosas que no tendría que darse en ningún caso: las iglesias deberían preocuparse de hacerlo imposible, y proporcionar a su pastor (en la mayor medida de sus posibilidades), no solo la comida necesaria para sostener la vida de su cuerpo, sino también alimento intelectual para que su alma no muriera de hambre. Debería considerarse una buena biblioteca como parte indispensable del mobiliario de la iglesia; y los diáconos, cuyo cometido es «servir a las mesas», actuarán sabiamente si, sin descuidar la Mesa del Señor o a los pobres, ni disminuir las provisiones de la mesa del ministro, echaran un ojo a la mesa de estudio de este y la mantuvieran provista de obras clásicas y libros nuevos en justa abundancia. Ese sería un dinero bien gastado y produciría mucho más de lo que suele esperarse. En vez de hacerse cada vez más elocuentes hablando de la decadencia del poder de la predicación, los líderes de la iglesia deberían utilizar los medios legítimos que hay para mejorar dicho poder, proporcionando al predicador alimento para la mente. Mi consejo para todos los descontentos es que dejen de quejarse y suministren comida.

Hace algunos años traté de inducir a nuestras iglesias a que consideraran como cosa normal el tener bibliotecas para los pastores, y unas pocas personas solícitas comprendieron el valor de la sugerencia y comenzaron a ponerla en práctica. Desde entonces he visto, con gran placer, como aquí y allá se han suministrado estanterías y en ellas se han colocado algunos volúmenes. Desearía fervientemente que en todas partes se hubiera comenzado a hacer lo mismo; pero, ¡ay!, me temo que solo una larga sucesión de ministros famélicos despertará en los cicateros la convicción de que la tacañería con el pastor es una falsa economía. Las iglesias que no pueden permitirse un generoso estipendio deberían hacer cierta reparación por ello fundando una biblioteca como parte permanente de su institución; y, añadiendo volúmenes a la misma año tras año, pronto dicha biblioteca llegaría a ser muy valiosa. La rectoría de mi venerable abuelo tenía una colección de volúmenes puritanos antiguos de mucho valor, que cada ministro había heredado de los anteriores. ¡Qué bien recuerdo algunos de esos pesados tomos cuyo principal interés para mí eran sus curiosas letras iniciales, adornadas de pelícanos, grifos, niños jugando o patriarcas ocupados! Podría objetarse a esto que los libros se perderían con el cambio de usuarios, pero yo correría ese riesgo; y los miembros de la junta, con un poco de vigilancia del catálogo, serían capaces de mantener las bibliotecas tan seguras como lo están los bancos y el púlpito.

Si no se adopta este sistema, inténtese otro más sencillo: que todos los que se han comprometido a contribuir para el sostén del ministro añadan un 10 % o más a su cuota a fin de proporcionar a este, expresamente, alimento intelectual. Los sermones mejorados que escucharían les compensarían por su donativo. Si pudiera proporcionarse un pequeño ingreso anual para los ministros pobres a fin de que lo invirtieran santamente en libros, sería un regalo de Dios para ellos y una bendición incalculable

para la comunidad. Las personas sensatas no esperan que un huerto les proporcione hierbas aromáticas año tras año sin que ellas abonen la tierra; ni tampoco que una locomotora funcione sin combustible o que ni siquiera un buey o un asno trabajen sin haber comido. Dejen, por tanto, de esperar recibir sermones instructivos de hombres a quienes se les ha cerrado el almacén del conocimiento mediante su incapacidad para adquirir libros.

Pero la cuestión es qué deben hacer aquellos hombres que no tienen acceso a librerías, ni cuentan con una biblioteca en la iglesia, ni con una asignación para adquirir libros. Subrayemos de inmediato que si tales hombres tienen éxito en su ministerio, son dignos de más honor que esos otros que cuentan con abundantes medios.

Se dice que Quintin Matsys tenía todas sus herramientas excepto su martillo y su lima, las cuales sus compañeros de trabajo le habían quitado, y que logró hacer su famosa cubierta de pozo sin ellas. ¡Tanta más honra para él! Aquellos obreros de Dios que han hecho grandes cosas faltándoles algunas herramientas útiles merecen un gran reconocimiento. Su trabajo hubiera sido mucho más liviano si hubiesen contado con ellas, pero así lo que han hecho resulta mucho más admirable. En la actual Exposición Internacional de Kensington, se alaba principalmente la Escuela de Cocina del Sr. Buckmaster por producir unos platos tan sabrosos con ingredientes tan poco prometedores: de un puñado de huesos y unos pocos macarrones saca exquisiteces dignas de reyes. Si contara con todos los ingredientes que utiliza la cocina francesa, y emplease todos ellos, la gente diría: «¡Bah, cualquiera puede hacerlo!»; pero cuando te muestra los restos de carne y los huesos, y te dice que los ha comprado en la carnicería por unos pocos peniques, y añade que puede hacer con ellos una cena para una familia de cinco o seis personas, todas las buenas esposas abren los ojos y se preguntan cómo es posible tal cosa. Y cuando hace pasar su plato entre los presentes, y estos saborean lo delicioso que está, se llenan de admiración. Sigue trabajando entonces, hermano, tú que tienes pocos recursos, porque aún puedes conseguir hacer grandes cosas en tu ministerio, y las palabras «Bien, buen siervo y fiel» dirigidas a ti serán tanto más enfáticas porque trabajaste rodeado de serias dificultades.

Si un hombre puede comprar solo algunos libros, mi primer consejo sería *que adquiriera los mejores* —ya que no puede gastar mucho, al menos que gaste bien—, y los mejores serán siempre los más baratos. Deja las meras diluciones y atenuaciones para aquellos que pueden permitirse esos lujos: no compres leche y agua, sino leche condensada, y añádele tú mismo el agua que quieras. Este tiempo está lleno de hiladores de palabras, productores profesionales de libros que martillean tan fino un grano de sustancia como para cubrir dos hectáreas de papel. Estos hombres tienen su utilidad, como la tienen los batidores de oro, pero no son útiles en absoluto para ti. Los granjeros de nuestras costas solían cargar sus carros de algas y extender las mismas sobre sus tierras: la parte más pesada de las algas era el agua. Ahora secan las algas y se ahorran gran cantidad de trabajo y de gastos. No compres sopa diluida, sino concentrado de carne: consigue mucho en poco volumen. Prefiere aquellos libros que abunden en lo que James Hamilton solía llamar «biblina» o esencia de libros. Necesitas obras precisas, condensadas, fidedignas, clásicas, y asegúrate de conseguirlas. Para preparar su *HoræBiblicæ Quotidianæ*, que es un comentario excelente acerca de la Biblia, el Dr. Chalmers utilizó únicamente la *Concordancia*, la *Biblia ilustrada*, la *Sinopsis de Poole*, el *Comentario de Matthew Henry* y *Las investigaciones de Robinson en Palestina*. «Estos son los libros que utilizo —le dijo a un amigo—: todo lo

que es bíblico se encuentra en ellos. No necesito nada más para mi estudio bíblico». Esto demuestra que aquellos que tienen a mano recursos ilimitados, aun así consideran suficientes unas pocas obras clásicas; y esto es clara evidencia de que algunos de los predicadores más prestigiosos han visto que para estudiar las Escrituras —lo cual es, en mi opinión, nuestro principal cometido— les era más útil emplear poco libros que muchos.

Renuncia, pues, sin lamentarte, a tantos libros que, como aquellas famosas hojas de afeitar del pobre Hodge, «se hacen para vender», y véndelos tanto a ellos como a quienes los compran. Habiendo mencionado el *Comentario de Matthew Henry*, me atrevo a decir que ningún ministro puede hacer mejor inversión que esa incomparable exposición bíblica. Consíguela, aunque tengas que vender la chaqueta para comprarla.

La segunda regla que yo pondría es: *Conoce a fondo los libros que tienes*. Léelos meticulosamente; sumérgete en ellos hasta que te saturen; léelos y vuélvelos a leer; mastícalos, digiérelos, asimílalos bien. Examina varias veces los buenos libros, toma notas de ellos, analízalos... El estudiante descubrirá que su constitución mental recibe más influencia de un libro el cual domina bien que de veinte que simplemente ha leído a retazos, lamiéndolos, como dice el proverbio clásico: «Como los perros beben del Nilo». La lectura apresurada produce poco saber y mucho orgullo; es posible apilar libros en el cerebro hasta que este no pueda funcionar. Algunos hombres han quedado incapacitados para pensar por desechar la meditación y concentrarse en la mucha lectura. Se atiborran de libros y contraen una dispepsia mental.

Los libros que se ponen *sobre* el cerebro producen enfermedades; pero introduce el libro *en* el cerebro y crecerás. En las *Curiosidades de la Literatura*, de D'Israeli, hay una invectiva de Luciano acerca de los hombres que alardean de poseer extensas bibliotecas, las cuales, o bien nunca leen o bien jamás sacan provecho de ellas. Comienza comparando a la persona así con un piloto que no ha aprendido nunca el arte de la navegación, o un tullido que calza pantuflas bordadas pero no puede mantenerse en pie dentro de las mismas. Y luego exclama: «¿Por qué compras tantos libros? ¡No tienes pelo y adquieres un peine; eres ciego y has de comprarte un espejo delicado; eres sordo y quieres tener el mejor instrumento musical!». Una reprimenda muy merecida para aquellos que piensan que la posesión de libros les garantizan el saber. Todos experimentamos en parte esa tentación. ¿Acaso no nos sentimos más sabios después de haber pasado una o dos horas en una librería? ¡Lo mismo sería que un hombre se creyera más rico por haber inspeccionado las cámaras acorazadas del Banco de Inglaterra! En cuanto a la lectura de libros, que tu lema sea: «Mucho, no muchos». Piensa a la vez que lees, y mantén siempre proporcionada la reflexión con la lectura, así tu pequeña biblioteca no te resultará un gran infortunio.

Hay mucha sensatez en el comentario de cierto escritor del *Quarterly Review* muchos años atrás:

> Désenos ese querido libro, adquirido en el puesto a un precio tan bajo como el de una cena, manoseado y con las puntas dobladas, con el lomo agrietado y roto por las esquinas, anotado en la guarda y garabateado en los márgenes, ensuciado y reseco, roto y desgastado, suavizado por el bolsillo y enmugrecido por el fogón, humedecido por la hierba y empolvado entre las cenizas, sobre el cual has soñado en la arboleda y dormitado delante de las brasas, pero que has leído una y otra y otra vez, de tapa a tapa. Ese libro, y sus únicos tres o cuatro sucesores legítimos, han impartido más cultura verdadera

que las miríadas de volúmenes que sobrecargan las combadas y arqueadas estanterías kilométricas de la biblioteca Bodleyana[1].

Pero si crees que debes tener más libros, *te recomiendo que tomes prestados unos pocos de manera juiciosa*. Lo más probable será que haya algunos amigos tuyos que poseen libros, y que sean tan amables como para dejarte utilizarlos durante algún tiempo. Y te aconsejo, especialmente, que a fin de que puedas tomar luego otros prestados, devuelvas todos lo que se te dejan con prontitud y en buen estado. Espero que no haya tanta necesidad de que insista en la devolución de los libros como hace algunos meses, porque hace poco he leído una declaración de cierto clérigo que ha elevado mucho la opinión que yo tenía acerca de la naturaleza humana, en la que expresa que ¡conoce personalmente a tres caballeros que han devuelto realmente los paraguas que se les prestaron! Siento tener que decir que él se mueve en círculos más favorecidos que los míos, porque yo conozco a varios jóvenes que han tomado libros prestados y jamás los han devuelto. El otro día, un pastor que me había dejado *cinco* libros, los cuales he utilizado durante dos años o más, me escribió una nota para pedirme que le devolviera *tres* de ellos. Para su sorpresa, los recibió en el siguiente envío de paquetes a vuelva de correo, así como los otros dos que había olvidado pedirme. Yo me había cuidado de hacer una lista de los libros que tomé prestados y, por tanto, pude efectuar la devolución completa de los mismos a su propietario. Estoy seguro de que él no esperaba que le llegaran tan pronto, porque me escribió una carta de asombro mezclado con gratitud; y, con toda seguridad, cuando vuelva a visitar su despacho, se me concederá con gusto un nuevo préstamo. Supongo que conoces esos versos que muchos hombres han escrito en los libros de su propiedad:

Si te toma prestado un amigo,
podrá hacerlo siempre que
te lea, te estudie, no te preste,
sino que a mí te haga volver.
No es que el conocimiento impartido
disminuya el fondo del saber,
pero sé que los libros prestados
no se me suelen devolver.

Sir Walter Scott solía decir que tal vez sus amigos fueran contadores muy indiferentes, pero que custodiaban muy bien los libros. Algunos han tenido que llegar al extremo de aquel erudito que, cuando se le pidió un libro prestado, mandó un mensaje con su criado diciendo que no dejaría que el libro saliera de su aposento, pero que invitaba al caballero que pedía el préstamo a ir allí y leer sentado todo el tiempo que quisiese. La réplica fue inesperada pero concluyente cuando, en cierta ocasión, tardando su fuego en encenderse, envió un recado a la misma persona pidiendo que le prestara un fuelle, y recibió la respuesta de que el dueño del mismo no lo prestaría fuera de su propia casa, pero que el caballero podía ir allí y hacerlo soplar cuantas veces quisiese. Tomar prestado juiciosamente puede proporcionarte mucha lectura, pero acuérdate del hombre que perdió el hacha en las Escrituras

[1] Biblioteca fundada por *sir* Thomas Bodley en Oxford, Inglaterra, en el siglo XVI. (N. T.).

y cuida bien de lo que te prestan: «El impío toma prestado y no paga».

En caso de que el hambre de libros sea grande en la tierra, *hay un libro que todos ustedes poseen, y es su Biblia*. Y un ministro con su Biblia está, como David con su honda y su piedra, plenamente equipado para el combate. Ningún hombre puede decir que no cuenta con un pozo de donde sacar agua mientras tiene a mano las Escrituras. La Biblia es una biblioteca perfecta, y el que la estudia concienzudamente será más erudito que si hubiese devorado la biblioteca de Alejandría en su totalidad. Nuestra ambición debería ser el comprender la Biblia; tendríamos que conocerla bien: tanto como el ama de casa su aguja, el comerciante su libro mayor y el marinero su barco. Deberíamos saber cuál es su tema general, los contenidos de cada libro, los detalles de sus historias, sus doctrinas, sus preceptos y todo acerca de ella. Erasmo, hablando de Jerónimo, pregunta: «¿Quién se ha aprendido nunca toda la Biblia de memoria, o se ha empapado de ella o ha meditado en ella como él lo hizo?». Se cuenta de Witsius, un erudito holandés autor de la famosa obra acerca de «Los pactos», que no solo era capaz de repetir cada una de las palabras de la Escritura en las lenguas originales, sino de dar el contexto y las críticas de los mejores autores. Y yo he oído decir de un ministro anciano de Lancashire que era «una concordancia andante», y que podía citarte el capítulo y el versículo de cada pasaje; o viceversa: darte correctamente las palabras si le mencionabas el lugar en que se encontraban. Puede que aquello fuera una proeza memorística, pero el estudio necesario para llevarla a cabo debió de ser sumamente provechoso. No quiero decir que aspires a eso; pero, si pudieras hacerlo, la ganancia valdría muy bien la pena. Uno de los fuertes de ese genio singular llamado William Huntington (al que ni encomiaré ni condenaré por ahora) era que durante sus sermones citaba continuamente las Sagradas Escrituras, y acostumbraba, cuando lo hacía, a dar el capítulo y el versículo de la cita. Además, para demostrar su independencia del libro impreso, tenía la fea costumbre de retirar la Biblia de la parte delantera del púlpito.

El hombre que haya aprendido, no solo la letra de la Biblia sino el espíritu que la anima, no será un hombre cualquiera, por muchas deficiencias que tenga que soportar en su trabajo. Ya conoces el viejo proverbio, que dice: «*Cave ab homine unius libri*» (Cuídate del hombre de un solo libro). ¡Se trata de un terrible adversario! Un hombre que se sabe la Biblia al dedillo y que la lleva en lo profundo de su corazón es un paladín de nuestro Israel: no puedes competir con él. Tal vez poseas todo un arsenal de armas, pero su conocimiento de las Escrituras te vencerá; ya que se trata de una espada como la de Goliat, de la cual David dijo: «Ninguna como ella». Creo que el amable William Romaine, en la última etapa de su vida, guardó todos sus libros y no leía absolutamente nada más que su biblia. Era un hombre erudito, pero se vio monopolizado por *el* Libro y este le hizo poderoso. Si la necesidad nos lleva a hacer lo mismo, recordemos que algunos lo han hecho por propia elección y no nos lamentemos de nuestra suerte, porque las Escrituras serán más dulces que la miel para nosotros y nos harán más sabios «que los viejos». Jamás estaremos escasos de santo material si estudiamos continuamente el volumen inspirado; y no, no será solo material lo que encontremos en él, sino también ilustraciones: porque la Biblia es el mejor ilustrador de sí misma. Si buscas anécdotas, símiles, alegorías o parábolas, vuélvete a las páginas sagradas. La verdad escrituraria jamás se muestra más hermosa que cuando está adornada con las joyas de su propio tesoro. Últimamente he estado leyendo los libros de los Reyes y las Crónicas y me he quedado prendado de ellos: están tan cargados de

enseñanza sagrada como los Salmos o los Profetas si se leen con los ojos abiertos. Creo que fue Ambrosio quien dijo: «Adoro la infinitud de las Escrituras». Yo oigo esa misma voz que resonó en los oídos de Agustín de Hipona respecto del libro de Dios: *«Tolle, lege»* (Toma y lee). Pudiera darse que vivieras retirado en algún pueblo donde no tengas a nadie con quien conversar que esté por encima de tu nivel, y donde te encuentres con pocos libros dignos de leerse; entonces, lee y medita en la ley del Señor de día y de noche, y serás «como el árbol plantado junto a corrientes de aguas». Haz de la Biblia tu «hombre de confianza», el compañero de todas tus horas, y tendrás pocas razones para lamentarte de tu escaso equipamiento en cosas inferiores.

Me gustaría impresionarte con la verdad de que un hombre que tiene pocas herramientas *puede compensarlas con mucho pensamiento.* Pensar es un ejercicio del alma que desarrolla las facultades de esta y las educa. En cierta ocasión le preguntaron a una niñita si sabía lo que era su alma y, para sorpresa de todos, ella contestó: «Señor, mi alma es mi pensamiento». Si estaba en lo cierto, algunas personas tienen un alma muy pequeña. Si no se piensa, la lectura no puede beneficiar a la mente, pero puede engañar a la persona haciéndole creer que se está haciendo más sabia. Para algunos hombres los libros son una especie de ídolo: así como para el católico romano la imagen tiene el cometido de hacerle pensar en Cristo, y en realidad le impide llegar a él, los libros tienen la función de hacer pensar a los hombres y, sin embargo, muchas veces son un obstáculo para el pensamiento. Cuando George Fox tomó un cuchillo afilado y cortó para sí un par de calzones de cuero y, habiendo roto con las modas de la sociedad, se escondió en un árbol hueco para pensar durante un mes entero, se estaba haciendo un hombre de pensamiento ante quien los hombres de libros se batirían rápidamente en retirada. ¡Qué alboroto causó, no solo entre los papismos, las prelacías y los presbiterios de su época, sino también en las convenciones cultas de los disidentes! Limpió el Cielo de un sinfín de telarañas y puso en aprietos a los ratones de biblioteca. El pensamiento es el espinazo del estudio, ¡y qué bendición sería si hubiese más ministros que pensaran! Solo que nosotros queremos hombres que piensen acerca de la verdad revelada de Dios y no soñadores que crean religiones de sus propias mentes. Actualmente nos vemos importunados por una serie de individuos que deben andar con la cabeza y pensar con los pies. Su idea de la meditación es la fantasía: en vez de considerar la verdad revelada, se inventan un revoltijo propio, donde el error, el desatino y el envanecimiento figuran a partes iguales. Y a este caldo lo llaman «pensamiento moderno». Queremos hombres que traten de pensar como es debido y, al mismo tiempo, de manera profunda, porque estén pensando los pensamientos de Dios. Lejos esté de mí el instarles a ustedes a que imiten a esos jactanciosos pensadores de este tiempo, que vacían sus locales de reunión y luego se glorían de predicar para las personas cultas y los intelectuales. ¡Qué hipocresía tan miserable! La reflexión ferviente acerca de aquello que se cree con seguridad entre nosotros es un asunto completamente distinto, lo cual les insto a hacer. Personalmente debo mucho a las muchas horas, y hasta días, pasados en solitario debajo de un viejo roble cerca del río Medway. Puesto que estaba en cierto modo indispuesto por aquel entonces, en el momento de terminar la escuela, se me concedió bastante tiempo de ocio; y, armado de una excelente caña de pescar, atrapé algunos peces pequeños y disfrute de muchas fantasías entremezcladas con ratos de examen de mi corazón y de mucho rumiar el conocimiento adquirido. Si los muchachos pensaran, valdría la pena darles menos deberes y más oportunidad para hacerlo.

Atracar a alguien de comida sin permitir que la digiera deja a la carne desprovista de músculo, y esto es aún más deplorable en la esfera mental que en la física. Si tu congregación no es lo suficientemente numerosa para proporcionarte una biblioteca, demandarán menos de tu tiempo y, teniendo oportunidad de meditar, estarás hasta en mejor posición que tus hermanos que poseen muchos libros pero poco tiempo para la contemplación sosegada.

Sin libros, *un hombre puede aprender mucho si mantiene los ojos abiertos*. De la historia actual, de los incidentes que suceden bajo sus narices, de los sucesos relatados en los periódicos, de los asuntos de conversación corriente, de todo ello le es posible aprender. La diferencia entre tener ojos y no tenerlos es maravillosa: si no tienes libros para probar tus ojos, mantén estos abiertos adondequiera que vayas, y seguro que encontrarás algo digno de atención. ¿Acaso no puedes aprender de la naturaleza? Cada flor está esperando para enseñarte: «Considera los lirios» y aprende de las rosas. No solo puedes ir a la hormiga, sino que cada ser viviente se te brinda para instruirte: hay una voz en cada ventarrón y una lección en cada grano de polvo que arrastra el mismo. Por la mañana, en cada brizna de hierba, resplandecen los sermones, y las homilías pasan volando a tu lado con las hojas secas que caen de los árboles. Un bosque constituye una biblioteca, un campo de trigo es un volumen de filosofía, la roca una historia y el lecho del río un poema. Ve, tú que tienes los ojos abiertos, y descubre lecciones de sabiduría por todas partes: arriba en el cielo y abajo en la tierra, y en las aguas debajo de la tierra. Comparado con estas cosas los libros resultan pobres.

Además, por muy escasa que sea tu biblioteca, *puedes estudiarte a ti mismo.* Ahí tienes un misterioso volumen la mayor parte del cual aún no has leído. Si alguien piensa que se conoce a fondo a sí mismo, se engaña, ya que el libro más difícil que puedas leer jamás es tu propio corazón. El otro día le decía a un hombre vacilante que parecía perdido en un laberinto: «Mira, en realidad no puedo entenderte; pero eso no me inquieta, ya que jamás he podido entenderme a mí mismo». Y ciertamente era sincero al decirlo. Observa los recovecos y las singularidades de tu propia mente y la peculiaridad de tu propia experiencia; lo depravado de tu corazón y la obra de la gracia divina; tu tendencia al pecado y tu capacidad para la santidad; cómo te pareces al diablo y, sin embargo, cuán aliado estás con Dios mismo. Date cuenta de lo sabiamente que puedes actuar cuando Dios te enseña, y lo neciamente que te comportas cuando se te deja a tus propios recursos. Descubrirás que el estudio de tu corazón es de una importancia inmensa para ti como vigilante de las almas de otros. La propia experiencia de un hombre debería ser para él como el laboratorio en que experimenta la medicina que luego receta a los demás. Aun tus propias faltas y tus fracasos te instruirán si se los llevas al Señor. Los hombres absolutamente inmaculados serían incapaces de compadecerse de los hombres y las mujeres imperfectos. Estudia la forma en que Dios trata con tu alma y sabrás más de su forma de tratar a los demás.

Lee a otros hombres: son tan instructivos como los libros. Suponte que un joven estudiante tan pobre que no pudiera comprar libros de medicina fuera a uno de nuestros magníficos hospitales. Ciertamente lo primero sería un gran detrimento para él; pero si tuviera la experiencia del hospital, si viera como se hacen las operaciones y observara casos de enfermedad día tras día, no me sorprendería que llegara a convertirse en un cirujano tan competente como sus compañeros más favorecidos. Su observación le enseñaría aquello que los libros por sí solos no pueden enseñar; y cuando estuviera

mirando cómo se amputa un miembro, se venda una herida o se ata una arteria podría, de todos modos, aprender bastante cirugía práctica como para que le resultara inmensamente útil. Ahora bien, buena parte de lo que tiene que aprender un ministro debe recibirlo mediante una observación real. Todos los pastores sabios han recorrido, espiritualmente hablando, los hospitales, y tratado con los buscadores, los hipócritas, los reincidentes, los desesperados y los presuntuosos. El hombre que ha tenido una buena experiencia práctica en las cosas del propio Dios, y observado los corazones de sus semejantes, si no intervienen otros factores, será mucho más útil que aquel que solo sabe por lo que ha leído. Es muy lamentable que un hombre sea un petimetre universitario que sale del aula, como quien sale de una caja de sombrero, para entrar en un mundo que nunca antes ha visto y tratar con personas que jamás ha observado, o manejar realidades con las que nunca ha estado en contacto personalmente. «No un neófito», dice el apóstol; y se puede ser un neófito siendo un consumado erudito, un clasicista, un matemático o un teólogo teórico. Deberíamos estar familiarizados en la práctica con las almas de los hombres; y si no lo estamos abundantemente, nuestra escasez de libros será una aflicción liviana. «¿Pero cómo puedo leer a un hombre?», quizá se pregunte algún hermano. He oído hablar de un caballero de quien se decía que no podías estar a su lado bajo techo durante cinco minutos sin que te enseñara alguna cosa. Aquel era un hombre sabio; pero sería un hombre aún más sabio quien no pudiera detenerse bajo techo durante cinco minutos sin aprender algo de los demás. Los hombres sabios son capaces de aprender tanto de los necios como de los filósofos: un necio es un libro espléndido que leer, porque todas sus hojas están abiertas ante ti; en su estilo hay un deje cómico que te incita a seguir leyendo y, aunque no sacases nada más, al menos recibirías la advertencia de no hacer pública tu propia insensatez.

Aprende de los santos experimentados. ¡Qué cosas tan profundas pueden enseñarnos algunos de ellos a los hombres más jóvenes! ¡Qué episodios son capaces de referirnos los pobres de Dios de aquellas apariciones providenciales del Señor para con ellos! ¡Cómo se glorían en su sustentadora gracia y en su fidelidad a su propio pacto! ¡Qué luz renovada proyectan a veces sobre las promesas, revelando significados que están ocultos para los sabios según la carne pero claros para los corazones sencillos! ¿No sabes que muchas de las promesas se hallan escritas con tinta invisible y que se han de acercar al fuego de la aflicción para que aparezcan las letras? Los espíritus probados son magníficos instructores para los ministros.

¡Y cuánto podemos aprender también del buscador! Buena parte de mi propia estupidez la he reconocido mientras conversaba con algunas almas que estaban buscando. Me ha desconcertado un pobre jovencito, cuando intentaba traerle al Salvador: yo creía tenerlo bien atrapado, pero me eludía una y otra vez con la perversa ingenuidad del incrédulo. A veces, los buscadores que están realmente ansiosos me sorprenden con su singular pericia para batallar contra la esperanza: sus argumentos son interminables y sus dificultades incontables. Nos llevan a la perplejidad vez tras vez; hasta que por fin la gracia de Dios nos capacita para traerlos a la luz; pero no hasta que hemos reconocido nuestra propia ineficacia. En las extrañas perversidades de la incredulidad, las singulares interpretaciones y tergiversaciones que los abatidos hacen de sus sentimientos y de las afirmaciones bíblicas, te harán encontrar a menudo todo un mundo de enseñanza. Preferiría proporcionar a un joven una sola hora con buscadores o personas mentalmente deprimidas que una semana en la mejor de nuestras clases

como preparación práctica para el pastorado.

E insisto: *Acude a menudo a los lechos de muerte*. Estos son libros reveladores. En ellos leerás la poesía misma de nuestra religión y aprenderás sus secretos. ¡Qué espléndidas joyas arrastran las olas del Jordán! ¡Qué hermosas flores crecen en sus orillas! ¡Las fuentes eternas de la tierra gloriosa lanzan sus chorros al aire, y las gotas de rocío caen a este lado de la angosta corriente! He oído a hombres y mujeres humildes hablar, en sus horas de despedida, como si estuvieran inspirados, pronunciando extrañas palabras y radiantes con la gloria celestial. Dichas palabras no las han aprendido de labio alguno bajo la luna; deben de haberlas oído mientras estaban sentados en las afueras de la Nueva Jerusalén. Dios se las susurra al oído en medio de su dolor y su debilidad, y ellos nos cuentan un poco de lo que el Espíritu les ha revelado. Me desprendería de todos mis libros si pudiera ver a los Elías de Dios ascender montados en sus carros de fuego.

¿No he hablado ya suficiente del tema? Si deseas más, creo que es tiempo de recordar ese sabio proverbio que dice que es mejor despedir a un auditorio anhelante que hastiado. De modo que: *¡Adieu!*

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

SERIE SEGUNDA

Introducción

La serie anterior de mis Discursos tuvo una aceptación que no me esperaba en absoluto. Todo el mundo acogió el libro con benevolencia y algunos se han hecho muy entusiastas del mismo. Tengo una gran deuda para con los caballeros de la prensa por la cordialidad de sus críticas, para con el público en general por comprarlo en tan gran cantidad, pero, sobre todo, para con los muchos individuos que, en sus cartas privadas, me han hablado de la obra con palabras de aprobación las cuales no soy tan ingrato como para olvidar ni tan vanidoso como para repetir. Un hombre tiene el derecho de sentirse contento cuando se le agradece el haber sido útil a sus semejantes, y esos semejantes son los ministros del Señor. Resulta reconfortante saber que has querido ser de provecho, agradable creer que lo has conseguido y de lo más alentador que las personas beneficiadas te aseguren que lo has sido. Los Discursos anteriores se hicieron públicos con no poco temor y temblor; pero ahora, considerando el resultado de ello, me siento extraordinariamente satisfecho. Obligado por el deber y movido por la gratitud, consigno aquí muy encarecidamente mis acciones de gracias a Dios, al tiempo que expreso también mi deuda de gratitud para con los bondadosos corazones que han dado a mis discursos tan generosa recepción.

Uno de los resultados de la generosidad unánime de mis críticos ha sido esta segunda serie de Discursos: solo el tiempo dirá si la misma demostró ser una nueva prueba para la paciencia de mis lectores o una fuente adicional de satisfacción. Tengo la esperanza de que los discursos presentes no serán peores que sus predecesores: en ciertos aspectos deberían ser mejores que aquellos, ya que cuento con tres años más de experiencia en el trabajo. Pero hay una razón válida por la que no debería esperarse que los últimos igualaran a los primeros, y es que los temas no son demasiado numerosos y la primera selección se dedicó, naturalmente, a los mejores de ellos; de manera que el grupo siguiente consiste en temas de menor importancia. Confío, sin embargo, que la calidad no se habrá rebajado de manera sustancial y que la caridad de mis lectores seguirá siendo la misma. De cualquier forma, no ofrezco aquí algo que no me haya costado nada, ya que me he esforzado al máximo y aplicado todo mi empeño en hacerlo. De modo que pongo mi trabajo al servicio de mis hermanos con limpia conciencia, esperando, especialmente, que me lean con atención aquellos predicadores jóvenes cuyo provecho ha sido mi principal objetivo. He preparado mis discursos, completamente, para estudiantes y principiantes en la predicación, y ruego que siempre se consideren desde ese punto de vista, ya que muchos comentarios que son bastante apropiados para los novatos resultaría una gran impertinencia llevarlos ante los maestros de Israel. Todo lector imparcial deberá tener en mente la intención y el objeto mencionados.

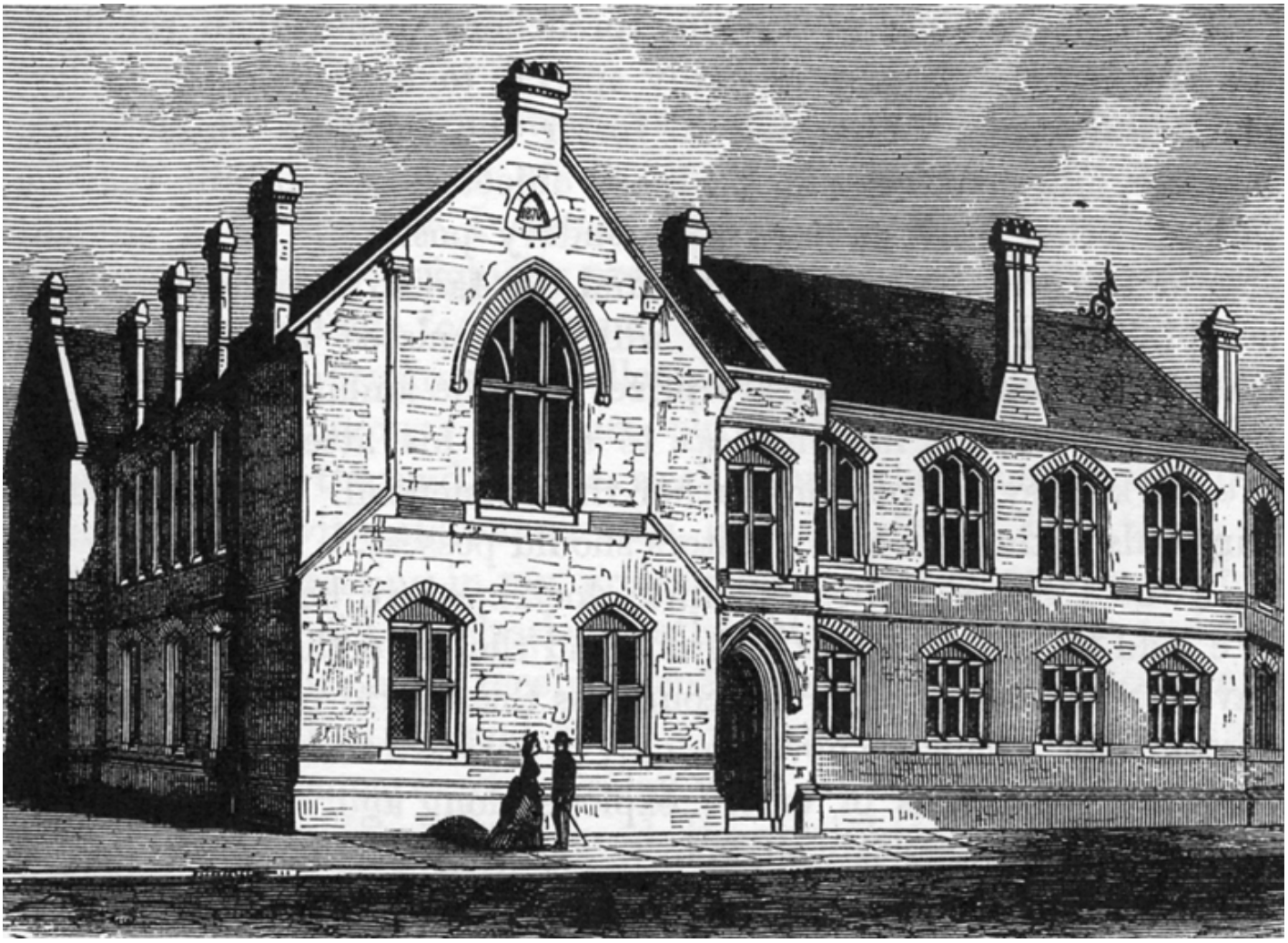
Quiero aprovechar la oportunidad para llamar la atención sobre el segundo de mis tres libros para estudiantes, ya que este es *el tercero* propiamente dicho. Estoy aludiendo aquí al volumen titulado *El comentar y los comentarios*, que representa la experiencia y la información reunida a lo largo de toda una vida, pero que por ocuparse principalmente de un catálogo de comentarios no se adapta a los gustos populares y debe limitarse, en cuanto a su circulación, a aquellos que deseen información referente a las obras expositivas. Para mi propia sorpresa, estos se cuentan por decenas de miles, pero

hay muchos lectores para quienes dicho libro sería provechoso aunque ellos aún no lo han comprendido así. Como casi todos los críticos lo alaban mucho, creo que valdrá la pena que cualquier joven lo compre antes de que esté muy avanzado en la formación de su biblioteca. Tengo la intención —si vivo lo suficiente— de editar seis libros baratos para predicadores; el cuarto de los cuales, que está casi preparado, se titularía *El arte de poner ejemplos*. No tengo, sin embargo, ningunas ganas de malgastar tiempo y trabajo en escribir libros que nadie leería; de ahí mi razón para mencionar aquí el libro acerca de «el comentar y los comentarios». La vida es corta, y el tiempo muy valioso, para un hombre ocupado; y cualquier cosa que hacemos queremos aprovecharla al máximo.

Un comentario y una disculpa adicionales: los discursos acerca de «Posturas, acciones, gestos, etc.» probablemente parezcan estar dando demasiada importancia a cuestiones secundarias. Me gustaría poder pensar lo mismo; pero mi propia observación me ha llevado a considerarlas necesarias, porque docenas de veces he tenido que lamentar que los oradores descuidaran esos aspectos menores hasta llegar a malograrse a causa de los mismos. Poco importa cómo un hombre gesticule o mueva el cuerpo siempre que no atraiga la atención hacia sí mismo de un modo desmañado o grotesco. Que muchos lo hacen es algo que pocos negarán, y con ello no quiero reírme a costa de ningún hombre bueno, sino impedir que lo hagan sus oyentes. Es lamentable que el mensaje de Dios se eche a perder por una mala comunicación; o que no se preste atención al mismo a causa de las extrañas gesticulaciones del mensajero. ¡Ojalá que quienes me consideran frívolo acerca de esta cuestión pudieran ver los resultados de una mala actuación, como los ven aquellos que desearían no estarlos viendo! Entonces descubrirían que detrás del humor, en cierto modo sarcástico, que he empleado, se oculta un serio propósito; y si creyeran —como yo— que esos males no se curan sino exponiéndolos al ridículo, me exculparían de la acusación de frivolidad, aunque no estuvieran de acuerdo con mi manera de atajar ese mal.

Con la esperanza de que este libro puede reportar algún beneficio para la emergente raza de predicadores y —a través de ellos— para la Iglesia de Dios, lo dedico al servicio del Señor confiado en que él lo utilizará para su propia gloria.

La Escuela Pastoral



Los discursos de que consta este volumen se pronunciaron en la Escuela Pastoral situada detrás del Tabernáculo Metropolitano; por tanto, nos tomamos la libertad de referirnos a dicha institución en estas páginas. Uno de los fines de nuestras publicaciones acerca del ministerio —las cuales se pueden considerar meramente como un deseo de hacer llegar a un sector más amplio la instrucción que se imparte dentro de los muros de la Escuela— es, no lo ocultamos, dar a conocer esta última.

La institución tiene el propósito de ayudar a obtener una mejor educación a los predicadores con aptitudes. No acepta a ningún hombre para hacer de él un predicador; sino que requiere de sus alumnos, como norma, que hayan ejercitado previamente sus dones durante al menos dos años y ganado almas para Cristo. A estos los recibimos, no obstante, por pobres que sean o atrasados que estén, y todos nuestros esfuerzos se dirigen al único fin de instruirlos en las cosas de Dios, equiparlos para su trabajo y ejercitarlos en el don de la palabra. En el Tabernáculo, la iglesia ora mucho para que se pueda conseguir dicho fin; y la oración no ha sido en vano, ya que 365 hombres así formados están ahora anunciando el evangelio de Jesús. Y, además de los que estudian para el ministerio regular, varios centenares de predicadores callejeros, misioneros urbanos, maestros y obreros de todas clases

han pasado por nuestras clases vespertinas; de modo que hay actualmente más de doscientos que ejercen su vocación durante el día y estudian por la noche. Pedimos mucha oración a todos nuestros hermanos para que la suministración del Espíritu santifique la enseñanza y unja a cada obrero para el servicio del Señor.

Puesto que sería bastante injustificable que interfiriéramos con los planes de otros grupos de cristianos que tienen sus propios métodos para preparar a sus ministros, y resulta obvio que no podríamos encontrar esferas de servicio para los hombres de denominaciones con las cuales no tenemos lazos eclesiásticos, limitamos nuestra Escuela a los baptistas; y, con objeto de no vernos importunados por interminables controversias, invitamos solo a aquellos que sostienen las opiniones acerca de la verdad divina que se conocen habitualmente como *calvinistas*. No es que nos importen los nombres o los títulos; pero, como deseamos que se nos entienda bien, empleamos un término que describe de la mejor forma que las palabras puedan hacerlo aquello que somos. Creyendo que las grandes doctrinas de la gracia son las compañeras naturales de la verdad evangélica fundamental respecto de la Redención por medio de la sangre de Jesús, las sostenemos y las enseñamos, no solo en nuestro ministerio dirigido a las masas, sino en la instrucción más selecta de las aulas. No somos amigos ni del latitudinarismo —con su infidelidad— ni del antisectarismo —con su intolerancia—, sino que nos deleitamos en el hombre que cree y, por tanto, habla. Nuestro Señor no nos ha dado permiso para que seamos generosos con aquello que no nos pertenece, y de toda verdad que se nos haya encomendado se nos pedirá cuenta.

Los medios con que contamos para llevar adelante esta obra son aquellos del Dios Altísimo, Señor del Cielo y de la tierra. No tenemos lista de patrocinadores, ni registro de dotaciones: nuestra confianza está puesta en aquel a quien deseamos servir. Él ha sostenido la obra durante muchos años, moviendo a sus mayordomos a enviarnos ayuda, y estamos seguros de que lo seguirá haciendo mientras desee que llevemos a cabo este trabajo de amor. Necesitamos al menos 120 £ para cada semana del año, ya que tenemos 113 hombres que alimentar, alojar y educar, locales de predicación que alquilar y nuevas iglesias a las cuales ayudar. Y puesto que nuestro servicio es gratuito en todos los sentidos, con tanta mayor libertad apelamos a quienes concuerdan con nosotros en que ayudar a un joven ministro devoto a prepararse para el trabajo de su vida es un esfuerzo digno de hacerse. No hay dinero que produzca tantos dividendos, ni trabajo más importante ni más absolutamente necesario en la actualidad.

C. H. Spurgeon
Nightingale Lane
Clapham, Surrey

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 1

El Espíritu Santo y nuestro ministerio

He escogido un tema acerca del cual sería difícil decir alguna cosa que no se haya dicho a menudo con anterioridad. Pero ya que el asunto es de una importancia capital, resulta pertinente meditar en cuanto al mismo con frecuencia; y aunque presentáramos únicamente cosas viejas y nada más, sería prudente recordárselas a ustedes. Nuestro tema es: «El Espíritu Santo y nuestro ministerio»; o la obra del Espíritu Santo en relación con nosotros como ministros del evangelio de Jesucristo.

«Creo en el Espíritu Santo» es una frase que hemos pronunciado como artículo del Credo, y espero que podamos repetirla como un devoto soliloquio impuesto a nuestros labios por la experiencia personal. En nuestro caso, la presencia y la obra del Espíritu Santo son la base de nuestra confianza respecto de la sabiduría y la esperanza del trabajo de nuestra vida. De no haber creído en el Espíritu Santo, hace mucho que hubiéramos abandonado nuestro ministerio; porque «para estas cosas, ¿quién es suficiente?». Nuestra esperanza de éxito y nuestra fuerza para seguir adelante con el servicio descansan en la creencia de que el Espíritu del Señor está sobre nosotros.

Por el momento daré por sentado que todos nosotros somos conscientes de la existencia del Espíritu Santo: hemos dicho que *creemos* en él; pero, en realidad, hemos ido más allá de la fe respecto a este asunto y llegado al terreno de la toma de conciencia. Hubo un tiempo cuando todos creíamos en la existencia de nuestros amigos actuales —ya que habíamos oído hablar de ellos—, pero ahora nos hemos visto cara a cara unos a otros. Nos hemos estrechado fraternalmente la mano y hemos sentido el influjo de un gozoso compañerismo; por lo que ahora, más que creer, conocemos. De igual manera, hemos *sentido* al Espíritu de Dios actuando en nuestros corazones, conocido y percibido el poder que él ejerce sobre los espíritus humanos, y lo conocemos gracias a un contacto frecuente, consciente y personal. La sensibilidad de nuestro espíritu nos hace tan conscientes de la presencia del Espíritu de Dios como lo somos de la existencia de las almas de nuestros semejantes por la acción que estos ejercen sobre nuestras propias almas, o como la materia corrobora su existencia actuando sobre nuestros sentidos. Nos hemos visto levantados de la aburrida esfera del pensamiento y la materia simplemente, al fulgor celestial del mundo del espíritu; y ahora, como hombres espirituales que somos, discernimos las cosas espirituales, sentimos las fuerzas supremas del reino espiritual y sabemos que hay un Espíritu Santo, porque notamos cómo actúa el mismo sobre nuestros espíritus. Si no fuera así, ciertamente no tendríamos derecho alguno a estar en el ministerio de la Iglesia de Cristo. ¿Nos atreveríamos siquiera a permanecer como miembros de la misma? Pero, hermanos, hemos sido avivados espiritualmente y somos claramente conscientes de poseer una nueva vida, con todo lo que la misma conlleva: somos nuevas criaturas en Cristo Jesús y vivimos en un mundo nuevo. Se nos ha iluminado y hecho contemplar esas cosas que ojo no ha visto; hemos sido guiados a una verdad que la carne y la sangre no hubieran podido jamás revelarnos. El Espíritu nos ha consolado: muy a menudo nos hemos visto levantados por el santo Paracleto desde la profunda tristeza hasta las cumbres del gozo. Él también nos ha santificado en cierta medida, y somos conscientes de que la obra de

santificación continúa haciéndose en nosotros de formas y maneras diversas. Por tanto, a causa de todas estas experiencias personales, sabemos que hay un Espíritu Santo, tan ciertamente como sabemos que nosotros mismos existimos.

Me siento tentado a extenderme sobre este particular, ya que la cuestión merece que se le preste más atención. Los incrédulos demandan fenómenos: la vieja doctrina de los negocios de Gradgrind[1] se ha introducido en la Religión, y el escéptico grita: «¡Lo que yo quiero son hechos!». Pues *he aquí nuestros hechos*, no nos olvidemos de emplearlos. Si un escéptico me desafía con el comentario: «Mi fe no puede depender de un libro o de una historia; quiero ver hechos actuales», mi respuesta es: «*Usted* no puede verlos, porque sus ojos están cegados, pero los hechos están ahí de todos modos. Los que tenemos ojos percibimos cosas maravillosas, aunque usted no las vea». No me sorprendería en absoluto que él ridiculizara mi aseveración. Espero que así lo haga, y me quedaría muy sorprendido si no lo hiciera; pero exijo respeto para mi propia posición como testigo de ciertos hechos, y me vuelvo hacia el objetor con la pregunta: «¿Qué derecho tiene usted a negar mi evidencia? Si yo fuera un hombre ciego y usted me dijese que poseía una facultad llamada vista, no me comportaría razonablemente burlándome de usted como de un presuntuoso entusiasta. Lo único que tiene derecho a decir es que no sabe nada de ello; pero no posee autoridad alguna para llamarnos mentirosos o crédulos. Puede usted hacer causa común con los burladores de antaño y declarar que el hombre espiritual está loco, pero eso no demuestra la falsedad de las afirmaciones de este». Hermanos, para mí los fenómenos producidos por el Espíritu de Dios son una prueba tan clara de la verdad de la religión cristiana como la destrucción de Faraón en el mar Rojo, el descenso del maná en el desierto o el agua que brotó de la roca herida pudieron haberlo sido de la presencia de Dios para Israel en medio de sus tribus.

Ahora llegamos al meollo de nuestro tema: para nosotros, los ministros, el Espíritu Santo es absolutamente esencial; sin él nuestro oficio es un mero título. No reclamamos sacerdocio alguno por encima de lo que le pertenece a todo hijo de Dios, pero somos los sucesores de aquellos a quienes, en la antigüedad, el Señor movió a declarar su palabra, a testificar contra la transgresión y a abogar su causa. A menos que el espíritu de los profetas repose sobre nosotros, el manto que llevamos no será sino una tosca prenda para engañar. Deberíamos ser expulsados con aborrecimiento de la compañía de los hombres honrados por atrevernos a hablar en el nombre del Señor si el Espíritu de Dios no reposa sobre nosotros. Nos consideramos portavoces de Jesucristo, designados para continuar su testimonio sobre la tierra; pero el Espíritu de Dios siempre reposó sobre Jesús y sobre su testimonio, y si no lo hace sobre nosotros, evidentemente, no hemos sido enviados al mundo como lo fue él. En Pentecostés, el comienzo de la gran obra de convertir al mundo se hizo con lenguas de fuego y un viento recio y poderoso, símbolos de la presencia del Espíritu Santo; por tanto, si pretendemos tener éxito sin el Espíritu, no estamos siguiendo el orden pentecostal: si no contamos con el Espíritu que prometió Jesús, no podemos llevar a cabo la encomienda que él hizo.

No necesito advertir a ningún hermano presente contra el engaño en que podemos caer de considerar que tenemos el Espíritu para llegar a estar inspirados. Sin embargo, hay que advertir contra

[1] Personaje de la novela de Dickens *Tiempos difíciles*, el cual encarna el espíritu del utilitarismo. (N. T.).

tal insensatez a los miembros de cierta secta contenciosa moderna, que sostienen que sus reuniones se desarrollan bajo «la presidencia del Espíritu Santo». En cuanto a esta idea, solo puedo decir que he sido incapaz de descubrir en las Sagradas Escrituras ya sea el término en sí o la noción misma. Sí que encuentro en el Nuevo Testamento una compañía de corintios eminentemente dotados, aficionados a hablar, y dados a las disputas partidistas: los verdaderos representantes de aquellos a quienes me refiero. Pero Pablo dice de ellos: «Doy gracias a Dios de que *a ninguno de vosotros* he bautizado»; y, de igual manera, yo agradezco al Señor que pocos de esa escuela han estado alguna vez en nuestro medio. Pareciera que sus asambleas poseen un don particular de inspiración que, tal vez sin llegar a la infalibilidad, casi se aproximan a la misma. Si se han visto ustedes mezclados en sus encuentros, dudo mucho que hayan sido más edificados por las disertaciones producidas bajo la presidencia divina que por los predicadores corrientes de la Palabra que solo consideran estar bajo la influencia del Espíritu Santo como un espíritu se halla bajo la influencia de otro espíritu y una mente bajo la de otra mente. No somos comunicadores pasivos de la infalibilidad, sino maestros honrados de las cosas que hemos aprendido en la medida que hemos sido capaces de comprenderlas. Como nuestras mentes están activas y tienen su propia existencia personal mientras la mente del Espíritu actúa sobre ellas, *nuestras* deficiencias son tan evidentes como *su* sabiduría; y aunque revelemos aquello que él nos ha enseñado, el miedo a que nuestra propia ignorancia y nuestro propio error se manifiesten a la vez, porque no nos hemos sometido de un modo más perfecto al poder divino, nos humilla grandemente. No sospecho que vayan ustedes a desviarse en la dirección que acabo de mencionar: ciertamente los resultados de experimentos anteriores tienen pocas probabilidades de constituir una tentación para los hombres sabios a caer en esa insensatez.

He aquí nuestra primera pregunta: *¿Dónde podemos buscar la ayuda del Espíritu Santo?* Cuando hayamos hablado acerca de esta cuestión, abordaremos con gran solemnidad una segunda pregunta: *¿Cómo podemos perder la ayuda del Espíritu?* Oremos para que, mediante la bendición de Dios, esta consideración nos ayude a retenerla.

¿Dónde podemos buscar la ayuda del Espíritu Santo? Responderé a esta pregunta de siete u ocho maneras. Primeramente, *él es el Espíritu de conocimiento*: «Él os guiará a toda la verdad».

Necesitamos su enseñanza en este ámbito. Tenemos una necesidad urgente de estudiar; ya que quien enseña a otro necesita él mismo ser instruido. Habitualmente, subir al púlpito sin preparación es una presunción imperdonable: nada puede degradarnos a nosotros y nuestro ministerio de un modo más eficiente que eso. Después de un mensaje del obispo de Lichfield en una de sus visitas, acerca de la necesidad de estudiar con fervor la Palabra, cierto párroco explicó a Su Ilustrísima que él no podía creer en su enseñanza, «porque —según dijo—, a menudo, cuando estoy en la sacristía no sé acerca de lo que voy a hablar; pero subo al púlpito y predico, sin darle mayor importancia». Su Ilustrísima le contestó entonces: «Y tiene usted mucha razón en no darle mayor importancia; porque sus ecónomos me han dicho que ellos opinan lo mismo». Si no recibimos instrucción, ¿cómo podemos instruir a otros? Si no pensamos, ¿cómo podemos guiar a otros a que lo hagan? Necesitamos la ayuda del Espíritu Santo en nuestro estudio, en esa bendita ocupación de estar a solas delante del Libro. Es él quien tiene la llave de la tesorería del Cielo y puede enriquecernos indeciblemente; es él quien posee la clave de la doctrina más enrevesada y puede guiarnos en el camino de la verdad. Él es capaz de

quebrantar las puertas de bronce y hacer pedazos los cerrojos de hierro, y de darnos los tesoros escondidos y los secretos muy guardados. Si estudias el texto original, consultas los comentarios y meditas profundamente, pero descuidas el clamar con fuerza al Espíritu de Dios, tu estudio no te aprovechará; pero aunque te veas privado de ayudas (lo cual confío que no sucederá), si esperas en el Espíritu dependiendo simplemente de su enseñanza, captarás bastante bien el significado divino.

El Espíritu de Dios es particularmente valioso para nosotros, ya que nos instruye especialmente en cuanto a la persona y la obra de nuestro Señor Jesucristo, lo cual es el aspecto principal de nuestra predicación. Él toma lo que es *de Cristo* y nos lo hace saber. Si tomase las cosas de la doctrina o de los preceptos, estaríamos contentos por su misericordiosa asistencia, pero ya que se deleita especialmente en lo que es de Cristo, y concentra su luz sagrada sobre la cruz, nos regocijamos viendo el centro de nuestro testimonio iluminado de un modo tan divino y podemos estar seguros de que esa luz se difundirá por todo el resto de nuestro ministerio. Esperemos en el Espíritu de Dios con este clamor: «Oh Santo Espíritu, revélanos al Hijo de Dios y, así, muéstranos al Padre».

Como Espíritu de conocimiento, el Espíritu no solo nos instruye acerca del evangelio, sino que nos guía a ver al Señor en todo otro asunto. No debemos cerrar los ojos a Dios en la naturaleza, ni en la historia corriente, ni en los sucesos diarios de la providencia, ni en nuestra propia experiencia, y el bendito Espíritu es quien interpreta para nosotros la mente de Dios en todas esas cosas. Si clamamos: «Enséñame lo que quieres que haga; o por qué contiendes conmigo; o dime qué propósito tienes en esta maravillosa providencia de misericordia o en esa otra dispensación de juicio mezclado con gracia», seremos adecuadamente instruidos en cada caso; porque el Espíritu es el candelabro de siete brazos que está en el santuario y todas las cosas se ven correctamente bajo su luz. Como bien comenta Goodwin: «Para que conozcamos la verdad ha de haber luz que la acompañe. La experiencia de todo hombre clemente así lo demuestra. ¿Cuál es la razón de que veas ciertas cosas en un capítulo solo en alguna ocasión y no en otras; que reconozcas determinadas virtudes en tu corazón en cierto momento y no en otros; que percibas las cosas espirituales en una oportunidad y no en las demás? El ojo es el mismo, pero el Espíritu Santo abre y cierra esa linterna sorda, como podríamos llamarlo: según lo abra más o lo contraiga, o lo cierre mucho, veremos más o menos. Algunas veces hasta lo obtura por completo y, entonces, el alma queda a oscuras, aunque pueda no haber un ojo mejor.

Queridos hermanos, esperen en él para recibir esa luz, o permanecerán en tinieblas y se convertirán en ciegos guías de ciegos.

2. En segundo lugar, al Espíritu Santo se le llama *el Espíritu de sabiduría*, y lo necesitamos grandemente en esa capacidad, ya que el conocimiento puede resultar peligroso si no va acompañado de la sabiduría, que es el arte de utilizar bien lo que sabemos. Manejar adecuadamente la Palabra de Dios es tan importante como entenderla cabalmente; ya que algunos que evidentemente han comprendido parte del evangelio han dado una prominencia indebida a esa porción del mismo y presentado, por tanto, un cristianismo distorsionado, para perjuicio de quienes lo han recibido; pues estos, a su vez, han demostrado como consecuencia de dicho evangelio un carácter distorsionado. La nariz de un hombre es un rasgo prominente en su rostro, pero resulta posible hacerla tan grande que se reduzcan a la insignificancia los ojos o la boca, dibujándose una caricatura en vez de un retrato. Del mismo modo, es posible proclamar excesivamente algunas doctrinas del evangelio relegando el resto

de ellas a la sombra; entonces, el mensaje ya no es el evangelio en su belleza natural, sino una caricatura de la verdad a la cual, déjenme decirles, algunos parecen sumamente aficionados. El Espíritu de Dios les enseñará a emplear el cuchillo del sacrificio para dividir las ofrendas, y les mostrará cómo utilizar las balanzas del santuario para pesar y mezclar las especias preciosas en su justa cantidad. Todo predicador experimentado considera esto de la mayor importancia, y bien hará si es capaz de resistir a la tentación de descuidarlo. Desgraciadamente algunos de nuestros oyentes no desean oír todo el consejo de Dios, sino que tienen sus doctrinas favoritas y les gustaría que calláramos todas las demás. Muchos son como esa mujer escocesa que, después de escuchar cierto sermón, dijo: «Habría estado muy bien si no fuera por toda esa patraña de obligaciones al final del todo». Hay hermanos así: les gusta la parte consoladora —las promesas y las doctrinas—, pero apenas debe hacerse referencia a la santidad práctica. Sin embargo, la fidelidad exige que les comuniquemos un evangelio completo, del que no se omita nada y en el que nada se exagere; para lo cual se precisa mucha sabiduría. Me pregunto seriamente si alguno de nosotros tiene tanta de esa sabiduría como se necesita. Probablemente estemos aquejados de algunas parcialidades inexcusables y de algunas inclinaciones injustificadas; descubrámoslas y deshagámonos de ellas. Tal vez seamos conscientes de haber dejado a un lado ciertos pasajes, no porque no los entendamos (lo cual podría ser justificable) sino más bien porque los comprendemos y nos gusta muy poco decir aquello que nos han enseñado; o porque quizá haya alguna imperfección en nosotros, o algún prejuicio en nuestros oyentes, que esos textos bíblicos revelarían demasiado claramente como para resultarnos cómodos. Hay que acabar sin dilaciones con ese pecaminoso silencio. ¡Para ser sabios mayordomos y poner las porciones de carne adecuadas para la familia de nuestro Señor, necesitamos tu enseñanza, oh Espíritu de Dios!

Tampoco es esto todo, ya que aunque sepamos cómo manejar bien la Palabra de Dios, necesitamos sabiduría para seleccionar aquella parte de la verdad que es más apropiada para el momento y para la clase de personas congregadas, así como también discernimiento en cuanto al tono y la manera como debe presentarse la doctrina. Creo que muchos hermanos que predican la responsabilidad humana se muestran tan legalistas que causan rechazo en todos aquellos que aman las doctrinas de la gracia. Por otra parte, me temo que muchos han predicado la soberanía de Dios de tal forma que han apartado por completo del calvinismo a quienes creen en el hombre como un agente libre. En ningún momento hemos de ocultar la verdad, pero deberíamos tener sabiduría para predicarla de una manera que evitara los choques o las ofensas innecesarias e iluminara gradualmente a aquellos que no pueden verla en absoluto, guiando a los hermanos más débiles a toda la variedad de la doctrina evangélica.

También necesitamos sabiduría, queridos hermanos, a la hora de decir las cosas a diferentes clases de personas. Podemos abatir a un hombre con la misma verdad que pretendía edificarlo; empalagar a alguien con la miel con que nos proponíamos endulzar su boca. La gran misericordia de Dios se ha predicado imprudentemente llevándose a muchos al libertinaje; y, por otro lado, en ocasiones se han fulminado con tanta violencia los terrores del Señor que estos han llevado a los hombres a la desesperación y, de ahí, a un desafío permanente al Altísimo. La sabiduría es provechosa para dirigir, y quien la posee presenta cada verdad en su momento, vestida con su ropaje más apropiado. ¿Quién puede darnos esa sabiduría sino el bendito Espíritu? ¡Oh hermanos, procuren esperar su dirección con la más humilde reverencia!

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

3. En tercer lugar, necesitamos al Espíritu de otra manera; a saber, como el carbón encendido tomado del altar que toca nuestros labios para que, cuando tenemos conocimiento y sabiduría para escoger la porción adecuada de la verdad, podamos disfrutar de *libertad de expresión* a la hora de impartirla: «He aquí que esto tocó tus labios». ¡Ah, qué gloriosamente habla un hombre cuando el carbón encendido del altar ha hecho ampollas en sus labios y siente el poder ardiente de la verdad, no solo en lo profundo de su alma sino también en la boca misma con que habla! Observa lo trémulas que son en esos momentos sus mismas palabras. ¿No has notado en la reunión de oración de hace un momento cómo el tono de dos de los suplicantes era tembloroso y sus cuerpos se estremecían? Porque no solo sus corazones estaban tocados, sino también sus labios, y su habla se veía afectada. Hermanos, necesitamos que el Espíritu de Dios abra nuestras bocas para que podamos publicar las alabanzas del Señor; de otro modo no hablaremos con poder.

Necesitamos que la influencia divina nos guarde de decir muchas cosas que, si llegaran a salir de nuestras bocas, estropearían nuestro mensaje. Aquellos de nosotros que estamos dotados del peligroso don del humor debemos, algunas veces, detenernos, sacarnos la palabra de la boca y examinarla para ver si es verdaderamente edificante. Y quienes han pasado sus vidas anteriores entre lo grosero y lo vulgar, precisan tener ojos de lince para guardarse de lo indecoroso. Hermanos, lejos esté de nosotros el pronunciar siquiera una sílaba que sugiera un pensamiento impuro o despierte un recuerdo cuestionable. Necesitamos que el Espíritu del Señor nos ponga brida y bocado, a fin de guardarnos de decir aquello que apartaría las mentes de nuestros oyentes de Cristo y de las realidades eternas, llevándolas a pensar en las cosas viles de la tierra.

Hermanos, precisamos que el Espíritu Santo nos estimule también en nuestras palabras. No dudo de que todos ustedes saben que hay diferentes estados de ánimo en la predicación, algunos de los cuales proceden de las diferentes condiciones de nuestros cuerpos. Un fuerte resfriado no solo estropea la claridad de la voz, sino que congela el flujo de los pensamientos. En cuanto a mí, si no puedo hablar claramente, no soy capaz de pensar con precisión; y la cuestión se torna ronca al igual que el habla. También el estómago, y el resto de los órganos del cuerpo, afectan a la mente; pero no me estoy refiriendo a estas cosas. ¿No eres consciente de otros cambios totalmente independientes del cuerpo? Cuando tienes una salud robusta, ¿no te sientes en ocasiones tan pesado como los carros de Faraón con las ruedas quitadas y, otras, con tanta libertad como «una cierva suelta»? Hoy tu rama destella con el rocío, mientras que ayer se veía agrietada por la sequía. ¿Quién no sabe que el Espíritu de Dios está en todo ello? El Espíritu divino obrará a veces en nosotros sacándonos completamente de nosotros mismos. En tales ocasiones, desde el comienzo del sermón hasta el fin del mismo, podríamos decir: «Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe». Todo ha quedado en el olvido, salvo el tema del que estamos hablando que lo acapara todo. Si se me prohibiera entrar en el Cielo, pero me fuera concedido el elegir mi estado de ánimo para toda la eternidad, escogería permanecer como me siento algunas veces predicando el evangelio. En ese estado se prefigura la eternidad: la mente está protegida de toda influencia perturbadora, adorando al Dios majestuoso y presente a nuestra conciencia, y cada facultad despierta y dichosamente excitada hasta el límite de su capacidad. Todos los pensamientos y las potencias del alma se hallan gozosamente ocupadas en la contemplación de la gloria del Señor y exaltan al Amado de nuestra alma ante las

atentas multitudes; mientras que la más pura benevolencia hacia nuestros semejantes estimula incesantemente nuestro corazón para que argumente con ellos en nombre de Dios. ¡Qué estado de ánimo puede rivalizar con este! Lamentablemente, aunque alcanzamos ese ideal no somos capaces de conservarlo de forma permanente; ya que también sabemos lo que es predicar encadenados o golpear al aire. No podemos por menos de atribuir los cambios dichosos y sagrados en nuestro ministerio a la acción del Espíritu Santo sobre nuestras almas. Estoy seguro de que el Espíritu obra así. Una y otra vez, cuando los infieles me han incitado a tener dudas, he podido deshacerme de estas con total menosprecio, porque soy claramente consciente de que hay un poder que actúa en mí cuando hablo en el nombre del Señor. Se trata de un poder que trasciende infinitamente cualquier poder personal de expresión y supera, con mucho, la energía derivada de la excitación que he sentido dando una clase secular o pronunciando un discurso. Es un poder tan completamente distinto que estoy bastante convencido de que no es del mismo orden o de la misma clase que el entusiasmo del político o el brillo del orador. ¡Ojalá sintamos siempre la energía divina y hablemos con poder!

4. Pero además, en cuarto lugar, el Espíritu de Dios también actúa como *un aceite de la unción*, y esto tiene que ver con *toda la predicación*: no meramente con la expresión oral, sino con la manera de dar todo el mensaje. Puede hacer que sientas el tema de tu sermón hasta emocionarte con el mismo; y bien te deprimas por su causa, sintiéndote abatido hasta el polvo, o te eleves como si fueras llevado sobre sus alas de águila. Hacerte sentir, además de tu tema, el objeto del mismo, hasta el punto de que suspires por la conversión de los hombres y la exaltación moral de los cristianos a un estado más noble del que han conocido hasta entonces. Al mismo tiempo, otro sentimiento te acompaña: a saber, un intenso deseo de que Dios pueda ser glorificado por medio de la verdad que estás impartiendo. Eres consciente de una profunda identificación con la gente a la que hablas; la cual te hace apesadumbrarte por algunos de ellos, debido a lo poco que saben, y por otros porque, sabiendo mucho, lo han rechazado. Miras algunos rostros y el corazón te dice en silencio: «El rocío está cayendo ahí»; luego, te vuelves hacia otros y percibes apenado que son como los montes de Gilboa, sin rocío alguno. Todo esto puede estar sucediendo durante el mensaje. No es posible saber cuántos pensamientos pueden cruzar por nuestra mente al mismo tiempo: yo, una vez, conté hasta ocho series de pensamientos en mi cerebro simultáneamente; o al menos en el espacio del mismo segundo. Estaba predicando el evangelio con todas mis fuerzas, pero no podía dejar de preocuparme por una señora que evidentemente se encontraba a punto de desmayarse y, también, de buscar al hermano que abre las ventanas para que dejara entrar más aire. Pensaba en el ejemplo que había omitido bajo el primer enunciado, daba forma a la segunda división, me preguntaba si «A» habría captado la reprensión dirigida a él, y oraba para que «B» pudiera sentirse reconfortado por aquel comentario consolador. Al mismo tiempo, alababa a Dios por mi propio disfrute personal de la verdad que estaba proclamando. Algunos intérpretes consideran que los querubines, con sus cuatro caras, representan a los ministros. Desde luego, yo no veo dificultad alguna en esa forma cuádruple, ya que el Santo Espíritu puede multiplicar nuestros estados de ánimo y hacernos muchas veces superiores a los hombres que somos por naturaleza. No me atrevo a conjeturar cuánto puede hacer con nosotros, ni hasta qué altura nos puede elevar; pero, ciertamente, él es capaz de hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.

Es especialmente tarea del Espíritu Santo mantenernos en una disposición devota mientras estamos hablando. Seguir orando mientras predicamos, poner en práctica los mandamientos del Señor atendiendo a la voz de su Palabra y mantener la mirada puesta en el Trono sin dejar de mover las alas, es un estado altamente codiciable. Espero que sepamos lo que significa; y estoy seguro de que ya conocemos —o experimentaremos pronto— el estado contrario: a saber, ese mal de predicar en un espíritu poco devoto. ¿Puede haber algo peor que predicar influidos por un espíritu orgulloso o airado? ¿Y qué resulta más debilitador que el hablar con una actitud de incredulidad? ¡Pero qué maravilloso es arder en lo íntimo de nuestro corazón mientras resplandecemos ante los ojos de los demás! Esto es obra del Espíritu de Dios: ¡Hazlo en nosotros, oh adorable Consolador!

En nuestros púlpitos necesitamos que la actitud de dependencia se mezcle con aquella otra de la devoción; a fin de que, desde la primera palabra hasta la última sílaba, elevemos continuamente la vista hacia el Fuerte para recibir fuerzas. Es provechoso pensar que, aunque hayas seguido hablando hasta ese momento, si el Espíritu Santo te abandonara, harías el ridículo antes de que terminase el mensaje. Alzando tus ojos a los montes de donde viene tu socorro durante todo el sermón, en dependencia absoluta de Dios, predicarás en un espíritu valiente y confiado hasta el final. Tal vez sea un error decir «valiente»; ya que confiar en Dios no supone valentía alguna, sino que para los verdaderos creyentes se trata simplemente de una grata cuestión de necesidad. ¿Qué pueden hacer sino confiar en él? ¿Por qué razón dudarían de su siempre fiel Amigo? El otro día por la mañana, predicando acerca del versículo que dice: «Bástate mi gracia», le explicaba a mi congregación que por primera vez en mi vida había experimentado lo que sintió Abraham al postrarse sobre su rostro y reírse. Estaba volviendo a casa en carruaje, muy cansado después de una larga semana de trabajo, cuando me vino a la mente el texto bíblico en cuestión —»Bástate mi gracia»—, pero con el énfasis siguiente: «Bástat*e mi* gracia». Mi alma replicó: «Ciertamente me basta. Desde luego que la gracia del Dios infinito es más que suficiente para un mero insecto como yo»; y me reí, y volví a reírme, pensando hasta qué punto la provisión excede todas mis necesidades. Me sentía como un pececillo en el mar que, sediento, dijera: «¡Ay, me bebería el océano entero!». Entonces, el Padre de las aguas levantaría su sublime cabeza y respondería sonriente: «Pececillo, el piélago ilimitado te basta». La idea hacía que la incredulidad pareciera tan ridícula como en verdad lo es. ¡Oh hermanos, deberíamos predicar sintiendo que Dios se propone bendecir la Palabra, ya que contamos con su promesa al respecto! Y cuando hubiéramos acabado de predicar tendríamos que estar alerta en cuanto a la gente que haya recibido una bendición. ¿Has dicho alguna vez que te abruma el asombro de ver que el Señor ha convertido almas por medio de tu pobre ministerio? ¡Falsa humildad! Tu ministerio es verdaderamente pobre —todo el mundo lo sabe y, de manera especial, tú mismo deberías saberlo—; pero, a la vez, ¿acaso resulta sorprendente que el Dios que ha dicho: «Mi palabra no volverá a mí vacía» haya cumplido su promesa? ¿Perderá la carne su virtud nutritiva porque se sirva en un plato humilde? ¿Prevalecerán nuestras deficiencias sobre la gracia divina? No, sino que tenemos este tesoro en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros.

Así que necesitamos al Espíritu de Dios a lo largo de todo el sermón para que mantenga nuestros corazones y nuestras mentes en el estado apropiado, porque si no tenemos la actitud debida perderemos el tono que persuade y prevalece, y nuestras congregaciones descubrirán que a Sansón le

ha abandonado su fuerza. Algunos hablan regañando y, de ese modo, relevan su mal carácter; otros se predican a sí mismos, delatando su orgullo. Hay quienes hablan como si condescendieran a ocupar el púlpito; mientras que otros predican como pidiendo perdón por su existencia. Para evitar errores en los modales y en el tono, el Espíritu Santo —que es el único que nos enseña con provecho— tiene que guiarnos.

5. En quinto lugar, dependemos enteramente del Espíritu de Dios *para producir verdadero efecto con el evangelio*, y dicho efecto debe ser siempre nuestro objetivo. No nos ponemos delante de nuestros púlpitos para demostrar nuestra habilidad en la esgrima espiritual, sino para librar una lucha real: nuestro propósito es atravesar los corazones de los hombres con la espada del Espíritu. Si la predicación pudiera considerarse de algún modo una exhibición pública, debería ser como una competición de arados en la que se ara de veras. El concurso no consiste en el aspecto de los arados, sino en el trabajo que se hace; de igual manera, júzguese a los ministros por la forma en que manejan el arado del evangelio y roturan la tierra de un extremo al otro del campo. ¡Busca siempre producir efecto! «¡Vaya —puede que diga alguno—, pensaba que iba a decir que jamás debíamos hacer tal cosa!». También digo que no se pongan como meta el efecto en el mal sentido de la expresión. Nunca busquen el efecto en la forma que lo hacen los inductores de clímax, los que citan poemas, los manipuladores de lágrimas y los fanfarrones rimbombantes. Mucho mejor le sería a un hombre no haber nacido que degradar el púlpito haciéndolo un escaparate donde exhibirse a sí mismo. Busca la clase de efecto apropiada: el inspirar a los santos para cosas más nobles, el guiar a los cristianos más cerca de su Señor, el alentar a los que dudan a fin de que se liberen de sus terrores, el arrepentimiento de los pecadores y su ejercicio de la inmediata fe en Cristo. Sin esas señales que los sigan, ¿de qué valen nuestros sermones? Sería lamentable tener que decir, como cierto arzobispo: «He pasado por muchos puestos de honor y confianza, tanto en la Iglesia como en el Estado, más que nadie de mi condición en Inglaterra durante los setenta años pasados; pero si se me garantizara que por mi predicación hubiera convertido a Dios una sola alma, eso me confortaría más que todos los cargos de honra que se me hayan podido conceder». Los milagros de la gracia deben ser los sellos de nuestro ministerio; ¿y quién puede otorgarlos sino el Espíritu de Dios? ¡Cómo vas a convertir un alma sin el Espíritu Santo! Pero si no puedes siquiera producir una mosca, ¿cuánto menos crear un corazón nuevo y un espíritu recto en alguna persona? ¡Cómo vas a guiar a los hijos de Dios a una vida más elevada sin el Espíritu divino! Tienes muchísimas más probabilidades de conducirlos a la seguridad carnal, si es que intentas elevarlos por algún método tuyo propio. Jamás podemos lograr nuestros fines sin contar con la cooperación del Espíritu del Señor. Espera en él, por tanto, con gran clamor y lágrimas, día tras día…

La causa de muchos ministerios inútiles está en la falta de un claro reconocimiento del poder del Espíritu Santo. Las enérgicas palabras de Robert Hall son tan ciertas hoy como cuando las lanzó cual lava fundida sobre una generación semisociniana:

> Por una parte, merece nuestra atención que los más eminentes y exitosos predicadores del evangelio en diferentes comunidades —un Brainerd, un Baxter y un Schwartz— hayan sido los más conocidos por su dependencia sencilla de la ayuda espiritual; y, por otra, que las predicaciones de aquellos que han descuidado o negado esta doctrina no hayan tenido éxito en absoluto. Estos han recibido, con el total fracaso de sus esfuerzos, tal reprimenda de su presunción que nadie negará la realidad de la

> intervención divina en lo referente a ellos. Porque, ¿cuándo se ha manifestado el brazo del Señor para con los supuestos maestros del cristianismo que no creen que dicho brazo exista? Debemos dejarles que trabajen en un campo sobre el cual Dios ha mandado a las nubes que no descarguen lluvia. Como si fueran conscientes de esto, últimamente esos ministros han vuelto sus esfuerzos en una nueva dirección y, desesperando de la conversión de pecadores, se han encerrado en la tarea de seducir a los fieles; haciendo lo cual, hay que confesar que se han comportado de una manera perfectamente coherente con sus principios, ya que al menos la propagación de la herejía no precisa asistencia alguna de Dios.

6. Seguidamente necesitamos al Espíritu de Dios como *el Espíritu de súplica* que intercede por los santos según la voluntad divina. Una parte muy importante de nuestras vidas consiste en orar en el Espíritu Santo, y el ministro que no piense así mejor haría en huir de su ministerio. A la predicación ferviente debe acompañar una abundante oración. No siempre podemos estar físicamente de rodillas, pero nuestra alma jamás debería abandonar esa postura devota. La costumbre de orar es buena, pero el espíritu de oración es mejor aún. Debemos mantener nuestro retiro regular, pero nuestra meta debe ser la comunión continua con Dios. Nosotros los ministros, por norma, jamás deberíamos pasar muchos minutos sin elevar nuestros corazones realmente en oración. Algunos podemos decir sinceramente que pocas veces estamos un cuarto de hora sin hablar con Dios, y ello no como un deber, sino como un instinto: un hábito de la nueva naturaleza sin más mérito para nosotros que el del llanto de un bebé por su madre. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Ahora bien, para estar a menudo en el espíritu de oración, necesitamos que se vierta aceite secretamente sobre el fuego santo del fervor de nuestro corazón: precisamos ser visitados una y otra vez por el Espíritu de gracia y de súplica.

En relación con nuestras oraciones públicas, que jamás pueda decirse con verdad que estas son oficiales, formales y frías. Pero así serán si hay una escasa provisión del Espíritu. No juzgo a aquellos que utilizan una liturgia; pero a quienes están acostumbrados a la oración libre, les digo: «No puedes orar aceptablemente en público año tras año sin el Espíritu de Dios». La oración carente de vida llegará a ser ofensiva para la gente mucho antes de que ese tiempo pase. ¿Entonces qué? ¿De dónde vendrá nuestro socorro? Desde luego, los enclenques responden: «¡Consigamos una liturgia!». En vez de buscar la ayuda divina, prefieren descender a Egipto para obtener asistencia: ¡antes que depender del Espíritu de Dios, escogen orar siguiendo un libro! En cuanto a mí, si no puedo orar, prefiero saberlo y gemir por la esterilidad de mi alma hasta que el Señor vuelva a visitarme con fruto en mi devoción. Si te encuentras lleno del Espíritu, te sentirás contento de deshacerte de toda cadena formal a fin de entregarte a la sagrada corriente y dejarte llevar hasta que encuentres aguas en las cuales nadar. A veces, en el púlpito disfrutarás de una comunión más estrecha con Dios de la que has conocido en ningún otro lugar. En mi caso, la oración más secreta la he experimentado a menudo orando en público: mi verdadera soledad con Dios ha tenido lugar cuando rogaba en medio de millares de personas. Al concluir una oración, he abierto los ojos regresando a la asamblea con una especie de sorpresa por encontrarme en la tierra y entre los hombres. Tales momentos no dependen de nosotros, ni podemos encaramarnos nosotros mismos a situaciones así mediante preparación o esfuerzo alguno. ¡Ninguna lengua es capaz de expresar lo benditos que son esos momentos, tanto para el ministro como para su congregación! Tampoco puedo detenerme aquí para explicar cuán llena de poder y de bendición es la actitud de oración habitual, pero para todo ello debemos mirar al Espíritu

Santo y, ¡bendito sea Dios!, no lo haremos en vano, porque de él se dice especialmente que nos ayuda en nuestras debilidades en la oración.

7. Además, es importante que estemos bajo la influencia del Espíritu Santo, puesto que se trata del *Espíritu de santidad* y una parte esencial y considerable del ministerio cristiano consiste en dar ejemplo. Nuestras congregaciones toman buena nota de lo que decimos cuando no estamos predicando, así como de lo que hacemos en los círculos sociales y en otros lugares. ¿Les parece fácil, queridos hermanos, ser santos? ¿Santos hasta el punto de que otros los consideren sus ejemplos? Deberíamos ser unos maridos tales que a cada esposo de la iglesia le resultase seguro ser como nosotros. ¿Es esto así? Tendríamos que ser también los mejores padres. Lamentablemente, algunos ministros —que yo sepa— están lejos de serlo; porque, en lo tocante a sus familias, han guardados las viñas de otros pero no las suyas propias. Sus hijos están descuidados, y no se crían como una simiente santa. ¿Sucede eso con los de ustedes? Y en nuestro trato con nuestros semejantes, ¿somos irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha? Así deberíamos ser. Admiro las razones del Sr. Whitefield para tener siempre escrupulosamente limpia su ropa blanca: «No, no —solía decir—, esas cosas no constituyen menudencias: un ministro debería ser sin tacha, si fuera posible, hasta en la ropa». La pureza de un ministro nunca es demasiada. Quizá hayas conocido a algún desdichado hermano que se ha salpicado, y le has ayudado a limpiarse las manchas; pero has pensado que mejor habría sido que sus ropas hubieran permanecido siempre limpias. ¡Ojalá nosotros nos mantengamos sin mancha del mundo! ¿Cómo puede hacerse esto en semejante mundo de tentaciones, y con esos pecados que nos asedian, a menos que nos preserve un poder superior? Para andar en toda santidad y pureza, como conviene a un ministro del evangelio, tienes que ser bautizado a diario en el Espíritu de Dios.

8. Por otra parte, necesitamos al Espíritu Santo como *un Espíritu de discernimiento*, ya que él conoce las mentes de los hombres al igual que la mente de Dios, y nosotros precisamos mucho de ello en el trato con algunos personajes difíciles. En este mundo hay algunas personas a las que se podría tal vez dejar predicar, pero jamás deberían sufrirse como pastores, ya que tienen una inhabilitación mental o espiritual para serlo. En la iglesia de San Zenón, en Verona, vi la estatua de ese santo en posición sentada, y el artista le había puesto unas rodillas tan cortas que no tenía regazo alguno; de modo que no hubiera podido ser un buen padre protector. Me temo que haya muchos otros con una discapacidad semejante: no son capaces de hacer que sus mentes se entreguen con gusto al cuidado pastoral. Pueden dogmatizar acerca de una doctrina y polemizar respecto de un medio de gracia, pero no alcanzan a identificarse con una experiencia personal. Poco consuelo pueden dar los tales a las conciencias afligidas. Su consejo sería tan valioso como el de cierto montañés de Escocia de quien se cuenta que vio a un viajero inglés hundiéndose en un pantano en Ben Nevis[2], el cual le gritó: «¡Me estoy hundiendo! ¿Puede decirme cómo salir de aquí?». A lo que el montañés respondió tranquilamente: «Creo que es posible que no lo consiga usted nunca», y se marchó. Hemos conocido a algunos ministros así: perplejos y casi molestos con los pecadores que se debaten en el pantano del desaliento. Si a ti y a mí, inexpertos en el arte del pastoreo, se nos colocara entre las ovejas y los

[2] La montaña más alta de Gran Bretaña, situada en las Tierras Altas de Escocia. (N. T.).

corderos al principio de la primavera, ¿qué haríamos con ellos? Pues igual de perplejos se encuentran aquellos a quienes el Espíritu Santo jamás les ha enseñado a cuidar de las almas de los hombres. ¡Quiera su instrucción salvarnos de tan lastimosa incompetencia!

Además, hermanos, por mucha ternura de corazón o amorosa solicitud que tengamos, no sabremos cómo tratar con la inmensa variedad de casos que existen a menos que el Espíritu de Dios nos dirija; porque no hay dos individuos iguales, y aun el mismo caso puede requerir un tratamiento distinto según el momento. En una ocasión puede ser mejor consolar y en otra reprender; y a la persona con quien te identificas hoy, aun hasta las lágrimas, puede que tengas que confrontarla mañana con el ceño fruncido por haberse tomado a la ligera la consolación que le ofreciste. Aquellos que vendan a los quebrantados de corazón y libertan a los cautivos han de tener sobre sí al Espíritu del Señor.

Para el cuidado y la guía de una iglesia se necesita la asistencia del Espíritu. En el fondo, la razón principal por que nos hemos separado de nuestra denominación ha sido la dificultad causada por nuestro gobierno eclesiástico. Se dice que «tiende a crear desazón en el ministerio». Sin duda resulta muy difícil para aquellos que ansían la dignidad del oficialismo y quieren ser *sir* Oracles, delante de quienes ni un perro debe ladrar. Aquellos que no tienen más capacidad para gobernar que un mero bebé son precisamente quienes sienten una sed mayor de autoridad; y viendo que por aquí se les concede poca, buscan otras regiones. Si no puedes gobernarte a ti mismo, si no eres viril e independiente, si no tienes un peso moral superior, si no posees más dones ni más gracia que tus oyentes habituales, podrás ponerte una toga y pretender que eres quien gobierna la iglesia, pero esta no será una iglesia del orden baptista o neotestamentario. Por mi parte, aborrecería ser pastor de una congregación que no dijera nada; o, si lo dijera, lo mismo daría que se callara, porque el pastor es el señor supremo y ellos simplemente laicos sin importancia. Preferiría con mucho ser el líder de seis hombres libres, cuyo amor entusiasta fuera mi único poder sobre ellos, que hacer las veces de dictador para una veintena de naciones esclavas. ¿Qué posición es más noble que la de un padre espiritual que no reclama autoridad alguna y, sin embargo, goza de una estima generalizada; cuya palabra solo se da como un tierno consejo, pero a la que se le permite actuar con la fuerza de un decreto? Al consultar los deseos de otros descubre que lo primero que estos desean saber es lo que él recomendaría: y respetando siempre los deseos de los demás descubre que ellos gustosamente respetan los suyos. Con firmeza cariñosa y tierna benevolencia, es el primero de todos por ser el servidor de todos. ¿No requiere esto sabiduría de lo alto? ¿Qué puede necesitarla más? Una vez establecido en su trono, David dijo: «[Dios es] el que sujeta mi pueblo debajo de mí», y lo mismo podría decir todo pastor dichoso al ver a tantos hermanos de temperamentos distintos dispuestos alegremente a someterse a la disciplina y a aceptar su liderato en la obra del Señor. Si el Señor no se hallara entre nosotros, ¡qué pronto reinaría la confusión! Tal vez todos los ministros, los diáconos y los ancianos sean sabios, pero si la santa Paloma nos dejara y entrase el espíritu de la discordia, todo acabaría para nosotros. Hermanos, nuestro sistema no funcionaría sin el Espíritu de Dios, y me alegro de que así sea, porque sus obstrucciones y roturas llaman nuestra atención al hecho de su ausencia. Nuestro sistema jamás se ideó para promover la gloria de los sacerdotes y los pastores, sino que está calculado para formar cristianos varoniles los cuales no adquieran su fe de segunda mano. ¿Qué soy yo y qué eres tú para

enseñorearnos de la heredad de Dios? ¿Se atrevería alguno de nosotros a decir, como aquel rey francés: «*L'état, c'est moi*» (el Estado soy yo); «yo soy la persona más importante de la iglesia»? En tal caso, no es probable que el Espíritu Santo utilizara a instrumentos tan poco idóneos. Pero si sabemos cuál es nuestro lugar y deseamos conservarlo con toda humildad, él nos ayudará y las iglesias florecerán bajo nuestro cuidado.

Les he dado un largo catálogo de cuestiones para las que el Espíritu Santo nos es absolutamente necesario; y, sin embargo, la lista está lejos de ser exhaustiva. La he dejado intencionadamente incompleta, porque si intentase acabarla se nos iría todo el tiempo antes de poder responder a la pregunta: «¿CÓMO PODEMOS PERDER ESTA AYUDA NECESARIA?».

Ninguno de nosotros intente jamás hacer este experimento; pero es cierto que los ministros pueden perder la ayuda del Espíritu Santo. Cada hombre de los que están aquí podría muy bien perderla. No perecerías como cristiano —porque la vida eterna está en ti—, pero podrías perecer como ministro y no volver a ser oído como testigo del Señor. Si tal cosa sucediera habría una causa de ello. El Espíritu reclama una soberanía como la del viento, que sopla de donde quiere; pero jamás soñemos que la soberanía y la arbitrariedad sean lo mismo. El bendito Espíritu actúa como desea, pero siempre lo hace justamente, con sabiduría y por algún motivo o propósito. A veces él da o retiene su bendición por razones que tienen que ver con nosotros. Observa el curso de un río como el Támesis, como serpentea según su propia y agradable voluntad; sin embargo cada meandro que hace tiene su razón. El geólogo que estudia el suelo y observa la forma de las rocas, descubre la razón por la que el lecho del río diverge hacia la derecha o hacia la izquierda; y, de igual manera, aunque el Espíritu de Dios bendice a un predicador más que a otro, y la razón no puede ser tal que un hombre se felicite por su propia bondad, hay ciertas cosas relacionadas con los ministros cristianos que Dios bendice y ciertas otras que obstaculizan el éxito. El Espíritu de Dios cae como el rocío, misteriosamente y con poder, pero en el mundo espiritual sucede lo mismo que en el material: algunas sustancias se empapan de la humedad celestial mientras que otras siempre permanecen secas. ¿No hay alguna causa para ello? El viento sopla de donde quiere; pero si deseamos sentir una brisa fuerte tenemos que ir a alta mar o subir a los montes. El Espíritu de Dios tiene sus sitios favoritos para manifestar su poder. Se le representa como una paloma, y las palomas tienen sus lugares predilectos: recurren a las corrientes de las aguas, a los parajes tranquilos y sosegados; no las encontramos en los campos de batalla, ni aterrizan sobre la carroña. Hay cosas congruentes con el Espíritu y otras contrarias a su inclinación. Al Espíritu de Dios se lo compara con la luz, y la luz puede brillar donde quiere, pero algunos cuerpos son opacos, mientras que otros son transparentes; de igual manera hay hombres a través de los cuales Dios Espíritu Santo puede brillar y otros por medio de quienes jamás vemos su luminosidad. Así, pues, es posible demostrar que el Espíritu Santo, a pesar de ser el «Espíritu libre» de Dios, no es en modo alguno caprichoso en sus operaciones.

Pero, queridos hermanos, al Espíritu Santo se le puede contristar e irritar, y hasta resistir: negar esto es oponerse al testimonio constante de las Escrituras. Peor aún: podemos menospreciarlo e insultarle de tal modo que jamás vuelva a hablarnos, abandonándonos como antaño abandonó al rey Saúl. ¡Es una lástima que haya hombres en el ministerio cristiano a quienes les ha sucedido esto; pero

me temo que los hay!

Hermanos, ¿cuáles son esos males que contristan al Espíritu Santo? Mi respuesta es: Cualquier cosa que te hubiera descalificado como cristiano ordinario para tener comunión con Dios, también te descalifica para sentir el extraordinario poder del Espíritu Santo como ministro. Pero aparte de esto hay otros impedimentos especiales.

Entre los primeros debemos mencionar la falta de sensibilidad o esa condición endurecida producto del desobedecer los influjos del Espíritu. Deberíamos ser delicadamente sensibles a su más suave movimiento; entonces podríamos esperar su presencia permanente. Pero si somos como el caballo o como el mulo, que no tienen entendimiento, entonces sentiremos el látigo, pero no disfrutaremos de la tierna influencia del Consolador.

Otro defecto que le contrista es la falta de veracidad. Cuando un gran músico toma en sus manos una guitarra o toca el arpa y descubre que las notas que produce son falsas, detiene su mano. Las almas de algunos hombres no son sinceras, sino manipuladoras y fluctuantes. El Espíritu de Cristo no se hará cómplice de los hombres en su detestable práctica de tergiversar y engañar. ¿Te sucede que predicas ciertas doctrinas, no porque las crees, sino porque tu congregación espera que lo hagas? ¿Estás aguardando el momento oportuno cuando, sin correr riesgos, puedas renunciar a tu actual credo y declarar lo que tu miserable mente considera ser verdad? Entonces estás realmente caído y eres más vil que los esclavos más miserables. Dios nos libre de los hombres traicioneros; y si estos se infiltraran entre nosotros, habría que echarlos fuera de inmediato al son marcial de los tambores. Si nosotros los aborrecemos, ¡cuánto más debe detestarlos el Espíritu de verdad!

Puedes contristar al Espíritu Santo por una escasez general de gracia. La frase es un poco torpe, pero describe a ciertas personas mucho mejor que ninguna otra que se me ocurra. La familia Escasa Gracia tiene habitualmente a uno de los hermanos en el ministerio. Conozco al hombre: no es deshonesto, ni inmoral, ni tiene mal genio, ni es inmoderado, pero le falta algo. No sería fácil demostrar la ausencia de ello mediante ningún pecado manifiesto, pero su falta en el hombre entero lo estropea todo. Le falta aquello que es imprescindible: el hombre en cuestión no es espiritual, ni tiene aroma alguno de Cristo; su corazón jamás arde dentro de él, su alma no está viva… le falta *gracia*. No podemos esperar que el Espíritu de Dios bendiga un ministerio que jamás debería haberse ejercido; y, ciertamente, un ministerio sin gracia es de esa naturaleza.

Otro mal que aleja al Espíritu divino es el orgullo. La manera de ser muy grande es siendo muy pequeño: ser muy digno de notoriedad a nuestros propios ojos supone pasar desapercibido para Dios. Si necesitas morar en los lugares elevados de la tierra, descubrirás que las cumbres de las montañas son frías y áridas: el Señor mora con los humildes, pero al orgulloso lo conoce de lejos.

Al Espíritu Santo también le irrita la pereza. No puedo imaginarme al Espíritu esperando a la puerta de un haragán y supliendo las deficiencias producidas por la indolencia. La molicie en la causa del Redentor es un vicio para el que no se puede inventar ninguna excusa. A nosotros mismos se nos pone la piel de gallina cuando vemos los movimientos dilatorios de los perezosos, y podemos estar seguros de que también el Espíritu dinámico se siente irritado con aquellos que juegan en la obra del Señor.

El descuido de la oración privada y muchos otros males producirán ese mismo triste resultado,

pero no tenemos necesidad de multiplicar los casos, ya que sus propias conciencias les indicarán, queridos hermanos, qué es aquello que contrista al Santo de Israel.

Y ahora permítanme instarles a que escuchen esta palabra: *¿Saben lo que puede suceder si el Espíritu de Dios se ve en gran manera contristado y nos abandona?* He aquí dos suposiciones…

La primera es que puede que jamás hayamos sido verdaderos siervos de Dios, sino que él nos ha utilizado temporalmente como hizo con Balaam, y hasta con el asna que este montaba. Supongan, hermanos, que ustedes y yo seguimos predicando cómodamente durante algún tiempo, y que nadie —ni nosotros mismos ni los demás— sospecha que estamos privados del Espíritu de Dios: entonces, nuestro ministerio puede llegar a un final repentino y nosotros con él. Podemos ser destruidos en la flor de la vida —como lo fueron Nadab y Abiú—, para no ministrar más delante del Señor, o vernos removidos a una edad más avanzada —como Ofni y Finees— para no servir por más tiempo en el Tabernáculo de reunión. Nosotros no tenemos cronista inspirado que nos relate la eliminación repentina de algunos hombres prometedores; pero, si lo tuviéramos, tal vez leeríamos aterrorizados acerca del celo sostenido por un fuerte hábito de bebida, o del fariseísmo público asociado con la corrupción secreta, o de una ortodoxia confesada que encubría una absoluta infidelidad, o de alguna otra forma de fuego extraño ofrecido sobre el altar hasta que el Señor se cansó de soportarlo y eliminó a los culpables mediante un golpe repentino. ¿Tendremos alguno de nosotros un fin semejante?

Lamentablemente he visto a algunos abandonados por el Espíritu Santo como lo fue Saúl. Está escrito que el Espíritu de Dios vino sobre este, pero que Saúl fue infiel al influjo divino y que el Espíritu le dejó al tiempo que un espíritu malo ocupaba su sitio. Observa cómo el predicador abandonado hace malhumoradamente el cínico, critica a todos los demás y lanza la jabalina de la difamación contra hombres mejores que él. Saúl estuvo en un tiempo entre los profetas, pero se encontró más a gusto entre los perseguidores. El predicador frustrado recela del verdadero evangelista, recurre a la brujería del pensamiento filosófico y busca la ayuda de herejías pasadas, pero su poder le ha abandonado y pronto los filisteos lo encontrarán entre los cuerpos muertos: «No lo anunciéis en Gat, ni deis las nuevas en Ascalón […]. Hijas de Israel, llorad por Saúl […]. ¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!».

Algunos también, abandonados por el Espíritu de Dios, han llegado a ser como los hijos de cierto judío llamado Esceva. Aquellos impostores trataron de echar fuera los demonios en el nombre de Jesús, a quien Pablo predicaba, pero los demonios saltaron sobre ellos y los dominaron. De igual manera, aunque ciertos predicadores hayan arengado contra el pecado, los propios vicios que denunciaban los han hecho caer. Esos hijos de Esceva han estado entre nosotros en Inglaterra: los demonios de la embriaguez han prevalecido sobre los hombres que denunciaban la copa hechicera, y el espíritu malo de la incontinencia ha saltado sobre el predicador que aplaudía la pureza. Si el Espíritu Santo se halla ausente, nuestra posición es de lo más peligrosa; por tanto, seamos precavidos.

Por desgracia algunos ministros llegan a ser como Balaam. ¿No es cierto que este era profeta? ¿No hablaba en nombre del Señor? ¿No se le llama «el varón de ojos abiertos […], el que vio la visión del Omnipotente»? Aun así, Balaam luchó contra Israel e ideó astutamente un plan para derrotar al pueblo escogido. Hay ministros del evangelio que se han hecho papistas, infieles y librepensadores, y han tramado la destrucción de lo que en otro tiempo profesaban estimar. Es posible que seamos

apóstoles y, no obstante, como Judas, resultar ser hijos de perdición. ¡Ay de nosotros si ese fuera el caso!

Hermanos, voy a suponer que somos realmente hijos de Dios. ¿Qué pasa entonces? Pues que, aun así, si el Espíritu de Dios nos abandona podemos vernos arrebatados de repente como el profeta engañado que no obedeció el mandamiento de Dios en días de Jeroboam. No hay duda de que era un hombre de Dios, y la muerte de su cuerpo no evidenció la muerte de su alma; pero él se apartó de lo que sabía que era el mandamiento que el Señor le había dado especialmente y su ministerio acabó de inmediato, porque un león le salió al paso en el camino y lo mató. Quiera el Espíritu Santo librarnos de los engañadores y preservarnos fieles a la voz del Señor.

Lo que es peor aún: puede que reproduzcamos la vida de Sansón, sobre quien el Espíritu de Dios vino en los campamentos de Dan, pero que en el regazo de Dalila perdió su fuerza y en la mazmorra sus ojos. Finalmente acabó la tarea de su vida valientemente, ciego como estaba; ¿pero quién de nosotros desea tentar a un destino así?

O también —y este último punto me ha entristecido de un modo indecible, porque es mucho más probable que todos los demás— podemos ser abandonados por el Espíritu de Dios en grado doloroso estropeando el final del trabajo de nuestra vida, como fue el caso de Moisés. No perder nuestras almas, desde luego que no —ni siquiera nuestras coronas en el Cielo o nuestra reputación en la tierra—, pero, aun así, pasar nuestros últimos días bajo una deprimente nube por haber hablado impulsivamente con nuestros labios. Últimamente he estado estudiando los últimos días del gran profeta de Horeb, y aún no me he recuperado de la profunda melancolía espiritual que ha proyectado sobre mí. ¿Cuál fue el pecado de Moisés? No necesitas indagar mucho. No fue una transgresión flagrante como la de David, ni alarmante como el desatino de Pedro, ni débil y estúpida como la grave falta de su hermano Aarón: en realidad parece una ofensa infinitesimal al pesarla en la balanza del juicio ordinario. Pero, como ven ustedes, fue el pecado de Moisés: de un hombre favorecido por Dios más que todos los otros, de un líder del pueblo, de un representante del Rey divino. El Señor hubiera podido pasarlo por alto en cualquier otra persona, pero no en Moisés; y hubo de castigar a este prohibiéndole entrar delante del pueblo en la Tierra Prometida. Ciertamente Moisés disfrutó de una vista gloriosa desde la cumbre del Pisga, y tuvo todo lo demás para mitigar el rigor de la sentencia, pero fue para él una gran desilusión no poder entrar jamás en la tierra de la heredad de Israel, y ello por haber hablado imprudentemente una vez. Desde luego, yo eludiría el servicio de mi Señor, pero tiemblo en su presencia. ¿Quién puede ser perfecto si hasta Moisés mismo erró? Es terrible ser amado de Dios. «¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto». Solo él puede confrontar esa llama de amor que consume el pecado. Hermanos, les ruego que anhelen el lugar de Moisés, pero tiemblen al ocuparlo. Teman y tiemblen por todo el bien que Dios hará pasar delante de ustedes. Cuanto más lleno estés de los frutos del Espíritu tanto más debes inclinarte delante del Trono y servir a Dios con temor: «El Señor nuestro Dios es un Dios celoso». Recuerda que Dios ha venido a nosotros, no para exaltar*nos*, sino para exaltarse él, y debemos cuidar de que su gloria sea el único objeto de todo cuanto hagamos. «Es necesario que él crezca, pero que nosotros *mengüemos*». Quiera Dios traernos a este lugar, y hacernos andar con sumo cuidado y con humildad delante de él. Dios nos escudriñará y nos

probará, ya que el juicio comienza por su propia casa y, en dicha casa, por sus ministros. ¿Será alguno de nosotros hallado falto? ¿Obtendrá el abismo del Infierno parte de sus desdichados habitantes de entre nuestra compañía de pastores? El destino de un predicador caído será terrible, y su condenación asombrará a los transgresores corrientes: «El Seol abajo se espantó de ti; despertó muertos que en tu venida saliesen a recibirte». Todos te hablarán y te preguntarán: «¿Tú también te debilitaste como nosotros, y llegaste a ser como nosotros?». ¡Ojalá que el Espíritu de Dios nos avive y nos mantenga vivos para Dios, fieles a nuestro cargo y útiles para nuestra generación, y libres de la sangre de las almas de los hombres! Amén.

Discurso 2

La necesidad del progreso ministerial[1]

¡Queridos camaradas de lucha! Somos pocos y tenemos una contienda desesperada ante nosotros; por tanto, es necesario aprovechar y fortalecer al máximo a cada hombre. Es deseable que los ministros del Señor sean los hombres más escogidos de la iglesia —¡y hasta del universo!—, porque así lo demanda nuestra era. Por tanto, en cuanto a ustedes mismos y sus requisitos personales, sigan este lema: «*Avanzar*». Avancen en logros personales, en dones y en gracia, en aptitud para el trabajo y en conformidad con la imagen de Jesús. Los puntos acerca de los cuales voy a hablarles van de menor a mayor.

1. Primeramente, queridos hermanos, creo que es necesario decirme a mí mismo, y decirles a ustedes, que *debemos avanzar en nuestras adquisiciones mentales*. Nunca será suficiente para nosotros presentarnos delante de Dios en nuestra peor condición. Ni siquiera en nuestras mejores facultades somos dignos de disfrutar de él; pero, de cualquier modo, que la ofrenda no se vea mutilada o mancillada por nuestra ociosidad. Probablemente sea más fácil cumplir con el mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón que con ese otro de amarlo con toda nuestra mente; sin embargo, debemos entregarle nuestra mente tanto como nuestros sentimientos. Y esa mente debería estar bien provista, para no ofrecerle un cofre vacío. Nuestro ministerio requiere una mente activa: no insistiré en «la ilustración de la era presente»; sin embargo, no hay duda de que existe un gran avance educativo entre todas las clases sociales, y que el mismo seguirá aumentando en gran medida. El tiempo cuando una oratoria gramaticalmente incorrecta era suficiente para un predicador ha quedado atrás. Aun en una aldea donde, según la tradición, «nadie sabe nada», no falta maestro de escuela y la escasez de educación estorbará nuestra utilidad mucho más que antes; porque, mientras que el orador desea que su auditorio recuerde el evangelio, ellos por su parte recordarán sus expresiones antigramaticales y las repetirán como temas de chanza cuando hubiéramos querido que se repitieran unos a otros las divinas doctrinas con una solemne devoción. Queridos hermanos, debemos cultivarnos hasta el nivel más alto posible; y deberíamos hacerlo, en primer lugar, acumulando conocimiento para llenar el granero y, luego, adquiriendo discernimiento a fin de poder aventar el montón acumulado, hasta que, por último, mediante una firme retención mental, seamos capaces de depositar el grano aventado en el granero. Tal vez estos tres puntos no sean igual de importantes, pero todos ellos resultan necesarios para conformar a un hombre cabal.

Como digo, debemos hacer grandes esfuerzos para *adquirir* información, especialmente información bíblica. No hemos de limitarnos a un solo tema de estudio; de otro modo no ejercitaremos toda nuestra capacidad humana mental. Dios hizo el mundo para el hombre, e hizo a este con una mente para que ocupase y utilizase todo ese mundo; él es el inquilino y la naturaleza, por

[1] Este discurso se impartió tanto a los ministros que se habían formado en la Escuela Pastoral como a los estudiantes de la misma, de ahí algunas diferencias de expresión.

algún tiempo, su casa. ¿Por qué debería privarse de entrar en ninguna de sus habitaciones? ¿Por qué negarse a gustar alguna de las viandas limpias que el magnífico Padre ha puesto en la mesa? Aun así, nuestra ocupación principal es estudiar las Escrituras. El quehacer principal del herrero es herrar caballos: aplíquese, por tanto, a saber cómo hacerlo; ya que aunque fuese capaz de ceñir a un ángel con un cinto de oro, fracasaría como herrero si no puede hacer una herradura y colocársela a un caballo. De poco vale que seas capaz de escribir los poemas más brillantes —como posiblemente tengas la capacidad de hacer— a menos que puedas predicar un sermón sustancioso y eficaz para consolar a los santos y convencer a los pecadores. Estudien la Biblia, queridos hermanos, de tapa a tapa, con todas las ayudas que puedan obtener: recuerden que los instrumentos disponibles ahora para los cristianos comunes y corrientes son mucho más numerosos que en el tiempo de nuestros padres y que, por tanto, deben ser ustedes mejores eruditos bíblicos para poder estar delante de sus oyentes. Curioseen en las diferentes áreas del conocimiento; pero, sobre todo, mediten de día y de noche en la ley del Señor.

Estén bien instruidos en la teología, y no presten atención a las burlas de quienes la denuestan porque son ignorantes de ella. Muchos predicadores no son teólogos, de ahí los errores que cometen. Al evangelista más vivaz no le hará ningún daño ser al mismo tiempo un buen teólogo, y esto puede a menudo ahorrarle caer en crasas patochadas. Actualmente oímos a los hombres arrancar una frase de la Escritura de su contexto y gritar: «¡Eureka! ¡Eureka!», como si hubieran descubierto una nueva verdad; y, sin embargo, no han encontrado diamante alguno, sino simplemente un pedazo de vidrio roto. Si hubieran sido capaces de comparar lo espiritual con lo espiritual, si hubieran comprendido la analogía de la fe y hubieran estado familiarizados con la instrucción sagrada de los grandes estudiosos bíblicos de antaño, no se hubieran apresurado tanto a alardear de su maravilloso conocimiento. Conozcamos a fondo las grandes doctrinas de la Palabra de Dios y seamos poderosos en la exposición de las Escrituras. Estoy seguro de que ningún tipo de predicación durará tanto o edificará tan bien a la iglesia como la predicación expositiva. Renunciar por completo al mensaje de exhortación a favor del expositivo sería caer en un extremo ridículo; pero no podría exagerar mi aseveración de que para que sus ministerios tengan una utilidad duradera deben ustedes ser expositores. Para ello han de comprender la Palabra ustedes mismos y ser capaces de comentarla, a fin de que la congregación se vea edificada por esa Palabra. ¡Dominen sus biblias, hermanos, aunque no hayan investigado otras obras! Familiarícense con los escritos de los profetas y apóstoles: «La palabra de Dios more en abundancia en ustedes».

Una vez que hayan antepuesto los escritos inspirados, no descuiden ningún área de conocimiento. La presencia de Jesús en el mundo ha santificado los reinos de la naturaleza; y lo que él ha limpiado, no lo llames tú común. Todo lo que tu Padre ha hecho es tuyo, y deberías aprender de ello. Puedes leer el diario de un naturalista o el relato de un viajero y sacar provecho de ello; sí, y hasta un viejo tratado de botánica o un manual de alquimia puede —como el león muerto de Sansón— proporcionarte miel. En las conchas de las ostras hay perlas y frutos en las ramas espinosas. Los senderos de la verdadera ciencia —especialmente de la Historia Natural y la Botánica— destilan grosura; y la Geología, siempre que se trate de hechos y no de invenciones, está llena de tesoros. La historia —con los maravillosos sucesos que ella hace pasar delante de tus ojos— es eminentemente instructiva: ciertamente cada

porción de los dominios divinos en la naturaleza rebosa de preciosas enseñanzas. Sigue las sendas del conocimiento en la medida que tengas el tiempo, la oportunidad y la destreza especial para hacerlo; y no dudes en llevarlo a cabo por temor a educarte hasta un nivel demasiado alto. Cuando abunda la gracia, el conocimiento no te envanece ni causa perjuicio a tu sencillez en el evangelio. Sirve a Dios con la educación que tengas y dale las gracias por soplar a través de ti si eres solo una bocina de cuerno de carnero; pero si tienes la posibilidad de convertirte en trompeta de plata, prefiérelo.

He dicho que también debemos aprender a *discernir*; y resulta necesario insistir sobre este punto en este preciso momento. Muchos corren tras lo novedoso y se sienten cautivados por cada invención que aparece: aprende a distinguir entre la verdad y sus falsificaciones, y no te desviarás. Otros se adhieren como lapas a las enseñanzas antiguas; sin embargo, puede que estas sean simplemente viejos errores. Examínalo todo y retén lo bueno. El uso de la criba y el aventador, es muy digno de elogio. Queridos hermanos, el hombre que le ha pedido al Señor una visión clara para distinguir la verdad y discernir sus conexiones, y que debido al constante ejercicio de sus facultades ha adquirido un juicio preciso, es apto para ser un líder de las huestes del Señor; pero no todos lo son. Resulta doloroso observar cuántos abrazan cualquier cosa si se les pone delante con convicción. Se tragan las medicinas de todos los charlatanes que tienen el descaro suficiente como para aparentar ser sinceros. No seas niño de esa manera en el conocimiento, sino comprueba cuidadosamente las cosas antes de aceptarlas. Pídele al Espíritu Santo la capacidad de discernir, para que puedas guiar a tus rebaños lejos de los prados envenenados y llevarlos a pastos seguros.

Cuando, a su debido tiempo, hayas obtenido la capacidad de adquirir conocimiento y la facultad de discernir, busca la habilidad de *retener* y conserva a buen recaudo lo que has aprendido. En estos tiempos algunos hombres se glorían de ser veletas: no se aferran a nada; de hecho no poseen nada a que valga la pena aferrarse. Ayer creían, sí, pero no lo mismo que creen hoy, ni que creerán mañana; y sería un profeta más grande que Isaías quien fuera capaz de predecir lo que creerán la próxima vez que la luna llene sus cuernos, ya que están constantemente cambiando y parecen haber nacido bajo esa misma luna inestable y participar de sus fluctuantes disposiciones de ánimo. Esos hombres pueden ser tan sinceros como pretenden, ¿pero para qué sirven? Como los buenos árboles trasplantados a menudo, tal vez sean de noble naturaleza, pero no producen nada: ya que se les va la fuerza en echar raíces una y otra vez, y no cuentan con savia sobrante para producir fruto. Asegúrate de que tienes la verdad y, luego, asegúrate de retenerla: estate dispuesto a recibir nuevas verdades, *si de veras lo son*, pero muéstrate muy receloso en cuanto a suscribir la creencia de que se ha descubierto una luz mejor que la del sol. Quienes pregonan nuevas verdades por las calles como los chicos que venden la segunda edición del periódico vespertino, por lo general no son mejores de lo que debieran ser. La hermosa doncella de la verdad no se pone coloretes ni atavía su cabeza como Jezabel, siguiendo cada moda filosófica que aparece, sino que está contenta con su propia belleza natural y su aspecto es esencialmente el mismo ayer y hoy y por los siglos. Cuando los hombres cambian a menudo, por lo general es que necesitan un cambio en el sentido más profundo: nuestra «nobleza del pensamiento moderno» está haciendo un daño incalculable a las almas de los hombres, y se parece a Nerón tocando su violín en lo alto de una torre mientras Roma arde a sus pies. Las almas se están condenando y, sin embargo, esos hombres están hilando teorías. El Infierno ensancha su boca y, con sus fauces abiertas,

engulle a la gente por millares y millares; mientras que aquellos que deberían estar difundiendo las buenas nuevas de salvación van «tras nuevas líneas de pensamiento». En el Día del Juicio, los asesinos de almas altamente cultivados descubrirán que la «cultura» de que tanto alardeaban no les sirve de excusa. Por el amor de Dios, sepamos cómo han de salvarse los hombres y pongámonos a trabajar; pasarnos la vida deliberando acerca de la forma apropiada de hacer pan cuando todo un país se muere de hambre constituye una detestable frivolidad. Ya es hora de que sepamos lo que debemos enseñar o, de otro modo, renunciemos a nuestro cargo. El lema de «estar siempre aprendiendo y jamás llegar al conocimiento de la verdad» no es el de los mejores hombres, sino el de los peores. En Roma vi la estatua de un muchacho sacándose una espina del pie; seguí mi camino y volví al año siguiente, y allí estaba el mismo muchacho sentado tratando aún de extraerse a aquella intrusa. ¿Debe ser este nuestro modelo? La confesión que me hizo uno de esos ministros fue: «Cada semana doy forma a mi credo». ¿A qué compararé a esos hombres inestables? ¿No son como los pájaros que frecuentan el Cuerno de Oro[2] y pueden verse desde Constantinopla, acerca de los cuales se dice que siempre están volando y nunca descansan? Nadie los vio jamás posarse ni en el agua ni sobre la tierra, sino que están perpetuamente suspendidos en el aire. La gente de allí los llama «almas perdidas», que buscan reposo y no lo encuentran. Con toda seguridad, los hombres que no descansan personalmente en la verdad, si es que son salvos ellos mismos, es muy improbable que puedan salvar a otros: quien no tiene una verdad segura que anunciar no debe asombrarse de que sus oyentes no le hagan mucho caso. Hemos de conocer la verdad, comprenderla y retenerla con firmeza, o no podemos esperar ser capaces de llevar a otros a creer en ella. Hermanos, les encargo que traten de conocer y de discernir; y luego, habiendo discernido, se esfuercen por echar raíces y establecerse en la verdad. Mantengan en pleno funcionamiento el proceso de llenar el pajar, aventar el grano y guardar este último en el granero, para que progresen en cuanto a la mente.

2. Debemos avanzar en la *oratoria*. Estoy empezando desde lo más bajo, pero hasta esto es importante, ya que resulta lamentable que aun los pies de la imagen sean de barro. Ninguna cosa que pueda ser útil para nuestro magnífico designio resulta baladí. El caballo pierde la herradura meramente por la falta de un clavo, volviéndose inútil para la batalla. La herradura en cuestión es solo un cerco de hierro sin importancia que golpea el suelo; y, no obstante, el enérgico pescuezo del animal no vale de nada si se ha soltado dicha herradura. Asimismo, un hombre puede hacerse irrecuperable para la eficacia espiritual, no porque le falte carácter o espíritu, sino porque se descomponga mentalmente o en la oratoria; por tanto, he comenzado por estos puntos y destaco que debemos mejorar en nuestra expresión hablada. No todos podemos hablar como otros lo hacen; y hasta esos hombres no logran alcanzar su propio ideal. Si hay aquí algún hermano que piensa que es capaz de predicar tan bien como debería, le aconsejaría que renunciara del todo; y si dicho hermano lo hiciera, estaría actuando con tanta sabiduría como ese gran pintor que rompió su paleta y, volviéndose hacia su esposa, le dijo: «Mis días como pintor han terminado; puesto que me he satisfecho a mí mismo y estoy seguro de que mi inspiración me ha abandonado». Aunque pudiera alcanzar alguna otra perfección, estoy convencido de que quien piensa que su oratoria es ya perfecta confunde la locuacidad

[2] Una cala del Bósforo que divide la ciudad de Estambul formando un puerto natural. (N. T.).

con la elocuencia y la verbosidad con la argumentación. Por mucho que sepan, no podrán ser ministros verdaderamente eficientes si no son «aptos para enseñar». Seguro que ustedes conocen ministros que se han equivocado de vocación y evidentemente no tienen dones para la misma; asegúrense de que nadie piense lo mismo de ustedes.

Hay hermanos en el ministerio con una oratoria insufrible, que bien te excitan hasta la ira o te duermen. No hay cloroformo capaz de igualar a ciertos mensajes en cuanto a virtud soporífera; ni ser humano —a menos que esté dotado de una paciencia infinita— que pueda escucharlos durante mucho tiempo; y la naturaleza hace bien en proporcionar liberación a la víctima por medio del sueño.

El otro día oí a uno decir que cierto predicador no tenía más dones para el ministerio que una ostra; y a mi modo de ver eso era una calumnia contra la ostra: ya que el digno molusco demuestra una gran discreción en sus aperturas y sabe cuándo debe cerrarse. Si se sentenciara a algunos hombres a escuchar sus propios sermones, ese sería un juicio justo para ellos, y pronto clamarían como Caín: «Grande es mi castigo para ser soportado». No nos hagamos acreedores a la misma condenación.

Hermanos, deberíamos cultivar un *estilo claro*. Cuando un hombre no me hace comprender lo que quiere decir, es porque él mismo no lo sabe. El oyente medio, que es incapaz de seguir el hilo del pensamiento del predicador, no debería preocuparse por sí mismo sino culpar al orador, cuyo trabajo consiste en hacer claro el asunto. Si miras adentro de un pozo y dicho pozo está vacío, te parecerá muy profundo; pero si se da el caso de que contiene agua, verás su luminosidad. Creo que muchos predicadores «profundos» lo son, únicamente, porque se parecen a pozos vacíos sin nada en su interior excepto hojas descompuestas, unas pocas piedras y, tal vez, un gato muerto o dos. Si tu predicación contiene agua viva, puede ser muy profunda; pero la luz de la verdad le conferirá claridad. No basta con ser tan claro que se te entienda; sino que debes hablar de tal manera que no se te pueda malinterpretar.

Debemos cultivar un estilo no solo claro sino *convincente*: nuestra forma de hablar debe tener contundencia. Algunos se imaginan que ello consiste en hablar fuerte; pero les puedo garantizar a ustedes que se equivocan. Los disparates no mejoran cuando se gritan, y Dios no nos pide que vociferemos como si estuviéramos hablando a diez mil personas cuando solo nos estamos dirigiendo a trescientas. Seamos contundentes por la excelencia de nuestro material y por la energía espiritual que infundimos a la expresión del mismo. En una palabra: Que nuestra forma de hablar sea *natural* y viva. Espero que hayamos renunciado a los trucos de los oradores profesionales: el énfasis que busca el efecto, el clímax estudiado, las pausas preestablecidas, el pavoneo teatral, el exagerar los movimientos de la boca y no sé cuántas cosas más que puedes observar en algunos ministros pomposos que aún quedan sobre la faz de la tierra. Ojalá sean estos pronto animales extinguidos y que todos nosotros aprendamos una forma viva, natural y sencilla de anunciar el evangelio; porque estoy convencido de que es muy probable que Dios bendiga un estilo así.

Entre muchas otras cosas, debemos cultivar la *persuasión*. Algunos de nuestros hermanos ejercen mucha influencia sobre los hombres y, sin embargo, otros con dones mayores están desprovistos de ella; estos últimos no parecen aproximarse a la gente: no son capaces de asirse de ellos y conmoverlos. Hay predicadores que en sus sermones parecen acorralar a sus oyentes uno por uno e introducirles la verdad directamente en el alma; mientras que otros generalizan tanto y además son tan fríos, que

pensaríamos que estuvieran hablando acerca de los habitantes de algún planeta lejano cuyos asuntos no les importaran mucho. ¡Aprende el arte de argüir con los hombres! Harás bien esto si te entrevistas con el Señor a menudo. Si no recuerdo mal, una vieja historia clásica nos cuenta que, cuando un soldado estaba a punto de matar a Darío, el hijo de este —que había sido mudo desde la infancia— de repente exclamó sorprendido: «¿Acaso no sabes que es el rey?». Su silenciosa lengua se había desatado por amor a su padre; y muy bien podría la nuestra lograr una expresión ferviente si contempláramos al Señor crucificado por el pecado. Si hay algún habla en nosotros, esto la estimularía. Y también el conocimiento de los terrores del Señor debería movernos a persuadir a los hombres. No podemos hacer otra cosa que argumentar con ellos para que se reconcilien con Dios.

Hermanos, observen a aquellos que atraen a los pecadores a Cristo, descubran su secreto y no descansen hasta que hayan obtenido ese mismo poder. Si les parecen muy sencillos y llanos y, no obstante, los consideran verdaderamente útiles, díganse a sí mismos: «He ahí mi modelo». Pero, por otra parte, si escuchan a un predicador muy admirado y no obstante, indagando un poco, descubren que ningún alma se está convirtiendo para salvación por medio de él, piensen para sí: «Esto no es lo mío; porque no estoy tratando de ser grande, sino realmente útil».

Por tanto, que tu oratoria mejore constantemente en cuanto a claridad, convicción, naturalidad y persuasión. Intenten —queridos hermanos— lograr una manera de hablar tal que *puedan adaptarse a sus distintos auditorios*. Mucho depende de esto. El predicador que se dirige a una congregación educada en el lenguaje con que lo haría a un grupo de vendedores ambulantes, quedará como un necio; y, por otro lado, quien vaya a los mineros y carboneros con términos teológicos técnicos y frases de salón actúa como un idiota. La confusión de lenguas en Babel fue mucho más completa de lo que nos imaginamos: no proporcionó únicamente idiomas distintos a las grandes naciones, sino que hizo que la forma de hablar de cada clase variara de la de las demás. Alguien del barrio de Billingsgate no puede entender a una persona del distrito de Brazenose. Ahora bien, como el vendedor ambulante no es capaz de comprender el lenguaje de la universidad, los universitarios deben aprender la lengua del vendedor. Como dijera Whitefield: «Nosotros utilizamos el lenguaje del mercado»; lo cual le honraba en gran manera. Sin embargo, cuando el mismo Whitefield se encontraba en el salón de la condesa de Huntingdon y su forma de hablar cautivaba a los nobles inconversos que la mujer traía para que le escuchasen, adoptaba otro estilo distinto. Su expresión era igualmente clara en ambos casos, pero también resultaba familiar a uno y otro público: no utilizaba la *ipsissima verba*[3], o su lenguaje hubiera perdido su claridad en uno u otro caso y habría sido bien una jerga para la nobleza o griego para la multitud. En nuestra forma de expresarnos deberíamos proponernos ser «a todos de todo». El mejor maestro de oratoria es aquel capaz de hablar a cualquier clase de personas de un modo apropiado para su condición y apto para llegarles al corazón.

Hermanos, que nadie nos supere en capacidad de expresión: ningún otro debe sobrepasarnos en el dominio de nuestra lengua materna. Queridos camaradas de lucha: nuestras lenguas son las espadas que Dios nos ha proporcionado para su servicio; así como se dice también de nuestro Señor que «de su boca salía una espada aguda de dos filos». Tengamos esas espadas bien afiladas. Cultiven su capacidad

[3] Las mismas palabras. (N. T.).

de expresión y cuéntense entre los mejores del país en el hablar. No los exhorto a esto porque sean notablemente deficientes; muy al contrario, ya que todo el mundo me dice: «Se conoce a los estudiantes de la Escuela por su manera de hablar clara y denodada». Esto me lleva a creer que poseen ustedes el don en gran medida; por lo que les ruego que se esfuercen en perfeccionarlo.

3. Hermanos, debemos poner más empeño aún en avanzar en *las cualidades morales*. Que los puntos que voy a mencionar lleguen a aquellos de entre ustedes que los necesiten; pero les aseguro que no tengo en mente a personas en concreto. Deseamos alcanzar el mejor estilo de ministerio; y, para ello, aunque logremos las aptitudes mentales y oratorias necesarias, fracasaremos a menos que tengamos también elevadas cualidades morales.

Hay algunos males de los que debemos deshacernos, como Pablo se sacudió la víbora de la mano; y hay virtudes que tenemos que conseguir al precio que sea.

La auto indulgencia ha matado a millares; temblemos, por tanto, y no caigamos en manos de esta Dalila. Tengamos bajo el control debido cada pasión y cada hábito: si no somos dueños de nosotros mismos no estaremos preparados para ser líderes en la iglesia.

Debemos desechar toda idea de ser importantes: Dios no bendecirá al hombre que se considera grande. Gloriarnos aun en la obra de Dios Espíritu Santo en nosotros es acercarse peligrosamente a la auto adulación. «Alábete el extraño, y no tu propia boca»; y regocíjate cuando ese extraño tenga el suficiente sentido común como para frenar su lengua.

También debemos controlar nuestro temperamento. Un genio fuerte no es del todo malo: los hombres que son tan suaves como un zapato viejo resultan, generalmente, de poco valor. No les diré: «Queridos hermanos, tengan un genio fuerte»; pero si: «Si lo tienen, contrólenlo cuidadosamente». Doy gracias a Dios cuando veo a un ministro con suficiente temperamento como para indignarse de lo malo y ser firme para lo bueno; aun así el temperamento es una herramienta afilada y, a menudo, corta al hombre que la maneja. Nuestro espíritu debe ser amable, benigno, que prefiera soportar el mal antes que infligirlo. Si hay algún hermano aquí que estalla con demasiada facilidad, tenga cuidado de que al hacerlo hiera solamente al diablo y a nadie más, y luego cálmese enseguida.

Algunos de nosotros especialmente debemos vencer nuestra tendencia a la frivolidad. Hay una gran diferencia entre la alegría santa —que es una virtud— y esa ligereza general, que constituye un vicio. Existe una frivolidad que no tiene suficiente corazón para reírse; pero que juguetea con todo: es petulante, hueca e irreal. Una risa sincera no es más ligera que un llanto sincero; estoy hablando de ese revestimiento religioso que es presuntuoso pero aparente, superficial e insincero acerca de los asuntos más importantes. La piedad no es una broma, ni un mero formalismo: ¡Cuidado con ser actores! Jamás den la impresión a los hombres fervorosos de que no quieren decir lo que dicen, que son meros profesionales... Ser ardientes de labios y helados de corazón es una de las señales de los réprobos. Dios nos libre de mostrarnos sutilísimos y superficiales. ¡Ojala no seamos nunca las mariposas del huerto del Señor!

A la vez, deberíamos evitar cualquier cosa semejante a la ferocidad del fanatismo. Conozco una clase de persona religiosa que, no me cabe la menor duda, nació de una mujer pero parece haber sido amamantada por un lobo. No los injurio con esto: ¿acaso no fueron criados así Rómulo y Remo, los fundadores de Roma? Algunos hombres beligerantes de este tipo han tenido suficiente fortaleza

intelectual como para fundar dinastías de pensamiento; pero la bondad humana y el amor fraternal casan mejor con el reino de Cristo. No tenemos que ir por el mundo descubriendo herejías, como los perros terrier olfateando ratas; ni hemos de estar tan confiados de nuestra propia infalibilidad como para erigir piras eclesiásticas en donde asar a todo aquel que difiera de nosotros: no ciertamente con haces de leña, sino con esos carbones de enebro que son el prejuicio inexorable y la sospecha cruel.

Además de todo esto hay amaneramientos y disposiciones, y otras formas que no puedo ahora describir, contra los cuales debemos luchar; ya que a menudo las faltas pequeñas pueden ser el origen del fracaso, y el deshacernos de ellas el secreto del éxito. Nada menosprecies que, aun en pequeño grado, impida tu utilidad: echa fuera del Templo de tu alma las sillas de quienes venden palomas al igual que a los traficantes de ovejas y bueyes.

Y, queridos hermanos, debemos adquirir ciertas facultades y ciertos hábitos morales al tiempo que dejamos a un lado sus contrarios. Jamás serán muy útiles para Dios quienes no tengan un espíritu íntegro. Si nos dejamos guiar por el pragmatismo, si tenemos algún modo de actuar aparte de la franqueza, no tardaremos en naufragar. Decide, querido hermano, que tal vez te toque ser pobre, tal vez seas despreciado, tal vez pierdas la vida misma, pero que jamás harás una cosa deshonesta, que tu única política sea la honradez.

Posee también esa magnífica característica moral que es el valor. Con esto no quiero decir la impertinencia, la desvergüenza o el engreimiento; sino un valor real para hacer y decir con calma lo que es correcto y acometer de frente todos los peligros, aunque no haya nadie para darte una palabra de ánimo. Me asombra la cantidad de cristianos que hay incapaces de hablar la verdad con sus hermanos; y doy gracias a Dios de que no existe miembro de mi iglesia, ni responsable de la misma, ni hombre alguno en el mundo a quien tenga miedo de decirle a la cara aquello que diría a sus espaldas. En sumisión a Dios, debo mi posición en mi propia iglesia a la ausencia de todo pragmatismo y a la costumbre de decir lo que quiero decir. La estrategia de querer hacer agradable todo para todos es tanto peligrosa como perversa: si dices una cosa a uno y otra a otro, un día compararán sus notas y te descubrirán, entonces serás despreciado. El hombre que tiene dos caras, más tarde o más temprano será objeto de menosprecio, y con mucha razón. Por encima de toda otra cosa evita la cobardía, ya que convierte en mentirosos a los hombres. Si crees que hay algo que deberías decir acerca de un hombre, que la medida para hacerlo sea esta: «¿Cuánto me atrevería a decirle a la cara?». No debes permitirte ni una sola palabra más de reprobación acerca de ningún hombre viviente. Si tienes esa norma, tu valor te evitará mil dificultades y te hará acreedor a un respeto duradero.

Contando ya con la integridad y el valor, queridos hermanos, quiera Dios dotarlos de un celo indomable. ¿Qué es el celo? ¿Cómo puedo describirlo? Poséelo y sabrás lo que es: déjate consumir de amor por Cristo y permite que su llama arda en ti constantemente; no enardeciéndose en las reuniones públicas y extinguiéndose en el trabajo rutinario de cada día. Necesitamos una perseverancia inconquistable, una resolución persistente y una combinación de obstinación santa, abnegación, sagrada mansedumbre y valor invencible.

Destaquen asimismo en una habilidad que es, a la vez, mental y moral: a saber, la de concentrar todas sus fuerzas en el trabajo al que han sido llamados. Recoge tus pensamientos, reúne todas tus facultades, concentra tus energías, enfoca tus capacidades. Dirige todos los manantiales de tu alma

hacia un solo canal, haciéndola que fluya hacia delante como un único río. Algunos hombres no tienen esta habilidad: se dispersan y fracasan. Forma a tus batallones y lánzalos contra el enemigo; no intentes ser grande en esto y grande en aquello, «hacerlo todo por turnos y nada prolongadamente». Acepta que Jesucristo lleve cautiva tu naturaleza entera y ponlo todo a sus preciosos pies que sangraron y murieron por ti.

4. Sobre todas estas cosas necesitamos *requisitos espirituales*, virtudes que el Señor mismo tiene que forjar en nosotros. Estoy seguro de que esta es la cuestión más importante. Hay otras cosas valiosas, pero esta no tiene precio: hemos de ser ricos para con Dios.

Tenemos que conocernos a nosotros mismos: el predicador debería ser experto en las ciencias del corazón, en la filosofía de la experiencia interior. Hay dos escuelas de experiencia, y a ninguna le complace aprender de la otra; contentémonos nosotros, sin embargo, con aprender de ambas. La primera de esas escuelas se refiere al hijo de Dios como alguien que conoce la profunda depravación de su corazón, que comprende lo detestable que es su naturaleza y siente a diario que en su carne no mora el bien. Algunos dicen que «el hombre que no conoce y siente esto, y que no lo siente como una experiencia amarga y dolorosa día tras día, no tiene la vida de Dios en su alma». No se puede hablar con ellos de libertad y gozo en el Espíritu Santo; no están dispuestos a aceptarlo. Aprendamos de estos hermanos desequilibrados: saben muchas cosas que hay que saber, y ¡ay de aquel ministro que ignore su serie de verdades! Martín Lutero solía decir que el mejor maestro de un ministro es la tentación; hay verdad en esta parte del asunto. Otra escuela de creyentes se concentra mucho en la obra gloriosa del Espíritu de Dios, y hace bien y recibe bendición. Creen en el Espíritu Santo como en un poder limpiador, que barre el establo de Augías[4] del alma y lo convierte en un templo de Dios. Sin embargo, frecuentemente hablan como si hubieran dejado de pecar o de verse molestados por la tentación: se glorían como si la batalla ya se hubiera peleado y se hubiese obtenido la victoria. Aprendamos también de estos hermanos y conozcamos toda la verdad que pueden enseñarnos. Familiaricémonos con las cumbres de los montes y con la gloria que brilla en los mismos: con los Hermones y los Tabores, donde podemos ser transfigurados juntamente con nuestro Señor. No tengan miedo de volverse demasiado santos, ni de estar demasiado llenos del Espíritu Santo. Preferiría que fueran sabios en todos los aspectos, y capaces de tratar con el hombre tanto en sus luchas como en sus alegrías, como quienes conocen ambas cosas. Sepan dónde los dejó Adán y dónde los ha colocado el Espíritu de Dios. No conozcan ninguna de estas cosas de un modo tan exclusivo que pasen por alto la otra. Creo que si hay hombres capaces de exclamar: «Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?», esos debemos ser los ministros, ya que hemos de ser tentados en todos los aspectos para que podamos consolar a otros. La semana pasada, en un vagón de ferrocarril, vi a un pobre hombre con la pierna puesta encima del asiento; y un guardia, al verlo en esa postura, comentó: «Esos cojines no se han hecho para que usted ponga sus sucias botas en ellos».

Tan pronto como el funcionario se marchó, el hombre volvió a subir la pierna y me dijo: «Estoy seguro de que ese nunca se ha roto una pierna por dos sitios; de otro modo no sería tan duro

[4] El quinto de los trabajos de Hércules consistió en limpiar en un solo día los establos del rey Augías —que tenía miles de bueyes— los cuales no se habían limpiado desde hacía años. (N. T).

conmigo».

Cuando he escuchado a hermanos que han llevado una vida cómoda, disfrutando de buenos ingresos, condenar a otros muy probados por no regocijarse como ellos, he pensado que no sabían nada de los huesos rotos que esos otros tienen que arrastrar durante toda su peregrinación.

Hermanos, conozcan al hombre en Cristo y fuera de Cristo; estúdienlo en lo mejor y en lo peor de su condición; conozcan su anatomía, sus secretos y sus pasiones. Esto no se lo enseñarán los libros: han de tener ustedes experiencias espirituales; y solo Dios puede dárselas.

Por encima de todo otro conocimiento espiritual, se necesita conocer a aquel que es el remedio seguro para todas las enfermedades humanas —Jesús—, sentarse a sus pies, considerar su naturaleza, su obra, sus sufrimientos, su gloria...; regocijarse en su presencia, teniendo comunión con él día tras día. Conocer a Cristo es comprender la más excelente de las ciencias. No puedes dejar de hacerte sabio si tienes comunión con la Sabiduría; ni te puede faltar la fortaleza si tu compañerismo es con el poderoso Hijo de Dios. El otro día, en una gruta italiana, vi un pequeño helecho que crecía con sus hojas brillantes y saltando continuamente en la rociada de una fuente. Siempre estaba verde, y ni la sequía del verano ni el frío del invierno lo afectaban. Así debemos vivir nosotros perpetuamente bajo el dulce influjo del amor de Jesús. Hermanos, moren en Dios: no le hagan una visita ocasional, sino permanezcan en él. En Italia dicen que el médico tiene que entrar allí donde el sol no lo hace. De la misma manera, donde Jesús no brilla el alma se enferma. Deléitate en sus rayos y estarás vigoroso en el servicio del Señor.

El domingo pasado por la noche no podía dejar de pensar en un versículo: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre». Le dije a la congregación que los pobres pecadores que habían ido a Jesús y confiado en él, aunque lo conocían, era poco lo que sabían de él. Y los santos con una experiencia de sesenta años, los cuales han andado con él cada día, piensan que lo conocen; pero aun así son unos principiantes. Los espíritus perfectos que están delante del Trono, y que llevan allí cinco mil años adorándole siempre, tal vez piensen que lo conocen, pero no lo abarcan completamente: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre». Él es tan glorioso que solo el Dios infinito tiene un conocimiento pleno de él; por tanto, nuestro estudio no tendrá límite, ni seremos estrechos en nuestra línea de pensamiento, si hacemos de nuestro Señor el gran objeto de todas nuestras meditaciones.

Hermanos, como consecuencia de esto, para ser hombres vigorosos, necesitamos vernos conformados a la imagen de nuestro Señor. ¡Ojalá fuéramos como él! ¡Bendita sea la cruz en que hayamos de sufrir si lo hacemos para ser transformados a la semejanza del Señor Jesús! Si adquirimos la conformidad con Cristo tendremos una maravillosa unción sobre nuestro ministerio; y, sin ella, ¿para qué vale un ministerio?

En una palabra: hemos de esforzarnos por conseguir un carácter santo. ¿Y qué es la santidad? ¿No es la perfección del carácter? ¿No constituye una condición equilibrada en que ni falta ni sobra cosa alguna? No es moralidad —esa estatua fría e inerte—: la santidad es vida. Debes tener santidad. Y, queridos hermanos, si fallaran en las aptitudes mentales (aunque espero que no lo hagan) y tuvieran una medida corta de habilidad en la oratoria (y confío que no será así), aun entonces —cuenten con ello— una vida santa supondrá en sí misma un maravilloso poder y compensará muchas deficiencias; de hecho se trata del mejor sermón que el mejor de los hombres pueda predicar. Decidamos tener toda

la pureza posible, lograr la mayor santidad que pueda alcanzarse y, por medio de la obra del Espíritu de Dios, el más alto grado de semejanza con Cristo que sea posible conseguir en este mundo de pecado estará en nosotros. ¡Que el Señor nos eleve como Escuela a un nivel más alto y la gloria sea para él!

5. Pero aún no he terminado, queridos hermanos. Tengo que decirles que avancen en *trabajo real*; ya que, después de todo, se nos conocerá por lo que hayamos hecho. Deberíamos ser poderosos en hechos tanto como en palabras. Hay hermanos en el mundo que son poco prácticos. La magnífica doctrina de la segunda venida los hace quedarse embelesados, atisbando los cielos. De modo que tengo que decir: «Varones de Plymouth, ¿por qué estáis mirando al cielo?». El que Jesucristo vaya a volver no es razón para contemplar las estrellas, sino para trabajar en el poder del Espíritu Santo. No estén tan absortos en conjeturas como para preferir alguna conferencia bíblica acerca de un oscuro pasaje del Apocalipsis a enseñar en una escuela para necesitados o hablar de Jesús a los pobres. Tenemos que acabar con las ensoñaciones y ponernos a trabajar. Yo creo en los huevos, pero hemos de conseguir que de los mismos salgan pollos. No me importa lo grande que sea tu huevo —puede ser de avestruz, si quieres—, pero si no tiene nada dentro, por favor, quita de en medio las cáscaras. Si produce alguna cosa, que Dios bendiga tus conjeturas; y aunque tuvieras que ir un poco más lejos de lo que yo considero prudente aventurarse, con todo, si resultas más útil, alabado sea Dios por ello. Queremos hechos: actos ejecutados, almas salvadas... Está muy bien escribir ensayos, ¿pero cuántas almas has salvado de bajar al Infierno? Me interesa la excelente administración que haces de tu escuela, ¿pero a cuántos niños has traído a la iglesia por medio de ella? Nos alegra oír acerca de reuniones especiales, ¿pero cuántos han nacido realmente para Dios en dichas reuniones? ¿Se edifica a los santos en ellas? ¿Se convierten los pecadores? El balancearse en la puerta de un redil no es progresar; sin embargo algunos parecen pensar que sí. Los veo en los Campos Elíseos[5], tarareando para sí mismos y para sus amigos: «¡Ah, qué cómodos estamos!». ¡Dios nos libre de vivir cómodamente mientras los pecadores se hunden en el Infierno!

Viajando por los caminos montañosos de Suiza, pueden verse continuamente las marcas de las taladradoras; así también, en la vida de cada ministro deberían quedar huellas de un trabajo duro. Hermanos: ¡Hagan algo! ¡Hagan algo! ¡Hagan algo! Mientras los comités malgastan el tiempo para tomar decisiones, ustedes hagan algo. Mientras las sociedades y las alianzas redactan constituciones, nosotros debemos ganar almas. Con demasiada frecuencia no hacemos más que discutir y discutir, mientras Satanás se ríe disimuladamente de nosotros. Ya es hora de terminar de hacer planes y buscar cosas que planear. Se lo ruego: sean hombres de acción todos ustedes. Pónganse a trabajar y pórtense como hombres. Yo tengo la misma idea de la guerra que el viejo Suwarrow[6]: «¡Avanzar y golpear! ¡Nada de teoría! ¡Ataquen! ¡En columna! ¡Calen las bayonetas! Métanse en medio del enemigo...». Nuestro único objetivo es salvar pecadores; y no tenemos que hablar de ello, sino hacerlo en el poder de Dios.

6. Por último —y aquí voy a transmitir un mensaje que supone una carga para mí—: Avanza en el

[5] Los Campos Elíseos, o a veces mencionados como las Llanuras Eliseanas, eran el lugar sagrado, en la mitología griega, donde las sombras de los hombres virtuosos y los guerreros heroicos llevaban una existencia dichosa y feliz, en medio de paisajes verdes y floridos. (N. T.).

[6] Suwarrow o Suvoroff, mariscal de campo ruso del siglo XVIII.

asunto de *la elección de tu esfera de actividad*. Ruego en este día por aquellos que no tienen la posibilidad de rogar por sí mismos: a saber, las grandes masas del remoto mundo pagano. Los púlpitos que tenemos aquí están razonablemente bien provistos; pero necesitamos hombres que construyan sobre nuevos fundamentos. ¿Quién lo hará? ¿Tenemos nosotros, como grupo de hombres fieles, la conciencia limpia en cuanto a los paganos? Hay millones que no han oído nunca el nombre de Jesús. Cientos de millones no han visto un misionero más que una sola vez en sus vidas y nada saben de nuestro Rey. ¿Los dejaremos perecer? ¿Podemos irnos a la cama y dormir mientras la China, la India y el Japón y otras naciones se condenan? ¿Estamos limpios de su sangre? ¿No tienen ellas derecho alguno sobre nosotros? Deberíamos formularlo de esta manera: no si puedo demostrar que *debo* ir; sino si me es posible demostrar que *no debo* ir. Cuando un hombre puede demostrar honradamente que no debería ir, está libre de culpa, pero no hasta entonces. ¿Qué responden ustedes, hermanos? Se lo pregunto uno a uno. No estoy haciéndoles una pregunta que no me haya planteado sinceramente a mí mismo. He pensado que si algunos de nuestros ministros más destacados se presentaran, ello tendría un magnífico efecto en cuanto a estimular a las iglesias y, honradamente, me he preguntado si debería ir yo. Tras sopesar la cuestión me siento obligado a mantenerme en mi puesto —y creo que lo mismo sucedería con la mayoría de los cristianos—; no obstante espero que pudiera ir gozoso si fuera mi deber hacerlo. Hermanos, sométanse a ese mismo proceso. Tenemos que hacer que se conviertan los paganos; Dios tiene millares y millares de sus elegidos entre ellos, y debemos ir y buscarlos hasta que los encontremos. Muchas de las dificultades han desaparecido en la actualidad, y todas las naciones están abiertas para nosotros; mientras que las distancias ya no existen. Es cierto que no poseemos el don pentecostal de las lenguas; pero actualmente hay mucha facilidad para aprender idiomas, y la técnica de la imprenta compensa plenamente ese don perdido. Los peligros que conllevan las misiones no deberían retener a ningún hombre fiel, aunque dichos peligros fueran muy grandes; sin embargo, ahora han quedado reducidos al mínimo. Hay cientos de lugares donde no se conoce la cruz de Cristo y a los que podemos ir sin riesgo alguno. ¿Quién irá? Los hombres que deberían ir son jóvenes hermanos con buenas habilidades que aún no han contraído cargas familiares.

Cada estudiante que se matricula en la Escuela debería considerar esta cuestión y entregarse a la obra a menos que hubiera razones concluyentes para no hacerlo. Es un hecho que hasta para nuestras colonias resulta muy difícil encontrar hombres, ya que me han ofrecido una plaza en Australia que me he visto obligado a rechazar. Esto no debería suceder. Estoy seguro de que aún hay entre nosotros algún espíritu de sacrificio y quienes estén dispuestos a exiliarse por Jesús. Las misiones languidecen por falta de hombres; y si aparecieran esos hombres, la generosidad de la iglesia supliría sus necesidades. De hecho, la generosidad de la iglesia ya ha hecho la provisión; sin embargo, no hay hombres que vayan. Jamás sentiré, queridos hermanos, que nosotros, como grupo de hombres, hemos cumplido con nuestro deber hasta que veamos a nuestros compañeros luchando por Cristo en cada tierra que está en la vanguardia de la batalla. Creo que si Dios les moviera a ir, ustedes estarían entre los mejores misioneros, ya que convertirían la predicación del evangelio en el rasgo predominante de su trabajo y esa es la manera segura que Dios tiene para actuar con poder. Desearía que nuestras iglesias imitaran a la del pastor Harms, en Alemania, donde cada miembro estaba

consagrado al Señor efectivamente y en verdad. Los granjeros entregaban la cosecha de sus tierras y los obreros su trabajo. Cierta persona donó una casa grande para que se utilizara como escuela misionera, y el pastor Harms consiguió dinero para un barco el cual equipó con el fin de hacer viajes a África; y luego envió misioneros y pequeños grupos de su congregación con ellos para que formaran comunidades cristianas entre los bosquimanos. ¿Cuándo serán nuestras iglesias así de abnegadas y dinámicas? ¡Consideren a los moravos, cómo cada hombre y cada mujer se convierten en misioneros y cuánto hacen por consiguiente! Captemos el espíritu de ellos. ¿Se trata de un espíritu correcto? Entonces es correcto que lo tengamos. No basta con decir: «¡Qué gente tan maravillosa son esos moravos!»; también deberíamos serlo nosotros. Cristo no compró a los moravos más de lo que nos ha comprado a nosotros: ellos no tienen más obligación de hacer sacrificios que nosotros. ¿Por qué, pues, esta reticencia? Cuando leemos acerca de hombres heroicos que lo dieron todo por Jesús, no debemos quedarnos en la admiración, sino imitarlos. ¿Quién los imitará ahora? Vayan al grano: ¿No hay algunos entre ustedes dispuestos a consagrarse al Señor? La contraseña actualmente es: «Avanzar». ¿No hay espíritus osados que vayan en cabeza? Oren todos para que durante este tiempo de Pentecostés el Espíritu pueda decir: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado». ¡*Avancemos*! Por el amor de Dios: ¡¡AVANCEMOS!!

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 3

La necesaria determinación por la verdad

Algunas cosas son verdaderas y otras son falsas. Para mí esto constituye un axioma, pero hay muchas personas que evidentemente no creen lo mismo. El principio más corriente en estos tiempos parece ser que «algunas cosas son verdaderas o falsas según el punto de vista desde el que se miren». Lo negro es blanco y lo blanco es negro dependiendo de las circunstancias; y no importa tanto cómo lo llames. La verdad, desde luego, es verdad; pero no sería educado decir que lo contrario es una mentira: no debemos ser fanáticos, sino recordar el lema que dice: «A cada persona su propia idea».

Nuestros antepasados eran muy particulares en cuanto a mantener puntos de referencia: albergaban fuertes convicciones acerca de ciertos aspectos fijos de la doctrina revelada, y eran muy tenaces respecto de lo que creían escriturario. Sus campos estaban protegidos por setos y zanjas; pero sus hijos han arrancado los setos y rellenado las zanjas, poniéndolo todo a nivel y jugando a pídola con las piedras que los delimitaban. La escuela del pensamiento moderno se ríe de la ridícula firmeza de los Reformadores y los Puritanos: está avanzando en una gloriosa generosidad y, dentro de poco, hará pública una gran alianza entre el Cielo y el Infierno; o, más bien, llevará a cabo una fusión de las dos instituciones sobre la base de mutuas concesiones, permitiendo que la falsedad y la verdad se acuesten juntas como el león y el cordero. Aun así, a pesar de todo, mi firme y anticuada convicción sigue siendo que algunas doctrinas son verdaderas y que las declaraciones que se oponen diametralmente a ellas no lo son: que cuando el «No» es la realidad, el «Sí» está descartado; y cuando se puede justificar el «Sí», el «No» debe abandonarse. Creo que el caballero que desde hace tanto tiempo ha confundido nuestros círculos tal vez sea *sir* Roger Tichborne o algún otro; aún no soy capaz de concebir como puede ser al mismo tiempo el heredero legítimo y un impostor[1]. Sin embargo, en cuestiones religiosas, la postura de moda se encuentra en algún punto dentro de un espectro de flexibilidad así.

Hermanos, tenemos una fe establecida que predicar y se nos envía con un mensaje definido de parte de Dios. No se nos permite que inventemos nosotros el mensaje mientras vamos de camino, ni nuestro Señor nos manda con una comisión general del tipo que dice: «Predica aquello que pienses en tu corazón e inventes con tu mente. Mantente al paso de los tiempos. Dile a la gente lo que quieren oír y serán salvos». Ciertamente, no es esto lo que leemos: en la Biblia hay algo definido; no se trata en absoluto de una masa de cera que podamos modelar a nuestro gusto o un rollo de tela susceptible de cortarse según la moda del momento. Los grandes pensadores de esta nación obviamente consideran las Escrituras como una caja de letras con que jugar y hacer de ella lo que quieran; o como la botella de un mago de la que pueden verter cualquier cosa que deseen, desde el ateísmo hasta el espiritismo. Yo estoy demasiado chapado a la antigua como para postrarme y adorar esa teoría. Hay algo que se me dice en la Biblia: que se me dice con rotundidad, no acompañado de un «pero» y un «tal vez», un «si» y

[1] Un famoso caso judicial en Inglaterra en que un tal Arthur Orton reclamaba la enorme herencia de los Tichborne como su legítimo heredero. (N. T.).

un «quizá» y con cincuenta mil sospechas ocultas, de manera que en otras palabras pueda darse a entender que es posible que no sea así en absoluto; sino que se me revela como un hecho infalible el cual hay que creer, y lo contrario de lo cual supone un error mortífero que procede del padre de la mentira.

Creyendo, por tanto, que existe tal cosa como la verdad y tal otra como la falsedad; que en la Biblia hay verdades; y que el evangelio consiste en algo definido que los hombres tienen que creer, nos corresponde ser resueltos en cuanto a lo que enseñamos y enseñarlo con determinación. Tenemos que habérnoslas con personas que se perderán o serán salvadas, y ciertamente no lo serán con doctrinas erróneas. Tenemos que habérnoslas con Dios, cuyos siervos somos, y a él no lo honraremos anunciando falsedades. Tampoco nos dará por ello una recompensa y dirá: «Bien, buen siervo y fiel, has triturado el evangelio tan juiciosamente como cualquiera que haya vivido antes de ti». Estamos en una posición muy solemne, y deberíamos tener la actitud del antiguo profeta Micaías, que dijo: «Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré». No se nos llama a declarar otra cosa que la Palabra de Dios, pero hemos de hacerlo en un espíritu que convenza a los hijos de los hombres de que, piensen lo que ellos piensen, nosotros creemos a Dios y no nos moveremos de nuestra confianza en él.

Hermanos, ¿en qué cosas deberíamos afirmarnos? Pues bien, hay ciertos caballeros actualmente que se imaginan que no existen principios establecidos por los que guiarse. «Tal vez algunas doctrinas —me dijo uno—; tal vez algunas doctrinas puedan considerarse establecidas. Quizá sea posible determinar que hay un Dios; pero no deberíamos ser dogmáticos en cuanto a su personalidad: puede decirse mucho a favor del panteísmo». Hombres como ese se introducen furtivamente en el ministerio, pero son generalmente lo bastante astutos como para ocultar la amplitud de sus ideas debajo de una fraseología cristiana, actuando de esa manera en consonancia con sus principios, ya que su regla fundamental es que la verdad no tiene importancia alguna.

En cuanto a nosotros —o al menos en lo que a mí concierne—, estoy seguro de que hay un Dios y me propongo predicarlo como alguien que está absolutamente convencido de ello. Él es el Creador del Cielo y de la tierra, el Dueño de la providencia y el Señor de la gracia, ¡bendito sea su nombre para siempre! Acerca de él no tendremos dudas ni debates.

También estamos seguros de que ese libro que se llama «la Biblia» es su Palabra, y que está inspirada: no en el mismo sentido que Shakespeare, Milton y Dryden, sino en un sentido infinitamente superior; de modo que, siempre que contemos con el texto exacto, las palabras mismas son infalibles. Creemos que todo lo que se afirma en el Libro que nos viene de Dios hemos de aceptarlo como su testimonio fiel, y como nada menos que eso. No quiera Dios que seamos engañados por esas diversas interpretaciones del *modo* de inspiración, las cuales hacen poco menos que disiparla. Ese Libro es una producción divina: es perfecto y constituye el último tribunal de apelación, «el juez que dirime el conflicto». Lo mismo se me ocurriría blasfemar de mi Creador que cuestionar la infalibilidad de su Palabra.

También estamos seguros en cuanto a la doctrina de la bendita Trinidad. No podemos explicar cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu pueden ser distintos y perfectos en sí mismos y al mismo tiempo los tres ser uno solo, de modo que haya un solo Dios; sin embargo, lo creemos de veras, y nos proponemos predicarlo a pesar de los unitarios, los socinianos, los sabelianos y cualquier otra herejía.

Deberíamos retener con firmeza siempre la doctrina de la Trinidad en Unidad.

Y, queridos hermanos, jamás habrá sonido incierto de nuestra parte respecto de la expiación de nuestro Señor Jesucristo: no podemos dejar la sangre fuera de nuestro ministerio, o desaparecerá la vida del mismo. Porque del evangelio tenemos que decir: «La sangre es la vida». La pertinente sustitución de Cristo, su sacrificio vicario a favor de su pueblo para que este pueda vivir por medio de él, deberemos anunciarla hasta el día de nuestra muerte.

Tampoco podemos dudar por un momento acerca del magnífico y glorioso Espíritu de Dios: del hecho de su existencia, su personalidad, el poder de su obra, la necesidad de sus influjos, la certidumbre de que aparte de él ningún hombre puede ser regenerado; de que nacemos de nuevo por el Espíritu de Dios y de que él mora en los creyentes y es el Autor de todo lo bueno que hay en ellos, su Santificador y Preservador, sin quien no pueden hacer obra alguna que sea buena. No vacilaremos en absoluto en predicar estas verdades.

También es una certeza la absoluta necesidad del nuevo nacimiento: cuando abordamos esta cuestión nos remitimos a los hechos. Jamás envenenaremos a nuestras congregaciones con la idea de que basta una reforma moral; sino que, vez tras vez, les repetiremos: «Os es necesario nacer de nuevo». No hemos llegado a la condición de aquel ministro escocés que, cuando el venerable John Macdonald predicó a su congregación un sermón para pecadores, comentó: «Bueno, Sr. Macdonald, ha predicado usted un sermón muy bueno; pero estaba bastante fuera de lugar, ya que no conozco a nadie en mi congregación que no haya sido regenerado». ¡Pobre hombre, con toda probabilidad él mismo no lo había sido! No, no nos atrevamos a halagar a nuestros oyentes, sino sigamos diciéndoles que nacen siendo pecadores y deben renacer como santos o jamás verán el rostro aprobador de Dios.

Tampoco dudaremos en cuanto a la tremenda maldad del pecado, y hablaremos acerca de este asunto tanto con tristeza como con contundencia. Aunque algunos sabios formulen preguntas difíciles respecto al Infierno, no dejaremos de anunciar los terrores del Señor, ni el hecho de que él mismo ha dicho: «Irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna».

Ni daremos sonido incierto en cuanto a la gloriosa verdad de que la salvación es únicamente por gracia. Si nosotros mismos hemos sido salvados, sabremos que solo la gracia soberana lo ha llevado a cabo, y pensaremos que lo mismo debe suceder con los demás. Anunciaremos: «¡Gracia!, ¡gracia!, ¡gracia!», con todas nuestras fuerzas, con nuestro vivir y con nuestro morir.

También nos mostraremos muy decididos en cuanto a la justificación por la fe; ya que la salvación «no [es] por obras, para que nadie se gloríe». Nuestro mensaje será: «La Vida depende de una mirada al Crucificado». La gracia salvadora que pediremos al Señor que implante en los corazones de todos nuestros oyentes, será aquella de la confianza en el Redentor.

Y predicaremos con decisión todo aquello que creemos verdadero en las Escrituras: si hay cuestiones que puedan considerarse como debatibles, o comparativamente sin importancia, hablaremos acerca de las mismas con la medida de determinación que sea conveniente; pero aquellos puntos que no pueden cuestionarse, sino que son esenciales y fundamentales, los anunciaremos sin balbuceo alguno y sin preguntar a la congregación: «¿Qué desearían ustedes que dijésemos?». Sí, y también sin excusarnos expresando: «Estas son mis opiniones, pero puede que otras personas tengan razón al respecto». No deberíamos en modo alguno predicar el evangelio como *nuestras opiniones*,

sino como el pensamiento de Dios: el testimonio de Jehová en relación con su propio Hijo y con la salvación de los hombres perdidos. Si se nos hubiera encomendado la elaboración del evangelio, podríamos haberlo alterado para adaptarlo al gusto de este mesurado siglo; pero puesto que jamás se nos empleó para que produjésemos las Buenas Noticias —sino meramente para que las repitiéramos—, no osemos ir más allá del relato bíblico. Enseñemos aquello que Dios nos ha enseñado; si no lo hacemos, es que no somos aptos para nuestro puesto. Si en mi casa tengo una criada y la envío a la puerta con un mensaje, y ella enmienda dicho mensaje bajo su autoridad, quizá lo vacíe de todo significado por decisión propia y, entonces, se la considerará responsable por lo que ha hecho. Dicha criada no durará mucho a mi servicio, ya que lo que necesito es una sirvienta que repita aquello que digo, en la medida de lo posible, palabra por palabra; si así lo hace, el responsable del mensaje seré yo y no ella. Si alguien se enojase con la mujer por lo que ha dicho, actuaría de un modo muy injusto; y su pleito sería conmigo, no con la persona a quien yo empleo para que actúe como mi boca. El que tiene la Palabra de Dios, la debe hablar con fidelidad y no le será necesario responder a los detractores, excepto con un: «Así dice el Señor». Este es, pues, el material respecto del cual estamos determinados.

¿Cómo hemos de mostrar esta determinación? No tenemos por qué ser cuidadosos en nuestra forma de contestar a esta pregunta, ya que nuestra determinación se manifestará según su propia manera: si realmente creemos en una verdad específica, actuaremos con decisión respecto a la misma. Ciertamente no hemos de demostrar nuestra determinación mediante un fanatismo obstinado, furioso y voraz que niega a todas las demás personas la ocasión y la esperanza de salvación, así como la posibilidad de haber sido regeneradas —o hasta de ser decentemente honradas— por diferir de nosotros acerca del color de una escama del gran leviatán. Algunos individuos parecen quedarse cortos en cuanto a la cruz por naturaleza: están hechos para ser raspadores, y lo único que saben hacer es raspar. Antes que estar en paz contigo, suscitarán alguna polémica acerca del color de la invisibilidad o del peso de cualquier sustancia inexistente. Se levantan en armas contra ti, no por la importancia de la cuestión debatida, sino por aquella otra mucho más trascendente de ser siempre el papa del grupo. No vayas por el mundo con el puño cerrado para pelear, con un revólver teológico colgado de la pernera de tu pantalón. No tiene sentido ser una especie de gallo de pelea doctrinal llevado de acá para allá por la necesidad de demostrar su espíritu; o un terrier de la ortodoxia, listo para perseguir a las ratas heterodoxas por docenas. Practica el *suaviter in modo*[2] al tiempo que el *fortier in re*[3]. Está presto para luchar, y lleva siempre la espada ceñida a tu muslo, pero envainada. No tiene sentido ir blandiendo por ahí tu arma, delante de todo el mundo, para crear conflictos, como nuestros queridos amigos de la isla Esmeralda, de quienes se dice que se quitan las capas en la Feria de Donnybrook y las arrastran por el suelo, mientras esgrimen sus cachiporras, gritando: «¿Tendrá algún caballero la amabilidad de pisar la cola de mi capa?». Se trata de teólogos de sangre tan caliente y generosa que nunca tienen paz a menos que estén plenamente implicados en una guerra.

Si crees realmente en el evangelio, te mostrarás decidido por el mismo de maneras más sensatas que esa: tu tono mismo revelará tu sinceridad; hablarás como un hombre que tiene algo que decir lo

[2] Gentilmente en el modo. (N. T.).

[3] Resueltamente en la acción. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

cual sabe que es verdad. ¿Has observado alguna vez a un bribón cuando está a punto de proferir una falsedad? ¿Te has fijado en cómo tiene que pronunciarla? El poder decir bien una mentira requiere mucho tiempo; ya que los órganos faciales no fueron diseñados y adaptados originalmente para hacer tal cosa de manera complacida. Cuando alguien sabe que te está diciendo la verdad, todo en él corrobora que es sincero. Cualquier abogado experto en interrogatorios descubrirá en poco tiempo si un testigo está siendo sincero o está mintiendo. La verdad tiene su propio aspecto y porte, tono y énfasis. Enfrente del letrado, en el estrado de los testigos, se halla un torpe e ignorante campesino. El abogado trata, a ser posible, de enredarle y confundirle; pero todo el tiempo sabe que es un testigo sincero, y se dice a sí mismo: «Me gustaría zarandear la evidencia de este individuo, ya que perjudicará en gran manera mi argumento». El ministro cristiano siempre debería tener ese mismo aire de verdad; solo que, puesto que no está únicamente dando testimonio de la verdad, sino que desea que otras personas reconozcan dicha verdad y sientan su poder, tendría que poner más determinación en su tono que la que pone un mero testigo que está declarando acerca de hechos que pueden o no creerse sin causar ninguna consecuencia grave. Lutero era un hombre decidido: nadie dudaba de que creía lo que decía. Hablaba como un trueno, porque su fe era como un relámpago. Predicaba por todas partes, ya que toda su naturaleza creía. Y la gente pensaba de él: «Bueno, quizá esté loco, o completamente equivocado, pero desde luego cree lo que dice: es la fe personificada; su corazón atropella a sus palabras».

Si queremos mostrar determinación por la verdad, no solo debemos hacerlo mediante nuestro tono y nuestro porte, sino con nuestras acciones diarias. La vida de un hombre es siempre más convincente que sus palabras: cuando otros lo evalúan, consideran sus hechos como libras esterlinas y sus palabras como peniques. Si su vida y sus doctrinas discrepan, la mayoría de los que observan aceptarán su práctica y rechazarán su predicación. Un hombre puede saber mucho acerca de la verdad y, sin embargo, ser un testigo dañino para ella, ya que no contribuye a su buena reputación. El charlatán del relato clásico, que voceaba un remedio infalible para el catarro, la tos y los estornudos entre frase y frase de su panegírico, puede servirnos como ejemplo y símbolo de lo que es un ministro impío. El sátiro de la fábula de Esopo estaba indignado con el hombre que soplaba frío y calor por la misma boca, y ello con razón. No puedo pensar en ningún método mejor para predisponer a la gente en contra de la verdad que proclamar las alabanzas de esta a través de labios de hombres de carácter dudoso. Cuando el diablo se convirtió en predicador en los días de nuestro Señor, el Maestro le ordenó que guardara silencio, porque no le interesaban las alabanzas satánicas. Resulta sumamente ridículo oír verdades buenas de boca de un mal hombre; es como guardar harina blanca en un saco de carbón.

La última vez que estuve en uno de nuestros pueblos escoceses, oí hablar acerca de un loco del manicomio que creía ser un personaje histórico importante. Aquel pobre hombre adoptaba muy solemnemente una actitud imponente y exclamaba: «¡Soy *sir* William Wallace, *dazme* un poco de tabaco!». El descenso de la plática desde *sir* William Wallace hasta un trozo de tabaco para mascar era demasiado absurdo como para tomárselo en serio; y, sin embargo, no sería ni tan absurdo ni tan triste como ver a uno que se dice embajador de la cruz mostrándose codicioso, mundano, esclavo de pasiones u ocioso. Resultaría muy extraño oír a un hombre diciendo: «Soy siervo del Dios altísimo, e iré allá donde pueda recibir el salario más alto. Estoy llamado a trabajar solo para la gloria de Jesús, y

no me mudaré a ningún sitio a menos que la iglesia allí tenga un nivel respetable. Para mí el vivir es Cristo, pero no puedo hacerlo por menos de quinientas libras anuales».

Hermano, si la verdad está en ti, fluirá de todo tu ser como brota el perfume de cada una de las ramas del sándalo; te llevará hacia delante como los vientos alisios empujan los barcos llenando sus velas; consumirá tu naturaleza entera con su energía, como un incendio forestal hace arder todos los árboles del bosque. La verdad no te habrá dado plenamente su amistad hasta que todas las cosas lleven la marca de su sello.

Debemos demostrar nuestra determinación por la verdad mediante los sacrificios que estemos dispuestos a hacer. Este es verdaderamente el método más eficaz, como también el más difícil. Tenemos que estar listos para renunciar a todas y cada una de las cosas por amor a los principios que hemos adoptado, así como a ofender a nuestros mejores partidarios y alejar a nuestros amigos más cordiales, antes que traicionar a nuestras conciencias.

Debemos estar dispuestos a ser pordioseros en cuanto a la bolsa y parias respecto de la reputación, con tal de no actuar de manera engañosa: podemos morir, pero no podemos negar la verdad. Ya hemos calculado el costo, y estamos determinados a comprar la verdad al precio que sea y a no venderla por nada del mundo. Este espíritu escasea mucho en nuestros días. Los hombres poseen una fe salvadora, y salvan de cualquier dificultad a sus propias personas; tienen gran discernimiento, y saben de qué lado se unta la mantequilla en su pan; son generosos de corazón, y se hacen de todo a todos para que de todos modos puedan ahorrar alguna suma. Hay muchos bellacos en el mundo que seguirían fielmente a cualquier hombre que los mantuviera con carne. Estos son los primeros en ladrar ante la determinación, y llamarla «obstinado dogmatismo» y «fanatismo ignorante». Pero su veredicto condenatorio no nos produce congoja alguna; no esperábamos otra cosa…

Por sobre todo, deberíamos demostrar nuestro celo por la verdad esforzándonos continuamente —a tiempo y fuera de tiempo— en sostenerla del modo más tierno y amoroso, pero aun así con fervor y firmeza absolutos. No debemos hablar a nuestras congregaciones como si estuviéramos medio dormidos: nuestra predicación no tiene que ser un elocuente roncar, sino que ha de haber en ella poder, vida, energía y vigor. Debemos consagrarnos a ella en cuerpo y alma, y demostrar que el celo de la casa de Dios nos consume.

¿Cómo debemos manifestar nuestra determinación? Ciertamente no tañendo la misma cuerda y repitiendo vez tras vez las mismas verdades con la afirmación de que creemos en ellas: esa forma de actuar solo se les insinuaría a los incompetentes. El que da vueltas a la manivela del organillo no constituye un modelo de decisión: tal vez tenga persistencia, pero esta no es lo mismo que la coherencia. Yo podría señalar a algunos hermanos que se han aprendido cuatro o cinco doctrinas y las hacen sonar una y otra vez con eterna monotonía; me alegro siempre de que toquen sus melodías en alguna calle alejada de donde vivo. Cansar con perpetuas repeticiones no es la manera de manifestar nuestra firmeza en la fe.

Hermanos, *fortalezcan su determinación* recordándoles a sus propias almas la importancia de estas verdades. ¿Se les han perdonados sus pecados? ¿Tienen la esperanza del Cielo? ¿Cómo les afectan las solemnidades de la eternidad? Ciertamente ustedes no serían salvos sin estas cosas, y por ello deben retenerlas; porque si no fueran ciertas se sentirían como hombres perdidos. Un día tienen que morir, y

siendo conscientes de que solo estas cosas pueden sostenerles en ese momento final, deben aferrarse a ellas con todas sus fuerzas. No pueden renunciar a las mismas: ¿cómo podría un hombre abjurar de una verdad que considera de vital importancia para su propia alma? Piensa cada día: «Tengo que vivir con ella, tengo que morir con ella. Sin ella sería un desdichado ahora y me perdería para siempre; de modo que, con la ayuda de Dios, no renunciaré a ella».

Tu propia experiencia cotidiana, amado hermano, te sostendrá. Espero que hayas comprendido ya el poder de la verdad que predicas y que experimentes mucho más de su poder. Creo en la doctrina de la elección porque estoy convencido de que si Dios no me hubiese escogido, yo jamás le hubiese escogido a él; y estoy seguro de que él me escogió antes de que yo naciera, porque de otro modo jamás lo hubiese hecho después de eso. Y debe de haberme elegido por razones desconocidas para mí, ya que yo jamás he podido encontrar alguna razón en mí mismo por la que él me mirara con un amor especial. De modo que me veo obligado a aceptar esta doctrina.

Y estoy atado a la doctrina de la depravación del corazón humano porque descubro la depravación de mi propio corazón y tengo pruebas a diario de que en mi carne no mora cosa alguna que sea buena. Tampoco puedo dejar de sostener que, para que pueda haber perdón, tiene que haber primero expiación; porque mi propia conciencia lo requiere y mi paz depende de ello. El pequeño tribunal que tengo en mi corazón no queda satisfecho sin que se exija alguna retribución por la ofensa hecha a Dios. Se nos dice algunas veces que tales y cuales afirmaciones no son ciertas; pero cuando podemos responder que las hemos comprobado y corroborado, ¿qué respuesta existe para ese razonamiento? Un hombre anuncia el fabuloso descubrimiento de que la miel no es dulce. «Pero —dices tú— yo la he tomado para desayunar y me ha parecido muy dulce». Tu respuesta es concluyente. Te dicen que la sal es venenosa, pero tú haces referencia a tu propia salud y declaras que has estado comiendo sal durante los últimos veinte años. Se te asegura que comer pan es un error: un error vulgar y un absurdo anticuado; pero en cada comida tú te ríes alegremente de esa objeción. Si eres alguien experimentado a diario y de manera habitual en la verdad de la Palabra de Dios, no temo que vayas a verte sacudido en tu mente respecto de la misma. Esos hombres jóvenes que nunca han tenido convicción de pecado, sino que adquirieron su religión como quien toma un baño por la mañana (es decir, saltando adentro de la bañera), saldrán de ella con la misma facilidad que entraron. Los que no sienten ni las alegrías ni las depresiones de espíritu que son indicadores de la vida espiritual, están aletargados y su mano, paralizada, no ha hecho presa con firmeza en la verdad. Se trata de meros hojeadores de la Palabra que, como las golondrinas, tocan el agua con sus alas y son los primeros en volar de un país a otro según los guían sus consideraciones personales. Creen en esto y creen en aquello; porque, en realidad, no creen en nada con convicción. Si has sido alguna vez arrastrado por el pantano y el fango de la desesperación del alma, si se te ha puesto boca abajo y limpiado como un plato de toda tu fortaleza y todo tu orgullo, y luego se te ha llenado del gozo y la paz de Dios por medio de Jesucristo, tendría más confianza en ti que en cincuenta mil incrédulos. Siempre que oigo los rancios ataques que lanzan los escépticos contra la Palabra de Dios, sonrío en mi interior y pienso: «¡Vaya simplón!, ¿cómo puedes presentar tan vanas objeciones? He experimentado dificultades diez veces mayores en las contiendas con mi propia incredulidad». ¿Nos cansarán los de a pie a aquellos que hemos contendido con los caballos? Gordon Cumming[4] y otros matadores de leones no se dejarán asustar por gatos salvajes; ni

cederán el campo a los presuntuosos escépticos ni a ningún otro de los siervos inferiores del maligno quienes se han enfrentado a Satanás.

Hermanos míos, si tenemos comunión con nuestro Señor Jesucristo no se nos puede hacer dudar de los fundamentos del evangelio, ni podemos permanecer indecisos en cuanto a los mismos. Una vislumbre de la cabeza coronada de espinas y de las manos y los pies traspasados es el remedio seguro para «la duda moderna» con todas sus extravagancias. Métete en la «Roca de la eternidad» abierta por ti y aborrecerás las arenas movedizas. Aquel eminente predicador americano, el seráfico Summerfield, cuando estaba moribundo, se volvió hacia un amigo presente en la habitación y le dijo: «He echado un vistazo a la eternidad. Ojalá pudiera volver atrás y predicar de nuevo, ¡de qué modo tan diferente lo haría a como lo he hecho antes!». Si quieren ser decididos, queridos hermanos, echen un vistazo a la eternidad: recuerden como Ateo se encontró con Cristiano y con Esperanza en el camino hacia la Nueva Jerusalén, y les dijo:

—No hay país celestial. He andado mucho y no he podido encontrarlo.

—¿Acaso no lo hemos visto desde las montañas de las Delicias —le preguntó Cristiano a Esperanza— cuando estábamos con los pastores?».

¡Había una respuesta!

De igual manera, cuando los hombres han dicho: «No existe Cristo alguno; no hay verdad en la religión», les hemos respondido: «¿Acaso no nos hemos sentado bajo su sombra con gran deleite? ¿No ha sido su fruto dulce a nuestro paladar? Váyanse con su escepticismo a esos otros que no saben a quién han creído. Nosotros hemos palpado y gustado la buena Palabra de Vida. Lo que hemos visto y oído, esto testificamos; y ya sea que los hombres reciban o no nuestro testimonio, no podemos dejar de darlo, porque lo que sabemos hablamos y lo que hemos visto testificamos». Esa es la manera segura, queridos hermanos, de mostrarse resueltos.

Y ahora, por último, *¿por qué deberíamos ser decididos y osados en este tiempo en particular?* Deberíamos serlo porque se trata de un tiempo de dudas: los vacilantes abundan como las ranas en el antiguo Egipto. Te rozas con ellos a cada paso: todo el mundo duda de todo; no solamente en cuestiones de religión, sino de política, de economía social, en realidad de todo. Estamos en la era del progreso y, por tanto —supongo yo—, de aflojar las ataduras para que todo el cuerpo político pueda avanzar un poco más allá. Pues bien, hermanos, ya que nuestro tiempo duda, es prudente que nosotros bajemos el pie a tierra y lo afirmemos allí donde estamos seguros de encontrar la verdad bajo nosotros. Tal vez si la época fuese de fanatismo, y los hombres no quisieran aprender, podríamos sentirnos más inclinados a escuchar a los nuevos maestros; pero ahora debemos ponernos del lado conservador, o más bien del radical, que es el verdaderamente conservador. Hemos de volver a la raíz —a la raíz de la verdad— y permanecer firmes en lo que Dios nos ha revelado, para así poder hacer frente a las vacilaciones de la época. Nuestro elocuente vecino, el Sr. Arthur Mursell, ha descrito muy bien el tiempo presente:

> ¿Hemos ido demasiado lejos al decir que el pensamiento moderno se ha hecho cada vez más impaciente con la Biblia, el evangelio y la cruz? Veamos: ¿Qué parte de la Biblia no ha atacado? Hace mucho que ha

[4] Famoso cazador en África y escritor inglés del siglo XIX. (N. T.).

barrido del canon el Pentateuco por considerarlo espurio. Lo que leemos acerca de la creación o del Diluvio se tacha de fábula y las leyes acerca de los límites de la propiedad, a las que Salomón no se avergonzó de hacer referencia, están enterradas u olvidadas en la estantería.

Diferentes hombres atacan porciones distintas del Libro, y diversos sistemas apuntan los cañones de sus prejuicios hacia varios puntos; hasta que hay quienes terminan rompiendo las Escrituras en mil pedazos y lanzándolas a los cuatro vientos del cielo. Aun los más tolerantes de esos cultivados vándalos de lo que se conoce como «pensamiento moderno», las condensan reduciéndolas a un panfleto moralista, en vez de considerarlas como el tomo doctrinal mediante el cual obtenemos vida eterna. Apenas queda algún profeta que los sabihondos de nuestros días no hayan *revisado* exactamente en el mismo espíritu que lo harían con una obra de la biblioteca de Mudie[5]. El temanita y el suhita jamás tergiversaron los motivos del atormentado Job con la mitad de los prejuicios que los intelectos reconocidos de nuestro tiempo. El libro de Isaías, en vez de ser serrado por la mitad, se cuartea y se tritura; mientras que al profeta llorón se lo ahoga en sus propias lágrimas. Ezequiel se ve reducido a átomos en medio de sus ruedas; el cuerpo de Daniel lo devoran los eruditos leones; y los monstruos de las profundidades se tragan a Jonás con una voracidad más inexorable que la del pez, ya que jamás lo vomitan. Los relatos y los sucesos de la gran crónica se contradicen groseramente y se niegan porque algún maestro de escuela con pizarra y lapicero no logra cuadrar la suma; y cada milagro obrado por la potencia del Señor a favor de su pueblo o para la frustración de los enemigos de este, se ridiculiza como absurdo porque los profesores universitarios no pueden hacer lo mismo con sus encantamientos. Algunos de los llamados milagros pueden ser creíbles, ya que nuestros dirigentes piensan que pueden producirlos ellos también: unos pocos fenómenos naturales que un determinado doctor es capaz de reproducir ante un grupo de rigoristas en una cámara oscura, o con una mesa llena de aparatos, darán razón del milagro del mar Rojo. O un aeronauta sube en globo y vuelve a bajar, lo cual descarta del todo la columna de fuego y de nube y otras bagatelas de ese tipo. Así nuestros grandes hombres se quedan satisfechos pensando que su varita mágica de juguete se ha tragado a la vara de Aarón; pero cuando esta última amenaza con engullir a las suyas, dicen que esa parte no es auténtica y que el milagro en cuestión jamás ocurrió.

Tampoco el Nuevo Testamento corre mejor suerte que el Antiguo en manos de esos invasores. No se les cobra impuesto de pleitesía cuando cruzan la línea, ni ellos reconocen voz alguna de advertencia que les diga: «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es». Y a la mente que frena en su carrera de pillaje espiritual bajo algún pretexto reverente, se la denuncia como ignorante o servil. Que se vacile en cuanto a pisotear un lirio o una flor de primavera constituye la locura sentimental de un niño, y la vanguardia del pensamiento moderno solo siente lástima y se ríe despectivamente de dicho sentimiento, mientras acecha sobre su tan cacareada marcha de progreso. Se nos dice que las leyendas de nuestras guarderías infantiles han quedado obsoletas y que los intelectuales están aceptando ideas más amplias. Nos resistimos a creerlo: la verdad es que algunos (muy pocos) hombres reflexivos, cuyo pensamiento consiste en negarlo todo y cuyas mentes están afectadas por un retorcimiento o una curva crónica que los convierte en signos intelectuales de interrogación, han puesto las bases de este sistema. A esos pocos vacilantes sinceros se ha sumado un grupo más amplio de personas que son simplemente gentes inquietas; y a estas últimas, hombres que son hostiles al espíritu y a las verdades de las Escrituras. Todos ellos, juntos, han formado una camarilla y se llaman a sí mismos

[5] La biblioteca de préstamo de libros de Charles Edward Mudie influyó mucho en la literatura victoriana del siglo XIX en Inglaterra, principalmente en las novelas. (N. T.).

> líderes del pensamiento moderno. Es cierto que tienen seguidores; ¿pero quiénes son estos? Los meros satélites de la moda. Los ricos, los pedantes y los necios de nuestras grandes ciudades. A la puerta del lugar donde va a dar alguna conferencia un catedrático progresista, puede verse una fila de carruajes dejando y recogiendo gente; y porque en el interior de la sala —desde el suelo hasta el techo— se anuncia al fabricante de sombreros, se pretende que estas ideas están ganando terreno. Pero en una época de esnobismo como la nuestra, ¿quién sospecharía que esos satélites de la moda pudieran tener alguna idea en absoluto? El seguir durante algún tiempo a un determinado personaje se convierte en algo respetable; así que los frívolos pasan a ser seguidores de dicho personaje y a exhibir la vestimenta en cuestión. Pero, en cuanto a ideas, no sospecharíamos que personas así pudieran tener alguna; como tampoco soñarían ellas con atribuir conocimiento de las leyes de la perspectiva a más de una décima parte de las multitudes que asisten a la exposición de la Royal Academy. Es lo que marca la costumbre; de modo que todo aquel que tiene ropa para lucir y ocio para airear, va a exhibirlos; y quienes quieren estar a la moda —¿y quién no lo quiere?— avanzarán con los tiempos. De ahí que veamos a los tiempos avanzar también sobre el recinto sagrado del Nuevo Testamento, como si se tratara del suelo de la iglesia de St. Albans o el aula de algún catedrático universitario; y las mujeres arrastran sus colas y los petimetres pisotean con sus botas de vestir la autenticidad de esto o la autoridad de aquello o la inspiración de eso otro. Personas que no han oído nunca hablar de Strauss, de Bauer o de Tubinga, se muestran muy dispuestos a decir que nuestro Salvador no fue sino un hombre bien intencionado, con muchas faltas, y que cometió muchísimos errores. O que sus milagros, como los relata el Nuevo Testamento, fueron en parte imaginarios y en parte explicables por teorías naturales. O que la resurrección de Lázaro jamás ocurrió, ya que el evangelio según S. Juan es una invención de principio a fin. O que la expiación es una doctrina que debe rechazarse por sangrienta e injusta. O que Pablo era un fanático que escribía irreflexivamente, y mucho de lo que lleva su nombre jamás lo escribió. Así se zarandea la Biblia con el cedazo de la crítica desde Génesis hasta el Apocalipsis; hasta que en la fe de la era en que vivimos (representada por esos supuestos líderes) no quedan sino unos pocos fragmentos inspirados aquí y allá.

Además, después de todo, no vivimos en unos tiempos de seria duda, sino en medio de una raza despreocupada y frívola. Si los que dudan fueran sinceros, habría más lugares impíos concurridos de los que existen; pero la incredulidad, como comunidad organizada, no prospera. El descreimiento abierto y declarado en Londres se ha reducido a un viejo cobertizo de hierro corrugado en frente de la iglesia de St. Luke. Creo que esa es la situación presente del mismo. Me parece que se llama «The Hall of Science» (el Salón de la Ciencia). Su literatura se estuvo vendiendo durante mucho tiempo en la mitad de un comercio de Fleet Street: eso era cuanto podía mantener, y no sé si dicho medio comercio se utiliza siquiera actualmente. Se trata de una tienda pobre, decadente y destartalada. En tiempos de Tom Payne asustaba como un vigoroso blasfemo; pero era atrevida y, a su manera, franca y fervorosa en su atrevimiento. En el pasado disponía de algunos nombres que podrían mencionarse con cierta medida de respeto. Para la inteligencia —si no en cuanto al carácter—, Hume, Bolingbroke y Voltaire tenían gran talento; ¿pero dónde puedes encontrar ahora un Hobbes o un Gibbon? Los escépticos lo son ahora, generalmente, porque no les importa en absoluto la verdad; son completamente indiferentes. El escepticismo de nuestros días juguetea y coquetea con la verdad, y se toma el «pensamiento moderno» como una diversión: como las señoras, el croquet o el tiro con arco. Este es

simplemente un tiempo de sombrereros, de muñecas y de comedia. Ni aun la buena gente cree de manera cabal como lo hacían sus padres. Algunos —hasta entre los inconformistas— son vergonzosamente laxos en sus convicciones: tienen pocas creencias maestras que los llevarían a la hoguera, o siquiera a la cárcel. Los moluscos han ocupado el lugar de los hombres, y estos últimos se han convertido en medusas. ¡Lejos esté de nosotros el querer imitarlos!

Además, nuestro tiempo es muy impresionable, por eso me gustaría verlos a ustedes bien resueltos a fin de causarle impresión. El estupendo progreso logrado en Inglaterra por el movimiento de la Alta Iglesia, demuestra que el fervor es algo poderoso. Los ritualistas creen cierta cosa y ese hecho les ha proporcionado influencia. Para mí su credo distintivo es un intolerable disparate y sus procedimientos constituyen una tontería infantil, pero se han atrevido a ir contra las masas y se han ganado a estas completamente. Reconozcámosles que han combatido con valentía. Cuando sus iglesias se convirtieron en escenarios de disturbios y desórdenes, y desde las clases bajas se elevó el aullido terrible de «No queremos papa», ellos confrontaron valientemente al enemigo y jamás se encogieron. Fueron del todo contra la corriente de lo que se pensaba que era un sentimiento profundamente arraigado en Inglaterra a favor del protestantismo y, sin apenas un obispo que los respaldara, y con solo unos pocos panes y peces de patrocinio, han crecido desde ser un simple puñado hasta convertirse en el partido dominante y más vivaz en la Iglesia de Inglaterra. Y para nuestra gran sorpresa y horror, han hecho que la gente recibiera de nuevo el papismo que creíamos muerto y enterrado. Si alguien me hubiera dicho hace veinte años que la bruja de Endor llegaría a ser reina de Inglaterra, lo hubiera creído más fácilmente que el hecho de que tendríamos un fenómeno como el de la Alta Iglesia; pero la realidad es que esos hombres eran fervientes y resueltos, sostuvieron lo que creían de la manera más firme y no vacilaron en cuanto a promover su causa. Nuestro tiempo, por tanto, es susceptible de impresionarse: recibirá la enseñanza de hombres fervorosos, ya sea verdadera o falsa. Puede aducirse que la falsedad se recibe con mucha más facilidad; pero, aunque tal cosa es posible, los hombres aceptarán cualquier doctrina con tal que se predique con inusitada energía y un dinamismo ferviente. Si no la reciben en sus corazones en el sentido espiritual, no obstante la misma producirá en ellos un asentimiento y un consentimiento mental muy acorde con la energía con que lo hayas predicado. Sí, y Dios bendecirá también nuestra determinación; de tal manera que cuando nuestro fervor haya conquistado las mentes y nuestro celo se haya ganado la atención del público, el Espíritu de Dios le abrirá a este el corazón.

Debemos ser resueltos. ¿Qué han estado haciendo últimamente los disidentes, en buena medida, aparte de intentar ser correctos? ¿Cuántos de nuestros ministros se esfuerzan por ser grandes oradores o pensadores intelectuales? Pero no se trata de eso: nuestros jóvenes ministros se han visto deslumbrados por esas cosas y se han puesto a rebuznar como asnos salvajes, imbuidos de la idea de que así serán reputados por haber salido de Jerusalén o haber sido educados en Alemania. El mundo los ha puesto en evidencia. Creo que no hay nada que los cristianos auténticos desprecien más ahora que la estúpida afectación del intelectualismo. Se puede oír decir a algún buen diácono: «El Sr. Tal y Tal, que teníamos de pastor, era un hombre muy inteligente, y predicaba unos sermones maravillosos, pero la obra ha decaído con ello: ahora apenas podemos sostener al ministro. La próxima vez nos proponemos contratar a uno de esos ministros chapados a la antigua que creen en

algo y lo predican; de otro modo la iglesia no crecerá». ¿Saldrás a decirle a la congregación que crees que puedes predicarles algo pero que difícilmente sabes lo que es? ¿Que no estás del todo seguro de que aquello que predicas es correcto, pero que el contrato te exige que lo digas y, por tanto, lo dices? Así harías que los necios y los idiotas estuvieran encantados contigo, y seguro que propagarías la incredulidad, pero poco más puedes hacer. Cuando un profeta sale al frente debe hablar como de parte del Señor; y si no puede hacerlo, mejor es que se vuelva a la cama. Queridos amigos, está claro que debemos ser decididos ahora o nunca, porque nuestra era está perdiendo el rumbo de manera manifiesta. No es posible observar durante doce meses seguidos sin percatarse de que se la lleva la marea: se han levado las anclas y el barco va a la deriva hacia la destrucción. Ahora mismo, por lo que puedo decirte, se está desviando hacia el sureste y se aproxima al cabo Vaticano; si se aleja más en esa dirección, chocará con los arrecifes Romanos. Tenemos que subirnos abordo y ponerlo en contacto con el glorioso remolcador de la verdad evangélica para arrastrarlo de vuelta a su lugar. Me alegraría poder doblar el cabo Calvino, conducirlo derecho hacia la bahía del Calvario y anclarlo en el buen puerto inmediatamente al lado de la Vera Cruz (es decir, de la cruz de Cristo). Que Dios nos conceda la gracia de hacerlo: necesitamos para ello una mano firme y todo nuestro vapor, así como desafiar a la corriente. De este modo, por la gracia de Dios, salvaremos tanto a la era presente como a las generaciones futuras.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 4

La predicación al aire libre: bosquejo de su historia

Hay algunas costumbres que no se pueden defender con nada sino alegando que son muy antiguas. En tales casos la antigüedad no resulta más valiosa que el orín sobre una moneda falsa. Sin embargo, supone una alegría cuando se puede alegar el desgaste causado por el paso de los siglos para una práctica verdaderamente buena y escrituraria, ya que ello la reviste de un halo de respeto. Ahora bien, se puede argüir sin demasiado miedo a ser refutados, que la predicación al aire libre es tan vieja como la propia predicación. Tenemos toda la libertad del mundo para creer que Enoc, el séptimo desde Adán, cuando profetizaba, no podía pensar en un púlpito mejor que las laderas de los montes, y que Noé, como pregonero de justicia, estaba dispuesto a razonar con sus contemporáneos en el astillero donde construía su maravillosa arca. Ciertamente, Moisés y Josué encontraron su mejor lugar para dirigirse a asambleas numerosas bajo la bóveda sin pilares del cielo. Samuel concluyó un sermón en el campo de Gilgal en medio de los truenos y la lluvia, mediante los cuales el Señor reprendió al pueblo y los llevó a caer de rodillas. Elías se puso en pie sobre el monte Carmelo y desafió a la vacilante nación israelita con su: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?». Y Jonás, con un espíritu en cierto modo parecido, alzó su clamor de advertencia en las calles de Nínive y dio en todos los lugares de reunión de la ciudad su palabra de amonestación: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida». Asimismo, para escuchar a Esdras y a Nehemías, «se juntó todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas». Verdaderamente encontramos ejemplos de predicación al aire libre por todas partes en los relatos del Antiguo Testamento.

Debiera bastarnos, sin embargo, el remontarnos hasta los orígenes de nuestra propia fe sacrosanta y oír al precursor de nuestro Salvador clamando en el desierto y levantando la voz desde la orilla del río. Y nuestro Señor mismo, que constituye nuestro mejor modelo, pronunció la mayor parte de sus sermones en la ladera de los montes, a la orilla del mar o en las calles. Nuestro Señor fue, a todos los efectos, un predicador al aire libre. No se quedó en silencio en la sinagoga, pero se encontraba igual de cómodo en el campo. No se ha conservado ningún mensaje suyo predicado en la capilla real, pero sí tenemos su Sermón del Monte y su Sermón de la Llanura; de manera que la predicación más primitiva y divina, la practicó al aire libre aquel que hablaba como ningún hombre lo hizo jamás.

Después de su muerte, hubo reuniones de sus discípulos en lugares cerrados —principalmente en el Aposento Alto—, pero la predicación, aun entonces, se produjo con más frecuencia en los atrios del Templo o en cualquier otro espacio abierto disponible. La idea de tener santuarios o de lugares de reunión consagrados no se les había ocurrido a los cristianos. Predicaban en el Templo, porque era el lugar de reunión principal, pero con el mismo fervor «por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo».

Los apóstoles y sus sucesores inmediatos proclamaban su mensaje de misericordia, no solo en sus propias casas alquiladas y en las sinagogas, sino igualmente en todo lugar donde se presentara la oportunidad. Esto puede deducirse, por cierto, de la siguiente afirmación de Eusebio:

> Los divinos y admirables discípulos de los apóstoles edificaron la superestructura de las iglesias, cuyos fundamentos habían sido puestos por ellos, en todo lugar adonde llegaban. Proseguían con su predicación del evangelio en cualquier parte, sembrando la simiente de la doctrina celestial por todo el mundo. Muchos de los discípulos vivos entonces, repartían sus heredades entre los pobres y, dejando su propio país, hacían obra de evangelistas para con aquellos que nunca había oído acerca de la fe cristiana, predicando a Cristo y entregándoles los escritos evangélicos. Tan pronto como plantaban la fe en cualquier país extranjero, y habiendo ordenado líderes y pastores y encomendado a estos el cuidado de esas nuevas plantaciones, se iban a otros países asistidos por la gracia y la poderosa actuación del Espíritu Santo. En cuanto empezaban a predicar el evangelio, la gente se agolpaba para escucharlos y adoraba gozosa al Dios verdadero, el Creador del mundo, creyendo piadosa y gustosamente en su Nombre.

A medida que fue pasando la Alta Edad Media, los mejores predicadores de la Iglesia, gradualmente decadente, también fueron predicadores al aire libre; al igual que aquellos frailes itinerantes y grandes fundadores de órdenes religiosas que mantuvieron viva la piedad que quedaba. Leemos acerca de Berthold de Ratisbona, con auditorios de sesenta mil a cien mil personas, en un campo cerca de Glatz, en Bohemia. Y también estaban los afamados Bernardos, y los Bernardinos, y los Antonios, y los Tomases, como predicadores viajeros de cada uno de los cuales no tenemos tiempo de hablar en particular. El Dr. Lavington, obispo de Exeter, falto de otros argumentos, afirmó como prueba de que los metodistas eran idénticos a los papistas que los primeros frailes predicadores habían sido expertos en predicar en campo abierto; y, citando a Ribadeneira, menciona a Pedro de Verona, quien tenía «un talento divino para la predicación; ni las iglesias, ni las calles, ni los mercados podían contener a las grandes multitudes que se congregaban para escuchar sus sermones». El erudito obispo podría haber multiplicado con facilidad sus ejemplos —como podríamos hacerlo nosotros—, pero ello no probaría nada más que, para bien o para mal, la predicación al aire libre es sumamente eficaz.

Cuando el anticristo hubo comenzado su dominio más universal, los reformadores anteriores a la Reforma fueron las más de las veces predicadores al aire libre; como, por ejemplo, Arnoldo de Brescia, que denunciaba las usurpaciones papales a las mismas puertas del Vaticano.

Sería muy fácil de probar que los avivamientos religiosos han ido acompañados —o han sido el resultado—, generalmente, de una cantidad considerable de predicación en campo abierto o en lugares poco comunes. La primera predicación declarada de doctrina protestante fue, casi por necesidad, al aire libre o en edificios no consagrados al culto, ya que estos se encontraban en manos del papado. Es cierto que Wycliffe, durante algún tiempo, predicó el evangelio en la iglesia de Lutterworth; Huss, Jerónimo y Savonarola, pronunciaron alocuciones semievangélicas, por una temporada, utilizando los recursos eclesiásticos que tenían a mano; pero cuando comenzaron a conocer y proclamar mejor el evangelio, se sintieron guiados a buscar otras plataformas. La Reforma, aún en su infancia, era como el Cristo recién nacido y no tenía dónde recostar la cabeza; pero una compañía de hombres comparables a las huestes angélicas la proclamaban bajo el cielo abierto, donde los pastores y la gente corriente los escuchaban con gusto. Por toda Inglaterra sobreviven aún, repartidos por diferentes sitios, algunos árboles que se conocen como «robles del evangelio». Cierto lugar del otro lado del Támesis se llama «el roble del evangelio»; y yo mismo he predicado en

Addlestone, Surrey, bajo las ramas frondosas de un viejo roble, donde se dice que John Knox proclamaba el evangelio durante su estancia en Inglaterra. Innumerables páramos, laderas solitarias y lugares escondidos del bosque fueron consagrados del mismo modo, y aún quedan tradiciones acerca de las cuevas, cañadas y cimas de colinas en donde se reunían antiguamente los grupos de fieles para escuchar la palabra del Señor. Aunque tampoco era solamente en esos sitios solitarios donde se oía en otro tiempo la voz del predicador, ya que apenas si existe una cruz de mercado que no haya servido de púlpito para los evangelistas itinerantes.

Durante la vida de Wycliffe, sus misioneros fueron por todo el país predicando la Palabra en cualquier lugar. Un acta del Parlamento de Ricardo II (1382) presentaba la queja del clero de que cierto número de personas vestidos con togas de paño iban de localidad en localidad, sin licencia de los ordinarios, predicando no solo en las iglesias sino también en los cementerios, los mercados y asimismo en las ferias. Los campesinos acudían en gran número para escuchar a esos heraldos de la cruz y los soldados se mezclaban con la multitud, listos para defender a los predicadores con sus espadas si alguien se atrevía a molestarlos. Después de la muerte de Wycliffe, sus seguidores se retrajeron de dejar de utilizar los mismos métodos, y se relata especialmente de William Swinderby que «tras ser excomulgado y prohibírsele predicar en cualquier iglesia o cementerio, se hizo un púlpito con dos ruedas de molino en la calle principal de Leicester, y allí predicó «despreciando al Obispo». En palabras de Knighton: «Se veía a las personas acudir en tropel desde todas partes, tanto desde la ciudad como desde el campo, en un número dos veces mayor a cuando podían oírlo predicar legalmente».

En Alemania y otros países continentales, los sermones al aire libre dirigidos a las masas ayudaron mucho al avance de la Reforma. Leemos acerca de los predicadores luteranos que recorrían el país para proclamar la nueva doctrina a las muchedumbres en los mercados y los camposantos, así como en las montañas y en los prados. En Goslar, un estudiante de Wittenberg predicaba en un prado plantado de tilos; lo que hizo a sus oyentes acreedores del apodo de «los hermanos del tilo». D'Aubigné nos cuenta que en Appenzel, como las multitudes no cabían en las iglesias, la predicación se llevaba a cabo en los campos y las plazas públicas; y, a pesar de la tenaz oposición, las colinas, los prados y las montañas resonaban con las buenas noticias de la salvación. En la vida de Farel encontramos incidentes relacionados con el ministerio al aire libre. Por ejemplo, cuando en Metz predicó su primer sermón en el cementerio de los dominicos, sus enemigos hicieron que todas las campanas repicaran, pero su voz de trueno superó el ruido de las mismas. Se nos cuenta que en Neuchâtel «su iglesia llegó a ser toda la ciudad: predicó en el mercado, en las calles, a las puertas de los hogares, delante de las casas y en las plazas, y con tal poder de persuasión y efecto que ganó a muchos para el evangelio. La gente se agolpaba a oír sus sermones, y no se le podía impedir hacerlo ni con amenazas ni con argumentos».

Tomo prestado lo siguiente de *History of Protestantism* (Historia del protestantismo), del Dr. Wylie:

> Se cuenta que la primera predicación en campo abierto en Holanda tuvo lugar el 14 de junio de 1566 en el vecindario de Gante. El predicador era Herman Modet, un antiguo monje convertido en pastor reformado de Oudenarde. «Este hombre —afirma un cronista católico romano— fue el primero que se aventuró a predicar en público, y a su primer sermón asistieron siete mil personas» [...]. La segunda gran predicación en campo abierto aconteció el 23 de julio siguiente, con la gente reunida en un

> amplio prado cerca de Gante. En aquellos días la Palabra se consideraba preciosa, y la multitud, ansiosa por escucharla, se preparó para pasar dos días consecutivos en el lugar. Sus arreglos parecían más bien las tiendas del campamento de un ejército que los de una pacífica multitud congregada para adorar. Alrededor de los adoradores había un muro de barricadas compuesto por carros y carretas. En todos los accesos se colocaron centinelas, y se erigió y colocó sobre un carro a toda prisa un tosco púlpito de tablas. El predicador era Modet, y a su alrededor había muchos miles de personas que escuchaban con sus picas, hachuelas y arcabuces dispuestos a su lado y listos para agarrarse a una señal de los centinelas que vigilaban alrededor de toda la asamblea. Frente a los accesos, se construyeron puestos en donde algunos buhoneros ofrecían libros prohibidos a todo el que quisiera comprarlos. Y a lo largo de los caminos rurales estaban apostadas algunas personas cuyo trabajo consistía en rogar a los transeúntes accidentales que entrasen a escuchar el evangelio [...]. Una vez acabados los cultos, la multitud partía hacia otros distritos, en donde acampaba de la misma manera y permanecía durante el mismo tiempo, recorriendo así todo el Occidente de Flandes. En esos conciliábulos siempre se cantaban los salmos de David, los cuales se habían traducido al holandés vulgar desde las versiones de Clément Marot y Teodoro Beza. Las odas del rey hebreo resonaban en cinco mil o diez mil voces y, arrastradas por el viento sobre bosques y praderas, podían oírse a grandes distancias, captando la atención del labrador mientras abría el surco o del viajero que continuaba su marcha, haciéndole detenerse y preguntarse de dónde procedía aquel cántico de trovadores.

Es sumamente interesante observar cómo, sin lugar a dudas, el canto congregacional revive al mismo tiempo que la predicación evangélica. En todas las épocas ha habido un Moody asistido por un Sankey. La historia se repite, porque es bastante seguro que las mismas causas producirán los mismos efectos.

Sería un trabajo interesante preparar un libro de hechos notables relacionados con la predicación al aire libre; o, mejor aún, una historia ordenada de la misma. Y aunque no tengo tiempo para hacer siquiera un bosquejo completo de ella, les preguntaré simplemente hasta dónde habría llegado la Reforma si sus grandes predicadores se hubieran confinado en las iglesias y las catedrales. ¿Cómo se habría adoctrinado a la gente corriente con el evangelio, de no haber sido por aquellos evangelistas tan itinerantes, los colportores y esos osados innovadores que convertían en púlpito cualquier montón de piedras, y todo espacio abierto cercano de las moradas de los hombres en un auditorio?

Entre los ejemplos que tenemos en nuestra muy favorecida isla, no puedo dejar de mencionar el extraordinario caso del santo Wishart. Cito de *Historical Collections* (Recopilaciones históricas) de Gillie:

> George Wishart fue uno de los primeros predicadores de las doctrinas de la Reforma, y sufrió el martirio en los días de Knox. En especial, su exposición pública de la Epístola a los Romanos avivó los temores y el odio de los clérigos romanistas, los cuales hicieron que se le redujera al silencio en Dundee. Entonces pasó a Ayr, y allí empezó a predicar el evangelio con gran soltura y fidelidad; pero al informarse a Dunbar —entonces arzobispo de Glasgow— de la gran cantidad de gente que se congregaba para escuchar sus sermones, y a instancias del cardenal Beaton, el prelado se trasladó a aquella ciudad resuelto a prenderlo. Pero primero tomó posesión de la iglesia, a fin de impedirle que predicase allí.
>
> Las noticias de ello llevaron a Alexander, conde de Glencairn, y a algunos caballeros del vecindario,

inmediatamente a la ciudad. Deseaban poner a Wishart en la iglesia, y así se lo ofrecieron; pero este no consintió, diciendo «que el sermón del obispo no causaría mucho daño y que, si lo deseaban, él iría a la cruz del mercado[1]». Esto fue lo que consecuentemente hizo, y predicó allí con tanto éxito que en esa ocasión varios de sus oyentes, anteriormente enemigos de la verdad, se convirtieron.

Después de la partida del obispo, Wishart se quedó con los caballeros de Kyle; y al domingo siguiente, requiriéndosele para predicar en la iglesia de Mauchline, fue allí con dicho propósito, pero el *sheriff* de Ayr había colocado durante la noche una guarnición de soldados en la iglesia a fin de mantenerlo fuera de la misma. Hugh Campbell, de Kinzeancleugh, juntamente con otros de la parroquia, se sintieron sumamente ofendidos por esa profanación y hubieran entrado por la fuerza en la iglesia; pero Wishart no estaba dispuesto a tolerarlo y les dijo: «Hermanos, lo que os predico es la palabra de la paz; no se verterá hoy la sangre de ningún hombre por ella. Jesucristo es igual de poderoso en los campos que en la iglesia, y él mismo, cuando vivía en la carne, predicaba más a menudo en el desierto y a la orilla del mar que en el templo de Jerusalén». Al oírlo, la gente se calmó y lo acompañó hasta el límite del páramo, al suroeste de Mauchline, en donde Wishart se puso sobre una especie de terraplén y predicó a una gran multitud. Siguió hablando allí durante más de tres horas, mientras Dios obraba maravillosamente por medio de él. Tanto que Laurence Ranken, el terrateniente de Shield, una persona muy profana, se convirtió.

Aproximadamente un mes más tarde de la ocasión referida, se le informó de que la peste había estallado en Dundee cuatro días después de su estancia allí, y de que aún rugía de tal manera que gran número de personas estaban muriendo diariamente. Esto le afectó tanto que decidió volver a esa ciudad, dejando muy tristes por su partida a sus amigos en el oeste del país.

Al día siguiente de su llegada a Dundee, hizo saber que tenía la intención de predicar: para lo cual escogió su lugar de predicación en el extremo de la puerta oriental, con las personas infectadas en pie fuera de la misma y las sanas en el interior. Su texto bíblico para la ocasión fue el Salmo 107:20: «Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina». Mensaje con el que consoló de tal manera a la gente que esta se consideró dichosa de tener semejante predicador, y le rogaron que permaneciera con ellos mientras continuaba la peste.

¡Qué escena debió de ser aquella! Pocas veces ha tenido algún predicador un auditorio semejante y —puedo añadir— pocas veces ha tenido algún auditorio un predicador como ese. Por tanto, en palabras de cierto autor antiguo: «El tiempo pasado se hallaba al lado del predicador, guadaña en mano, profiriendo con voz ronca: 'Trabaja entretanto que se dice: Hoy; porque llegada la noche serás cortado'. Y allí estaba también la deprimente muerte, impasible junto al púlpito, armada con sus dardos afilados y diciendo: 'Lanza las flechas de Dios, que yo lanzaré las mías'». Aquel fue ciertamente un ejemplo notable de predicación al aire libre.

Me gustaría poder dar más detalles acerca del famoso mensaje de John Livingstone en el cementerio de la iglesia de Shotts, cuando no menos de quinientos de sus oyentes pusieron su fe en Cristo, a pesar de estar lloviendo a mares durante buena parte del tiempo. El mismo ha quedado como uno de los grandes sermones predicados al aire libre de la historia, no superado por ninguno pronunciado en recinto cerrado. Aquí está la esencia de lo que sabemos del mismo:

Al parecer, en esos tiempos no era desacostumbrado dar un sermón el lunes, después de repartir la

[1] Una estructura que se utilizaba para señalar la plaza del mercado. (N. T.).

santa cena; pero Dios había concedido tanta de su misericordiosa presencia y proporcionado a su pueblo tanta comunión con él en los días anteriores a dicha solemnidad, que no eran capaces de separarse sin darle las gracias y alabarle. Había habido una gran asistencia de cristianos escogidos, y de varios ministros eminentes, venidos de casi todos los rincones del país, y muchos de ellos habían pasado allí juntos varios días antes de la ordenanza, escuchando sermones y participando en grupos más grandes o más pequeños en la oración, la alabanza y las conversaciones espirituales. Y mientras sus corazones estaban estimulados por el amor de Dios, a algunos que expresaban su deseo de oír un sermón el lunes se juntaron otros más, convirtiéndose dicho deseo en poco tiempo en un sentimiento muy generalizado. Entonces, el Sr. Livingstone, capellán de la condesa de Wigtoun —en aquel tiempo solo un predicador que no había sido ordenado y que contaba alrededor de veintisiete años de edad—, se vio muy presionado para que pensase en pronunciar el sermón. Había pasado la noche anterior en oración y consulta, pero entre las 8:00 y las 9:00 de la mañana, mientras estaba solo en el campo, le sobrevinieron tales temores por su indignidad e ineptitud para hablar ante tantos ministros dignos y venerables, y ante tantos cristianos notables y experimentados, que estaba pensando en huir bien lejos —y en realidad lo hizo hasta una cierta distancia—; pero cuando se encontraba a punto de perder de vista la iglesia de Shotts, le vinieron al corazón con un poder tan abrumador las palabras «¿He sido yo un desierto para Israel, o tierra de tinieblas?» que las mismas le obligaron a considerar que era su deber volver y cumplir con el llamamiento de predicar. Esto lo hizo, consecuentemente, con buen apoyo durante alrededor de una hora y media, acerca del pasaje sobre el que había estado meditando de Ezequiel 36:25–26: «Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne».

Cuando estaba a punto de terminar, empezó a caer de repente una lluvia torrencial que hizo que la gente echara mano, apresuradamente, de sus capas y mantos, por lo que él empezó a hablar diciendo que si unas pocas gotas de lluvia cayendo de las nubes los perturbaban de esa manera, cuánto más perturbados no estarían, y cuánto más llenos de horror y de desesperación, si Dios los tratara como merecían. Y esto haría él con todos aquellos que no se arrepintiesen al final. Que Dios podía con justicia hacer llover fuego y azufre sobre ellos, como hizo con Sodoma y Gomorra y con las otras ciudades de la llanura. Que el Hijo de Dios, al morar en nuestra naturaleza humana, y al obedecer y sufrir en ella, es el único refugio y escondedero contra el turbión de la ira divina a que somos acreedores por el pecado. Que sus méritos y mediación son la sola defensa contra dicha tormenta, y que nadie sino los creyentes arrepentidos podrán beneficiarse de ese abrigo. Con estas y otras expresiones parecidas —y muchas otras además— se sintió guiado a seguir hablando durante una hora adicional (después de haber acabada de decir aquello que tenía preparado), con una sucesión de exhortaciones y advertencias hechas con gran generosidad y ternura de corazón.

Tampoco debemos olvidar el continuo ministerio al aire libre en Paul's Cross, bajo el alero de la vieja catedral. Aquella era una famosa institución, e hizo posible que grandes números de ciudadanos escucharan a los predicadores destacados de la época. Reyes y príncipes no desdeñaron sentarse en la galería construida sobre el muro de la catedral para escuchar al predicador del día. Latimer nos cuenta que el cementerio estaba en una condición tan insalubre que muchos morían a causa de su asistencia a dichos sermones; a pesar de lo cual nunca faltaron los oyentes. Ahora que se ha terminado con esa abominación de los entierros en interiores, un mal así no se produciría y Paul's Cross podría

establecerse de nuevo. Tal vez su traslado al espacio abierto disipara un poco el papismo que se está asociando gradualmente con los cultos en la catedral. Es sumamente deseable la restauración del sistema de predicación pública del que Paul's Cross era el punto principal. Desearía fervientemente que alguna persona con riqueza suficiente comprara un espacio céntrico en nuestra gran metrópoli, erigiera un púlpito, colocara cierto número de bancos y luego lo dedicara al uso de ministros aprobados, para que estos anunciasen libremente el evangelio a todos los asistentes sin favoritismos ni discriminación. Semejante sitio prestaría un servicio más real a nuestra ciudad en continua expansión que todas sus catedrales, abadías y magníficos edificios góticos. Antes de que todos los espacios abiertos desaparezcan completamente a causa de la oleada creciente de cemento y ladrillo, sería una política prudente el garantizar «campos del evangelio», «hectáreas divinas para los vivos» o cualquier otro nombre que quieras darles a los espacios abiertos dedicados a la predicación libre del evangelio.

Durante todo el tiempo de los puritanos hubo encuentros en toda clase de lugares apartados por miedo a los perseguidores. En una carta con fecha de junio de 1632, escrita en Fulham, el arzobispo Laud decía: «Hemos atrapado a otro conciliábulo de separatistas en Newington Woods, en el mismo soto donde tenían que alojarse los ciervos del rey para la cacería del día siguiente». Una hondonada o cascajal en Hounslow Heath a veces servía como lugar para los conciliábulos, y hay una cañada cerca de Hitchin en donde John Bunyan solía predicar en épocas peligrosas.

A lo largo y ancho de Escocia, los valles de extensas llanuras, las cañadas, las vaguadas y las laderas de los cerros están llenos de memorias de los *covenanters*[2] hasta el día de hoy. No dejarás de encontrar púlpitos de piedra desde donde los austeros padres de la Iglesia presbiteriana denunciaban con voz tronante el erastianismo y defendían los derechos del Rey de reyes. Cargill y Cameron descubrieron parajes convenientes para sus arrojados ministerios en medio de los solitarios desfiladeros y las cañadas de las montañas.

Mucho antes del amanecer, por tortuosas sendas
sobre los cerros, a través de bosques,
sobre yermos melancólicos buscaban
esos páramos elevados do los ríos, arroyos aún,
parten hacia diferentes mares. Raudos, los arroyos
excavan a veces un valle estrecho y encerrado o claro
con praderas alegres y con flores, extrañas
entre la naturaleza agreste cubierta de brezos
que cansa la vista todo en derredor.
En soledades tales, tus hijos perseguidos,
oh Escocia, burlaron
la sangrienta ley de un fanático tirano.
Apoyado sobre su lanza, el veterano canoso
escuchaba la Palabra de Dios que tronaba
desde la boca de Cameron o fluía

[2] Firmantes del pacto escocés de la reforma religiosa. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:51 a. m. 5 de agosto de 2022.

cual gentil arroyo de aquella de Renwick.
Luego se elevaba el canto: la estrepitosa
aclamación de alabanza; y el revoloteador chorlito
cesaba en su lamento. El lugar solitario
se alegraba y, en hitos distantes, el oído del vigía
captaba — trémula a veces— la nota traída por el viento.
Pero vinieron años más sombríos, y la gente
congregada ya no osaba adorar a Dios en pleno día,
ni siquiera en la oscuridad de la noche,
salvo cuando rugía feroz la gélida tormenta
y el fragor del trueno compelía a los sanguinarios
a permanecer en sus cubiles. Entonces,
intrépidamente, los pocos esparcidos
se reunían en alguna hondonada profunda,
bajo palio de rocas, para escuchar la voz
del fiel pastor que, al destello
del difuso relámpago, abría el Libro sagrado
y les hablaba palabras de consuelo. Su tono tranquilizador
era para las almas de ellos como las plumas
del gallo lira para sus pequeños cuando, a la caída
de la tarde, el ave recoge tristemente a sus polluelos
dispersados por el deporte asesino y extiende
con ternura sus alas sobre el remanente,
el cual se deleita en acurrucarse, bien apretado
bajo su pecho, entre la eclosión de tonalidades púrpuras.

A riesgo de ser prolijo, creo que debo añadir la siguiente descripción conmovedora de una de aquellas escenas, cuya prosa excede aun el cuadro pintado por el poeta.

> Comenzamos la administración de la santa ordenanza encomendando tanto el acto en sí como a nosotros mismos a la invisible protección del Señor de los ejércitos en cuyo nombre nos habíamos reunido. Nuestra confianza estaba en el brazo de Jehová, que era mejor que las armas de guerra o que la fortaleza de los montes. El lugar en que nos congregábamos era de todo punto espacioso y parecía haberse hecho a propósito. Se trataba de un prado, en la ribera misma del río (el Whittader), a cada lado del cual había una espaciosa cuesta en forma de semicírculo cubierta de deliciosa hierba y que se elevaba en ligera pendiente hasta una altura considerable. Sobre nosotros se extendía el cielo claro y azul, ya que aquella era una dulce y apacible mañana de día de reposo que prometía convertirse en «uno de los días del Hijo del Hombre». El lugar tenía una solemnidad digna de la ocasión, la cual elevaba el alma entera a un estado de ánimo puro y santo. Las mesas de la comunión estaban extendidas sobre la hierba junto a la orilla y a su alrededor la gente se había dispuesto decentemente y con orden. Pero una multitud mucho más numerosa se sentaba en la cuesta, la cual estaba repleta de arriba abajo: la vista de ese tipo más agradable jamás contemplada. Cada día, al despedirse la congregación, los ministros con

sus guardas y tanta gente como podía, se retiraban a sus alojamientos en tres localidades rurales distintas donde se atenderían sus necesidades básicas. Los jinetes se ponían en formación hasta que todo el mundo había abandonado el lugar y, luego, marchaban en buen orden detrás de ellos a cierta distancia, hasta que cada uno se encontraba sano y salvo en su sitio de residencia. Por la mañana, cuando la gente volvía a la reunión, esos mismos jinetes los acompañaban. Los tres grupos se encontraban a kilómetro y medio del lugar consagrado, y marchaban en una sola compañía hasta allí. Una vez que la congregación estaba casi por completo asentada, los guardas ocupaban sus puestos como antes: aquellos voluntarios accidentales parecían el don de la providencia, y garantizaban la paz y la tranquilidad del auditorio; ya que, desde el sábado por la mañana —cuando comenzaba la obra— hasta el lunes por la tarde, no sufríamos la menor afrenta o molestia de nuestros enemigos, los cuales se comportaban maravillosamente. Al principio había cierta aprensión, pero la gente se sentó sin ser molestada y todo concluyó de manera tan ordenada como lo había sido en el tiempo del más brillante mediodía de Escocia. Y, ciertamente, el espectáculo de tantos rostros graves, serenos y devotos debió de llenar a los adversarios de temor reverente, y ser más formidable que cualquier capacidad externa de fiera apariencia o de formación guerrera. No deseábamos tener el semblante de los reyes terrenales, sino que la obra irradiaba una Majestad espiritual y divina, y una evidencia notoria de que el gran Maestro de las asambleas se hallaba presente en medio de aquella. Era verdaderamente obra del Señor, quien nos puso mesa en el desierto en presencia de nuestros enemigos y levantó una columna de gloria entre nosotros y ellos; como aquella nube de fuego del pasado que separaba el campamento de Israel de los egipcios: alentadora para los primeros pero ominosa y terrible para los segundos. Aunque no presentábamos nuestros votos en los atrios de la casa de Dios, los mismos no carecían de sinceridad de corazón, la cual es mejor que la reverencia de los santuarios. En medio de las montañas solitarias recordábamos aquellas palabras de nuestro Señor, de que la verdadera adoración no era particular de Jerusalén o de Samaria: que la hermosura de la santidad no consistía en edificios consagrados o templos materiales. Recordábamos el Arca de los israelitas, que había peregrinado durante años por el desierto sin otra morada que el Tabernáculo de la llanura. Pensábamos en Abraham y los antiguos patriarcas, que sacrificaban sus víctimas en un altar de roca y quemaban su suave incienso bajo la sombra de algún árbol verde.

La ordenanza de la última cena —ese recordatorio del amor sacrificial de Cristo hasta su segunda venida— era claramente sancionado y respaldado con poder e influencia reconfortante desde lo Alto. Bendito sea Dios, que ha visitado y confirmado a su heredad cuando estaba fatigada. En ese día, Sion se vistió de la hermosura del Carmelo y de Sarón; los montes prorrumpieron en cánticos, y el desierto germinó y floreció como la rosa. Pocos días como esos se vieron en la desolada Iglesia de Escocia, y pocas personas contemplarán alguna vez días semejantes. En muchos corazones se derramó una rica efusión del Espíritu, y sus almas, celestialmene extasiadas, parecían exhalar un elemento profético y arder hacia lo alto con el fuego de una devoción pura y santa. Los ministros estaban visiblemente asistidos para hacer llegar su mensaje a las conciencias de sus oyentes, y parecía que Dios hubiera tocado los labios de ellos con un carbón encendido de su altar; porque quienes los veían declaraban que se conducían más como embajadores de la Corte celestial que como hombres vaciados en moldes terrenos.

Las mesas eran servidas por algunos caballeros y por otras personas del porte más solemne. A nadie se admitía sin pase, como era habitual, pases que se repartían el sábado, pero solamente a aquellos conocidos por algunos de los ministros o personas de confianza como gente libre de escándalos públicos. Se observaban todas las formalidades habituales. Los comulgantes entraban por un lado y

salían por el otro, manteniéndose libre un camino para que pudieran ocupar de nuevo sus sitios en la ladera. El Sr. Welsh predicaba el sermón de acción[3] y servía las dos primeras mesas, como se le encomendaba hacer habitualmente en tales ocasiones. Los otros cuatro ministros —el Sr. Blackader, el Sr. Dickson, el Sr. Riddell y el Sr. Rae— exhortaban al resto por turno; y el Sr. Welsh concluía la santa cena con una solemne acción de gracias: solemne de veras. También era grato y edificante ver la seriedad y la compostura de todos los presentes, así como las de cada una de las partes del culto. La comunión se terminaba apaciblemente con toda la congregación elevando de corazón su acción de gracias y cantando con voz gozosa a la Roca de la salvación de ellos. Era agradable oír, a la caída de la noche, cómo su melodía crecía en unísono perfecto a lo largo del cerro, mientras toda la congregación se unía de común acuerdo y alababa a Dios con la letra de los Salmos.

Había dos mesas largas y una más corta atravesada en la cabecera, con asientos a cada lado. A cada mesa se sentaban alrededor de cien personas: en total había dieciséis mesas; de modo que ese día comulgaron unos tres mil doscientos individuos.

Tal vez el sitio más extraordinario jamás escogido para una predicación fuera el centro del río Tweed, en donde John Welsh predicaba a menudo durante las grandes heladas, a fin de poder escapar de las autoridades, ya fueran escocesas o inglesas, que pudieran interferir. Los boxeadores profesionales han elegido a menudo los límites entre dos condados para sus actuaciones[4], pero los hijos de luz parecen haberse anticipado a la prudencia de aquellos.

Resulta divertido, asimismo, leer acerca de cómo el arzobispo Sharp ordenó que se enviara a la milicia para dispersar a la muchedumbre que se había reunido en la ladera del cerro con objeto de escuchar al Sr. Blackader, y cómo se le informó de que todos habían ido una hora antes para asistir al sermón.

Estoy seguro de ser incapaz de imaginarme lo que hubiera sido el mundo de no haber habido predicación al aire libre y bajo un techo más glorioso que el de estas vigas de pino. Fue un gran día para Inglaterra cuando Whitefield comenzó a predicar en campo abierto. Y el propio Wesley dice lo siguiente acerca de cuando se levantó para predicar un sermón sobre la tumba de su padre en Epworth porque el párroco no le permitía entrar en el (supuesto) edificio sagrado: «Estoy bastante convencido de que hice más bien a mis parroquianos de Lincolnshire predicando tres días sobre la tumba de mi padre, que lo que les había hecho durante tres años desde su púlpito». Y lo mismo podría decirse de toda la predicación al aire libre que siguió a aquello, si la comparamos con los sermones habituales en lugares cerrados.

El pensamiento de predicar al aire libre se lo sugirió a Whitefield una muchedumbre de mil personas que no podían acceder a la iglesia de Bermondsey, donde predicaba cierto domingo por la tarde. Nadie le alentó cuando se lo mencionó a algunos de sus amigos, los cuales pensaban que era una «idea descabellada». Sin embargo, lo habría llevado a cabo el domingo siguiente, en Ironmongers' Almhouses (las casas de misericordia de los ferreteros), de no haber sido porque el predicador se llevó un chasco

[3] El «sermón de acción» se predicaba en el culto de santa cena, y se llamaba así por la antigua designación de la ordenanza como *Actio gratiarum* o «acción de gracias». (N. T.).

[4] Spurgeon hace referencia aquí a cuando el boxeo era ilegal en el Reino Unido y los combates clandestinos. (N. T.).

aquel día con su congregación, que era lo bastante pequeña como para oírle desde el púlpito. Llevaba dos sermones consigo: uno para puertas adentro y otro para el exterior.

Pero la idea que había madurado de ese modo convirtiéndose en una resolución no tuvo que esperar mucho tiempo para verse ejecutada. Ya que el vicario general de la Diócesis había puesto impedimentos a Whitefield para que predicara en las iglesias de Bristol a beneficio de sus orfanatos, este fue a hacerlo a los trabajadores de las minas de carbón de Kingswood, «por primera vez un sábado por la tarde, colocándose en el monte Hannan. Allí habló acerca de Mateo 5:1–3 a tantos como fueron a escucharle: más de doscientos asistentes. El único comentario que hizo en su diario fue: «¡Bendito sea Dios, porque el hielo se ha roto y he tomado el campo! Algunos tal vez me censuren, ¿pero es que lo he hecho sin causa? Se me niegan los púlpitos, y los pobres mineros están a punto de ser destruidos por falta de conocimiento». Ahora era dueño de un púlpito que nadie podía arrebatarle, y su corazón se regocijaba por este gran regalo. Al día siguiente, su diario relata: «Con todas las puertas de las iglesias cerradas —y, en caso contrario, incapaces de contener a la mitad de la gente que venía a escuchar—, a las 3:00 de la tarde me fui a Kingswood a predicar entre los mineros del carbón. Dios nos favoreció en extremo dándonos un buen día, y cerca de dos mil personas se congregaron en esa ocasión. Prediqué y me extendí acerca de Juan 3:3 durante casi una hora; y espero que para consuelo y edificación de los que me oían». Dos días más tarde se puso en el mismo lugar y predicó a una congregación de cuatro mil o cinco mil personas con gran libertad. El sol brillando sobre su cabeza y la inmensa muchedumbre en pie a su alrededor en silencio reverente, formaban un cuadro que lo llenó de «santa admiración». Algunos domingos después, Baselton —un pueblo a 3 km de Bristol— abrió su iglesia para recibirlo y, habiéndose reunido una numerosa congregación, primero leyó las oraciones en la iglesia y luego predicó en el cementerio. A las 4:00 de la tarde se apresuró a ir a Kingswood.

Aunque estaban en febrero, el cielo se hallaba inusualmente despejado y la temperatura era suave: el sol poniente brillaba en toda su fuerza, y los árboles y setos estaban atestados de oyentes que querían ver al predicador además de oírle. Durante una hora entera Whitefield habló con voz lo bastante fuerte como para que todos le escuchasen, y no le faltó a su corazón gozarse en su propio mensaje. Whitefield consigna en su diario lo siguiente: «¡Bendito sea Dios, el fuego se ha encendido! ¡Ojalá las puertas del Infierno no prevalezcan jamás contra el mismo!». Es importante saber cuáles eran sus sentimientos cuando se encontraba ante esas inmensas congregaciones en el campo, cuyos números habían ido creciendo desde doscientas hasta veinte mil, y qué efectos tenía su predicación en el auditorio. Sus propias palabras al respecto son:

> No teniendo justicia propia a que renunciar, los mineros estaban contentos de oír que Jesús era amigo de los publicanos y que había venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores, al arrepentimiento. La primera señal de que estaban siendo afectados por el mensaje fueron los regueros blancos dejados por las lágrimas, las cuales rodaban abundantemente por sus mejillas ennegrecidas con que salían de la mina de carbón. Pronto dichos mineros, a centenares, quedaron bajo una profunda convicción de pecado, la cual —como así resultó ser— terminó felizmente en una conversión robusta y completa. El cambio era evidente para todos; aunque hubo quienes prefirieron atribuirlo a cualquier otra cosa menos al dedo de Dios. Como la escena era bastante nueva y yo acababa de convertirme en un predicador

> espontáneo, a menudo aquello me ocasionaba muchos conflictos interiores. Algunas veces, cuando me veía ante veinte mil personas, no tenía nada en absoluto que decirles ni a Dios ni a ellos. Pero jamás me vi del todo desamparado y, a menudo, supe por dichosa experiencia lo que había querido decir el Señor cuando expresó: «De su interior correrán ríos de agua viva». El firmamento abierto sobre mi cabeza, la perspectiva de trabajar en otros campos adyacentes con la visión de millares y millares, algunos en carruajes, otros a caballo y algunos más subidos a los árboles y a veces todos juntos conmovidos y empapados en lágrimas —a lo que en ocasiones se sumaba la solemnidad de la proximidad de la noche— era casi demasiado para mí y me hacía sentirme completamente abrumado.

Wesley, a su vez, anota en su diario: «Sábado 31[marzo de 1731]. Llegué a Bristol por la noche y allí me encontré con el Sr. Whitefield. Al principio casi no podía reconciliarme con aquella extraña manera de predicar en los campos de la cual él me había dado un ejemplo el domingo; habiendo yo sido durante toda mi vida (y hasta hace muy poco) tan puntilloso acerca de cualquier aspecto relacionado con el orden y la decencia, que consideraba casi un pecado salvar almas a menos que fuera en la iglesia». Tales eran los sentimientos de un hombre que, más tarde, se convertiría en uno de los más grandes predicadores al aire libre que haya existido jamás.

No me detendré describiendo al Sr. Whitefield entre decenas de millares de personas en nuestro terreno comunal de Kennington, o en Moorfields por la mañana temprano, cuando los faroles centelleaban como otras tantas luciérnagas sobre la orilla cubierta de hierba en una noche de verano; ni mencionaré la multitud de escenas gloriosas de que formaron parte Wesley y sus predicadores más famosos. Pero un cuadro bastante parecido a este que muchos de ustedes pueden fácilmente copiar se ha adherido fuertemente a mi memoria, y lo pongo delante de ustedes para que nunca, en tiempos futuros, desprecien el día de las pequeñeces:

> Wesley llegó a Newcastle el viernes 28 de mayo y, saliendo a la calle después de cenar, se quedó asombrado y estupefacto ante tanta maldad. La embriaguez y las blasfemias parecían generalizadas, y hasta las bocas de los niños pequeños estaban llenas de maldiciones. No se nos dice a qué dedicó el sábado; pero el domingo, a las 7:00 de la mañana, él y John Taylor se pusieron junto a la bomba de agua en Sandgate —»la parte más miserable y ruin de la ciudad»— y comenzaron a cantar el Salmo 100 de Ginebra con su melodía. Tres o cuatro personas se juntaron a su alrededor para ver lo que pasaba, y el número pronto fue aumentando, hasta que antes de que Wesley terminara de predicar, su congregación constaba de entre mil doscientas y mil quinientas personas. Una vez acabado el culto, la gente se quedó boquiabierta con el más profundo asombro, por lo que Wesley expresó: «Si desean saber quién soy, me llamo John Wesley; y con la ayuda de Dios, a las 5:00 de la tarde, me propongo predicar aquí de nuevo».

¡Qué gloriosas fueron aquellas reuniones en los campos y los terrenos comunales durante el largo período en que Wesley y Whitefield bendijeron a nuestra nación! La predicación en campo abierto era la nota silvestre de los pájaros cantando en los árboles como testimonio de que la verdadera primavera de la religión había llegado. Puede que los pájaros canten más suavemente si están enjaulados, pero su música no es tan natural, ni constituye una promesa tan segura de la cercanía del verano. ¡Bendito día cuando los metodistas y otros empezaron a proclamar a Jesús al aire libre: entonces se sacudieron las puertas del Infierno y los cautivos del diablo quedaron libres a centenares y millares!

Una vez reanudado su uso, no se permitió que cesara ese fructífero instrumento de la predicación

en campo abierto. En medio de multitudes burlonas y de lluvias de huevos podridos y suciedad, los seguidores inmediatos de los dos grandes metodistas siguieron invadiendo un pueblo tras otro y ciudad tras ciudad. Tuvieron aventuras muy variadas, pero sus éxitos, por lo general, fueron grandes. A menudo nos sonreímos leyendo acerca de los incidentes que sufrieron en sus trabajos. Como aquella vez que se utilizó una reata de caballos de carga para dispersar una congregación, o cuando se sacó una bomba de incendios y se dirigió la manguera hacia la muchedumbre con el mismo propósito. A fin de apagar la voz de los predicadores, llegaron a emplearse campanillas, ollas viejas, huesos con tuétano y cuchillos de carnicero, trompetas, tambores y bandas enteras de música. En cierta ocasión se soltó el toro del lugar, y otras veces se sacaron perros a pelear. Los predicadores necesitaban poner sus rostros como el pedernal, y en realidad así lo hacían. John Furz expresa: «Tan pronto como empecé a predicar, un hombre se adelantó y me puso una escopeta en la cara, jurando que me volaría los sesos si decía una palabra más. Sin embargo, continué hablando y él siguió maldiciendo, a veces poniéndome el cañón del arma en la boca y otras contra el oído. Mientras cantábamos el último himno, se colocó detrás de mí y disparó la escopeta, quemándome parte del pelo». Después de eso, queridos hermanos, jamás deberíamos quejarnos de interrupciones o molestias sin importancia. La proximidad de un trabuco en manos de un hijo de Belial no es de mucha ayuda para pensar con calma y hablar con claridad. Pero la experiencia de Furz probablemente no haya sido peor que la de John Nelson, quien cuenta serenamente: «Pero cuando me hallaba en medio de mi mensaje, alguien situado fuera de la congregación lanzó una piedra que me hizo una brecha en la cabeza; sin embargo, aquello movió a la gente a prestar más atención, especialmente cuando vieron que la sangre me corría por la cara. Con lo cual todo estuvo tranquilo hasta que hube acabado y me puse a cantar un himno».

Uno de los testimonios más impactantes del valor de la predicación al aire libre es la biografía de Gideon Ouseley, escrita por el Dr. Arthur. En la primera parte del presente siglo —desde 1800 hasta 1830—, Ouseley, en pleno vigor, recorría a caballo toda Irlanda y predicaba en cada localidad el evangelio de Jesús. Su púlpito era, por lo general, la grupa de su caballo, y a él y a sus ayudantes se los conocía como los hombres de los gorros negros, debido a la costumbre que tenían de llevar casquetes. Aquel ministerio de caballería produjo en su momento un gran avivamiento en Irlanda, y prometía afectar de veras a la bien enraizada maldición de Erin[5]: el poder del clero y la superstición de la gente. Ouseley demostró siempre mucha astucia y un toque de humor sensato; por lo que siempre predicaba delante de la ventana del boticario —donde la gente sería menos generosa con el lanzamiento de piedras— o, si no podía hacerlo allí, procuraba tener detrás la residencia de algún católico respetable por la misma razón. Su sermón desde la escalinata de piedra del edificio del mercado de Enniscorthy fue un buen ejemplo de su hábil método para enfrentarse a una turba de irlandeses irritados. Se lo cuento en detalle para que sepan cómo deben conducirse si se ven en circunstancias parecidas:

> Ocupó su lugar, se quitó el sombrero, se puso su casquete de terciopelo negro y, tras unos breves momentos de oración silenciosa, empezó a cantar. La gente comenzó a reunirse a su alrededor y, durante el canto de unas pocas estrofas, se mantuvo callada y aparentemente atenta; pero pronto empezó a mostrarse inquieta y escandalosa. Entonces él comenzó a orar, y se hizo la calma durante un

[5] Erin es un nombre romántico en inglés para referirse a Irlanda. (N. T.).

breve período de tiempo. Luego, sin embargo, a medida que la multitud iba en aumento, se volvió desasosegada y hasta turbulenta. Entonces terminó su oración y comenzó a predicar; pero evidentemente el auditorio no estaba dispuesto a escucharle. Después de decir unas pocas frases, empezaron a volar los proyectiles: al principio no de una naturaleza muy destructiva, tratándose solo de desperdicios —verduras, patatas, nabos, etc.—, pero al poco tiempo se estaban lanzando materiales más contundentes, tales como trozos de ladrillo y piedras, algunos de los cuales le alcanzaron y le infligieron heridas leves. De modo que se detuvo y, después de una breve pausa, gritó:

—Pero muchachos, ¿qué es lo que les pasa hoy? ¿Es que no van a permitir que un viejo les hable un poco?

—¡No queremos oír ninguna palabra tuya, vejestorio! —le contestó inmediatamente uno de entre la gente.

—Pero si quiero decirles algo que me parece les gustará oír.

—¡No, no queremos nada que puedas decirnos!

—¿Cómo lo saben? Quiero contarles una historia acerca de alguien a quien dicen respetar y amar.

—¿Y quién es?

—La Virgen bendita.

—Bah, ¿y qué sabes *tú* de la Virgen bendita?

—Más de lo que ustedes creen; y estoy seguro de que les agradará lo que les diga, si me escuchan.

—¡Venga —expresó otra voz—, oigamos lo que tiene que decir acerca de la Santa Madre!

Entonces hubo un silencio y el misionero comenzó a hablar:

—Había una vez una joven pareja a punto de casarse que era de un pueblecito llamado Caná. Caná se halla en aquel país lejano donde nuestro bendito Salvador pasó gran parte de su vida entre nosotros. Y a la buena gente cuyos hijos iban a contraer matrimonio les pareció bien invitar a la Virgen bendita al banquete de boda, al igual que a su bendito Hijo y a algunos de los discípulos de este, todos los cuales decidieron asistir. Mientras se encontraban sentados a la mesa, a la Madre Virgen le pareció que el vino provisto para la fiesta empezaba a escasear, y le inquietó que aquella buena gente se viera avergonzada ante sus vecinos; de modo que le susurro a su bendito Hijo: «No tienen vino»; y este le respondió: «No se preocupe por eso, señora». Y uno o dos minutos después, ella, sabiendo muy bien lo que él pensaba en su bondadoso corazón, le dijo a uno de los criados que pasaba por detrás de ellos: «Haz cualquier cosa que él te diga». Finalmente, nuestro bendito Señor le dijo a otro de los sirvientes —supongo que se habrían pasado el recado unos a otros—: «Llena de agua esas grandes tinajas» (había seis de ellas en un rincón de la sala, cada una de las cuales contenía aproximadamente 11 litros, porque la gente de esos países utilizan mucha agua todos los días). Y, recordando las palabras de la bendita Virgen, hicieron como él les había ordenado y volvieron diciendo: «Señor, están llenas hasta arriba». Y él respondió: «Llévenle un poco de agua al presidente que está a la cabecera de la mesa». Y cuando lo hicieron, el presidente probó aquello y —¿qué les parece?— ¡era vino… y del mejor! Y hubo gran abundancia del mismo para el banquete; y hasta es posible que sobrara un poco para ayudar a los recién casados a empezar su vida juntos. Como pueden ver, todo esto sucedió porque los criados oyeron el consejo de la bendita Virgen e hicieron aquello que les mandó. Ahora bien: si ella estuviera hoy aquí, nos daría a cada uno de nosotros el mismo consejo: «Haz cualquier cosa que él te diga»; y con razón, ya que ella sabe que nada hay en el corazón de su Hijo sino amor, y que nada sale de sus labios más que sabiduría. Y ahora, voy a referirles algunas de las cosas que él nos manda a nosotros… Nos dice: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán». Y enseguida el

predicador, brevemente pero con claridad y decisión, expuso cuál era la naturaleza de la puerta de la vida, su angostura y la terrible necesidad de apresurarse a entrar por ella; concluyendo con el consejo de la Virgen: «Haced todo lo que os dijere». De igual manera explicó a sus oyentes y les recalcó algunas otras de las importantes palabras de nuestro divino Señor, tales como: «El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios»; «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame»; reforzando su exhortación en cada una de las ocasiones con el consejo de la Virgen a aquellos criados de Caná.

—Pero no —profirió al final—; a pesar de todo el amor y toda la reverencia que profesan tener por la bendita Virgen, no aceptan su consejo, sino que prefieren oír a cualquier maestro de escuela borracho que les induzca a entrar en la taberna y que inculque malicia y perversidad en sus mentes.

En ese momento, una voz que parecía ser la de un anciano, interrumpió:

—Verdad dices, verdad dices… Aunque hubieras estado contando mentiras todos los días de tu vida, lo que ahora dices es verdad —y así el predicador obtuvo permiso para terminar su mensaje consiguiendo bastante buen efecto.

Podríamos incorporar aquí en su totalidad la historia del *metodismo primitivo*[6], como parte de nuestro bosquejo de la predicación al aire libre, ya que ese magnífico movimiento misionero debió su origen y progreso a este medio. Se trata, sin embargo, de una reproducción singular de los acontecimientos que acompañaron a los primeros metodistas de 80 ó 90 años antes. Los wesleyanos se habían hecho respetables, y era hora de que el viejo fuego prendiera entre otra clase de hombres. Si Wesley hubiera estado vivo, se habría gloriado de los predicadores pobres pero valientes que arriesgaban sus vidas proclamando el mensaje del amor eterno entre los depravados, y los habría acaudillado en su cruzada. No siendo así, aparecieron otros líderes, y no pasó mucho tiempo hasta que el celo de estos inspiró a un ejército de fervientes testigos que no se arredraban ante las turbas, los terratenientes o el clero; ni siquiera se desalentaban por los delicados hermanos a cuyas convenciones sociales tanto parecían ofender.

Entonces salieron a luz con profusión las viejas armas, y los productos agrícolas en diferente estado de descomposición recompensaron a los celosos apóstoles: nabos y patatas de primer plato; a los cuales siguieron los huevos podridos en especial abundancia (estos últimos, conviene destacar, eran frecuentemente huevos de oca seleccionados —nos suponemos— por su tamaño. A menudo tenían preparada una cuba de alquitrán de hulla, a la que añadían estiércol de los abrevaderos de los caballos, y todo ello al son de pitos de hojalata, cuernos y matracas de los vigilantes. Los defensores del lema «Iglesia y rey» proporcionaban barriles de cerveza para refrescar a los agresores ortodoxos, mientras que tanto a los predicadores como a los discípulos se los trataba con tal brutalidad que despertaban compasión aun en los corazones de sus adversarios. Todo esto suponía una alegre violación de la ley, pero los nobles guiñaban gratuitamente el ojo a los transgresores y se esforzaban por intimidar a los predicadores para que callaran. Estos se sentían satisfechos de verse tratados como

[6] El metodismo primitivo fue un movimiento de principios del siglo XIX (1800–1830) continuador de Wesley entre los más pobres. Para algunos metodistas, a sus predicadores les faltaba «dignidad», por lo que se les retiró la membresía en la Iglesia metodista. Finalmente, buena parte de los metodistas primitivos —aunque no todos— volvieron a reunirse con los wesleyanos en 1932. (N. T.).

errantes y vagabundos por causa de Cristo, y el Señor también los honró cumplidamente. Se hicieron muchos discípulos y los energúmenos se multiplicaron. Hasta en épocas posteriores, esos devotos hermanos han experimentado violenta oposición, pero su gozosa experiencia los ha llevado a perseverar en sus cánticos por las calles, reuniones al aire libre y demás irregularidades. ¡Benditas irregularidades, con las cuales se ha encontrado a centenares de extraviados y se los ha conducido al redil de Jesús!

No tengo tiempo para seguir ilustrando mi tema con descripciones de la obra de Christmas Evans y de otros en Gales, o de los Haldanes en Escocia; ni siquiera con la de Rowland Hill y sus hermanos en Inglaterra. Si quieren ustedes investigar el asunto, estos nombres pueden servirles como indicaciones para descubrir abundante material; y podría añadir a la lista *The Life of Dr. Guthrie* (La vida del Dr. Guthrie), en la que este relata unas notables asambleas al aire libre del tiempo de la Fractura (Disruption[7]), cuando la Iglesia Libre aún no disponía de lugares de culto construidos por la mano del hombre.

Tengo que demorarme por un momento hablando de Robert Flockhart, de Edimburgo, quien a pesar de ser una luz menor, fue una luz constante y un ejemplo idóneo del bloque de testigos de Cristo en las calles. Cada tarde, en todo tipo de clima y en medio de muchas persecuciones, este hombre valeroso siguió hablando en la vía pública durante *cuarenta y tres años*. Piensa en esto, y no te desalientes jamás. Cuando se acercaba a la tumba tambaleante, el viejo soldado aún estaba en su puesto: «Lo que me impulsaba a las calles y los callejones de mi ciudad natal —dijo entonces—, era la compasión por las almas de los hombres, a fin de argumentar con los pecadores y persuadirlos a que vinieran a Jesús. El amor de Cristo me constreñía a hacerlo». Ni la hostilidad de la policía, ni los insultos de los papistas, los unitarios u otros como ellos podían inmutarle, sino que reprendía el error en los términos más claros y predicaba la salvación por gracia con todas sus fuerzas. Ha muerto tan recientemente que los habitantes de Edimburgo aún le recuerdan. En todas nuestras ciudades y aldeas hay sitio para hombres así, y en esta gran *nación* que es Londres (¿puedo llamarla menos que eso?) hay necesidad de centenares de su noble casta.

En América, hombres como Peter Cartwright, Lorenzo Dow, Jacob Gruber y otros de la generación pasada, libraron una gloriosa guerra bajo el cielo abierto y según su propia manera original. Y en los últimos tiempos, el padre Taylor nos ha dado otra prueba del inconmensurable poder de este tipo de cruzada en su *Seven Years of Street Preaching in San Francisco, California* (Siete años de predicación en las calles de San Francisco, California).

Aunque me sienta muy tentado a ello, debo renunciar en esta ocasión a citar pasajes de ese libro tan extraordinario.

Los cultos al aire libre son un tipo de predicación conjunta en campo abierto y se ha convertido en una institución en los Estados Unidos, donde hay que hacerlo todo a gran escala. Esto me llevaría a otro tema; por tanto, me limitaré a darles un vislumbre de ese práctico medio y luego lo dejaré.

La siguiente descripción de los primeros cultos al aire libre en América, nos viene de la pluma del

7 Una división que hubo en la Iglesia de Escocia en 1843, cuando cuatrocientos cincuenta ministros se separaron por causa de la relación Iglesia-Estado para formar la Iglesia Libre de Escocia.

autor de *Narrative of a Mission to Nova Scotia* (Narración de una misión a Nueva Escocia):

> Generalmente, se plantan las tiendas en forma de una media luna, en cuyo centro hay una tarima elevada para los predicadores, alrededor de la cual —en todas direcciones— se colocan filas de tablones para que la gente esté sentada mientras escucha la Palabra. Entre los árboles, que extienden sus copas sobre esa iglesia forestal, hay lámparas colgadas que arden hasta la mañana y proporcionan luz para las diversas prácticas religiosas que ocupan las solemnes horas de la medianoche.
>
> Eran casi las 11:00 de la noche cuando llegué por primera vez al límite del campamento. Dejé mi barca a la entrada del bosque —a kilómetro y medio del lugar— y, cuando di con el sitio de acampada, mi curiosidad se convirtió en asombro al ver las lámparas colgadas entre los árboles, las tiendas medio rodeando un amplio espacio y a cuatro mil personas en el centro del mismo escuchando con gran atención al predicador: cuya estentórea voz y su estilo animado llevaban la vibración de cada palabra a una gran distancia a través del bosque sumamente sombrío, donde aparte de las titilantes lámparas del campamento, la inquietante oscuridad extendía una tenebrosidad diez veces mayor. Todo ello estimulaba mi asombro y hacía que me imaginara a los hebreos en el desierto. Los encuentros, generalmente, empiezan el lunes por la mañana y acaban la mañana del siguiente viernes. Los ejercicios diarios se llevan a cabo de la siguiente manera: a las 5:00 de la mañana suena el cuerno a través del campamento, ya sea para la predicación o para la oración; esto, juntamente con otros ejercicios similares o con algún intermedio, prosigue hasta la hora del desayuno, a las 8:00. A las 10:00 de la mañana suena el cuerno para la predicación pública, después de la cual y hasta el mediodía se llena el intervalo con pequeños grupos de oración esparcidos por todo el campamento, tanto en las tiendas como bajo los árboles. Después del almuerzo, a las 2:00 de la tarde suena el cuerno, esta vez para la predicación. Creo haber observado que en cada tienda se deja generalmente a una o dos mujeres para preparar lo relacionado con la cena. En diferentes partes del campamento se mantiene un fuego encendido para hervir agua para el té; pero los licores espirituosos están prohibidos. Después de la predicación de la tarde, las cosas siguen casi el mismo curso que por la mañana; solamente que los grupos de oración son de mayor escala y las exhortaciones animadas y las oraciones en voz alta tienen un alcance más amplio. Algunos que ejercen en esas ocasiones pronto se quedan sin voz, y al final del encuentro muchos, tanto de los predicadores como de la congregación, solo pueden hablar mediante susurros. A las 6:00 de la tarde, el cuerno convoca a la predicación; después de la cual —aunque no de manera regulada— todos los medios anteriores continúan activos hasta la noche. Sí, y a cualquier hora de la noche que te despiertes, descubres que el desierto resuena con alabanzas.

No estoy seguro de si esta clase de encuentros, administrados discretamente, podrían celebrarse en nuestro país; pero me parece digno de consideración el celebrar en algunos terrenos espaciosos —durante el tiempo de verano y, digamos, a lo largo de una semana— cultos en los cuales los ministros se sucedieran unos a otros en la proclamación del evangelio bajo los árboles. Los sermones y las reuniones de oración, los mensajes y los himnos, podrían darse en sabia sucesión unos tras otros, y tal vez sería posible estimular a miles de personas —entre las cuales habría docenas y centenares que jamás pisan nuestros santuarios habituales— para que se reunieran con objeto de adorar a Dios. No solo hay que hacer *algo* para evangelizar a tantos millones de personas, sino que debe hacerse *todo* lo posible; y tal vez así se descubriera la mejor fórmula en medio de una variedad de esfuerzos. Nuestro lema debería ser: «Para que de todos modos salve a alguno»; el cual tendría que impulsarnos a ir por

los caminos y los vallados y forzar a la gente a entrar. Hermanos, les hablo como a sabios: consideren lo que digo.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 5

La predicación al aire libre: comentarios

Me temo que en algunas de nuestras menos ilustradas iglesias rurales, haya individuos conservadores que casi creen que predicar en cualquier sitio, aparte de en la capilla, sería una innovación escandalosa: un símbolo seguro de tendencias heréticas, y señal de un celo sin conocimiento. Cualquier joven hermano que quiera llevar una vida placentera entre ellos no deberá sugerir nada tan irregular como un sermón pronunciado fuera de los muros de su Sion. Acerca de los tiempos antiguos, se nos dice: «La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones». Pero los sabios de la ortodoxia quisieran mantener amordazada a la sabiduría excepto bajo el techo de un edificio autorizado. Estas personas creen en un Nuevo Testamento que dice: «Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar»; sin embargo, aborrecen una obediencia literal a este mandamiento. ¿Acaso se imaginan que el sentarse sobre una particular tabla de pino con un panel como respaldo en su parte trasera —un invento de incomodidad que hace tiempo debería haber hecho que la gente prefiriera adorar a Dios sobre la hierba verde del exterior— proporciona algún tipo de bendición especial? ¿Suponen tal vez que la gracia reverbera mediante cajas de resonancia o se puede sacudir como el polvo de los cojines del púlpito? ¿Están enamorados del aire viciado y del ambiente cargado y asfixiante que hacen algunos de nuestros locales de reunión casi tan aborrecibles para el olfato y los pulmones como los lugares de misa de los papistas con su incienso barato y detestable? No tenemos entrañas para replicar a tales detractores: preferimos a los enemigos dignos del acero que empleamos en ellos, pero esos otros apenas nos merecen un comentario pasajero. Sus prejuicios nos hacen sonreír; pero puede que aún tengamos que llorar a causa de los mismos si se les permite poner trabas a la utilidad.

No se necesita defender la predicación al aire libre; en cambio se precisarían muy buenos argumentos para demostrar que el hombre que jamás ha predicado más allá de las paredes de su local de cultos haya cumplido con su obligación. La carga de la prueba recae más bien sobre los cultos que se celebran dentro de los edificios que sobre aquellos otros llevados a cabo en el exterior. Se requieren ciertamente disculpas de parte de los arquitectos que apilan piedras y ladrillos hasta el cielo cuando tanta necesidad hay de lugares de predicación entre los pobres pecadores de aquí abajo. Se necesita dar buenas razones para esas selvas de columnas de piedra que impiden que se vea al predicador y se oiga su voz, para esos elevados techos góticos en los que se pierde todo el sonido y se mata a los hombres obligándolos a gritar hasta que les estallan las venas, y también para la creación premeditada de ecos al dejarse al aire superficies duras y reverberantes para satisfacer las demandas de la estética, pasando por alto enteramente la comodidad tanto del auditorio como del orador.

Ciertamente, también se necesita desesperadamente una buena excusa de parte de esas personas infantiles que precisan despilfarrar dinero colocando duendes y monstruos en el exterior de sus locales de predicación y contar con otras ridículas muestras de papismo, adheridas tanto dentro como

fuera, más bien para estropear que para adornar sus iglesias y capillas. Pero no se precisa ningún argumento para defender el uso de la amplia cámara de audición de nuestro Padre celestial, que es tan idónea en todos los sentidos para la proclamación de un evangelio tan libre, pleno, expansivo y sublime.

La celebración habitual de asambleas religiosas bajo techo se puede justificar en Inglaterra, porque nuestro clima es miserablemente malo, pero haríamos bien en dejar de celebrarlas cuando tenemos un tiempo bueno y estable, y se puede conseguir un espacio abierto y tranquilidad. No somos como la gente de Palestina, que puede prever su tiempo atmosférico sin correr el riesgo continuo de que les llueva; antes bien, cuando nos reunimos *sub Jove*[1] —como dicen los latinos— deberíamos esperar que el Júpiter del momento fuera el *Jupiter pluvius*[2]. Siempre puede sobrevenirnos un diluvio cuando menos lo queremos; pero si fijamos un culto al aire libre para el próximo domingo por la mañana, no existe garantía de que no vayamos a calarnos hasta los huesos. Es cierto que algunos sermones extraordinarios se han predicado bajo la lluvia, pero como norma general el fervor de nuestros oyentes no es tan grande que pueda resistir mucha humedad. Además, el frío de nuestros inviernos es demasiado intenso para celebrar cultos en el exterior a lo largo de todo el año; aunque en Escocia he oído sermones bajo el aguanieve, y John Nelson escribe acerca de haber hablado a «una muchedumbre demasiado grande para caber en un edificio, aunque era de noche y estaba nevando». Estas cosas se pueden hacer de vez en cuando, pero las excepciones no hacen sino confirmar la regla. También es justo que admitamos que cuando la gente se reúne en interiores, si el edificio resulta tan espacioso que la voz de un hombre no es capaz de alcanzar a más personas, y si el recinto siempre está lleno, no hay necesidad de salir a predicar al aire libre a menos gente de la que tendríamos dentro; ya que, sopesándolo bien, un asiento cómodo, protegido del mal tiempo y aislado del ruido y las intrusiones, ayuda a los hombres a escuchar el evangelio con solemnidad y sosiego de pensamiento. Un edificio bien ventilado y administrado resulta ventajoso si se puede acomodar y hacer asistir al mismo a las multitudes; pero tales condiciones raramente se consiguen, de modo que yo voto por salir a los campos.

El gran beneficio de la predicación al aire libre es que conseguimos que oiga el evangelio mucha gente nueva que de otro modo jamás lo habría hecho. El mandamiento evangélico es: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»; pero se obedece tan poco este mandamiento que podríamos imaginarnos que el mismo dijera algo así: «Id a vuestro local de culto y predicad el evangelio a las pocas criaturas que entren». Aunque las palabras «ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar» formen parte de una parábola, son dignas de que las tomemos muy al pie de la letra, y al hacerlo se manifestará su significado de la mejor forma. Deberíamos ir verdaderamente por las calles, las callejas y los caminos, ya que hay merodeadores de los vallados, vagabundos de los caminos, transeúntes de las calles y rondadores de los callejones a los que nunca llegaremos a menos que entremos en sus propios territorios. Los cazadores no deben quedarse en sus casas esperando que lleguen los pájaros y puedan dispararles, ni tampoco los pescadores echar sus redes dentro de sus

[1] Bajo Júpiter. (N. T.).

[2] Júpiter lluvioso. (N. T.).

barcos con la esperanza de capturar muchos peces. Los comerciantes *van* a los mercados, siguen a sus clientes y buscan el negocio si este no viene a ellos; y lo mismo debemos hacer nosotros. Algunos de nuestros hermanos hablan y hablan a los bancos vacíos y los gastados cojines para arrodillarse, mientras podrían estar proporcionando beneficios duraderos a centenares de personas abandonando por algún tiempo los viejos muros y buscando piedras vivas para Jesús. Deberían salir de Rehobot[3] y encontrar un sitio en la esquina de la calle; dejar Salem[4] y buscar la paz de las almas descuidadas; no seguir soñando en Bet-el[5], sino convertir un espacio abierto en nada más y nada menos que la casa de Dios; bajar del Monte de Sion y subir de Enón, y salir de Trinity, de St. Agnes y St. Michael-and-All-Angels, y St. Margaret-Pattens, y St. Vedast, y St. Ethelburga, y del resto de las capillas, e intentar encontrar nuevos santos entre los pecadores que son destruidos por falta de conocimiento.

En Londres he visto formas de predicación al aire libre extraordinariamente bendecidas, para personas cuyo carácter y condición les impediría del todo haber estado en un lugar de culto. Conozco, por ejemplo, a un amigo judío que, al llegar de Polonia, no entendía en absoluto el inglés, y que deambulando por las calles cierto día de domingo se fijó en los muchos grupos que escuchaban a fervorosos oradores. Él nunca había visto nada semejante en su propio país, en donde la policía rusa se hubiera alarmado al observar a grupos de personas conversando, por lo que se sintió más interesado aún. Y cuando fue aprendiendo un poco de inglés, se hizo cada vez más asiduo de los oradores callejeros; en realidad, lo que buscaba al principio con ello era aprender el idioma escuchándolos. Me temo que el inglés que aprendió no fuera el mejor de los posibles: juicio que me formo tanto por lo que he oído yo mismo de oratoria al aire libre como por haber escuchado a nuestro propio amigo judío, cuya teología es mejor que su inglés. Sin embargo, ese «verdadero israelita» tiene siempre una buena razón para encomiar a los predicadores callejeros. Resulta imposible saber cuántos extranjeros y forasteros se habrán convertido en conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios por ese medio. También a los romanistas se los alcanza mucho más frecuentemente de lo que se pueda suponer de esta manera. Rara vez resulta prudente publicar casos de conversión entre los papistas; pero mi propia observación me lleva a creer que son mucho más corrientes hoy que hace diez años, y que la obra de la gracia comienza a menudo con lo que se escucha del evangelio en las esquinas de nuestras calles. También los incrédulos están cediendo continuamente a la Palabra del Señor que se les hace patente de este modo. Además, el evangelista callejero consigue la atención de personas excéntricas cuya religión resulta difícil de describir o imaginar. Esa clase de gente aborrece la vista misma de nuestras iglesias y locales de reunión, pero no les importa mezclarse con el gentío para oír lo que se dice; y, a menudo, cuanto más grande parece su desprecio, tanto más impresionados se quedan.

Además, en las grandes ciudades hay bastantes personas que no tienen una vestimenta apropiada para ir a la iglesia —según la idea actual de lo que debe ser dicha vestimenta— y no pocas cuyos cuerpo —al igual que sus ropas— están tan sucios, olorosos e insoportables que el mayor de los filántropos y

[3] Lugares amplios.

[4] Paz.

[5] Casa de Dios.

el demócrata más igualitario desearían guardar cierta distancia con sus vivaces individualidades. Y hay otros que —lleven la ropa que lleven— no entrarían en una capilla en ninguna circunstancia; ya que consideran una especie de castigo el asistir a un culto: posiblemente porque recuerdan los aburridos domingos de su niñez y los pesados sermones que han oído en las pocas ocasiones que han pisado una iglesia. Lo cierto es que consideran que las personas que asisten a la iglesia están redimiendo parte del castigo que deberían soportar en el mundo venidero por medio del sufrimiento en este. Para ellos tiene más encanto el periódico de los domingos, la pipa y la copa que todas las predicaciones de los obispos y clérigos, ya sea de la Iglesia oficial o de los disidentes. El evangelista al aire libre, a menudo, recoge a esos miembros del partido de la «No iglesia»; y, al hacerlo, encuentra con mucha frecuencia las gemas más valiosas que acabarán adornando la corona del Redentor: joyas que —debido a su tosquedad— otras clases de ganadores de almas más tediosos pueden fácilmente pasar por alto. En las calles de Nínive, a Jonás le oyeron multitudes que jamás habrían sabido de su existencia si hubiese alquilado un salón de reuniones; y Juan el Bautista, a la orilla del Jordán, despertó un interés que jamás habría suscitado de haberse quedado en la sinagoga. Tampoco habrían trastornado el mundo aquellos que iban de ciudad en ciudad proclamando por todas partes el mensaje del Señor Jesús, si hubieran considerado necesario confinarse en enrejados salones adornados con el ortodoxo anuncio: «El evangelio de la gracia de Dios se predicará aquí, D. m., el próximo domingo por la tarde».

También estoy bastante convencido de que si pudiéramos persuadir a nuestros amigos de las zonas rurales para que salieran un buen número de veces durante el año a celebrar un culto en algún prado, alguna arboleda umbrosa, ladera, jardín o terreno comunal, eso *sería muchísimo mejor para los oyentes habituales*. La simple novedad del lugar refrescaría su interés y los despertaría. El mínimo cambio de escenario tendría un efecto estupendo sobre los más soñolientos: observa cuán mecánicamente ocupan sus lugares habituales de culto y los dejan luego; caen en sus asientos como si hubiesen encontrado por fin un lugar de reposo; se levantan para cantar haciendo un enorme esfuerzo y se dejan caer de nuevo, antes de que tengas tiempo para una doxología al final del himno, porque no se han dado cuenta de que la misma venía a continuación. ¡Qué pedazos de tronco son algunos oyentes regulares! Muchos de ellos están dormidos con los ojos abiertos. Después de sentarse durante varios años en el mismo sitio, donde los bancos, el púlpito, las galerías y todo lo demás es siempre igual —excepto porque se pone un poco más sucio y deslustrado cada semana—, donde todo el mundo ocupa la misma posición perpetua y eternamente, y la cara, la voz y el tono del ministro no cambian desde enero hasta diciembre, la gente llega a sentir la santa quietud de dicha escena y escucha lo que está sucediendo como si fuera dirigido al «oído insensible y frío de la muerte». Así como un molinero oye sus ruedas como si no lo hiciera o un fogonero apenas nota el traqueteo de su locomotora cuando lleva algún tiempo soportándolo, o como un habitante de Londres no repara nunca en el incesante ruido del tráfico, muchos miembros de nuestras congregaciones se hacen insensibles a las alocuciones más fervientes y las aceptan como algo normal. La predicación y el resto de cosas llegan a ser tan habituales para ellos que igual daría que no estuvieran presentes. Por eso un cambio de lugar podría resultar útil, prevenir la monotonía, sacudir la indiferencia, estimular el pensamiento, promover la atención de mil maneras distintas y proporcionar una nueva esperanza de hacer el bien. Puede que la

mayor calamidad susceptible de ocurrirnos no fuera un incendio que quemase enteramente nuestras capillas, si el mismo estimulaba a algunos de esos rivales de los siete durmientes de Éfeso[6] a quienes jamás se podría conmover mientras se conservaran la vieja casa y los muebles antiguos. Además, el aire fresco en grandes cantidades es magnífico para cualquier mortal, ya sea este hombre, mujer o niño. En Blairmore, Escocia, prediqué dos veces el mismo día de reposo sobre un pequeño altozano situado a la orilla del mar; y después de haber disertado con todas mis fuerzas ante grandes congregaciones de millares de personas, no me sentía ni la mitad de cansado de lo que me siento habitualmente predicando a unos pocos cientos en algunos de esos horribles agujeros negros de Calcuta a los que llamamos capillas. Atribuyo mi frescura y mi falta de cansancio en Blairmore al hecho de que no existía la posibilidad de que algunas personas temerosas de las corrientes de aire cerraran las ventanas, y a que el techo era tan alto como los cielos sobre la tierra. Tengo la convicción de que un hombre podría predicar tres o cuatro veces al aire libre en un día de reposo con menos cansancio del que le ocasionaría un solo mensaje pronunciado en una atmósfera viciada, caliente y envenenada por el aliento humano al tiempo que preservada cuidadosamente de cualquier inyección refrescante de aire natural.

Las carpas son malas, indeciblemente malas... Son mucho peor que los peores edificios. Creo que una carpa constituye la cubierta más objetable que se haya inventado jamás para un lugar de predicación. Me alegra ver que en Londres se utilizan carpas, ya que el peor lugar de todos es siempre mejor que no tener ninguno, y porque las mismas se pueden trasladar de un sitio a otro con facilidad (tampoco son muy caras). Aun así, si se me diera a escoger entre no tener nada y tener una carpa, preferiría con mucho el aire libre. Bajo la lona, la voz se amortigua y el esfuerzo para hablar aumenta muchísimo. El material de la tienda actúa como una manta mojada para la voz, apaga la resonancia de esta y la impide viajar. Con ese tremendo esfuerzo, en la sofocante atmósfera que se produce en una carpa, es más fácil caer muerto que hacerse oír. Habrán notado ustedes que, hasta en las reuniones de nuestra Escuela —donde somos tan solo alrededor de doscientos—, es terriblemente difícil oír desde el fondo de una tienda, aun cuando los laterales estén abiertos y el aire sea puro. En una ocasión así, tal vez podría atribuirse este hecho, hasta cierto punto, a una falta de atención y tranquilidad por parte de la congregación en cierto modo vibrante de alegría; aun así, cuando se eleva la oración y todo se sosiega, he observado que debajo de una carpa se manifiesta una enorme carencia de poder viajero en la mejor de las voces.

Si vas a predicar al aire libre en el campo, tal vez puedas *escoger un sitio para hacerlo*: si no es ese el caso, naturalmente, tendrás que conformarte con lo que puedas conseguir y considerarlo, por la fe, como *el mejor de todos*. Si no hay más opciones, la elección se hace más fácil y ahorra mucha discusión. No seas demasiado quisquilloso. Si da la casualidad de que hay un prado a mano cerca de tu capilla, escógelo, ya que resultará muy cómodo el meterse en el local de culto en caso de que el tiempo resulte poco adecuado o si deseases tener una reunión de oración o un tiempo de conversación después del mensaje. Vale la pena predicar, antes del culto habitual, en un sitio cercano a tu capilla, a fin de guiar a

[6] La Iglesia de Roma conmemora en su santoral a los Siete Santos Durmientes de Éfeso, los cuales, según se cuenta, después de sufrir el martirio descansan en paz esperando el día de la resurrección. (N. T).

la multitud a entrar en el edificio antes de que se den cuenta de lo que están haciendo. Media hora hablando y cantando en el exterior, previa a la hora normal de congregarse, a menudo llenará un templo vacío. Sin embargo, no escojas siempre sitios cercanos y accesibles, sino elige también algún lugar por la razón opuesta: porque está lejos de cualquier local de culto y completamente desatendido. Cuelga lámparas en cualquier rincón oscuro: cuanta más oscuridad haya, tanto más se necesitará la Luz. Los lugares aparentemente más paradisíacos y agradables son, por lo general, los menos parecidos al Paraíso y los más desapacibles: aleja tus pasos de ellos. Que quienes moran en el valle de sombra de muerte puedan ver la Luz resplandecer sobre ellos.

Alguna vez me han aconsejado que predique siempre con un muro a mis espaldas; pero hago una advertencia respetuosa en cuanto a esto: ¡Preocúpate de saber lo que hay al otro lado del muro! Cierto evangelista recibió un jarro de agua hirviendo por encima de una pared con este amable comentario: «¡Tenemos sopa para los protestantes!»; y a otro se le favoreció con el más deshonroso salpicón de una vasija vaciada desde arriba. Gideon Ouseley empezó a predicar en Roscommon con la espalda contra el aguilón de una fábrica de tabaco que tenía una ventana con un postigo de madera, a través de la cual se izaban los artículos hasta la galería. ¿Les resulta extraño que la ventana se abriera de repente y que de la misma cayera un balde de agua de tabaco, un líquido acre de lo más doloroso para los ojos? En años posteriores, el predicador se guardó bien de ponerse de nuevo en tan tentadora posición: ¡que su experiencia les sirva a ustedes de enseñanza!

Si se me permitiera escoger un lugar para mi predicación, preferiría tener frente a mí un terreno en pendiente o un espacio abierto delimitado a cierta distancia por un muro. Naturalmente tendría que haber sitio suficiente para que se juntara la congregación entre el púlpito y el objeto limítrofe de enfrente; pero me gustaría poder divisar un término y no gritar en el espacio infinito. No conozco sitio más hermoso para predicar que el que ocupé en el terreno de mi buen amigo el Sr. Duncan, en Benmore. Se trataba de una lisa extensión de césped con, a sus espaldas, terrazas ascendentes cubiertas de abetos. La gente podía, bien ocupar los asientos colocados abajo o recostarse en los bancales de hierba, según les resultase más cómodo. De modo que parte de mi congregación estaba en galerías elevadas por encima de mi cabeza y el resto en el área que había a mi alrededor. Mi voz subía con facilidad, y opino que si la gente hubiera estado sentada en la pendiente hasta una distancia de 800 m, aun así, me hubiera oído sin dificultad. Supongo que el lugar favorito de Wesley en Gwennap Pit debía de ser algo por el estilo. Los anfiteatros y las laderas de los cerros constituyen siempre los parajes rurales preferidos de los predicadores, y sus ventajas serán evidentes de inmediato para ustedes.

Mi amigo, el Sr. Abraham, me preparó en cierta ocasión una gran catedral en Oxfordshire —los restos de la cual aún se conocen como «El Tabernáculo de Spurgeon» y pueden verse cerca de Minster Lovell— formada por un cuadrilátero de robles. Era originalmente el ideal de la belleza para un lugar de predicación, ya que se trataba de un claro en medio del frondoso bosque de Withwood, al que se llegaba por caminos cortados en la espesa maleza. Jamás olvidaré aquellos pasajes verdes, y los frescos muros que los formaban. Al llegar al templo interior, este consistía en un extenso cuadrado del que se había quitado la maleza y los árboles pequeños, dejándose crecer, hasta una altura considerable, un número suficiente de robles jóvenes los cuales nos daban sombra con sus ramas. Era una catedral realmente magnífica, con columnas y arcadas, un templo no hecho de manos, del que se podría decir

con toda justicia:

Padre, tu mano
ha erigido
estas venerables columnas;
tú has tejido
este techo de frescura.

Ni en Gran Bretaña ni en el Continente he visto jamás una arquitectura que rivalizara con mi catedral: «He aquí en Efrata lo oímos; lo hallamos en los campos del bosque». El cielo azul se veía a través de nuestro triforio; y desde el ventanal del extremo más alejado, el sol nos sonreía hacia la caída de la tarde. Caballeros, ¡era magnífico de veras dar culto así bajo la bóveda del firmamento, más allá del zumbido de la ciudad, en aquel lugar donde todo lo que había alrededor ayudaba a la comunión tranquila con Dios! Ese lugar está ahora vacío, y el sitio donde nos congregamos se ha elegido un poco más allá del mismo. El carácter es bastante parecido, solo que mis muros de excrecencias forestales que marcaban el límite del lugar han desaparecido para dejar sitio a una expansión abierta de campos arados. Únicamente las columnas y el techo de mi templo perduran; pero aún me siento gozoso, como los druidas, dando culto entre los robles. Este año una paloma había construido su nido justamente encima de mi cabeza, y no hacía más que volar de un lado a otro para alimentar a sus pollos mientras yo predicaba. ¿Por qué no? ¿Dónde podía estar ella más a gusto que allí donde se adoraba al Señor del amor y Príncipe de paz? Cierto que mi catedral y sus arcos no son a prueba de agua, y que otras lluvias aparte de aquellas de gracia caerán sobre la congregación; pero esto tiene sus ventajas, ya que nos hace más agradecidos cuando el día es propicio, y la precariedad misma del clima estimula una buena cantidad de oración ferviente.

En cierta ocasión prediqué un sermón al aire libre durante la siega del heno cuando caía una fuerte tormenta de lluvia. El texto bíblico era: «Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; como el rocío que destila sobre la tierra»; y, desde luego, tuvimos la bendición al igual que la inconveniencia. Yo estaba bastante mojado, y mi congregación debía de estar empapada; pero lo soportaron, y no he oído de nadie cuya salud empeorara. Sí que he oído, gracias a Dios, acerca de algunas almas que fueron llevadas a Cristo mediante aquel mensaje. De vez en cuando, y en momentos de gran entusiasmo, estas experiencias no nos hacen daño alguno; pero no debemos esperar milagros, ni aventurarnos sin motivo a emprender un curso de acción que pudiera acabar con alguien que esté enfermizo y poner los cimientos de la enfermedad en los fuertes.

Recuerdo bien cuando prediqué entre los riscos de Cheddar Cliffs. ¡Qué majestuosa ubicación! ¡Cuánta belleza sublime! Pero había mucho peligro, a causa del desprendimiento de trozos de roca y de la gente sentada en las partes más altas del despeñadero; por tanto, yo no escogería de nuevo ese lugar. Debemos evitar sistemáticamente los sitios donde puedan producirse accidentes graves: una herida en la cabeza no capacita a nadie para disfrutar de las bellezas de la naturaleza, así como tampoco de las consolaciones de la gracia. Al concluir un sermón allí, puse por testigo a aquellas inmensas rocas de que había predicado el evangelio a la gente, y les pedí que dieran testimonio contra

ellos en el gran Día Final si lo rechazaban. El otro día mismo oí hablar de una persona para quien el Espíritu Santo hizo provechoso aquel llamamiento.

Examina bien el terreno que escojas: que no sea pantanoso. A mí no me gusta ver a alguien hundirse en el barro hasta las rodillas mientras estoy predicando. Los lugares juncosos son, a menudo, tan lisos y verdes que los elegimos sin darnos cuenta de que es posible que resulten también cenagosos y les mojen los pies a nuestros oyentes. Crea incomodidades para ti mismo antes que para tu auditorio: tu Maestro lo hubiera hecho. Aun en las calles de Londres, una de las cosas que más concilian a una multitud es tu preocupación por la comodidad de tus oyentes.

Evita como si de tu peor enemigo se tratara los alrededores de la alameda de Normandy: esos árboles producen un murmullo y un silbido continuo casi tan molestos como el ruido del mar. Cada una de las hojas de ciertos tipos de álamos se halla en perpetuo movimiento, como la lengua de Locuacidad. Ese sonido tal vez no parezca muy fuerte, pero es capaz de ahogar las mejores voces. El ruido «como de marcha por las copas de las balsameras» está muy bien, pero mantente lejos del sonido de los álamos y de algunos otros árboles o sufrirás por ello. Yo he tenido alguna triste experiencia de este suplicio: la serpiente antigua parecía estar siseándome todo el tiempo desde esas inquietas ramas.

A los predicadores experimentados no les gusta que el sol les dé directamente en la cara si pueden evitarlo, ni tampoco quieren que sus oyentes se vean afligidos de esa manera; por tanto, toman esto en cuenta al preparar un culto. En Londres, sin embargo, no vemos tan a menudo esa luminaria como para que esto nos preocupe demasiado.

No trates de predicar contra el viento porque es un intento fútil: puedes proyectar la voz a corta distancia con un esfuerzo extraordinario, pero no te harás oír bien ni siquiera por unos pocos. No les aconsejo frecuentemente que consideren la dirección en que sopla el viento, pero en esta ocasión les insto a que lo hagan, o trabajarán en vano. Predica de tal manera que el viento lleve tu voz hacia donde está la gente y no la haga descender por tu garganta, o tendrás que tragarte tus propias palabras. Es imposible saber desde qué distancia se puede oír a un hombre hablando *ayudado por el viento.* En algunos ambientes y climas —como, por ejemplo, en el de Palestina— se oye a la gente a varios kilómetros, y en Inglaterra se pueden reconocer frases sueltas de lenguaje corriente desde bastante lejos; pero recelaría del hombre que afirme que es capaz de entender una frase nueva a más de kilómetro y medio. Se dice que a Whitefield se le oía en ocasiones a esa distancia, y de mí se ha asegurado lo mismo, pero soy un poco escéptico en cuanto a ello[7]. Una distancia de 800 m es, en todo

[7] Citamos la siguiente nota de *Chambers' Book of Days* (El libro de los días de Chambers): «La Sra. Oliphant, en su *Life of the Reverend Edward Irving* (Biografía del Revdo. Edward Irving), afirma que en algunas ocasiones se había oído a este claramente desde una distancia de 800 m. Sin embargo, se ha dicho que a Black John Russell, de Kilmarnock —homenajeado por Burns en términos nada benevolentes— se le oía, aunque tal vez no inteligiblemente, desde kilómetro y medio. Parece que ni siquiera este sea el alcance máximo del fenómeno, ya que un corresponsal del *Jameson's Journal* asegura que, en 1828, encontrándose en el extremo occidental de Dumferline, escuchó por casualidad parte de un sermón que el Dr. Black estaba dando en una carpa situada en Cairneyhill. Al parecer, no perdió ni una palabra de lo que se decía, «aunque la distancia debía ser de unos 3 km [este predicador es posible que pocas veces se haya visto superado en lo que a dicción precisa y voz clara se refiere];

caso, suficiente —aun con la ayuda del viento—, pero tienes que asegurarte de que se te oiga.

En el campo debería ser bastante fácil encontrar un lugar adecuado para predicar. Una de las primeras cosas que un ministro tendría que hacer cuando termina la Escuela y se establece en una localidad rural o un pueblo, es empezar a predicar al aire libre. Por lo general no tendrá dificultad para encontrar sitio: la tierra está delante de él y puede escoger según le plazca. Un buen comienzo sería la cruz del mercado, luego el extremo de una callejuela llena de gente pobre y, a continuación, el rincón predilecto de los ociosos de la parroquia. El puesto de las baratijas hará un púlpito estupendo el domingo por la noche durante la feria del pueblo, y un carro encima de la hierba o en un campo a cierta distancia, valdrá para las tardes de los días laborables mientras dura la fiesta de la cosecha. Un lugar excelente para predicar al fresco es ese prado en donde los olmos talados hace ya mucho tiempo yacen aún en reserva, como si estuvieran pensados para ser los asientos de nuestra congregación; y lo mismo puede decirse del cementerio de la iglesia, donde «duermen los rudos antepasados de la aldea». Conságralo a los vivos y deja que la gente disfrute de las «meditaciones entre las tumbas» (*Meditations among the Tombs*[8]). Por tanto, no pongas excusas, sino entrégate de inmediato al trabajo.

En Londres y en otras grandes ciudades no es fácil encontrar un solar vacío donde puedas obtener permiso para celebrar cultos como te plazca. Si eres capaz de descubrir algún trozo de tierra que no esté aún edificado, y si te puedes asegurar el uso del mismo de parte del propietario hasta que lo construya, será un magnífico hallazgo y valdrá la pena un pequeño gasto para vallarlo. De este modo serás el rey del castillo, y los perturbadores serán intrusos. Supongo que un terreno así, con frecuencia, no está al alcance de cualquiera —principalmente de quien no tiene dinero—, pero vale la pena considerarlo. Y es una gran ganancia cuando tu lugar de culto cuenta hasta con un pequeño espacio fuera, como el de Surrey Chapel o la parte de arriba de la escalinata del Tabernáculo; porque así estás a salvo de interferencias de la policía o de los borrachos. Si no tenemos algo así, habremos de buscar las esquinas de algunas calles, triángulos de tierra, rincones tranquilos y espacios abiertos donde proclamar el evangelio.

Hace años prediqué a unas asambleas enormes en King Edward's Road, Hackney, que por aquel entonces era campo abierto; pero ahora no queda allí ni un solar vacante. En aquellas ocasiones nos jugábamos la vida por la afluencia de personas, y no parecía haber límites a las multitudes (hubiera sido más seguro contar con la mitad de la gente). Pero aquel espacio abierto ha desaparecido, y lo mismo ha sucedido con los campos de Brixton, en donde antaño resultaba delicioso ver a las muchedumbres juntarse para oír la Palabra. Agobiado por el problema poco común de atraer a demasiadas personas, me he visto obligado a abstenerme de esas prácticas en Londres, pero no porque las considere menos importantes que antes. Con el Tabernáculo siempre lleno, tengo en casa una congregación todo lo grande que pueda desear; por tanto, no predico al aire libre sino en las zonas rurales. Pero para aquellos ministros con un área cubierta pequeña y cuya congregación sea escasa, el

también el viento, que soplaba de manera constante y moderada, venía de la misma dirección que el sonido».

[8] Título de una obra de James Hervey, ministro calvinista anglicano del siglo XVIII muy popular entre los evangélicos aun durante el siglo XIX, en la que el autor medita largamente sobre la pena causada por una muerte prematura. (N. T.).

aire libre constituye el remedio, tanto en Londres como en provincias.

Los cultos al aire libre son un instrumento primordial, ya se trate de despertar nuevo interés o de llevar a cabo operaciones misioneras. Si consigues que la gente *escuche* fuera, con el tiempo *adorarán* en el interior. No necesitas púlpito: una silla bastará, o el bordillo de la acera. Cuanto más informal seas, mejor; y si empiezas simplemente hablando con las dos o tres personas que te rodean, y no pretendes sermonearlas, te irá bien. Se puede ser más útil hablando personalmente con uno solo, que con un discurso retórico para cincuenta. No interfieras a propósito con el tránsito; pero si se acumula la gente, no te apresures a irte atemorizado: ya te lo dirá el guardia. Sin embargo, eres más necesario allí donde no corres peligro de estorbar a los transeúntes pero probablemente el riesgo para ti mismo sea mayor. Me refiero a esas céntricas callejuelas y esos callejones sin salida de nuestras grandes ciudades, apartados del camino de la decencia y que nadie conoce sino la policía, y ello principalmente mediante golpes y heridas. No hace falta irse a descubrir el interior de África, necesitamos exploradores para Frying-pan Alley y Emerald-Island Court. Las regiones árticas son tan accesibles como Dobinson's Rents y Jack Ketch's Warren[9]. Héroes de la cruz, ahí tienen un campo de batalla más glorioso que el jamás contemplado por el Cid cuando, con su valeroso brazo, destruyó las huestes de los paganos. «¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? ¿Quién me llevará hasta Edom?». ¿Quién nos capacitará para ganar esos barrios bajos y esas guaridas de maleantes para Jesús? ¿Quién sino el Señor puede hacerlo? Soldados de Cristo, el que se aventura a entrar en esas regiones debe esperar un avivamiento de las prácticas de los viejos tiempos gloriosos en lo concerniente a las pedradas; yo mismo he conocido la experiencia de un tiesto que cayó accidentalmente desde una ventana superior en un ángulo extraordinariamente inclinado. Aun así, si nacimos para morir ahogados, no habrá maceta alguna que acabe con nosotros. Cuando recibimos semejante trato, es alentador leer aquello que escribió Christopher Hoper en circunstancias similares hace más de cien años…

> No me importaba demasiado un poco de tierra, ni algunos huevos podridos, el sonido de un cuerno de vaca, el ruido de las campanas o algunas bolas de nieve en la estación debida; pero, a veces, se me recibía con golpes, piedras, ladrillazos y cachiporras. Estas cosas no me gustaban demasiado: no resultaban gratas para la carne y la sangre. En ocasiones perdí un poco de piel y, una vez, algo de sangre que me extrajeron de la frente con una piedra afilada. Durante algunos días tuve que llevar un parche, pero no me sentí avergonzado: me gloriaba en la cruz. Y cuando abundaban mis leves padecimientos por Cristo, mi consolación abundaba mucho más. Jamás me sentí más feliz en mi propia alma, o más bendecido en mi trabajo, que entonces.

Me agrada en cierto modo cuando oigo decir ocasionalmente que a un hermano lo ha encerrado la policía, porque eso le hace bien y hace bien a la gente. ¡Qué hermoso es ver al ministro del evangelio arrestado por los agentes de la ley! Despierta simpatía hacia él, y el paso siguiente es simpatía hacia su mensaje. Muchos que no sentían interés por el hombre, están deseando escucharle después de que se le haya ordenado abandonar el lugar; y más aún cuando se lo llevan a la comisaría. Lo más bajo de la humanidad respeta al hombre que se mete en líos por hacerles bien; y si ven que ello suscita una oposición injusta, asumen muy celosos la defensa del hombre en cuestión.

[9] Spurgeon se refiere aquí a los barrios más bajos y peligrosos del Londres victoriano. (N. T.).

Estoy convencido de que cuanta más predicación al aire libre haya en Londres, tanto mejor será. Si la misma se convirtiera en una molestia para algunos, sería una bendición para otros, siempre que se haga como es debido. Si lo que se predica es el evangelio, y si la actitud del predicador es de amor y de verdad, los resultados no pueden faltar: el pan echado sobre las aguas se hallará después de muchos días.

Sin embargo, el evangelio debe predicarse de un modo digno de ser oído, ya que la mera cháchara más que un beneficio es un mal. Conozco una familia a la que casi volvieron locos los repelentes gritos de ciertas exhortaciones monótonas y los aullidos de «Salvo en los tiernos brazos» cerca de su puerta, cada día de reposo por la tarde, durante todo el año. Se trata de cristianos fervorosos, y hubieran ayudado gustosamente a sus torturadores de haber visto la más mínima posibilidad de que ese griterío a voz en cuello fuera a tener alguna utilidad. Pero, puesto que pocas veces ven a alguien escuchando, y no creen que lo que se dice vaya a hacer bien alguno a quienes lo oigan, se quejan de que están obligados a perder sus pocas horas de tranquilidad porque dos buenos hombres piensan que deben llevar a cabo un culto ruidoso pero absolutamente inútil. En cierta ocasión, yo mismo vi a un hombre predicando sin más oyentes que un perro, sentado sobre su rabo, y que miraba con gran reverencia hacia arriba mientras su amo disertaba. No había nadie asomado a la ventana, ni transeúnte alguno, pero aquel hermano y su perro estaban en su puesto, escuchara la gente o no escuchara. Otra vez, pasé por delante de un fervoroso orador que tenía puesto su sombrero frente a sí en el suelo, lleno de papeles, y ni siquiera un perro por auditorio, ni nadie que estuviera a la distancia apropiada para poder escuchar; sin embargo «malgastaban su dulzura en el aire del desierto». Espero que eso aliviara al menos su propia mente. En realidad debería considerarse un aspecto inherente a los sermones el que hubiera alguien para escucharlos: no pueden ser muy beneficiosos para el mundo aquellos sermones que se predican *in vacuo*[10].

En cuanto al *estilo de la predicación al aire libre*, ciertamente debería ser muy distinto de buena parte de lo que predomina hoy en los lugares de culto; y tal vez si un orador adquiriera un estilo plenamente adaptado a los auditorios de la calle, haría bien en llevárselo adentro consigo. Gran parte de los sermones se podrían definir como un hablar muy largamente sin decir nada. Pero en el exterior no se admira la verbosidad: tienes que decir algo y, una vez dicho eso, decir algo más, o tus oyentes te lo demandarán. Un crítico callejero puede gritarte: «¡Venga, dilo ya, amigo!»; otro puede proferir: «¡Suéltalo de una vez! ¡Mejor harías en volver a casa y aprendértelo bien!». Y una amonestación muy corriente es: «¡Acaba pronto, compañero!». Y cómo me gustaría que quienes brindan gratis este consejo pudieran ser oídos en Ebenezer y Zoar y algunos otros lugares consagrados a los discursos prolijos. Cuando no se utilizan estas críticas abiertas, los oyentes reprenden la pesadez del sermón marchándose silenciosamente. Es muy desagradable ver cómo se dispersa tu congregación; pero eso supone una indicación bastante clara de que tus ideas también están muy dispersas.

En la calle, un predicador debe mantenerse dinámico y utilizar muchos ejemplos y anécdotas, salpicando su discurso aquí y allá con algunos comentarios pintorescos. Disertar largamente sobre una cuestión no dará resultado: el razonamiento debe ser breve, claro y acabar pronto. El mensaje no

[10] En el vacío. (N. T.).

ha de ser trabajoso o enredado, ni tampoco debe el segundo enunciado depender del primero, ya que el auditorio va cambiando y cada punto debe ser completo en sí mismo. La cadena de ideas debe desmontarse, y cada eslabón fundirse y convertirse en proyectiles: no necesitarás tanto el sable de Saladino para atravesar un pañuelo de muselina, como el hacha de guerra de Ricardo Corazón de León para romper una barra de hierro. Ve al grano de inmediato, y hazlo con todas tus fuerzas.

Para la predicación al aire libre se necesitan frases cortas y argumentos breves. Los párrafos largos y los razonamientos extensos sería mejor reservarlos para otras ocasiones. En las grandes congregaciones rurales, los silencios elocuentes de cuando en cuando tienen mucha fuerza: dan a la gente tiempo para respirar, y también para pensar. Sin embargo, no intentes esto en una calle londinense: allí debes seguir hablando, de otro modo es posible que alguien te robe la congregación. En un sermón normal en el campo, las pausas son muy eficaces e infinitamente útiles —tanto para el orador como para los oyentes—; pero para una compañía de transeúntes que no sienten inclinación alguna por nada que se parezca a un culto, los mensajes rápidos, cortos y agudos son los más adecuados.

En las calles, el predicador debe ser vivaz de principio a fin, y por esa misma razón su pensamiento y su expresión hablada tendrán que verse abreviados y condensados. Jamás resultará apropiado comenzar diciendo: «Queridos amigos, mi texto es un pasaje de la Palabra inspirada, que contiene doctrinas de importancia suprema y que nos pone delante, de la manera más clara, la instrucción práctica más valiosa. Les invito a que presten una atención cuidadosa y ejerzan su juicio más imparcial, mientras lo consideramos desde diferentes ángulos y lo estudiamos bajo diferentes puntos de vista, para que podamos percibir la posición que ocupa en la analogía de la fe. En su exegesis descubriremos un campo para el intelecto cultivado y las sensibilidades refinadas. Como el susurrante arroyo zigzaguea entre los prados y fecunda los pastos, así el río de la verdad sagrada fluye a través de las extraordinarias palabras que ahora tenemos delante. Haríamos bien en desviar esa corriente cristalina hacia el embalse de nuestra meditación, a fin de poder beber de la copa de la sabiduría con labios satisfechos».

¿No supera esto, caballeros, los rodeos retóricos normales y no es esa la práctica tan generalmente en boga en nuestros días? Si sales al obelisco de Blackfriars Road y hablas de ese modo, se te recibirá con un: «¡Sigue, pedazo de memo!»; o «*¡Pero mírenlo qué bien habla…!*». Mientras que un joven muy ordinario podría decir: «¡Qué boca tiene el andrajoso!»; y otro gritaría en tono burlón: «*¡¡Amén!*». Si les das paja, eso mismo te devolverán ellos alegremente en tu regazo: Medida buena, apretada, remecida y rebosando te administrarán. Los farsantes y las exhibiciones no recibirán misericordia alguna en una reunión en las calles; pero diles algo importante, míralos a los ojos, explícales lo que quieres decir, habla francamente, con valentía, con fervor, con cortesía... y te oirán. Nunca hables apresuradamente, ni por el gusto de oír tu propia voz, o recibirás alguna información acerca de tu aspecto personal o de tu oratoria que probablemente será más cierta que agradable. «¡Vaya! —tal vez diga alguno—, ¿no sería un buen enterrador? Los haría llorar a todos...». Este es el cumplido que le hicieron a un melancólico hermano que tiene un tono particularmente fúnebre. «Mira, amigo —dijo un crítico en otra ocasión—, ve a remojarte el gaznate: ¡debes estar terriblemente seco, después de darle a la lengua de ese modo sin decir nada en absoluto!». Esto resultó también especialmente

apropiado para un hermano bastante aburrido del que habíamos comentado previamente que haría un buen mártir, ya que no había duda de que ardería muy bien debido a lo seco que era.

Resulta muy triste que se hagan comentarios tan groseros; pero algunos de nosotros tenemos una vena perversa que nos hace reconocer que esas vulgares observaciones son a menudo muy ciertas y, por así decirlo, un espejo que refleja la naturaleza de la persona. Así como una caricatura nos da a menudo una idea más viva de alguien que una fotografía, estos rudos críticos del populacho sacan a la luz el carácter de un predicador con sus exageradas censuras. El mejor de los oradores debería estar preparado para recibir su porción de ingeniosidades callejeras y devolverlas si es necesario; pero la severidad, la falsa modestia, el formalismo, la verbosidad mojigata y la afectación de superioridad, invitan en realidad las bromas ofensivas y, en buena medida, las merecen. Chadband o Stiggins[11], en vestimenta negra deslustrada, son un objeto de burla tan natural como el mismo Guido Fawkes[12]. Los hombres muy grandes en su propia opinión despertarán la oposición inmediata, y la afectación de una santidad sobrenatural tendrá el mismo efecto. Cuanto menos te parezcas a un clérigo, tantas más posibilidades tendrás de que te escuchen; y si se sabe que eres pastor, debes mostrar lo más posible que eres humano. Si pareces un clérigo, seguro que se te preguntará: «¿Cuánto le pagan por eso, jefe?». Y convendrá decirles en seguida que se trata de un trabajo extra por el cual no cobras nada, y que no habrá ninguna colecta. Otro de los comentarios habituales es: «Haría usted mejor en darnos un poco de pan y un trago de cerveza, en lugar de estos folletos»; pero algunos ademanes viriles y la franca declaración de que no buscas paga alguna sino su propio bien, acallarán esa objeción trasnochada.

Las *acciones* del predicador callejero deberían ser de lo más selecto: absolutamente naturales y espontáneas. Ningún orador ha de levantarse en la calle para hablar de manera grotesca, o debilitará su propio efecto y atraerá el ataque. El predicador de calle no debe imitar a su propio pastor, o la muchedumbre pronto descubrirá la imitación si el hermano se encuentra a poca distancia de casa. Tampoco tendría que asumir una postura estudiada, como los niños cuando dicen: «Me llamo Norval». Y esa postura rígida, con el brazo y la mano moviéndose regularmente de arriba abajo, se adopta con demasiada frecuencia. Pero yo aún criticaría más la acción del maniático delirante que tanto parece gustarles a algunos, y que es un cruce entre Whitefield con los dos brazos levantados y San Jorge pisoteando violentamente al dragón con ambos pies. Algunos hombres buenos son grotescos por naturaleza, mientras que otros hacen lo imposible por parecerlo. Los malévolos londinenses dicen de ellos: «¡Vaya cura!». A mí simplemente me gustaría conocer la cura para ese mal.

Toda pose debería evitarse. Acabo de darme cuenta de que ahora nada se puede hacer sin una

[11] Clérigos mujeriegos de dos obras de Dickens (*La casa desierta* y *Los papeles de Pickwick*, respectivamente). Aunque Chadband no es tan despreciable como Stiggins —un alcohólico que mendiga comida y bebida—, su mezcla de autosatisfacción, uso de frases gastadas y preguntas retóricas hace su predicación particularmente vergonzosa. (N. T.).

[12] Guido Fawkes fue un conspirador católico que intentó volar las Cámaras del Parlamento inglés en 1605, estando dentro el rey Jacobo I, su familia y la mayor parte de la aristocracia. En la cultura popular ha quedado como un pelele que los niños pasean el día 5 de noviembre para recaudar fondos para los fuegos artificiales de la Noche de la Hoguera (*Bonfire Night*), en conmemoración del fallido complot de Fawkes. (N. T.).

enorme Biblia de Bagster con tapa flexible. Parece haber algún tipo de atractivo especial en su gran tamaño, aunque casi se necesita un cochecito para transportarla. Con una biblia así, llena de cintas por todas partes, elige un lugar en Seven Dials, siguiendo el ejemplo de cierto ministro tan gráficamente descrito por el Sr. McCree. Luego, quítate el sombrero, mete tu biblia en el mismo y colócalo en el suelo. Haz que el amable compañero que se acerca a ti por la derecha te sostenga el paraguas, ¡verás lo ansioso que está el buen hombre por hacerlo! ¿No resulta agradable? Te asegurará que su mayor deleite es ayudar a los hombres buenos a hacer el bien. Ahora cierra los ojos para orar; y cuando hayas terminado tus oraciones, *alguien habrá aprovechado la ocasión*. ¿Dónde está ahora tu afectuoso amigo que te sostenía el paraguas y el himnario? ¿Adónde han ido a parar tu sombrero bien cepillado y ese Bagster tan ortodoxo? Sí, ¿adónde? El eco responde: «¿Adónde?, ¿adónde?...».

La catástrofe que acabo de describir indica que mejor será que te acompañe algún hermano al comienzo de tu ministerio, y que el uno vigile mientras el otro ora. Y si fuera contigo un grupo de amigos, y estos hicieran un círculo a tu alrededor, esa sería una gran ventaja; y si son capaces de cantar, la utilidad sería aún mayor. La compañía cordial atraería a otros, ayudaría a que hubiese orden y resultaría muy útil lanzando al aire sermones cantados.

Sería muy deseable que hablases de manera que te oyeran, pero eso resulta imposible cuando hay un griterío incesante. La mejor predicación en la calle no es aquella que se hace con el máximo volumen de voz, ya que resultará imposible resaltar debidamente los pasajes importantes si estás gritando todo el tiempo a pleno pulmón. Cuando no tienes oyentes cerca, y sin embargo la gente está en pie al otro lado de la calle y te escucha, ¿no sería mejor cruzar la misma a fin de ahorrar un poco de la fuerza que ahora estás malgastando? Un estilo sosegado, penetrante y propio de la conversación sería probablemente el más efectivo. Los hombres no gritan ni vociferan cuando están arguyendo con el más hondo fervor: en esas ocasiones, por lo general, producen menos viento y un poco más de lluvia; menos bullicio y algunas lágrimas adicionales... Sigue, sigue y sigue con tus gritos monótonos y aburrirás a todo el mundo y te agotarás a tu mismo. Sé, pues, prudente si quieres tener éxito anunciando el mensaje de tu Maestro entre la multitud, y utiliza tu voz como te dicte el sentido común.

En un folleto publicado por esa excelente sociedad misionera que es *The Open Air Mission* (La Misión al Aire Libre), reparé en lo siguiente:

REQUISITOS PARA LOS PREDICADORES AI AIRE LIBRE

1. Una buena voz
2. Naturalidad en el porte
3. Dominio propio
4. Buen conocimiento de la Escritura y de las cosas corrientes
5. Capacidad para adaptarse a cualquier tipo de auditorio
6. Buenas dotes ilustrativas
7. Celo, prudencia y sentido común
8. Un corazón amplio y amoroso
9. Fe sincera en todo lo que dice
10. Total dependencia del Espíritu Santo para el éxito

11. Andar cerca del Señor por medio de la oración
12. Conducta coherente ante los hombres mediante una vida santa

Si algún hombre cumple todos estos requisitos, la reina debería hacerle obispo de inmediato; sin embargo, no hay ninguna de estas cualidades que sobre.

En las calles de Londres es bastante seguro que se producirán interrupciones. En ciertos lugares todo va bien durante meses; pero en otros sitios la lucha comienza tan pronto como el orador abre la boca. Hay *temporadas* de oposición, en las que se levantan y caen diferentes escuelas del adversario, según lo cual se produce desorden o sosiego. El mejor de los tactos no siempre logrará prevenir el alboroto: cuando los hombres están borrachos, no hay forma de razonar con ellos, y lo mismo podemos decir de los furibundos papistas irlandeses. Poco puede hacerse con estos, a menos que la multitud que se encuentra alrededor colabore —como sucede a menudo— para sacar de allí al que estorba. Algunos personajes, si ven que la predicación sigue adelante, interrumpirán sea como sea. Van a propósito para hacerlo, y aunque se les responda una y otra vez seguirán intentándolo. Una regla que no cambia es la de ser siempre corteses y demostrar buen talante; porque si te contrarías o te enojas, estás acabado. Otra regla más es no salirte de tu tema ni dejarte arrastrar a cuestiones periféricas. Predica a Cristo o no digas nada: no debatas ni discutas si no es con la mirada puesta en la cruz. Si te desvían por un momento, está siempre vigilante para volver a tu único tema. Cuéntales la antigua historia; y si no quieren oír*la*, vete a otra parte. Sin embargo, debes ser hábil y prenderlos con astucia: busca tu único fin por muchas vías distintas. A menudo un poco de ingenio es el mejor recurso, y obra maravillas entre una muchedumbre. Después de la gracia, lo mejor en estas ocasiones es la *afabilidad*. Cierto hermano que conozco hizo callar a un violento romanista ofreciéndole su estrado y pidiéndole que predicara. Los compañeros del hombre le instaron, por diversión, a que lo hiciera; pero, al negarse a ello, se repitió la fábula del perro del hortelano y el perturbador desapareció. Si el que te ataca es un verdadero escéptico, resultará prudente evitar el debate tanto como sea posible, o hacerle preguntas a tu vez: ya que lo tuyo no es discutir sino proclamar el evangelio. John McGregor dice lo siguiente:

> Hay muchas clases de escépticos. Algunos de ellos hacen preguntas buscando respuestas, mientras que otros ponen dificultades para confundir a la gente. Un escéptico sincero me dijo en medio de una multitud en Hyde Park: «Llevo estos diez últimos años tratando de creer, pero me encuentro con una contradicción que *no puedo* superar: Se nos dice que no hace quinientos años que se inventó la imprenta, y, sin embargo, que la Biblia tiene cinco mil años. No soy capaz, por mucho que lo intento, de comprender como puede hacerse esto». No, la gente no se rió de aquel hombre —*muy pocas personas en una multitud así saben mucho más que él acerca de la Biblia*—, ¡pero con cuánta sed bebieron durante la media hora de explicación acerca de los manuscritos de la Escritura, su preservación, sus traducciones y versiones, su dispersión y recopilación, su cotejo y transmisión, y la abrumadora evidencia de su verdad genuina!

Recuerdo cómo se le pararon los pies a un incrédulo del modo más eficaz en Kennington Common. El hombre estuvo exaltando la hermosura de la *naturaleza* y las obras de la *naturaleza* hasta que el predicador le preguntó si tendría la amabilidad de explicarle lo que era para él la naturaleza. A

lo que el otro respondió que todo el mundo sabía lo que era la naturaleza. El predicador le replicó: «Bueno, entonces le resultará tanto más fácil decírnoslo». «Bueno, la naturaleza, la naturaleza... —musitó—. ¡La naturaleza es la naturaleza!». Desde luego, la muchedumbre se echó a reír y el sabio dejó de molestar.

La ignorancia, cuando está aliada con una lengua soez y voluble debe replicarse dándosele bastante cuerda como para que ella misma se ahorque. Cierto individuo quería que le explicaran «cómo podía *saber* Jacob que Esaú lo odiaba». Pero esa vez había agarrado el extremo equivocado del palo, y el predicador no le iluminó, ya que de otro modo le hubiera proporcionado munición para futuros combates.

Lo nuestro no es suministrar a los hombres argumentos poniéndoles al día de las dificultades. Al tratar de contestarles, los ministros han difundido más los sentimientos de los incrédulos que los incrédulos mismos hubieran podido hacerlo. Los descreídos no hacen sino «recoger sus despuntadas saetas y volver a lanzarlas contra el escudo de la verdad». Nuestro objetivo no es vencerlos en confrontaciones lógicas, sino salvar sus almas. Deberíamos esforzarnos por solucionar las dificultades reales —por lo que es sumamente deseable un conocimiento competente de las evidencias—, pero se habla mejor con los objetores sinceros a solas, cuando no les resulta tan difícil reconocer que están equivocados, cosa que no debería esperarse que hicieran en medio del gentío. Hay que predicar a Cristo, crean en él los hombres o no crean. Nuestra propia experiencia de su poder para salvar constituirá nuestro mejor razonamiento, y el fervor nuestra mejor retórica. A menudo será la ocasión misma la que nos indique lo que conviene más decir, y también podemos recurrir al Espíritu Santo para que nos enseñe en esa misma hora lo que debemos hablar.

El llamamiento del predicador al aire libre es tan honroso como difícil, tal útil como laborioso: solo Dios puede sostenerte en el mismo; pero, con él a tu lado, no tienes nada que temer. Si hubiera delante ti diez mil rebeldes, cada uno acompañado de una legión de demonios, no tienes por qué temblar. Mayor es el que está por ti que todos los que están contra ti.

Aunque estén demonios mil,
prontos a devorarnos,
no temeremos porque Dios sabrá cómo ampararnos.
Aun muestre su vigor Satán y su furor,
dañarnos no podrá,
pues condenado es ya por la Palabra Santa.

Discurso 6

Posturas, acciones, gestos, etc. (I)

El tema de este discurso será: «Posturas, gestos y acciones en la predicación de un sermón». No trataré de establecer una línea divisoria muy rígida entre unas cosas y otras, ya que se requeriría una mente muy discriminadora para mantenerlas separadas. En realidad, no se conseguiría hacer en modo alguno debido a que las unas se funden con las otras. Puesto que después de intentarlo bastante me ha resultado imposible mantener completamente separados aun en mi propia mente la «postura» y el «gesto», les he permitido que discurran juntos; pero confío en que no habrá confusión en los resultados.

La cuestión principal es el sermón mismo: su asunto, su propósito, la unción sagrada sobre el predicador y el poder divino que aplica la verdad al oyente; estas cosas son infinitamente más importantes que cualquier detalle acerca del porte del orador. La postura y la acción son cuestiones comparativamente insignificantes; aun así, hasta la sandalia de la estatua de Minerva debería estar correctamente tallada, y en el servicio de Dios, aun las cosas más pequeñas deberían tratarse con santa delicadeza. La vida se compone de pequeños incidentes, y el éxito en la misma depende muchas veces del cuidado de los detalles menores. Una pequeña mosca da mal olor al perfume del perfumista, y las zorras pequeñas echan a perder las viñas; de modo que unas y otras deben mantenerse fuera de nuestro ministerio. Indudablemente, aun en una cuestión tan secundaria como son las posturas, las faltas han creado prejuicios en las mentes de los hombres y disminuido el éxito de los que de otro modo hubieran sido ministerios sumamente aceptables. Un hombre con aptitudes por encima de la media puede verse relegado a los últimos puestos, y quedarse allí, por una acción ridícula. Esto es una verdadera pena, aunque solo hubiera caso así; sin embargo, nos tememos que haya muchos perjudicados por esa misma causa. El público en general no pasa por alto esas pequeñas rarezas y absurdidades de forma y de gesto que los hombres sabios se esforzarán por no tomar en cuenta; de hecho, la mayoría de los oyentes se fijan principalmente en esas mismas cosas, y los que vienen para burlarse solamente en ellas. La gente se siente repelida o distraída por las rarezas de ciertos predicadores, o buscan alguna excusa para su falta de atención y aprovechan esta tan conveniente. ¡No hay razón alguna para que ayudemos a los hombres a resistir a nuestros esfuerzos por hacerles bien! Ningún ministro cultivaría a propósito un hábito que pudiera hacer romas sus flechas o desviarlas del blanco. Por tanto, ya que estas cuestiones menores del movimiento, la postura y el gesto pueden tener tal efecto, deberán prestarles una atención inmediata.

Estamos muy dispuestos a admitir que en la predicación las acciones son un asunto de menor importancia: ya que algunos que han tenido éxito en el sentido más elevado, han sido sumamente imperfectos según el juicio de los retóricos. Hay actualmente en Boston, Estados Unidos, un predicador con el más alto grado de poder, de quien cierto crítico cordial escribe:

> En las primeras frases, uno u otro de sus brazos se sacude irremediablemente junto a su costado, como

si estuviera formado por vértebras de rabo mal acoyuntadas. Pronto manifiesta una torpeza de lo más interesante, andando de acá para allá como un pato, dando la impresión de que cada una de sus piernas es más corta que la otra, y sacudiendo la cabeza y los hombros con un énfasis desgarbado. Además, levanta una de sus cejas de manera bastante increíble: nadie es capaz de bizquear así.

Este es un ejemplo del triunfo de la mente sobre la materia, y de la condonación de los defectos en la expresión por la excelencia de la enseñanza; pero sería mejor que no existieran tales impedimentos. ¿Acaso no resultan más atractivas las manzanas de oro cuando se ponen en cestas de plata? ¿Por qué tiene que asociarse una enseñanza poderosa con el andar como un pato o con el bizquear? Aun así, es evidente que (cuando menos) las acciones apropiadas no son esenciales para el éxito. Homero parece haber considerado que la ausencia completa de gestos no causaba detrimento alguno a la eminente eficacia en la oratoria, ya que describe a uno de sus más grandes héroes abjurando totalmente de ella, aunque no sin cierto grado de censura por parte de su auditorio.

Mas al levantarse Ulises, en honda meditación,
fija en la tierra sus modestos ojos.
Como si de un mudo o inexperto se tratara,
no alza la cabeza, ni extiende su mano con el cetro.
¡Pero qué elocución fluye cuando habla!
Suaves como los copos de nieve que descienden,
caen con grácil arte los copiosos acentos,
fundiéndose y penetrando en el corazón.
Asombrados escuchamos; y, profundamente sorprendidos,
nuestros oídos rechazan la censura de nuestros ojos.

Pero no tenemos necesidad de remontarnos a los antiguos para encontrar pruebas de que una acción sumamente comedida puede correr pareja con el más grande poder en la elocuencia, ya que se nos ocurren varios ejemplos de ello entre los modernos. Uno de los mismos podría bastarnos: nuestro propio Robert Hall, supremamente dotado, no acompañaba su oratoria con acciones y apenas se movía en el púlpito, salvo por una elevación o agitación ocasional de la mano derecha y, en sus momentos más apasionados, con un paso atrás y adelante alternativos.

No es responsabilidad tuya el adquirir la correcta actuación en el púlpito tanto como lo es el desprenderte de aquella que no lo sea. Resultaría mejor para ustedes quedar reducidos a maniquíes inanimados que constituir encarnaciones activas y hasta vigorosas de lo grotesco, como les ha sucedido a algunos de nuestros hermanos. Ciertos hombres caen gradualmente en un estilo suicida de predicación, y es ciertamente muy poco común que un hombre pueda escapar una vez que se ha enredado en las mallas de un perverso amaneramiento. Y como a nadie le gusta hablarles de sus extrañas bufonadas, no son conscientes de ellas; pero resulta sorprendente que sus esposas no los imiten en privado y se rían a costa de su falta de garbo.

He oído hablar de un hermano que en sus comienzos era de lo más aceptable, pero que posteriormente quedó muy rezagado en la carrera por haber ido cayendo poco a poco en hábitos perjudiciales: hablaba con un gimoteo disonante, asumía posturas muy singulares, y utilizaba

pronunciaciones tan extraordinarias que la gente no podía escucharle con agrado. Llegó a ser un hombre estimado y honrado, pero no al que se quisiera escuchar. Algunos cristianos excelentes han dicho que no sabían si reír o llorar cuando le oían predicando: sentían que debían hacer lo primero por impulso natural; pero, luego, el impulso de la gracia los conminaba a pensar que debían llorar, al ver a tan buen predicador completamente echado a perder por aquellas afectaciones absurdas.

Si no te interesa cultivar las acciones debidas, por lo menos sé lo bastante sabio para evitar aquellas que resultan grotescas o afectadas. Hay una gran variedad de posibilidades entre el petimetre que riza y perfuma sus bucles y el dejar que el pelo nos cuelgue en masas enmarañadas como la melena de una fiera. Jamás te aconsejaríamos que practicaras poses delante de un espejo, ni que imitaras a los grandes ministros, ni que copiaras a los caballeros refinados; pero tampoco hay necesidad de ser vulgar o absurdo. Las posturas y las actitudes son meramente una pequeña parte del ropaje de un discurso, y la esencia del asunto no está en cómo lo vistas: un hombre en traje de terciopelo sigue siendo un hombre; y, asimismo, un sermón estrambóticamente predicado puede seguir siendo un buen sermón. Sin embargo, como a ninguno de ustedes les gustaría ponerse un traje de pobre pudiendo procurarse una vestimenta mejor, tampoco deben ser tan descuidados como para vestir a la verdad de mendiga si pueden ataviarla como a la hija de un príncipe.

Algunos hombres son por naturaleza muy desgarbados en sus personas y movimientos. Supongo que debemos culpar por ello a lo que un campesino llamaría «la cepa de la que sale». El paso rústico es pesado y su caminar deslucido: puedes reconocer que su *hábitat* natural está en un campo arado. En la acera o sobre la moqueta se muestra receloso de sus pies; pero andando por una calle embarrada, con la carga de tierra de una mula en cada bota, avanza con facilidad y hasta con elegancia. En los elementos de la constitución de algunos hombres hay una pesadez y una tosquedad innata: no podrías hacerlos elegantes aunque los majaras con el trigo en un mortero. El sargento instructor es de la máxima utilidad en nuestras escuelas, y los padres que piensan que el ejercicio de instrucción es una pérdida de tiempo están muy equivocados. Hay una forma y una conveniencia, una idoneidad general de hechura, que el cuerpo humano adquiere con un adiestramiento adecuado, y que pocas veces se consigue de ninguna otra manera. La instrucción endereza los hombros del individuo, impide que sus brazos oscilen demasiado, ensancha el pecho, le muestra cómo utilizar bien sus manos; en una palabra: enseña a un hombre a andar erguido y le da prestancia sin un esfuerzo consciente por adquirirla, lo cual con toda seguridad traicionaría su torpeza.

La gente muy espiritual pensará que estoy bromeando, pero ciertamente no lo hago: espero que llegué el día en que se considere como parte esencial de la educación, el enseñar a los jóvenes a desenvolverse y desplazarse sin tosquedad.

Pudiera ser que los gestos torpes se deban a una pobre expresión hablada y a un tímido nerviosismo causado por la falta de poder en ese sentido. Algunos hombres espléndidos que conocemos son tan modestos que caen en la inseguridad, y de este modo se vuelven vacilantes en la oratoria y desordenados en sus ademanes. Tal vez no se pueda mencionar un mejor ejemplo de esto que el amado Dr. James Hamilton, ya fallecido. Era el orador más encantador y puro, pero con una acción penosa hasta el extremo. Su biógrafo dice de él:

> En cuanto a recursos y adquisiciones mentales poseía una gran riqueza; pero respecto de la capacidad para expresar sus pensamientos con las variaciones de tono y de nota que la naturaleza de los mismos requería, para que se le oyera bien en un espacioso edificio, estaba mucho menos dotado. De modo que en esta área siempre se sentía atormentado por la conciencia de no alcanzar su propio ideal. Es verdad que la falta de potencia en la voz y de un buen control de su entonación restaba mucho a la eficacia y la popularidad de su predicación. En la delicadeza de los conceptos, en la acertada elección de los giros idiomáticos, en el dominio de las ilustraciones llamativas y originales, y en el resplandor del fervor evangélico que impregnaba todo ello, tenía pocos rivales; sin embargo, esas raras cualidades se veían despojadas de la mitad de su eficacia en lo que a su predicación pública se refiere, por la necesidad que siempre tenía de esforzarse para hacerse oír, *poniéndose de puntillas y lanzando sus palabras a puñados, por ver si eran capaces de alcanzar los pasillos más alejados*. Si los músculos de su pecho le hubiesen capacitado para mantenerse en pie con soltura, mientras sus labios efectuaban la articulación de palabras sin la ayuda de esas explosiones de sus pulmones hinchados en demasía, a James Hamilton ciertamente le hubieran seguido mayores multitudes y su mensaje hubiese accedido a un círculo más amplio y variado de personas. Pero no sabemos qué mal le hubiera podido acaecer a cambio de cosechar tales éxitos externos. Aunque a pesar de todas sus oraciones y dolores ese aguijón aún persistió en su carne, la gran compensación siguió siendo: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad». Los talentos que el Señor tuvo a bien concederle, él los desplegó con habilidad y diligencia maravillosas en el servicio del Dador; y si algunos talentos le fueron denegados, el Denegador sabe bien por qué lo hizo. Bien lo ha hecho todo.

Coincidimos de todo corazón en este sentimiento; pero lamentaríamos que algún hombre joven se sometiera por voluntad propia a un defecto semejante, atribuyéndolo a la mano del Señor. El Dr. Hamilton no lo hizo: él se esforzó fervientemente por superar su desventaja natural y, que sepamos, tomó lecciones de más de un profesor de elocución. No se refugió en los pretextos de los haraganes, sino que puso todo su ahínco en vencer la dificultad, y fracasó únicamente porque se trataba de un defecto físico irremediable.

Siempre que veamos una torpeza que es obviamente inevitable, pasémosla por alto lo más posible o del todo, y ocupémonos de encomiar al hermano que consigue hacer tanto en tales circunstancias. No tengamos en poco el que un ministro cubra con riquezas de pensamiento y corrección de lenguaje la torpeza de su hombre exterior, consiguiendo el triunfo del alma sobre el cuerpo. No obstante, si nosotros mismos nos viéramos afligidos por cualquier defecto en los ademanes, determinemos superarlo, ya que no se trata de ninguna tarea imposible. Edward Irving fue un ejemplo asombroso del poder de un hombre para mejorarse en este aspecto. Al principio, sus ademanes eran torpes, forzados y artificiales; pero mediante la educación diligente, su actitud y sus acciones se convirtieron en ayudas sorprendentes para su elocuencia.

Los púlpitos han contribuido mucho a hacer torpes a los predicadores. ¡Qué invención tan terrible son aquellos! Si algún día pudiéramos abolirlos diríamos acerca de ellos lo mismo que Josué dijo respecto de Jericó: «Maldito el hombre que reedificare esta ciudad de Jericó»; porque el púlpito tradicional (cerrado) ha sido una maldición mayor de lo que se percibe a primera vista para las iglesias. Ningún abogado entraría nunca en un púlpito para defender una causa en los tribunales. ¿Cómo podría esperar tener éxito cuando se halla sepultado vivo casi hasta los hombros? El cliente estaría perdido si

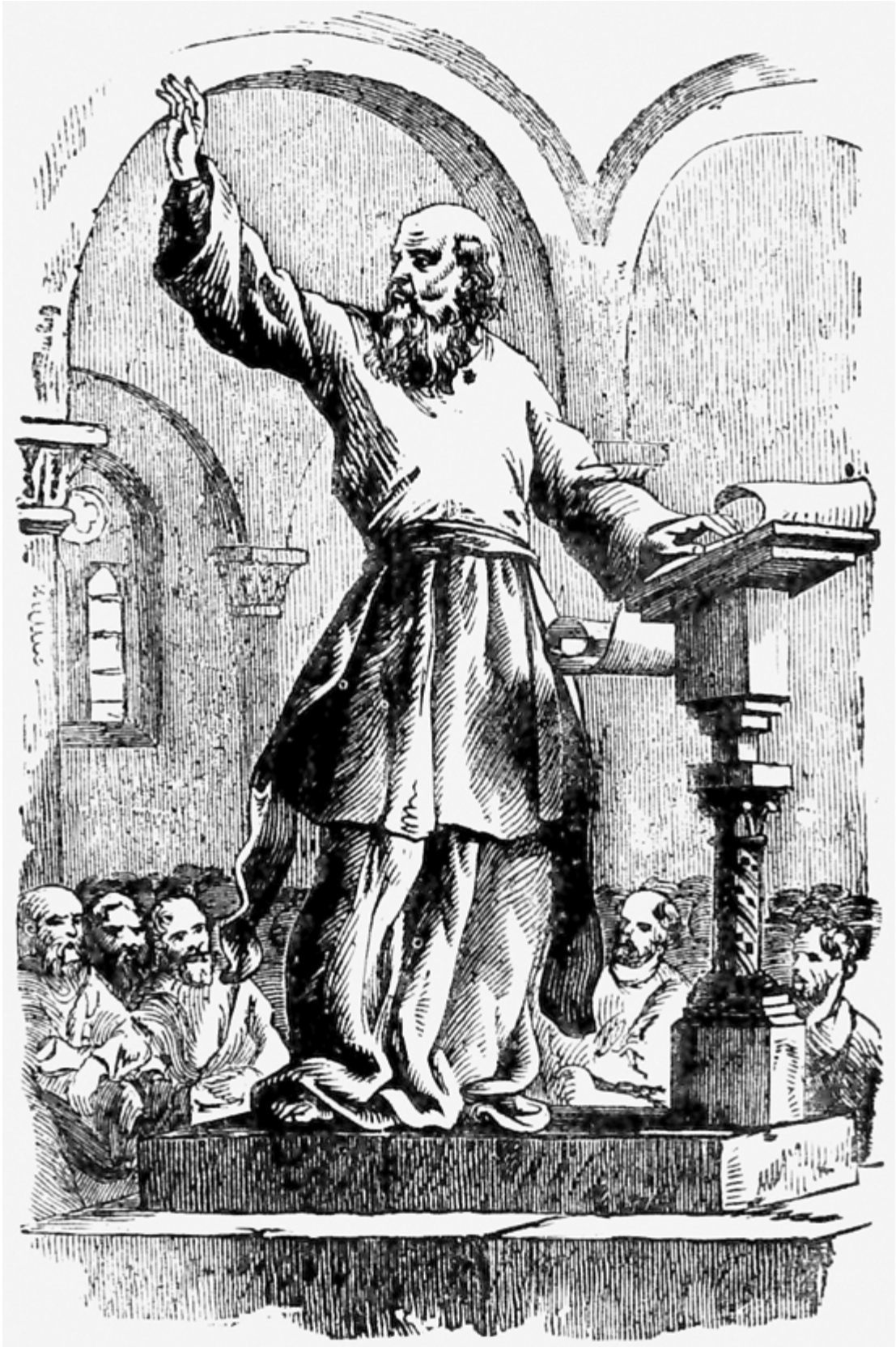
su defensor se encontrara aprisionado de esa manera. ¡Qué viril y convincente es la postura con que se representa habitualmente a Crisóstomo! Olvidándonos por el momento de sus ropas, no podemos por menos el pensar que una postura tan natural como la suya es mucho más digna de la verdad sublime que aquella de una persona inclinada sobre una hoja de papel y levantando la vista solo en contadas ocasiones, además de mostrando únicamente la cabeza y los hombros. Austin, en su *Chironomia*[1], dice con mucha propiedad:

> Para la elegancia en la acción se requiere también libertad de movimiento: ningún gesto puede ser elegante si está, ya sea confinado por las circunstancias externas o reprimido por la mente. Si se obligara a un hombre a dirigirse a una asamblea desde una estrecha ventana, a través de la cual no pudiera extender los brazos y la cabeza, sería en vano que tratara de producir gestos elegantes. El confinamiento, por pequeño que sea, resultará proporcionalmente injurioso para la gracia; por tanto, un tribunal atestado de gente será perjudicial para la acción del abogado, y el púlpito encerrado y reforzado, que a menudo recorta más de la mitad de su figura, resulta igualmente injurioso para la acción elegante del predicador.

El finado Thomas Binney era incapaz de soportar una plataforma, y se le conocía por buscar siempre togas y otras telas con objeto de colgarlas sobre las barandillas de un púlpito abierto cuando se veía en uno de ellos. Esto debía ser únicamente el resultado de la fuerza de la costumbre, porque no puede haber ninguna ventaja real en estar encerrado en un corral de madera. Un sentimiento así mantendrá sin duda en su lugar al púlpito cerrado por un poco más de tiempo, pero en épocas futuras los hombres considerarán como un argumento de la procedencia divina de nuestra fe el hecho de que esta haya sobrevivido a los púlpitos.

[1] Gilbert, Austin, A.M.: *Chironomia*: *or, a Treatise on Rhetorical Delivery: comprehending many precepts, both ancient and modern, for the proper regulation of the Voice, the Countenance, and Gesture, and a new method for the notation thereof; illustrated by many figures*, (Londres, Quarto, 1806).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.



Crisóstomo predicando

No se puede culpar a los ministros de sus posturas y gestos desgarbados, cuando durante su mensaje solo se les distingue una pequeñísima parte del cuerpo. Si se tuviera la costumbre de predicar

como Pablo lo hizo en Atenas, los oradores públicos se convertirían en paradigmas de corrección; pero cuando el método corriente tiene como modelo el grabado del «Revdo. Dr. Pablo predicando en Londres», no podemos maravillarnos de que lo desgarbado y lo grotesco abunde.

Dicho sea de paso, resulta interesante observar que en su representación de Pablo en Atenas, Rafael tenía obviamente en el pensamiento esa declaración del apóstol que dice: «Dios [...] no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres»; de ahí que lo dibuje con las manos levantadas. Esta sugerencia se la debo a G. W. Hervey, M.A., que ha escrito un *Sistema de retórica* muy competente y completo[2].

Las formas que los púlpitos han adoptado según las extravagancias de los gustos y la insensatez humana son extraordinarias. Hace veinte años habían alcanzado seguramente su momento peor, y sería difícil conjeturar cuál habrá sido su propósito e intención: un púlpito de madera muy profundo, como los antiguos, bien pudiera recordar al ministro su mortalidad, porque no es otra cosa sino un ataúd puesto de pie, ¿pero cuál es la base racional para que enterremos vivos a nuestros pastores? Muchas de estas construcciones parecen toneles; otras tienen forma de hueveras o de copas de vino; una tercera clase se construyeron evidentemente como recipientes para grano sobre cuatro patas; y una cuarta variedad solo puede compararse con los nidos de golondrina adheridos a la pared. Algunos están tan elevados que dan vértigo a sus ocupantes, cuando estos se atreven a asomarse a las terribles profundidades que tienen debajo; y a quienes miran hacia arriba —al elevado predicador— durante cierto tiempo, les causan tortícolis. Yo me he sentido como un hombre en lo alto de un mástil al encaramarme a alguna de esas «torres del rebaño». Tales abominaciones son males en sí mismas, y solo engendran males.

[2] Hervey, George Winfred, M.A.: *A System of Christian Rhetoric for the Use of Preachers and other Speakers* (Houlston and Sons, 1873).

Pablo predicando en Atenas, según Rafael

Ahora que estoy hablando de púlpitos voy a hacer una digresión y señalar, para el beneficio de diáconos y sacristanes, que con frecuencia percibo en algunos púlpitos un olor a gas de lo más nauseabundo, el cual procede sin duda de fugas que se producen en los conductos del mismo y que puede muy bien hacer que el predicador se sienta medio intoxicado o mareado. Se nos debería evitar tal padecimiento. A menudo, igualmente, se coloca una gran lámpara cerca de cada lado de la cabeza del ministro, entorpeciéndose así todos sus movimientos y situándolo entre dos fuegos. Si alguien se queja de fanatismo en nuestros pastores, debe culparse del mismo a esta práctica, ya que el mecanismo para obtenerlo se halla dispuesto con gran precisión. Sin ir más lejos, la otra noche, antes de sentarme dentro del púlpito, tuve el privilegio de sentir como si alguien me hubiese golpeado en la

coronilla y, al mirar hacia arriba, vi una enorme lámpara de aceite Argand, con un reflector incorporado, situada justo encima de mí para arrojar luz sobre mi biblia. Sin duda se trataba de un invento nacido de una gran consideración, pero el inventor no había reparado en el calor enorme que sus quemadores derramaban sobre los cerebros sensibles. No tenemos deseo alguno de experimentar una insolación artificial mientras predicamos; si hemos de sufrir una calamidad semejante, que sea durante las vacaciones y esté causada por el sol mismo. Nadie al construir un púlpito parece pensar que el predicador sea un hombre con iguales sentimientos y sentidos que la demás gente: el asiento sobre el que debes descansar a intervalos es, a menudo, un mero saliente, y la manecilla de la puerta se te clava en la región lumbar; mientras que, con frecuencia, al levantarte y pasar al frente, una curiosa bolsa de caucho se interpone entre ti y tu púlpito. Este gomoso depósito tiene la caritativa intención de servir de ayuda para algunas personas sordas, las cuales espero que puedan beneficiarse del mismo: ya que todo sufrimiento debería tener una influencia compensatoria. No puedes inclinarte hacia delante sin hacer que el invento se cierre; y en lo que a mí concierne, por lo general, meto mi pañuelo en el mismo, lo que lleva a los sordos a sacarse los extremos de los tubos de los oídos y a descubrir que me oyen suficientemente bien sin los mismos.

El Revdmo. Dr. Pablo predicando en Londres

Nadie conoce la incomodidad de los púlpitos salvo el que ha estado en muchos de ellos y encontrado cada uno peor que el anterior. Por lo general son tan hondos que una persona pequeña como yo apenas puede ver por encima de los mismos, y cuando pido algo en que subirme me traen una banqueta. Imagínense a un ministro del evangelio guardando el equilibrio sobre una banqueta mientras está predicando: ¡un *boanerges* y un funámbulo a la vez! Es demasiado pedir que mantengamos el equilibrio mental y físico al mismo tiempo. Los desplomes y los vuelcos de banquetas y escabeles que he tenido que soportar mientras predicaba se agolpan ahora en mi memoria y reavivan las sensaciones más penosas. Ciertamente se nos deberían evitar tales molestias triviales, porque su perjuicio no está meramente limitado a nuestra incomodidad: si fuera así no tendría importancia alguna; pero desgraciadamente esas pequeñas cosas desconciertan a menudo la mente, desconectan nuestros pensamientos y turban nuestro espíritu. Deberíamos poder superar esas menudencias, pero aunque el espíritu a la verdad está dispuesto, la carne es débil. Resulta

extraordinario cómo se ve afectada la mente por las cuestiones más baladíes. No hay necesidad alguna de perpetuar ciertas causas de incomodidad.

La historia de Sydney Smith demuestra que no hemos estado solos en nuestras tribulaciones. Esto es lo que él dijo:

> No puedo soportar el verme encerrado en mi púlpito del modo verdaderamente ortodoxo, con la cabeza meramente asomando por encima del atril. Me gustaría poder mirar hacia abajo a mi congregación y ¡dispararles! La gente corriente dice que soy un *predicador fogoso*, porque me gusta tener las manos libres y aporrear el púlpito. En cierta ocasión me sucedió un singular *contratiempo*, cuando, para lograrlo, había pedido a un asistente que me apilara varios cojines para subirme encima. El texto de mi predicación era: «Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos». Apenas había pronunciado estas palabras, y me estaba preparando para poner algún ejemplo del pasaje, cuando lo hice de la manera más práctica y completamente imprevista: mi construcción de cojines cedió de repente y... abajo que fui, evitando a duras penas el caer en los brazos de mi congregación, la cual tengo que decir que se comportó muy bien y recuperó la seriedad antes de lo que yo hubiera esperado.

Pero debo volver a mi tema, y lo hago reiterando la opinión de que los púlpitos cerrados son los principales responsables de las posturas desgarbadas que adoptan algunos de nuestros predicadores cuando están fuera de sus jaulas y libres en una plataforma. Entonces no saben qué hacer con sus brazos y piernas, y se sienten torpes y sin protección, por lo que caen en posturas ridículas. Cuando un hombre se ha acostumbrado a verse como un «busto animado», se encuentra demasiado largo si se le obliga a presentarse en su tamaño natural.

Es indudable que *muchos hombres se vuelven desgarbados por causa del miedo.* No es su naturaleza, ni su púlpito, sino su nerviosismo lo que los convierte en bufones. Para algunos, el ponerse en pie delante de un auditorio supone un gran despliegue de coraje, y el hablar, una verdadera prueba. No es extraño que adopten una postura forzada, ya que están crispados y temblorosos de pies a cabeza. Cada nervio se halla en un estado de excitación, y su cuerpo entero tiembla de miedo. Especialmente están confusos en cuanto a lo que tienen que hacer con sus manos, y las mueven de acá para allá de un modo inquieto, irregular y sin sentido: si pudieran tenerlas atadas a sus costados tal vez se alegrasen de la liberación.

Cierto clérigo de la Iglesia de Inglaterra, defendiendo la predicación leída, utiliza el sorprendente argumento de que un hombre nervioso, al tener que pasar las hojas de su sermón, mantiene las manos ocupadas; mientras que si no tuviera papel delante, no sabría qué hacer con ellas. Mal viento es el que no trae a nadie algún beneficio, y muy mala debe ser la práctica que no tiene alguna ventaja remota y ocasional. Sin embargo, para el nerviosismo debe de haber algún tratamiento más eficaz, y el predicador tendría que intentar vencer la enfermedad en vez de buscar maneras de ocultar sus síntomas. La práctica constituye un buen remedio, y la fe en Dios una cura más efectiva aún. Cuando el ministro se acostumbra a la gente está bien, porque se siente a gusto: se encuentra como en casa y, en lo que respecta a sus manos o piernas, o a cualquier otra parte de su persona, no piensa en ellas: se pone a trabajar con toda el alma y adopta las posturas más naturales para el hombre ferviente, que son también las más apropiadas. Esos gestos espontáneos en los que no has pensado ni por un momento

son los mejores, y el sublime resultado de la técnica es poderse olvidar de ella y permitir al hombre la libertad necesaria para ser tan garboso como la gacela sobre los montes.

Ciertas posturas y gestos extravagantes pueden provenir de la dificultad para encontrar la siguiente palabra. Hace algunos años, un observador americano expresó: «A veces resulta interesante ver cómo diferentes individuos resuelven el mismo dilema. Al Sr. Calhoun no suelen faltarle las palabras, pero en ocasiones alguna de ellas se le queda pegada a la garganta: como el *'Amén'* de Macbeth. En ese caso, Calhoun se da uno o dos tirones malhumorados del cuello de la camisa, y se pasa los huesudos dedos por la melena gris hasta que esta encrespa de nuevo. En cambio Webster, cuando una palabra le cuesta, o se atasca en medio de una frase, casi invariablemente se frota el lacrimal de su ojo izquierdo con el dedo corazón de la mano derecha. Si no lo consigue así, se refriega la nariz bastante bruscamente con el nudillo del pulgar. Y como *último recurso*, separa las rodillas hasta que sus piernas forman una elipse, y luego mete las manos hasta el fondo de los bolsillos y echa inteligentemente hacia delante la parte superior de su cuerpo: así la palabra '*tiene* que salir'. A un hombre se le debería perdonar lo que hace cuando está angustiado; pero supondría una gran ganancia para él no tener que experimentar tales apuros y poder evitar así las consiguientes contorsiones.

También la costumbre hace frecuentemente que los oradores caigan en movimientos muy extraños, a los cuales están tan atados que no pueden expresarse sin ellos. El estirar un botón de la parte trasera de la chaqueta o el hacer girar los pulgares son gestos bastante corrientes, no como parte de la oratoria del predicador, sino como una especie de acompañamiento gratuito de aquella. En la revista *Spectator* (El espectador), Addison relata un divertido incidente de este tipo: «Recuerdo cuando era joven —dice— y solía frecuentar Westminster Hall, que había un abogado el cual jamás defendía a su cliente sin un trozo de bramante en la mano, que utilizaba enrollándolo alrededor del pulgar o de otro dedo mientras hablaba. Los bromistas de entonces lo llamaban 'el hilo de su discurso', ya que era incapaz de pronunciar una sola palabra sin el mismo. Uno de sus clientes, que era más chistoso que prudente, cierto día le quitó el trozo de bramante cuando estaba en medio de su defensa; pero mejor le hubiera sido dejarlo tranquilo, ya que la broma le costó perder el caso».

Aquellos de ustedes que aún estén libres de esas pequeñas particularidades deberían mantenerse en guardia, para no ir cediendo gradualmente a las mismas; pero siempre que se trate de simples menudencias que solo unos pocos observan, y no perjudiciales para los esfuerzos del predicador, no hay que hacer demasiado hincapié en ellas.

La postura del ministro debería ser natural, pero la naturaleza de la misma no tendría que ser tosca, sino elegante y educada. Deberían evitarse especialmente las posiciones artificiales para un orador, ya que estas dificultan los órganos de la voz o bloquean los pulmones. Tendríamos que emplear el sentido común y no hacer difícil para nosotros mismos el hablar inclinándonos sobre la Biblia o el atril. El inclinarnos como si estuviéramos hablando confidencialmente con las personas que se encuentran inmediatamente debajo de nosotros se puede tolerar ocasionalmente, pero como postura habitual es perjudicial y poco elegante. ¿Quién piensa en encorvarse cuando habla en una sala de estar? ¡Qué agotador sería llevar a cabo una larga conversación con el aparato respiratorio oprimido contra el borde de una mesa! Mantente erguido, adopta una postura firme y habla como un hombre. Algunos oradores yerran en el sentido contrario: echando mucho la cabeza hacia atrás, como

si hablaran a los ángeles o estuvieran viendo cómo una mano escribe en el techo. También esto es perjudicial, y, a menos que algún apóstrofe fortuito y sublime lo requiera, no debe practicarse en absoluto.

John Wesley dice muy acertadamente:

> La cabeza no debería estar demasiado erguida, ni tampoco muy adelantada como los payasos, ni agachada y colgando (como si dijéramos) sobre el pecho. Tampoco tendría que inclinarse siempre hacia un lado o hacia otro, sino mantenerse modesta y decentemente erguida, en su estado y posición naturales. Además, no debería estar ni fija como una estatua ni moviéndose constantemente de acá para allá. Para evitar ambos extremos tendría que girarse suavemente la misma, según la ocasión, una vez hacia una parte y otra hacia otra; y otras veces dejarse mirando directamente hacia delante, hacia el centro del auditorio.

Demasiados hombres adoptan una postura desgarbada: recostados y repantigados como si se apoyaran holgazanamente en el pretil de un puente y charlaran con alguien que se encuentra en una barca en el río. No entramos en el púlpito para haraganear y parecer desocupados y cómodos, sino para atender a un asunto muy solemne, y nuestra postura debería ser la que conviene a nuestra misión: un espíritu reverente y fervoroso no se manifestará con un aspecto holgazán o una postura desgarbada. Se dice que entre los griegos, aun los labradores y los pastores, adoptan un porte elegante sin saber que lo están haciendo. Y creo que lo mismo sucede con los italianos; ya que siempre que he visto a un romano o una romana —sin importar si están durmiendo en la escalinata de la plaza de España o sentados sobre un fragmento de los baños de Caracala, o llevando un bulto sobre sus cabezas, o montados en una mula... siempre parecen los estudios de algún artista; sin embargo esa es la última cosa que se les pasaría por la cabeza. Esos campesinos pintorescos jamás han tomado clases de gimnasia, ni se preocupan en absoluto por cómo los ven los extranjeros: una naturaleza pura, libre de amaneramientos, severidad y afectación moldea sus hábitos haciéndolos elegantes. Seríamos unos necios si imitáramos a los griegos o los italianos, excepto en su libertad de toda imitación; pero valdría la pena copiar su actuación espontánea y natural. No hay razón porque un cristiano deba ser un payaso, y existen muchas por que un ministro no debería ser un tostón. Glosando lo que dijo Rowland Hill acerca de que no podía entender por qué el diablo había de tener las mejores melodías, tampoco yo puedo entender que él haya de contar con los oradores más elegantes.

Pero dejando a un lado la postura, observemos más específicamente la *acción* que se ejecuta al predicar, la cual es igualmente una cosa secundaria pero importante. Nuestro primer comentario consistirá en que dicha acción *jamás debería ser excesiva*. En esta cuestión el ejercicio corporal para poco es provechoso. No podemos juzgar fácilmente cuándo una acción es excesiva, ya que lo que resulta exagerado en un hombre, en otro es posible que sea de lo más apropiado. Las distintas razas emplean acciones diferentes al hablar: dos hombres ingleses hablando entre sí lo harán con mucha moderación y sosiego comparados con un par de franceses. Observen a nuestros vecinos galos: ellos hablan con todo el cuerpo, encogen los hombros, mueven los dedos de las manos y gesticulan del modo más vehemente. Muy bien, entonces podemos permitir que un predicador francés sea más expresivo al predicar que un inglés, porque también lo es en su forma corriente de hablar. En realidad

no estoy seguro de que un predicador francés sea de este modo; pero si lo fuera, ello podría achacarse al hábito nacional. Si tú y yo nos pusiésemos a conversar de la manera parisina, se reirían de nosotros; y, del mismo modo, si fuéramos vehementes y violentos en el púlpito correríamos el mismo riesgo: ya que, si consideramos a Addison una autoridad en la materia, los oradores ingleses utilizan menos gestos que los de otros países. Con los hombres sucede lo mismo que con las razas: algunos gesticulan más que otros de manera natural; y si se trata realmente de algo natural, poco tenemos que objetar. Por ejemplo: no podemos censurar las maravillosas gesticulaciones y los paseos de John Gough, ya que sin ellos Gough no sería Gough. ¡Me pregunto cuántos kilómetros recorre en el transcurso de una de sus clases! ¿Acaso no le hemos visto ascender por la ladera de un volcán persiguiendo una burbuja? ¡Qué pena nos dio el verle hundido hasta los tobillos en la ceniza caliente! Y luego, de pronto, había cambiado de lugar y estaba en el otro extremo de la plataforma en Exeter Hall, apostrofando un vaso de agua. Pero solo se paró allí por un momento; y otra vez se precipitó sobre los callos de los hermanos de la liga antialcohólica que estaban en la primera fila. Ahora bien, eso estuvo bien para John Gough, pero si tú (John Smith o John Brown) comenzaras a dar esos paseos, pronto se te compararía con el judío errante o con el oso polar del Parque Zoológico, que va de acá para allá continuamente en el interior de su cubil.

Martín Lutero tenía la costumbre de aporrear tanto el púlpito que, en Eisenach, enseñan un tablero —creo que de 7 cm de grosor— el cual rompió mientras remachaba un pasaje bíblico. Esta leyenda se ha puesto en tela de juicio, ya que se asegura que aquellas delicadas manos capaces de tocar tan deliciosamente la guitarra, no pudieron haberse tratado con tanta dureza. Pero si la mano revela el carácter de su dueño, podemos creer sin dificultad dicha leyenda, porque en Lutero se combinaban a las mil maravillas la fuerza y la ternura. Su mente tenía una gran delicadeza y mucha sensibilidad; sin embargo estas nunca disminuían, sino que más bien aumentaban, su tremenda energía. Por la manera como golpeó la autoridad del Papa, no resulta en absoluto difícil de creer que fuera capaz de hacer pedazos una tabla. Y, no obstante, podemos muy bien imaginarle tañendo las cuerdas de su guitarra con manos de doncella: al igual que David era capaz de tocar el arpa con destreza y, sin embargo, romper un arco de acero con sus brazos.

Se dice que, en un tiempo, John Knox estaba tan débil que antes de que entrara en el púlpito pensabas que iba a desmayarse; pero que una vez delante del auditorio parecía que «haría astillas el púlpito a golpes». Ese era evidentemente el estilo del período en que los protestantes luchaban por su propia existencia, y el Papa, sus sacerdotes y el diablo con sus ángeles se enfurecían de un modo especial. Sin embargo, no creo que Melanchthon considerara necesario ser tan tremendo como Knox, ni Calvino parece que aporreara ni diera mandobles de esa manera. De cualquier modo, no tienes por qué tratar de romper tablas de 7 cm de grosor, ya que podría haber algún clavo en las mismas. Tampoco necesitas hacer «astillas» el púlpito, puesto que podrías quedarte sin púlpito. Asalta con fuerza las conciencias, y proponte quebrantar los corazones duros por el poder del Espíritu; pero estas cosas requieren un poder espiritual: la energía física no es el poder de Dios para salvación.

Resulta muy fácil exagerar tanto las cosas que parezcas ridículo. Tal vez fuera una aguda percepción de este peligro lo que llevó al Dr. Johnson a prohibir por completo la acción, y a encomiar tanto al Dr. Watts porque «no se esforzaba en acompañar su elocuencia con gesticulaciones: porque,

puesto que no hay acciones corporales que guarden correlación con la verdad teológica, no veía cómo aquellas podrían imponerla». La observación del gran lexicógrafo es un disparate, pero si se ponderara lo suficiente como para reducir a los predicadores a la total inacción, ello sería mejor que las poses exageradas que se adoptan.

Supongo que cuando Natán habló a David, contó su parábola muy sosegadamente, y que cuando llegó el momento de decirle «Tú eres aquel hombre», lanzó al rey una mirada muy severa. Pero los ministros jóvenes se imaginan que el profeta llegó dando zancadas hasta el centro del salón y, adelantando el pie derecho, apuntó con el dedo como con una pistola entre los reales ojos y, luego, dando un sonoro pisotón en el suelo, gritó: «TÚ ERES AQUEL HOMBRE». De haberlo hecho así, es muy de temer que el regio culpable hubiera visto desviarse sus pensamientos de sí mismo hacia el loco profeta, y hubiese llamado a la guardia para que despejara la estancia. Natán actuaba con una seriedad demasiado solemne como para mostrarse indecorosamente violento; y aquí podemos destacar, como una regla general, que la tendencia del sentimiento profundo es más bien a subyugar los ademanes que a hacerlos demasiado enérgicos. El que golpea al aire, grita a voz en cuello, se apasiona y da fuertes pisotones, no va en serio; y cuanto más quiere decir un hombre lo que dice, menos vehemencia grosera emplea para hacerlo. En sus *Directions concerning Pronunciation and Gesture* (Instrucciones respecto a la pronunciación y el gesto), John Wesley ata demasiado al predicador, cuando dice: «Jamás deberá dar palmadas ni aporrear el púlpito: las manos pocas veces deberían levantarse por encima de los ojos». Pero probablemente estaba pensando en algún caso evidente de extravagancia. Tiene razón, sin embargo, cuando advierte a sus predicadores que «las manos no deberían estar en movimiento perpetuo, ya que esto es lo que los antiguos llamaban el parloteo de las manos».

Y Russell dice muy sabiamente: «La verdadera vehemencia nunca degenera en violencia o vociferación. Es la fuerza de la inspiración, no del frenesí. No se manifiesta en el gritar y el echar espuma por la boca, el patear o el contorsionarse de los excesos vulgares. Siempre es noble y viril en su excitación más intensa: eleva, no degrada; jamás se rebaja al desgañitamiento, a la bronquedad gutural, al énfasis chillón, al tono histérico de éxtasis, a la actitud intimidatoria y al puño cerrado de la pasión desmedida»[3].

Cuando tu sermón parezca requerirte un poco de acción imitativa, sé particularmente vigilante para no sobrepasarte en la misma, porque es muy fácil hacerlo sin darse cuenta de ello. He oído contar de un joven ministro que, reconviniendo a los inconversos, exclamó: «Desgraciadamente cierran ustedes los ojos a la luz (y aquí cerró ambos ojos); detienen sus oídos de la verdad (y se metió un dedo en cada una de las orejas); y vuelven la espalda a la salvación» (y diciendo esto se puso de espaldas a la gente). ¿Se extrañan ustedes de que cuando aquella gente vio a un hombre en pie dándoles la espalda y con los dedos metidos en los oídos tuvieran ganas de reír? La acción podía ser apropiada, pero se exageró y mejor hubiera sido pasarse sin ella. Los gestos violentos, aunque algunos los recomiendan, seguro que impresionarán a otros por su lado jocoso. Cuando Burke arrojó la daga en la Cámara de los

[3] Russell, William, con Introducción de Park, Edwards A., D.D. y Kirk, Edward N., Revdo.: *Pulpit Elocution: comprising Remarks on the Effect of Manner in Public Discourse; the Elements of Elocution, applied to the reading of Scripture, Hymns and Sermons; with observations on the Principles of Gesture; and a Selection of Exercises in Reading and Speaking* (Andover, EE.UU., 1853).

Comunes para indicar que los ingleses estaban fabricando armas para que se utilizaran contra sus compatriotas, me parece que su acción fue llamativa y muy a propósito, sin embargo, Sheridan dijo al respecto: «El caballero nos ha traído el cuchillo; ¿pero dónde está el tenedor?», y Gilray lo caricaturizó malévolamente. Los riesgos de utilizar demasiada poca acción no son en absoluto grandes, pero resulta obvio que hay graves peligros en la otra dirección. Por tanto, no lleves demasiado lejos las acciones, y si crees que eres de naturaleza más bien enérgica en tu predicación, reprime un poco tus energías. Agita las manos un poco menos, golpea la Biblia con un poco más de misericordia, y tómate las cosas en general con un algo más de calma.

Burke

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Tal vez un hombre se encuentre más cerca del justo equilibrio en cuanto a la acción cuando sus ademanes no despiertan comentarios, ya sea de alabanza o de censura, porque están tan unificados con su mensaje que no se ven en absoluto como cosa aparte. La acción que resulta llamativa, probablemente sea desproporcionada y excesiva. El Sr. Hall en cierta ocasión pasó una velada con la Sra. Hannah More, y los juicios que emitió acerca de los gestos de esta muy bien pudieran servir para la crítica de los amaneramientos de los ministros. «Nada llamativo, señora, ciertamente no… Sus gestos están demasiado bien medidos para ser llamativos. Los gestos llamativos son malos modales, ya lo sabe usted, señora. Es una verdadera dama, y evita concienzudamente esas excentricidades que constituyen los gestos llamativos».

En segundo lugar, *las acciones deberían ser expresivas y apropiadas*. No podemos expresar tanto por medio de las acciones como de las palabras, pero sí manifestar algunas cosas con una fuerza aún mayor. Abrir una puerta de manera indignada y señalarla es tan enfático como decir: «¡Márchate!». Negarse a dar la mano a alguien que tiende la suya es una declaración notoria de animadversión y, probablemente, producirá un rencor más duradero que las palabras más severas. Una petición de guardar silencio acerca de algún asunto podría muy bien transmitirse poniendo el dedo índice sobre los labios. Un movimiento de la cabeza es una manera muy explícita de indicar reprobación. Las cejas arqueadas expresan muy bien la sorpresa; y cada parte de la cara tiene su propia elocuencia para manifestar el agrado o el pesar. ¡Cuánto se puede decir con un encogimiento de hombros!, ¡y cuánto daño han hecho algunos encogimientos así!

Por tanto, puesto que el gesto y la postura pueden hablar de manera impactante, debemos cuidar que lo hagan correctamente. No hemos de imitar a aquel griego famoso que exclamó: «¡Oh cielos!», mientras señalaba a la tierra con el dedo; ni describir la debilidad angustiosa aporreando el atril. Los oradores nerviosos parecen disparar al azar con sus gestos, y puedes ver cómo se retuercen las manos mientras disertan largamente acerca de las alegrías de la fe, o cómo se agarran convulsivamente a los lados del púlpito mientras ruegan a los creyentes que no se aferren a ninguna cosa terrena.

Hasta cuando se han liberado del temor, ciertos hermanos no siempre controlan sus gestos haciéndolos correr parejas con sus palabras. Puede verse a algunos hombres denunciando con el puño en alto a las mismas personas a quienes se esfuerzan por consolar. Espero que ningún hermano entre ustedes sea tan estúpido como para apretar las manos mientras dice: «El evangelio no está pensado para unos pocos: su espíritu es generoso y expansivo. El evangelio abre sus brazos a hombres de toda clase y toda nación». Sería igualmente un solecismo que extendieras tus brazos hacia delante y exclamaras: «¡Hermanos, concentren sus energías! Recójanlas como un general reúne a sus tropas bajo el estandarte real en el día de la batalla». Antes bien, pongan los gestos en los debidos lugares y vean cómo la difusión puede expresarse mediante los brazos abiertos y la concentración con las manos unidas.

La acción y el tono juntamente pueden contradecir por completo el significado de las palabras. El abate Mullois nos cuenta acerca de un malicioso bromista que, oyendo a un predicador pronunciar las terribles palabras «Apartaos […] malditos» en la forma más insípida, se volvió hacia su compañero y le dijo: «Lo que el párroco acaba de expresar es: Ven acá muchacho, y déjame que te abrace». Esto es penoso, pero en modo alguno raro. ¡Cuánta fuerza puede perder el lenguaje de la Escritura por la mala

transmisión del predicador! Esas palabras que pronunciara aquel orador francés de un modo tan inapropiado, son verdaderamente terribles; y así pude apreciarlo cuando hace poco se las oí sisear con enorme seriedad a un demente que se creía un profeta enviado para maldecirnos a mí y a mi congregación. De su boca salió ese «Apartaos [...] malditos» como el rezongar de los truenos, y la última palabra pareció morder en el alma misma cuando aquel fanático la lanzó sobre la asamblea con ojos llameantes y mano extendida.

Hay demasiados oradores que parecen haber recibido clases de Bendigo o de algún otro maestro del noble arte de la defensa personal, ya que levantan los puños como si estuvieran listos para un combate.

No resulta agradable ver a los hermanos predicar el evangelio de la Paz con ese estilo tan beligerante; sin embargo, no es en absoluto raro oír a un evangelista predicar a un Cristo gratuito con el puño cerrado. Resulta gracioso verlos adoptar una pose y decir: «Venid a mí [...] —y luego, revolviendo ambos puños—, y yo os haré descansar». Mejor no sugerir esas ideas ridículas; pero algunos hombres que desean fervientemente y por encima de todo hacer que sus oyentes piensen en cosas mejores, las han insinuado más de una vez. Caballeros, no me sorprende en absoluto que ustedes se rían; pero es infinitamente mejor que lo hagan *aquí* de buena gana, que sus congregaciones se rían de ustedes en el futuro. No les estoy presentando ningún boceto imaginario, sino uno que he visto con mis propios ojos y que me temo que aún seguiré viendo. Esas torpes manos, cuando se logran someter, se convierten en nuestros mejores aliados, y podemos hablar con ellas tan bien como lo hacemos con nuestras lenguas, e introducir una especie de silencio musical que añadirá atractivo a nuestras palabras. Si no has leído nunca *The Hand* (La mano), de *sir* Charles Bell, asegúrate de hacerlo, y observa bien el siguiente pasaje:

> No debemos omitir el hablar de la mano como instrumento de expresión. Acerca de esto se han escrito disertaciones formales; pero si hubiéramos de buscar autoridades para ello, podríamos destacar a los grandes pintores: ya que ellos han expresado todos los sentimientos con la posición de las manos según la figura. ¿Quién puede negar —por ejemplo— la elocuencia de las manos en las Magdalenas de Guido, su expresión en los cartones de Rafael o en la última cena de Leonardo da Vinci? En ellos vemos expresado todo lo que dice Quintiliano que la mano es capaz de expresar. «Porque otras partes del cuerpo —afirma— ayudan al orador, pero estas puedo decir que hablan ellas mismas. Con las manos prometemos, invocamos, rechazamos, amenazamos, instamos, despreciamos, reprobamos, expresamos temor, gozo o pena, así como nuestras dudas, nuestra aprobación y nuestro arrepentimiento; demostramos moderación o profusión; marcamos el número y el momento».

La cara, y especialmente los ojos, desempeñarán un papel muy importante en toda acción apropiada. Es muy desafortunado cuando los ministros no son capaces de mirar a su congregación: oírles argumentar con personas a las que no ven resulta muy singular. ¡Están instándoles a mirar a

Cristo clavado en la cruz, pero te preguntas dónde se encuentran los pecadores! Los ojos del predicador están vueltos hacia su libro, o mirando al techo o al vacío... A mí me parece que, cuando se trata de exhortar, se *debe* fijar la mirada en la congregación. Hay partes de un sermón cuya sublimidad doctrinal puede requerir una mirada a lo alto, y otras porciones que permitan a los ojos vagar a voluntad; pero cuando llega el momento de la exhortación, es inadecuado mirar a ningún otro sitio que no sea las personas a quienes se habla. Los hermanos que no hacen nunca esto se privan de un gran poder. Cuando el Dr. Wayland estaba enfermo, escribió: «No sé si recuperaré la salud que tenía; sin embargo, si se me permitiera volver a predicar, ciertamente haría cuanto estuviese en mi poder para aprender a predicar directamente a los hombres, *mirándoles a la cara*, no manteniendo los ojos en el papel que se encuentra encima del atril».

El hombre que quiera ser perfecto en la postura y en el gesto deberá controlar todo su cuerpo; ya que, en ciertos casos, la acción más deseable será aquella de su cabeza y, en otros, la de sus manos; y en otros aún la de su tronco simplemente. Quintiliano dice lo siguiente:

> Los costados deberían desempeñar su papel en el gesto; y también el movimiento del cuerpo entero contribuye mucho al efecto del mensaje: tanto que Cicerón cree que se puede hacer más mediante el gesto del mismo que con las propias manos. Así que, en su obra *De Oratore*, expresa: «No habrá en él movimientos afectados de los dedos —ninguna caída de estos para acomodarse a la cadencia mesurada del lenguaje—, pero efectuará gestos con los movimientos de todo su cuerpo y mediante la resuelta inflexión de su costado».

Podría multiplicar los ejemplos de lo que quiero decir con una acción apropiada, pero baste con estos: hagan que el gesto esté a la altura de las palabras y sea una especie de comentario continuo y de exegesis práctica de lo que están diciendo. Aquí debo hacer una pausa, con la esperanza de seguir hablando del tema en mi siguiente discurso. Pero tan consciente estoy de que muchos pueden considerar mi asunto tan secundario como para no tener importancia alguna, que concluyo dando un ejemplo de la manera tan cuidadosa como los grandes pintores prestan atención a los detalles diminutos, infiriendo solo lo siguiente: que si ellos son tan cuidadosos con las cosas pequeñas, mucho más deberíamos serlo nosotros. Como expresa Vigneul Marville:

> Cuando estaba en Roma veía a menudo a Claudio, a quien entonces patrocinaban las personas más eminentes de esa ciudad. Con frecuencia lo encontraba a las orillas del Tíber o deambulando por los alrededores de Roma, en medio de los venerables restos antiguos. Él era un viejo por aquel entonces; sin embargo lo he visto volver de su paseo con el pañuelo lleno de musgos, flores, piedras, etc., para estudiarlos en casa con esa atención infatigable que lo convertía en un copista tan exacto de la naturaleza. Cierto día le pregunté cómo hacía para lograr tal excelencia de carácter entre los pintores, aun en Italia; y la humilde respuesta de este venerable genio fue: «Me esfuerzo al máximo, hasta en las trivialidades más pequeñas».

Discurso 7

Posturas, acciones, gestos, etc. (II)

Este discurso comienza con el tercer punto. Como recordarán, dijimos que el gesto no debería ser excesivo, y en segundo lugar que debería ser apropiado. Ahora viene la tercera regla: *la acción y el gesto no deberían nunca ser grotescos*. Esto está bastante claro, y no lo reforzaré más que aportando algunas muestras de lo que es grotesco, a fin de que no solo evites situaciones idénticas sino todas aquellas que tengan un carácter similar. En todas las épocas pareciera que han abundado los gestos absurdos, ya que he encontrado en un autor antiguo una larga lista de extravagancias, algunas de las cuales cabe esperar que hayan desaparecido de este mundo, mientras que otras se describen con un lenguaje tan enérgico que probablemente sean una caricatura de los hechos reales. Este autor escribe:

> Algunos mantienen la cabeza inmóvil y vuelta hacia un lado, como si estuviera hecha de cuerno; otros miran fijamente con ojos tan horribles que parecieran querer asustar a todo el mundo; otros aún retuercen continuamente la boca y mueven el mentón mientras hablan, como si estuvieran partiendo nueces todo el tiempo; otros, como Juliano el Apóstata, respiran insultos y expresan desprecio y desvergüenza en sus semblantes. Otros más, como si personificaran a los ficticios héroes de las tragedias, abren tremendamente la boca y estiran las mandíbulas pareciendo que vayan a tragarse al mundo entero: sobre todo, cuando gritan enfurecidos, arrojan espuma por la boca aquí y allá, y amenazan con el ceño fruncido y unos ojos como los de Saturno. Estos, como si estuvieran jugando a algún juego, no dejan de hacer movimientos con sus dedos y, por la maniobra extraordinaria de sus manos, casi podría decirse que tratan de formar en el aire todas las figuras de los matemáticos; aquellos, por el contrario, tienen unas manos tan pesadas, y tan atadas por el terror, que podrían mover con más facilidad las vigas de madera. Muchos trabajan de tal manera con sus codos que resulta evidente o bien que han sido anteriormente zapateros, o que no han vivido sino en una sociedad de remendones. Algunos son tan inseguros con los movimientos de sus cuerpos que parecen estar hablando desde una barca; otros, por su parte, tan pesados y toscos al moverse que pensaríamos que son sacos de arrastre pintados para parecer hombres. He visto a algunos que saltaban a la plataforma y brincaban casi con ritmo de baile: hombres que exhibían la danza modernista y, como dice el poeta antiguo, expresaban su inteligencia con los pies. ¿Pero quién puede en un breve compás enumerar todos los defectos de gesto y todas las absurdidades de un mal discurso?

Este catálogo podría satisfacer sin duda al más voraz coleccionista para la cámara de los horrores, pero no incluye ni siquiera la mitad de lo que cualquiera capaz de vagar de asamblea en asamblea puede ver en nuestros propios días. Así como los niños parecen no agotar jamás sus travesuras, los oradores tampoco dan la impresión de encontrarse nunca al cabo de sus gestos singulares. Hasta los mejores caen en ellos de vez en cuando.

A la primera especie de acción grotesca podría llamársele *el tieso*, la cual es bastante común. Los hombres que manifiestan este horror parecen no poder doblar sus cuerpos y tener las coyunturas rígidas. Sus brazos y piernas se mueven como si estuvieran sobre goznes de hierro y fabricados de un

material sumamente duro. Una muñeca anatómica de madera, como las que utilizan los artistas, podría muy bien representar esos miembros tan rectos y tiesos, pero no sería capaz de imitar los tirones con que dichos miembros se lanzan arriba y abajo. No hay nada redondeado en la acción de estos hermanos, sino que todo es angular, afilado y mecánico. Si tuviera que demostrar lo que quiero decir poniéndome en sus posturas rectangulares, se podría suponer que estoy caricaturizando a más de un ministro del norte sumamente habilidoso; y teniendo presente este miedo y, además, sintiendo un supremo respeto por ellos, no me atrevo a entrar en detalles demasiado minuciosos. Sin embargo, cabe suponer que estos buenos hombres son ellos mismos conscientes de que no deberían plantar las piernas como si fueran las de un *linen-horse*[1] o unas enormes tenazas, y que sus brazos no tendrían que estar absolutamente tiesos como palos. Se ha sugerido que utilicen aceite para las articulaciones, pero parece haber una falta de lubricante en los miembros mismos, los cuales se mueven de arriba abajo como si pertenecieran a una máquina y no tanto a un organismo vivo. Seguramente cualquier tipo de ejercicio físico podría ayudar a curar este mal, que en ciertos predicadores de hoy casi supone una deformidad. En la plataforma del Exeter Hall, algunos caballeros aquejados por una rigidez anormal no solo proporcionan tema para un diestro caricaturista, sino que desgraciadamente desvían la atención del auditorio de sus propios discursos admirables debido a sus deplorables acciones. En cierta ocasión oímos cinco o seis comentarios acerca de la falta de garbo de las posturas del doctor, y solo una o dos en cuanto a su excelente discurso. Nuestro buen amigo Filón comenta: «La gente no debería fijarse en tales menudencias»; pero, deban o no deban hacerlo, ellos reparan en las menudencias mencionadas y, por tanto, sería mejor evitarlas. Es probable que alguna gente muy excelente considere todo este discurso como indigno de su atención y sazonado de un humor cuestionable; pero yo no puedo hacer nada en cuanto a esto, porque aunque no pongo tanta importancia en la acción como Demóstenes, que hizo de ella el primero, el segundo y el tercer punto de la oratoria, sin embargo, es cierto que a muchos buenos discursos les falta eficacia por el porte desgarbado del orador; por tanto, si puedo de alguna manera corregir ese defecto, sobrellevaré alegremente la crítica de mis hermanos más solemnes. Por muy festivos que parezcan mis comentarios, los hago con la mayor seriedad: estas extravagancias se derriban mejor con las flechas ligeras de la rechifla, de modo que las utilizo, no siendo de la misma opinión que aquellos…

Que piensan que toda virtud debe ser solemne
y las sonrisas son síntoma de depravación.

La segunda forma que adopta lo grotesco no es muy diferente de la primera, y puede describirse como *lo correcto y lo mecánico.* En este caso, los hombres se mueven como si no fueran seres vivos poseedores de intelecto y voluntad, sino autómatas ideados para seguir unos movimientos predeterminados a intervalos precisos. En la parte trasera del Tabernáculo, un inquilino ha colocado sobre su casa una especie de veleta en forma de soldadito, el cual levanta primero un brazo y luego el otro con un aire más bien modesto. Muchas veces me ha hecho sonreír, porque me recuerda

[1] Un *linen-horse* (caballo para la ropa) era una especie de percha de madera para secar la ropa en el interior de la casa, principalmente en el invierno cuando no se podía tender la ropa fuera. (N. T.).

irresistiblemente a cierto hermano que sacude alternativamente cada brazo o, cuando permite que uno de ellos permanezca quieto, mueve el otro de arriba abajo con tanta persistencia como si el viento o un mecanismo de relojería lo meneara. La mano sube y baja, sube y baja, sin volverse ni a derecha ni a izquierda y renunciando completamente a cualquier otro movimiento que no sea ese monótono subir y bajar. Poco importa lo aceptable que un movimiento pueda ser en sí mismo, ya que se hará insoportable si prosigue sin variación. Ludovicus Cresollius, de Bretaña (1620 d. C.), habla bastante duramente en su tratado acerca de la acción y la pronunciación, de un erudito y pulido predicador parisino que había despertado su ira con la agobiante monotonía de sus acciones:

> Cuando se volvía hacia la izquierda, decía unas pocas palabras acompañándolas de un gesto moderado de la mano, y luego, plegándose hacia la derecha, interpretaba nuevamente el mismo papel; seguidamente, otra vez hacia la izquierda y, después, de nuevo hacia la derecha: casi en el mismo intervalo medido de tiempo se estimulaba a efectuar su gesto habitual y repetía esa única clase de movimiento. Solo podía comparársele con los bueyes babilónicos de ojos vendados que van y vuelven por el mismo camino. Me encontraba tan hastiado que cerré los ojos, pero ni aun así logré superar la desagradable impresión que me causaban los ademanes del orador.

El estilo predominante en la Cámara de los Comunes (por lo que he podido apreciar en las reuniones públicas) es un movimiento arriba y abajo de la espalda y de la mano. La impresión que se da es que el diputado se inclina hacia la Presidencia y la honorable Cámara como haría un camarero en un restaurante cuando se le pide una comida complicada: «Sí, señor... sí, señor... sí, señor...», con

una sacudida después de cada exclamación. Esto es muy parecido a lo que se ha descrito convenientemente como el estilo de «la palanca de la bomba», que puede verse muy a menudo y consiste en una larga serie de tirones del brazo, pensados tal vez para aumentar la presión, pero que no consigue nada en absoluto. Los oradores de esta clase nos recuerdan al acertijo de Moore: «¿En qué se parece una bomba de agua a *lord* Castlereagh?».

En que es una cosa delgada de madera,
que mueve su desmañado brazo de arriba abajo,
y arroja serenamente borbotones, vez tras vez,
en una riada sin fin débil y aguada.

Ocasionalmente nos encontramos con una acción del tipo sierra, cuando el brazo parece alargarse y contraerse alternativamente. Este movimiento se ejecuta a la perfección cuando el orador se apoya sobre la barandilla —o sobre la parte delantera del púlpito— y corta hacia abajo en dirección al público como el aserrador jefe actuando sobre un pedazo de madera. Uno se pregunta cuántas tablas cortaría alguien en ese tiempo si estuviera realmente trabajando con madera en vez de aserrar el aire. Todos nos sentimos muy agradecidos por los aserradores conversos, pero confiamos en que se sientan con libertad para dejar sus sierras atrás.

Y algo muy parecido puede decirse de los numerosos hombres-martillo que trabajan entre nosotros, golpeando y aporreando a buen ritmo, para el destrozo de biblias y el desempolvado de cojines de púlpito. Hudibras celebró a los predecesores de estos caballeros en el verso tantas veces citado, que dice:

Y el eclesiástico tambor pulpitual,
batimos con baqueta harto manual.

Su sola y única acción consiste en aporrear, aporrear, aporrear, sin sentido ni razón, ya sea el tema agradable o patético. Predican con demostración de poder, pero la manifestación es siempre la misma. No nos atrevemos a decir que hieran con el puño inicuamente, pero ciertamente golpean con el mismo, y del modo más vigoroso. Exponen las sutiles influencias de las Pléyades y los suaves galanteos del amor a golpe de puños, y se esfuerzan por hacerte sentir la belleza y la ternura de su tema mediante el batir de su incesante martillo.

Algunos de ellos son sinceramente bastante romos y ni siquiera martillean con energía y buena voluntad, por lo que la cuestión se hace intolerable. Nos gusta oír un buen ruido, y ver a un hombre aporrear con vehemencia, si es que debe ser así; pero el caballero que tenemos en mente pocas veces —si es que alguna— lo hace de buena gana, y meramente golpea porque es su estilo.

Le oímos blandir su pesado mazo,
con mesurada y lánguida cadencia.

Si un hombre *tiene* que golpear, que golpee en serio; pero no hay necesidad de un aporreo perpetuo. Existen mejores formas de llegar a ser predicadores llamativos que imitando al ministro acerca del cual dijo su chantre que había destripado ya una biblia y estaba muy avanzado con la segunda. En algunos sermones de manuscritos viejos latinos con notas en el margen, se recomienda al predicador sacudir el crucifijo y martillear sobre el púlpito *¡como a Satanás mismo!* Por este medio debía recoger sus pensamientos. Pero no daríamos mucho por pensamientos recogidos de esta manera. ¿Acaso habrán visto esos manuscritos algunos de nuestros amigos y quedado cautivados por sus instrucciones? Al parecer así ha sido.

Ahora bien, el sacudir, serrar, bombear y aporrear podrían ser soportables, y hasta apropiados, si se mezclaran unos con otros; pero la reiteración perpetua de cualquiera de ellos aisladamente se vuelve tediosa y vacía. Las figuras de los mandarines asintiendo continuamente con la cabeza que hay en los salones de té, y las señoras de cera que dan vueltas con movimientos uniformes en el escaparate de la peluquería, no son buenos modelos para hombres que se enfrentan a la solemne tarea de ganar a los seres humanos para la gracia y la virtud. Tendrías que ser tan auténtico, real y fervoroso que te resultara imposible hacer movimientos meramente mecánicos, y que todo lo que te concierne evidenciara vida, energía, poder concentrado y ardiente celo.

Otra forma de lo grotesco podría describirse convenientemente como *el laborioso.* Algunos hermanos jamás fracasarán en su ministerio por falta de esfuerzo físico: cuando suben al púlpito es para hacer un trabajo duro, y al poco rato están resoplando como si fueran jornaleros trabajando a destajo. Acometen un sermón con la intención de abrirse paso a través del mismo y llevárselo todo por delante: el reino de los cielos sufre violencia con ellos en otro sentido además del que recibe en las Escrituras. «¿Cómo le va a tu nuevo ministro?», le preguntó a un oyente del campo un amigo curioso. «Oh —le contestó el otro—, seguro que le va bien, porque asalta el pecado con fuerza suficiente para derribar a un buey». Cosa excelente si se hace espiritualmente, pero no si se ejecuta en sentido literal. Cuando he oído ocasionalmente de algún hermano extravagante que se quita el cuello y el corbatín en un día muy caluroso —y hasta llega a despojarse de la chaqueta—, he pensado que sencillamente está adoptando la posición en que le gustaría encontrarse a un orador de esfuerzo físico, ya que este considera un sermón como una batalla o un combate de lucha libre. Cierto estruendoso irlandés que conozco, rompió una silla durante una arenga contra el papismo, mientras yo temblaba también por la mesa. Y un distinguido actor que llegó a convertirse y hacerse predicador a una edad ya avanzada, solía golpear repetidamente la mesa o el suelo con su bastón cuando se excitaba durante un mensaje, y en ocasiones yo hubiera deseado poder cerrar los oídos, cuando los vigorosos golpes de su garrote se sucedían con gran rapidez y aumentaban la fuerza. Me sería imposible decir qué utilidad particular podía tener ese ruido, ya que todos estábamos despiertos y su voz era suficientemente potente. Sin embargo no nos importaba, viniendo como venía de aquel enorme anciano, ya que a este le cuadraba el «sano frenesí» de su entusiasmo sincero; pero el ruido no resultaba tan apetecible como para que cualquiera de nosotros lo requiriera.

La acción laboriosa es con frecuencia una reliquia del oficio de predicador en épocas pasadas. Así como un viejo cazador no puede olvidar del todo a los lebreles, tampoco el buen hombre es capaz de liberarse de las costumbres de su profesión. Un hermano que ha sido carretero siempre predicará como si estuviera haciendo ruedas; y si conoces la técnica de la carretería, podrás reconocer la mayoría de los pasos que sigue en uno de sus mensajes más vivaces. En otro buen amigo puedes reconocer al ingeniero; en un tercero al tonelero; y en un cuarto al tendero con su balanza. Si un hermano ha sido carnicero es bastante seguro que nos enseñará cómo tumbar un buey cuando este se pone un poco rebelde. Y mientras observaba cómo el discurso crecía en intensidad, y al predicador emocionarse con su tarea, he pensado para mí: «Aquí viene el hacha, allá va el buey engordado, ahí cae el toro premiado…». Ahora bien, estas reminiscencias de ocupaciones pasadas no siempre son muy censurables, y resultan en todo momento menos detestables que la inexcusable falta de garbo de

caballeros que han estado residiendo desde su juventud en los salones de la erudición. Estos a veces trabajan igual de denodadamente, pero en cosas muy poco parecidas a las ocupaciones útiles: golpean el aire y ponen empeño no consiguiendo nada. Los caballeros de las universidades son con frecuencia más espantosos en sus acciones que la gente corriente: tal vez porque su educación les ha privado de confianza y les ha hecho tanto más nerviosos y desgarbados.

A veces se me ha ocurrido que algunos predicadores se imaginan que están sacudiendo alfombras, o cortando leña, o picando carne para salchichas, o acariciando mantequilla o metiéndole los dedos en los ojos a la gente. ¡Ah si pudieran verse como otros los ven, entonces tal vez dejarían de actuar cara al público y pospondrían para otro momento sus ejercicios físicos! Después de todo, prefiero las exhibiciones laboriosas y vigorosas a los aires más relajados y hasta majestuosos de ciertos charlatanes dueños de sí mismos. Uno se frota las manos con evidente autosatisfacción…

Lavándoselas con un jabón invisible
en un agua imperceptible.

Y entretanto pronuncia las mayores perogrulladas con el aire de un hombre que está por encima de Robert Hall o de Chalmers. Otro hace una pausa y mira a su alrededor con un aire de dignidad, como si acabara de comunicar una inestimable información a un grupo de individuos altamente favorecidos, de los cuales se podía razonablemente esperar que se alzasen intensamente emocionados y expresaran su irresistible agradecimiento. No se ha dicho nada que vaya más allá de los meros comentarios de un chico de escuela; pero el aire de dignidad, la actitud de autoridad y el tono mismo del hombre, demuestran lo satisfecho que está de sí mismo. No se trata de una predicación trabajosa, pero se me ocurre mencionarla porque es exactamente lo contrario de aquella y mucho más censurable. Indudablemente, unos pocos bobalicones se sienten subyugados y se imaginan que el hombre en cuestión debe estar diciendo algo importante, cuando se expresa de manera tan pomposa; pero a la gente sensata al principio le resulta divertido y luego se cansa de esas maneras de gran señor. Una de las principales ventajas de la educación en nuestra Escuela es la certeza de que cualquier amaneramiento ampuloso caerá gracias a las cordiales ansias con que todos nuestros estudiantes se deleitan en rescatar a un hermano de semejante peligro. Muchas personas presuntuosas se han desinflado en esta sala bajo el tierno tratamiento que ustedes les han administrado, espero que para nunca jamás volver a hincharse tanto como antes. Hay algunos en el ministerio de todas las iglesias que se beneficiarían ricamente de unas pocas críticas tan sinceras, aunque no salvajes, que han soportado a manos de ustedes ciertos oradores primerizos. Ojalá que cada uno de los ministros que no han sufrido este martirio instructivo pudiera encontrar a algún amigo lo suficientemente honrado como para señalarle cualquier extravagancia en los ademanes en que hubiera podido caer sin darse cuenta.

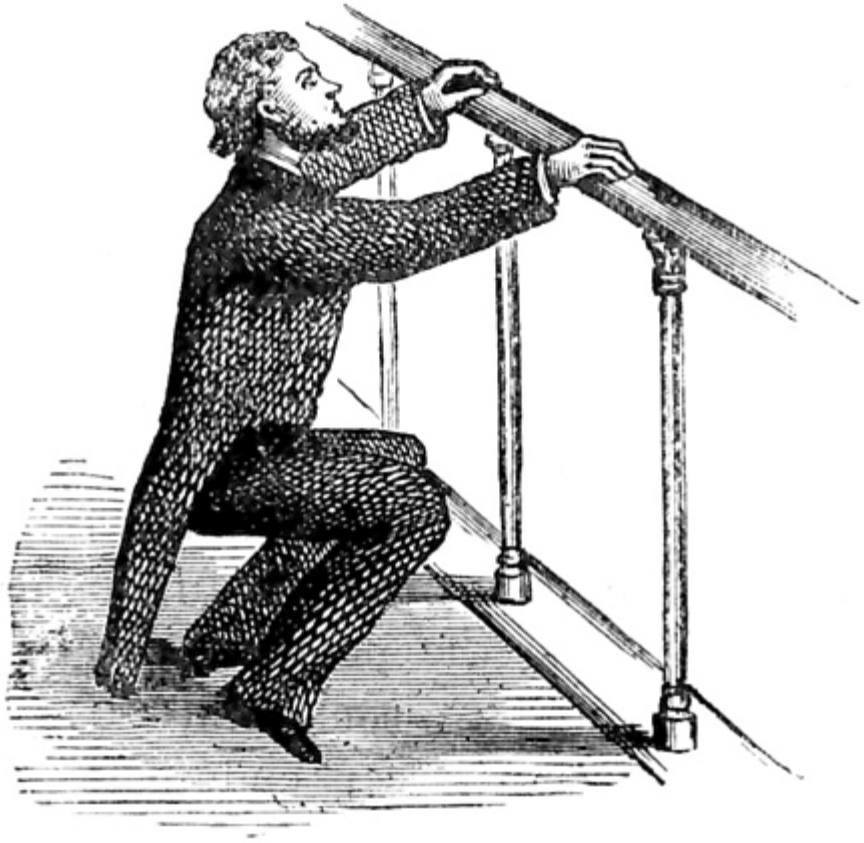
Pero aquí no podemos pasar por alto a otro laborioso orador en el que estamos pensando: lo llamaremos el predicador en movimiento perpetuo, el cual es pura acción y levanta el dedo, o agita la mano, o da una palmada con cada palabra. No descansa ni un momento; y está tan ansioso por acentuar lo que dice que yerra eficazmente su blanco, ya que cuando se subraya cada palabra por medio de un gesto nada se destaca en realidad. Este hermano, con sus movimientos, desvía el

pensamiento de los hombres de las palabras que está diciendo; de hecho, el ojo aleja del oído los pensamientos, por lo que el blanco del predicador se yerra por segunda vez. Este movimiento continuo agita mucho a algunos oyentes, y los pone nerviosos. No es de extrañar, ¿porque quién puede soportar esas incesantes palmaditas, indicaciones con el dedo y agitaciones de la mano? En las acciones, como en todo lo demás, «vuestra modestia sea conocida de todos los hombres» (Fil. 4:5, RV 1909).

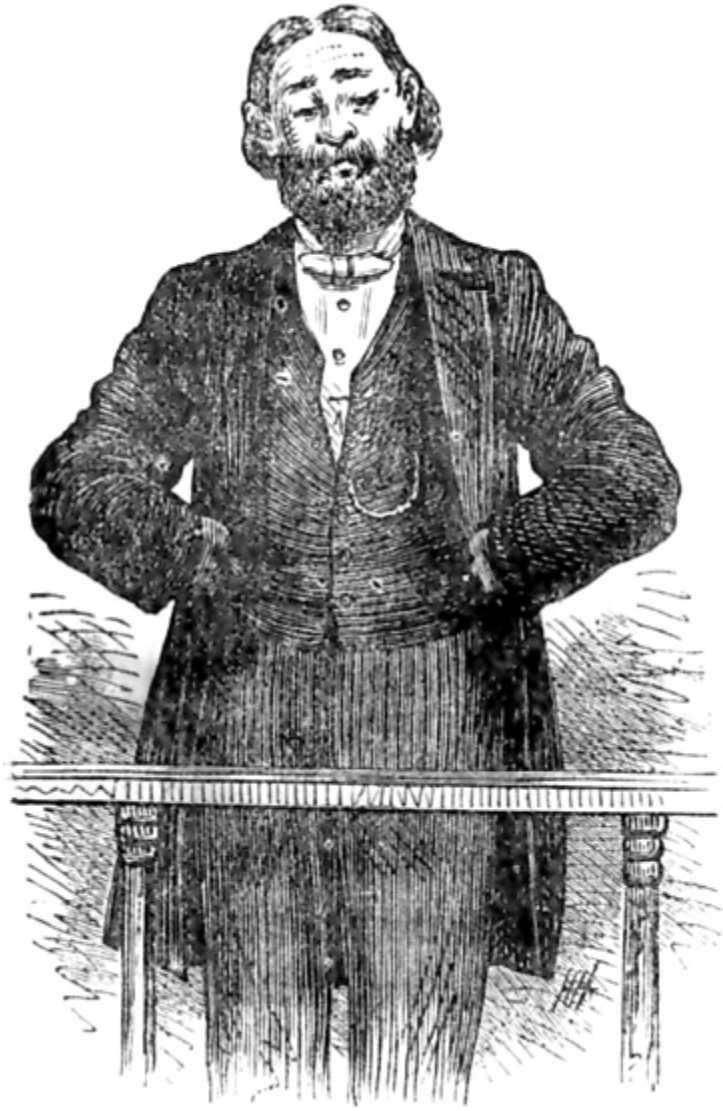
Así que he mencionado tres especies grotescas: el tieso, el mecánico y el laborioso; y también he echado un vistazo al placenteramente digno. Concluiré la lista refiriéndome a dos tipos más. Primero está el *marcial*, que roza bastante lo grotesco como para incluirlo en esta categoría. Algunos predicadores parecen estar peleando la buena batalla de la fe cada vez que se presentan delante de una congregación. Adoptan una postura de esgrima, y bien se mantienen «en guardia» contra un enemigo imaginario o atacan al adversario invisible con firme determinación. No podrían parecer más fieros si fueran a la cabeza de un regimiento de caballería, ni más satisfechos al final de cada porción de su mensaje si hubieran peleado seguidas varias batallas de Waterloo. Ladean la cabeza con un aire triunfante, como si dijeran: «He hecho huir a este enemigo y no oiremos hablar más de *él*».

La última acción singular que colocaré en este apartado es *la inoportunidad*. En este caso, las manos no actúan coordinadas con los labios: el buen hermano lleva la acción un poco retrasada y, por tanto, toda la operación está fuera de orden. Al principio no puedes entender al hombre en absoluto —parece estar gesticulando sin ton ni son—, pero al fin descubres que su acción presente se ajusta muy bien a lo que ha dicho unos segundos antes. El efecto es sumamente extraño: confunde a aquellos que no tienen la clave del mismo y, cuando se ha entendido plenamente, no pierde nada de su excentricidad.

Además de estas rarezas, hay otra clase de acción que debe describirse —por utilizar el término más liviano— como horripilante. Para tales acciones, se necesita generalmente una plataforma, ya que un hombre no puede hacerse tan absolutamente ridículo cuando está escondido dentro de un púlpito. Agarrarse de una barandilla e ir bajando cada vez más hasta casi tocar el suelo es sumamente absurdo: podría ser una postura apropiada como preludio para una proeza de agilidad gimnástica, pero como acompañamiento de la elocuencia resulta monstruosa. Sin embargo, la he visto llevar a cabo más de una vez. Me ha sido difícil transmitir a mi dibujante esa extraordinaria posición, pero el grabado puede ayudarnos a mostrar lo que queremos decir y también para que la postura en cuestión pase a la historia. Uno o dos hermanos se han divertido de este modo en mi plataforma, y si lo desean pueden hacerlo de nuevo, siempre que después de verse así dibujados consideren que la postura es convincente e impresionante. Sería mucho mejor para tan extraordinarios acróbatas que pudiera decirse de ellos lo mismo que de aquel gran wesleyano, Richard Watson: «Se mantenía perfectamente erguido y casi la única acción que utilizaba era un ligero movimiento de la mano derecha, con un sugestivo meneo de la cabeza».



Hemos permitido que el encogimiento de hombros esclavizara a algunos predicadores. Ciertos hombres son por naturaleza cargados de espaldas, y muchos más se muestran determinados a parecerlo, ya que cuando tienen algo importante que comunicar lo respaldan con una elevación del espinazo. Un excelente predicador de Bristol recientemente fallecido solía encoger primero un hombro y luego el otro mientras sus magníficos pensamientos pugnaban por salir, y cuando estaba expresando los mismos el hombre parecía un jorobado hasta que había acabado el esfuerzo. ¡Qué pena que una costumbre así se hubiera hecho crónica! ¡Cuán deseable hubiera sido evitar que se formara! Quintiliano dice al respecto: «Algunas personas alzan los hombros cuando hablan, pero esto es un defecto del gesto. Demóstenes, para curarse del mismo, solía meterse en un púlpito estrecho y practicar la oratoria con una lanza colgada encima de su hombro; de tal manera que, si con el entusiasmo del discurso no evitaba el defecto en cuestión, recibía un correctivo hiriéndose con la punta de la misma». Ese es un remedio bien punzante; pero valdría la pena que los hombres que deforman la figura humana se hicieran una herida ocasional para curarse así de dicho defecto.



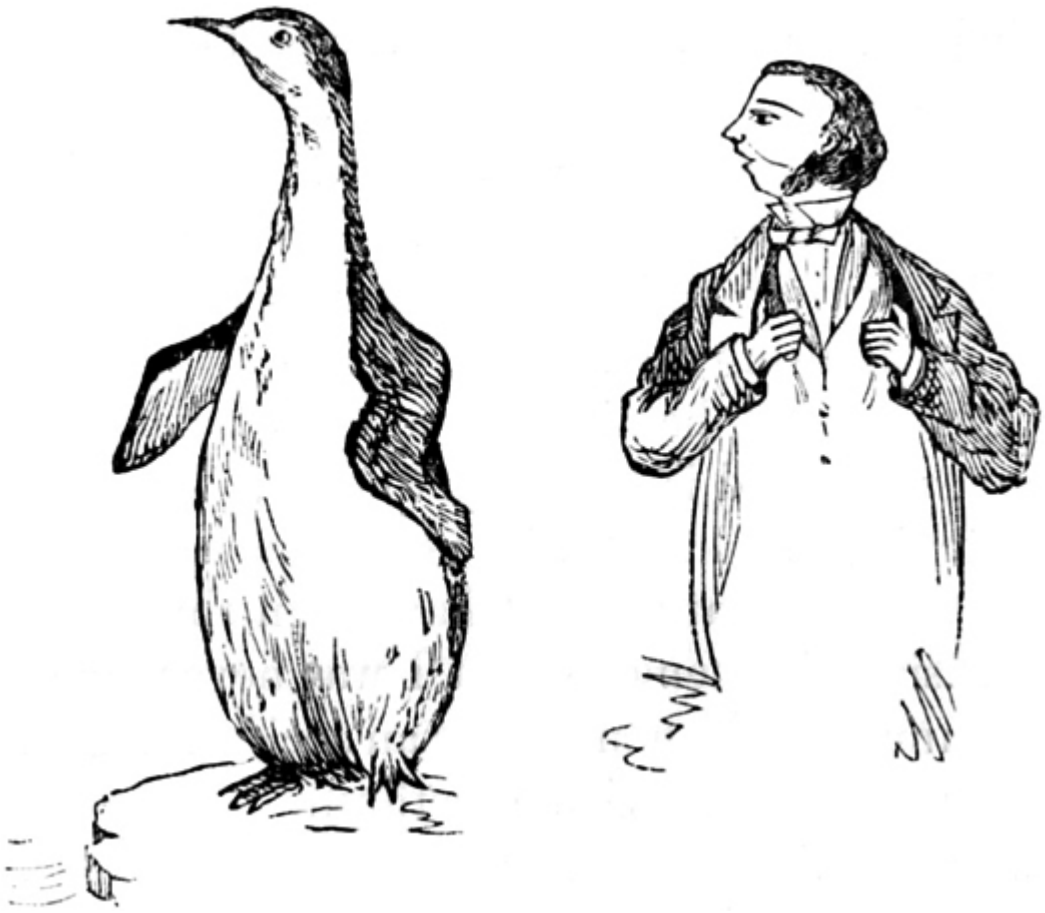
En una reunión pública en cierta ocasión, un caballero que parecía muy relajado y que hablaba con una buena dosis de confiada superioridad, colocó las manos a su espalda, debajo de la cola de su frac, produciendo una figura muy singular, especialmente para aquellos que tenían una vista lateral de la plataforma.

A medida que el orador se iba animando, movía su cola con más frecuencia, trayendo a la mente del espectador una lavandera blanca. Hay que verlo para poderlo apreciar; pero una sola exhibición bastaría para convencer a cualquier hombre sensato de que, por muy elegante que pueda ser un frac, el ver la cola del mismo agitarse a las espaldas del orador no añade nada a la solemnidad de la ocasión. También puede que hayas visto en ciertas reuniones a ese caballero que se pone las manos sobre las caderas y parece, o bien que estuviera desafiando al mundo entero, o bien que sufriera un dolor considerable.

Esta posición nos hace pensar en el mercado de Billingsgate y sus pescaderas mucho más que en la elocuencia sagrada. Los brazos «en jarras» sugieren más lo ridículo que lo sublime. No importa que caigamos en ello por un momento; pero dar un mensaje en esa postura resulta grotesco. Y aún peor es estar en pie con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, como la gente que puede verse en las

estaciones de ferrocarril francesas, la cual probablemente se mete las manos en los bolsillos porque no tiene otra cosa dentro de los mismos, y ya se sabe que la naturaleza aborrece el vacío. A nadie se le censurará por meterse momentáneamente un dedo en el bolsillo del chaleco, pero las manos en los bolsillos del pantalón... eso resulta excesivo. El hombre que llega a tales extremos debe de haber sentido primero un completo desprecio por el auditorio y las personas. Ustedes, caballeros —porque son caballeros—, no necesitan que se les advierta contra esta práctica, porque jamás se rebajarán a adoptarla. De vez en cuando, delante de un auditorio extremadamente refinado y amanerado, alguien puede sentirse tentado a escandalizar su ridícula afectación con la libertad y la soltura concebidas como afirmación de una ruda virilidad, pero ver a un hombre predicar el evangelio con las manos en los bolsillos no nos recuerda ni a un profeta ni a un apóstol. Hay hermanos que hacen esto de cuando en cuando, y que pueden permitírselo debido a su fuerza de carácter general; estos son, sin embargo, los hombres que no deberían hacer algo semejante, ya que su ejemplo tiene un gran efecto y ellos son, en cierta forma, responsables por los peleles que puedan imitarlos.

Hay otro estilo indecoroso casi aliado de este último, aunque no tan censurable. Puede verse en las cenas públicas corrientes, en donde se necesita exhibir un poco más los chalecos blancos, y en las reuniones de artesanos con las que el patrón ha agasajado a sus empleados y en las que está haciendo un brindis por «la empresa».



Ocasionalmente, también se ve en reuniones religiosas cuando el orador es un hombre de cierta importancia local y se siente el monarca de todo lo que supervisa. En este caso los pulgares se

introducen en las sisas del chaleco, y el que habla se echa para atrás la chaqueta y muestra la parte inferior de la chaquetilla. A esto lo he llamado el *estilo pingüino*, y soy incapaz de encontrar una comparación mejor.

Para un lacayo o un cochero durante una velada, o para un miembro de la Orden Unida de los Tipos Extraños, esta postura pudiera ser correcta y digna, y a un padre venerable se le permite hablar a sus hijos e hijas de esta manera en una reunión familiar; pero para un orador público, y más aún para un ministro, se trata de un hábito sumamente impropio por lo general.

Prima hermana de esta moda es aquella otra de agarrarse la chaqueta cerca del cuello, como si el orador considerara necesario sujetarse bien a sí mismo. Algunos se enganchan firmemente de la solapa y luego van deslizando las manos de arriba abajo como intentando doblar la chaqueta por otro lugar, o alargar el cuello de la misma. Parecen colgarse de su parte delantera como si lo hicieran de dos cuerdas: nos preguntamos cómo es que no se parte la prenda por el revés del cuello. Esta práctica no añade nada a la fuerza o la claridad del estilo del orador, y su significado puede que sea: «Me siento muy a gusto, y estoy encantado de oír mi propia voz».

Puesto que valdría la pena erradicar tantos horrores como fuera posible, mencionaré aun aquellos que pueden estimarse poco comunes. Recuerdo a un ministro bastante capaz que estaba acostumbrado a mirarse la palma de su mano izquierda mientras con la derecha parecía escoger sus ideas de la misma. Las divisiones, los ejemplos y los puntos importantes, todo ello al parecer brotaba de la palma de su mano como si de flores se tratara, las cuales extraía luego de allí cuidadosamente una por una desde la raíz para enseñárselas a la gente. Poco importaba, ya que sus pensamientos eran de un orden elevado y excelente, pero no obstante la acción no resultaba elegante en absoluto.

Otro predicador de bastante nivel solía llevarse el puño a la frente y golpeársela suavemente, como si tuviera que llamar a la puerta de su cerebro para despertar sus pensamientos. Esto también era más peculiar que impactante.

Otra acción extravagante consiste en señalar con el dedo índice de la mano derecha la izquierda, como si se quisieran horadaran agujeritos en la misma, o utilizar el dedo ya mencionado para apuñalar al aire.

Pasarse la mano por la frente cuando el pensamiento es profundo y no se encuentra fácilmente la palabra exacta resulta un movimiento muy natural, pero el rascarse la cabeza no es en modo alguno tan recomendable, aunque sea tal vez igualmente natural. He visto esta última acción llevada hasta grandes extremos, pero jamás me he sentido cautivado por ella.

No puedo evitar el mencionar aquí un caso grotesco casual que resulta sumamente corriente: algunos hermanos siempre proclaman la ley con una mano desplegada, la cual siguen moviendo de arriba abajo al ritmo de cada frase. Ahora bien, esta acción puede ser excelente a su manera si no se continúa haciendo de forma demasiado monótona, pero por desgracia tiene sus riesgos. Si el ferviente orador sigue levantando la mano y bajándola, corre el grave peligro de mostrar a menudo el aspecto que ha representado el artista. Dicha acción raya en lo simbólico, pero por desgracia el símbolo ha quedado en cierto modo desvirtuado y se ha descrito como «poner el pulgar de la burla en la nariz del menosprecio». Algunos hombres hacen esto inadvertidamente una docena de veces durante cada mensaje.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Ustedes se han reído de estos retratos que he dibujado para su edificación, cuídense de que nadie tenga que reírse de ustedes por haber caído en estas acciones absurdas u otras semejantes.

He de confesar, sin embargo, que no tengo tan mal concepto de ninguna de dichas acciones en particular, ni de todas ellas juntas, como del estilo *exquisito*, que es completamente despreciable y abominable. Dicho estilo es peor que lo corrientemente vulgar, ya que constituye la esencia misma de la vulgaridad, aderezada con amaneramientos y aires de dignidad. Rowland Hill esbozó lo que estoy censurando en su retrato del Sr. Taplash. Aunque, naturalmente, se trataba de una descripción más correcta de los detalles de hace cincuenta años, por lo que respecta a los trazos principales aún resulta suficientemente precisa:

> El orador, cuando entraba, lo hacía muy acicalado y vestido de la manera más perfecta; no podía verse ni un cabello fuera de su lugar sobre su vacía mollera, a la que el peluquero había dedicado su atención durante toda la mañana del domingo y empolvado hasta dejarla tan blanca como la nieve pura y virginal. Tan elegantemente ataviado, y oliendo como un gato de algalia por la abundancia de perfumes, aromatizaba el aire al pasar. Luego, con un brinco de lo más vanidoso, entraba en el púlpito como si estuviera saliendo de una caja de sombreros; y allí, no solo tenía que exhibir su elegante

producción, sino también su distinguido yo: mostrando en su blanca y delicada mano el anillo de diamantes, mientras desdoblaba y manejaba con notable destreza y arte su pañuelo blanco ricamente perfumado. Luego se llevaba ocasionalmente a la nariz su frasco de sales, creando diferentes ocasiones de mostrar su rutilante anillo. Entonces, después de ajustar las cuestiones importantes de su pañuelo y su frasco de sales, tenía que sacar su espejo, a fin de poder reconocer a la parte hermosa de su auditorio, a la cual podía haber estado galanteando y entreteniendo con su barata conversación el día anterior; y a quienes, tan pronto como captaba sus miradas, favorecía con una sonrisita tonta y un gracioso asentimiento de cabeza.

Esta es una versión satírica en prosa del repaso que hace Cowper de ciertos «mensajeros de la gracia» que «recaían en sí mismos» una vez acabado el sermón. Poca cosa debían de haber sido.

Allá que sale el espejo de bolsillo.
Primeramente, nos atusamos una ceja;
a continuación, arreglamos un bucle de pelo desordenado;
luego, dándonos aires de la manera más elegante,
nos dejamos caer en nuestro asiento, extendemos un brazo
y lo colocamos cómodamente con suave cuidado,
dejando que el pañuelo que tenemos en la mano cuelgue bajo.
La mano mejor, más ocupada, aplica a la nariz
su hierbabuena, o ayuda a su endeudado ojo
con gemelos de teatro, a observar la escena en movimiento
y reconocer a la belleza que se retira lentamente.
Esto es repugnante y me ofende más
de lo que lo haría la tosquedad
en un clérigo descuidadamente desaliñado.

La «rústica tosquedad» es bastante agradable después de haber sufrido ese remilgo inane. Bien exhortaba Cicerón a los oradores a adoptar sus gestos más bien del campamento o de la palestra que de los bailarines con sus afeminadas delicadezas. Jamás se debe sacrificar la virilidad a la elegancia: los maestros almidonados y elegantes nunca conseguirán que nuestras clases trabajadoras consideren siquiera la verdad del cristianismo. El artesano británico admira la hombría, y prefiere prestar atención a alguien que habla con estilo entusiasta y natural; en realidad los trabajadores de cualquier nación son más susceptibles de verse impresionados por una negligencia corajuda que por una atención lechuguina a la apariencia externa. Sospechamos que la historia que cuenta el abate Mullois es solamente una entre muchas[2].

A un trabajador manual parisino convertido —un hombre voluntarioso pero franco, lleno de energía y vivacidad— que con frecuencia había hablado con mucho éxito en clubes de hombres de su propia clase, le pidió el predicador que le había guiado a Dios que le dijera por qué medio él, que en otro tiempo había estado tan alejado de la religión, finalmente se había visto restaurado a la fe.

[2] Mullois, Isidore M, abate: *The Clergy and the Pulpit in their Relations to the People.*

—Si lo hace —dijo el que preguntaba—, me ayudará en mis esfuerzos por reclamar a otros hombres.

—Preferiría no hacerlo —respondió el otro—, porque tengo que decirle sinceramente que usted no figura de forma muy destacada en el asunto.

—No importa —expresó el predicador—, no será la primera vez que he oído ese mismo comentario.

—Bueno, si debe saberlo, puedo contarle en pocas palabras cómo sucedió. Una buena mujer me había estado importunando con que leyera ese *librillo* de usted (perdone la expresión, pero así solía yo hablar en aquellos días); y al leer unas pocas páginas, me sentí tan impresionado que tuve un gran deseo de verle.

«Se me dijo que predicaba usted en cierta iglesia, y fui para escucharle. Su sermón tuvo un efecto adicional en mí; pero, si he de serle sincero, muy pequeño (nada comparativamente). Lo que más me ayudó fueron sus modales abiertos, sencillos y cordiales; y, principalmente, su pelo mal peinado: *porque siempre he detestado a esos sacerdotes cuyas cabezas nos recuerdan a un ayudante de peluquero.* Y me dije: 'Ese hombre se olvida de sí mismo por nuestra causa; por tanto, deberíamos hacer algo por él'; tras lo cual decidí hacerle una visita y usted *me cazó*. Ahí empezó y terminó todo.

Hay algunas señoritas bobas embelesadas con ciertos jóvenes cuya principal preocupación son sus preciosas personas, aunque cabe esperar que cada día sean menos; pero en cuanto a los hombres sensatos —y especialmente los robustos trabajadores manuales de las grandes ciudades—, ellos detestan por entero a los ministros presumidos. Allí donde hay fingimiento, se levanta de inmediato una barrera entre el hombre en cuestión y la multitud sensata. A pocos oídos les deleita la voz de los pavos reales.

Es una pena que no podamos persuadir a todos los ministros para que sean *hombres*, ya que resulta difícil ver de qué otra manera podrían ser verdaderos hombres de Dios. También hay que lamentar que no seamos capaces de inducir a los predicadores a que hablen y gesticulen como personas sensatas, ya que hasta que lo hagan les resultará imposible captar la atención de las masas. Todas esas cuestiones foráneas de la postura, el tono o el vestir constituyen barreras entre la gente y nosotros: para ganar hombres, debemos hablar como hombres. Por esta razón —así como por otras más graves—, el reciente avivamiento de los sombreros de señora en la Iglesia anglicana es un paso en la dirección equivocada. Hace cien años, la atención a la vestimenta por parte del clero era igual de sobresaliente que hoy, pero no conllevaba significado doctrinal y era mera presunción, si hemos de creer a Lloyd en su «Metrical Plea for Curates» (Ruego en verso para clérigos) con el que ataca de muy buena gana a los párrocos y del resto describe a un canónigo petimetre:

¡He ahí a Nugoso, serpenteando, deslizando los pies!
Un mero títere eclesiástico, un autómata
ordenado. ¡Observen su paso melindroso y danzarín,
sus cremas y capas religiosas en la cara!
Todo él es religión, de la cabeza a los pies;
pero los sombrereros y peluqueros
lo han hecho así. Lleva la religión a la moda:
la cepilla, la almidona, la peina cada día…
Su ortodoxia reside en las cosas externas:

en los sombreros de seda, las sotanas, los faldones,
las bandas, los guantes y los anillos.
Su saber lo demuestra por su capirote doctoral,
y manifiesta su bondad en que su ropa es buena.

Esta afición por los atavíos bonitos condujo a una tiesa corrección en el púlpito: la llamaban «dignidad» y se enorgullecían de ella. La corrección y el decoro eran su preocupación principal, y estas cosas se mezclaban con la pomposidad y las sonrisas tontas según las peculiaridades de la criatura, hasta que los hombres honrados se cansaron de sus huecas actuaciones y abandonaron esas predicaciones rebuscadas. Aquellos predicadores estaban demasiado preocupados con la corrección para interesarse por ser útiles, y no condescendían a emplear los gestos que hubieran hecho sus palabras un poco más inteligibles, porque: ¿Qué les importaba a ellos lo vulgar? Si las personas de buen gusto se sentían satisfechas, ya tenían toda la recompensa que deseaban; mientras tanto, las multitudes eran destruidas porque les faltaba conocimiento. Dios nos libre de la conducta refinada y la corrección elegante si estas cosas mantienen a las masas alejadas del culto público a Dios.

En nuestros días, esta afectación repelente es —así lo esperamos— mucho menos corriente, pero aún sobrevive. Tuvimos el honor de conocer a un ministro que no podía predicar sin sus guantes de cabritilla negra; y cuando, en cierta ocasión, se encontró en un púlpito sin ellos, bajó a la sacristía a buscarlos. Por desgracia, uno de los diáconos se había llevado consigo a su banco, no su propio sombrero —como era su intención— sino el del predicador; y mientras se descubría aquello, el ministro estuvo sumamente agitado, exclamando: «Jamás predico sin guantes; no puedo hacerlo. No puedo entrar en el púlpito hasta que los encuentren». ¡Ojalá nunca los hubiera encontrado, porque era más idóneo para estar detrás de un mostrador de lencería, que para ocupar el atril sagrado. Los ministros deben evitar el desaseo de cualquier tipo, pero la virilidad cae más a menudo en esta falta que en ese otro vicio afeminado; por tanto, apártate con todas tus fuerzas de este error más grave. Cowper dice refiriéndose a esto: «Aborrezco en mi alma todo amaneramiento»; y lo mismo hace cualquier hombre sensato. Todo truco y efecto de escenario son insoportables cuando se trata de dar el mensaje del Señor. Es mejor una ropa andrajosa y una dicción tosca —sin arte y con sinceridad— que la afectación clerical. Es mucho más preferible violar todos los cánones de la elegancia que ser un mero actor, un consumado intérprete, o un comediante sobre un escenario religioso. Un caricaturista me honró, hace veinte años, con el nombre de *Brimstone*[3], y colocó a mi lado a un orador sonriendo tontamente al que llamó *Treacle*[4]. Yo me sentí plenamente satisfecho con mi suerte, pero no podría haber dicho lo mismo si se me hubiera representado con el retrato compañero de aquel. La melaza y otras cosas empalagosas me dan asco: Jack el Dandy en el púlpito hace que me sienta como Jehú cuando vio la cabeza adornada y la cara pintada de Jezabel, y gritó: «Echadla abajo».

[3] Azufre.

[4] Melaza.

Brimstone y Treacle

Me preocuparía muchísimo que alguno de mis comentarios acerca de las acciones grotescas llevaran a uno solo de ustedes a ponerse a ensayar posturas y actuar: eso sería huir de lo malo para meterse en lo peor. Ya hemos mencionado que el Dr. Hamilton recibió lecciones de un maestro para librarse de su defecto, pero el resultado evidentemente no fue muy alentador, y me temo mucho que los maestros profesionales creen más fallos de los que resuelven. Tal vez lo mismo resulte de mi propio intento de aficionado, pero al menos habré prevenido el infortunio lo más posible con serias advertencias. No piensen en cómo deben gesticular cuando predican, sino aprendan el arte de hacer lo correcto sin pensar lo más mínimo en ello.

Nuestra última regla resume todas las anteriores: *Sé natural en tus acciones*. Evita la apariencia misma del gesto premeditado. El arte es frío, solo la naturaleza es cálida: que la gracia te guarde de todo lo aparente, y en toda acción y todo lugar seas auténtico, aunque se te considere tosco e inculto. Tus ademanes deben ser siempre los tuyos propios y jamás constituir una pulida falsedad. ¿Y qué es la imitación del refinamiento, el fingimiento de la pasión, la simulación de las emociones o la mímica de la forma de hablar de otro hombre sino una mentira virtual?

Por tanto, ¡fuera toda pose y toda mirada fija!
¡Y todo comienzo teatral ensayado ante el espejo!

Nuestra meta es quitar las excrecencias de la naturaleza desgarbada, no para producir artificialidad y afectación —no podaríamos en modo alguno el árbol para darle una forma predeterminada—: quisiéramos que nuestros estudiantes pensaran en la acción mientras están con nosotros en la Escuela, para que nunca tengan que hacerlo en días posteriores. La cuestión es demasiado poco importante como para que forme parte de nuestro estudio semanal cuando hayamos entrado en la verdadera batalla de la vida de ministro. Tienes que ocuparte del asunto ahora, y no volver a pensar en el mismo. Dios no te envía a provocar sonrisas, sino a ganar almas; tu maestro no es un profesor de baile, sino el Espíritu Santo; y tu porte en el púlpito merece solo un pensamiento momentáneo, porque puede impedirte el triunfo incitando a la gente a hacer comentarios acerca del predicador cuando lo que tú deseas es que se concentren enteramente en el tema. Si la mejor de las acciones tuviera este efecto, te instaría a que renunciaras solemnemente a ella; y si el peor de los gestos impidiera un resultado así, te aconsejaría que lo practicaras. Lo único que pretendo es abogar por unos movimientos sosegados, elegantes y naturales, porque son los que menos se notan: la predicación debería ser *una* sola cosa. Todo tendría que armonizar: el pensamiento, la actitud, el lenguaje, el tono y las acciones deberían formar una unidad; y todo ello tendría que ser, no para conseguir honra para nosotros mismos, sino para la gloria de Dios y el bien de los hombres. Si esto es así, no habrá peligro de que violemos la regla en cuanto a ser naturales, ya que no se nos ocurrirá actuar de otra manera.

Aun así, tengo un temor: que caigan ustedes en la necia imitación de algún ministro admirado, y que el hacerlo les haga salirse en cierta medida de la senda correcta. Las acciones de cada hombre deberían cuadrarle a él y surgir de su propia personalidad. El estilo del Dr. Goliat, que mide 1,80 m, no se adaptará a la estatura o a la persona de nuestro amigo bajito que es un Zaqueo entre los predicadores; ni tampoco los ademanes venerables de un ministro anciano y respetado le convendrán en absoluto a un joven Apolos que apenas acaba de dejar atrás la adolescencia. He oído que, durante algún tiempo, bastantes jóvenes ministros congregacionalistas imitaban al pastor de Weigh House, de manera que había pequeños Binneys por todas partes imitando al gran Thomas, en todo menos en su cuidadosa predicación. Y corre el rumor de que hay por ahí uno o dos Spurgeons; pero si esto es así espero que se trate de mis propios hijos, los cuales tienen derecho al apellido por nacimiento. Si alguno de ustedes se convierte en un mero imitador mío, lo consideraré un aguijón en la carne, y lo catalogaré entre aquellos de los que Pablo dice que los toleramos de buena gana. Sin embargo, se ha dicho muy sabiamente que todo principiante debe, por necesidad, ser un imitador durante algún tiempo: el artista sigue a su maestro cuando apenas ha adquirido los fundamentos del arte y, tal vez, permanezca a lo largo de toda su vida como un pintor de la escuela a que se adhirió en un principio; pero, a medida que va adquiriendo destreza, desarrolla su propia individualidad, se hace un pintor con estilo propio, y saca provecho y no desventaja de haberse contentado en sus inicios con sentarse a los pies de su maestro. Y lo mismo pasa con la oratoria; por lo que pudiera ser demasiado pedir que nunca imitaran a nadie; pero tal vez sea mejor exhortarlos a que imiten las mejores acciones que vean, para que su propio estilo se forme según el molde más correcto. Corrijan la influencia de cualquier hombre con lo que reconozcan de excelente en otros; pero aun así creen su propio estilo: la imitación servil es la práctica de los monos; pero seguir a otro cuando guía debidamente, *y solo entonces*, constituye la

sabiduría de un hombre prudente. Sin embargo, no dejen de alcanzar la originalidad natural imitando los mejores modelos de la Antigüedad o los más estimados entre los modernos.

Concluyendo: No permitan que mis críticas de posturas y movimientos grotescos diversos les obsesionen cuando predican: mejor es caer en ellos que estar temerosos; ya que esto les hará agarrotarse y actuar con torpeza. ¡Acometan la tarea con errores o sin ellos! Unas pocas equivocaciones en este campo no serán ni la mitad de perjudiciales que el sentirse nerviosos. Pudiera ser que aquello que resulta extravagante en otra persona fuera de lo más apropiado en tu caso; por tanto no consideres el veredicto de ningún hombre como aplicable a todos los casos, o al tuyo en particular. Observa cómo se representa a John Knox en este conocido grabado.

¿Es elegante su postura? Tal vez no. Sin embargo: ¿No es exactamente como debería ser? ¿Puedes encontrarle algún fallo? ¿No se adapta bien a Knox y rebosa fuerza? No le cuadraría quizá a un hombre entre cincuenta, y en la mayoría de los predicadores parecería forzada, pero es característica del gran Reformador y concuerda con el trabajo de toda su vida. Tienes que recordar a la persona, sus tiempos y su ambiente, y entonces esos ademanes se consideran apropiados para un predicador heroico enviado a hacer un trabajo como el de Elías, y a proferir sus reprensiones ante una Corte papal que aborrecía las reformas que Knox demandaba. Sé tú mismo como él lo fue: aunque tengas que mostrarte torpe y desgarbado, sé tú mismo. Tus propias ropas, aunque sean de paño, te quedarán mejor que las de otro hombre por muy de seda y de algodón caro que puedan ser. Puedes adoptar el estilo de vestir de tu mentor, si quieres, pero no tomes prestada su chaqueta: confórmate con llevar una de las tuyas. Por encima de todo, predica tan sustanciosamente y sé tan ferviente y benevolente que la gente se preocupe poco de cómo transmites la Palabra. Porque si perciben que la misma viene fresca del Cielo, y la encuentran abundante y sabrosa, no prestarán demasiada atención a la cesta en que se la presentas. Que digan —si quieren— que tu presencia corporal es débil, pero ora para que confiesen que tu testimonio es sólido y poderoso. Recomiéndate a la conciencia de todo hombre delante de Dios, y entonces la mera menta y el mero eneldo de las posturas pocas veces se tendrán en cuenta.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Mientras preparaba este discurso se me ocurrió copiar una lámina que encontré en la *Chironomia* de Austin, con la esperanza de que pueda proporcionar alguna guía a los jóvenes oradores. Como mi discurso ha versado principalmente sobre de *lo que no se debe hacer*, la lámina en cuestión puede constituir una pequeña ayuda en el sentido positivo. Desde luego, no recomiendo que se utilice tanta acción para recitar esta porción, o ninguna otra, sino que sugiero que debería considerarse cada postura por separado. La mayoría de las posturas son naturales, llamativas e instructivas. No todas me parecen admirables —porque son un poco forzadas aquí y allá—, pero en general no conozco mejor lección en tan poco espacio y, al estar en verso, las palabras se recordarán más fácilmente.

Se ha incurrido en bastante gasto para producir estas láminas, y los grabados de las lecciones anteriores, por tanto el presente volumen de Discursos tiene unas pocas páginas menos que su antecesor; pero el gran deseo que tenía de hacer las cosas meticulosamente por amor a mis hermanos más jóvenes me ha llevado a incluir lo que espero fervientemente que les preste algún pequeño servicio. A menudo basta con una insinuación: los hombres sabios lo aprenden todo de un ejemplo, y confío en que las siguientes ilustraciones serán suficientes para dar la pista a muchos principiantes en

cuanto a las actitudes y los gestos que resultan adecuados y expresivos.

El viento es fuerte,

la ventana tiembla;

de repente, el Avaro se despierta

Recorre con cautela la silenciosa estancia;

mira atrás,

y tiembla mientras va!

Cada cierre y cada pestillo prueba,

atisba en cada esquina y cada rincón;

luego abre su cofre del tesoro,

y embelesado mira en el arcón.

Pero ahora, invadido por la culpa,

las manos se retuerce y se hiere el pecho.

Su conciencia lo tiene confundido

y el alma le censura lo que ha hecho.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

¡Si la tierra hubiera ocultado sus riquezas, ¡

el corazón la dulce paz conocería;

pero se ha vendido la virtud,

¡Cielos!, ¿y a qué precio

se podrá pagar el mal del vicio?

¡Oh veneno del bien, oh engaño seductor!

¿Puede el hombre, un débil hombre,

sobre tu poder triunfar?

El honor el oro ha desterrado,

dejando solamente el nombre atrás.

Sembró el oro de mal el mundo entero;

Fue el oro quien enseñó a la espada a asesinar.

Àl oro al corazón cobarde instruyó

en las malas artes de la traición.

¿Y quién sus terribles maldades contará?

¡En el mundo no existe virtud ya!

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 8

Menoscabo y mantenimiento del fervor

Si se me preguntara cuál es el requisito más esencial de un ministro cristiano para asegurarse el éxito ganando almas para Cristo, respondería que *el fervor*. Y si se me hiciera la misma pregunta una segunda o una tercera vez, no cambiaría la respuesta; ya que la conclusión que saco de mi propia observación es que, por regla general, el verdadero éxito es proporcional al fervor del predicador. Tanto los grandes hombres como los pequeños triunfan si están enteramente vivos para Dios, y fracasan cuando no lo están. Conocemos a hombres eminentes que han logrado una gran reputación, atraen a mucho público y son objeto de mucha admiración, y que, no obstante, se encuentran en un nivel muy bajo en la escala de los ganadores de almas; por lo que hacen en ese sentido, muy bien podrían haber sido profesores de anatomía u oradores políticos. Por otro lado, hemos visto a otros que con la misma habilidad son tan útiles en el negocio de la conversión que, obviamente, sus conocimientos y dones no han supuesto para ellos ningún impedimento, antes todo lo contrario: porque mediante el empleo intenso y devoto de sus habilidades, y gracias a la unción del Espíritu Santo, han convertido a muchos a la justicia. Hemos conocido a hermanos con muy pocas aptitudes que han supuesto verdaderos lastres para las iglesias y demostrado ser tan ineficientes en sus esferas de servicio como los ciegos en un observatorio. Pero, por otra parte, conocemos bien a ciertos hombres con habilidades igual de pequeñas que son vigorosos cazadores delante de Jehová, y que han capturado con su santa energía muchos corazones para el Salvador. Me encanta el comentario de M'Cheyne, cuando dice: «Dios bendice, no tanto los grandes talentos, como la gran semejanza con Cristo». En muchos casos, el éxito ministerial puede atribuirse casi por completo a un intenso celo: una pasión consumidora por las almas y un ávido entusiasmo por la causa de Dios. Y creemos que, en cada ocasión, si no hay otro tipo de impedimentos, los hombres prosperan en el servicio divino proporcionalmente al fuego del amor santo que arde en sus corazones: «El Dios que respondiere por medio del fuego, ese sea Dios», y el hombre con lengua de fuego, ese sea su ministro.

Queridos hermanos, ustedes y yo, que somos predicadores, debemos mostrarnos siempre fervorosos en nuestro trabajo en el púlpito. Hemos de esforzarnos por conseguir el más alto grado de excelencia en el mismo. A menudo he dicho a mis hermanos que el púlpito es el paso de las Termópilas de la cristiandad: allí se gana o se pierde la batalla. Para nosotros, los ministros, el mantenimiento de nuestro poder en la predicación debería constituir nuestra mayor preocupación: hemos de ocupar esa atalaya espiritual con corazones y mentes despiertos y en pleno vigor. De nada nos valdrá ser pastores laboriosos si no somos predicadores fervientes, y se nos perdonarán muchos pecados en el área de la visitación pastoral si las almas de la gente resultan verdaderamente alimentadas en el día de reposo. Pero tienen que serlo de veras, y nada puede sustituir a eso. Los fracasos de la mayoría de los ministros a quienes se lleva la corriente, pueden atribuirse a su ineficacia en el púlpito. La responsabilidad principal de un capitán es saber cómo manejar su barco, y nada compensará sus deficiencias en esa área; del mismo modo, nuestros púlpitos deben recibir nuestra atención principal o todo se torcerá.

Con frecuencia los perros se pelean por la escasez de huesos, y las congregaciones muy a menudo disputan debido a que no reciben suficiente carne espiritual para mantenerse felices y en paz. Puede que el aparente terreno de insatisfacción sea otro, pero nueve de cada diez veces la escasez de las raciones se encuentra en la base de los motines que se ocasionan en nuestras iglesias. Los hombres, como el resto de los animales, saben cuándo se los alimenta y, por lo general, se encuentran de buen humor después de una comida. Del mismo modo, si nuestros oyentes van a la casa del Señor y reciben el «pan necesario» se olvidan de muchas aflicciones por el gozo de la fiesta; pero si los enviamos hambrientos, estarán de un talante tan irritable como una osa a la que se le han arrebatado sus cachorros.

Ahora bien, para que seamos aceptables *debemos ser fervorosos en el momento mismo de predicar.* Cecil ha expresado muy bien que el espíritu y el porte del predicador a menudo tienen más efecto que su propio asunto. Entrar en el púlpito con el aire indiferente de esos caballeros que holgazanean todo el día, y apoyarse en el cojín como si finalmente se hubiera encontrado un lugar tranquilo donde descansar, me parece de lo más censurable. Levantarse delante de la congregación para proferir trivialidades que no te han costado nada —como si cualquier cosa sirviera para un sermón—, no solo es menospreciar la dignidad de nuestro oficio, sino que resulta ofensivo a los ojos de Dios. Debemos ser fervorosos en el púlpito por nuestro propio bien: ya que no podremos mantener por mucho tiempo nuestra posición como líderes en la iglesia de Dios si somos aburridos. Además, por amor a los miembros de nuestra iglesia y a los conversos, hemos de ser dinámicos; ya que si no somos celosos, tampoco lo serán ellos. Lo natural no es que los ríos discurran monte arriba, ni sucede demasiado a menudo que el celo se eleve desde los bancos hacia el púlpito. Lo normal es que dicho celo descienda de nosotros hacia nuestros oyentes; por lo que el púlpito debe tener un nivel más elevado de fervor, a fin de que, con la ayuda de Dios, podamos hacer y mantener ferviente a nuestra congregación. Aquellos que asisten para recibir nuestro ministerio tienen mucho que hacer durante la semana (muchos de ellos están pasando por pruebas familiares y llevan pesadas cargas personales), y con frecuencia llegan a la iglesia fríos y apáticos, con la mente vagando de acá para allá. Nos toca a nosotros recoger esos pensamientos y echarlos en el horno de nuestro propio fervor, fundirlos mediante la santa contemplación y el llamamiento vehemente, y vaciarlos en el molde de la verdad. Un herrero no puede hacer nada si su fuego está apagado, y en esto es un tipo del ministro. Si se apagaran todas las luces en el mundo exterior, aun así la lámpara que arde en el santuario debe permanecer viva: para ese fuego no debe imponerse toque de queda. Tenemos que considerar a la gente como la madera y el sacrificio, bien remojados dos y tres veces por las preocupaciones de la semana, y sobre los cuales, como el profeta, debemos orar pidiendo que caiga fuego del Cielo. Un ministro aburrido produce un auditorio aburrido. No puedes esperar que los responsables y los miembros de la iglesia viajen a vapor cuando su propio pastor escogido conduce aún una carreta de pionero. Cada uno de nosotros debería ser como ese reformador al que se describe como: «*Vividus vultus, vividi occuli, vividæ manus, denique omnia vivida*»; frase que traduciré bastante libremente como: «Un semblante que irradia vida, ojos y manos llenos de vida; en resumen: un predicador vivaz, totalmente vivo».

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Para alcanzar el alma del hermano,
tu propia alma ha de rebosar;
para dar expresión plena a tus labios,
que rebose tu corazón precisarás.

No solo la Iglesia, sino también el mundo sufrirá si no somos fervientes: no podemos esperar que un evangelio desprovisto de fervor tenga algún efecto profundo sobre los inconversos que nos rodean. Una de las excusas más soporíferas para la conciencia de una generación impía es aquella de la frialdad del predicador. Si los pecadores ven que el predicador cabecea mientras habla del juicio futuro, concluye que ese juicio es una ensoñación del ministro, y decide considerarlo como mera ficción. Todo el mundo exterior recibe un serio daño a causa de los predicadores indiferentes, ya que saca la misma conclusión que el pecador individual: debe perseverar en su propia apatía, invertir su fuerza en sus propios objetos pasajeros, y se considera sabio al hacerlo. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si el profeta deja atrás su corazón cuando afirma estar hablando en nombre de Dios, ¿qué otra cosa puede esperar sino que los impíos a su alrededor se persuadan de que su mensaje no vale nada y de que su encomienda es una farsa?

Considera cómo predicaba Whitefield y no te atrevas nunca más a ser apático. Winter dice de él que «en ocasiones lloraba sobradamente, y con frecuencia se sentía tan abrumado que, por unos pocos segundos, sospechabas que no iba a recuperarse; y cuando lo hacía, su naturaleza necesitaba de algún tiempo para sosegarse. Casi nunca le vi predicar todo un sermón sin llorar en algún momento. Las emociones interrumpían a menudo su voz, y en ocasiones le oí decir desde el púlpito: 'Ustedes me censuran por llorar; ¿pero cómo puedo evitarlo, si no lo hacen ustedes mismos a pesar de que sus almas inmortales se hallan al borde de la destrucción y no puedo saber si este será el último sermón que escuchen? Tal vez no tengan otra oportunidad de que se les ofrezca a Cristo'».

El fervor al predicar tiene que ser auténtico: no debe simularse. Lo hemos visto falsificar; pero cualquier persona con una pizca de sentido común podría detectar la impostura. El dar un pisotón en el suelo, golpear el atril, sudar, gritar, desgañitarse, citar las porciones patéticas de los sermones de otra gente o derramar lágrimas voluntarias a través de ojos llorosos, jamás sustituirá la verdadera angustia del alma ni la verdadera ternura de espíritu. La mejor actuación no es sino mera actuación; y aunque a aquellos que solo miran las apariencias tal vez les agrade, los amantes de la realidad se sentirán indignados. ¡Vaya presunción! ¡Qué hipocresía supone fingir, por el hábil manejo de la voz, esa pasión que es obra genuina del Espíritu Santo! ¡Tengan cuidado los meros actores, no se los vaya a descubrir pecando contra el Espíritu Santo con sus actuaciones teatrales! Debemos ser fervorosos en el púlpito, porque lo seamos también en todas partes; nuestros mensajes tienen que ser ardientes, porque estemos continuamente inflamados. El celo que se acopia solo para darle salida en las grandes ocasiones es un gas que acabará destruyendo a su dueño. En la casa del Señor no puede presentarse nada que no sea la verdad: todo fingimiento es un fuego extraño, y despierta la indignación del Dios de verdad. Sé fervoroso y *parecerá* que lo eres: un corazón ardiente pronto conseguirá una lengua llameante. Fingir el fervor es una de las argucias más despreciables para buscar la popularidad;

aborrezcamos la idea misma de ello. Sé indiferente en el púlpito si lo eres en tu corazón, muéstrate lento en el habla, arrastra las palabras y utiliza una voz monótona, si ese es el modo mejor de expresar tu alma; hasta esto será infinitamente mejor que convertir tu ministerio en una parodia y hacer de ti mismo un actor.

Pero a nuestro celo mientras predicamos debe seguir una intensa solicitud por los resultados posteriores. Si no es así, habrá motivos para dudar de nuestra sinceridad. Dios no enviará una cosecha de almas a aquellos que jamás vigilan o riegan los campos que ellos mismos han sembrado. Concluido el sermón, no habremos hecho sino echar la red que luego hemos de arrastrar hasta la orilla por medio de la oración y la vigilancia. Aquí, pienso que no puedo hacer nada mejor que dejar que un abogado mucho más capaz que yo argumente contigo, y citar las siguientes palabras del Dr. Watts:

> Sé muy solícito en cuanto al éxito de tus labores en el púlpito. Riega la semilla que has sembrado, no solo con oración pública sino también privada. Suplícale a Dios con importunidad que no te permita haber trabajado en vano. No seas como esa necia ave, como el avestruz, la cual pone sus huevos en el polvo y los deja allí sin importarle si producirán vida o no lo harán (Job 39:14–17). A ella Dios no le ha dado entendimiento; por tanto, que esta insensatez no constituya también tu carácter o tu práctica. Trabaja, vela y ora para que tus sermones y el fruto de tus estudios puedan convertirse en palabras de vida divina para las almas.
>
> Una observación del piadoso Sr. Baxter, la cual he leído en alguno de sus escritos, es que jamás ha conocido ningún éxito considerable de los talentos más brillantes y nobles, ni de la clase de predicación más excelente, ni siquiera cuando los predicadores mismos han sido verdaderamente piadosos, si estos no han tenido una preocupación solícita por el éxito de sus ministraciones. Ojalá que ese pensamiento sobrecogedor y trascendental de que las almas pueden salvarse mediante nuestra predicación o perecer y ser condenadas al Infierno a causa de nuestra negligencia, ojalá que ese pensamiento —digo— esté siempre presente sobre nuestros espíritus. Se nos ha puesto por atalayas a la casa de Israel —como se hizo con Ezequiel—; y si no advertimos del peligro que se aproxima, las almas de multitudes tal vez perezcan por nuestra negligencia, pero —cosa terrible— la sangre de esas almas se demandará de nuestra mano (Ez. 3:17, etc.).

Estas consideraciones deberían hacernos instar a tiempo y fuera de tiempo, y cubrirnos en todo momento de celo como de un manto. Deberíamos estar todos vivos, y siempre vivos: el emblema apropiado de los predicadores tendría que ser la columna de luz y de fuego. Nuestro ministerio ha de ser enfático —de otro modo no afectará a estos irreflexivos tiempos—; para lo cual debemos tener el corazón habitualmente ferviente y toda nuestra naturaleza inflamada por una pasión consumidora por la gloria de Dios y el bien de los hombres.

Ahora bien, queridos hermanos, es una triste verdad que el fervor santo, una vez obtenido, se puede apagar con facilidad; y, de hecho, se enfría más frecuentemente en la soledad de un pastorado de aldea que en compañía de hermanos cristianos cariñosos. Adam, el autor de *Private Thoughts* (Pensamientos íntimos), comentó en cierta ocasión que «un pobre pastor protestante luchando contra el diablo en su iglesia, tiene ideas más nobles que las que jamás pudo tener Alejandro Magno»; y yo añadiría que también precisa de algo más que el ardor de Alejandro para continuar victorioso en su santa contienda. Sleepy Hollow[1] y otros lugares semejantes serán demasiado difíciles para nosotros si

no oramos por un avivamiento diario.

Sin embargo, también la vida ciudadana tiene sus peligros y en ella el celo puede arder débilmente a causa de los muchos compromisos: como el fuego que se esparce en lugar de recogerse en un montón con el rastrillo. Las incesantes llamadas a nuestra puerta y las perpetuas visitas de gente ociosa suponen otros tantos cubos de agua fría para nuestro piadoso celo. Debemos asegurarnos de alguna manera una meditación sin interrupciones o perderemos poder: Londres es un ámbito particularmente difícil en este aspecto.

El celo también se obstaculiza más fácilmente después de muchos años efectuando el mismo servicio que cuando la novedad da un cierto atractivo a nuestro trabajo. Wesley dice en el volumen XV de su *Journals and Letters* (Diarios y cartas): «Soy consciente de que si yo mismo tuviera que predicar durante todo un año en un solo lugar, dormiría con mis sermones tanto a mi propia congregación como a mí mismo». ¡Qué diríamos entonces de tener que permanecer en el mismo púlpito durante muchos años! En este caso, lo que mata no es el ritmo de la carrera sino su distancia. Nuestro Dios es siempre el mismo, no se fatiga con cansancio, y solo él puede capacitarnos para perseverar hasta el final. Aquel que después de veinte años de ministerio entre la misma gente esté más vivo que nunca, le deberá mucho al Espíritu vivificador.

El fervor puede reducirse —y demasiado a menudo se reduce— por el descuido del estudio. Si no nos hemos ejercitado en la Palabra de Dios, no predicaremos con el fervor y la gracia del hombre que se ha alimentado con la verdad que aquella transmite y que, por tanto, está vigoroso y ferviente. Según algunos expertos, el ardor de un inglés en la batalla depende de lo bien alimentado que esté: si pasa hambre no tendrá ganas de pelear. Si nosotros estamos bien alimentados, con buena comida evangélica, tendremos fuerza y fervor. Selden describe a un rudo jefe militar en Cádiz diciéndoles lo siguiente a sus soldados: «¡Que vergüenza supondría que ustedes ingleses, alimentados con buena carne de buey y con cerveza, permitieran que esos bribones españoles, que no comen sino naranjas y limones, los derrotaran!». Mi filosofía coincide con la suya, porque él esperaba coraje y valor de aquellos que estaban bien alimentados. Hermanos, no descuiden jamás sus comidas espirituales o perderán nervio y se desmoralizarán. Nútranse de las sustanciosas doctrinas de la gracia, y sobrevivirán y superaran en su trabajo a aquellos que se deleitan en la repostería y en los bebedizos del «pensamiento moderno».

Por otra parte, el celo puede verse sofocado por nuestros estudios. Existe, sin lugar a dudas, tal cosa como la alimentación del cerebro en detrimento de aquella del corazón; y muchos, en sus aspiraciones por ser hombres de letras, son más aptos para escribir reseñas que para predicar sermones. Un pintoresco evangelista solía decir que Cristo colgaba de la cruz debajo del hebreo, el griego y el latín; no debería ser así, pero a menudo ha sucedido que en el seminario el estudiante ha acumulado combustible, pero ha perdido el fuego con el cual encenderlo. Supondrá una vergüenza eterna para nosotros el que enterremos nuestra llama bajo los haces de leña destinados a mantenerla viva. Si degeneramos convirtiéndonos en ratones de biblioteca, la Serpiente antigua estará encantada y nosotros habremos labrado nuestra desgracia.

[1] Poblado donde transcurre la acción de *La leyenda del jinete sin cabeza*, el cuento de terror de Washington Irving.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

El verdadero fervor puede verse muy disminuido por la frivolidad en la conversación; y, especialmente, por las bromas entre ministros, con quienes a menudo nos tomamos más libertades de las que nos permitiríamos en compañía de otros cristianos. Hay excelentes razones para que nos sintamos a gusto con nuestros hermanos en el ministerio; pero si llevamos esta libertad demasiado lejos, pronto descubriremos que la vanidad de la conversación nos ha perjudicado. Una cosa es la alegría y otra la frivolidad. El hombre que con una conversación grata y formal sortea los negros arrecifes de la hosquedad y las arenas movedizas de la ligereza es sabio.

A menudo correremos el riesgo de dañar nuestro celo mediante el contacto con cristianos fríos... ¡que terribles mantas empapadas son algunos que se dicen creyentes! Sus comentarios después de un sermón son suficientes para dejarnos perplejos. Cuando crees que has conmovido hasta a las mismas piedras, descubres con dolor que no has tenido efecto alguno en estas personas. Tú has estado ardiendo, pero ellos siguen helados; has argüido con gran solemnidad, pero ellos estaban calculando los segundos que duraba tu sermón y te recriminan por esos cinco minutos en que has sobrepasado la hora normal, los cuales tu fervor te llevó a ocupar suplicando a las almas de los hombres. Si esos hombres helados resultaran ser los responsables de la iglesia, de quienes naturalmente esperarías la más amable comprensión, el resultado sería desalentador en extremo, y más aún si eres joven e inexperto: sería como si un ángel estuviera aprisionado en un témpano de hielo. «No ararás con buey y con asno juntamente» suponía un bondadoso precepto; pero cuando un ministro laborioso —el buey— se ve en el mismo yugo que un diácono que no es otro buey, el arar se hace muy difícil. Algunos creyentes rezongones tienen mucho de lo que responder al respecto. Uno de ellos, hace poco, se acercó a un joven evangelista fervoroso que lo había estado haciendo lo mejor posible y le dijo: «Joven, ¿a eso le llama usted predicar?». El hombre pensaba que al hablar así estaba siendo leal, pero en realidad fue cruel y maleducado; y aunque el buen hermano sobrevivió al golpe, no por eso fue el mismo menos brutal. Tales ofensas contra los hermanos más pequeños del Señor son —así lo espero— bastante raras, pero resultan muy dañinas y tienden a desalentar a nuestros esperanzados jóvenes.

Con frecuencia, el auditorio mismo, en su totalidad, sofocará tu celo: puedes ver por su propio aspecto y su porte que la congregación no aprecia tus sinceros esfuerzos, y te sientes desalentado. También esos bancos vacíos suponen una dura prueba; y si el lugar es amplio, y la congregación pequeña, la influencia resulta bastante depresiva. No todos los hombres pueden soportar el ser una «voz que clama en el desierto». También el desorden en la congregación aflige a los oradores sensibles: el sonido de los zuecos de una mujer andando por el pasillo, el crujido de un par de botas nuevas, la frecuente caída al suelo de los paraguas y los bastones, el llanto de los bebés y, especialmente, el retraso de la mitad de la asamblea. Todo ello propende a irritar la mente, apartarla de su objeto y disminuir su fervor. No nos gusta demasiado tener que confesar que nuestros corazones se ven afectados con tanta facilidad por tales menudencias, pero así es y ello no resulta extraño en absoluto: como los tarros del ungüento más precioso se estropean con frecuencia, más por causa de las moscas muertas que por los cadáveres de camellos, así algunas cuestiones insignificantes destruyen el fervor más fácilmente que otras molestias de más envergadura. En un estado de desaliento severo, el hombre se rehará y confiará plenamente en su Dios, recibiendo fortaleza divina; pero bajo ciertas depresiones

de menor importancia, probablemente se preocupe, y lo que es trivial llegará a irritarse y ulcerarse produciendo graves consecuencias.

Perdónenme si les digo que también deben preocuparse por el estado de sus cuerpos, especialmente con relación a la comida; porque cualquier exceso puede estropearles la digestión y hacerlos torpes cuando deberían estar llenos de fervor. De las memorias de Duncan Matheson he seleccionado una anécdota que viene muy al caso:

> En cierto lugar donde se estaban celebrando reuniones de evangelización, los predicadores laicos —entre los que se encontraba el Sr. Matheson— fueron agasajados suntuosamente en casa de un caballero cristiano. Después de la cena marcharon a la reunión, no sin ciertas discrepancias en cuanto a la mejor manera de conducir los cultos aquella noche.
>
> —El Espíritu está contristado —dijo uno de los más jóvenes con un lamento que contrastaba bastante con su ilimitado disfrute de la suntuosidad de la mesa momentos antes—; siento que él no se halla aquí en absoluto.
>
> —Tonterías —respondió Matheson, que aborrecía las lamentaciones y la espiritualidad morbosa—, lo que te pasa es que has comido demasiado en la cena y te sientes pesado.

Duncan Matheson tenía razón, y un poco más de su sentido común supondrá una gran ganancia para algunos hermanos superespirituales que atribuyen todas las disposiciones de ánimo que experimentan a causas sobrenaturales, cuando la verdadera razón es mucho más prosaica. ¿Acaso no se ha confundido a menudo la dispepsia con la reincidencia y catalogado una mala digestión como dureza de corazón? No digo nada más: «Al buen entendedor pocas palabras bastan».

Hay muchas causas físicas y mentales que pueden producir una aparente somnolencia cuando en el fondo existe un intenso fervor. En algunos de nosotros, una noche agitada, un cambio de tiempo o un comentario poco amable producen los efectos más lamentables; pero aquellos que se quejan de falta de celo son a menudo las personas más celosas del mundo, y una confesión de falta de vida supone, en sí misma, un argumento de que existe vida y que a esta no le falta vigor. No se compadezcan de sí mismos y se vuelvan autocomplacientes; pero tampoco se denuesten y caigan en el abatimiento. La opinión que tienen acerca de su propio estado no vale demasiado: pídanle al Señor que los examine.

Un trabajo llevado a cabo durante largo tiempo sin resultados visibles es otra de las causas frecuentes de abatimiento del celo, aunque correctamente considerado debería constituir un incentivo para multiplicar por siete la diligencia. El pintoresco Thomas Fuller comenta que «con esto Dios ha humillado a muchos pastores concienzudos: haciéndolos nubes de lluvia, no sobre la feliz Arabia, sino sobre la Arabia desértica y pedregosa». Si la falta de éxito nos humilla, bien; pero si nos desalienta y, especialmente, si nos lleva a pensar con envidia en otros hermanos más prósperos, deberíamos examinarnos con gran preocupación. Es posible que hayamos sido fieles y adoptado métodos apropiados, y que estemos en el lugar debido, pero aun así no hayamos dado en el blanco. Probablemente nos sintamos muy abatidos y apenas capaces de continuar con el trabajo; pero si cobramos aliento y aumentamos nuestro fervor, algún día recogeremos una cosecha abundante que compensará con creces toda nuestra espera. «El labrador *espera* el precioso fruto de la tierra»; así, con una santa paciencia nacida del celo, tenemos que seguir esperando y no dudar nunca de que aún ha de

llegar el tiempo en que Dios tendrá misericordia de Sion.

Tampoco hay que olvidar que la carne es débil y propensa al sueño por naturaleza. Necesitamos una renovación constante de ese impulso divino que en un primer momento nos puso en el camino del servicio. No somos como las flechas, que llegan al blanco solo por la fuerza inicial que les imprimió el arco. Ni tampoco como los pájaros, que poseen en sí mismos su propia capacidad motriz. Nosotros tenemos que ser propulsados, como los barcos en el mar, por el poder constante del viento celestial, de otro modo no avanzaremos.

Los predicadores enviados por Dios no son cajas de música que, una vez se les ha dado cuerda, tocan las melodías programadas, sino trompetas completamente mudas hasta que el aliento de vida les arranca un determinado sonido. Se nos habla de algunos que son perros mudos los cuales aman el dormir; y ese sería el carácter de todos nosotros si la gracia de Dios no lo impidiera. Tenemos necesidad de velar contra un espíritu de desidia e indiferencia; si no lo hacemos, pronto estaremos tan tibios como la propia Laodicea.

Recordando, pues, queridos hermanos, que debemos ser fervorosos y que no podemos falsificar el fervor ni encontrar un substituto para el mismo, así como que es muy fácil para nosotros perderlo, consideremos por unos momentos las formas y los medios con que nos es posible retenerlo íntegramente y acrecentarlo. Para que dicho fervor continúe, *debemos encenderlo en una llama inmortal*, y yo solo conozco una llama así: la llama del amor de Cristo, que las muchas aguas no pueden apagar. Una chispa de ese sol celestial será tan imperecedera como la fuente misma de que procedió. Si podemos conseguirla, si la tenemos, seguiremos llenos de entusiasmo por mucho tiempo que vivamos, por mucho que seamos probados y por muchas razones que tengamos para desalentarnos. Para continuar fervientes de por vida debemos poseer en primer lugar el fervor de la vida celestial. ¿Tenemos ese fuego? Si no se ha encendido la verdad en nuestras almas, tampoco arderá en nuestros labios. ¿Comprendes esto? Las doctrinas de la gracia deben formar parte de nosotros, entretejidas en la trama y la urdimbre de nuestro ser, lo cual solo puede efectuar la misma mano que hizo originalmente la tela. Jamás perderemos el amor a Cristo y el amor a las almas si Dios nos los ha dado. El Espíritu Santo convierte el celo por Dios en un principio vital permanente más que en una pasión. ¿Reposa sobre nosotros el Espíritu o es nuestro fervor actual simplemente un sentimiento humano? Debiéramos ser verdaderamente inquisitivos en nuestro fuero interno a este respecto, respondiendo seriamente a la pregunta: ¿Tenemos ese fuego santo que surge de un verdadero llamamiento al ministerio? Y si no lo tenemos, ¿qué hacemos aquí? Si un hombre *puede* vivir sin predicar, que viva sin predicar; si un hombre es capaz de estar satisfecho sin ser un ganador de almas —casi iba a decir que mejor haría no tratando de serlo, pero prefiero aconsejarle…— que busque quitarse la piedra de su corazón a fin de que pueda sentir compasión por los hombres que perecen. Hasta ese momento, tal vez esté causando un verdadero perjuicio como ministro, ocupando el lugar de alguien que hubiera tenido éxito en esa bendita tarea en la cual *él* está abocado al fracaso.

El *fuego de nuestro fervor debe arder sobre el piso de la chimenea de la fe* en aquellas verdades que predicamos y en su poder para bendecir al género humano cuando el Espíritu las aplica al corazón. Quien declara cosas que pueden ser o no verdad, o que él considera generalmente tan buenas como cualquier otra forma de enseñanza, será por necesidad un predicador ineficaz. ¿Cómo puede

mostrarse celoso acerca de aquello de lo que no está convencido? Si no conoce en absoluto el poder de la verdad en el interior de su propio corazón, si jamás ha gustado o palpado la buena palabra de vida, ¿cómo será un entusiasta de la misma? Pero si el Espíritu Santo nos ha enseñado en lugares secretos y le ha hecho comprender íntimamente a nuestra alma la doctrina que debemos proclamar, entonces hablaremos siempre con lengua de fuego.

¡Hermano, no empieces a enseñar a otros hasta que Dios te haya enseñando *a ti*! Debe de ser un trabajo tedioso el repetir como un loro aquellos dogmas que no tienen el más mínimo interés para tu corazón ni producen convicción alguna en tu mente. Preferiría recoger estopa o girar una manivela a cambio de mi desayuno, como hacen los indigentes en su refugio ocasional, antes que ser el esclavo de una congregación y ponerles delante una comida espiritual que yo jamás he probado. ¡Y qué terrible debe de ser el final de una trayectoria así! ¡Qué temblorosa rendición de cuentas dará al final quien públicamente haya enseñado lo que no creía de veras y haya consumado esa detestable hipocresía en nombre de Dios!

Hermanos, si llevamos el fuego *del* lugar apropiado *al* lugar apropiado, entonces hemos empezado bien y contamos con los principales elementos para un glorioso final. Encendidos por un carbón incandescente sacado del altar y aplicado a nuestros labios por un querubín alado, el fuego habrá comenzado a alimentarse de lo más íntimo de nuestro espíritu y allí seguirá ardiendo aunque Satanás mismo se esfuerce por apagarlo a pisotones.

Sin embargo, la mejor llama que pueda existir necesita ser renovada. Yo no sé si ciertos espíritus inmortales, como los ángeles, beben en pleno vuelo y se alimentan de algún maná superior preparado en el Cielo para ellos; pero lo más probable es que ningún ser creado, aunque sea inmortal, esté del todo libre de la necesidad de recibir de fuera el sostenimiento para su fortaleza. Ciertamente, la llama del celo en el corazón renovado, por divina que sea, debe alimentarse de continuo con nuevo combustible. Hasta las lámparas del santuario necesitaban aceite. *Alimenta la llama, querido hermano, aliméntala a menudo.* Nútrela de contemplación y pensamientos santos: especialmente de pensamientos acerca de tu trabajo, de tus motivos para hacerlo, del plan que sigues en el mismo, de las ayudas que tienes a tu alcance y de los magníficos resultados que producirá si el Señor está contigo. Medita mucho acerca del amor de Dios por los pecadores y de la muerte de Cristo a favor de estos, así como de la obra del Espíritu en los corazones de los hombres. Piensa en lo que debe efectuarse en dichos corazones para que puedan ser salvados. Recuerda que no se te envía para que blanquees los sepulcros, sino para que los abras; y esta es una labor que ningún hombre puede llevar a cabo a menos que —como el Señor Jesucristo ante el sepulcro de Lázaro— se conmueva profundamente. Aun así, sin el Espíritu Santo, estará impotente. Medita muy solemnemente acerca de la suerte del pecador perdido y, como Abraham, cuando te levantes de mañana para ir a tu lugar de comunión con Dios, echa una mirada a Sodoma y ve cómo el humo sube desde ella como el de un horno. Evita cualquier idea del castigo futuro que lo haga parecer menos terrible y pueda embotar el filo de tu ansiedad por salvar a esos seres inmortales de la llama que nunca se apaga. Si los hombres son únicamente una especie más noble de monos, y expiran como las bestias, puedes dejarlos morir sin sentir compasión; pero si el hecho de haber sido creados a imagen de Dios implica inmortalidad, y existe cualquier temor de que por su incredulidad vayan a traer sobre sí mismos una desdicha perpetua, despierta a las

angustias de ese momento y avergüénzate aun de una mera sospecha de desinterés por tu parte. Piensa mucho, también, en la bienaventuranza de los pecadores salvados, y —como el santo Baxter— saca del «reposo eterno de los santos» numerosos argumentos sustanciosos para renovar el fervor. Sube a los montes celestiales y recoge leña en los mismos; apila los gloriosos troncos de los cedros del Líbano y el fuego arderá libremente y desprenderá un grato perfume mientras cada trozo de cedro escogido arde en la llama. No tendrás miedo alguno de la apatía, si te mantienes siempre consciente de las realidades eternas.

Por encima de todo alimenta la llama de una íntima comunión con Cristo. Ningún hombre que haya vivido con Jesús, como lo hicieran Juan y María antiguamente, ha tenido el corazón frío, ya que *él* hace arder los corazones de los hombres en su interior. Jamás me he encontrado con un predicador indiferente que mantuviera mucha comunión con el Señor Jesús. El celo de la casa de Dios consumía a nuestro Señor, y cuando entramos en contacto con él empieza a consumirnos también a nosotros y sentimos que no podemos dejar de decir las cosas que hemos oído y visto en su compañía., ni de hacerlo con el fervor que proviene de una verdadera familiaridad con ellas. Aquellos de nosotros que hemos estado predicando durante los últimos veinticinco años, a veces sentimos que la misma tarea, el mismo tema, la misma gente y el mismo púlpito poseen reunidos todas las probabilidades de engendrar la monotonía, y que esa monotonía puede conducirnos pronto al aburrimiento. Pero entonces traemos a la memoria otra regularidad que nos libera por completo: siempre hemos tenido al mismo Salvador, y podemos ir a él de la misma manera que lo hicimos al principio, ya que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos». En su presencia bebemos del vino nuevo y renovamos nuestra juventud. Él es la misma fuente de la que brota siempre el agua fresca y renovadora de la vida, y en comunión con él vemos avivadas nuestras almas con una perpetua energía. Bajo su sonrisa, el trabajo a que estamos acostumbrados desde hace tanto tiempo resulta siempre delicioso, y presenta un encanto más luminoso del que jamás podría conferir la novedad. Cada mañana recogemos nuevo maná para nuestra congregación, y cuando empezamos a repartirlo sentimos una unción de aceite fresco que destila sobre nosotros: «Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán». Recién salidos de la presencia de aquel que anda en medio de los candeleros de oro, estamos listos para escribir o hablar a las iglesias en el poder que solo él puede dar. ¡Soldado de Cristo, solo serás digno de tu Capitán permaneciendo en comunión con él y escuchando su voz, como hizo Josué cuando, a la orilla del Jordán, preguntó: «¿Qué dice mi Señor a su siervo?».

Aviva la llama además de alimentarla. Avívala con abundancia de súplica. No podemos sobrepasarnos instándonos unos a otros respecto de esto: no hay lenguaje demasiado vehemente para implorar a los ministros que oren. Tanto nuestros hermanos como nosotros mismos tenemos una absoluta necesidad de oración. ¡Verdadera necesidad! Me gusta muy poco hablar de esto: prefiero hacerlo acerca del deleite de la plegaria; de la maravillosa dulzura y la divina felicidad que experimenta el alma que vive en la atmósfera de la oración. John Fox dijo lo siguiente: «El tiempo que pasamos con Dios en secreto es el tiempo más dulce, y el mejor empleado. De modo que si amas tu vida, enamórate de la oración». Y el devoto Sr. Hervey decidió en el lecho de la enfermedad: «Si Dios me conserva la vida, leeré menos y oraré más». John Cooke de Maidenhead, por su parte, escribiría:

«El deber, el placer, el honor y el provecho de la oración impulsa con más fuerza a mi espíritu cada día».

Un pastor ya fallecido, a medida que se acercaba la hora de su muerte, exclamó: «¡Ojalá hubiese orado más!». El mismo anhelo que podríamos expresar muchos de nosotros. Deberíamos tener momentos especiales de devoción personal —y hacemos bien en mantenerlos regularmente—, pero el espíritu de oración es aún mejor que la costumbre de orar: el orar sin cesar supera a la oración a intervalos. Sería una dichosa circunstancia si pudiéramos doblar a menudo la rodilla en compañía de algunos hermanos piadosos, y creo que para los ministros debería ser una regla el no separarnos nunca sin elevar una oración. Si nos empeñáramos en esto (especialmente aquellos que hemos sido compañeros de estudios) mucha más intercesión ascendería al Cielo. A ser posible, permitamos que la oración y la alabanza santifiquen cada reunión entre amigos. Tener un minuto o dos de súplica en la oficina antes de predicar, si puedes reunir allí a dos o tres fervientes diáconos u otros hermanos, constituye una práctica renovadora. A mí siempre me da fuerzas para la pelea. Pero, con todo, para avivar tu fervor hasta convertirlo en una llama impetuosa, deberías buscar el espíritu de oración constante, orando en el Espíritu Santo en todo tiempo y lugar: en el despacho, en tus dependencias y en el púlpito. Es apropiado estar implorándole a Dios siempre: cuando nos sentamos dentro del púlpito, cuando nos levantamos para anunciar el himno, cuando hacemos la lectura y mientras damos el sermón, dirigiendo a Dios una mano vacía para recibir, mientras con la otra le damos a la gente aquello que el Señor nos concede. Sé al predicar como un conducto entre la provisión infinita y eterna del Cielo y las casi ilimitadas necesidades de los hombres; y para hacerlo, tienes que estar tocando el Cielo y mantener la comunicación ininterrumpida. Ora *por* la congregación mientras *les* predicas: habla con Dios a favor de ellos al tiempo que les hablas de parte de Dios. Solo así puedes esperar estar siempre ferviente. Pocas veces se levanta un hombre de sus rodillas frío; o, si lo hace, mejor haría en volver a la oración hasta que la llama sagrada descendiera sobre su alma. Adam Clarke dijo en cierta ocasión: «Mátate estudiando; y luego vuélvete a la vida orando». Una frase muy sabia. No intentes lo primero sin lo segundo; ni tampoco sueñes con que lo segundo puede lograrse sinceramente sin lo primero. Trabaja y ora, así como también vela y ora, pero ora siempre.

Atiza asimismo el fuego intentando a menudo nuevas formas de servicio. Sal de la rutina liberándote de tus áreas de servicio habituales y reclamando suelo virgen. Te sugiero como un medio, aunque subordinado, muy útil para mantener fresco el corazón, la adición frecuente de nuevos trabajos a tus compromisos usuales. A los hermanos que pronto se graduarán de la Escuela, les diría que se asentaran en ambientes donde fueran a entrar en contacto con pocas mentes superiores, y tal vez estar casi solos en las sendas más altas de la espiritualidad. Cuídense mucho de no convertirse en personas aburridas, rancias e improductivas, y guarden su dulzura manteniendo un espíritu emprendedor. Tendrás mucho trabajo que hacer, y pocas personas para ayudarte en ello, y los años pasarán muy despacio y pesadamente; vigila esto y utiliza todos los medios a tu alcance para prevenir el aburrimiento y la somnolencia, y entre todos emplea este en el que la experiencia me lleva a insistirte. Me resulta beneficioso a mí mismo tener siempre alguna tarea nueva a mano: las empresas viejas y habituales deben mantenerse, pero hay que añadirles alguna más. Deberíamos ser como esas personas que ocupan ilegalmente nuestros terrenos comunales, y correr la valla de nuestro jardín

unos 30 ó 60 cm cada año para incorporar un poco más de la propiedad municipal. No digas nunca: «Ya tengo bastante»; ni aceptes la práctica del «Descansa y sé agradecido». Haz todo aquello que puedas, y luego un poco más. No sé muy bien qué proceso emplea ese caballero que anuncia ser capaz de hacer crecer a las personas de baja estatura, pero supongo que si se puede obtener algún resultado en cuanto a añadir a nuestra estatura un codo, será estirándose cada mañana de puntillas tanto como sea posible y, una vez hecho esto, intentar llegar cada día un poco más arriba. Esta es la manera, desde luego, de crecer intelectual y mentalmente: «Extendiéndome a lo que está delante». Si lo antiguo se empieza a poner un poco rancio, añádele nuevos empeños y toda la masa se leudará nuevamente. Inténtalo, y pronto descubrirás la virtud que tiene el abrir nuevos surcos, invadir nuevas provincias enemigas y escalar nuevas cotas para poner en ellas la bandera del Señor. Este, naturalmente, es un método menos importante que aquellos que hemos mencionado anteriormente, pero aun así resulta bastante útil y puede beneficiarte grandemente. En un pueblo, digamos, de dos mil habitantes, después de algún tiempo pensarás: «Bueno, veamos, he hecho cuanto podía hacer en este lugar…». ¿Y entonces qué? A unos 6 km de allí hay una pequeña aldea: proponte abrir en ella un local de culto. Y una vez ocupada dicha aldea, haz una excursión a la siguiente: espía la tierra y ambiciona aliviarla de su indigencia espiritual. Cuando el primer lugar está atendido, piensa en otro. Ese es tu deber y será también tu salvaguardia. Todo el mundo sabe el interés que tienen las tareas nuevas. Un jardinero se aburriría de su duro trabajo si no se le permitiera introducir nuevas flores en el invernadero o dar una forma nueva a los macizos florales que hay sobre el césped. Todo trabajo monótono es antinatural y tedioso para la mente, por tanto, resulta prudente que introduzcas variedad en tu faena.

De mucho más peso es el consejo que dice: «*Mantente cerca de Dios y de tus semejantes a quienes tratas de bendecir*». Permanece bajo la sombra del Omnipotente, mora allí donde Jesús se manifiesta, y vive en el poder del Espíritu Santo. Esto es tu vida misma. Whitefield menciona a cierto muchacho el cual estaba tan claramente consciente de la presencia de Dios que andaba casi siempre por los caminos con el sombrero quitado. ¡Cómo me gustaría que tuviéramos siempre ese talante! Entonces no nos costaría trabajo alguno mantener el fervor.

Preocúpate también de estar lo más cerca posible de aquellos cuyas almas han sido encomendadas a tu cuidado. Métete en el río y pesca. Muchos predicadores ignoran por completo la manera de vivir que tienen la mayoría de las personas: están a gusto entre sus libros, pero bastante perdidos entre la gente. ¿Qué pensarían ustedes de un botánico que pocas veces viera flores reales, o de un astrónomo que nunca pasara una noche mirando las estrellas? ¿Se los podría considerar «científicos»? Tampoco puede un ministro del evangelio ser más que un mero charlatán a menos que se mezcle con los hombres y estudie por sí mismo el carácter de ellos. Caballeros, debemos hacer muchos estudios «en vivo» si queremos pintar para la vida en nuestros sermones. Además de libros lean a los hombres, y amen a los *hombres* más que las opiniones, o se convertirán en predicadores inanimados.

Mantengan estrechas relaciones con quienes se encuentran en un estado de ansiedad. Observen sus dificultades, sus angustias y remordimientos: ello les ayudará a ser fervientes, cuando vean sus ansias por encontrar la paz. Por otro lado, si ven el poco fervor que queda en la mayoría de los hombres, eso puede ayudarles a ser más celosos por despertarlos. Regocíjense con aquellos que están encontrando al Salvador, lo cual será un magnífico medio de avivamiento para sus propias almas.

Cuando se te capacite para traer a Cristo a un enlutado, te sentirás muy rejuvenecido. El oír exclamar a un lloroso pecador arrepentido: «Ahora puede verlo. Creo, y mi carga ha desaparecido. ¡Soy salvo!», será como aceite para tus huesos. A veces el arrobamiento de las almas recién nacidas te estimulará a una intensidad apostólica. ¿Quién no predicará después de haber visto almas convertidas? Hállate presente cuando la gracia capture por fin a la oveja perdida, para que compartiendo el regocijo del Gran Pastor puedas renovar tu juventud. Está al lado los pecadores en el momento de la muerte y se te compensará por la fatigosa búsqueda de los mismos que tal vez hayas tenido durante meses y años. Agárralos con mano firme de amor y di: «Sí, por la gracia de Dios he ganado realmente estas almas»; y tu entusiasmo se inflamará.

Si tienes que trabajar en una gran ciudad, mi consejo sería que dondequiera que se encuentre tu lugar de culto te familiarizaras con la pobreza, la ignorancia y la embriaguez del sitio. Si puedes, acompaña a un evangelista urbano al barrio más pobre, y veras cosas que te dejarán pasmado; y la visión misma de la enfermedad te volverá ansioso por revelar el remedio. Aun en las mejores calles de nuestras grandes ciudades puede verse bastante mal, pero las condiciones de los barrios bajos presentan unas indecibles profundidades de espanto. Como los médicos recorren los hospitales, así deberías tú cruzar las callejuelas y las plazas para ver el daño que ha causado el pecado. Contemplar la desolación que ha producido el pecado en la tierra es suficiente para hacernos derramar lágrimas de sangre. Un solo día con un devoto evangelista constituirá un excelente broche para tus estudios en la Escuela, y una buena preparación para tu trabajo en tu propia esfera. Observa a las masas viviendo en sus pecados, corrompidas por la bebida y por el quebrantamiento del día de reposo, entregándose a los vicios y blasfemando; y contémplalas muriendo borrachas y endurecidas, o aterradas y llenas de desesperación. Ciertamente eso reavivará el celo que se extingue mejor que ninguna otra cosa. El mundo está lleno de miseria absoluta y de tristeza desoladora: la porción de millares de personas es la vergüenza y la muerte; y se necesita un gran evangelio para suplir las terribles necesidades de las almas de los hombres. Ciertamente es así. ¿Acaso lo dudan? Vayan y contémplenlo ustedes mismos, y aprenderán a predicar una gran salvación y a engrandecer al magnífico Salvador, no solo de labios sino con el corazón; y así quedarán ligados a su trabajo sin ninguna posibilidad de abandonarlo.

Los lechos de muerte son magníficas escuelas para nosotros: su propósito es actuar como estimulantes que nos preparen para nuestra tarea. He bajado de los dormitorios de los moribundos pensando que todo el mundo estaba loco y yo más que nadie. He murmurado acerca del celo que los hombres dedican a las cosas terrenales y casi me he dicho a mí mismo: «¿Por qué conducía tan impetuosamente ese hombre? ¿Por qué ha salido esa mujer con una elegancia tan exagerada? Puesto que todos iban a morir muy pronto, pensaba yo que no podían hacer nada que valiera la pena salvo prepararse para su encuentro con Dios. El estar frecuentemente presentes con los hombres cuando mueren nos instruirá tanto a enseñarlos a morir como a vivir. M'Cheyne tenía la costumbre de visitar a sus oyentes enfermos o moribundos los sábados por la tarde, porque —como le explicó al Dr. James Hamilton— «antes de predicar le gustaba mirar hacia el más allá».

Además, te ruego que midas tu trabajo a la luz de Dios. ¿Eres siervo de Dios o no? Si lo eres, ¿cómo puedes tener el corazón frío? ¿Acaso no te envía un Salvador moribundo a proclamar su amor y obtener la recompensa de sus heridas? Si así es, ¿cómo puedes flaquear? ¿Está sobre ti el Espíritu de

Dios? ¿Te ha ungido el Señor para predicar buenas nuevas a los pobres? Si no te ha enviado, no finjas que lo ha hecho; y si te ha enviado, ve en esta tu fuerza y el Señor será tu fortaleza. Lo tuyo no es un oficio ni una profesión. Ciertamente si lo mides con la medida del comerciante se trata del peor negocio que hay sobre la tierra. Y si lo consideras como una profesión, ¿quién no preferiría cualquier otra en lo que a emolumentos y honores mundanos se refiere? Pero si se trata de un llamamiento divino, y tú eres un hacedor de milagros que reside en lo sobrenatural y trabaja no para el tiempo sino para la eternidad, entonces perteneces a un gremio más noble y a una fraternidad superior que cualquiera que brote de la tierra y tenga que ver con lo temporal. Míralo como debes y reconocerás que es una gran cosa ser tan pobre como tu Señor si, al igual que él, puedes enriquecer a muchos; y sentirás que es glorioso ser tan desconocido y despreciado como lo fueron sus primeros seguidores, porque estás dando a conocer a aquel a quien conocer supone vida eterna. Estarás satisfecho con ser cualquier cosa o no ser nada, y el pensamiento de tu propia voluntad no entrará en tu mente, o solo pasará por la misma para ser rechazado como una vileza que un hombre consagrado no debe tolerar. Ahí está la cuestión: mide tu trabajo como debe medirse, y no temeré que tu fervor pueda disminuir. Contémplalo a la luz del día del Juicio y en vista de las recompensas eternas de la fidelidad. ¡Oh hermanos, el gozo presente de haber salvado un alma es abrumadoramente deleitoso! Confío en que lo hayan sentido y que lo conocen ahora. Salvar un alma de perderse nos trae un pequeño Cielo acá abajo, ¿pero cómo será en el día del Juicio encontrarse con los espíritus redimidos por Cristo que oyeron de nuestros labios las noticias de su redención? Esperamos impacientes un bendito Cielo en comunión con nuestro Señor, pero también conoceremos el gozo añadido de encontrarnos con aquellos seres amados a los cuales condujimos a Cristo con nuestro ministerio. Soportemos cualquier cruz y menospreciemos el oprobio que sea, por el gozo que Jesús nos pone delante de ganar almas para él.

Una idea más puede ayudarnos a mantener nuestro fervor: consideren el grave daño que nos sobrevendrá ciertamente a nosotros y a nuestros oyentes si somos negligentes en nuestro trabajo: «Ellos perecerán», ¿acaso no es esta una sentencia terrible? Para mí es tan aterradora como esa otra que sigue: «Mas su sangre demandaré de mano del atalaya». ¿Cómo describiríamos el destino de un ministro infiel? (y todo ministro sin fervor es infiel). Preferiría sin comparación verme confinado en Tofet como un asesino de cuerpos de hombres que como un destructor de las almas de estos. Tampoco conozco condición alguna en que un hombre pueda perecer tan fatal e infinitamente como aquella del que predica un evangelio que él mismo no cree, y que asume el oficio de pastor sobre un pueblo cuyo bien no desea intensamente. Oremos para que seamos hallados fieles en todo momento y siempre. Concédanos Dios que el Espíritu Santo nos haga y nos mantenga en tal estado.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 9

El ojo ciego y el oído sordo

Habiendo dicho a menudo en esta sala de clase que un ministro debería tener un ojo ciego y un oído sordo, he excitado la curiosidad de varios hermanos, los cuales me han pedido que dé una explicación al respecto. A ellos les parece —como también a mí— que cuanto más vean nuestros ojos y oigan nuestros oídos, tanto mejor. Pues bien, caballeros, como el texto resulta en cierto modo misterioso les haré la exegesis del mismo.

Una parte de lo que quiero decir lo expresa sencillamente Salomón en Eclesiastés 7:21: «Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti». No te tomes esas cosas a pecho ni dejes que tengan importancia para ti, no repares en ellas o actúes como si las hubieses oído. No puedes parar las lenguas de la gente; por tanto, lo mejor es que cierres tus propios oídos y no prestes demasiada atención a lo que se habla. El mundo está lleno de cháchara ociosa, y el que tome nota de ella no hará otra cosa más que eso. Descubrirá que aun aquellos que viven con él no siempre están cantando sus alabanzas, y que cuando ha desagradado a sus servidores más fieles, en el acaloramiento de la ocasión, estos han proferido palabras furiosas que mejor le fuera no haber oído. ¿Quién, influido por una irritación pasajera, no ha dicho de otros cosas que luego ha lamentado? El generoso trata las palabras impulsivas como si jamás se hubiesen pronunciado. Cuando un hombre está de mal humor, resulta prudente apartarse de él y dejar la contienda antes de que se enrede; y si no podemos evitar el oír un lenguaje precipitado, debemos esforzarnos por borrarlo de nuestra memoria, y decir como David: «Soy, pues, como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay reprensiones». Tácito describe a cierto hombre prudente diciéndole a otro que le insultaba: «Tú eres señor de tu lengua, pero yo soy también dueño de mis oídos»; es decir, puedes decir lo que quieras, pero yo solo oiré aquello que escoja oír. No nos es dado el cerrar los oídos del mismo modo que hacemos con nuestros ojos, ya que aquellos no tienen párpados; sin embargo, cuando se menciona al que «tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias», queda claro que es posible cerrar el portón del oído para que no entre cosa alguna de contrabando. Acerca de los chismes que corren por el pueblo y de las palabras precipitadas de nuestros amigos airados diremos: «No las oigas; o si no tienes más remedio que hacerlo, no apliques tu corazón a ellas, porque también tú has hablado ociosa y airadamente en ocasiones, y aun ahora te verías en una posición incómoda si se te pidieran cuentas de cada palabra que has dicho hasta de tu amigo más querido. Por eso Salomón, concluyendo el pasaje que hemos citado, argumenta: «Porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces».

Explayándome sobre este texto, permítanme decirles en primer lugar: «Cuando comiences tu ministerio decide hacer borrón y cuenta nueva: *sé sordo y ciego para las viejas disensiones que puedan subsistir en la iglesia*». Tan pronto como tomes posesión de tu pastorado tendrás personas esperándote ansiosas para asegurarse tu adhesión a su causa en alguna querella familiar o disputa eclesiástica. Sé sordo y ciego para esa gente, y asegúrales que contigo lo pasado, pasado; y puesto que no has heredado

la alacena de tu predecesor no te propones consumir sus comidas frías. Si se ha cometido alguna injusticia flagrante, sé diligente en repararla; pero si se trata de una mera enemistad inveterada, ordena a la parte pendenciera que cese en su empeño y aclárale de una vez por todas que no quieres saber nada de ello. La respuesta de Galión te cuadrará bastante bien: «Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría, pero si son cuestiones de palabras y de nombres [...], vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez en estas cosas».

Cuando llegué del campo, siendo joven, a la capilla nueva de Park Street, y me escogieron como pastor, inmediatamente habló conmigo un buen hombre que había dejado la iglesia porque se le había tratado, según dijo, «vergonzosamente». Mencionó los nombres de media docena de personas —todas ellas miembros prominentes de la congregación— que se habían comportado con él de un modo muy poco cristiano, habiendo sido él —pobre víctima inocente— un modelo de paciencia y de santidad. Por lo que me estaba diciendo de otros descubrí de inmediato su carácter (una forma de juzgar que jamás me ha defraudado), y determiné mi línea de actuación. Le dije que la iglesia había estado tristemente desordenada y que la única forma de liberarse de la maraña era que cada uno olvidara el pasado y comenzase de nuevo. Me respondió que el paso de los años no alteraba los hechos; y yo le repliqué que habría alterado la visión de un hombre acerca de los mismos si durante ese período el hombre en cuestión se hubiera convertido en alguien mejor y más sabio. Sin embargo, añadí que todo el pasado se había marchado con mis predecesores y que él tendría que seguir a estos a las nuevas esferas que ocupaban y arreglar allí las cosas con *ellos*, porque yo no pensaba tocar la cuestión ni siquiera con unas tenazas. Se acaloró bastante, pero le permití echar chispas hasta recobrar la calma; luego nos dimos la mano y nos separamos. Se trataba de un buen hombre, pero fundado sobre el molesto principio de entremeterse a veces muy torpemente en las vidas de los demás. Si yo hubiera entrado en su relato y examinado su caso, la disputa no habría tenido fin. Estoy bastante convencido de que tomé la mejor decisión posible, tanto para mi propio éxito como para la prosperidad de la iglesia, aplicando mi ojo ciego a todas aquellas disputas anteriores a mi llegada. Para un joven recién salido del seminario o de algún otro cargo, es de una imprudencia extrema el dejarse influir por los cuchicheos y sobornar por la amabilidad y los halagos de una camarilla, tomando partido y arruinando así su relación con la mitad de su gente. No quieras saber nada de partidos y camarillas, sino sé pastor de todo el rebaño y cuida de todas las personas por igual. Bienaventurados son los pacificadores; y una manera segura de pacificar es dejar en paz el fuego de la contienda. No lo avives ni lo atices, ni le añadas leña, sino deja que se extinga por sí solo. Comienza tu ministerio con un ojo ciego y un oído sordo.

Y les recomendaría el empleo de esa misma facultad —o más bien la carencia de ella— en relación con las cuestiones económicas tocantes a su propio salario. Hay algunas ocasiones, especialmente cuando se está levantando una nueva iglesia, en que tal vez el pastor no cuente con ningún diácono cualificado para manejar las finanzas, y se sienta llamado a hacerse él mismo cargo de estas. En un caso así no se le debe censurar, sino hasta encomiársele. Muchas veces, igualmente, el trabajo se pararía por completo si el predicador no actuara como su propio diácono y buscara recursos tanto temporales como espirituales por sus propios medios. Acerca de estos casos excepcionales no tengo nada que decir: sino que admiro al obrero esforzado y me identifico profundamente con él, ya que se halla sobrecargado y tiene menos posibilidades de ser un soldado efectivo de su Señor por estar enredado en

los negocios de esta vida. Sin embargo, en las iglesias que están bien establecidas y proporcionan un sostenimiento adecuado, el ministro hará bien en supervisarlo todo pero sin interferir en nada. Cuando los diáconos no son dignos de fiar, no deberían ser diáconos; pero si son dignos de su cargo, también lo son de nuestra confianza. Ya sé que se dan casos en los cuales los diáconos se muestran tristemente incompetentes y, sin embargo, hay que soportarlos; en situaciones así, el pastor deberá abrir el ojo que de otro modo hubiera permanecido ciego. Antes de que el manejo de los fondos de la iglesia se convierta en un escándalo, debemos intervenir decididamente; pero si no hay alguna razón perentoria para que lo hagamos, será mejor que creamos en el reparto de funciones y dejemos a los diáconos su propio trabajo.

Tenemos el mismo derecho que los otros responsables de intervenir en los asuntos económicos si queremos, pero resultará más prudente no hacerlo en la medida de lo posible y dejar que otros los manejen por nosotros. Cuando la bolsa está vacía, la mujer enferma y hay muchos niños, si la iglesia no está supliendo apropiadamente para el predicador este *debe* hablar; pero traer constantemente peticiones de aumento de salario ante la congregación, no resulta prudente. Cuando un ministro está mal remunerado y cree que vale más de lo que recibe, y que la iglesia podría dárselo, debería comunicarse, con afabilidad, valentía y firmeza, en primer lugar, con los diáconos y —si estos no se hacen cargo del asunto— con los hermanos, de forma sensata y pragmática. No como si se anhelara una limosna, sino apelando a su sentido del honor, porque «el obrero es digno de su salario». Diga abiertamente aquello que piensa, porque no se trata de nada vergonzoso, sino que el motivo de vergüenza sería mucho mayor si se deshonrara a sí mismo y la causa de Dios incurriendo en deudas. Hable, por tanto, acerca del asunto con la actitud correcta y las personas debidas, dando el mismo por zanjado sin recurrir a las quejas secretas. La fe en Dios debería disminuir nuestra preocupación por las cosas temporales, y capacitarnos para practicar aquello que hemos predicado; a saber: «No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque [...] vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas». Algunos que aparentaban vivir por fe, han obtenido donativos muy astutamente mediante el uso del sacacorchos indirecto; pero ustedes deberán, ya sea pedir francamente como hombres o bien dejar el asunto al sentimiento cristiano de su congregación, volviendo un ojo ciego y un oído sordo a las cuestiones y los modos económicos de la iglesia.

El ojo ciego y el oído sordo serán sumamente apropiados para los chismorreos del lugar. Cada iglesia —y, si vamos a ello, cada pueblo y cada familia— se ve importunada por algunas cotillas que beben té y hablan vitriolo. Jamás están calladas, sino que murmuran por todas partes para el sumo fastidio de quienes son piadosos y prácticos. Nadie necesita buscar demasiado lejos para descubrir el movimiento perpetuo: solo tiene que observar las lenguas de ellas. En los encuentros para tomar té, en las reuniones para hacer labores y en otras ocasiones semejantes, estas mujeres practican la vivisección a los caracteres de sus vecinos y, desde luego, están ansiosas por probar sus bisturíes con el ministro mismo, su mujer, sus hijos, el sombrero de la mujer del ministro, el vestido de la hija de este, cuántos lazos ha llevado la chica durante los últimos seis meses y así hasta la saciedad. También hay ciertas personas que jamás se sienten tan felices como cuando «les duele en el corazón» el tener que decirle al ministro que el Sr. A es una astuta serpiente, que se equivoca pensando así de bien de los Sres. B y C, y que han oído en diferentes sitios que el Sr. D y su mujer se llevan mal. Luego viene una retahíla acerca

de la Sra. E, quien dice que ella y la Sra. F oyeron por casualidad a la Sra. G decir que la Sra. H y la Sra. J deberían contar que el Sr. K y la Srta. L iban a marcharse de la iglesia para asistir a la congregación del Sr. M, y todo por lo que el viejo N le dijo al joven O acerca de la Srta. P. Jamás escuches a esa clase de gente. Haz como Nelson cuando aplicó su ojo ciego al catalejo y declaró que no veía la señal, y que, por tanto, seguiría adelante con la batalla. Dejemos que esas criaturas cuchicheen y no las oigamos siquiera, a menos que murmuren tanto acerca de una determinada persona que el asunto amenace con ser grave; entonces habrá que llamarlas a capítulo y hablar con ellas con solemne seriedad. Asegúrales que estás obligado a conocer exactamente los hechos, que tu memoria no es muy buena, que tienes muchas cosas en que pensar, que siempre temes cometer algún error en estas cuestiones, y que si son tan amables de escribir sus comentarios, el caso estará más claro para ti y podrás considerarlo con mayor detenimiento. Desde luego, las cotillas no estarán dispuestas a hacer esto último: tienen muchos reparos en efectuar declaraciones terminantes y precisas, y prefieren hablar al azar.

Me encantaría que hubiera algún procedimiento para acabar con el chismorreo; pero supongo que eso jamás se conseguirá mientras la raza humana siga siendo lo que es. Porque como nos dice Santiago: «Toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado; llena de veneno mortal» (Stg. 3:7, 8). Pero aquello que no se puede curar hay que soportarlo, y la mejor manera de hacerlo es no escuchándolo. El antiguo propietario de uno de nuestros viejos castillos grabó en el mismo las siguientes palabras:

> DICEN.
> ¿QUÉ DICEN?
> QUE DIGAN.

Las personas de piel delicada deberían aprenderse este lema de memoria. Las habladurías del pueblo nunca son dignas de atención, y jamás habría que prestarles el menor interés excepto para lamentarnos por la malicia y la crueldad que con frecuencia indican. En su libro *Plain Preaching* (Predicación llana), Mayow dice con gran contundencia: «Si vieras a una mujer matando los patos y los gansos de un granjero solo para obtener una de sus plumas, estarías viendo a una persona actuar como lo hacemos cuando hablamos mal de alguien simplemente por el placer que sentimos al hablar mal. Porque el placer que experimentamos no vale lo que una sola pluma, y el dolor que causamos con el mismo es a menudo mayor que el que siente un hombre cuando pierde algo de su propiedad». Introduce un comentario de esta clase de vez en cuando en tus sermones, cuando no haya ninguna murmuración especial circulando, y resultará beneficioso para los más sensatos; del resto, tengo bastante poca esperanza.

Sobre todo jamás te sumes tú mismo a las habladurías, y ruégale a tu mujer que se abstenga también de hacerlo. Algunos hombres se pasan de habladores, y me recuerdan al joven a quien enviaron a Sócrates para aprender oratoria. Cuando se lo presentaron al filósofo, habló de un modo tan incesante que este le pidió el doble de precio por las clases. «¿Por qué me cobra usted el doble», preguntó el joven. «Porque tengo que enseñarte dos ciencias —contestó el orador—: una, la manera de

retener tu lengua; y otra, cómo hablar». La primera de esas dos ciencias es la más difícil de aprender, pero trata de dominarla bien o sufrirás mucho y crearás un sinfín de problemas.

Evita con toda el alma esa actitud de sospecha que agria la vida de muchos hombres, y *aplica un ojo ciego y un oído sordo a todo aquello de que pudieras sacar con aspereza una inferencia cruel*. La sospecha hace de los hombres un tormento para sí mismos y espías de los demás. Comienza a sospechar y las razones para la desconfianza se multiplicarán a tu alrededor, y tus mismos recelos crearán la mayor parte de ellas. Muchos amigos se han vuelto enemigos al ver que se sospechaba de ellos; por tanto, no mires a tu alrededor con ojos de desconfianza, ni seas un escuchador furtivo de las conversaciones de los demás con el oído presto del temor. Pasar por la congregación buscando deslealtades como un guardabosques persigue conejos es un pasatiempos perverso, y generalmente su recompensa es de lo más lamentable. Lord Bacon aconseja sabiamente sobre «el freno prudente de investigar aquello que no nos gustaría descubrir». Cuando no podemos descubrir nada que nos ayude a amar a los demás, es mejor dejar la investigación, no sea que saquemos a luz cosas que puedan dar comienzo a años enteros de contienda. Naturalmente no me estoy refiriendo a los casos que requieran disciplina, los cuales deben investigarse a fondo y resolverse valientemente, sino a las cuestiones meramente personales cuya víctima principal seas tú mismo. En este caso lo mejor es siempre no saber, ni desear saber, aquello que se dice acerca de ti bien por parte de amigos o de enemigos. Los que nos alaban probablemente estén tan equivocados como aquellos que se ceban en nosotros, y puede considerarse lo uno como una compensación por lo otro, si es que en realidad vale la pena tener en cuenta las opiniones de los hombres. Si contamos con la aprobación de nuestro Dios, certificada por una conciencia tranquila, podemos permitirnos el ser indiferentes a las opiniones de nuestros semejantes, ya sea que nos encomien o nos critiquen. Si no nos es posible alcanzar ese estado, entonces es que somos bebés en vez de hombres.

Algunos experimentan unas ansias infantiles de conocer las opiniones que sus amigos tienen de ellos, y si dichas opiniones contienen el más mínimo elemento de discrepancia o de censura, de ahí en adelante los considerarán sus enemigos. Pero nosotros no somos papas, ni queremos que nuestros oyentes nos consideren infalibles. Conocemos a hombres que se han enfurecido mucho por un comentario perfectamente justo y razonable, considerando a un amigo sincero como un oponente que se deleitaba en buscarles faltas. Esta tergiversación de parte del uno pronto ha producido acaloramiento en el otro, y así ha surgido la contienda. ¡Cuánto mejor es la paciencia bondadosa! Tienes que estar dispuesto a soportar la crítica, de otro modo no eres apto para estar al frente de una congregación; y debes permitir que el crítico se marche sin por ello contarlo entre tus enemigos mortales, o demostrarás ser simplemente un alfeñique. Es más conveniente mostrar siempre una doble comprensión cuando alguien que pensaba que era su deber hacerlo te ha tratado con severidad, porque probablemente se trate de un hombre sincero al que vale la pena ganarse. Aquel que en los primeros días de tu pastorado no te considera apto para el mismo, aun puede convertirse en tu mayor defensor si te ve crecer en gracia y avanzar en los requisitos para el ministerio. Por tanto, no lo consideres un enemigo por haberte expresado francamente sus dudas; ¿acaso no confiesa tu propio corazón que sus temores no eran del todo infundados? Vuelve tu oído sordo hacia lo que consideras una crítica dura y esfuérzate por predicar mejor.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Algunas personas —por amor al cambio, por despecho, por progreso en sus gustos y por otras razones— pueden llegar a sentirse incómodas bajo nuestro ministerio, y nos conviene no prestar atención a tal cosa. Si percibimos ese peligro, no debemos hacer patente nuestro descubrimiento, sino estimularnos a mejorar nuestros sermones, esperando que así los buenos hermanos estarán mejor alimentados y se olvidarán de su insatisfacción. Si son verdaderamente personas bondadosas, el mal incipiente pasará sin que se produzca ningún descontento real; pero si este llegara a producirse, no tiene que deberse a sospechas por nuestra parte.

Cuando yo he sabido que había cierta medida de descontento conmigo, no la he reconocido —a menos que no haya tenido más remedio—, sino que, por el contrario, he actuado hacia la persona en cuestión con tanta más cortesía y cordialidad, y jamás he vuelto a oír del asunto. Si hubiera tratado al buen hombre en cuestión como un oponente, él se habría esforzado al máximo por desempeñar el papel que tenía asignado y lo hubiera hecho por amor propio; pero yo le he considerado un hombre cristiano y he creído que tenía derecho a no apreciarme si le parecía bien, y que si lo hacía yo no debía por ello pensar mal de él. Por tanto, lo traté como alguien que era amigo de mi Señor —aunque no lo fuera mío—, le di algún trabajo que hacer el cual implicaba confianza por mi parte, le hice sentirse a gusto y, poco a poco, lo fui ganando hasta convertirlo en un amigo apegado y un colega. Las mejores personas están a veces de uñas y dicen cosas desagradables: nosotros mismos deberíamos alegrarnos de que nuestros amigos fueran capaces de perdonar aquello que les dijimos cuando nos sentíamos quisquillosos o irritables; y sería una actitud cristiana el que tratáramos a otros como nos gustaría que ellos nos tratasen en este respecto. Nunca le hagas recordar a un hermano que en cierta ocasión pronunció palabras duras contra ti. Si lo ves de mejor humor, no le menciones aquel doloroso momento pasado; ya que, si es alguien con el espíritu debido, en el futuro se sentirá reacio a afligir a un pastor que le ha tratado tan generosamente, y si es meramente un grosero, no vale la pena tener ninguna discusión con él y resulta más conveniente enterrar el pasado.

Sería mejor que nos engañaran mil veces a vivir toda la vida dominados por la sospecha: esto resulta intolerable. El avaro que cruza su habitación a medianoche y oye a un ladrón en cada hoja que cae al suelo, no es más digno de lástima que el ministro que cree que se están urdiendo conspiraciones contra él y difundiendo informes en detrimento suyo.

Recuerdo a cierto hermano que creía que lo estaban envenenando y tenía la seguridad de que hasta el asiento en que se sentaba y la ropa que llevaba, por alguna química sutil, se habían saturado de muerte. Su vida era una alarma continua; y lo mismo sucede con la existencia del ministro que desconfía de todo cuanto le rodea. Tampoco es la sospecha solo una fuente de inquietud, sino que se trata de un mal moral que daña el carácter del hombre que la alberga. En los reyes, la sospecha engendra tiranía; en los maridos, celos; y en los ministros, resentimiento: un resentimiento así en el espíritu deshace todos los lazos de la relación pastoral, corroyendo como un ácido el alma misma del oficio y convirtiendo este en una maldición en vez de en la bendición prevista. Cuando ese mal terrible ha cuajado toda la leche del afecto humano en el seno de un hombre, este llega a ser más apto para la policía de investigación que para el ministerio: como una araña empieza a segregar sus hilos y forma una red de temblorosas hebras, todas las cuales acaban en sí mismo y le advierten del más

mínimo toque hasta del mosquito más pequeño. Allí está, sentado en el centro, como un cúmulo de sensaciones, nada aparte de nervios y de heridas abiertas, excitable y excitado, un mártir autoinmolado que atrae alrededor suyo haces de leña llameante y, aparentemente, deseoso de ser quemado. En tales condiciones hasta el amigo más leal está inseguro, y la prevención más cuidadosa de toda ofensa no garantiza la inmunidad de la desconfianza, sino que se interpretará probablemente como astucia y cobardía. La sociedad corre casi tanto peligro a causa de un hombre receloso como de un perro con rabia, ya que aquel lanza dentelladas sin razón en todas direcciones, y esparce a derecha e izquierda la espuma de su locura. De nada vale razonar con la víctima de tal insensatez, ya que desvía todo argumento hacia la dirección equivocada con un ingenio perverso, y convierte tu súplica de confianza en una razón más para el recelo. Resulta lamentable que no sea capaz de ver la iniquidad de su infundada censura de los demás, especialmente de aquellos que eran sus mejores amigos y los más firmes defensores de la causa de Cristo.

No agraviaría
a tan probada virtud con la menor sombra de duda:
el recelo indebido es una bajeza más vil
aun que la culpa sospechada.

Nadie debería ser reo por una sola palabra; pero, cuando reina la sospecha, hasta el silencio se convierte en crimen. Queridos hermanos, eviten este vicio renunciando al amor a sí mismos. No den mucha importancia a lo que los hombres piensen o digan de ustedes, y preocúpense solo del tratamiento que recibe su Señor. Si eres sensible por naturaleza, no cedas a la debilidad, ni permitas que otros influyan en ella. ¿Acaso no supondría una enorme degradación de tu oficio el mantener un ejército de espías a sueldo para recoger información de todo lo que tu congregación dice de ti? En este sentido, lo mismo es que permitas a ciertos entremetidos ponerte al corriente de cada uno de los chismorreos del lugar. Echa de tu presencia a esas criaturas. Aborrece a todos esos buscapleitos, a esas charlatanas doncellas del agravio. Aquellos que traen, llevan; y, sin lugar a dudas, los chismosos que se van de tu casa y cuentan toda la información que ha salido de tus labios bien aderezada por ellos mismos. Recuerda que, al igual que quien recibe objetos robados es tan malo como el ladrón, así el que escucha ignominias participa de la culpa de ellas. Si no hubiera oídos que escucharan, no habría lenguas chismosas. Si eres un comprador de mercancía perniciosa, la demanda creará la oferta y las fábricas de falsedades trabajaran sin descanso. Nadie desea convertirse en un forjador de mentiras; sin embargo, el que escucha a los calumniadores con deleite y los cree con prontitud, incubará con éxito muchas camadas de ellos.

Como dice Salomón: «El chismoso aparta a los mejores amigos» (Pr. 16:28). Se lanzan insinuaciones y se despiertan desconfianzas hasta que «se produce la frialdad entre ellos y ninguno es capaz de entender por qué; cada uno se pregunta cuál pudo ser la causa. Así, el afecto más firme, más duradero, más cariñoso e íntimo, las fuentes de las alegrías más dulces de la vida, se rompen, tal vez para siempre»[1].

[1] Comentario del Dr. Wardlaw acerca de Proverbios.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Esta es una obra digna del mismísimo Satanás; pero jamás se podría llevar a cabo si los hombres vivieran fuera de una atmósfera de sospecha. Por desgracia, el mundo está lleno de dolor por esta causa: un dolor tan agudo como innecesario. Es ciertamente deplorable. Campbell comenta elocuentemente: «Las ruinas de las viejas amistades son para mí un espectáculo más triste que aquellas de los palacios desolados. Ellas exhiben, abatido y desierto, y frecuentado por pájaros de mal agüero que anidan en las ruinas, el corazón que en otro tiempo estuvo iluminado por el gozo». ¡Ay sospecha, cuánta desolación has causado en la tierra!

Aprende a no creer a quienes no tienen fe en sus hermanos: sospecha de aquellos que quieren hacerte sospechar de los demás. Un escepticismo decidido de todos los murmuradores será muy eficaz para reprimir su perniciosa energía. Matthew Pool dice lo siguiente en su *Cripplegate Lecture* (Conferencia en Cripplegate):

> Los rumores corrientes han perdido su reputación hace mucho tiempo, y no sé de nada que hayan hecho en nuestros días por recuperarla; por tanto, no se les debería dar crédito. ¡Cuán pocos informes hay, del tipo que sea, que cuando se los examina de cerca, no resulten ser falsos! En cuanto a mí, considero que si de veinte informes creo uno estoy siendo muy generoso. Desconfía especialmente de los reproches y de los rumores negativos, porque son los que se propagan más rápido, al ser más agradables para la mayoría de las personas, las cuales suponen que su propia reputación no estará nunca tan firme como cuando se construya sobre las ruinas de aquella de otros hombres.

Puesto que las personas que te harán desconfiar de tus amigos son una camarilla deplorable, y ya que la sospecha es en sí un vicio despreciable y torturador, decide volver tu ojo ciego y tu oído sordo hacia todo ese asunto.

Tengo que decir una o dos cosas acerca de la sabiduría de *nunca escuchar aquello que no iba dirigido a ti*. El que escucha furtivamente las conversaciones de otros es una mala persona, poco —si es que algo— mejor que el chivato corriente; y al que dice que *oyó por casualidad* puede considerársele como alguien que ha oído infinitamente más de lo que debería.

Jeremy Taylor comenta justa y sabiamente: «Jamás escuches a la puerta o a la ventana; ya que el hacerlo, además de conllevar un peligro y una trampa, también invade la intimidad del prójimo y deja a la vista aquello que, por consiguiente, él encerró para que no se viera». El que los fisgones pocas veces oyen alguna cosa agradable acerca de sí mismos es un dicho muy gastado. El fisgar es una especie de latrocinio, pero los bienes robados jamás suponen un deleite para el ladrón. La información obtenida de manera clandestina, salvo en unos pocos casos extremos, dañan más que benefician a una causa. Al magistrado puede parecerle conveniente obtener evidencia de esa forma, pero no soy capaz de pensar en ningún caso en que un ministro deba hacerlo. Nuestra misión es de gracia y de paz: no somos fiscales que busquen pruebas condenatorias, sino amigos, cuyo amor cubrirá multitud de pecados. Jamás utilizaremos las miradas a hurtadillas de Canaán, el hijo de Cam, sino que preferimos emplear la delicadeza piadosa de Sem y de Jafet, los cuales anduvieron hacia atrás y cubrieron la vergüenza que el hijo perverso había difundido con regocijo.

Vuelve también el ojo ciego y el oído sordo, por regla general, a las opiniones y los comentarios que se hagan acerca de ti. Los personajes públicos deben esperar también una crítica pública; y como no se

puede considerar que el público sea infalible, los hombres públicos han de contar con recibir críticas que no serán ni justas ni agradables. Debemos prestar la debida atención a todos los comentarios sinceros y justos; pero al amargo veredicto del prejuicio, a la censura frívola y mezquina de los hombres preocupados por la moda, a las palabras estúpidas de los ignorantes y a las feroces denuncias de los oponentes, podemos hacer oídos sordos con absoluta tranquilidad. No nos cabe esperar que nos aprueben aquellos contra cuyos pecados favoritos testificamos: su encomio supondría para nosotros el haber errado el blanco.

Tratamos naturalmente de ser aprobados por nuestra propia gente, los miembros de nuestras iglesias y los adherentes a nuestras congregaciones; y cuando estos hacen comentarios que demuestran que no son grandes admiradores nuestros, podemos sentirnos tentados al desaliento, si no a la ira. Ello supone una trampa.

Cuando estaba a punto de dejar la responsabilidad de mi pueblo para venir a Londres, uno de los ancianos oró para que fuera «librado de los balidos de las ovejas». Les prometo que no tenía la menor idea de lo que quería decir; pero ahora el acertijo está claro para mí y he aprendido a hacer yo mismo esa oración. Prestar demasiada atención a lo que nuestra congregación dice —ya sea a modo de alabanza o de desaprobación— no es bueno para nosotros. Si moramos en las alturas con «el Gran Pastor de las ovejas», poco nos importarán todos esos balidos a nuestro alrededor; pero si nos hacemos «carnales y [andamos] como hombres», tendremos poco descanso escuchando esto, aquello y eso otro que cada pobre oveja esté balando en torno nuestro.

Tal vez sea bastante cierto que has estado inusualmente aburrido el último día de reposo por la mañana, pero no había necesidad de que doña Cháchara viniera a decirte que el diácono Jones pensaba que así había sido. Es más que probable que, habiendo estado la semana anterior en el campo, tu predicación haya sido más bien como leche y agua, pero no es necesario que hagas una ronda entre la gente para descubrir si ellos lo han notado o no. ¿Acaso no basta con que tengas la conciencia intranquila acerca del asunto? Esfuérzate por mejorar en el futuro, pero no quieras oír todo aquello que dicen Pedro, María o Juan al respecto. Por otra parte, en tu último sermón estuviste espléndido y concluiste con bastante fanfarria de trompetas; y te sientes bastante ansioso por saber la impresión que causaste. Reprime tu curiosidad, porque no te hará ningún bien indagarlo. Si la congregación resultara ser de tu misma opinión, ello solo alimentaría tu lastimosa vanidad; y si piensan de otro modo, el andar buscando su alabanza te haría descender en la estima de ellos. De cualquier forma, todo tiene que ver contigo, y ese es un tema de muy poco valor para que te produzca ansiedad alguna. Pórtate como un hombre, y no te rebajes buscando cumplidos como los niños cuando llevan ropa nueva y dicen: «¡Mira qué bonito vestido!». ¿Acaso no has descubierto a estas alturas que los halagos son tan perniciosos como agradables? Ablandan la mente y te hacen más sensible a los efectos de la calumnia. En la misma medida que te agrade la alabanza, la censura te causará dolor; además, es un delito dejarte desviar de tu gran objetivo de glorificar al Señor Jesús por consideraciones tan triviales como tu pobre persona, y aunque no hubiera otra razón que ésta, ella debería tener peso suficiente para ti. El orgullo es un pecado mortal, y crecerá sin necesidad de que tomes prestado el carro de riego de la iglesia para acelerarlo. Olvídate de las expresiones que alimentan tu vanidad, y si te encuentras saboreando esos malsanos bocados, confiesa tu pecado humillándote profundamente. Payson

demostró que era fuerte en el Señor al escribir a su madre lo siguiente:

> Querida madre, ciertamente no debes decirme palabra alguna que parezca siquiera una insinuación de que piensas que estoy avanzando en la gracia. No puedo soportarla. Toda la gente de este lugar —amigos o enemigos juntamente— conspira para arruinar mi vida. Naturalmente, Satanás y mi propio corazón están dispuestos a echar una mano, y si también tú te unes a ellos me temo que toda el agua fría que Cristo pueda arrojar sobre mi orgullo no impedirá que este se encienda en una llamarada destructora. Tan cierto como que cualquiera me halaga y me acaricia, mi Padre tiene que azotarme; y constituye una misericordia indecible que él condescienda a hacerlo. Ciertamente puedo sin problema encontrar cien razones por las que no debería ser orgulloso, pero el orgullo no atiende a razones, ni a ninguna otra cosa que no sea una buena zurra. ¡Aun en este mismo momento siento cómo hormiguea sobre las yemas de mis dedos y trata de guiar mi pluma!

Puesto que yo mismo conozco un poco esos azotes secretos que nuestro buen Padre administra a sus siervos cuando los ve indebidamente exaltados, añado de todo corazón mi propia advertencia solemne contra el hecho de que ustedes mimen la carne escuchando las alabanzas de sus amigos más afectuosos. Estos son poco juiciosos, y deben tener cuidado con ellos.

Un amigo sensato que te critique inexorablemente semana tras semana supondrá para ti mucha más bendición que mil admiradores sin sentido crítico, si es que tienes bastante sentido común como para soportar este tratamiento y la suficiente gracia para agradecerlo. Cuando yo predicaba en Surrey Gardens, un censor desconocido muy hábil solía enviarme una lista semanal de mis faltas de pronunciación y otros deslices en el habla. Nunca firmaba con su nombre, y esa era mi única queja contra él, ya que me dejaba con una deuda que no podía reconocer. Aprovecho esta oportunidad para confesarle mi gratitud, ya que con un talante genial y un deseo evidente de beneficiarme, anotaba de la manera más implacable todo aquello que suponía que yo había dicho incorrectamente. En relación con algunas de esas correcciones él mismo se equivocaba, pero en la mayoría tenía razón, y sus comentarios me ayudaron a percibir y evitar muchos errores. Esperaba su *memorándum* semanal con mucho interés, y confío en que habré mejorado gracias a sus críticas. Si yo había repetido una frase dos o tres domingos antes, él decía: «Vea la misma expresión en tal sermón» —y mencionaba el número y la página—. En cierta ocasión subrayó que estaba utilizando demasiado a menudo la expresión «Nada traigo en mis manos»; añadiendo: «Ya estamos bastante informados de la vacuidad de sus manos». Además me preguntaba con qué autoridad llamaba yo a un hombre «codicioso», etc. Puede que algunos jóvenes se hubieran sentido desalentados —y hasta irritados— por unas críticas tan duras, pero hubieran sido muy necios, ya que resintiendo una corrección así habrían desaprovechado una valiosa ayuda para progresar. No hay dinero que pueda comprar un parecer franco y sincero; y cuando lo recibimos gratuitamente debemos emplearlo en la mayor medida posible. Lo peor es que, de entre aquellos que nos brindan sus juicios, pocos están capacitados para formarlos, y se nos importunará con comentarios necios e impertinentes a menos que les volvamos el ojo ciego y el oído sordo por completo.

En cuanto a los falsos informes contra tu persona, utiliza mayormente el oído sordo. Por desgracia los mentirosos no se han extinguido aún, y puede que se te acuse —al igual que a Richard Baxter y John Bunyan— de crímenes que tu alma aborrece. No te tambalees por causa de ellos, ya que los hombres

más selectos han tenido que sufrir esta prueba y ni siquiera tu Señor escapó de la emponzoñada lengua de la falsedad. En casi todos los casos, el mejor curso de acción es dejar que tales cosas mueran de muerte natural: una gran mentira, si se pasa por alto, es como un gran pez fuera del agua, que salta, cae al suelo y se golpea hasta morir en poco tiempo. Contestarla es colocarla en su *hábitat* y ayudarle a prolongar su vida. Las falsedades, por lo general, llevan incorporadas en algún lugar de sí mismas su propia refutación, y mueren al clavarse su mismo aguijón. Algunas mentiras, especialmente, tienen un olor particular que traiciona su podredumbre ante cualquier nariz honrada. Si dichas mentiras te perturban, habrán conseguido en parte el objeto de su invención; pero tu aguante silencioso decepcionará a la malicia y te concederá una victoria parcial que Dios, en su cuidado de ti, pronto transformará en una total liberación.

Tu vida intachable constituirá tu mejor defensa, y aquellos que la han visto no permitirán que se te condene tan fácilmente como esperan tus calumniadores. Abstente únicamente de pelear tus propias batallas, y en nueve de cada diez casos tus acusadores no conseguirán nada con su malevolencia, aparte de mortificación para sí mismos y el desprecio de parte de los demás. Llevar a juicio al calumniador pocas veces resulta prudente. Recuerdo un querido siervo de Cristo que en su juventud era muy sensible y, habiéndosele acusado falsamente, denunció a la persona ante el juez. Se le ofreció una disculpa, la cual eliminó todo vestigio de la acusación y fue de lo más amplia; pero el buen hombre insistió en que se publicara en los periódicos, y el resultado de ello le convenció de su propia torpeza. Una multitud de gente que jamás se habría enterado de la difamación, se preguntaba qué significado tenía, e hicieron comentarios al respecto, concluyendo generalmente con el sabio comentario de que algo imprudente debía de haber hecho para provocar tal acusación. Se oyó decir a aquel hermano que mientras viviera jamás recurriría otra vez a semejante método; ya que pensaba que la disculpa pública le había hecho más daño que la propia calumnia. Estando como estamos en una posición que nos convierte en blancos escogidos del diablo y sus aliados, lo mejor que podemos hacer es defender nuestra inocencia con el silencio y encomendarle nuestra reputación a Dios.

Sin embargo esta regla general tiene sus excepciones: cuando se hacen acusaciones claras, precisas y públicas contra un hombre, este debe contestarlas y hacerlo de la manera más clara y abierta. Negarse a cualquier investigación en este caso equivale prácticamente a declararse culpable; y sea cual sea la forma que ello adopte, el público en general considerará una renuncia a la réplica como una prueba de culpabilidad. Ante la mera preocupación y el fastidio es mucho mejor permanecer del todo pasivo; pero cuando el asunto cobra proporciones más serias, y nuestro acusador nos desafía a defendernos, debemos responder a sus acusaciones con una presentación clara de los hechos. En cada caso, sin embargo, debería buscarse el consejo del Señor para tratar con las lenguas difamadoras, y el resultado reivindicará la inocencia y condenará la falsedad.

Algunos ministros han sufrido quebrantamiento de espíritu, se han visto expulsados de su posición y hasta han experimentado daño en su reputación por hacer caso de las habladurías de los pueblos. Conozco a un joven excelente, para quien yo auguraba una carrera de gran utilidad, que se vio en una dificultad grave porque, en primer lugar, permitió que dicha dificultad lo fuese y, seguidamente, porque puso todo su empeño en conseguirlo. Me vino a ver quejándose de que tenía una gran aflicción —y en realidad la tenía—, pero de principio a fin la misma se refería a lo que media

docena de mujeres habían dicho acerca de su manera de proceder tras la muerte de su esposa. Al principio se trataba de algo demasiado pequeño para ocuparse de ello: una cierta Sra. Q había dicho que no le extrañaría que el ministro se casara con la criada que vivía en su casa; otra refirió el hecho diciendo que debería casarse con ella; y luego, una tercera, a mala idea, encontró un sentido más profundo en las palabras y las convirtió en acusación. Lo peor es que el sensible predicador tuvo que buscar el origen del asunto y acusar a veinte o cuarenta personas de difundir calumnias contra él, y aun amenazar a varias de ellas con llevarlas a los tribunales. Si hubiera orado en secreto acerca de ello o aun hecho caso omiso de la cuestión, todo aquel chismorreo no habría causado ningún daño; pero este querido hermano no supo tratar con sabiduría la difamación, porque no tenía aquello que les recomiendo encarecidamente a ustedes: a saber, un ojo ciego y un oído sordo.

Además, hermanos, el ojo ciego y el oído sordo les serán útiles *en relación con otras iglesias y sus pastores*. Siempre me encanta que quien se entremete en los asuntos ajenos se queme los dedos. ¿Por qué no se ocupa de lo suyo y deja de hacer de obispo en otra diócesis? Con frecuencia los miembros de las iglesias me piden que me inmiscuya en sus disputas domésticas; pero a menos que vengan con autoridad, nombrándome árbitro de la cuestión, me niego a hacerlo. Alexander Cruden se dio a sí mismo el nombre de «el Corregidor», y jamás le he envidiado ese título. Se necesitaría una inspiración especial a fin de capacitar a un hombre para resolver todas las controversias en nuestras iglesias; y, por regla general, son aquellos menos capacitados para hacerlo quienes están más ansiosos por intentarlo. En la mayoría de los casos, las intromisiones (por muy bien intencionadas que sean) fracasan. Las disensiones internas de nuestras congregaciones se parecen mucho a las disputas entre marido y mujer: cuando el caso llega al extremo de tener que pelearlo, la parte mediadora se convierte en víctima de la furia de ambos. Nadie, aparte de los inmaduros, intervendrá en una batalla doméstica; ya que el hombre, naturalmente, se resentirá con él y la esposa, aunque víctima de muchos golpes, dirá: «¡Deje en paz a mi marido! ¡Tiene derecho a pegarme si quiere!»[2]. Por muy grande que sea la animosidad mutua de los combatientes conyugales, parece olvidarse en el resentimiento contra los intrusos; y así, en medio de una denominación tan independiente como somos los baptistas, la persona de fuera de la iglesia que se inmiscuye, de la manera que sea, se llevará sin duda la peor parte. No te consideres el obispo de todas las iglesias del vecindario, sino confórmate con cuidar de Listra, Derbe, Tesalónica o cualquier iglesia que se haya asignado a tu cuidado, y deja Filipos y Éfeso en manos de sus propios pastores. No alientes a las personas descontentas a buscar faltas en su ministro o a traerte noticias de los males de otras congregaciones. Cuando te encuentres con tus colegas en el ministerio no te apresures a aconsejarles: ellos conocen su deber tanto como tú el tuyo y, probablemente, tu juicio acerca de su forma de actuar se base en una información parcial suministrada por fuentes poco ecuánimes. No agravies a tus vecinos con tu intromisión. Todos tenemos bastante que hacer en casa, y es prudente mantenerse al margen de cuantas disputas no sean nuestras. Uno de los proverbios del mundo nos recomienda que lavemos nuestra ropa sucia de puertas adentro; y yo añadiría otra frase, y aconsejaría que no fuéramos a ver a nuestros vecinos mientras estos tienen la suya en las jabonaduras. Se lo debemos a nuestros amigos y será la mejor forma de

[2] ¡Las cosas han cambiado bastante desde que Spurgeon escribió esto! (N. T.).

promover la paz.

«Como el que toma un perro por las orejas, así es el que pasa y se entremete en contienda que no es suya» (Pr. 26:17 LBLA). El tal es muy probable que resulte mordido, y pocos se compadecerán de él. Bridges observa sabiamente que «nuestro bendito Señor nos ha dado una lección de piadosa sabiduría: él aliviaba las disputas en su familia; pero cuando se le pedía que interviniera en contiendas que no eran suyas, decía: '¿Quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?'». Los que se autoproclaman jueces no logran mucho respeto: si fueran más capaces de censurar estarían menos dispuestos a hacerlo. Muchas diferencias sin importancia dentro de una iglesia se han visto avivadas hasta convertirse en una gran llama por ministros de fuera que no tenían idea del mal que estaban causando. Pronunciaban su veredicto sobre declaraciones *ex parte* (oyendo solo a una de las partes), y así incitaban a personas con actitud antagonista las cuales se sentían seguras si podían decir que los ministros vecinos estaban bastante de acuerdo con ellas. Mi consejo es que nos unamos al club de los que no saben nada y no digamos nunca una palabra hasta que hayamos oído a ambas partes; y además que hagamos cuanto esté en nuestra mano para no oír ni a unos ni a otros, si el asunto no nos concierne.

¿No es esta una explicación suficiente de mi afirmación de que cuento con un ojo ciego y un oído sordo, y de que esos son el mejor ojo y el mejor oído que tengo?

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 10

Nuestro objetivo: la conversión

El gran objetivo del ministerio cristiano es la gloria de Dios. Ya sea que las almas se conviertan o no, si se predica fielmente a Jesucristo, el ministro no habrá trabajado en vano, ya que es un grato aroma para Dios tanto en los que se pierden como en aquellos que se salvan. Sin embargo, como norma, Dios nos ha enviado a predicar para que, por medio del evangelio de Jesucristo, los hijos de los hombres sean reconciliados con él. De vez en cuando, un pregonero de justicia como Noé puede estar trabajando sin llevar a nadie —aparte del círculo de su familia— al arca de salvación; y otro, como Jeremías, es posible que llore en vano por una nación impenitente. Pero en su mayor parte, la intención del trabajo de predicar es salvar a los que oyen. Nos corresponde a nosotros sembrar hasta en lugares pedregosos, donde no hay fruto que recompense nuestros esfuerzos; aun así, debemos esperar la cosecha y lamentarnos si esta no aparece a su debido tiempo.

Puesto que nuestro principal objetivo es la gloria de Dios, apuntamos hacia ella buscando la edificación de los santos y la salvación de los pecadores. Instruir al pueblo de Dios y edificarlos en su santísima fe es una noble tarea, y no debemos en modo alguno descuidar esta responsabilidad. Para ello hemos de hacer claras formulaciones de la doctrina evangélica, de la experiencia vital y del deber cristiano, y jamás retraernos de enseñar todo el consejo de Dios. En demasiados casos se mantienen en suspenso ciertas verdades so pretexto de que no son prácticas; mientras que el mero hecho de que hayan sido reveladas demuestra que el Señor las considera valiosas, y ¡ay de nosotros si nos consideramos más sabios que él! Así que podemos decir de cada doctrina de la Escritura:

Por tanto, es sabio que el hombre la dote de lengua.

Si quitamos una sola nota de la divina armonía de la verdad, la música tal vez se vea tristemente menoscabada. Tu congregación puede contraer graves enfermedades espirituales por falta de un determinado nutriente de la Palabra, el cual solo son capaces de suministrar aquellas doctrinas que estás reteniendo. En la comida que comemos hay ingredientes que, a primera vista, no parecen ser necesarios para la vida; pero la experiencia demuestra que constituyen requisitos imprescindibles para la salud y la fortaleza. El fósforo no producirá carne, pero es necesario para los huesos; y muchos elementos químicos caen en la misma categoría: son precisos para la economía humana en su debida proporción. Así algunas verdades que parecen poco adecuadas para la nutrición espiritual resultan, sin embargo, muy beneficiosas a la hora de proporcionar espinazo y músculo a los creyentes, y para reparar los diferentes órganos de la naturaleza humana cristiana. Debemos predicar «toda la verdad», para que el hombre de Dios pueda estar enteramente preparado para toda buena obra.

Nuestro gran objetivo de glorificar a Dios debe conseguirse ganando almas. *Tenemos que* ver almas nacidas para Dios; si no las vemos, nuestro clamor habría de ser como el de Raquel: «Dame hijos o me muero». Si no ganamos almas deberíamos lamentarnos como el labrador que no obtiene cosecha alguna o como el pescador que vuelve a su casa con las redes vacías, o como ese cazador que ha estado

vagando sin éxito por valles y colinas. Tendríamos que utilizar el lenguaje de Isaías con sus innumerables gemidos y lamentos: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?». Los embajadores de la paz no deberían dejar de llorar amargamente hasta que los pecadores lo hicieran por sus pecados.

Si deseamos ardientemente que nuestros oyentes crean en el Señor Jesús, ¿cómo deberíamos actuar para que Dios nos utilizara a fin de producir ese resultado? He aquí el tema del presente discurso.

Puesto que la conversión es una obra divina, debemos asegurarnos de *depender completamente del Espíritu de Dios*, y acudir a él para recibir poder sobre las mentes de los hombres. A pesar de tantas veces como se hace este comentario, me temo que sentimos muy poco su fuerza; ya que si estuviéramos en verdad más conscientes de nuestra necesidad del Espíritu de Dios, ¿no estudiaríamos dependiendo más de su enseñanza?, ¿no oraríamos con mayor importunidad para ser ungidos con su santa unción?, ¿no le daríamos más lugar para que actuase en nuestros sermones?; ¿acaso no fracasamos en muchos de nuestros esfuerzos porque en la práctica, si no en la doctrina, pasamos por alto al Espíritu Santo? Siendo Dios, su lugar está en el trono, y él debe ser el principio, el intermedio y el final en todas nuestras empresas: nosotros somos meramente instrumentos en sus manos.

Una vez admitido esto plenamente, ¿qué otra cosa deberíamos hacer para ver conversiones? *Con toda seguridad tendríamos que ser cuidadosos de predicar sobre todo aquellas verdades que conducirán a este fin*. ¿Y cuáles son esas verdades? Mi respuesta es que lo primero y principal es que prediquemos *a Jesucristo, y a este crucificado.* Las almas se sienten atraídas allí donde se exalta a Jesús: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo». La predicación de la cruz es para aquellos que son salvados por el poder de Dios y la sabiduría de Dios. El ministro cristiano debería predicar todas las verdades que se agrupan en tono a la persona y la obra del Señor Jesús; por tanto, tiene que declarar con mucho fervor y propósito *la maldad del pecado* que hizo necesario a un Salvador. Enseña que el pecado es la infracción de la ley y que demanda castigo, así como que la ira de Dios se revela contra el mismo. No trate nunca el pecado como una menudencia o un infortunio, sino preséntelo como sumamente pecaminoso. Entre luego en los particulares: no echando una mirada superficial a la maldad en su conjunto, sino mencionando los diversos pecados en detalle, especialmente aquellos que son más característicos de la época: como esa hidra devoradora que es la embriaguez, la cual asola nuestra tierra; la mentira, que en forma de calumnia abunda por doquier; y la disolución, que debe mencionarse con mucha delicadeza pero aun así denunciarse sin piedad.

Debemos reprobar, especialmente, aquellos males en que han caído nuestros oyentes, o corren el riesgo de caer. Explica los Diez Mandamientos y obedece el mandato divino que dice: «Anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado». Despliega la espiritualidad de la ley de Moisés como hizo nuestro Señor y explica cómo se quebranta mediante pensamientos, intenciones e imaginaciones perversas. Muchos pecadores sentirán la conciencia aguijoneada por este medio. El bueno de Robbie Flockhard solía decir: «De nada sirve coser con la hebra de seda del evangelio a menos que abramos camino para ella con la aguja afilada de la ley». La ley viene primero —como la aguja—, e introduce luego el hilo del evangelio; por tanto, al predicar debes hablar del pecado, la justicia y el Juicio venidero. Explica con frecuencia el lenguaje del Salmo 51: muestra que Dios ama la

verdad en lo íntimo, y que la purificación por medio de la sangre del sacrificio es absolutamente necesaria. Apunta al corazón. Sondea la herida y toca la carne viva del alma. No evites las cuestiones más severas, ya que antes de curar a los hombres hay que herirlos, y antes de darles vida hay que hacerlos morir. Ningún hombre se vestirá jamás con la túnica de la justicia de Cristo a menos que se le haya despojado de las hojas de higuera, ni se lavará en la fuente de la gracia hasta que perciba su propia suciedad. Por tanto, hermanos, no debemos dejar de predicar la ley, sus exigencias, sus amenazas y los innumerables quebrantamientos de la misma por parte del pecador.

Enseña acerca de la corrupción de la naturaleza humana. Explica a los hombres que el pecado no es un accidente, sino la consecuencia genuina de sus corazones corrompidos. Predica la doctrina de la depravación natural del hombre: una verdad pasada de moda, ya que hoy en día se encuentran ministros que son muy cuidadosos con «la dignidad de la naturaleza humana». A veces se hace referencia al «estado caído» del hombre, pero se evitan cuestiones tales como la corrupción de nuestra naturaleza y otros temas semejantes. Se informa a los etíopes de que pueden blanquear su piel y se espera de los leopardos que se quiten las manchas. Hermanos, no caigan en ese engaño; o, si lo hacen, no esperen demasiadas conversiones. Profetizar cosas halagüeñas y atenuar la maldad de nuestro estado de perdición no es la manera de guiar a los hombres a Jesús.

Queridos hermanos, *la necesidad de la divina intervención del Espíritu Santo* seguirá de manera natural a la enseñanza anterior, ya que nuestra espantosa miseria precisa de la interposición de Dios. Hay que decir a los hombres que están muertos, y que solo el Espíritu Santo puede darles vida; que el Espíritu obra como le place y que ningún hombre puede reclamar su visitación o merecer su ayuda. Esta se considera una enseñanza descorazonadora —y lo es—, pero los hombres necesitan que se los descorazone cuando buscan la salvación de manera equivocada. El desengañarlos de sus propias habilidades es de gran ayuda para hacerles que miren fuera de sí mismos, hacia Otro —a saber, al Señor Jesús—, para salvarse. La doctrina de la elección y otras grandes verdades que declaran que la salvación es completamente por gracia y no constituye el derecho de las criaturas, sino el don del Señor Soberano, están calculadas para esconder del hombre el orgullo y prepararle para recibir la misericordia divina.

También debemos presentar a nuestros oyentes la justicia de Dios y *la certidumbre de que toda transgresión será castigada.* A menudo tenemos que…

Ponerles delante en espantosas galas
toda la pompa de ese terrible día
cuando Cristo en las nubes vendrá.

Haz sonar en sus oídos la doctrina de la segunda venida, no como una curiosidad profética, sino como un hecho práctico y solemne. Resulta inútil presentar a nuestro Señor con toda la tintineante ostentación de un reino terrenal, como hacen ciertos hermanos que creen en un judaísmo restaurado: necesitamos predicar que el Señor viene a juzgar al mundo con justicia, a llamar a las naciones a su Tribunal y a separarlas como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pablo predicaba acerca de la justicia, del dominio propio y del Juicio venidero, e hizo temblar a Félix con su predicación: estos temas son igual de impactantes en la actualidad. Cuando excluimos las amenazas de castigo del

evangelio, despojamos a éste de su poder. Es de temer que las opiniones novedosas acerca de la aniquilación y la restauración que han afligido a la Iglesia en estos últimos días hayan hecho que muchos ministros sean lentos para hablar acerca del Juicio Final y sus resultados, y por consiguiente los terrores de Dios han tenido poca influencia tanto sobre los predicadores como sobre sus oyentes. Si eso ha sucedido jamás podremos lamentarlo bastante, porque así se deja sin utilizar un gran medio de conversión.

Queridos hermanos, ante todo debemos tener clara la salvadora doctrina de *la Expiación*. Hemos de predicar un auténtico sacrificio vicario y proclamar el perdón como resultado del mismo. Las visiones borrosas de la sangre que expía el pecado son perniciosas en extremo: se mantiene a las almas en una esclavitud innecesaria y se despoja a los santos de la tranquila confianza de la fe, al no decírseles claramente que Dios «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co. 5:21). Debemos predicar la sustitución de forma franca e inequívoca, porque si hay una doctrina que se enseñe claramente en las Escrituras es esta: «El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is. 53:5); «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 P. 2:24). Esta verdad tranquiliza la conciencia enseñando que Dios puede ser justo y el que justifica al creyente. Esta es la gran red de los pescadores del evangelio: los peces son atraídos o llevados en la dirección correcta por otras verdades, pero esta verdad constituye la red misma.

Para que los hombres sean salvados, debemos predicar la *justificación por la fe* en los términos más claros, como la manera que tiene la expiación de hacerse efectiva en la experiencia del alma. Si es el sacrificio vicario de Cristo lo que nos salva, entonces no se requiere ningún mérito nuestro, y lo único que tienen que hacer los hombres es aceptar, con fe sencilla, aquello que Cristo ya ha hecho. Es delicioso meditar sobre esa gran verdad de que «Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios» (He. 10:12). ¡Qué visión tan gloriosa la de Cristo sentado en el sitio de honor porque ha terminado su obra! El alma puede descansar confiadamente en una obra tan evidentemente completa.

Jamás debe oscurecerse la justificación por la fe; sin embargo, no todos tienen esto claro. Una vez oí un sermón acerca del versículo que dice: «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán», que en inglés venía a decir: «Sé bueno, muy bueno y, aunque tendrás que sufrir por ello, Dios te recompensará al final». El predicador, sin lugar a dudas, creía en la justificación por la fe, pero predicaba muy claramente la doctrina contraria. Muchos hacen esto cuando se dirigen a los niños; y observo que, por lo general, hablan a los pequeños acerca de *amar* a Jesús y no de creer en él. Esto debe dejar una perniciosa impresión en las mentes jóvenes y apartarlas del verdadero camino de la paz.

Predica con fervor *el amor de Dios en Cristo Jesús* y exalta la abundante misericordia del Señor; pero habla de estar siempre en relación con su justicia. No ensalces el atributo singular del amor de la manera que demasiado a menudo se hace, sino considéralo en su elevado sentido teológico, según el cual, ese amor encierra en su interior, como un anillo de oro, el resto de los atributos divinos. Porque Dios no sería amor si no fuera justo y aborreciera toda cosa impura. Jamás exaltes un atributo a expensas de otro: deja que la misericordia infinita aparezca en plácida coherencia con la justicia firme y la soberanía ilimitada. El verdadero carácter de Dios es apto para asombrar, impresionar y humillar

al pecador: no desfigures a tu Señor.

Todas estas verdades, y otras más que completan el sistema evangélico, están calculadas para guiar a los hombres a la fe; por tanto, haz de ellas el elemento central de tu enseñanza.

En segundo lugar, si ansiamos vivamente que las almas se salven, no debemos *únicamente predicar las verdades que llevarán probablemente a ese fin, sino utilizar ciertos modos de manejarlas que conduzcan a ello.* ¿Te preguntas cuáles son esos modos? En primer lugar, debes invertir mucho tiempo en la *enseñanza*. Los pecadores no son salvados *en* las tinieblas, sino *de* ellas: «El alma sin ciencia no es buena». Hay que enseñarles a los hombres acerca de sí mismos, de su pecado y de su caída; así como de su Salvador, su redención, su regeneración, etc. Muchas almas despertadas aceptarían con gusto la forma de salvación de Dios si la conociesen. Son semejantes a aquellos de los que el apóstol dice: «Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho». Si los instruyeses, Dios los salvaría. ¿Acaso no está escrito: «La exposición de tus palabras alumbra»? Si el Espíritu Santo bendice tu enseñanza, verán lo equivocados que han estado y serán guiados al arrepentimiento y a la fe. Yo no creo en una predicación que consista principalmente en gritar: «¡Cree! ¡Cree! ¡Cree!». Es simplemente una cuestión de justicia que le digas a esa pobre gente lo que debe creer. Tiene que haber instrucción; de lo contrario la exhortación a creer será manifiestamente ridícula e infructuosa en la práctica. Me temo que algunos de nuestros hermanos ortodoxos se han prejuiciado contra las invitaciones libres del evangelio escuchando las crudas e indigestas arengas de oradores de avivamiento que no están muy en sus cabales. La mejor manera de traer a los pecadores a Cristo mediante la predicación es predicándoles a Cristo. Las exhortaciones, las súplicas y los ruegos, si no van acompañados de una sana *enseñanza*, son como disparar salvas. Puedes gritar, llorar y rogar, pero no hacer que la gente crea en aquello de lo que no han oído, ni que reciba una verdad que jamás se les ha expuesto: «Y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo» (Ec. 12:9).

Mientras instruimos, es prudente *apelar al entendimiento.* La verdadera religión es tan lógica como si no fuese emocional. Yo no soy un admirador de las opiniones particulares del Sr. Finney, pero no tengo la menor duda de que resultó útil para muchos, y que su poder residía en la utilización de argumentos claros. Muchos que conocían su fama se sintieron al principio muy decepcionados de escucharle, porque empleaba pocos adornos de oratoria y era tan sosegado y seco como un tratado de Euclides; pero se adaptaba perfectamente a cierta clase de mentes, las cuales se sentían persuadidas y convencidas de pecado gracias a su convincente razonamiento. ¿Por qué no iban a ver suplidas sus necesidades las personas de talante argumentativo? Debemos hacernos de todo a todos, y con los hombres de ese tipo utilizar la controversia y acorralarlos con simples deducciones e inferencias necesarias. No queremos ningún razonamiento carnal; pero todo lo que sean deliberaciones, consideraciones, juicios y argumentos justos y sinceros, cuantos más de ellos mejor.

La clase de personas que requiere argumentos lógicos es reducida si la comparamos con el número de aquellos que necesitan que se les implore con una *persuasión emotiva*. Estos últimos no precisan tanto razonamientos como argumentos del corazón, los cuales suponen una lógica inflamada. Tienes que argüir con ellos como una madre ruega a su hijo para que no la apene, o como una hermana cariñosa insta a su hermano a que regrese a casa de su padre y busque la reconciliación. Los argumentos deben animarse, hasta hacerse persuasivos, con la viva cordialidad del amor. La lógica

fría tiene su fuerza; pero cuando se pone al rojo mediante el afecto, el poder de esa argumentación tierna es inconcebible. El poder que una mente puede conseguir sobre otras es enorme, pero a menudo se desarrolla mejor cuando la mente principal ha dejado de tener poder sobre sí misma: cuando el celo apasionado ha arrebatado al hombre, el discurso de este se convierte en un torrente irresistible que se lleva todo por delante. Un hombre conocido por ser piadoso y devoto, y considerado generoso y abnegado, tiene un poder en su persona misma, y su consejo y recomendación llevan peso a causa de su carácter; pero cuando pasa a suplicar y persuadir, aun hasta las lágrimas, su influencia resulta maravillosa y Dios Espíritu Santo lo unce para su servicio. Hermanos, debemos *suplicar*: los ruegos y las súplicas deben mezclarse con nuestra instrucción, y tenemos que emplear siempre toda exhortación capaz de alcanzar la conciencia y hacer que los hombres corran a refugiarse en Jesús, para que de todos modos salvemos a algunos. A veces he oído censurar a ciertos ministros porque hablan de sí mismos cuando están rogando; pero esa es una censura que no tenemos que considerar demasiado, ya que contamos con el precedente del apóstol Pablo. Es absolutamente permisible mencionar tu pena, a una congregación que te ama, por el hecho de que muchos de ellos aún no sean salvos; así como tu vehemente deseo e incesante oración para que se conviertan. Actúas bien cuando hablas de tu propia experiencia de la bondad de Dios en Jesucristo y ruegas a los hombres que vengan y gusten de la misma. Para nuestras congregaciones no debemos ser abstracciones ni meros responsables, sino que hemos de argumentar con ellas como carne y sangre de verdad, si es que queremos que se conviertan. Cuando puedes citarte a ti mismo como un ejemplo vivo de lo que ha hecho la gracia, tu ruego cuenta con demasiado poder para retenerlo por miedo a que se te acuse de egolatría.

A veces, también, debemos cambiar de tono y en lugar de instruir, razonar y persuadir, tenemos que *amenazar* y declarar la ira de Dios sobre las almas no arrepentidas. Hemos de levantar el telón y hacerles ver el futuro: mostrarles el peligro que corren, y avisarles de que escapen de la ira venidera. Una vez hecho esto, debemos volver a la *invitación* y presentar delante de la mente despertada las ricas provisiones de la infinita gracia que se nos ofrecen gratuitamente a los hijos de los hombres. Debemos hacer esta invitación clamando, en nombre de nuestro Señor: «El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Ap. 22:17). No se dejen disuadir de ello, queridos hermanos, por esos teólogos ultracalvinistas que dicen: «Puedes instruir y advertir a los impíos, pero no invitarles o rogarles. ¿Por qué no? «Porque son pecadores muertos, por tanto, es absurdo invitarlos, ya que no pueden venir». ¿Por qué, pues, debemos advertirles e instruirles? El argumento es tan fuerte —si lo es en modo alguno— que arrasa con toda forma de llamamiento a los pecadores, y solo actúan lógicamente aquellos que, después de haber predicado a los santos, se sientan y dicen: «La elección ha obtenido esto, y los demás fueron cegados». ¿En función de qué debemos siquiera dirigirnos a los impíos? Si solo hemos de pedirles que hagan aquellas cosas que pueden hacer sin el Espíritu de Dios, quedamos reducidos a meros moralistas: si es absurdo invitar a un pecador muerto a que crea y viva, igual de vano es pedirle que considere su estado y reflexiones sobre su perdición futura. Ciertamente sería del todo estéril si no fuese porque la verdadera predicación es un acto de fe que el Espíritu Santo utiliza para hacer milagros espirituales. Si se nos dejara a nosotros mismos y no esperásemos la intervención divina, mejor haríamos en mantenernos dentro de lo razonable y persuadir a los hombres a que

hicieran solo aquello que vemos que tienen la capacidad de hacer. Así que invitaríamos a los vivos a vivir, instaríamos a ver a aquellos que ven y persuadiríamos a los que quieren a querer. La tarea sería tan fácil que muy bien pudiera parecer superflua; ciertamente no se necesitaría de ningún llamamiento del Espíritu Santo para una empresa tan sencilla. Pero, hermanos, ¿dónde está el imponente poder y la victoria de la fe si nuestro ministerio consiste en esto y nada más? ¿Quién entre los hijos de los hombres consideraría una gran vocación el ser enviado a una sinagoga a decir a un varón completamente vigoroso: «Levántate y anda» o a quien tiene sanos sus miembros: «Extiende tu mano». Qué mísero Ezequiel sería aquel cuyo logro más grande fuera el clamar: «Almas que viven, ¡vivan!».

Comparemos los dos métodos en cuanto a resultados prácticos, y veremos que aquellos que jamás exhortan a los pecadores pocas veces son ganadores de almas en alguna medida considerable, pero mantienen sus iglesias gracias a los conversos de otros sistemas. Hasta les he oído decir: «Sí, los metodistas y predicadores de avivamiento golpean los setos, pero nosotros cazamos muchos de los pájaros». Si yo albergara un pensamiento tan ruin, me avergonzaría de confesarlo. Un sistema que no es capaz de afectar al mundo exterior, sino que debe dejar el despertar y convertir para otros los cuales considera que no son sanos en la fe, firma su propia condenación.

Además, hermanos, si queremos ver almas salvadas, debemos ser sabios en cuanto a *las ocasiones* en que confrontamos a los inconversos. Muy poco sentido común se dedica a esta cuestión. Ciertos ministerios tienen un tiempo determinado para hablar a los pecadores, el cual es tan regular como el mediodía. Una vez concluido el mensaje se arroja debajo de la mesa unas pocas migajas para los perros, los cuales tratan las mismas como tú los tratas a ellos: es decir, con educada indiferencia. ¿Por qué debería la palabra de advertencia darse siempre al final mismo del mensaje, cuando es más probable que los oyentes estén ya cansados? ¿Por qué avisar a los hombres para que se abrochen su arnés a fin de estar preparados para repeler nuestro ataque? Lancemos un lanza contra los confiados cuando hemos despertado su interés y están menos a la defensiva; con frecuencia esto será más eficaz que toda una lluvia de flechas disparadas contra ellos mientras se hallan completamente embutidos en su coraza blindada. La sorpresa es un magnífico elemento para conseguir la atención y fijar en la memoria un comentario; y las ocasiones para hablar a los desprevenidos deberían escogerse pensando en ella. Podría ser una buena regla el buscar la edificación de los santos en el mensaje de la mañana, pero resultaría prudente variarla para que los inconversos recibieran en ocasiones el esfuerzo principal de tu preparación y el mejor culto del día.

No acabes un solo sermón sin dirigirte a los impíos, pero a la vez fíjate momentos para un asalto determinado y continuo a sus defensas y procede con el máximo rigor en la batalla. En tales ocasiones, proponte claramente obtener conversiones inmediatas: esfuérzate por quitar de en medio prejuicios, resolver dudas, vencer objeciones y sacar de inmediato al pecador de sus escondrijos. Convoca a los miembros de la iglesia a la oración especial, ruégales que hablen personalmente tanto con los que están preocupados como con aquellos que no lo están, y está tú mismo doblemente alerta para conversar con las personas. Hemos observado que nuestras reuniones de febrero en el Tabernáculo han producido unos resultados notables, dedicado como está todo ese mes a un esfuerzo especial. Por

lo general, el invierno es tiempo de cosecha para el predicador, porque la gente puede reunirse mejor cuando oscurece pronto y se ve privada de ejercicios y diversiones al aire libre. ¡Estén bien preparados para el tiempo en que «salen los reyes a la guerra»!

Entre los elementos importantes para promover la conversión están tu propio tono, talante y espíritu al predicar. Si predicas la verdad con un estilo aburrido y monótono, Dios *puede* bendecir tu mensaje, pero hay más probabilidades de que no lo haga; por lo menos, la tendencia de un estilo así no es a estimular la atención, sino a entorpecerla. Pocas veces son despertados los pecadores por ministros que están ellos mismos dormidos. También hay que evitar una forma de hablar dura e insensible. La falta de ternura es una carencia lamentable que en vez de atraer repele. El espíritu de Elías puede sorprender, y cuando es sumamente intenso, contribuir mucho a la preparación para recibir el evangelio; pero para la conversión en sí tiene que haber más de Juan, ya que la fuerza ganadora es el amor. Hemos de traer a los hombres a Jesús con amor: el principal requisito de los grandes predicadores es un corazón amplio, y necesitamos cultivar nuestros sentimientos para ese fin. Al mismo tiempo, nuestro comportamiento no debe degenerar en ese suave y empalagoso canturreo que adoptan algunos hombres, los cuales están perpetuamente llamando «querido» a todo el mundo y halagando a la gente como si quisiera ganarla para la piedad con elogios. Cuando oyen al predicador hablando melosamente, muchas personas sienten aversión y sospechan que hay hipocresía en sus palabras. Seamos osados y francos, y jamás nos dirijamos a nuestros oyentes como si estuviéramos pidiéndoles algún favor, o como si el Redentor estuviera en deuda con ellos por permitirle que los salve. Tenemos que ser humildes, pero nuestro cargo de embajadores debería impedirnos que nos comportáramos servilmente.

Seremos bienaventurados si predicamos con fe, esperando siempre que el Señor bendiga su Palabra. Esto nos dará una confianza sosegada que impedirá el mal humor, la irreflexión y la fatiga. Si nosotros mismos dudamos del poder del evangelio, ¿cómo vamos a predicarlo con autoridad? Siéntete como un hombre privilegiado por permitírsete proclamar las Buenas Noticias, y regocíjate de que tu misión esté preñada de beneficio eterno para aquellos que tienes delante. Deja que la gente vea lo contento y confiado que te ha hecho el evangelio, y esto contribuirá mucho a que ellos anhelen participar de sus benditos influjos.

Predica con gran solemnidad, ya que se trata de un asunto importante, pero que tu material resulte vivaz y agradable, porque esto impedirá que la solemnidad se estropee convirtiéndose en monotonía. Sé tan plenamente solemne que todas tus facultades estén despiertas y consagradas; entonces, un toque de humor solo añadirá una gravedad mayor a tu mensaje, al igual que un relámpago hace aún más impresionante la oscuridad de la medianoche. Predica con un propósito, concentrando todas tus energías en tu objetivo. No debe haber insistencia en tus temas favoritos, ni introducción de refinamientos dialécticos, ni sospecha alguna de lucimiento personal, o fracasarás. Los pecadores son muy perspicaces, y detectan fácilmente aun el esfuerzo más mínimo por glorificarse uno mismo. Renuncia a todo por causa de aquellos a quienes deseas salvar. Sé un tonto por amor a Cristo si ello puede ganarlos; o un erudito, si crees que eso los impresionará más. No ahorres esfuerzo en el estudio, oración en tu aposento, ni celo en el púlpito: si los hombres no consideran que sus almas son importantes, hazles entender que la opinión de su pastor es otra bien

distinta.

Busca las conversiones, espéralas y prepárate para ellas. Decide que tus oyentes se entregarán a tu Señor o no tendrán excusa alguna, y que ese será el resultado del sermón que estás predicando. No dejes que los cristianos a tu alrededor se maravillen cuando hay almas salvadas, sino ínstales a creer en el constante poder de las buenas nuevas, y enséñales a asombrarse cuando al testimonio de Jesús no sigue ningún resultado salvador. No permitas que los pecadores escuchen sermones como si nada, ni que se entretengan con las afiladas herramientas de la Escritura como si se tratara de meros juguetes. Recuérdales, una y otra vez, que cada verdadero sermón evangélico los deja en peor estado si no los hace mejores. Su incredulidad es un pecado diario, que se agrava de hora en hora… Jamás les dejes inferir de tu enseñanza que se va a tener compasión de ellos por seguir haciendo a Dios mentiroso al rechazar a su Hijo.

Impresionados con la sensación del peligro que corren, no des reposo a los impíos en sus pecados: llama una y otra vez a la puerta de sus corazones, y hazlo con la máxima urgencia. Dios bendecirá tu solicitud, tu fervor, tu ansiedad, tus dolores de parto por ellos y los despertará. Dios obra poderosamente por este medio; pero nuestra angustia por las almas debe ser real y no fingida, por tanto, tenemos que hacer que nuestros corazones estén en verdadera sintonía con Dios. La poca piedad supone poco poder espiritual. Algunos hombres cuyos corazones no están bien con el Señor pueden dar mensajes sumamente directos, pero el resultado de los mismos será escaso. Hay algo en el tono mismo del hombre que ha estado con Jesús que tiene más poder para alcanzar el corazón que la oratoria más perfecta. Recuerda esto y mantén un caminar ininterrumpido con Dios. Para reunir a muchas de las ovejas perdidas de tu Señor tendrás que hacer mucho trabajo nocturno en secreto: solo mediante la oración y el ayuno puedes obtener el poder necesario para echar fuera a los peores demonios. Que digan los hombres lo que quieran acerca de la soberanía divina, pero Dios relaciona un éxito especial con determinados estados del corazón; y, si estos faltan, él no hará muchas obras poderosas.

Además de la predicación fervorosa, será prudente utilizar otros medios. Si deseas ver resultados de tus sermones debes hacerte accesible para los que están buscando. Tal vez no sea deseable una reunión después de cada culto, pero deberían buscarse oportunidades frecuentes para el contacto directo con tu congregación o crearlas de alguna manera. Es asombroso pensar que hay pastores los cuales no tienen método alguno para encontrarse con los que están ansiosos, y si ven a alguno de estos de vez en cuando, es debido a la valentía del buscador y no al fervor del ministro. Desde el comienzo mismo deberías fijar momentos frecuentes y regulares para ver a todos aquellos que están buscando a Cristo e invitarlos de continuo a venir a hablar contigo. Además de esto, celebra numerosas reuniones de buscadores en las que los mensajes estén todos ellos dirigidos a ayudar a los angustiados y guiar a los que están perplejos; en los cuales deberás entretejer fervientes oraciones por los individuos presentes, y testimonios breves tanto de gente que se haya convertido recientemente como de otros. Puesto que se menciona continuamente una confesión abierta de Cristo en relación con la fe salvadora, será sabio por tu parte que facilites, para los creyentes que están aún siguiendo a Jesús secretamente, el pasar al frente y declararle su lealtad. No debe inducírseles a que hagan profesión de fe, pero sí suministrarse todas las oportunidades posibles para que ello ocurra y no poner ningún tropiezo delante de las

mentes esperanzadas. En cuanto a quienes no están tan avanzados como para garantizar pensamiento alguno de bautismo, puedes serles sumamente útil con tu conversación personal y, por tanto, deberías procurarla. En unos pocos momentos de diálogo se pueden aclarar dudas, corregir errores y disipar miedos: he conocido ocasiones en que se ha acabado con la desdicha de toda una vida mediante una simple explicación que hubiera podido darse años antes. Busca las ovejas descarriadas una por una; y cuando veas que se necesita toda tu concentración para un solo individuo, no escatimes el trabajo, ya que en la parábola el Señor describe al buen pastor trayendo a casa sus ovejas perdidas, no en un rebaño, sino una a una sobre sus hombros, y regocijándose de hacerlo.

Pero no verás cumplidos tus deseos haciendo todo aquello que puedas hacer, ya que el ganar almas es una empresa que crece sobre un hombre: cuanto más se ve premiado este con conversiones, tanto más ansioso se vuelve por ver nacer a un mayor número para Dios. De modo que pronto descubrirás que *para recoger a muchos necesitas ayuda*. La red, cuando está llena de peces, pronto se hace demasiado pesada para que la arrastren a la orilla un solo par de manos, y tienes que hacer señas a tus colaboradores para que vengan a ayudarte. El Espíritu Santo puede efectuar grandes cosas cuando una iglesia entera se ve estimulada con santa energía; entonces hay cientos de testimonios en lugar de uno solo, los cuales se fortalecen entre sí. Y entonces, los partidarios de Cristo se suceden unos a otros y trabajan en colaboración unos con otros, mientras las súplicas ascienden al Cielo con la fuerza de una importunidad unida. Así los pecadores se ven rodeados por un cordón de ruegos fervientes, y se invoca la presencia del Cielo mismo. Parecería difícil en ciertas congregaciones que se salvara un solo pecador, ya que cualquier beneficio que este pudiera recibir desde el púlpito lo congelaría en su exterior la atmósfera glacial de que está rodeado; en cambio, otras iglesias hacen difícil que los hombres permanezcan inconversos, porque con un celo santo persiguen hasta llevar a la ansiedad a los despreocupados. Deberíamos tener la ambición de guiar a toda la iglesia, en el poder del Espíritu Santo, a una buena condición misionera: a ser como un condensador cargado hasta arriba de electricidad divina, de modo que cualquiera que entrase en contacto con ella sintiera su poder. ¿Qué puede hacer un hombre solo? ¿Y qué *no* puede hacer rodeado de un ejército de entusiastas? Contemplen la posibilidad, desde un principio, de tener iglesias de ganadores de almas. No sucumban a la idea corriente de que solo podemos reunir a unos pocos obreros útiles y que el resto de la comunidad ha de ser irremisiblemente un peso muerto. Puede que tal cosa suceda, pero no partas con esa idea o la misma se hará realidad. Lo corriente no tiene por qué ser universal; hay mejores cosas posibles que cualquiera que se haya conseguido hasta ahora: apunta alto y no escatimes esfuerzos para lograr tu objetivo. Esfuérzate por reunir una iglesia que esté viva para Jesús, cada miembro de la misma dinámico a más no poder y toda ella en una actividad incesante buscando la salvación de los hombres. Para ello debes contar con la mejor predicación, a fin de alimentar y fortalece a la multitud; una oración continua para hacer descender el poder de lo alto; y el más heroico ejemplo por tu parte para encender el celo de los hermanos. Luego, con la bendición divina, una administración sensata de todas las fuerzas no puede dejar de producir los resultados más deseados. ¿Quién de entre ustedes es capaz de captar esta idea y traducirla a hechos?

Invitar a otro hermano de vez en cuando para que dirija los cultos de evangelización resultará muy sabio y de gran utilidad; ya que hay algunos peces que jamás caerán en tu red, pero serán sin duda la

porción de otro pescador. Las voces nuevas penetran allí donde el sonido de costumbre ha perdido su efecto, y tienden asimismo a engendrar un interés más profundo en aquellos que ya están atentos. Los evangelistas sanos y prudentes pueden prestar ayuda aun a los más eficientes pastores, y cosechar el fruto que estos no han podido lograr; de cualquier modo, representan una pausa en la continuidad de los cultos ordinarios y hacen menos probable que estos se conviertan en rutinarios. No permitas nunca que los celos te supongan un obstáculo para esto. Imagina que alguna otra lámpara brillara más fuerte que la tuya, ¿qué importancia tendría eso siempre que la misma trajera luz a aquellos cuyo bienestar estás buscando? Di juntamente con Moisés: «Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta». Aquel que está libre de los celos egoístas descubrirá que no hay ocasión que los sugiera: su congregación puede ser muy consciente de que su pastor tiene menos talento que otros, pero estarán dispuestos a afirmar que nadie le supera en amor por las almas. Un hijo amoroso no necesita creer que su padre es el más erudito del lugar: lo ama por sí mismo, no porque sea superior a otros. Invita de vez en cuando a algún vecino cordial, utiliza el talento que hay en la iglesia en sí y procúrate los servicios de algún eminente ganador de almas; esto puede, en las manos de Dios, roturar para ti el terreno duro y traerte días más gozosos.

Para terminar, queridos hermanos, les ruego, les ruego de veras, que se esfuercen en glorificar a Dios por medio de conversiones y no descansen hasta que el deseo de sus corazones se cumpla.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

SERIE TERCERA

Yours very truly
C. H. Spurgeon

C.H. Spurgeon en 1856

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Notas introductorias a la edición en inglés

En su Introducción a la SERIE SEGUNDA de *Discursos a mis estudiantes*, el Sr. Spurgeon escribía:

> Quiero aprovechar la oportunidad para llamar la atención sobre el segundo de mis tres libros para estudiantes, ya que este es *el tercero* propiamente dicho. Estoy aludiendo aquí al volumen titulado *El comentar y los comentarios*[1], que representa la experiencia y la información reunida a lo largo de toda una vida, pero que por ocuparse principalmente de un catálogo de comentarios no se adapta a los gustos populares y debe limitarse, en cuanto a su circulación, a aquellos que deseen información referente a las obras expositivas. Para mi propia sorpresa, estos se cuentan por decenas de miles[2], pero hay muchos lectores para quienes dicho libro sería provechoso aunque ellos aún no lo han comprendido así. Como casi todos los críticos lo alaban mucho, creo que valdrá la pena que cualquier joven lo compre antes de que esté muy avanzado en la formación de su biblioteca. Tengo la intención —si vivo lo suficiente— de editar seis libros baratos para predicadores; el cuarto de los cuales, que está casi preparado, se titularía *El arte de poner ejemplos*. No tengo, sin embargo, ningunas ganas de malgastar tiempo y trabajo en escribir libros que nadie leería; de ahí mi razón para mencionar aquí el libro acerca de «el comentar y los comentarios». La vida es corta, y el tiempo muy valioso, para un hombre ocupado; y cualquier cosa que hacemos queremos aprovecharla al máximo.

En vista de esto, la Sra. Spurgeon ha pensado que, después de publicarse el comentario de su querido esposo al Evangelio según Mateo, titulado *El evangelio del Reino* —ese volumen tristemente precioso que conmemora la transición del autor, de su etapa de predicar el evangelio aquí en la tierra, a su entrada en el Reino celestial—, el primero de los libros del Sr. Spurgeon sin concluir que debía terminarse era aquel que él mismo había titulado *El arte de poner ejemplos*, y para reunir cuyo material llevaba tanto tiempo trabajando y con tanto esmero. De ahí la publicación de la presente obra.

De los siete discursos incluidos en la edición inglesa de este volumen, los dos primeros se revisaron y estereotiparon durante la vida del Sr. Spurgeon. Tres de los otros los revisó él mismo parcialmente antes de impartirlos a un nuevo grupo de estudiantes distinto del que los habían oído la primera vez. Los dos discursos restantes se publican esencialmente como aparecían en los manuscritos originales, habiéndose añadido únicamente aquellas correcciones de vocabulario que eran absolutamente necesarias para garantizar la precisión de las expresiones en la medida que estas podían saberse[3]. Resultó providencial que, cuando se estaba preparando para la imprenta el discurso acerca de «La ciencia de la Astronomía como fuente de ejemplos», se recibiera en *The Sword and the Trowel* para su recensión un libro titulado *The Voices of the Stars* (Las voces de las estrellas), de J.E. Walker, M.A (Elliot

[1] *El comentar y los comentarios* aparece en esta TERCERA SERIE como el capítulo 7, aunque no en su totalidad, por las razones que dan los editores en su «Nota a la SERIE TERCERA en español».

[2] En 1894, se habían vendido ya catorce mil ejemplares de *El comentar y los comentarios* (Commenting and Commentaries).

[3] En la presente edición en español se han suprimido el Discurso 5 («Cyclopaedias of Anecdotes and Illustrations») y los Apéndices A y B de la edición inglesa.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Stock). Y como el autor de tan valioso volumen se ha tomado tanto trabajo «para comprobar, al más alto nivel de autoridad, los hechos que constituyen la base de las correspondencias teológicas y espirituales» señaladas en su obra, hemos aprovechado gustosamente las cifras que presenta en algunos casos para actualizar el Discurso en cuestión y reconocemos de todo corazón nuestra deuda con el Sr. Walker por su asistencia.

Naturalmente, resulta innecesario decir que este libro de discursos no es como el Sr. Spurgeon lo hubiera hecho si hubiera tenido la oportunidad de ocuparse de su publicación. Pero, admitiendo plenamente este hecho, no se han escatimado esfuerzos para hacer esta obra lo más útil posible para aquellos a quienes especialmente va dirigida.

En el catálogo de libros de anécdotas, ilustraciones, etc., ese «*etc.*» se ha interpretado ampliamente para dar cabida a las recensiones de todos los volúmenes de esta clase que pudieran ser de utilidad para los ministros, estudiantes, predicadores locales, maestros de escuela dominical y obreros cristianos en general aparecidas en *The Sword and the Trowel*. Los anuncios de dichos volúmenes ilustrativos publicados en «la Revista del Sr. Spurgeon» hasta el momento de su promoción a la gloria, estaban casi todos escritos por él mismo; de modo que con los Discursos 5 y 6, así como con el Apéndice A, los lectores podrán ver cuáles eran los libros que el fallecido pastor del Tabernáculo Metropolitano consideraba los mejores de este tipo que él había conocido. Él mismo era un maestro tal en «el arte de poner ejemplos», que sus opiniones acerca del asunto llevan el peso adicional de una larga experiencia práctica; lo cual, indudablemente, los hace de gran valor para otras personas.

Era necesario adoptar alguna clase de orden para las recensiones; y como cualquier otra organización hubiera parecido denigrante, se decidió que los comentarios debían publicarse en el orden con que aparecieron, cronológicamente, en la Revista. Los precios publicados de los libros se ofrecen como una guía para posibles compradores; y en el caso de las obras reseñadas pero agotadas actualmente, ese dato se presenta para evitar las desilusiones de los lectores y las pesquisas inútiles de los editores. Es posible que los libros cuya edición se ha agotado aún puedan obtenerse en librerías de segunda mano, y cuando otros editores distintos de los originales han vuelto a publicar los volúmenes, se han incorporado sus nombres juntamente con los precios a los que ahora se pueden adquirir.

La publicación de este volumen evocará en la mente de muchos ministros formados en la Escuela Pastoral abundantes recuerdos de su «inigualable Presidente». Jamás se borrarán de la memoria de aquella compañía de hermanos, altamente privilegiados, que tuvieron el honor de sentarse a los pies de C.H. Spurgeon, las felices tardes de los viernes en que se les impartían estos y otros discursos similares. Quienes lean el contenido de este libro, así como las tres series anteriores de Discursos[4], comprenderán, al menos en parte, por qué los «hombres de Spurgeon» lloran cada vez más la pérdida de su amado líder; pero jamás podrán saber plenamente lo que él supuso, por la gracia de Dios, para sus hijos en la fe. ¡Ojalá que cada uno de los que recibieron su bendita influencia sea más como él, convirtiéndose así en «un buen ministro de Jesucristo» como él lo era!

Para la información de nuestros amigos que no son del todo conscientes del carácter y el propósito

[4] Dos series en la edición española.

de *Discursos a mis estudiantes* del Sr. Spurgeon, puede que valga la pena reproducir aquí lo que él, casi en tono de excusa, escribió al presentar algunos ejemplares anteriores de las mismas al juicio del público en general:

> Mis discursos en la Escuela son coloquiales, familiares, llenos de anécdotas y, a menudo, jocosas; preparadas así a propósito para adaptarse a la ocasión. Al final de la semana me reúno con los estudiantes y los encuentro cansados por causa de otros estudios más rigurosos, por lo que me parece mejor ser tan vivaz e interesante en mis conferencias como me sea posible. Se han hartado de estudios clásicos, matemáticas y teología, y solo están en condiciones de recibir algo que atraiga y mantenga su atención, y que inflame sus corazones. Nuestro honorable tutor, el Sr. Rogers, compara mi trabajo de los viernes con el afilado de un alfiler: una vez efectuados durante la semana la formación de la cabeza, el enderezamiento, el colado del metal y el pulido del mismo, el proceso concluye con un esfuerzo por sacar punta y agudizar. Para conseguir esto, el profesor no debe estar él mismo embotado, ni demandar de su auditorio ningún gran esfuerzo. Me siento tan a gusto con mis jóvenes hermanos como en el seno de mi propia familia y, por tanto, hablo con libertad [...]. De cualquier forma, no ofrezco aquí algo que no me haya costado nada, ya que me he esforzado al máximo y he aplicado todo mi empeño en hacerlo. De modo que pongo mi trabajo al servicio de mis hermanos con limpia conciencia, esperando, especialmente, que me lean con atención aquellos predicadores jóvenes cuyo provecho ha sido mi principal objetivo. He preparado mis discursos, completamente, para estudiantes y principiantes en la predicación, y ruego que siempre se consideren desde ese punto de vista, ya que muchos comentarios que son bastante apropiados para los novicios sin instrucción resultarían de una gran impertinencia llevarlos ante los maestros de Israel. Todo lector imparcial deberá tener en mente la intención y el objeto mencionados.

Algún tiempo antes de que se le llamase al Hogar, el Sr. Spurgeon había empleado a un amigo para seleccionar, de sus sermones publicados, todas las *Anécdotas e ilustraciones* que había utilizado predicando. Tenía la intención de editarlas en una serie de pequeños volúmenes que esperaba serían de ayuda para otros predicadores y oradores. Es posible que el primer libro de esta serie siga sin mucha demora a la presente obra, ya que sería una secuela apropiada para *El arte de poner ejemplos*. Entretanto, proporcionamos una lista de todas las obras ilustrativas del Sr. Spurgeon ya publicadas como Apéndice B a este libro[5]. Hay muchas más de «*Discursos a mis estudiantes*» que no se han publicado aún —incluyendo un curso acerca del importante tema de *ganar almas*—; estas se están preparando para la imprenta y saldrán a la luz en cuanto se presente la oportunidad.

Ahora, una vez acabada nuestra tarea —que no ha sido en absoluto sencilla— con el recuerdo siempre presente de nuestro querido Presidente y Pastor, el cual hubiera hecho el trabajo incomparablemente mejor que nosotros, pero con una gratitud devota por haber podido completar otro volumen de sus conferencias afables y vivaces, acabamos nuestras «Notas introductorias» con las palabras del propio Sr. Spurgeon en el lanzamiento de la anterior serie de Discursos: «Con la esperanza de que este libro pueda reportar algún beneficio para la emergente raza de predicadores y —a través de ellos— para la Iglesia de Dios, lo dedico al servicio del Señor confiado en que él lo utilizará para su propia gloria». J.W.H

[5] Eliminado en la edición en español.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Nota de los editores a la Serie tercera en español

La edición en español de *Discursos a mis estudiantes* consta de tres series en lugar de las cuatro de la versión inglesa. Ello se debe a que las SERIES TERCERA y CUARTA de esta última incluyen varios capítulos dedicados a bibliografías en inglés de la época de Spurgeon que se han quedado anticuadas y, además, no son especialmente útiles para los lectores de habla española. No obstante, dado que algunos capítulos de ambos libros sí tienen interés para nuestros lectores, hemos decidido presentar una SERIE TERCERA que es, en realidad, una combinación de las SERIES TERCERA y CUARTA de la edición inglesa. Confiamos en que las decisiones editoriales tomadas hagan más útil y ameno el presente volumen.

LOS EDITORES

Discurso 1

Los ejemplos en la predicación

El tema que nos ocupa en este discurso es el empleo de ejemplos en nuestros sermones.

Tal vez la manera más útil de ayudar a nuestro propósito sea que elaboremos un ejemplo en esta misma conferencia; ya que no hay mejor forma de enseñar la técnica de la alfarería que haciendo una vasija. El pintoresco Thomas Fuller dice que «las razones constituyen las columnas de la estructura de un sermón, pero los símiles son las ventanas que proporcionan las mejores luces». Esta es una comparación afortunada y sugestiva, y vamos a construir nuestro discurso dejándonos guiar por ella.

La razón principal para hacer ventanas en una casa es —como dice Fuller— *dejar entrar la luz*. Las parábolas, los símiles y las metáforas tienen este efecto; por tanto, las utilizamos para *ilustrar* nuestros temas o, en otras palabras, para «*iluminarlos*»: ya que esa es la versión literal que hace el Dr. Johnson de la palabra *ilustrar*. A menudo, cuando nuestro discurso didáctico no logra iluminar a nuestros oyentes, podemos hacerles ver lo que queremos decir abriendo una ventana y dejando entrar por ella la agradable luz de la analogía.

Nuestro Salvador, quien es la Luz del mundo, se preocupó de llenar sus discursos de símiles para que la gente común y corriente le escuchara con gusto, y su ejemplo infunde una gran autoridad a la práctica de iluminar la enseñanza celestial con comparaciones y analogías. La sabiduría ordena a todos los pregoneros de justicia lo mismo que a Noé: «Una ventana harás al arca». Puedes elaborar trabajosas definiciones y explicaciones y, aun así, dejar a oscuras a tu auditorio en cuanto a lo que quieres decir; pero una metáfora apropiada aclarará maravillosamente el significado de las mismas. Las ilustraciones que aparecen en *The Illustrated London News* nos proporcionan una idea mucho mejor del escenario de la acción que la que pudiera transmitirnos el texto más descriptivo. Y con la enseñanza escrituraria sucede una cosa muy parecida: la verdad abstracta se hace tanto más viva para nosotros cuando se nos da un ejemplo concreto de ella o se reviste la doctrina en sí de lenguaje figurado.

A ser posible, en la alocución más breve debería haber al menos una buena metáfora; al igual que, en su visión del Templo, Ezequiel observó que aun las estancias más pequeñas tenían ventanas apropiadas para su tamaño.

Si somos fieles al espíritu del evangelio, nos esforzaremos por dejar las cosas claras. Nuestra preocupación consiste en ser sencillos y hacernos entender por los más ignorantes de nuestros oyentes; presentemos a la gente, por tanto, muchas metáforas y parábolas. El escritor que dijo: «El mundo que tengo debajo de mí es un espejo en el que puedo ver el mundo de arriba: las obras de Dios constituyen el calendario del pastor y el alfabeto del labriego», dio muestras de sabiduría.

Puesto que no tenemos nada que esconder, tampoco ambicionamos ser faltos de claridad. Licofrón de Calcis afirmó que se ahorcaría en un árbol si encontraba a una persona capaz de comprender su poema «La profecía de Casandra»; afortunadamente nadie se levantó para hacerle malgastar de ese modo la madera. Pienso que puede haber hermanos en el ministerio que corran el mismo riesgo

respecto de sus sermones. Aún tenemos entre nosotros a algunos como Heráclito, a quien apodaban «el doctor Oscuro» porque su lenguaje excedía toda comprensión.

Algunos discursos místicos son tan densos que, si se permitiera en los mismos la entrada de la luz, esta se apagaría como una antorcha en la Grotta del Cane[1]; ya que están compuestos de la oscuridad palpable y lo inexplicablemente enrevesado, por lo que puede abandonarse toda esperanza de comprenderlos.

Nosotros no cultivamos ese estilo de oratoria, sino que somos de la misma opinión que Joshua Shute, quien dijo: «El sermón más erudito es el más sencillo; de ahí que un gran estudioso acostumbraba pedir: 'Señor, dame la erudición suficiente para poder predicar con la suficiente sencillez'».

Las ventanas contribuyen mucho a lo agradable y placentero de una vivienda; así, también, *los ejemplos convierten un sermón en algo grato e interesante.* Un edificio sin ventanas sería más bien una cárcel que una casa, ya que estaría muy oscuro y no habría persona que lo alquilase. Del mismo modo, un mensaje sin parábola alguna resulta insulso y aburrido, y conlleva una onerosa fatiga para la carne. El predicador del Eclesiastés de Salomón «procuró hallar palabras agradables»; o —como se dice en hebreo— «palabras deleitosas». Ciertamente las figuras y las comparaciones resultan delectables para nuestros oyentes. No les neguemos la sal de la parábola al darles la carne de la doctrina. Nuestras congregaciones nos oyen con agrado si les proporcionamos una buena cantidad de imágenes: cuando contamos alguna anécdota, se relajan, respiran y dan rienda suelta a su imaginación, preparándose así para el trabajo más arduo que tienen por delante de escuchar nuestras explicaciones más profundas. Hace algunos años, viajando en un carruaje de tercera por los países orientales de Europa, habíamos estado sin lámpara durante largo tiempo, y cuando un viajero encendió una vela, fue agradable ver cómo todos los ojos se volvieron en esa dirección y se alegraron por la luz. Ese es frecuentemente el efecto de un símil en medio de un sermón: ilumina toda la cuestión y alegra todos los corazones. Hasta los niños pequeños abren los ojos y los oídos, y una sonrisa ilumina sus rostros, cuando contamos una historia; porque también ellos se regocijan de los rayos de luz que entran por nuestras ventanas. Nos atrevemos a decir que, con frecuencia, desearían que el sermón consistiera todo él de ejemplos, como aquel niño que deseaba un pastel compuesto solo de ciruelas. Naturalmente, esto no debe ser así; pero hay un grato término medio y debemos ceñirnos al mismo, haciendo nuestro mensaje agradable de oír sin convertirlo en un mero pasatiempo. No hay razón por la que la predicación del evangelio deba constituir una deprimente operación ya sea para el orador o para el oyente. ¡Que todos nuestros sermones resulten agradablemente provechosos! Una casa no debe tener gruesas paredes sin aberturas; como tampoco un mensaje estar compuesto únicamente por sólidas tablas de doctrina sin ni siquiera una ventana de comparación o una rejilla de poesía; si es así, nuestros oyentes irán abandonándonos poco a poco y preferirán quedarse en casa leyendo sus autores favoritos, cuyas figuras retóricas y gráficas imágenes les proporcionan más placer a sus mentes.

Cualquier arquitecto te dirá que considera sus ventanas una *oportunidad para introducir adornos en su proyecto.* Un edificio puede ser imponente, pero no resulta agradable si las ventanas y otros detalles

[1] «Gruta del perro», una cueva situada en Campi Flegrei, zona volcánica al noroeste de Nápoles. (N. T.).

no rompen su monotonía. El palacio de los papas en Aviñón constituye una inmensa estructura; pero hay tan pocas ventanas exteriores que tiene todo el aspecto de una colosal prisión y no sugiere en absoluto lo que debería ser un palacio. Los sermones habrían de tener divisiones y ser variados, decorados y animados; y no hay nada que consiga esto tan bien como la introducción de tipos, símbolos y ejemplos. Aunque los adornos no sean, desde luego, lo más importante, muchas pequeñas excelencias contribuyen a la perfección; y esta es una de tantas, por lo que no se debería pasar por alto.

Cuando la sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas para gloria y hermosura, al igual que para el sostenimiento de la estructura misma. ¿Acaso pensamos nosotros que cualquier rústico tinglado es bueno para que la belleza de la santidad habite en el mismo? Ciertamente, ningún mensaje hermoso es mejor por estar desprovisto de toda gracia del lenguaje. Nosotros desaprobamos los adornos llamativos, pero cultivamos una belleza adecuada de expresión. La verdad es hija de rey, y su atavío debería estar bordado en oro; su casa es un palacio, y tendría que hallarse adornada de «ventanas de piedras preciosas» y de «puertas de piedras de carbunclo».

Los ejemplos tienden a despabilar al auditorio y despertar su atención. Las ventanas, cuando se abren —lo cual, lamentablemente, no sucede muy a menudo en nuestros lugares de culto—, son una gran bendición, por refrescar y avivar a los oyentes con un poco de aire puro, despertando a esos pobres mortales que se sienten amodorrados por una atmósfera viciada. Una ventana, como su nombre indica, debería ser una puerta para el viento, a través de la cual un soplo de aire fresco pudiera visitar a los oyentes. Del mismo modo, una figura original, una imagen elevada, una comparación pintoresca, una fecunda alegoría, debería producir en nuestro auditorio una brisa de meditación agradable que pasara sobre la gente como un soplo vivificador, sacándola de su apatía y despertando sus facultades para recibir la verdad.

Quienes están acostumbrados a los sermones soporíferos de algunos ministros señoriales, se maravillarían grandemente si pudieran ver el entusiasmo y el deleite vivaz con que ciertas congregaciones escuchan los discursos a través de los cuales fluye una sosegada corriente de ejemplos naturales y afortunados. En los anaqueles cubiertos de polvo de las librerías pueden encontrarse muchos volúmenes de discursos áridos como el desierto; pero si, a lo largo de mil párrafos, los mismos contienen un solo símil, este se convierte en un oasis en medio del Sahara y sirve para mantener viva el alma del lector.

Cuando elabores un mensaje no pienses mucho en los ratones de biblioteca, los cuales tienen asegurada su porción de carne por seca que sea tu doctrina, antes bien ten compasión de aquellos hambrientos que se hallan muy cerca de ti y que deben encontrar la vida a través de tu sermón o no lo harán nunca. Si algunos de tus oyentes continúan durmiendo, se despertarán irremediablemente en la perdición eterna, ya que no escuchan ninguna otra voz de utilidad.

Aunque recomendamos de este modo los ejemplos para usos necesarios, hay que recordar que los mismos no son la sustancia de un mensaje, como tampoco una ventana constituye el elemento esencial de una casa. Por esta razón —entre otras— los mismos *no deberían ser demasiado numerosos*. Si hay excesivas aberturas para que entre la luz, ello puede suponer una merma grave de estabilidad en el edificio. Hemos oído sermones tan llenos de metáforas que se convertían en estructuras frágiles y —diríamos— hasta *absurdas*. Los mensajes de la Palabra no deberían ser ramilletes de flores, sino

gavillas de trigo. Los sermones muy hermosos son, por lo general, muy poco útiles: buscar la elegancia supone cortejar el fracaso. Resulta posible tomar demasiada cantidad de una cosa buena. Una casa de cristal no es la morada más confortable y, además de otras cualidades objetables, tiene el enorme defecto de ser lamentablemente tentadora para los lanzadores de piedras. Cuando un adversario crítico ataca nuestras metáforas, por lo general estas no le duran mucho tiempo. Para las personas cordiales, las imágenes son argumentos; pero para los oponentes, representan oportunidades para el ataque. El enemigo entra por la ventana.

Las comparaciones son espadas de doble filo que cortan en ambas direcciones; y, con frecuencia, lo que parece un ejemplo agudo y eficaz puede utilizarse ingeniosamente contra ti, de tal manera que produzca risa a tus expensas. Por tanto, no dependas de tus metáforas y parábolas, porque hasta un hombre de segunda categoría es capaz de defenderse de alguien superior a él si vuelve con destreza contra el mismo el arma de su atacante.

He aquí un ejemplo que me concierne. Y lo doy por esa misma razón, ya que estos discursos han sido desde un principio autobiográficos. Tengo aquí un recorte de uno de nuestros periódicos religiosos, que dice:

> Al Sr. Beecher se le ha pillado muy claramente en un desliz en *The Sword and the Trowel*. En sus *Lectures on Preaching* (Discursos de homilética), él afirma que el Sr. Spurgeon ha triunfado «a pesar de su calvinismo»; añadiendo luego el comentario de que «el camello no viaja mejor, ni resulta más útil, por su joroba». El ejemplo no es nada afortunado, ya que el Sr. Spurgeon replica de la siguiente manera: «Los naturalistas nos aseguran que la joroba del camello es muy importante para los árabes, quienes juzgan la condición de sus bestias por el tamaño, la forma y la firmeza de sus jibas. El camello se alimenta de su joroba cuando atraviesa el desierto; de manera que en la medida que el animal viaja por los yermos arenosos y sufre privaciones y fatigas, la masa de la misma disminuye, no volviendo a ser apto para un largo viaje hasta que la joroba ha recobrado sus dimensiones normales. Por tanto, el calvinismo es la carne espiritual que capacita al hombre para seguir trabajando en los caminos del servicio cristiano; y, aunque ridiculizado como una joroba por aquellos que son simples espectadores, quienes atraviesan las fatigosas sendas de una desértica experiencia conocen demasiado bien su valor como para estar dispuestos a separarse del mismo, aunque recibieran a cambio los espléndidos talentos de algún Beecher».

Pongan ejemplos, por favor, pero no permitan que sus sermones sean únicamente ejemplos o solo resultarán aptos para una asamblea de simplones. Un libro se mejora mucho con láminas ilustradas, pero los álbumes de recortes que no tienen más que grabados son, por lo general, para el uso de los niños pequeños. Nuestra casa debería estar construida con la firme mampostería de la doctrina sobre el cimiento profundo de la inspiración: sus columnas habrían de ser de sólido argumento escriturario y cada piedra de verdad estar colocada cuidadosamente en su sitio. Luego, habría que colocar las ventanas en su debido orden: «tres hileras», si quieren, «una ventana contra la otra», como en la casa del bosque del Líbano. Pero una casa no se construye para que tenga ventanas, ni puede organizarse un sermón con el propósito de encajar en el mismo nuestra fábula favorita. Una ventana es meramente algo convenientemente subordinado al resto del proyecto, y lo mismo sucede con el mejor de los ejemplos. Seríamos realmente unos necios si elaborásemos un mensaje simplemente para exponer

una metáfora; tan necios como si un arquitecto construyera una catedral con vistas a exhibir alguna vidriera: no se nos envía al mundo para edificar un Palacio de Cristal en donde exponer nuestras obras de arte y las elegancias de moda, sino que, como peritos arquitectos, hemos de construir una casa espiritual para que Dios habite en ella. Nuestro edificio tiene que durar y servir para el uso diario; por tanto, no ha de ser simplemente de cristal y colorido. Como ministros del evangelio, perdemos el norte por completo si nuestros objetivos son la ostentación y los adornos.

Resulta imposible establecer una regla acerca de cuánto adorno debería haber en cada mensaje: cada hombre tiene que decidir por sí mismo sobre esta cuestión. El verdadero gusto en el vestir no puede definirse fácilmente y, sin embargo, todo el mundo sabe lo que es; asimismo, hay un gusto literario y espiritual que debería hacerse visible en la proporción de tropos y figuras lingüísticas incluida en cualquier alocución pública. «*Ne quid nimis*»[2] es una buena advertencia: no estés ansioso por engalanar y adornar demasiado. Algunos hombres parecen no cansarse nunca de metáforas, y cada una de sus frases tiene que ser una flor. Recorren mar y tierra en busca de un nuevo trozo de cristal de colores para sus ventanas, y echan abajo los muros de sus mensajes para introducir adornos superfluos; hasta que sus obras se parecen más a una gruta fantástica que a una casa donde vivir. Cometen un craso error si piensan que así manifiestan su propia sabiduría o benefician a sus oyentes.

Yo casi abogaría por una vuelta del «impuesto sobre las ventanas»[3] para frenar a estos poéticos hermanos. Creo que en aquel entonces la ley permitía hasta ocho ventanas sin aplicarles el impuesto, y también nosotros podríamos eximir de la crítica a unas pocas metáforas: «Es decir, ocho»; pero más de esas deberían gravarse pesadamente. Las flores sobre la mesa están bien cuando tenemos un banquete; pero, puesto que nadie puede vivir de ramos de flores, estos se convertirán en objetos de menosprecio si se nos ponen delante en lugar de unas sustanciosas viandas. Y está clara para todo el mundo la diferencia que hay entre un poco de sal con la carne y el sentirte obligado a vaciar el salero en la misma; así, también, desearíamos que quienes vierten tantos símbolos, alegorías, figuras y artificios recordaran que las náuseas procedentes de la oratoria no son más agradables que aquellas que nos causa la comida. Suficientes de esas cosas equivalen a un festín; pero demasiados adornos bonitos pueden constituir un mal peor que el no tener adorno alguno.

Es un hecho significativo que la tendencia a abundar en ejemplos y metáforas se vaya haciendo menor a medida que los hombres se hacen mayores y más sabios. Tal vez esto se pueda atribuir, en cierta medida, a la decadencia de su imaginación; la cual se produce, no obstante, a la vez que la maduración de su entendimiento. Algunos quizá tengan que emplear menos figuras por necesidad, ya que estas no se les ocurren con la misma facilidad que antes, pero no siempre es así. Sé que ciertos hombres que aún conservan una gran facilidad para imaginar, consideran menos necesario el utilizar dicha facultad que en sus días más tempranos, ya que cuentan con la atención de la gente y están solemnemente resueltos a aprovecharla con una instrucción tan condensada como puedan darla.

Cuando empiezas con una congregación que no ha escuchado el evangelio, y cuya atención aún no

[2] «De nada demasiado».

[3] Un impuesto sobre el vidrio, que se consideraba un artículo de lujo en Inglaterra, Escocia y, luego, Gran Bretaña. Muchas casas de los siglos XVII y XVIII tienen ventanas tapiadas por causa del impuesto. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

has conseguido, resulta bastante difícil extralimitarse en el empleo de figuras y metáforas. Nuestro Señor Jesucristo utilizaba muchas de ellas —en realidad, «sin parábolas no les hablaba»—, porque no estaban tan formados como para poder oír con provecho pura verdad didáctica. Es un hecho notable que, una vez dado el Espíritu Santo, se utilizaban menos parábolas y los santos eran enseñados por Dios más claramente. Pocas parábolas utilizaba Pablo en sus epístolas cuando escribía a las iglesias, ya que se estaba dirigiendo a personas avanzadas en la gracia y dispuestas a aprender. A medida que las mentes de los cristianos progresaban, el estilo de sus maestros se hacía menos metafórico y más abiertamente doctrinal. Pocas veces vemos grabados en los estudios clásicos de la Facultad, los cuales se reservan para los abecedarios de la escuela primaria. Esto debería proporcionarnos sabiduría y hacernos ver que no hemos de estar sujetos a reglas inflexibles, sino utilizar cada tipo de enseñanza en mayor o menor grado según nuestras propias circunstancias y las de nuestra congregación.

Los ejemplos deberían verdaderamente arrojar luz sobre el tema que nos ocupa; de otro modo serán falsas ventanas, y todo lo falso constituye una abominación. Cuando el impuesto sobre las ventanas aún se aplicaba, mucha gente condenaba la mitad de los huecos de luz en sus casas de campo cerrándolos con yeso, y luego pintaban ese yeso para que pareciese vidrio: así que, mientras aún se daba la impresión de que había una ventana, no podía entrar por ella ninguna luz solar.

Recuerdo muy bien los cuartos oscuros de la rectoría de mi abuelo, y mi extrañeza porque los hombres tuvieran que pagar por tener la luz del sol. Las ventanas condenadas son buenas alegorías de los ejemplos que no dicen nada y que necesitan, ellos mismos, una explicación. La grandilocuencia jamás es tan evidente como en el uso de sus figuras, en las cuales se divierte con un verdadero carnaval de rimbombancia. Podríamos referir varios ejemplos selectos de sublime ampulosidad y magnífico desatino, pero bastará con una muestra benévola de un tipo de exhibicionismo que se da más al otro lado del mar que en nuestras anticuadas latitudes.

No mencionaremos el nombre del autor, pero el extracto es literal y está tomado de un sermón acerca del texto: «El morir es ganancia». Sopéselo y maravíllese del mismo el joven predicador, pero no lo imite. Ofrecemos el pasaje entero por mor del *rabihorcado* y de la *escalinata de granito porfídico-jaspeado*:

> Hay un pájaro, al que los marineros llaman el «pájaro fragata», de extraños hábitos y raro poder. Los hombres lo ven en todo tipo de climas, pero jamás lo ha visto aún el ojo humano cerca de la tierra. Planea linajudo con sus alas de gran envergadura. Los hombres del lejano norte lo observan a la medianoche avanzando en medio de las auroras boreales, planeando con sus alas extendidas entre esas terribles llamas, adoptando el color de las ondas de luz que suben y bajan a su alrededor. Los hombres de los trópicos lo contemplan en el más caluroso mediodía, con su plumaje encarnadino por los feroces rayos que lo golpean inocuamente, y entre cuyo ardiente fervor sigue su rumbo majestuosamente sin cansarse. No se ha oído nunca que descendiera de su elevada línea de vuelo, ni que se desviara de su rumbo. Para muchos es un mito; para todos, un misterio. ¿Dónde se posa? ¿En dónde descansa? ¿Dónde fue incubado? Nadie lo sabe. Lo único que saben es que este pájaro del cielo —llamémoslo así—, con sus independientes alas que desdeñan batir el aire sobre el que descansan, avanza grandiosamente por encima de las nubes, más alto que el alcance de la tormenta, por encima de las tumultuosas corrientes transversales [*¡Estupenda idea! El bicho vuela sin mover las alas, desdeñando batir el aire, y hace muy bien,*

ya que bate *a la creación entera*]. Así será mi esperanza: en cualquier polo de la vida, por encima de las nubes de la aflicción, superior a las tormentas que me golpean, sobre alas majestuosas e incansables, menospreciando la tierra, seguirá adelante. Jamás descenderá, ni virará de su sublime línea de vuelo. La verán en la mañana de mi vida, en su caluroso mediodía y cuando la noche caiga y mi sol se haya puesto, por utilizar la forma de hablar de ustedes; pero empleando la mía: cuando las sombras desaparezcan, y haya salido mi sol, lo último que verán de mí ha de ser esta esperanza de morir para ganar, mientras parte sobre sus alas estables y desaparece en la luz eterna.

Creo, amigos míos, que ninguna exhortación que pueda darles les levantará sobre este pedestal de granito labrado en el que es dado estar a la monumental piedad [*qué razón tiene: ninguna exhortación podría levantar muy bien un cuerpo y ponerlo en un pedestal; para ello se necesita una pierna o un brazo. ¿Pero qué es la monumental piedad?*]. Solo mediante el análisis, la meditación, el pensamiento que sopesa en la noche los majestuosos dichos de las Escrituras y que con la celosía abierta —o mejor aún, bajo la bóveda celeste— se inclina en oración y comulga con las posibilidades que hay más allá de esta vida, como tronos desocupados que esperan llenarse. Solo de esta manera, y de otras indicadas por el Espíritu a las mentes aptas para recibirlas, podrás tú —como cualquier otro— remontarte hasta el nivel de las emociones que dictaron el texto. ¿Dónde está Pablo en la actualidad? ¿Dónde se encuentra aquel que, desde su cárcel en Roma, envió este dicho inmortal? ¿Hay alguno de nosotros que haya comprobado la afirmación de que «el morir es ganancia»? Nadie [*¡Una pregunta bastante inocua! ¿Quién de entre nosotros ha estado muerto?*]. Sabemos que él anda en la gloria: se mueve en medio de los majestuosos espacios donde ni siquiera la Deidad se ve entorpecida [*¿elocuente o blasfemo, cuál de ellos?*]. Después de todas sus luchas ha entrado en el reposo. Sin embargo, ¿qué ha recibido él que no se nos reserve a nosotros? ¿Qué tiene él que no se le haya otorgado como un don? ¿Y no es su Dios el tuyo y el mío? ¿Dará de comer el Padre eterno con parcialidad? ¿Distinguirá él y hará acepción de personas aun a su propia mesa? La piedad nunca puede recibir en su mente esta horrible sospecha. Nuestro Padre alimenta por igual a sus hijos, y las ropas que estos visten están cortadas de una tela real: su justicia. Ellos brillan como soles en conjunción por la acción de un sublime movimiento. Levántense entonces, amigos míos, ustedes el pueblo de su amor; levántense y asciendan conmigo esa gran escalinata cuyos peldaños se transforman de granito en pórfido, y de pórfido en jaspe, a medida que subimos: hasta que nuestros pies, puros como ella, se posen sobre el mar de cristal que se extiende con inconsútil pureza delante del Trono [*¡Escaleras arriba hasta el mar! ¡Y, además, tres tramos de escaleras! Una idea sublime o, por lo menos, a un peldaño de ello!*]

Esta pieza de oratoria de altos vuelos no arroja luz sobre nada ni nos capacita, en lo más mínimo, para comprender por qué «el morir es ganancia». El propósito de esta clase de lenguaje no es instruir al oyente, sino confundirlo y, a ser posible, impresionarle con la idea de que su ministro es un excelente predicador. El que condesciende a utilizar paparruchas del tipo que sean merece que lo excluyan del púlpito durante el resto de su vida natural. Dejen que sus figuras retóricas representen y expliquen de veras lo que quieren decir; de otro modo, serán solo ídolos mudos que no deberían levantarse en la casa del Señor.

Tal vez valga la pena comentar que *los ejemplos no deberían ser demasiado prominentes*; o —siguiendo con nuestra metáfora— no deberían ser ventanas pintadas que atraigan la atención sobre sí mismas en lugar de dejar entrar la clara luz del día. No estoy pronunciando juicio alguno contra las

ventanas adornadas con «cristales de varios colores que brillan como prados engalanados con las flores de la primavera», sino considerando únicamente el ejemplo que he puesto. Nuestras figuras pretenden, no tanto ser vistas como ser comprendidas: si apartas el pensamiento del oyente del tema, estimulando su admiración por tu pericia con los símbolos, entonces estarás haciendo mal en vez de bien. En una de nuestras exposiciones pude ver el retrato de un rey; pero el artista había rodeado a su majestad con un enramado de flores tan exquisitamente pintadas que desviaba los ojos de todo el mundo de la figura real. Todos los recursos del arte del pintor se habían derrochado en los accesorios, y el resultado era que el retrato, que debería haber sido el todo en todo, había pasado a un lugar secundario. Aunque aquello fuera un éxito artístico, ciertamente constituía un error en la pintura de retratos. Hemos presentado a Cristo ante la gente «claramente [...] como crucificado», y debemos renunciar, solemne y conscientemente, a la alegoría más deliciosa o a la imagen más encantadora que pueda apartar la mente de ellos de nuestro divino asunto. Jesús debe ser el todo en todos: su evangelio ha de constituir el principio y el fin de todo nuestro discurso; la parábola y la poesía deben ponerse bajo sus pies; y la elocuencia atenderle como su sirvienta. Jamás de los jamases debe el mensaje del ministro convertirse en un rival para su tema, lo cual deshonraría a Cristo en vez de glorificarle. De ahí la advertencia de que los ejemplos no deben ser demasiado llamativos.

De esta última observación procede el comentario adicional de que *los ejemplos resultan mejores cuando son naturales y se desprenden del tema mismo.* Deberían ser como esas ventanas bien colocadas que forman evidentemente parte de los planos de una estructura, y no se han añadido como una idea tardía o por el mero hecho de adornar. La catedral de Milán me inspira sublime admiración: siempre tengo la impresión de que haya brotado de la tierra como un árbol colosal; o, más bien, como una selva de mármol. Cada detalle, desde su base hasta su pináculo más alto, es una consecuencia natural, una porción de un todo bien ideado, imprescindible para la idea principal y, ciertamente, parte integrante de la misma. Así deberían ser los sermones: su introducción, sus divisiones, sus argumentos, sus llamamientos y sus metáforas tendrían que brotar del tema mismo; nada debería estar al margen de una relación orgánica con el resto; tendría que darse la impresión de que no es posible añadir nada sin que constituya una excrecencia, ni quitar nada sin causar un perjuicio. En un sermón debería haber flores, pero en su mayoría tendrían que ser flores de la tierra; no brotes exóticos rebuscados y evidentemente importados con gran cuidado de un país lejano, sino aquellos habituales de una vida normal del sagrado suelo sobre el que se encuentra el predicador. Las figuras retóricas deberían ser congruentes con el tema del mensaje: una rosa encima de un roble estaría fuera de lugar, y sería poco natural que un lirio brotara de un álamo blanco. Cada cosa debería formar parte del todo y guardar una relación clara con el resto. De vez en cuando puede tolerarse un rudo esplendor a la manera de Thomas Adams, Jeremy Taylor y otros maestros de Israel, los cuales adornan la verdad con gemas extrañas y oro de Ofir arrancado del fuego. Sin embargo, quisiera señalarles lo que dice el Dr. Hamilton acerca de Taylor, ya que supone una advertencia para aquellos que intentan ganarse el oído de la multitud:

> Los pensamientos, los epítetos, los incidentes, las imágenes se agolpaban con irreprimible profusión, y todos eran tan adecuados y hermosos que resultaba difícil desechar ninguno de ellos. De manera que intentaba hallar lugar y uso para todos ellos: «las flores y las alas de las mariposas», así como «el trigo»;

> y si no podía elaborar conexiones entre «los pequeños rizos de la vid» y los «bucles de un niño recién destetado, al menos tenía la posibilidad de embellecer su tema con adornos exquisitos. El erudito sabe como indultar los pasajes de sus queridos Agustín y Crisóstomo, y de sus no menos amados Séneca y Plutarco. No se siente más tentada la ardilla de acarrear nueces a su almacén que el escritor estudioso de trasladar a sus propias páginas pasajes hermosos de sus autores favoritos. Por desgracia, poco sabe lo insípidos y sin significado que resultan dichos pasajes para aquellos que no han transitado las mismas veredas que él y compartido el placer con el que tanto se deleita. A él cada cáscara pulida le recuerda su otoñal relato de los bosques y de los huertos, y los rayos del sol destilando entre las amarillas hojas. Pero el «público en general» prefiere con mucho una pinta de avellanas de algún carro de vendedor ambulante a esa pintoresca colección.

No hay ejemplos tan atractivos como los sacados de los objetos familiares. Existen muchas flores hermosas cultivadas en tierras extranjeras, pero las más queridas para nosotros son aquellas que eclosionan a la puerta de nuestra casita de campo.

Cuando estamos empleando figuras *no es recomendable ser minuciosos en el detalle.* La mejor luz penetra a través del cristal más transparente: demasiada pintura impide que entre el sol. El antiguo altar de Dios tenía que hacerse de tierra o de piedra no labrada; «porque si alzares herramienta sobre él —dice la Palabra—, lo profanarás» (Éx. 20:24, 25). Un estilo laboriosamente trabajado y artificial, sobre el que la herramienta del cantero ha dejado abundantes marcas, es más coherente con los alegatos humanos en los tribunales, o en los foros de discusión o en el Senado, que con las manifestaciones proféticas pronunciadas en nombre de Dios y destinadas a promover su gloria. Las parábolas de nuestro Señor eran tan sencillas como los cuentos para niños, y tan naturalmente hermosas como los lirios que brotaban en los valles donde él enseñaba a la gente. Jesús no tomaba prestados relatos del Talmud, ni cuentos de hadas de Persia, ni tampoco traía sus alegorías del otro lado del mar. Él moraba en medio de su propio pueblo y hablaba de las cosas corrientes en un estilo familiar, como ningún hombre había hablado antes que él y, sin embargo, como cualquier hombre observador hubiera debido hablar. Sus parábolas eran como él mismo y como lo que le rodeaba: nunca forzadas, fantásticas, pedantes o artificiales. Imitémosle, pues, porque jamás encontraremos un modelo más completo o idóneo para el tiempo actual. Si abrimos los ojos, descubriremos abundantes imágenes por todas partes a nuestro alrededor. Como dice la Escritura: «Cerca de ti está la palabra»; así también tenemos cerca la analogía de esa palabra.

Sea lo que sea que me rodea
y con lo que me topo según la ocasión,
tiene voz y lenguaje muy propio:
pájaros que revolotean,
abejas que zumban,
bestias del campo o de la cuadra;
los árboles, las hojas, los torrentes
y las hierbas;
el riachuelo que huye,
el pájaro del aire que pasa,

o las impasibles montañas;
sin embargo, esas inconmovibles masas
cambian, como cambian los sueños,
a lo largo del día[4].

Poca necesidad habrá de tomar prestado de los recónditos misterios del arte humano, ni de profundizar en las teorías de la ciencia, porque en la naturaleza los ejemplos se hallan en la superficie y el más puro de ellos es aquel más elevado y que se discierne con mayor facilidad. De la historia natural, en todas sus ramas, podríamos decir con propiedad: «Y el oro de aquella tierra es bueno». Los ejemplos que nos proporcionan los fenómenos cotidianos vistos por el labrador y el carretero son los más excelentes que la tierra pueda dar. Un ejemplo no es como un profeta, ya que tiene más honra en su propia tierra, y aquellos que han visto el objeto más frecuentemente son quienes resultan más gratificados por la figura extraída del mismo.

Confío en que casi no será necesario añadir que *los ejemplos nunca deben ser viles o vulgares*. Tal vez no sean de altos vuelos, pero han de ser invariablemente de buen gusto. Pueden ser caseros y, no obstante, púdicamente hermosos; pero jamás deben utilizarse aquellos crudos y groseros. Una casa queda deshonrada si tiene las ventanas sucias, con telarañas y enmugrecidas, parcheadas con papel marrón o cubiertas hasta arriba de trapos: tales ventanas son distintivas de una chabola más que de una casa. En nuestros ejemplos jamás debería haber siquiera un indicio de algo que pudiera escandalizar a la modestia más delicada. No queremos esa ventana desde la que mira Jezabel. Como las campanillas de los caballos, nuestras expresiones más ligeras deben ser santidad a Jehová, y acerca de aquello que sugiere lo abyecto y lo vil podemos decir como el apóstol: «Ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos». Todas nuestras ventanas deberían abrirse hacia Jerusalén y ninguna hacia Sodoma. Recogeremos siempre y únicamente nuestras flores de la tierra de Emanuel, y Jesús mismo será su aroma y su dulzura; de modo que cuando se demore en la celosía para oírnos hablar de él, pueda decir: «Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua». Aquello que rebasa el borde de la pureza y de la buena fama jamás debe entretejerse en nuestras guirnaldas, ni ponerse entre los adornos de nuestros mensajes. Aquello que podría ser sumamente inteligente y atractivo en el discurso de un orador político, o en una arenga de pacotilla, resultaría repulsivo en un ministro del evangelio. Hubo un tiempo cuando se podían encontrar demasiados especímenes de vulgaridad censurable, pero sería poco generoso por nuestra parte que los mencionáramos ahora, cuando tales cosas se condenan sin paliativos.

Caballeros, cuiden de que sus ventanas no estén rotas o siquiera agrietadas; en otras palabras: *eviten las metáforas confusas y los ejemplos que cojean*. Se atribuyen por lo general a *sir* Boyle Roche algunos de los mejores ejemplares del conglomerado metafórico; aunque suponemos que deberíamos considerar ficticio ese pasaje donde se le presenta diciendo: «Huelo a rata; la veo que flota en el aire; la cortaré de raíz». Los disparates de grado menor son bastante frecuentes en el habla de nuestros propios compatriotas. Un excelente defensor de la abstinencia de alcohol exclamó: «¡Compañeros,

[4] Lytton, Lord Robert: *Fables in Song* (Fábulas cantadas), 2 vols. (Blackwood and Sons, 1874). Ligeramente modificado.

pongámonos manos a la obra! Echémonos el hacha al hombro y aremos los lugares baldíos hasta que el buen barco de la Abstinencia navegue alegremente por este país». Recuerdo muy bien haber escuchado asimismo, hace algunos años, a un fervoroso clérigo irlandés exclamar: «Caballero, Garibaldi es un hombre demasiado grande para tocar segundo violín para una luminaria tan lastimosa como ese Victor Manuel». Como estábamos en una reunión pública tuvimos que comportarnos; pero hubiera supuesto un gran alivio para nuestras almas si hubiésemos podido permitirnos una buena carcajada, ante el espectáculo de Garibaldi tocando el violín para una luminaria; porque en nuestros oídos tintineaba cierta cancioncilla infantil que ponía penosamente a prueba nuestra seriedad[5]. Cierto amigo de talante poético nos exhorta alentadoramente:

Sigue adelante, por duro que sea el camino,
aunque los enemigos te obstruyan el paso,
sordo a los perros callejeros que te ladran
y quisieran tenderte lazo y desviar tus pies.

La otra noche, cierto hermano expresó su deseo de que todos pudiéramos «ser ganadores de almas y hacer que las joyas compradas con la sangre del Señor arrojaran sus coronas a los pies de este». Las palabras se dijeron en un tono tan piadoso que el auditorio no reparó en la incongruencia de la expresión. Entretanto, uno de entre ustedes esperaba «que cada estudiante pudiera recibir la habilidad de tocar la trompeta del evangelio con un sonido tan claro y seguro *que los ciegos pudiesen ver*». Tal vez lo que quería decir es que abriesen los ojos asombrados por el terrorífico trompetazo, pero la figura hubiera sido más congruente si hubiese dicho «que los sordos pudiesen oír». Cierto escritor escocés, al referirse a la propuesta de que se utilizase un órgano en el culto divino, dice: «Nada *detendrá esta avalancha* de alabanza humana no requerida por Dios y este craso pecado sino *el repliegue hacia la Palabra de Dios*».

El *Daily News*, por su parte, en una reseña de cierto libro escrito por un eminente ministro disidente, se quejaba de que las metáforas de este resultaran bastante inmanejables, como cuando habla de algo que había permanecido en secreto hasta que una llave extraordinariamente potente se introdujo entre las guardas ocultas del corazón paterno y un violento tirón abrió de par en par las compuertas y liberó la corriente prisionera. Sin embargo, no es extraño que los simples mortales cometan desaciertos con el lenguaje figurado, cuando hasta Su Infalible Santidad Pio IX dijo del Sr. Gladstone que «había aparecido de repente como una víbora asaltando la barca de S. Pedro». El que una víbora asalte una barca es demasiado hasta para la imaginación más flexible, aunque algunas mentes estén listas para cualquier maravilla.

Uno de esos críticos que se consideran a sí mismos la flor y nata, se esforzó por informarnos de que el Deán de Chichester, al ser elegido predicador de St. Mary, en Oxford, «aprovechó la ocasión para herir cadera y muslo a los ritualistas, *con gran locuacidad y vivacidad*». Sansón hirió a sus enemigos

[5] Spurgeon hace seguramente referencia aquí a la canción infantil titulada «The Cat and the Fiddle» (El gato y el violín), en la que, cuando el gato está tocando el violín, la vaca salta sobre la luna, el perrito se ríe al ver la proeza y el plato se fuga con la cuchara. (N. T.).

con gran mortandad; no obstante, el lenguaje es flexible…

Estos desaciertos suceden a millares, pero les he dado los suficientes para que vean con cuánta facilidad los jarros de la metáfora pueden resquebrajarse y hacerse inútiles para transmitir aquello que queremos decir. El orador más hábil es capaz de errar ocasionalmente en este sentido; y aunque no es un asunto demasiado serio, puede, como una mosca muerta, estropear un ungüento delicado. Algunos hermanos que conozco se sobrepasan constantemente y enturbian cualquier figura que tocan; de modo que, tan pronto como se acercan a una metáfora, nos esperamos algún accidente. Sería sabio por su parte evitar todas las figuras retóricas hasta que sepan utilizarlas; porque es una verdadera lástima, cuando los ejemplos son tan confusos que oscurecen el significado y causan diversión. Las metáforas enturbiadas son verdaderos lodazales: demos a la gente buenos ejemplos o no se los demos en absoluto.

Aquí termino mi lección, que no es otra cosa que una introducción a mi tema y no un tratamiento completo del mismo.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 2

Anécdotas desde el púlpito

Es un hecho bastante admitido que los sermones se pueden adornar juiciosamente con una buena dosis de ejemplos; pero los quisquillosos del púlpito aún consideran con cierto recelo las anécdotas empleadas con ese fin. Se rebajarán lo suficiente como para citar una alegoría, se dignarán a emplear imágenes poéticas, pero no pueden humillarse tanto como para contar una simple historia doméstica. Probablemente dirían confidencialmente a sus hermanos más jóvenes: «Cuidado con rebajarte o rebajar tu sagrado oficio repitiendo anécdotas que son apreciadas, mayormente, por la gente vulgar e inculta».

Nosotros no replicaremos a esto exhortando a todos los hombres a ser profusos en relatos, ya que debe hacerse una discriminación al respecto. Se admite, por lo general, que hay estilos retóricos útiles y admirables los cuales se verían desfigurados por un relato rústico, y hermanos respetables cuyo ingenio jamás les permitiría contar una anécdota, ya que ello no resultaría adecuado para su forma de pensar. En cuanto a estos, ni siquiera insinuaríamos una crítica por implicación; pero cuando nos encontramos con otros que parecer ser algo, y no son lo que parecen ser, no sentimos delicadeza alguna. Si estos se burlan de las anécdotas, nosotros nos sonreímos ante *ellos* y sus gestos despectivos, y les deseamos más sentido común y menos almidón. La afectación de superioridad intelectual y el amor por el esplendor retórico han impedido que muchos expusieran la verdad evangélica de la manera más sencilla que se puede: a saber, mediante analogías sacadas de sucesos corrientes. Ya que no podían condescender a identificarse con hombres de baja cuna, se han refrenado de repetir incidentes que habrían explicado claramente lo que querían decir. Por miedo a que se los considerara vulgares, han desperdiciado oportunidades de oro. Es como si David se hubiera negado a lanzar con la honda una de aquellas piedras lisas a la frente de Goliat por haberla tomado de un simple arroyo.

No es probable que de individuos tan altivos en cuanto a sus ideas fluya cosa alguna hacia las masas populares, salvo una elocuencia glacial, un río de hielo. La dignidad es una consideración de lo más pobre y despreciable a menos que convierta a muchos a la justicia; sin embargo, ciertos ministros, que apenas tienen bastante dignidad verdadera para salvarse a sí mismos del menosprecio, se han engreído haciéndose tan grandes como el encumbrado Olimpo aparentándola. A un joven caballero que acababa de pronunciar un esmerado discurso, se le dijo que no más de cinco o seis personas de la congregación habían podido entenderle. Él lo aceptó como un tributo a su talento; pero yo me permito incluirle en la misma categoría que ese otro individuo que solía menear la cabeza de la forma más meditativa para causar una impresión mayor con sus conferencias. Esto producía cierto efecto en la gente que tenía poca capacidad crítica; hasta que una cristiana sagaz comentó que, desde luego, el hombre meneaba la cabeza, pero que *no había nada dentro de ella*.

Aquellos que son demasiado refinados para ser sencillos necesitan que se los refine de nuevo. Lutero lo expresó bien en sus *Charlas de sobremesa*: «Malditos todos aquellos predicadores cuyo propósito en la iglesia es hablar de cosas elevadas y difíciles y que, descuidando la salud que salva a la

gente pobre e ignorante, buscan su propia honra y alabanza intentando agradar así a una o dos personas importantes. *Cuando yo predico, me hundo lo más bajo que puedo*».

Tal vez resulte superfluo recordarles el pasaje tan citado del libro de George Herbert *The country Parson* (El clérigo rural), pero no puedo omitirlo porque representa mucho para mí:

> El clérigo también se sirve de los juicios de Dios: de los de antaño, pero especialmente de los más recientes y cercanos a su parroquia; porque la gente presta mucha atención a tales alocuciones y piensan que les corresponde hacerlo, cuando Dios está tan cerca o hasta encima de sus cabezas. A veces les cuenta relatos y dichos de otros, según se lo permite el pasaje, porque los hombres también los escuchan y recuerdan mejor que las exhortaciones; las cuales, aunque sean fervientes, a menudo mueren con el sermón: especialmente en el caso de los campesinos, que son torpes, pesados y difíciles de elevar hasta un nivel de celo y de fervor, y necesitan una montaña de fuego para iluminarles. Pero sí que recuerdan bien los relatos y los dichos.

Jamás debería olvidarse que el gran Dios mismo, cuando quiere instruir a los hombres, emplea relatos y biografías. Nuestra Biblia contiene doctrinas, promesas y preceptos; pero a estos no se los deja solos: todo el libro se halla animado y ejemplificado con maravillosos relatos de cosas que tanto Dios como los hombres han hecho y dicho. Aquel a quien Dios enseña aprecia las historias sagradas y sabe que, en ellas, hay una plenitud y una fuerza de instrucción especiales. Los maestros de la Palabra no pueden hacer nada mejor que enseñar a sus semejantes siguiendo el ejemplo de las Escrituras.

Nuestro Señor Jesucristo, el gran Maestro de maestros, no menospreció el uso de anécdotas. Para mí está claro que algunas de sus parábolas eran hechos y, por consiguiente, anécdotas. ¿Acaso no es posible que la parábola del Hijo Pródigo fuera una verdad literal? ¿No hubo ocasiones reales en que un enemigo sembrase cizaña entre el trigo? ¿No pudo ser la historia del rico insensato, que dijo a su alma «repósate», una instantánea tomada de la vida real? ¿No estaban sacados el rico y Lázaro verdaderamente del escenario de la historia? Ciertamente el relato de aquellos que habían muerto aplastados al derrumbarse la torre de Siloé, o la lamentable tragedia de los galileos «cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos», eran la comidilla de los judíos de entonces, y nuestro Señor les sacó un buen partido. No deberíamos avergonzarnos de hacer lo que *él* hizo; y para que podamos llevarlo a cabo con toda sabiduría y prudencia, busquemos la guía del Espíritu Divino que reposaba sobre él de un modo tan continuo.

Voy a completar la presente conferencia citando los ejemplos de grandes predicadores: comenzando por la época de la Reforma y siguiendo hasta nuestros días, sin un orden cronológico demasiado rígido. Los ejemplos son más eficaces que los preceptos; de ahí que haga referencia a ellos.

En primer lugar, permítanme mencionar a ese gran predicador antiguo: *Hugh Latimer*, el más inglés de todos nuestros teólogos y uno cuya influencia sobre nuestra tierra fue indudablemente muy poderosa. Southey dice de él: «Latimer, con su predicación, impulsó la Reforma más que ningún otro hombre». Al hablar así, se hace eco de la expresión más importante de Ridley, el cual escribía desde la cárcel: «Pienso de veras que el Señor ha puesto al querido padre Latimer como su portaestandarte contra el anticristo —su mortal enemigo— en nuestros días y en nuestro país». Si han leído ustedes alguno de sus sermones, les habrá chocado el número de historias pintorescas que cita; sazonadas con

un humor casero que huele a la granja de Leicestershire, en donde le criaron su padre —un pequeño terrateniente— y su madre, que ordeñaba treinta vacas. Sin duda podemos atribuir a estos relatos la rotura de los bancos de las iglesias, a causa de la prisa abrumadora que tenía la gente por escucharle y del interés general que despertaban sus sermones. Si hubiera más de esa predicación actualmente, tendríamos menos temor al retorno del papismo. La gente corriente escuchaba a Latimer de buena gana, y sus vivaces anécdotas eran en gran parte las responsables de la atención expectante con que lo hacía. Algunos de aquellos relatos difícilmente podríamos repetirlos, ya que el gusto de nuestra época, afortunadamente, ha mejorado en cuanto a delicadeza, pero otros son de lo más admirables e instructivos. He aquí tres de ellos:

EL HOMBRE DEL FRAILE Y LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Les voy a contar ahora la hermosa historia de un fraile para revigorizarles también. Un franciscano mendicante predicaba muchas veces durante el tiempo de su mendicidad, y para todas las ocasiones tenía un único sermón: los Diez Mandamientos. Y puesto que el fraile había predicado ese sermón tan a menudo, uno que lo había escuchado antes le dijo al criado de aquel que a su señor lo llamaban «el fraile Juan Diez Mandamientos», por lo que el criado se lo hizo saber a su amo y le aconsejó que predicara sobre algún otro asunto, ya que le entristecía que se rieran de su señor. Ahora bien, la respuesta del fraile fue:

—Tal vez entonces puedas decirme correctamente los Diez Mandamientos, puesto que los has oído tantas veces.

—Le garantizo que sí —dijo el criado.

—Oigámoslos, pues —replicó su señor.

—Orgullo, avaricia, lascivia… —y le enumeró los pecados capitales en vez de los Diez Mandamientos.

Así, también, hay muchos en nuestros tiempos que están cansados del viejo evangelio y les alegraría escuchar algo nuevo. Creen conocer a la perfección lo antiguo, cuando son tan poco expertos en ello como aquel criado lo era en los Diez Mandamientos.

S. ANTONIO Y EL ZAPATERO REMENDÓN

Leemos una hermosa historia de S. Antonio, el cual, estando en el desierto, llevaba una vida muy severa y recta, hasta tal punto que nadie de aquel tiempo podía comparársele. A este le vino una voz del Cielo que decía: «Antonio, no eres tan perfecto como un zapatero remendón que vive en Alejandría». Oyéndolo, Antonio se levantó de inmediato y, tomando su bastón, echó a andar hasta que hubo llegado a Alejandría, en donde encontró al zapatero. Este se quedó atónito al ver a tan reverendo padre entrar en su casa; pero, entonces, Antonio le dijo:

—Ven y háblame de toda tu conducta y de cómo pasas el tiempo.

—Señor —le respondió el remendón—, por lo que a mí respecta no tengo buenas obras que valgan, ya que mi vida es muy sencilla y pobre, no soy sino un humilde zapatero. Por la mañana, cuando me levanto, oro por toda la ciudad en donde vivo; especialmente por cada uno de los vecinos y amigos pobres que tengo. Después, me pongo a trabajar y paso todo el día ganándome el sustento y guardándome de toda falsedad —porque no hay nada que aborrezca tanto como el engaño—; por tanto, cuando hago a un hombre alguna promesa, la cumplo y lo hago de veras. Así paso mi tiempo, pobremente, con mi esposa y mis hijos, a quienes enseño e instruyo, en la medida que mi inteligencia me lo permite, a temer y reverenciar a Dios. Ese es el resumen de mi sencilla vida.

En este relato pueden ver cómo Dios ama a aquellos que siguen su vocación y viven rectamente, sin falsedad alguna, en su trato con la gente. Este Antonio era un hombre grande y santo, sin embargo, aquel zapatero remendón era tan estimado a los ojos de Dios como él.

> El peligro de la prosperidad
>
> En cierta ocasión leí una historia referente a un buen obispo que iba cabalgando y se sentía cansado, pero aún se encontraba lejos de alguna ciudad. Por tanto, divisando una hermosa casa se dirigió hacia ella y fue muy bien y honorablemente recibido. Se le hicieron grandes preparativos y un gran banquete con abundancia de todo. Entonces, el amo de la casa exhibió su prosperidad, y le habló al obispo de todas las riquezas que poseía, de cuáles eran sus honores y dignidades, de cuántos hermosos niños tenía y de qué mujer tan virtuosa le había proporcionado Dios; de tal manera que nada le faltaba en cosa alguna. No tenía ninguna dificultad ni molestia, ya fuera externa o interna. Entonces, aquel santo hombre, al escuchar el buen estado de su anfitrión, llamó a uno de sus criados y le ordenó que preparase los caballos; porque el obispo no pensaba que Dios estuviera en aquella casa, ya que no había en ella tentación alguna. De modo que se despidió y partió. Pero, cuando se encontraba a 3 ó 4 km de allí, recordó que había dejado atrás un libro, y envío a su criado de vuelta para recuperarlo. Sin embargo, el criado, al llegar, vio que la casa se había hundido con todo lo que contenía. De esto se deduce que es bueno experimentar tentaciones: aquel hombre se consideraba feliz porque todo le iba bien, pero no conocía el juicio de Santiago: «*Beatus qui suffert tentationem*» («Bienaventurado el varón que soporta la tentación»). Aprendamos, por tanto, a no sentir fastidio cuando Dios nos impone su cruz.

Damos ahora un largo salto —de alrededor de un siglo— y llegamos a *Jeremy Taylor*: otro obispo, al cual menciono inmediatamente después de *Latimer* porque, aparentemente, supone un gran contraste con ese teólogo familiar; cuando, en realidad, se parece bastante a él en relación con lo que estamos hablando. Ambos se gozaban en la figura y la metáfora, deleitándose por igual en los relatos y los incidentes. Bien es cierto que uno hablaba de John y William, y el otro de Anaxágoras y Escipión; pero ambos se complacían en las escenas reales. A este respecto, se puede considerar a Jeremy Taylor como el Latimer volcado al latín. Taylor está tan plagado de alusiones clásicas como el palacio de un rey de tesoros extraordinarios, y la categoría de su lenguaje es más bien elevada, resultando más adecuado para un público aristocrático que para una asamblea popular. Pero cuando llegamos a la esencia de las cosas, podemos ver que si Latimer es familiar, también Taylor relata incidentes que *resultan domésticos para él*. Solo que su hogar se encuentra entre los filósofos de Grecia y los senadores de Roma. Una vez entendido esto, nos aventuramos a decir que nadie utiliza más anécdotas que este espléndido predicador-poeta. Su biógrafo dice en realidad: «Sería difícil señala una rama del saber o una actividad científica a la que no aluda ocasionalmente; o cualquier escritor eminente, ya sea antiguo o moderno, al que no demuestre conocer. Más de una vez se refiere a relatos desconocidos de autores antiguos como si fueran necesariamente tan familiares para todos sus lectores como lo eran para él: por ejemplo, habla del «pobre Atilio Aviola» y, por otra parte, de «el león libio que se escapó a su desierto y mató a dos niños romanos». En todo esto se muestra eminentemente selecto y clásico y, por tanto, siento mucha más libertad para introducirlo aquí: porque no hay razón alguna de que todas nuestras anécdotas deban ser rústicas. También nosotros podemos hojear los tesoros de la Antigüedad y hacer que los paganos contribuyan al evangelio, como Hiram de Tiro sirvió, bajo la dirección de

Salomón, para la construcción del templo del Señor.

No soy en modo alguno admirador de Jeremy Taylor en otros aspectos, y su enseñanza me parece a veces semipapista, pero aquí estoy tratando únicamente de un tema particular en el que constituye un admirable ejemplo. Taylor derrocha relatos clásicos del mismo modo que una reina asiática se acicala con innumerables perlas: de un solo sermón he extraído los siguientes, los cuales pueden bastar para nuestro propósito.

> ESTUDIANTES QUE PROGRESAN RETROCEDIENDO
>
> Menedemo solía decir «que los muchachos que iban a Atenas, durante el primer año eran hombres sabios, a lo largo del segundo año filósofos, en el tercero oradores y en el cuarto nada más que plebeyos que solo comprendían su propia ignorancia». Y lo mismo les sucede a algunos con el progreso religioso: al principio son violentos y activos, y sacian todo su apetito de religión. Lo que pronto les queda no es sino cansancio; entonces se sientan disgustados, vuelven al mundo y se explayan en los asuntos del orgullo y el dinero. A esas alturas comprenden que su religión ha declinado y pasado de los ardores y las locuras de la juventud a la frialdad y los achaques de la vejez.
>
> EL ORGULLOSO QUE SE JACTABA DE SU HUMILDAD
>
> Notorio como persona vana fue aquel que, rebosando alegría por (lo que él consideraba) la cura de su orgullo, le gritó a su mujer: «*Cerne, Dionysia, deposui fastum*» (¡Mira, he abandonado todo mi orgullo!).
>
> DIÓGENES Y EL JOVEN
>
> En cierta ocasión Diógenes acechaba a un joven que salía de una taberna o un lugar de diversión y que, percibiendo que era observado por el filósofo, entró de nuevo un poco confuso por si fuera posible conservar su buena fama con aquel hombre severo. Pero Diógenes le dijo: «*Quanto magis intraveris, tanto magis eris in caupona*» (Cuanto más regreses, tanto más tiempo permanecerás en ese sitio donde te avergüenza que te vean). El que esconde su pecado retiene aún aquello que considera su deshonra y su carga.

Ningunos ejemplos tendrán más peso para ustedes que los tomados de los puritanos, en cuyos pasos es nuestro deseo andar aunque, lamentablemente, lo hagamos con débil pie. Algunos de ellos abundaban en anécdotas y relatos. *Thomas Brooks* es un ejemplo señalado de utilización sabia y generosa de esa santa afición. Lo pongo en primer lugar porque creo que es el primero en ese arte especial que estamos considerando. Él tiene «polvo de oro», porque hasta en los márgenes de sus libros hay frases de sumo atractivo y alusiones a relatos clásicos. Su estilo es claro y acabado, y jamás se excede en los ejemplos como para perder de vista su doctrina. Sus torrentes de metáforas nunca ahogan lo que quiere decir, sino que más bien lo hacen flotar en la superficie. Si no has leído sus obras, casi te envidio el gozo de entrar por primera vez en sus *Unsearchable Riches* (Riquezas insondables), probar sus *Precious Remedies* (Remedios preciosos), gustar sus *Apples of Gold* (Manzanas de oro), tener comunión con su *Mute Christian* (Cristiano silencioso) y disfrutar de sus otros escritos magistrales. Permíteme darte una prueba de su calidad en forma de anécdotas. He aquí algunas breves que encontramos casi en la misma página; pero tiene tal abundancia de ellas, que muy bien podrías escoger tú mismo varias docenas de otras mejores.

> EL LLANTO DEL SR. WELCH

Un alma que experimenta manifestaciones especiales de amor llora diciendo que no puede amar más a Cristo. El Sr. Welch, un pastor de Suffolk, cuando lloraba a la mesa y le preguntaron la razón de ello, respondió que se debía a que no podía amar más a Cristo. Los verdaderos amantes de Jesús jamás pueden llegar lo suficientemente alto en su amor por él: consideran un poco de amor como falta de amor, un gran amor como un amor pequeño, un amor fuerte como débil, y el amor más alto como infinitamente por debajo del valor de Cristo, de la belleza y la gloria de Cristo, de la plenitud, la dulzura y la bondad de Cristo. El súmmum de su desdicha en esta vida es amar tan poco cuando son tan amados.

SILENCIO SUMISO

Tal fue el silencio de Felipe II, rey de España, quien cuando su Armada Invencible —que había pasado tres años de prueba— se perdió, ordenó que por toda España se dieran gracias a Dios y a los santos porque la catástrofe no había sido más seria.

LOS FAVORITOS SE SOMETEN A SUS SEÑORES

Cuando arrestaron a Tribazo, un noble persa, al principio este saco la espada y se defendió; pero una vez que lo acusaron en nombre del rey y le informaron de que este les había enviado ordenándoles que lo llevaran a su presencia, cedió voluntariamente. Séneca convenció a su amigo de que sobrellevara su aflicción en silencio, puesto que era el favorito del Emperador, diciéndole que no resultaba legítimo que se quejase siendo César, como era, su amigo. Por esto dice el santo cristiano: «Sosiégate y calla, oh alma mía, todo procede del amor: todo es fruto del favor divino».

SIR PHILIP SYDNEY

Un piadoso jefe militar que había resultado herido en la batalla, cuando se le sondeó la herida y se le extrajo la bala en presencia de algunos que se compadecían de su dolor, exclamó: «Aunque gimo, bendigo a Dios porque no gruño. Dios permite a su pueblo gemir, pero no refunfuñar».

Thomas Adams, el puritano conformista cuyos sermones están llenos de vigorosa fuerza y profundo significado, jamás dudaba en incluir un relato cuando creía que el mismo reforzaría su enseñanza. Su punto de partida es siempre alguna frase o historia de la Escritura, la cual desarrolla con gran detalle incorporando a la misma todos los tesoros de su mente. Como dijera Stowell: «Casi en cada página hay esparcidas fábulas, anécdotas, poesía clásica y gemas de los padres de la Iglesia y de otros escritores antiguos. Sus anécdotas son, por lo general, rudimentarias pero eficaces y pueden compararse a las de Latimer, aunque no sean tan geniales. El humor de las mismas suele ser sombrío y mordaz. He aquí algunos buenos espécimenes:

EL MARIDO Y SU OCURRENTE ESPOSA

El marido le dijo a su mujer que él tenía solamente un defecto: era dado a enojarse sin causa; a lo que ella respondió ingeniosamente que lo protegería contra esa falta, ya que le daría causas sobradas para hacerlo. La insensatez de algunos consiste en que se ofenden sin razón; a estos el mundo les promete que tendrán razones suficientes para hacerlo: «En el mundo tendréis aflicción».

EL CRIADO Y EL SERMÓN

Es bastante corriente para muchos el encomiar la lección a oídos de otros, pero pocos se la recomiendan a su propio corazón. Resulta moralmente cierta la anécdota del criado que vuelve de la iglesia alabando el sermón ante su señor. Este le pregunta cuál era el texto bíblico. No sé —contesta el otro— ya había empezado cuando llegué. ¿Cuál fue entonces la conclusión? Me marché antes de que concluyera. ¿Pero

qué dijo en el medio? Verdaderamente en medio del sermón estaba dormido. Muchos se agolpan para entrar en la iglesia, pero no dejan sitio para que el sermón les entre a ellos.

EL CUADRO DEL CABALLO

Alguien encargó a un pintor que le dibujara *equum volitantem* (un caballo trotando o brincando), y este, equivocando la palabra, representó *equum volutantem* (un caballo revolcándose o cayendo pesadamente en tierra con las patas traseras en el aire). Al ir a entregar el encargo, el ordenante le censuró por su error: «Yo lo quería brincando y usted lo ha pintado cayéndose». «Si eso es todo —le respondió el pintor—, no hay más que volver el cuadro del revés y obtendrá usted lo que desea». Asimismo, en sus debates académicos, los eruditos no tienen más que invertir los lineamentos para que el asunto quede como ellos desean. No digo esto para desacreditar todo su saber, sino más bien su esterilidad y sus disputas y argumentos innecesarios que hayan expresión cuando la Escritura no se la da en absoluto.

EL PIRATA

Cuando al temerario pirata que saqueaba y despojaba un bajel le dijo el capitán del mismo que, aunque en el presente ninguna ley podía alcanzarle, tendría que responder de aquello en el Día del Juicio. «Antes bien —respondió el otro—, si puedo seguir así hasta entonces, lo prefiero. Me llevo tanto a ti como tu barco». Esta es una presunción con la que demasiados ladrones de tierras y opresores se halagan en sus corazones, aunque no se atrevan a expresarla con sus labios.

William Gurnall, autor de *The Christian in Complete Armour* (El cristiano con toda la armadura), debe de haber sido un narrador de relatos pertinentes en su predicación, ya que estos ocurren en sus bien meditados y sólidos escritos. Y quizá no hubiera yo debido hacer esa diferencia entre sus escritos y sermones, ya que por el prólogo de su *The Christian in Complete Armour* se entiende que ese libro se predicó antes de editarse. Cada página de su famosa obra abunda en gráficas imágenes; y siempre que esto sucede, podemos tener la certeza de toparnos con relatos cortos y llamativos incidentes. Gurnall es tan profuso en ejemplos como Brooks, Watson o Swinnock. ¡Dichoso Lavenham, por haber sido ministrado por un pastor así! Dicho sea de paso, *Complete Armour* es, por encima de todo, un libro para predicadores: creo que ha sugerido más mensajes que cualquier otro volumen no inspirado. Yo recurro a menudo al mismo cuando mi propio fuego se encuentra bajo, y pocas veces he dejado de encontrar algún carbón encendido en el corazón de Gurnall.

John Newton decía que si solamente pudiera leer un libro aparte de la Biblia, escogería *The Christian in Complete Armour*, y Cecil pensaba lo mismo. J.C. Ryle, por su parte, ha dicho de esa obra: «A menudo encuentras en una línea y media [del libro] una gran verdad, expresada de manera tan concisa y al mismo tiempo tan plena, que te maravillas verdaderamente de que sea posible expresar tanta reflexión en tan pocas palabras». Uno o dos relatos de la primera parte de esta gran obra bastarán para nuestro propósito…

EL PÁJARO SEGURO EN EL REGAZO DE UN HOMBRE

Cuando un pájaro atemorizado por un halcón voló a su regazo, un pagano pudo decir: «No te entregaré a tu enemigo, porque te has acogido a mi protección». ¡Cuanto menos, entonces, entregará Dios en manos de su enemigo a un alma que se refugia en su Nombre diciendo: «Señor, me veo perseguido por tanta tentación, acosado por una lujuria tal que bien has de perdonármela o estoy condenado, controlarla o seré esclavo de ella. Tómame en el regazo de tu amor por causa de Cristo, protégeme en los

brazos de tu eterna fortaleza. Tú tienes poder para salvarme o para entregarme en manos de mi adversario. No tengo confianza alguna en mí mismo, ni en ningún otro: encomiendo mi causa a y mi vida en tus manos y confío en ti»! Esta dependencia por parte de un alma ciertamente despertará la todopoderosa potencia de Dios en su defensa. Él ha hecho el más grande juramento que pueda salir de sus benditos labios: ha jurado por Sí mismo que todos aquellos que corren a refugiarse en la esperanza en él, tendrán un «fortísimo consuelo» (He. 6:17–18).

El príncipe cuya familia peligra

Suponte que el hijo de un rey saliera de una ciudad sitiada, en donde ha dejado a su esposa y sus hijos (a los cuales quiere como a su propia alma), y que estos fueran a morir sin remedio por la espada o el hambre a menos que las provisiones llegaran pronto. ¿Podría dicho príncipe, al llegar a casa de su padre, agasajarse con las delicias de la corte y olvidarse de la congoja de su familia? ¿No se presentaría de inmediato a su padre (con los gritos y los gemidos de ellos aún en sus oídos) y, antes de comer o de beber, le daría su informe y le rogaría que —si le ama— envíe todo el ejército de su reino para romper el sitio, a fin de que ninguno de su familia perezca? Ciertamente, caballeros, aunque Cristo esté en la cima de su promoción y fuera de la tempestad en cuanto a su propia persona, sin embargo, lleva en su corazón a sus hijos que han quedado atrás bajo el fuego de las baterías del pecado, Satanás y el mundo, y no los olvidará ni siquiera por un momento. El interés que él tiene en nuestros asuntos se manifestó por el rápido envío que hizo de su Espíritu a sus apóstoles, el cual mandó casi tan pronto como estuvo sentado a la diestra del Padre, para el indecible consuelo de ellos y de quienes actualmente —sí, y hasta el fin del mundo— creemos o vayamos a creer en él.

John Careless

Cuando Dios honra a una persona permitiéndola que sufra por su verdad, es un gran privilegio: «A vosotros os es concedido [...] no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Fil. 1:29). Dios no acostumbra a dar regalos sin valor a sus santos: hay algo precioso en esto, que el ojo carnal no puede comprender. Dirás que la fe es un don excelente; pero la perseverancia es un don mayor, sin el cual la fe valdría de muy poco, y la perseverancia en el sufrimiento es honrosa por encima de ambas. Esto hizo que *John Careless*, un mártir inglés que pensaba que no moriría en la hoguera, aunque estaba encarcelado por Cristo, dijera: «Es un honor como no se les concede tener a los ángeles; de modo que, Dios, perdóname por mi falta de agradecimiento».

El Sr. Benbridge

¡Cuántos hay que mueren en la horca como mártires de la causa del diablo por crímenes, violaciones y asesinatos! Él podría retirarte su gracia y dejarte a merced de tu propia cobardía e incredulidad, y entonces pronto te manifestarías como eres. Los más bravos paladines de Cristo han tenido que aprender cuán débiles son si Jesús se aparta de ellos. Los corazones de algunos que han dado un magnífico testimonio de fe y resolución en la causa de Cristo, y que han llegado tan cerca de morir por su nombre como someterse a ser atados en la estaca y dejar que se encendiera el fuego a su alrededor, han experimentado el fracaso. Este es el caso de ese santo hombre —el Sr. Benbridge— de nuestro martirologio quien, al ver encenderse la leña, gritó: «*¡Me retracto! ¡Me retracto!*». Sin embargo, cuando se hubo fortalecido en la fe y estuvo investido de poder de lo alto, fue capaz, una semana después de aquel triste fracaso, de morir alegremente en la hoguera. Aquel que en otro tiempo venció a la muerte por nosotros es quien ahora la vence siempre en nosotros.

John Flavel es un nombre que tendré que citar en otro discurso, ya que emplea magníficamente la metáfora y la alegoría; pero en lo tocante a las anécdotas su predicación, constituye un buen ejemplo. Se dijo de su ministerio que si a alguien no le afectaba el mismo era porque tenía ya fuera el cerebro muy blando o el corazón muy duro. Flavel poseía un tesoro de llamativos incidentes y la habilidad de poner ejemplos divertidos; y como se trataba de un hombre en cuyo comportamiento la alegría se mezclaba con la solemnidad, era alguien sumamente popular tanto en Inglaterra como en el extranjero. Escogía palabras que pudieran ser adecuadas para los marineros de Darmouth y los granjeros de Devon, por lo que dejó tras de sí *Navigation Spiritualized* (La navegación espiritualizada) y *Husbandry Spiritualized* (La agricultura espiritualizada), un legado para cada una de las dos clases de hombres que surcaban el mar y la tierra. Era un hombre para escuchar al cual valía la pena hacer una peregrinación. ¡Qué crimen supuso silenciar sus labios tocados por el Cielo mediante el Decreto de Uniformidad[1]! En lugar de referir varios pasajes de sus sermones, cada uno con una anécdota, me ha parecido que era oportuno dar un bloque de relatos que encontramos es sus disertaciones acerca de…

La providencia en la conversión

«Dios ha utilizado un pedazo de papel visto por accidente como una oportunidad para la conversión. Este fue el caso de un pastor de Gales que tenía dos beneficios eclesiásticos pero no se ocupaba mucho de ninguno de ellos. Estando en una feria, el hombre compró algo en el puesto de un buhonero y arrancó una hoja del catecismo del Sr. Perkins para envolverlo. Al leer una o dos líneas del mismo, Dios le toco de tal manera que se convirtió».

«La providencia había ordenado el matrimonio de un hombre piadoso con una mujer de una familia muy carnal para la conversión y salvación de muchos de los miembros de esta. Así leemos en la biografía de ese reputado prócer inglés, John Bruen, que en su segundo matrimonio se acordó que tenía que vivir durante un año en casa de su suegra, y —según cuenta el Sr. Clark— mientras duró su estancia allí, el Señor tuvo a bien obrar misericordiosamente por medio de él en el corazón de ella, y en el de la hermana de su mujer, su hermanastra, sus hermanos, el Sr. Williams y el Sr. Thomas Fox, además de en uno o dos criados de la familia».

«La providencia ha utilizado para este fin y propósito, no solo la lectura de un libro o el sermón de un pastor, sino —lo que resulta más extraordinario— la equivocación o el descuido de un ministro. En cierta ocasión, Agustín, predicando a su congregación, olvidó el argumento que había en un principio y, apartándose de su intención original, acometió contra los errores de los maniqueos; sermón por medio del cual convirtió a un tal Firmus, su alumno, el cual cayó a sus pies llorando y confesando que había sido maniqueo por muchos años. Y otro a quien conocí que, al ir a predicar, tomó una biblia distinta de la que había pensado, en la que faltaban no solo sus notas sino el capítulo mismo donde estaba su texto, cayendo en cierto desasosiego. Pero, después de una breve pausa, decidió hablar acerca de cualquier otro pasaje que se le presentase, y así leyó el versículo: «El Señor no retarda su promesa» (2 P. 3:9); y aunque no tenía nada preparado, el Señor le ayudó a hablar tanto metódica como pertinentemente acerca del mismo. Este mensaje produjo un bondadoso cambio en cierto hombre de la congregación quien, a partir de entonces, ha estado dando muestras de una verdadera conversión, y el cual reconoció que este sermón había sido el primer y único medio para la misma».

[1] Decreto del Parlamento inglés que, tras restaurarse la monarquía en 1662, impuso como única forma de culto legal en el país el Libro de Oración Común anglicano, publicado en esa misma fecha. (N. T.).

«El ir a escuchar un sermón en *plan de broma* ha supuesto la conversión *en serio* de algunos hombres. El Sr. Firmin, en su *Real Christian* (Cristiano verdadero), nos cuenta de un notorio borracho —al que los alcoholizados llamaban «padre»— que un día tuvo que ir a escuchar lo que decía Wilson sin otra intención, al parecer, que burlarse de aquel santo hombre; pero durante la oración, antes del sermón, su corazón empezó a deshelarse, y cuando el predicador leyó su pasaje —»No peques más, para que no te venga alguna cosa peor» (Jn. 5:14)— no pudo contenerse. Con ese sermón el Señor le cambió el corazón, aunque anteriormente el hombre había sido un enemigo tan enconado que el pastor, en los días de clase, tenía miedo de pasar por delante de su taller para ir a la iglesia. «He aquí estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!» (Job 26:14).

George Swinnock, durante algunos años capellán de Hampden, había desarrollado mucho el don de poner ejemplos, como lo demuestran sus obras. Algunos de sus símiles son exagerados y el aumento del conocimiento ha dejado otros anticuados; pero, en su momento, cumplieron su propósito e hicieron que la enseñanza de Swinnock fuera atractiva. Después de despojarlos de todas sus fantasías —que en nuestros días se considerarían forzadas—, aún queda «una cantidad poco frecuente de ingenio y de sabiduría santificados»; y podemos detectar, luciendo aquí y allá, unos pocos relatos certeros, la mayoría de ellos de origen clásico.

La oración de Paulino

Esto fue lo que dijo Paulino cuando los bárbaros tomaron su ciudad: «Señor, no dejes que me preocupen mi oro y mi plata perdidos, porque tú lo eres todo» (*«Domine, ne excrucier ob aurum et argentum»*). Al igual que Noé, cuando todo el mundo resultó anegado por el agua, encontró un buen epítome de ello en el arca —donde había toda clase de bestias y de aves—, así quien en un diluvio tiene a Dios como su Dios, cuenta con el prototipo de todas las misericordias. Aquel que disfruta del océano puede regocijarse aunque se saquen algunas gotas del mismo.

La reina Isabel y la lechera

La reina Isabel I, mientras se hallaba en la cárcel, envidiaba a la lechera; pero si hubiera sabido el glorioso reino que iba a tener durante cuarenta y cuatro años no se hubiera lamentado por la pobre felicidad de una persona tan corriente. Los cristianos son muy dados a desear las cáscaras con que los pecadores errantes se llenan aquí abajo; pero si se les pusiera delante la gloriosa esperanza del Cielo, como han de reinar con Cristo por los siglos de los siglos, verían poca razón para sus quejas.

El niño creyente

He leído la historia de un niñito de ocho o nueve años de edad, que sintiéndose en gran manera afligido por el hambre, miró un día con urgencia lastimosa a su madre y le dijo:

—Madre, ¿cree que Dios nos va a matar de hambre?

—No hijo, no lo hará —respondió la mujer.

—Pero si lo hace —dijo el niño—, aun así debemos amarle y servirle.

He ahí el lenguaje de un cristiano maduro: porque, ciertamente, Dios nos hace pasar por la necesidad y la miseria para probar si le amamos por sí mismo o por nuestro propio interés; por las excelencias que encontramos en él o por esas misericordias que recibimos de él; para ver si decimos como el cínico a Antístenes: «No debería haber vara tan dura que me separase de ti» (*Nullus tam durus erit baculus, etc.*).

Religión a la moda

He leído acerca de una mujer papista que vive en París, la cual, cuando veía una procesión gloriosa en honor de uno de los santos de allí, exclamaba: «¡Ah, qué hermosa es nuestra religión comparada con la de los hugonotes! Ellos tienen una religión miserable y pordiosera, pero la nuestra está llena de boato y solemnidad». Pero, como dicen los heraldos de los escudos de armas, si estos están llenos de divisas y vivos colores eso denota una baja ascendencia; de igual manera, esa forma de culto mezclada con los inventos de los hombres declara su ascendencia servil: es decir, humana.

EL DUQUE ATAREADO

El francés duque d'Alva, cuando Enrique IV le preguntó si había visto el eclipse de sol, pudo decir que tenía tanto que hacer sobre la tierra que no le quedaba tiempo para mirar al cielo. Con más razón y conciencia —estoy seguro de ello— podría decir el cristiano que tiene tanto que hacer para el Cielo que no tiene tiempo de preocuparse por las cosas vanas o terrenales.

Thomas Watson fue uno de tantos predicadores puritanos que consiguieron la atención de la gente con sus frecuentes ejemplos. En la clara corriente de su enseñanza encontramos muy a menudo anécdotas preciosas como perlas. Nadie se aburrió jamás escuchando tan agradable y, a la vez, tan sustanciosa oratoria como la que encontramos en sus *Beatitudes* (Bienaventuranzas). Bástennos dos citas para demostrar su pericia.

LA SACERDOTISA Y LOS BRAZALETES

La mayoría de los hombres piensan que gozan del favor de Dios porque él los ha bendecido con bienes y hacienda. Pero, ¡ay!, Dios a menudo da estas cosas con ira: carga a sus enemigos con oro y plata. Esto es lo que nos cuenta Plutarco acerca de Tarpeya, una sacerdotisa vestal que negoció con el enemigo entregarles el Capitolio de Roma si le daban los brazaletes de oro que llevaban en la mano izquierda, lo cual le prometieron. Pero cuando hubieron entrado en el Capitolio, aquellos hombres echaron sobre ella, no solo sus brazaletes, sino también sus hebillas, haciéndola morir aplastada bajo el peso de estas cosas. Muchas veces Dios deja que los hombres obtengan los brazaletes de oro de las riquezas mundanas cuyo peso los hunde en el Infierno. Que podamos nosotros *superna anhelare*: tener los ojos «puestos» en Dios y nuestros corazones «unidos» a él —el bien supremo— lo cual supone perseguir la bienaventuranza como para darle caza.

EL ERIZO Y LOS CONEJOS

El fabulista nos cuenta la historia de un puercoespín que llegó a la madriguera de los conejos, en tiempo de tormenta, pidiendo cobijo y prometiendo ser un huésped tranquilo. Pero una vez que hubo obtenido hospedaje, erizó sus púas y no salió hasta haber expulsado a los pobres conejos de su guarida. Así también la codicia, aunque tenga muchos buenos ruegos para insinuarse e introducirse en el corazón, sin embargo, en cuanto la hemos dejado entrar, este aguijón jamás dejará de pinchar hasta que haya ahogado todos los buenos comienzos y expulsado por completo la religión de nuestros corazones.

Creo que esto debería bastar como representación de los hombres del período puritano, que añadían a su profunda teología y variado saber el celo por ser comprendidos y la destreza para exponer la verdad con la ayuda de los sucesos cotidianos. La época que vino después de ellos fue estéril en cuanto a vida espiritual y se vio afligida por un linaje de ministros retóricos cuyas palabras guardaban poca relación con *la Palabra* de vida. La escasa reflexión de los dignatarios de la reina Ana no necesitaba la ayuda de metáforas o parábolas: no había nada que explicar a la gente, y el supremo

esfuerzo de esos teólogos consistió en esconder la desnudez de sus discursos con las hojas de higuera de la palabrería latina. La predicación vivaz y la vida espiritual habían desaparecido, por consiguiente se estableció un tipo de púlpito que no tenía nada que decir a la gente corriente ni, en realidad, a nadie que no fuera el mero formalista satisfecho con que se guardaran el decoro y la respetabilidad. Naturalmente, nuestra idea de aclarar la verdad por medio de relatos no era apropiada para dicho período de muerte dignificada, y solo cuando los huesos secos empezaron a agitarse pasaron de nuevo a primer plano los métodos populares.

El laborioso *George Whitefield* se halla —juntamente con Wesley— a la cabeza de ese noble ejército que dirigió el Avivamiento del siglo XVIII. No es en absoluto mi intención en este momento hablar de su incomparable elocuencia, fervor inextinguible e incesante trabajo, pero sí tiene bastante que ver con el curso de este discurso que les recuerde su dicho: «Empleo el lenguaje del mercado». Whitefield utilizaba un inglés puro, correcto y fluido, pero era tan sencillo como si estuviese hablando a los niños. Aunque no abundaba en absoluto en ejemplos, sin embargo siempre los utilizaba cuando había necesidad de ello, y relataba los incidentes con gran eficacia en la acción y el enfoque. Contaba sus relatos de tal manera que entusiasmaba a la gente, la cual no solo oía sino que veía, ya que cada palabra iba acompañada del gesto adecuado. Una de las razones por las que se le podía escuchar a tanta distancia era que el ojo ayudaba al oído. Como especímenes de sus anécdotas he seleccionado las siguientes:

> LOS DOS CAPELLANES
>
> En la hora de la muerte no puedes pasarte de la gracia de Dios. Había cierto noble que tenía un capellán deísta, y su esposa uno cristiano. Cuando se estaba muriendo, el hombre dijo a su capellán: «Cuando estaba sano le tenía en mucha estima, pero ahora que estoy enfermo quiero al capellán de mi mujer».
>
> NUNCA SATISFECHOS
>
> Queridos oyentes, no hay siquiera un alma entre todos ustedes que esté satisfecha con su situación. ¿Acaso no decimos en nuestro corazón cuando somos aprendices que las cosas irán muy bien cuando seamos oficiales? ¿Y una vez que somos oficiales, que eso sucederá cuando lleguemos a maestros? Y cuando estamos solteros, ¿no pensamos que todo irá bien cuando nos casemos? ¡Y, desde luego, piensas que las cosas se arreglarán cuando poseas un carruaje! He oído hablar de alguien que empezó sin nada: primero quería una casa; luego dijo: «Quiero dos, luego cuatro, luego seis». Y cuando las obtuvo, expresó: «Creo que ya no necesito nada más». «Sí —le dijo un amigo—, pronto necesitarás otra cosa: un coche fúnebre para que te lleve a la tumba». Y eso le hizo temblar.
>
> EL CORAZÓN DEL DR. MANTON
>
> Una buena mujer que estaba encantada con el Dr. Manton, le dijo:
>
> —¡Qué excelente sermón ha predicado hoy!, ojalá tuviera yo su corazón.
>
> —¿De veras? —respondió él—. Buena mujer, mejor sería que no lo tuviera, porque entonces desearía recuperar el suyo propio.
>
> Los hombres mejores se ven a sí mismos bajo la peor luz.

Por temor a que el citar más ejemplos se haga pesado, solo les recordaré que hombres como Berridge, Rowland Hill, Matthew Wilks, Christmas Evans, William Jay y otros que no hace mucho que nos han dejado debían mucho de su atractivo a la manera como interesaban a sus auditorios e

irradiaban la verdad en los rostros de estos mediante anécdotas bien seleccionadas. El tiempo me pide que termine, ¿y cómo podría hacerlo mejor que mencionando a un hombre, aún vivo, que ha entusiasmado más que cualquier otro a las masas en dos continentes? Me refiero a D.L. Moody. Este hermano admirable tiene gran aversión a que sus sermones se impriman; y con mucha razón, ya que está incesantemente predicando y no tiene tiempo que le permita la preparación de nuevos mensajes. Sería una gran imprudencia por su parte el editar enseguida aquellos sermones que está utilizando en una campaña. No obstante, esperamos que cuando haya acabado con un sermón, no permita que este caiga en el olvido, sino que lo ofrezca a la Iglesia y al mundo por medio de la imprenta. Nuestro querido hermano tiene un estilo vivaz y efectivo, y considera prudente fijar a menudo un clavo con el martillo de la anécdota. He aquí cuatro o cinco extractos del librito *Arrows and Anecdotes by D.L. Moody* (Dardos y anécdotas de D.L. Moody), escrito por John Lobb:

> La madre del deficiente
>
> Conozco a una mujer que tiene un niño deficiente por el cual renunció a toda compañía —a casi todo— y le dedicó su vida entera. «Y ahora, después de catorce años atendiéndole y amándole —decía esa mujer—, ni siquiera me conoce; ¡me está partiendo el corazón!». ¡Oh, cómo debe decir lo mismo el Señor de cientos de personas que se encuentran aquí! Jesús viene y pasa de asiento en asiento preguntando si hay un sitio para él. ¿No le harán lugar algunos de ustedes en sus corazones?
>
> El cirujano y el enfermo
>
> Cuando estuve el Belfast conocí a un médico el cual tenía un amigo que era un famoso cirujano de allí, y me contó que este solía decirle al enfermo antes de practicar cualquier operación: «Eche un buen vistazo a la herida y luego fije sus ojos en mí, y nos los aparte hasta que haya terminado la intervención». En aquel tiempo pensé que ese era un buen ejemplo: Pecador, echa una buena mirada a tu herida en esta noche; y luego fija tus ojos en Cristo y no los apartes de él. Es mejor mirar al remedio que a la herida.
>
> La oración del huérfano
>
> A una niñita cuyos padres habían muerto la llevaron con otra familia. La primera noche preguntó si podía orar como solía hacerlo. Le respondieron que naturalmente que sí. Así que la niña se arrodilló y oró como su madre la había enseñado; pero al acabar añadió una pequeña oración personal: «Oh Dios, haz que estas personas sean tan buenas conmigo como lo eran papá y mamá». Seguidamente se detuvo y, mirando arriba como si esperase la respuesta, añadió: «Claro que lo hará». ¡Cuán dulcemente sencilla era la fe de la pequeña! Ella esperaba que Dios «lo hiciera» y, naturalmente, obtuvo lo que pedía.
>
> El pase de lista
>
> Durante nuestra última guerra un soldado estaba en su lecho de muerte y le oyeron decir: «¡Presente!». Le preguntaron qué era lo que quería; y él levantó la mano y dijo: «¡Silencio! En el Cielo están pasando lista y estoy contestando a mi nombre». Seguidamente susurró: «¡Presente!», y falleció.
>
> Sin casa más allá de la tumba
>
> Me han contado que cierto hombre rico ha muerto hace poco. La muerte le llegó por sorpresa, como casi siempre sucede, y el hombre hizo venir a su abogado para redactar su testamento. Luego siguió dejando en herencia sus propiedades, y cuando llegó a su esposa y a su hija dijo que quería que se quedaran con la casa. Pero la niña no sabía lo que era la muerte; y como estaba en pie cerca de él, le dijo: «¿Papá tienes una casa en esa tierra adonde vas?» La flecha le alcanzó el corazón; pero ya era demasiado

tarde, y el hombre se dio cuenta entonces de su error: no tenía casa más allá de la tumba.

No les cansaré más. Ustedes pueden hacer sin peligro aquello que los más útiles de los hombres hicieron antes que ustedes. Imítenlos, no solo en el uso de los ejemplos, sino en su sabiduría de mantener los mismos al servicio de su propósito. No eran narradores de historias, sino predicadores del evangelio; y su meta no consistía en entretener a la gente, sino en que esta se convirtiera. Jamás hicieron grandes esfuerzos por incorporar alguna porción llamativa que hubieran estado guardando para exhibirla, ni nadie podía decir de sus ejemplos que fueran…

Ventanas que no dejan pasar la luz,
ni pasadizos que no llevan a ningún sitio.

Guarden la debida proporción de las cosas, no sea que mi trabajo se pierda o —peor aún— que constituya la causa de que presenten a la gente una ristra de anécdotas en vez de suministrarles sana doctrina. Porque eso sería tan malo como ofrecer flores en vez de pan a hombres hambrientos, o gasa delicada en lugar de paño de lana al desnudo.

Discurso 3

Usos de las anécdotas y los ejemplos

Las anécdotas y los ejemplos tienen múltiples usos, pero para nuestro propósito actual los dejaremos en siete, sin imaginar ni por un momento que esta sea una lista completa.

Primeramente, los empleamos *para interesar a nuestros oyentes y asegurarnos su atención*. No podemos soportar a un auditorio somnoliento: para nosotros, un hombre adormecido no es un hombre. Sydney Smith comentaba que, aunque Dios sacó a Eva del costado de Adán mientras este dormía, no es posible extirpar el pecado de los corazones de los hombres en ese estado. No estamos de acuerdo con Hodge —el cercador y cavador de zanjas—, quien comentó a un cristiano con el que estaba hablando:

—Me gusta el domingo; de veras, me gusta.

—¿Y por qué le gusta el domingo? —preguntó el otro.

—Bueno, es un día de reposo, ¿entiende? Llego a la vieja iglesia, me siento en un banco, pongo las piernas en alto y no pienso en nada.

Me temo que este «no pensar en nada» resulte algo muy habitual, tanto en las ciudades como en el campo. Pero tu consideración hacia ese santo día, y hacia el ministerio al que estás llamado y la asamblea reunida para el culto, no te permitirán que des a tu congregación la oportunidad de no pensar en nada: debes despertar todas sus facultades a fin de que reciban la Palabra de Dios, para que esta pueda suponerles una bendición.

Debemos conseguir la atención del auditorio desde el comienzo del culto, y retenerla hasta que este acabe. Para conseguirlo, se pueden intentar muchos métodos, pero probablemente ninguno mejor que el introducir algún relato interesante. Esto hace que Hodge escuche; y aunque eche de menos el aire fresco de los campos y comience a sentirse adormecido en nuestra mal ventilada capilla, otra historia le estimulará a renovar la atención. Si oye algún relato relacionado con su pueblo o su provincia, le habremos «ganado» y podemos albergar la esperanza de hacerle algún bien.

La anécdota dentro del sermón responde al mismo propósito que los grabados en los libros: todo el mundo sabe que la gente se siente atraída por los volúmenes con ilustraciones, así como que, cuando a un niño se le da un libro, aunque pase completamente por alto el texto impreso, seguro que se detendrá ante las láminas. No nos consideremos tan importantes como para no utilizar un método que muchos han encontrado provechoso. Necesitamos la atención de la gente, y en algunas asambleas no podemos obtenerla si comenzamos con instrucción sólida: como no están deseosos de que se les enseñe, no se hallan en condiciones de recibir la verdad si se la presentamos desnuda. Pongamos, pues, un ramo de flores para atraer a la gente a nuestra mesa, que luego la podremos alimentar con esa comida que tanto necesitan.

Al igual que el Ejército de Salvación pasa por las calles tocando la trompeta y el tambor para atraer a las personas a sus barracones, un hombre fervoroso, cuando la congregación no está preparada, tal vez tenga que dedicar los primeros minutos a llevarla al lugar deseado e incitarla a entrar en el

aposento interno de la verdad.

Aun este preludio despabilador debe contener algo que sea digno de la ocasión; pero si el mismo no está a la altura de la solidez habitual de tu doctrina, esto no solo tiene que excusarse, sino hasta encomiarse, con tal de que prepare al auditorio para recibir aquello que viene a continuación. La carnada esparcida que se hunde en el agua tal vez no atrape ningún pez, pero cumple su propósito si hace que la pesca se acerque al cebo y al anzuelo.

Una congregación bien instruida e integrada principalmente por creyentes establecidos en la fe, no necesita que se le hable de la misma forma que a un auditorio recién reunido del mundo o una asamblea de feligreses formales y aburridos. Tu sentido común te enseñará a adecuar tu comportamiento a los oyentes que tengas.

Es posible mantener una atención profunda y de larga duración sin la utilización de ejemplos. Yo lo he hechos muchas veces en el Tabernáculo, cuando llenaban el mismo principalmente los miembros de la iglesia; pero si falta mi propia congregación y son extraños quienes ocupan sus asientos, echo mano de todos los relatos, símiles y parábolas que tengo almacenados.

A veces he contado algunas anécdotas mientras predicaba, y ciertas personas muy delicadas y particulares han expresado su pesar y su horror por el hecho de que hubiera dicho tales cosas. Pero al descubrir que Dios ha bendecido algunos de los ejemplos utilizados, he pensado a menudo en esa historia del hombre con la alabarda a quien atacó el perro de un noble, y que, naturalmente, mató al animal en defensa propia. El noble en cuestión se enfureció mucho y le preguntó cómo se había atrevido a matar a su perro; a lo que el otro respondió que, de no haberlo hecho, este le habría mordido y despedazado.

—Muy bien —dijo el noble—, pero no deberías haberle golpeado en la cabeza con la alabarda; ¿por qué no le pegaste con el asta?

—Mi señor —replicó el hombre—, lo hubiera hecho si él hubiese tratado de morderme con la cola.

De modo que cuando tengo que habérmelas con el pecado y alguna gente me dice: «¿Por qué no lo confronta con delicadeza?, ¿por qué no se dirige al mismo en lenguaje cortés?», yo les respondo: «Lo haría si él me fuera a morder con la cola; pero mientras vea que me trata con rudeza, yo haré lo propio con él, y no me parecerá inadecuado echar mano de cualquier clase de arma capaz de ayudarme a matar al monstruo».

En estos tiempos no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar oportunidad alguna de obtener la atención del público. Debemos utilizar todas las ocasiones que se nos presenten y cualquier herramienta susceptible de ayudarnos en nuestro trabajo; y hemos de despertar todas nuestras facultades y aplicar toda nuestra energía para que, de algún modo, logremos que la gente oiga aquello que es tan lenta en considerar: la magnífica historia de la justicia, el dominio propio y el juicio venidero. Tendremos que leer mucho y estudiar con tesón; de otro modo no seremos capaces de influir para bien en nuestra generación y en nuestra época. Creo que la formación de un predicador totalmente eficiente precisa de la mayor laboriosidad, y también de la mejor pericia; y tengo la firme convicción de que, cuando posees la mejor habilidad natural, debes complementarla con la mayor diligencia imaginable, a fin de ser verdaderamente útil para Dios en medio de esta generación maligna y perversa.

El tonto que en Escocia se subió al púlpito antes de que el predicador llegase, respondió lo siguiente cuando el ministro le pidió que bajara de allí: «Nada de eso; suba usted también, porque se necesitará que seamos dos para conmover a esta generación de dura cerviz». Ciertamente se requiere toda la sabiduría que podamos reunir para inquietar a la gente entre la cual nos ha tocado servir; y si no utilizamos cada uno de los medios legítimos disponibles con el objeto de interesar a nuestros oyentes, estos serán simplemente como esa otra congregación en la que todo el mundo estaba dormido salvo un pobre deficiente. El ministro los despertó y trató de censurarles, diciendo: «Vaya, todos ustedes estaban dormidos aparte del pobre Jock, el deficiente». Pero este último frenó en seco la reprensión, afirmando: «Y si yo no hubiera sido un deficiente habría estado también dormido».

Les dejaré a ustedes la moraleja de esta bien conocida historia y pasaré a mi segundo punto: la utilización de anécdotas y ejemplos *hace que nuestra predicación sea más viva y realista*. Esta es una cuestión de la mayor importancia. De entre todas las cosas que debemos evitar, una de las más esenciales es dar la idea a nuestra congregación de que cuando predicamos estamos interpretando un papel. Detesto con toda el alma cualquier aspecto teatral en el púlpito: ya sea en relación con el tono, los ademanes, etc. Entren en el púlpito y hablen a la gente exactamente como lo harían en la cocina, o en el salón, y díganles lo que tienen que decirles con su tono de voz habitual. Permítanme conjurarlos, por todo lo bueno, a que desechen cualquier estilo pomposo en el hablar y todo cuanto se aproxime a la afectación. Nada tendrá éxito con las masas salvo la naturalidad y la sencillez. ¡Pero si algunos ministros son incapaces siquiera de anunciar un himno de manera natural! «Canteeemos para la alabaaanza y la gloooria de Dios» [hablado con el tono que a veces se oye en iglesias y capillas]. ¿Quién pensaría en hablar así tomando el té? «Le estaaaría sumamente reconociiido si tuviera la amabilidad de daarme otra taaza de teé…» [hablado de la misma manera antinatural]. ¡Jamás se te ocurriría darle té que valga a un hombre que hablase de esa manera! Y si predicamos en ese estúpido estilo, la gente no creerá lo que decimos, sino que pensará que estamos ocupados en nuestro negocio, nuestro oficio, y que lo estamos haciendo todo de manera profesional. Debemos sacudirnos cualquier profesionalismo del tipo que sea, como Pablo se sacudió la víbora en el fuego, y hemos de hablar como Dios ha ordenado que hablemos: no siguiendo algún método homilético extraño, insólito o novedoso.

La enseñanza de nuestro Señor era asombrosamente natural y animada, y consistía en presentar la verdad a las personas, no como en un cuadro plano, sino como en un estereoscopio: haciéndola aparecer con todos sus ángulos y líneas de belleza tan reales como la vida misma. ¡Qué buen sermón viviente fue aquel en que tomó a un niñito y lo puso en medio de los discípulos! ¡Y qué poderoso mensaje ese otro que predicó acerca de abstenerse de los afanes y, agachándose luego, arrancó un lirio (supongo que lo hizo) y expresó: «Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan»! Y puedo imaginarme que había algunos cuervos volando justo por encima de su cabeza y, señalándolos, dijo: «Considerad los cuervos, que no siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta». En los sermones del Señor —ven ustedes— había un realismo, una vivacidad…

Nosotros no siempre podemos imitar literalmente a nuestro Señor, porque la mayoría de las veces tenemos que predicar en lugares de culto. Es una bendición contar con tantas casas de oración, y doy

gracias a Dios de que estén surgiendo tantas otras a nuestro alrededor; sin embargo, alabaría aún más al Señor si a la mitad de los ministros que predican en nuestros diversos edificios se les hiciera renunciar a ellos y se vieran obligados a hablar en nombre de su Señor por los caminos y los senderos, y en cualquier sitio adonde la gente fuese a escucharlos. Tenemos que ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura, no quedarnos quietos en nuestras capillas esperando que toda criatura entre a escuchar nuestro mensaje. Un cazador que permaneciese en el salón de su casa con la escopeta cargada y lista para disparar a las perdices, probablemente no llenaría mucho su morral. No, tiene que ponerse las botas altas y salir a caminar por el campo; entonces podrá disparar a las aves que está buscando. Así también debemos hacer nosotros, queridos hermanos: hemos de tener siempre las botas a mano para el trabajo de campo, y estar atentos en todo momento a las oportunidades que puedan presentarse de salir en medio de las almas de los hombres para conseguirlas como trofeos del poder del evangelio que predicamos.

Tal vez no sea prudente que intentemos hacer nuestros sermones tan realistas y vivos como el pintoresco Matthew Wilks los hacía en ocasiones. Un día de reposo por la mañana llevó al púlpito una cajita y, después de un rato, la abrió y mostró a la congregación una pequeña balanza de dos platillos; seguidamente, volviendo las hojas de la Biblia muy deliberadamente, levantó la balanza y anunció el texto que había escogido: «Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto». Creo, sin embargo, que aquello resultó más pueril que eficaz. Me gusta más Wilks cuando, en otra ocasión, habiendo escogido el versículo que dice: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis», comenzó expresando lo siguiente. «¿Han visto alguna vez a un gato andando por encima de una pared elevada cubierta de trozos de vidrio procedentes de botellas rotas? Si lo han visto, tienen un ejemplo preciso de lo que significa la amonestación: 'Mirad, pues, con diligencia cómo andéis'».

También tenemos el caso del buen «padre Taylor» quien, predicando en las calles de una de las ciudades de California, se subió encima de un barril de güisqui y, para poner un ejemplo, dio un pisotón en la cuba y dijo: «Este barril es como el corazón del hombre, lleno de perversidad; y hay quien dice que si el pecado está en ti puede también salir afuera. No —añadió el orador—, eso no es así. Aquí tenemos este güisqui que está dentro del barril bajo mis pies: se trata de una cosa mala, infame, diabólica, pero siempre que se mantenga encerrada en esta cuba, no hará tanto daño como si se llevara a la taberna y se vendiera a los borrachos del vecindario, enviándolos luego a casa para apalear a sus esposas o matar a sus hijos. De manera que, si mantienen ustedes sus pecados dentro de su propio corazón, estos serán perversos y diabólicos —y Dios los condenará por ellos— pero, en todo caso, no harán tanto daño a otras personas como si se exhiben en público». Luego, dando otra vez un pisotón en el barril, dijo: «Suponte que intentas sacar esta cuba del país, y que el funcionario de aduanas viene y te pide el impuesto por lo que contiene. Entonces tú le dices que no dejarás que nada del güisqui salga del barril; pero el funcionario te responde que no puede dejar que pase. De modo que, aunque fuera posible para nosotros abstenernos de exteriorizar el pecado, no obstante, puesto que el corazón está lleno de toda clase de perversidad, nos resultaría imposible pasar la frontera del Cielo y ser hallados en ese santo y feliz lugar». A esto llamo yo un ejemplo realista y una forma magistral de enseñar la verdad; aunque no siempre me gustaría tener un barril de güisqui como púlpito, por temor a caerme de cabeza dentro del mismo.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

No aconsejo a ninguno de ustedes que sea tan realista en su ministerio como aquel insigne sacerdote francés que, hablando a su congregación, dijo: «En cuanto a las 'Magdalenas' y aquellos que cometen pecados de la carne, tales personas son muy corrientes y abundan aun en esta iglesia. Voy a lanzar este misal a una mujer que es una 'Magdalena'». Al oír esto todas las mujeres presentes inclinaron sus cabezas. Así que el sacerdote añadió: «No, ciertamente, todas ustedes no son Magdalenas —no pensaba que ese pudiera ser el caso—, ¡pero ya ven como sus pecados las delatan!».

Tampoco les recomendaría que siguieran el ejemplo del clérigo que, cuando se iba a hacer una colecta para alumbrar y calentar la iglesia, después de haber estado predicando durante algún tiempo, sopló las velas de ambos lados del púlpito, diciendo que la ofrenda era para las luces y los fuegos, y que él no necesitaba luz alguna porque no leía sus sermones. «Pero —añadió— cuando Roger anuncie ahora el Salmo, necesitarán ustedes una luz para ver sus libros; de modo que las velas son para ustedes mismos. Y en cuanto a la estufa, yo no necesito su calor, porque mi ejercicio al predicar me basta para mantenerme caliente; de modo que, como ven, la colecta es enteramente para ustedes en esta ocasión. Nadie puede decir que el clero pide ahora para sí mismo; ya que este domingo la ofrenda va destinada a ustedes». Yo pensé que el hombre era un necio haciendo esos comentarios, aunque he visto que su conducta se ha citado como un muy excelente ejemplo de osadía en la predicación.

Se cuenta una historia acerca de mí mismo la cual, como muchos de los relatos que se refieren a mí, es una *historia* en dos sentidos. Se dice que, para indicar la forma en que reinciden los hombres, en cierta ocasión me deslice por la balaustrada del púlpito. Lo menciono solo de pasada, porque es un hecho notable que cuando se contó la historia yo tenía un púlpito fijado en el muro y sin barandilla; de modo que el reverendo estúpido (que hubiera sido caso de haber hecho lo que la gente contaba) no pudo realizar aquella bufonada, aunque se hubiese sentido inclinado a intentarla. Pero esta anécdota, aunque no es cierta, sirve para destacar el realismo que he estado describiendo.

Probablemente recuerden ustedes la ocasión en que Whitefield estaba describiendo al hombre ciego caminando con su perro por el borde de un precipicio cuando su pie casi resbaló sobre el límite. La descripción del predicador fue tan gráfica, y el ejemplo tan vivo y realista, que Lord Chesterfield se puso en pie de un salto y exclamó: «¡Dios mío, se ha caído!». A lo que Whitefield respondió: «No, mi señor, no se ha caído del todo; confiemos en que aún pueda ser salvo». Y siguió hablando del ciego como de un hombre guiado solamente por su razón —la cual es simplemente como un perro—, e indicando que quien se guía por la razón está listo para caer en el Infierno.

¡Y qué gráficamente podemos ver el amor al dinero representado en el relato que contaba nuestro venerable amigo, el Sr. Rogers! Se trataba de un hombre que, en su lecho de muerte, se metió su oro en la boca, hasta tal punto lo amaba y quería llevarse consigo parte del mismo. Sin embargo, cuán eficazmente se nos presenta la inutilidad de las riquezas del mundo, como consuelo en nuestros últimos días, con el relato en que el buen Jeremiah Burroughes habla de un avaro que hizo que le pusieran sus bolsas de dinero al alcance de la mano mientras moría, y no hacía sino levantarlas y decir: «¿Tengo que dejarte? ¿Tengo que dejarte? ¿He vivido todos estos años para ti y ahora tengo que dejarte?». Y así murió.

Hay una historia que se cuenta de otro que sufría muchos dolores en su muerte: especialmente el dolor de una conciencia turbada. Este también hizo que le trajeran sus bolsas de dinero, una por una,

con sus hipotecas, bonos y títulos de propiedad, y poniéndolos cerca de su corazón suspiraba y decía: «Estas cosas no servirán; no servirán; no servirán. ¡Llévenselas! ¡De qué poco valen todas ellas cuando más consuelo necesito en la hora de mi muerte!»

Con cuánta claridad se hace resaltar el amor a Cristo en el relato de John Lambert, atado a la estaca y muriendo quemado mientras batía las manos en la hoguera y clamaba: «¡Nadie sino Cristo! ¡Nadie sino Cristo!»; hasta que sus extremidades inferiores se carbonizaron y se desplomó de las cadenas al fuego, gritando aún en medio de las llamas: «¡Nadie sino Cristo! ¡Nadie sino Cristo!». ¡Qué nítidamente se nos presenta la verdad cuando oímos relatos como ese! Podemos comprenderla casi tan bien como si el incidente se produjera delante de nuestros ojos.

¡Qué bien puedes comprender la insensatez de los malentendidos entre cristianos en el relato del Sr. Jay acerca de los dos hombres que iban andando en sentidos opuestos en una noche de niebla! Cada uno de ellos creía ver un terrible monstruo avanzando en su dirección, y su corazón palpitaba de terror. Sin embargo, al acercarse el uno al otro, descubrieron que aquellos monstruos espantosos no eran, en realidad, sino hermanos. Así, también, los cristianos de diferentes denominaciones tienen a menudo miedo unos de otros; pero cuando se acercan entre sí y conocen los corazones unos de otros descubren que después de todo son hermanos.

La historia del esclavo negro y su señor ilustra bien la necesidad de empezar por el principio en las cosas espirituales, y no enredarse con los temas más profundos de nuestra santa religión hasta que hemos aprendido concienzudamente sus rudimentos. Un pobre esclavo negro se estaba esforzando mucho para llevar a su señor a una comprensión de la verdad, y le instaba a ejercer la fe en Cristo; mientras el otro se excusaba por no ser capaz de entender la doctrina de la elección. «¡Ay, mi amo! —dijo el esclavo— ¿No sabe usted lo que viene antes de la Epístola a los Romanos? Debe leer el Libro como es debido: la doctrina de la elección está en Romanos; pero primero vienen Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Usted aún está en Mateo, que trata del arrepentimiento, y cuando llegue a Juan leerá lo que dijo el Señor Jesús respecto a que de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna». De modo que, hermanos, pueden ustedes decir a sus oyentes: «Será mejor que lean primero los cuatro Evangelios y no comiencen por Romanos; empiecen estudiando Mateo, Marcos, Lucas y Juan y, luego, pueden pasar a las Epístolas».

Pero no debo seguir dándoles ejemplos, ya que muchos de ellos les surgirán por sí mismos. Les he propuesto bastantes como para mostrar que, ciertamente, hacen nuestra predicación más viva y realista; por tanto, cuantos más tengan, mejor. Y al mismo tiempo, caballeros, he de advertirles contra el peligro de introducir demasiadas anécdotas en un solo sermón. Tal vez has de poner un plato de ensalada en la mesa; pero si invitas a cenar a tus amigos y les das solamente ensalada, no saldrán muy contentos ni querrán volver a tu casa.

En tercer lugar, se pueden utilizar las anécdotas y los ejemplos *para explicar doctrinas o deberes a los tardos de comprensión*. De hecho, esa puede ser la forma de exposición más idónea. Un predicador debería aclarar, ilustrar y ejemplificar el tema que ha escogido, para que sus oyentes puedan familiarizarse de veras con el material que les está presentando. Si alguien intentase darme una

descripción de una pieza de maquinaria, probablemente fracasaría en hacerme comprender cómo es; pero si tuviera la amabilidad de permitirme ver un dibujo de las diferentes secciones de la misma y luego otro de la máquina entera, de alguna forma —por las buenas o por las malas— entendería cómo funciona. La representación gráfica de las cosas es siempre un medio de instrucción mucho más eficaz que pudiera serlo cualquier descripción verbal de las mismas. Por eso las anécdotas y los ejemplos resultan tan útiles para nuestros oyentes.

Piensa, por ejemplo, en esta anécdota para ilustrar el versículo: «Tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto». Un niñito solía subir a un pajar para hacer sus oraciones; pero sucedía que, algunas veces, otras personas subían también y le molestaban; por tanto, tomó la decisión de subir la escalera tras de sí cada vez que se encaramaba al pajar. Contando esta historia podemos explicar cómo aquel niño entraba en su aposento y cerraba la puerta del mismo. El significado no es tanto una entrada literal en determinado aposento, o el cierre de la puerta, sino más bien el apartarse de las fuentes terrenas de distracción: retirando la escalera detrás de nosotros, y excluyendo cualquier cosa que pudiera interferir en nuestras oraciones secretas. Me gustaría que, cuando nos retiramos para orar en secreto, pudiéramos a continuación quitar siempre la escalera; pero hay muchas cosas que intentan trepar por la misma. El propio diablo subirá para molestarnos, si puede, y a él no le hace falta ninguna escalera para entra en el pajar.

¡Qué magistral exposición del quinto mandamiento fue aquella que hizo el cabo Trim cuando le preguntaron qué entendía él por honrar a su padre y a su madre! «Permítame, señoría —respondió—: Significa asignarles un chelín de mi paga a la semana cuando se hagan mayores». Esa fue una explicación admirable del significado del texto.

Luego, si estás intentando mostrar que hemos de ser hacedores de la Palabra y no solamente oidores, está el relato de la mujer que, cuando el ministro le preguntó qué había dicho el domingo anterior en la predicación, ella respondió que no recordaba el sermón, pero que el mismo había tocado su conciencia, ya que cuando llegó a casa quemó su recipiente para medir el grano porque estaba corto de medida. Y hay otra historia que vale también para demostrar que el evangelio puede ser útil hasta para aquellos oyentes que olvidan lo que han oído…

El lunes, a una mujer la visita su pastor y la encuentra lavando lana en un colador, mientras sujeta el mismo bajo la bomba de agua. Y el pastor le pregunta:

—¿Qué le parecieron los mensajes del día de reposo pasado? (ella responde que le hicieron mucho bien). ¿De qué texto se trataba? (no lo recuerda). ¿Y el tema…?

—¡Ay, pastor, se me ha ido por completo! —responde la pobre mujer.

¿Recuerda acaso alguno de los comentarios que hizo? No, todo se le ha olvidado.

—Bueno, Mary —dice el ministro—, entonces no ha podido hacerle mucho bien.

¡Pero sí que se lo hizo! Y la mujer se lo explica, diciendo:

—Le contaré cómo ha sido… Puse esta lana en el colador debajo de la bomba de agua, y bombeé sobre la misma; de este modo, toda el agua se escurre por el colador y, sin embargo, lava la lana. Así sucede con sus sermones: me entran en el corazón, y luego se escapan a través de mi mala memoria (que es como un colador), pero me dejan limpia.

Puedes hablar durante largo rato acerca del poder limpiador y santificador de la Palabra y no

causar tanta impresión en tus oyentes como lo haría este simple relato.

¿O qué mejor exposición del texto «Llorad con los que lloran» puedes obtener que esta bonita anécdota? «Mamá —dijo la pequeña Annie—, no puedo comprender por qué a la pobre viuda Brown le gusta que vaya a verla. Dice que la consuelo; pero, mamá, yo soy incapaz de decir alguna cosa para consolarla. Tan pronto como empieza a llorar, yo le echo los brazos al cuello y lloro también, y ella dice que eso la consuela». Y ciertamente que lo hacía. Esa es la esencia misma del consuelo: la compasión, el sentimiento compartido que movía a la pequeña a unirse a las lágrimas de la viuda.

El Sr. Hervey ejemplifica de la siguiente manera la gran verdad de que el pecado presenta un aspecto muy diferente a los ojos de Dios del que tiene a los ojos humanos. Dice que podemos tomar un pequeño insecto y hacerle un pinchazo tan diminuto, con la más pequeña de las agujas, que apenas se vea con el ojo desnudo; sin embargo, cuando lo miras a través de un microscopio, ves una enorme raja por la que fluye un río escarlata, la cual hace que la criatura parezca haber sido golpeada con el hacha que mató al buey. Si no vemos las cosas correctamente, es debido a un defecto en nuestra visión; sin embargo, el microscopio las revela realmente como son. Así puedes explicarles a tus oyentes como el ojo microscópico de Dios ve el verdadero aspecto de las cosas.

Supón que quieres destacar el carácter de Caleb, quien siguió fielmente al Señor: sería de gran ayuda para muchos de tu congregación si dijeras que el nombre de Caleb significa «perro», y luego les mostraras la manera como un perro sigue a su amo. Aun cuando su dueño vaya montado a caballo, cabalgando por los embarrados caminos, el animal se mantiene tan cerca de él como le es posible, sin importarle cuánto barro y polvo le salpiquen, y no prestando atención a las coces que pudiera recibir de los cascos del caballo. Así también deberíamos seguir nosotros al Señor.

Si deseas ejemplificar la brevedad del tiempo, podrías introducir a la pobre costurera, con su pequeña vela, dando puntadas sin cesar para terminar su trabajo antes de que se le apague la luz.

A muchos predicadores les resulta tremendamente difícil conseguir metáforas apropiadas para representar la fe sencilla en el Señor Jesucristo. Hay, sin embargo, una magistral anécdota acerca de un deficiente mental a quien el pastor, tratando de instruirle, le preguntó si tenía alma; y para la total consternación de su bondadoso maestro, él respondió: «No, no tengo alma». El predicador dijo entonces que estaba muy sorprendido de que, después de tantos años de enseñanza, no supiera responder mejor; pero el pobre hombre se explicó de esta manera: «En otro tiempo tenía un alma, pero la perdí; luego, llegó Jesucristo y la encontró, y ahora le dejo a él que la guarde, porque es suya. Ya no me pertenece a mí». Esta es una buena presentación de la salvación mediante la simple fe en la sustitución efectuada por el Señor Jesucristo, y el niño más pequeño de la congregación sería capaz de comprenderla por medio del relato del pobre deficiente.

En cuarto lugar, *las anécdotas y los ejemplos tienen una especie de razonamiento implícito* que resulta muy claro para las mentes ilógicas; y muchos de nuestros oyentes, por desgracia, tienen esa clase de mente, pero pueden comprender los ejemplos ilustrativos y los hechos testarudos. Las anécdotas veraces son hechos, y los hechos son cosas muy tozudas. Como sabemos por la filosofía inductiva, los ejemplos, cuando se multiplican lo suficiente, establecen una proposición. Tal vez dos ejemplos no lo hagan, pero veinte pueden demostrarla. Tomemos, por ejemplo, esa cuestión tan importante de la

respuesta a la oración: es posible demostrar que Dios responde las oraciones citando una anécdota tras otra, que sabes que son verdad, de ejemplos en los que él realmente oyó y dio respuesta a la oración. Piensa en ese librito magistral del Sr. Prime, *Power of Prayer* (El poder de la oración). Ahí tenemos, pienso yo, la verdad acerca de esta cuestión, demostrada tan claramente como podría hacerlo cualquier postulado de Euclides. Creo que, si se pudieran ejemplificar ese número de hechos en relación con cualquier tema referente a la geología o la astronomía, el asunto se consideraría zanjado. El autor presenta tan abundante cantidad de pruebas de que Dios ha oído la oración que hasta aquellos que rechazan la inspiración deberían, al menos, reconocer que se trata de un fenómeno maravilloso, imposible de explicar de ninguna otra manera aparte de la que proclama que hay un Dios sentado en el Cielo y que honra el clamor de su pueblo sobre la tierra.

He oído hablar de algunas personas que han tenido objeciones en cuanto a trabajar por la conversión de sus hijos sobre la base de que Dios salvaría a los suyos sin ningún esfuerzo por nuestra parte. Recuerdo haber hecho respingar a un hombre que sostenía esta opinión, contándole acerca de un padre que no estaba dispuesto a enseñar a su hijo a orar, o ni siquiera a que se le instruyera respecto al significado de la oración. Pensaba que hacerlo sería un error, y que ese trabajo debería dejársele al Espíritu Santo de Dios. Luego, el muchacho se cayó y se fracturó una pierna, y hubo que amputársela; durante todo el tiempo mientras el cirujano se la cortaba, el muchacho estuvo maldiciendo y blasfemando de la forma más horrible. Entonces el buen cirujano le dijo al padre: «Ya ve, usted no quería enseñar a su hijo a orar, pero obviamente el diablo no ha tenido objeción en enseñarle a maldecir». Eso es lo malévolo del caso: si no intentamos atraer a nuestros hijos a Cristo lo mejor que sabemos, hay otro que hará lo peor que sabe para arrastrarlos al Infierno.

Una madre le dijo en cierta ocasión a su hijo, enfermo y cercano a la muerte, que se hallaba en un terrible estado de ánimo:

—Hijo, cuánto siento que padezcas tanto; estoy segura de que jamás te enseñé nada que te lastimase.

—No madre —respondió el muchacho—, pero tampoco me enseñaste nada que me hiciera bien; así que había bastante sitio para que toda clase de males entraran en mí.

Todos estos relatos serán para mucha gente los mejores argumentos que puedas jamás emplear con ella: le proporcionas hechos, y estos hechos alcanzan su conciencia aun cuando la misma se halle enterrada en varios centímetros de encallecimiento.

No conozco ningún razonamiento que pueda explicar la necesidad de sumisión a la voluntad de Dios mejor que relatar la historia que nos proporciona el Sr. Gilpin, en su *Life* (Biografía), acerca de la mujer cuyo hijo estaba muy enfermo y que le llamó para que orase con ella. El buen hombre estaba pidiéndole a Dios que, si era su voluntad, restaurase al pequeño a la vida y a la salud, cuando la madre le interrumpió diciendo:

—No puedo estar de acuerdo con una oración así. No me es posible expresarlo de ese modo: tiene que ser la voluntad de Dios restaurarlo. No podría soportar que mi hijo muriera; ore para que viva, ya sea o no la voluntad de Dios.

—Mujer —respondió él—, no puedo hacer esa oración, pero está contestada: su hijo se recuperará, pero llegará el día cuando usted lamentará haber hecho esta petición.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Veinte años más tarde, se llevaban a una mujer desmayada de debajo de una trampilla en Tyburn, porque su hijo había vivido lo bastante como para acabar en la horca por sus crímenes. Dios había oído y contestado la oración perversa de su madre.

Así que, si deseas demostrar el poder del evangelio no sigas derrochando palabras sin propósito, sino cuenta acerca de casos que hayas conocido y que ejemplifican la verdad que estás defendiendo, porque esas anécdotas convencerán a tus oyentes mejor que pueda hacerlo ningún otro tipo de razonamiento. Pienso que la cosa está bastante clara para todos ustedes.

Las anécdotas también son útiles porque a menudo apelan con mucha fuerza a la naturaleza humana. Para reprender a aquellos que profanan el día de reposo, cuenten la historia del caballero que tenía siete soberanos[1] y se encontró con un pobre hombre al que le dio seis de aquellos siete, y luego el muy miserable se volvió y le robó el séptimo. ¡Con qué claridad representa esto la ingratitud de nuestra raza pecadora al privar a Dios de ese único día, de cada siete, que él ha apartado para su propio servicio!

También la siguiente historia apela a nuestra naturaleza. Dos o tres muchachos se acercan a uno de sus compañeros y le dicen:

—Vamos a tomar algunas cerezas del huerto de tu padre.

—No —les responde él—, yo no puedo robar, y mi padre no quiere que se coman esas cerezas.

—¡Bah, pero tu padre es muy bueno y nunca te pega!

—Sí, sé que es así —responde el muchacho—, y por esa misma razón no querría robarle sus cerezas.

Eso enseñaría que la gracia y la bondad de Dios no conducen a sus hijos al libertinaje, sino que, por el contrario, los refrenan de pecar.

Este otro relato también apela a la naturaleza humana y muestra que no siempre hay que depender de los padres de la Iglesia como fuente de autoridad. Cierto noble había oído hablar de un hombre muy viejo que vivía en determinado pueblo, al cual fue a buscar y encontró, averiguando que contaba 70 años de edad. Estaba hablando con él, suponiéndole el más anciano del lugar, cuando el hombre dijo:

—¡Oh no, señor, yo no soy el más viejo! No soy el padre del pueblo; hay otro más viejo que yo: mi padre, el cual vive aún.

Así he oído de algunos que han dicho que se apartaron de «los padres» de la Iglesia para confiar en los padres muy antiguos; es decir, de los llamados habitualmente «los padres postapostólicos», para volverse a los apóstoles, que son los verdaderos padres y abuelos de la Iglesia cristiana.

Algunas veces, la fuerza de las anécdotas reside en que apelan al sentido del ridículo. Aquí, naturalmente, tengo que ser muy prudente: ya que existe una especie de tradición de los «padres» según la cual no está bien reírse en domingo. El undécimo mandamiento es que hemos de amarnos unos a otros; y el duodécimo, según algunas personas, el que dice: «Pondrás la cara larga los domingos». He de confesar que prefiero oír reírse a la gente que verla dormida en la casa de Dios; y que prefiero inculcarle la verdad por medio del ridículo, que descuidarla o dejar que se pierda por falta de

[1] El soberano era una libra esterlina de oro. (N. T.).

haberla recibido. Creo en mi corazón que puede haber tanta santidad en una carcajada como en el llanto, y que a veces el reírse es la mejor de las dos opciones. Ya que puedo estar llorando y murmurando y quejándome al mismo tiempo, o pensando toda clase de cosas en contra de Dios; mientras que, por otro lado, me es posible lanzar una risotada sarcástica contra el pecado y dar muestras así de un santo fervor en la defensa de la verdad. No sé por qué deberíamos cederle el uso del ridículo a Satanás, como un arma que pueda emplear contra nosotros, y no utilizarlo nosotros mismos como un instrumento contra él. Me aventuraré a decir que la Reforma debía casi tanto al uso del sentido del ridículo en la naturaleza humana como a cualquier otra cosa, y que aquellos jocosos pasquines y caricaturas publicados por los amigos de Lutero contribuyeron más a abrirle los ojos a Alemania en cuanto a las abominaciones del clero que los más sólidos y pesados argumentos contra el romanismo. No sé de ninguna razón por la que no debamos, en las situaciones apropiadas, utilizar el mismo estilo de razonamiento. «Es un arma peligrosa —se nos dirá—, y muchos hombres se cortarán con ella los dedos». Bueno, eso depende de su propia vigilancia; pero no sé por qué deberíamos ser tan particulares acerca de que se corten los dedos cuando pueden, a la misma vez, cortarle el cuello al pecado y causar graves daños al gran enemigo de las almas.

He aquí un relato que no me importaría contar algún domingo para el beneficio de ciertas personas que son buenos oyendo sermones y asistiendo a reuniones de oración, pero muy malos en cuanto a trabajar. Jamás trabajan los domingos, porque tampoco trabajan ninguno de los días de la semana: olvidan esa parte del mandamiento que dice: «Seis días trabajarás»; la cual es tan obligatoria como la siguiente: «El séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna». A estas personas que nunca trabajan porque son tan espirituales, les contaría la historia de cierto monje que entró en un monasterio, pero no quería trabajar en los campos, ni en el huerto, ni haciendo ropa ni ninguna otra cosa, ya que —como le explicó al superior— era un monje con inclinaciones espirituales. Sin embargo, le resultó extraño que, al aproximarse la hora de la cena, no se le convocase al refectorio; de modo que fue a ver al prior y le dijo:

—¿Acaso los hermanos de aquí nunca comen? ¿Es que no van a cenar?

—Nosotros sí cenamos, porque somos carnales; pero como tú eres tan espiritual y no trabajas, tampoco necesitas comer, por eso no te hemos avisado. La regla de este monasterio es que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma.

Luego está ese interesante relato del niño al que le requisaron su Nuevo Testamento en Italia, y que preguntó al guardia de aduanas:

—¿Por qué me confisca ese libro? ¿Acaso es un libro malo?

—Sí —le contestó el otro.

—¿Está usted seguro de que ese libro es malo? —inquirió.

—Sí —fue la respuesta de nuevo.

—¿Entonces por qué no detiene al Autor del mismo, si se trata de un mal libro?

Ese fue un buen ejemplo de sarcasmo hacia aquellos que odiaban las Escrituras y, sin embargo, profesaban amar a Cristo.

Y he aquí otra buena historia de nuestro amigo el irlandés quien, cuando el sacerdote le preguntó qué autorizaba a un hombre ignorante como él a leer la Biblia, respondió: «Tengo un mandato para

ello; porque está escrito: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí».

Y el siguiente relato creo que no estaría fuera de lugar como una especie de argumento ridículo para mostrar el poder que el evangelio debería tener sobre la mente humana. El Dr. Moffat nos cuenta acerca de un tal Kaffir, que fue a verle cierto día diciendo que el Nuevo Testamento que el misionero le había regalado la semana anterior había estropeado a su perro. El hombre explicó que antes el animal era un excelente perro de presa, pero que había destrozado el Nuevo Testamento y se lo había comido, y ahora estaba bastante estropeado.

—No importa —le respondió el Dr. Moffat— le daré otro Nuevo Testamento.

—¡Oh —dijo el hombre—, no es eso lo que me preocupa! No me importa que el perro estropee el libro, porque puedo comprar uno nuevo, sino que el libro haya estropeado al perro.

—¿Y eso? —preguntó el misionero; y Kaffir le respondió:

—El perro ya no será de ninguna utilidad para mí, porque ha comido la Palabra de Dios y eso le hará amar a sus enemigos, así que no valdrá más para cazar.

El hombre suponía que ni siquiera un perro podía recibir el Nuevo Testamento sin que este endulzara su carácter. Eso es, ciertamente, lo que debería suceder con todos aquellos que se alimentan del evangelio de Cristo. Yo no dudaría en contar esa historia del Dr. Moffat y, naturalmente, la emplearía para explicar que, cuando un hombre ha recibido la verdad que está en Jesús, debería producirse un gran cambio en su persona, y jamás tendría que ser ya de ninguna utilidad para su viejo dueño.

Cuando los sacerdotes estaban intentando desviar a los nativos de Taití hacia el romanismo, tenían una buena gráfica que esperaban convencería a aquella gente de la excelencia de la iglesia de Roma. Había en la misma unos troncos de madera sin vida, ¿a quiénes dirían ustedes que representaban? Se trataba de los herejes, que estaban destinados al fuego. ¿Y quiénes eran las ramitas del árbol? Eran los fieles. ¿Y las ramas más grandes? Los sacerdotes. ¿Y las siguientes? Los cardenales. ¿Y a quién representaba el tronco del árbol? ¡Era el Papa! ¿Y la raíz? ¡La raíz era Jesucristo, naturalmente!

De modo que los pobres nativos dijeron: «Nosotros no sabemos nada acerca del tronco, ni de las ramas; pero contamos con la raíz, y pensamos aferrarnos a ella y no soltarla». Si tenemos la raíz, si tenemos a Cristo, podemos reírnos de las pretensiones y de los falsos conceptos de los hombres.

Estos relatos pueden hacernos reír, pero también son capaces de asestar un golpe al corazón mismo del error y quitarle la vida; por tanto, se pueden utilizar legítimamente como armas para pelear las batallas del Señor.

En quinto lugar, otra utilidad de las anécdotas y los ejemplos está en el hecho de que *ayudan a la memoria a retener la verdad*. Se cuenta la historia —aunque yo no garantizaría que fuera cierta— de cierto campesino al que alguien había convencido de que todos los londinenses eran ladrones. Por tanto, al llegar a Londres por vez primera, trató de asegurar su reloj metiéndoselo en el bolsillo del chaleco y cubriéndolo de anzuelos por todas partes. «Bueno —pensó—, si algún caballero intenta robarme el reloj se acordará de ello».

Cuenta el relato que, mientras andaba, quiso él mismo saber la hora que era, y se metió la mano en

el bolsillo olvidándose completamente de los anzuelos. El efecto que aquello le produjo es más fácil de imaginar que de describir. Ahora bien, yo creo que un sermón debería ser siempre como el bolsillo de aquel campesino —lleno de anzuelos—, para que si alguien entra a escucharlo se lleve alguna nomeolvides, algún recordatorio, pegado al oído o, a ser posible, en su corazón o su conciencia. Aunque entre al final del mensaje, que haya algo para concluir que le sorprenda y se le pegue. Así como cuando caminamos por los campos de nuestros amigos granjeros estamos seguros de que algunos abrojos se pegaran a nuestra ropa y, por mucho que los cepillemos, ciertas de esas reliquias del campo permanecerán en nuestros vestidos, así debería haber en cada sermón algunos erizos que se quedaran adheridos a quienes lo oyen.

¿Qué recuerdas mejor de los mensajes que escuchaste hace años? Me atrevería a decir que alguna anécdota que contó el predicador. Tal vez se trate de una frase expresiva; pero, más probablemente, de alguna historia sorprendente que se contó a lo largo del sermón. Un poco antes de morir, Rowland Hill estaba visitando a un viejo amigo suyo el cual le dijo:

—Sr. Hill, hoy hace sesenta y cinco años que le oí predicar por primera vez, pero aún recuerdo el texto que escogió y una parte de su sermón.

—¿Y qué parte del sermón recuerda? —preguntó Rowland Hill.

—Dijo usted que alguna gente, cuando iba a escuchar un sermón, era muy quisquillosa con la forma de hablar del predicador. Y luego añadió: «Supongan que fueran ustedes a oír la lectura del testamento de alguno de sus familiares, y estuvieran esperando un legado del mismo: difícilmente pensarían en criticar la forma en que el abogado leyera las últimas voluntades, pero estarían sumamente atentos para oír si les quedaba algo a ustedes y, en tal caso, de cuánto se trataba. Esa es la manera como debemos escuchar el evangelio».

Ahora bien, el hombre no habría recordado aquello durante sesenta y cinco años si el Sr. Hill no hubiese expresado el asunto en forma de ejemplo. Si hubiera dicho: «Queridos amigos, deben ustedes escuchar el evangelio por sí mismos, no meramente por los encantos de la oratoria del predicador o por esos deliciosos momentos elevados que les gratifican el oído». Si se hubiera expresado de la manera refinada que algunos son capaces de utilizar, me vería obligado a decir que el hombre habría recordado el asunto durante tanto tiempo como un pato recuerda la última vez que se metió en el agua y no más; ya que haber hablado en esa forma hubiese sido muy corriente. Pero al expresar la verdad de la manera llamativa que lo hizo, propició que la misma se recordara durante sesenta y cinco años.

Un caballero americano contó la siguiente anécdota, que responde exactamente al propósito que me he trazado, así que se la traslado a ustedes. El hombre dijo: «Cuando yo era niño, solía escuchar la historia de un sastre que vivió hasta una edad muy avanzada y se hizo muy rico, por lo que le envidiaban todos los que lo conocían. Su vida, como sucede con todas las vidas, se acercaba a su fin; pero antes de morir, y deseoso de beneficiar a los miembros de su gremio, hizo correr la voz de que, en determinado día, estaría encantado de comunicar a todos los sastres del vecindario el secreto de cómo hacerse ricos. Gran número de caballeros del dedal se presentaron aquel día y, mientras esperaban en anhelante silencio para oír la importante revelación, incorporaron al hombre en su lecho y este, con su último aliento, pronunció esta breve frase: «*Hagan siempre un nudo en el hilo*». Y esto es lo que les recomiendo yo a ustedes, hermanos: utilicen anécdotas y ejemplos, porque estas cosas ponen nudos

en el hilo de sus mensajes. ¿De qué vale pasar el final de la hebra a través de la tela con que se está trabajando? ¿Pero acaso no ha sucedido esto con muchísimos de los sermones que hemos escuchado o de los mensajes que hemos pronunciado nosotros mismos? La mayor parte de lo que hemos oído ha pasado simplemente por nuestro entendimiento sin dejar en el mismo ninguna impresión duradera, y lo único que recordamos es alguna anécdota que contó el predicador.

Hay un caso comprobado de cierto hombre que se convirtió por medio de un sermón el cual había oído pronunciar ochenta y cinco años antes. El Sr. Flavel, al final de un mensaje, en vez de expresar la bendición habitual, se levantó y dijo: «¿Cómo puedo despedirlos con una bendición, si muchos de ustedes son «anatema Maranata», porque no aman al Señor Jesucristo?». Un mozalbete de 15 años de edad oyó aquella notable expresión, y ochenta y cinco años más tarde, sentado debajo de un seto —creo que en Virginia—, la escena se presentó tan claramente delante de sus ojos como si hubiera ocurrido el día anterior, y plugo a Dios bendecir las palabras del Sr. Flavel para la conversión de aquel hombre, quien vivió tres años más para dar buen testimonio de que había sentido el poder de la verdad en su corazón.

En sexto lugar, las anécdotas y los ejemplos son útiles porque *con frecuencia despiertan los sentimientos*. No lo harán, sin embargo, si repites una y otra vez las mismas historias. Recuerdo la primera ocasión que escuché ese estupendo relato de «Hay otro hombre», y cómo lloré con el mismo. Aquel pobre, recién rescatado, medio muerto y con solo unos harapos encima, dijo sin embargo: «Hay otro hombre» que necesita que lo salven. La segunda vez que oí la historia me gustó, pero pensé que no era tan novedosa como al principio. Y la tercera vez comprendí que no quería volver a escucharla nunca más. No sé cuántas veces la he oído desde entonces; pero siempre puedo predecir cuando la van a contar. El hermano se yergue y adopta un aspecto verdaderamente solemne, y luego dice en un tono sepulcral: «Hay otro hombre». Entonces pienso para mí: «Sí, y me hubiera gustado que no lo hubiese», porque he oído ese relato hasta la saciedad. Aun una buena anécdota puede resultar tan trillada que no tenga ninguna fuerza, ni valga la pena mantenerla en circulación.

No obstante, un ejemplo real apela mejor a los sentimientos de un auditorio que todas las descripciones del mundo. Cuando el Sr. Beecher hizo subir a su púlpito a una hermosa esclava con los grilletes puestos, consiguió más para la causa de la abolición de la esclavitud que la arenga más elocuente que pudiera haber dado. Lo que queremos en estos tiempos no son largas disertaciones acerca de algún árido tema, sino escuchar cosas prácticas, realistas, que convenzan a nuestro razonamiento cotidiano; y cuando las recibimos, nuestros corazones no tardan en avivarse.

No tengo duda alguna de que la contemplación de un lecho de muerte conmovería mucho más a los hombres que esa obra admirable titulada *Drelincourt on Death* (Escritos de Drelincourt sobre la muerte): un libro que, en mi opinión, nadie ha sido nunca capaz de terminar. Puede haber habido personas que lo hayan intentado, pero creo que mucho antes de que llegaran a la última página se han encontrado en un estado de asfixia o de coma y ha habido que frotarlas con paños calientes, y el libro retirarlo a cierta distancia para que pudieran recuperarse. Si no has leído *Drelincourt on Death*, creo que sé lo que habrás leído: la historia de fantasmas que el libro lleva cosida al final. La obra no se vendía, y toda la edición permanecía en el estante de la librería cuando Defoe escribió un relato de

ficción titulado *A True Relation of the Apparition of Mrs. Veal after her Death to Mrs. Bargrave* (Narración verídica de la aparición de la Sra. Veal después de muerta a la Sra. Bargrave), donde la aparecida recomienda *Drelincourt on Death* como el mejor libro acerca del tema. Aquella historia no tenía sombra o vestigio alguno de verdad, sino que era toda ella un producto de la imaginación; pero se introdujo al final del libro y, entonces, toda la edición se agotó rápidamente y la gente pedía más. Puede que con tus sermones pase algo parecido muy a menudo, solo que tú tienes que decir a tu auditorio lo que ha sucedido en realidad, así mantendrás su atención y alcanzarás sus corazones.

Muchos se han sentido movidos a la abnegación por la historia de aquellos moravos que, en Sudáfrica, vieron una gran parcela de terreno vallada donde las personas se pudrían de lepra: algunas sin brazos y otras sin piernas. Como los moravos no podían predicar a esos pobres leprosos sin entrar en el recinto para pudrirse con ellos de por vida, lo hicieron. Y otros dos de ese mismo ilustre grupo de hermanos se vendieron como esclavos en las Antillas para que se les permitiese predicar a los cautivos. Si puedes dar ejemplos así de devoción misionera y desinterés, conseguirás despertar un entusiasmo mayor por las misiones en el extranjero que con todos tus argumentos bien razonados.

¿Quién no ha oído y sentido la fuerza del relato de aquellos dos mineros cuando la mecha estaba ya encendida y solo uno de ellos podía escapar? Cómo el que era cristiano le gritó a su compañero inconverso: «Escápate, porque si mueres estás perdido; pero si muero yo no me sucederá nada. ¡Así que huye!».

También he utilizado algunas veces «el plan del tonto» a modo de ejemplo llamativo. Una pequeña barca había naufragado, y el que la ocupaba estaba intentando nadar hasta la orilla, pero la corriente era demasiado fuerte para él. Después de que llevaba ya una hora ahogado, cierto hombre dijo: «Yo hubiera podido salvarlo»; y cuando le preguntaron cómo, él describió un plan que parecía de los más excelente y factible, mediante el cual, sin duda alguna, el náufrago se hubiera salvado; pero para entonces, desgraciadamente, ya se había ahogado. De igual manera, hay algunos que siempre son sabios demasiado tarde, y pueden tener que decir para sí cuando vean que este o aquel sigue el camino de todos los vivientes: «¡Cuánto hubiera podido hacer por él si hubiese llegado a tiempo!». Hermanos, que esta anécdota sea para todos nosotros un recordatorio de que deberíamos tratar de ser sabios en ganar almas antes de que se haga demasiado tarde para rescatarlas de la destrucción eterna.

En séptimo y último lugar, las anécdotas y los ejemplos resultan sumamente útiles porque *captan la atención de los absolutamente despreocupados*. Se necesita alguna cosa en cada sermón para esta clase de personas; y las anécdotas están bien calculadas para atraer la atención de los descuidados y los impíos. Como realmente deseamos que se salven, cebaremos nuestra trampa de toda forma posible para cazarlos para Cristo. No podemos esperar que nuestros jóvenes vengan a escuchar disquisiciones doctrinales eruditas que no estén de alguna forma embellecidas con ciertas cosas interesantes para sus mentes inmaduras. No, ni siquiera puede esperarse que los adultos asistan a largos y prosaicos mensajes que no se hallen interrumpidos por alguna anécdota, después del trabajo de toda la semana y algunos de ellos atareados hasta el mismo domingo por la mañana temprano.

¡Madre de mi vida, cómo compadezco a esos hermanos tan poco prácticos que no parecen saber a quiénes están predicando! «¡Ah —dijo uno de ellos en cierta ocasión—, cuando predico no sé adónde

mirar; de modo que alzo la vista hacia el ventilador!». Ahora bien, no hay nadie arriba en el ventilador; no puede suponerse que haya alguien allí, a menos que los ángeles del Cielo estén atentos en el mismo para oír las palabras de verdad. Un ministro no debería predicar *ante* la gente, sino *a* la gente. Mírelos, por tanto, a los ojos y, si puede, escudriñelos a fondo y —por así decirlo— evalúelos y vea cómo son; luego, adapte a ellos su mensaje.

A menudo he visto a algún pobre hombre de pie en el pasillo del Tabernáculo. ¡Parece un gorrión que se haya metido en una iglesia y no puede salir de ella! No es capaz de comprender qué clase de culto es aquel, y comienza a contar cuánta gente hay sentada en la primera fila de la galería. Por su mente pasan todo tipo de ideas. Pero yo quiero atraer su atención, ¿cómo lo hago? Si cito un versículo de la Biblia, tal vez no sepa lo que significa, y puede que ni le interese. ¿Introduzco un poco de latín en el sermón o cito el original hebreo o griego de mi pasaje? Eso no servirá para un hombre así. ¿Qué debo hacer entonces? ¡Creo que conozco una historia hecha a medida pare él! Y allá que va la anécdota y el hombre deja de mirar a la galería, y se pregunta cuál es la intención del predicador. Luego, se dice algo que se ajusta tan exactamente a su caso que comienza a preguntarse quién le habrá estado hablando de él a ese pastor, y piensa: «Ah, ya sé, mi esposa viene a escuchar a este hombre algunas veces, de modo que le ha contando todo acerca de mí». Seguidamente, siente curiosidad por escuchar más; y mientras mira hacia arriba, al predicador, y escucha la verdad que se está proclamando, le llega el primer rayo de luz respecto de las cosas divinas. Pero si hubiéramos seguido con nuestro discurso habitual, y no nos hubiésemos esforzado, no sé lo que habría sido de aquel hombre. «Dicen que divago —expresaba Rowland Hill en un sermón suyo que estaba leyendo esta misma tarde—... Dicen que divago; pero es porque ustedes divagan y yo tengo que hacerlo también. Dicen que no me ciño al tema que he escogido; pero, ¡gracias a Dios que siempre me ciño a mi objeto, que es ganar las almas de ustedes y traerlos a la cruz de Jesucristo!».

El Sr. Bertram ejemplifica muy bien la manera como los hombres se ven absorbidos por las preocupaciones mundanas, con el relato acerca del capitán de un barco ballenero a quien intentaba interesar en las cosas de Dios, y que le dijo: «No se esfuerce, caballero, su conversación no tendrá efecto alguno sobre mí. No puedo oír lo que está diciendo, ni comprender el tema del que habla. Dejé mi hogar para intentar cazar ballenas, y llevó un año y nueve meses buscándolas sin haber cazado ninguna. He sondeado las profundidades para encontrarlas. Cuando me acuesto, sueño con ballenas; y cuando me levanto por la mañana, me pregunto si habrá alguna ballena que capturar ese día. Caballero, en mi corazón hay una ballena, en mi mente hay una ballena, y de nada vale que me hable usted de nada que no sea las ballenas». De igual modo, tu congregación lleva en la cabeza y en el corazón sus negocios: quieren hacer fortuna y jubilarse. O tienen unos hijos que criar; y Susan debe casarse, y John situarse, y de nada vale que les hables acerca de las cosas de Dios a menos que seas capaz de espantar las ballenas que no hacen más que revolcarse en el agua y salpicarlo todo.

Luego, tal vez tengamos a un comerciante que acaba de estar pensando en alguna mala factura; o a otro que, mirando hacia el lado opuesto del edificio, ha visto un trozo de cinta de determinado color, y ha pensado: «Sí, debería tener un surtido más amplio de esa clase de cosas; veo que se están poniendo de moda». O quizá uno de los oyentes ha avistado a su vecino y piensa que debería hacerle una visita al día siguiente. Así, los pensamientos de la gente se hallan ocupados con todo tipo de asuntos además

de aquel acerca del cual está hablando el predicador. ¿Me preguntas cómo lo sé? Pues porque yo mismo he sido culpable de ello: me doy cuenta cuando estoy escuchando a otro hermano predicar. Mientras me hallo en el púlpito, no pienso que lo esté haciendo muy bien; pero, a veces, cuando visito las zonas rurales y me hago cargo de los cultos de la mañana y de la noche, y escucho a otro predicar por la tarde, me digo: «Vaya, cuando estaba allá arriba pensaba que era un pesado; pero ¡*ahora* me gustaría que me tocase a mí predicar otra vez!». Ahora bien, dejar que estos pensamientos entren en nuestra mente está muy mal; pero, puesto que todos tenemos mucha tendencia a divagar, el predicador debería llevar al púlpito anécdotas y ejemplos, y emplearlas a modo de clavos para fijar la atención de la gente en el tema de su sermón.

El Sr. Paxton Hood dijo en cierta ocasión, en un discurso que le oí dar: «Algunos predicadores esperan demasiado de sus oyentes: llevan al púlpito una serie de verdades como un hombre puede subir con una caja de clavos; y, luego, imaginándose que la congregación está compuesta de postes, sacan un clavo y esperan que el mismo se clave en el poste por sí solo. Pero esa no es manera de hacerlo. Tienes que tomar tu clavo, sostenerlo contra el poste, golpearlo con el martillo y luego remacharlo por el otro lado. Entonces puedes esperar que el gran Maestro de asambleas asegure los clavos para que no se salgan». Debemos intentar inculcar así la verdad a la gente, ya que aquella jamás entrará por sí sola. Y hemos de recordar que los corazones de nuestros oyentes no están abiertos, como la puerta de una iglesia, para que la verdad pueda entrar, ocupar su lugar y sentarse en su trono con objeto de que la adoren. No, con frecuencia tenemos que romper las puertas con gran esfuerzo y lanzar la verdad hacia aquellos sitios donde, al principio, no será un huésped bien recibido; pero en los que, más tarde, cuanto más se la conozca tanto más se la amará.

Los ejemplos y las anécdotas ayudarán mucho a abrir paso para que entre la verdad; y lo harán captando la atención de los distraídos y despreocupados. Debemos intentar ser como el Sr. Whitefield, de quien un constructor de buques dijo: «Cuando he ido a escuchar la predicación de cualquier otro, siempre he sido capaz de concebir un barco desde la roda hasta la popa; pero cuando oigo al Sr. Whitefield, ni siquiera llego a poner la quilla». Y otro hombre, un tejedor, expresó: «A menudo, cuando he estado en una iglesia, he calculado cuantos telares podrían caber en ella; pero escuchando a ese hombre me olvido por completo de mi trabajo». Queridos hermanos, deben ustedes procurar que sus congregaciones olviden las cuestiones referentes a este mundo entretejiendo toda la verdad divina con las cuestiones pasajeras de cada día; lo cual conseguirán mediante un empleo juicioso de las anécdotas y los ejemplos.

Ahora bien, caballeros, las siete razones destacadas —a saber, que interesan a los oyentes y nos garantizan su atención, que hacen la enseñanza viva y realista, que explican algunos pasajes difíciles a las mentes tardas de comprensión, que ayudan a las facultades de raciocinio de algunas mentes, que asisten a la memoria, que despiertan los sentimientos y que captan la atención de los despreocupados— me han reconciliado hace mucho tiempo con la utilización de anécdotas y ejemplos, y pienso que es muy probable que también les reconcilien a ustedes con la posibilidad de emplearlas.

A la vez, he de repetir lo que ya he dicho anteriormente: debemos ser cuidadosos y no permitir que

nuestras anécdotas y ejemplos sean como cáscaras huecas sin nada dentro. Que no se pueda afirmar con verdad de nuestro sermón lo que expresó cierta señora la cual, después de oír a un clérigo predicar y habiéndosele preguntado qué pensaba del sermón, y si no había en el mismo mucho espíritu, dijo: «Sí, era todo espíritu, pero no tenía cuerpo en absoluto». En todo mensaje tiene que haber un «cuerpo»: alguna doctrina realmente sana; alguna instrucción apropiada para que nuestros oyentes se lleven a casa… No solo relatos que los diviertan, sino verdades sólidas que recibir en el corazón y poner en práctica en la vida. Si sucede esto con sus sermones, queridos hermanos, no les habré hablado en vano esta tarde acerca de los usos de las anécdotas y los ejemplos.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 4

Dónde encontrar anécdotas y ejemplos

Queridos hermanos, después de mi último discurso acerca del uso de las anécdotas y los ejemplos, probablemente estén ustedes listos para utilizarlos en sus mensajes; pero algunos puede que se pregunten: «¿Y dónde podemos obtenerlos?». Permítanme decirles desde el comienzo mismo de la conferencia de esta tarde que *nadie necesita inventarse anécdotas* para interesar a una congregación. He oído de alguien que fue un viernes a ver a cierto pastor, y el criado de este le dijo que su patrón no podía recibirlo porque se encontraba arriba en su despacho «inventando anécdotas». Esa clase de trabajo no es apropiado para un ministro cristiano.

También les pediría que tuvieran cuidado con tantas anécdotas corrientes como a menudo se repiten, acerca de las cuales, sin embargo, tengo la ligera sospecha de que no se puede demostrar que sean verídicas. En cuanto siento el más mínimo recelo respecto a la verdad de un relato, lo descarto inmediatamente; y creo que todo el mundo debería hacer lo mismo. Siempre que las anécdotas sean de actualidad y estén consideradas generalmente como fidedignas, y que se les pueda dar un uso provechoso, creo que es posible contarlas sin afirmar su veracidad bajo juramento. Pero en el momento en que por la mente del predicador cruce cualquier duda respecto a que el relato esté al menos basado en hechos reales, creo que sería mejor buscar alguna otra cosa, ya que el orador tiene a su disposición el mundo entero como almacén de ejemplos.

Si quieres interesar a tu auditorio y mantener su atención, encontrarás anécdotas y ejemplos para ello en muchos cauces de ríos, brillando como pequeñas pepitas doradas en medio de los arroyos de la sierra. Tenemos, por ejemplo, *el relato de actualidad*. Puedes tomar a diario el periódico y buscar ejemplos en el mismo. En mi económico librito titulado *The Bible and the Newspaper* (La Biblia y el periódico), he presentado algunos especímenes de cómo puede hacerse esto; y, mientras preparaba este discurso, eché un vistazo a un diario para ver si podía encontrar algún ejemplo, y enseguida descubrí uno: se trataba del relato referente a un hombre de Wandsworth al que encontraron, revólver en mano y con un perro, entrando sin derecho en la propiedad de cierto caballero, y que dijo que no hacía sino buscar champiñones. ¿Puedes imaginarte la relación entre el revólver y el perro y los champiñones? Sin embargo, el guarda metió la mano en el bolsillo del hombre y, encontrando en el mismo algo de tacto suave, preguntó:

—¿Qué es esto?

—¡Ah —respondió el cazador furtivo—, es solo un conejo!

Y cuando se le indicó que las orejas de la criatura eran demasiado largas para un conejo, él dijo que se trataba simplemente de un lebrato; pero resultó ser una liebre grande y gorda.

Entonces, el hombre explicó que había encontrado la liebre acostada cerca de unos champiñones, ¡pero que su intención era únicamente recoger estos últimos!

Bueno, he aquí un ejemplo magistral. Tan pronto como atrapas a un hombre y empiezas a acusarle

de pecado, él responde: «¿Pecado, caballero? ¡Qué me dice! ¡Pero si estaba haciendo una cosa muy decente y que tengo el perfecto derecho de hacer! ¡No cazaba furtivamente, solo buscaba champiñones!».

Si le presionamos un poco más e intentamos convencerle de pecado, entonces dirá: «Bueno, tal vez fuera un poco impropio y no se tratara exactamente de eso, ¡pero era simplemente un conejo!». Y cuando el hombre no puede seguir negando que es culpable de pecado, alega que se trataba de uno muy pequeño; y tardas mucho tiempo en hacerle admitir que el pecado es sobremanera pecaminoso. De hecho, no hay poder humano capaz de producir una genuina convicción de pecado, tiene que llevarla a cabo el Espíritu Santo.

También leí en ese mismo diario acerca de un naufragio desastroso causado por la falta de luces, el cual se podría aprovechar fácilmente para ejemplificar la destrucción de las almas debida a la ausencia de conocimiento de Cristo. No tengo duda alguna de que, si tomaran ustedes cualquier periódico de esta mañana, encontrarían sin dificultad ejemplos abundantes. En cierta ocasión, Newman Hall, hablándonos a nosotros, dijo que cada ministro cristiano debería leer regularmente su Biblia y el periódico *The Times*; y por su forma de hablar habitual supongo que él mismo lo hace. Pero ya sea que lean ustedes ese diario en particular o cualquier otro, deberían mantenerse bien surtidos de ejemplos sacados de las situaciones ordinarias que nos rodean. Compadezco a cualquier maestro de escuela dominical (¡cuánto más a un ministro del evangelio!) que no sea capaz de utilizar incidentes tales como el terrible incendio de la iglesia en Santiago, el gran incendio del puente de Londres, la entrada en esta ciudad de la princesa Alexandra, el censo y —ciertamente— cualquier cosa que sea objeto de la atención pública. En cada uno de estos acontecimientos tenemos un ejemplo, un símil, una alegoría que podría proporcionar alguna moraleja y adornar algún relato.

A veces puedes adaptar *la historia local* para ilustrar el tema que has escogido. Cuando un ministro está predicando en determinado distrito, con frecuencia le resulta más fácil hacer que la gente le escuche, o aumentar su atención, si cuenta alguna anécdota relacionada con el lugar donde viven. Siempre que puedo, me hago con las crónicas de varios condados; ya que, como tengo que ir a predicar a todo tipo de pueblos y aldeas rurales, descubro que hay mucho material aprovechable aun en ciertos libros pesados, áridos y topográficos. Tal vez estos comiencen con el nombre de John Smith: un labrador encargado del registro parroquial y de darle cuerda al reloj de la iglesia; el cual pone trampas para los ratones, caza ratas y hace un sinfín de otras cosas de utilidad. Pero, si tienes paciencia para seguir leyendo, encontrarás mucha información que no podrías obtener en ningún otro sitio, y probablemente descubrirás bastantes incidentes y anécdotas que puedes emplear como ejemplos de la verdad que estás tratando de exponer.

Si predicas en Winslow, Buckinghamshire, no sería en absoluto impropio que introdujeras en tu sermón el incidente del buen Benjamin Keach, pastor de la iglesia bautista de esa ciudad, quien fue puesto en la picota en la plaza del mercado, en el año 1664, «por escribir, imprimir y publicar un libro cismático titulado *The Child's Instructor; or, a New and Easy Primmer* (El maestro del niño: un silabario nuevo y sencillo)». En Craven Chapel, sería de lo más apropiado contar la historia de *lord* Craven, quien durante los días de la peste negra que asoló Londres estaba empaquetando sus pertenencias para marcharse al campo, cuando su criado le dijo:

—Mi señor, ¿vive su Dios únicamente en el campo?

—No —respondió *lord* Craven—, está tanto aquí como allí.

—Entonces —dijo el criado—, si yo fuera su señoría creo que me quedaría aquí: estará tan seguro en la ciudad como en el campo.

Y *lord* Craven se quedó en Londres confiando en la buena providencia de Dios.

Además de esto, queridos hermanos, tienen ustedes ese depósito maravilloso que es *la historia antigua y moderna* (romana, griega e inglesa), con la que, naturalmente, estarán tratando de familiarizarse bien. ¿Quién puede leer los relatos clásicos antiguos sin sentir que su alma se inflama? Cuando hayan acabado de hojearlos, no solo conocerán los acontecimientos de aquellos «viejos tiempos», sino que habrán aprendido muchas lecciones que pueden serles útiles para su predicación actual.

Tenemos, por ejemplo, la historia de Fidias y de la estatua de cierto dios que había esculpido. Una vez terminada la misma, el escultor cinceló en la esquina con letras pequeñas la palabra Fidias, y se objetó que aquella estatua no podía ser adorada como un dios, ni considerada sagrada, mientras llevara el nombre del escultor. ¡Hasta se consideró seriamente lapidar a Fidias por haber profanado de esa manera la estatua! ¿Cómo había sido tan osado —se preguntaban— de grabar su nombre en la imagen de un dios? Así, también, es posible que algunos de nosotros queramos escribir nuestro insignificante nombre al pie de alguna obra que hayamos hecho para Dios, a fin de ser recordados, mientras que más bien debiéramos de reprocharnos el haber querido recibir crédito alguno por aquello que Dios Espíritu Santo nos ha dado la capacidad de ejecutar.

Luego está ese otro relato del escultor antiguo que estaba a punto de colocar la imagen de un dios en cierto templo pagano, aunque no había terminado aquella parte de la estatua destinada a encajarse en el muro. El sacerdote puso reparos a ello, declarando que la estatua no estaba completa.

—Esa parte del dios no se verá nunca —alegó el escultor—, ya que estará empotrada en la pared.

—Los dioses pueden ver a través de las paredes —replicó el sacerdote.

De igual manera, aun las partes más privadas de nuestra vida —esos asuntos secretos que jamás el ojo humano alcanzará a ver— están bajo el escrutinio del Todopoderoso, y deberían atenderse con el cuidado más exquisito. No basta con que mantengamos buena nuestra reputación delante de nuestros semejantes; ya que nuestro Dios ve a través de las paredes, nota la frialdad en nuestro aposento de oración y percibe nuestras faltas y fracasos en el ámbito familiar.

En cierta ocasión, cuando trataba de explicar cómo se deleita el Señor Jesucristo en su pueblo por ser este obra de sus manos, descubrí un relato clásico acerca de Ciro que me fue de suma utilidad. Mientras el rey Ciro enseñaba a un embajador extranjero su jardín, le dijo: «No puede usted sentir tanto interés por estas flores y estos árboles como yo, ya que yo mismo he diseñado todo el jardín y plantado, con mi propia mano, cada una de estas plantas. Las he regado y visto crecer, y he sido para ellas un jardinero; de modo que las amo mucho más de lo que pueda hacerlo usted». Del mismo modo, el Señor Jesucristo ama el hermoso jardín de su Iglesia, porque lo ha planificado por completo y plantado con su propia y misericordiosa mano, y ha supervisado cada planta alimentándola y deleitándose en ella.

La época de los cruzados es un período especialmente rico en lo que a relatos nobles se refiere, los cuales constituyen también muy buenos ejemplos. Así leemos acerca de los soldados de Godofredo de Bouillón, quienes, cuando avistaron la ciudad de Jerusalén, quedaron tan embelesados con el cuadro que se postraron sobre sus rostros. Luego, levantándose, aplaudieron e hicieron que las montañas resonaran con sus gritos de alegría. Del mismo modo, cuando nosotros alcancemos a ver la Nueva Jerusalén —nuestro feliz hogar en los cielos, cuyo nombre nos resulta tan querido— llenaremos de aleluyas la habitación de nuestro último aliento, y aun los ángeles oirán nuestros cánticos de alabanza y acción de gracias.

También se relata acerca de este mismo Godofredo que, cuando hubo entrado en Jerusalén al frente de su victorioso ejército, se negó a ceñirse la corona con que sus soldados querían engalanarle la frente, diciendo: «¿Cómo habría de ceñirme yo una corona de oro en la ciudad donde mi Señor llevó una corona de espinas?». Esta es una buena lección para nosotros, y para enseñársela a nuestras congregaciones: sería indecoroso que los cristianos estuvieran buscando honores terrenales, o anduvieran ambiciosamente en pos de la fama, en el mundo donde los hombres despreciaron y rechazaron a Cristo. El discípulo no debe pensar en ser más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor.

Asimismo, pueden ustedes utilizar a modo de ejemplo esa romántica historia —que quizá sea verdad o quizá no— de la reina Leonor, quien succionó el veneno del brazo herido de su esposo. Confío en que muchos de nosotros estaríamos dispuestos, por así decirlo, a sorber toda la calumnia y la ponzoña del brazo de la Iglesia de Cristo, y a soportar el sufrimiento que fuera con tal de que la Iglesia pudiera escapar con vida. ¿No estarían cada uno de ustedes, queridos hermanos, gozosos de aplicar sus labios a las envenenadas heridas de la Iglesia actual y de sufrir, aun hasta la muerte, para que no se pusieran en entredicho las doctrinas de Cristo ni se deshonrara la causa de Dios?

¡Qué estupendo campo para los ejemplos tienen ustedes también a su disposición en *la historia religiosa*! Resulta difícil decir dónde deberíamos empezar a excavar en esa mina de tesoros preciosos. El relato de Lutero y el judío serviría para explicar la maldad del pecado y cómo evitar el mismo…

Cierto judío estaba buscando la oportunidad de apuñalar al Reformador; pero a Lutero le hicieron llegar un retrato de su supuesto asesino y, adondequiera que iba, estaba vigilante en cuanto a su agresor. Utilizando este hecho como ejemplo, Lutero mismo expresó: «Dios sabe que hay pecados que nos destruirían; por eso nos ha proporcionado retratos en su propia Palabra, a fin de que, doquiera que los veamos, podamos decir: 'Ese pecado me apuñalaría; debo guardarme de esa cosa perversa y mantenerme alejado de su camino'».

El valiente Hugh Latimer, en su famosa historia acerca de cierto incidente que se produjo en su propio juicio ante varios obispos, destaca muy claramente la omnipresencia y la omnisciencia de Dios, y el cuidado que debiéramos tener en presencia de aquel que puede leer nuestras fantasías y nuestros pensamientos más secretos. Dice Latimer:

> En cierta ocasión me interrogaron cinco o seis obispos, poniéndome en bastante aprieto. Tres veces por semana me llamaban a examen; y para sonsacarme alguna cosa me tendían toda clase de trampas y lazos […]. Finalmente, me llevaron para ser interrogado a una sala decorada con tapices; pero que, esta

vez, habían alterado en cierto modo. Mientras que, antes, acostumbraba a haber en la misma un fuego en la chimenea, ahora el fuego no estaba, un tapiz cubría el hogar y la mesa se encontraba cerca del hogar en cuestión. Entre los obispos que me interrogaban había uno a quien había conocido bien y al que consideraba un gran amigo mío. Este, un hombre anciano, se sentó al lado del extremo de la mesa y, entre otras preguntas, me hizo una muy astuta y sutil, tanto en realidad que yo no podía imaginarme que encerrase semejante peligro. Cuando estaba a punto de responder a la misma, uno de ellos me dijo: «Por favor, Sr. Latimer, hable fuerte, porque soy bastante duro de oído y puede haber muchos que estén sentados lejos».

Aquello me sorprendió —que se me pidiera que hablase fuerte—, y comencé a sospechar y a prestar atención a la chimenea. Allí pude oír el sonido de una pluma que escribía detrás del tapiz. Habían designado a alguien para que consignara todas mis respuestas, asegurándose así de que no pudiera huir de ellos. Y no lo hice: Dios, mi buen Señor, me dio la respuesta; de otro modo jamás hubiera podido escapar.

Predicando algunos años más tarde, el propio Latimer contó esta historia y la aplicó de la siguiente manera: «A ti que me oyes —dijo—: Hay siempre una pluma detrás del tapiz que toma nota de todo lo que profieres y consigna cuanto haces; por tanto, cuida bien que tus palabras y tus hechos sean dignos de ser anotados en el Libro de las Memorias de Dios».

También puedes ejemplificar la doctrina del cuidado providencial que Dios tiene de sus siervos contando la historia de John Knox, quien, una tarde, se negó a sentarse en su sitio acostumbrado, aunque no tenía razón especial alguna para actuar así. A nadie se le permitió ocupar aquella silla. Durante la velada hicieron un disparo por la ventana, el cual alcanzó a un candelabro colocado justo enfrente de donde hubiera estado sentado John Knox de haber ocupado el sitio que solía.

Asimismo tenemos el caso de aquel piadoso ministro que, escapando de sus perseguidores, se metió en un pajar y se escondió entre el heno. Los soldados entraron en el lugar, pinchando y traspasando la paja con sus espadas y bayonetas, y el buen hombre hasta llegó a sentir el frío acero en la planta del pie (y el rasguño que el mismo le hizo permaneció durante años), pero sus enemigos no lo descubrieron. Después, durante varios días, una gallina estuvo entrando y poniendo un huevo muy cerca de donde él se hallaba escondido: así fue alimentado, a la vez que preservado, hasta que pudo abandonar con seguridad su escondite.

No sé si fue ese mismo ministro, o alguno de sus hermanos perseguidos, quien resultó providencialmente protegido por un agente tan humilde como una araña. He aquí la historia como la he leído:

Al recibir el aviso de un amigo de que pretendían capturarlo, y descubriendo que había algunos hombres tras su pista, buscó refugio en una fábrica de cerveza y se deslizó adentro del horno vacío, en donde se acostó. Inmediatamente después, vio a una araña descender a lo largo de la angosta entrada por la que él se había introducido y colocar el primer hilo de lo que pronto sería una ancha y hermosa red. El tejedor y la tela, situados directamente entre el hombre y la luz resultaban muy llamativos, y el asombro de nuestro amigo por la pericia y diligencia de la araña fue tal que se quedó absorto contemplando su trabajo y olvidando su propio peligro. Para cuando la red estuvo terminada, con hilos cruzando y volviendo a cruzar la boca del horno en todas direcciones, sus perseguidores entraron en la fábrica de cerveza buscándolo, y pudo sentir los pasos de ellos y oír sus crueles palabras mientras

rebuscaban. Cuando llegaron cerca del horno, el hombre escuchó cómo uno le decía a su compañero: «No es necesario que miremos ahí, ya que el viejo bribón no puede estar en ese horno. Mira la telaraña: él jamás hubiera podido entrar sin romperla». Y abandonando la búsqueda se fueron hacia otro lado, y él escapó ileso de sus manos.

Hay otra historia, con la que me he topado en algún sitio, acerca de un prisionero —durante la guerra americana— al que pusieron en una celda que tenía una hendidura, a través de la cual el ojo de un soldado lo vigilaba continuamente día y noche. Hiciera lo que hiciese —tanto si comía como si bebía o dormía—, el ojo del centinela lo estaba constantemente observando; y pensar en ello —según explicó—, le resultaba tan absolutamente aterrador que casi se volvió loco. No podía soportar la idea de que el ojo de aquel hombre lo escrutara en todo momento. Apenas podía dormir, y hasta su respiración se le hizo una carga, ya que se girase hacia donde se girase, jamás podía escapar de la mirada de aquel soldado. Este relato podría emplearse para ilustrar el hecho de que el ojo omnisciente de Dios siempre nos está mirando a cada uno de nosotros.

Recuerdo haber hecho que dos o tres de mi congregación se expresaran bastante estruendosamente al contarles la siguiente historia que había leído en un folleto americano. Supongo que esta podría ser verdad. La recibo como fidedigna y desearía poder contarla tal y como se imprimió.

Un ministro cristiano, que vivía cerca de las regiones salvajes, se fue a dar un paseo cierta noche para meditar en silencio. Al hacerlo, se alejó más de lo que pretendía y, perdiendo el sendero, se adentró extraviado en los bosques. Aunque hizo cuanto pudo por encontrar el camino a casa, no lo consiguió; y llegó a pensar que tendría que pasar la noche en algún árbol. Sin embargo, de repente, mientras avanzaba, vio el centelleo de unas luces en la distancia y apretó el paso esperando hallar refugio en alguna cabaña amiga. Sin embargo, su mirada se topó con una escena extraña: en un claro, en medio de los bosques, se estaba celebrando una reunión a la luz de antorchas de pino encendidas. Y el hombre pensó: «Vaya, he ahí algunos cristianos reunidos para adorar a Dios; me complace pensar que lo que parecía ser una torpe equivocación mía al perderme me haya traído acá. Tal vez pueda hacerles bien y recibirlo también de ellos».

Sin embargo, para su desmayo, descubrió que se trataba de una reunión de ateos y que los oradores estaban dando rienda suelta a sus pensamientos blasfemos contra Dios con gran atrevimiento y determinación. El ministro se sentó entre ellos apesadumbrado, mientras un joven declaraba que no creía en la existencia de Dios y desafiaba a Jehová a destruirlo allí mismo si existía semejante Dios. El corazón del buen hombre meditaba acerca de cómo debía responderle, pero parecía tener la lengua pegada al paladar. El incrédulo orador se sentó en medio de fuertes aclamaciones de admiración y aquiescencia. Nuestro amigo no quería ser un cobarde, ni mostrarse flojo en el día del conflicto; por tanto, se sentía casi inclinado a levantarse y hablar, cuando un hombre saludable y jovial, que ya había superado la mediana edad pero aún se veía sumamente vigoroso y tenía el aspecto de un fuerte y musculoso leñador de la frontera, se puso en pie y profirió:

—Si me prestan atención, me gustaría poder hablar. No voy a decir nada acerca del tema que ha tratado el orador que acaba de sentarse, sino simplemente presentarles un hecho: ¿me escucharán ustedes?

—¡Sí, sí! —gritaron los otros. Se trataba de una discusión abierta, de modo que estaban dispuestos

a oírle, especialmente si no iba a polemizar.

—Hace una semana —comenzó el hombre—, estaba trabajando allá, en la ribera del río, talando árboles. Ya conocen ustedes los rápidos que hay más abajo. Pues bien, cuando estaba haciendo mi trabajo a poca distancia de ellos, escuché gritos y alaridos mezclados con oraciones pidiéndole ayuda a Dios. Corrí hasta la orilla del río, porque me imaginada cuál era la situación, y allí me encontré a un joven incapaz de manejar su barca: la corriente lo estaba dominando, e iba a la deriva río abajo. De no haberse interpuesto alguien, poco después se hubiera visto arrastrado con toda seguridad por encima de las cataratas y precipitado hacia una muerte terrible. Vi cómo aquel joven se arrodillaba en la barca y le pedía al Dios Altísimo que, por amor a Cristo, y por su preciosa sangre, lo salvara. Confesó que había sido un incrédulo; pero dijo que, si lo libraba solo aquella vez, declararía su fe en Dios. Inmediatamente salté adentro del río y, aunque mis brazos ya no están tan fuertes como antes, creo que tampoco son demasiado débiles. Así que logré subirme a la barca, la hice girar en redondo y la llevé hasta la orilla. De este modo salvé la vida de aquel joven. Pues bien, ese joven es el mismo que acaba de sentarse, y que ha estado negando la existencia de Dios y desafiando al Altísimo a destruirle.

Naturalmente, yo utilicé ese relato para señalar que es muy fácil fanfarronear y alardear de tener sentimientos de incredulidad en lugar seguro, pero que cuando los hombres se hallan en peligro de perder la vida, hablan de un modo muy distinto.

Y he aquí un relato magistral que sirve para ilustrar la necesidad que tenemos de subir a la casa de Dios, no solo con el fin de escuchar al predicador, sino para buscar al Señor. Cierta dama había ido a tomar la comunión en una iglesia escocesa y disfrutado mucho del culto. Al llegar a casa, inquirió acerca del predicador, y se le dijo que era Ebenezer Erskine. La mujer afirmó que volvería a ir el siguiente día de reposo para escucharle; y así lo hizo, pero no sacó ningún provecho de ello: el sermón no parecía tener unción o poder en absoluto. Así que fue a ver al Sr. Erskine, y le habló acerca de su experiencia con los dos cultos. «¡Ah, señora —le dijo él—, el primer día de reposo vino usted para conocer al Señor Jesucristo y recibió bendición; pero el segundo, lo hizo para oír a Ebenezer Erskine, por tanto no obtuvo bendición alguna ni tenía derecho a esperarla». ¿Ven, hermanos? Un predicador podría hablar a la gente en términos generales de ir a adorar a Dios, y no meramente a escuchar al ministro, sin producir ningún efecto con sus palabras; ya que tal vez no habría algo lo suficientemente llamativo como para que lo recordaran. Pero, después de una anécdota como esta acerca del Sr. Erskine y de la dama en cuestión, ¿quién podría olvidar la lección que se pretendía enseñar?

Bueno, supongamos ahora que han agotado ustedes todos los ejemplos que pueden encontrarse en la historia actual, la historia local, la historia antigua o moderna y la historia religiosa —lo cual no creo que puedan hacer sin agotarse ustedes mismos—; si ese es el caso, pueden volverse a la *historia natural*, en donde encontrarán gran cantidad de ejemplos y anécdotas. Y no deberían jamás sentir remordimiento por utilizar los hechos de la naturaleza para ilustrar las verdades de las Escrituras, ya que hay una sana filosofía que apoya el uso de tales ejemplos. Es un hecho fácil de explicar que la gente esté más dispuesta a recibir la verdad de la revelación si la unen ustedes a alguna verdad relacionada con ella de la historia natural, o con algo que sea visible para el ojo, que si presentan una mera declaración de la doctrina misma. Además, he aquí un hecho importante que deben tener en cuenta: el

Dios autor de la Revelación es también el Autor de la creación, de la providencia, de la historia y de todo aquello de donde debieran extraer sus ejemplos. Cuando se utiliza la historia natural para ilustrar las Escrituras, solo se está explicando uno de los libros de Dios mediante otro de los que él ha escrito.

Es simplemente como si tuviéramos ante nosotros dos obras de un mismo autor, el cual hubiese escrito, en primer lugar, un libro para niños y, luego, otro con una instrucción más profunda para personas de edad madura y una cultura mayor. A veces, cuando encontramos pasajes oscuros y difíciles en la obra destinada a los estudiantes más avanzados, nos referimos al librito pensado para los más jóvenes, y decimos: «Sé que esto significa tal y tal cosa, porque así se explica el asunto en el libro para principiantes». Asimismo, la creación, la providencia y la historia, son todas ellas los libros que Dios ha escrito para que los lean aquellos que tienen ojos, los que tienen oídos para oír su voz en las mismas, y hasta los hombres carnales, a fin de que puedan descubrir en ellas algo acerca de Dios. Pero el otro Libro glorioso se ha escrito para ustedes: los que están siendo enseñados por Dios y hechos espirituales y santos. A menudo, acudiendo al silabario, se saca de esa simple narración alguna cosa capaz de elucidar e ilustrar al clásico más difícil, que es lo que la Palabra de Dios supone para ti.

Hay una forma de pensar que Dios ha utilizado en todas las cosas: lo que él hizo con su Palabra guarda semejanza con la Palabra misma por medio de la cual él lo hizo; y lo visible es el símbolo de lo invisible, porque el mismo pensamiento de Dios lo ensarta todo. Todo aquello que Dios ha creado tiene la huella de su divino dedo; de modo que las cosas que son evidentes para nuestros sentidos guardan cierta similitud con aquellas que no lo son. Lo que se puede ver, gustar, palpar y manejar, tiene el propósito de ser para nosotros un signo externo y visible de algo que encontramos tanto en la Palabra de Dios como en nuestra experiencia cristiana, que es la gracia interna y espiritual. De modo que no hay nada forzado o antinatural en utilizar la naturaleza para ilustrar la Gracia: ya que Dios la dispuso para ese mismo fin. Recorre la totalidad de la creación en busca de tus símiles; no te limites a ninguna rama de la historia natural. La congregación de un doctor muy erudito se quejaba de que este les presentaba continuamente como ejemplo a las arañas. Sería mejor ofrecer una o dos arañas de vez en cuando y luego variar la instrucción utilizando historias, anécdotas, símiles y metáforas sacadas de la Geología, la Astronomía, la Botánica o cualquiera otra de las ciencias susceptibles de arrojar una luz incidental sobre de las Escrituras.

Si mantenemos los ojos abiertos y todas nuestras facultades alerta, no veremos ni a un perro siguiendo a su dueño, ni a un ratón asomándose por su agujero, ni oiremos la más leve rascadura detrás del enmaderado, sin sacar algo que entretejer en nuestros sermones. Cuando vuelvas a casa esta noche y te sientes junto a la chimenea, no deberías poder tomar en los brazos a tu gato doméstico sin descubrir algún ejemplo. ¡Cuán suaves son las patas de los mininos; pero qué pronto se hacen sumamente agudas sus uñas cuando se enojan! ¡Qué parecido con la tentación: suave y agradable cuando nos sobreviene, pero cuán mortíferas e infames las heridas que nos deja al cabo de poco!

Recuerdo haber utilizado, con un efecto bastante considerable, cierto incidente que ocurrió en mi propio jardín, en un sermón en el Tabernáculo. Había un perro que tenía por costumbre meterse a través de la valla y escarbar en mis macizos de flores, estropeando claramente el trabajo del jardinero

a la vez que su humor. Caminando por el jardín un sábado por la tarde, mientras preparaba el sermón para el día siguiente, vi a aquella cuadrúpeda criatura —un espécimen bastante tiñoso, dicho sea de paso— y, puesto que tenía un bastón en mi mano, se lo lancé con todas mis fuerzas, al tiempo que le daba algunos buenos consejos en cuanto a marcharse a su casa. Ahora bien, ¿qué se le ocurrió hacer a mi perruno amigo, sino volverse, tomar el bastón en su boca, traérmelo y tumbarse a mis pies, meneando la cola mientras esperaba mi agradecimiento y mis palabras amables? Naturalmente —como pueden imaginarse—, yo no le di una patada, ni volví a lanzar mi bastón contra él. Me sentí bastante avergonzado de mi actitud y le dije que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, y venir siempre que le apeteciese. Aquel fue un ejemplo del poder de la no resistencia, la sumisión, la paciencia y la confianza para vencer hasta una ira justa. Al día siguiente emplee esa anécdota en mi predicación, y no me pareció que me hubiese degradado por ello.

La mayoría de nosotros hemos leído el libro de Alphonse Karr titulado *A Tour round my Garden* (Una vuelta alrededor de mi jardín). ¿Por qué no escribe alguien *Una vuelta alrededor de la mesa de mi comedor* o *Una vuelta alrededor de mi cocina*? Creo que cualquier hombre que tenga los ojos abiertos para ver las analogías de la naturaleza, podría escribir un volumen de ese tipo de lo más interesante. Recuerdo que cierto día, cuando vivía en Cambridge, necesitaba desesperadamente una idea para la predicación y no podía concentrarme en ningún tema, cuando, de pronto, reparé en unos cuantos pájaros posados en las pizarras de la casa de enfrente. Al mirarlos con detenimiento, vi que había allí un canario huido de alguna casa, el cual estaba rodeado de buen número de gorriones que lo picoteaban. Enseguida encontré mi texto: «¿Esme mi heredad ave de muchos colores? ¿no están contra ellas aves en derredor?» (Jer. 12:9, RV 1909).

Déjenme insistir en ello, hermanos: Si no pueden encontrar ejemplos en la historia natural, o en alguna otra de las historias que he mencionado, *búsquenlos en cualquier otro sitio.* Si tienen ustedes dos dedos de frente, cualquier cosa que ocurra a su alrededor les será de utilidad; pero, para interesar de veras y ser de provecho a sus congregaciones, necesitarán mantener los ojos abiertos y utilizar todas las facultades con que el Señor los ha dotado. Si lo hacen, descubrirán que simplemente deambulando por las calles, esto o aquello les sugerirá un pasaje de la Escritura o les ayudará, una vez escogido el texto bíblico, a abrírselo a la gente captando verdaderamente su atención, y a comunicar la verdad a sus mentes y corazones.

Hoy, por ejemplo, la nieve cubría todo el terreno, y el suelo negro parecía hermoso y blanco. Lo mismo sucede con algunos hombres que experimentan reformas pasajeras: se muestran tan piadosos, celestiales y puros como si fueran santos; pero, cuando sale el sol de la prueba y les sobreviene un leve calor de tentación, ¡qué pronto revelan su verdadera negrura y toda su piedad superficial se derrite!

Dios ha colgado cuadros alrededor del mundo entero, y lo único que tiene que hacer el predicador es descolgarlos, uno por uno, y sostenerlos delante de su congregación; de esta manera se asegurará el interés de ellos en el tema que está tratando de ilustrar. Pero debe tener abiertos sus propios ojos, de otro modo no verá esos cuadros. Fue Salomón quien dijo: «El sabio tiene sus ojos en su cabeza»; y dirigiéndose a un hombre así, escribió: «Tus ojos miren lo recto, y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante». ¿Por qué habla de mirar con los párpados? Creo que quiere decir que los párpados deben encerrar aquello que los ojos han visto. Ya saben que existe una gran diferencia entre un

hombre con ojos y otro que no los tiene: el primero se sienta al lado de un río y percibe muchas cosas que le interesan y le instruyen; pero el segundo, en ese mismo lugar, es como el caballero acerca del cual escribió Wordsworth:

Una prímula en la margen de un río,
una prímula amarilla, eso era,
y no era otra cosa para él.

Si te resulta difícil ilustrar los tema que escoges, te recomendaría encarecidamente que *intentases enseñar a niños* siempre que tengas la oportunidad de hacerlo: no conozco una forma mejor de instruirte a ti mismo en la utilización de ejemplos, que hacerte cargo a menudo de una clase de escuela dominical o dar charlas a los escolares con tanta frecuencia como puedas. Porque si no pones ejemplos en esas ocasiones, pronto verás que tu lección o tu conferencia te la ilustran los propios niños de una manera muy llamativa: con un fastidio y una desatención generalizada o hablando y jugando.

Cuando era maestro de escuela dominical solía tener una clase de chicos, y si alguna vez me hacía un poco aburrido ellos comenzaban a dar vueltas y a retorcerse en sus asientos, lo cual era una indicación clara de que debía ponerles algún ejemplo o contarles alguna anécdota. Aprendí a contar historias en parte viéndome obligado a hacerlo.

Cierto niño que tenía en mi clase solía decirme: «Maestro, eso es muy aburrido, ¿no puede contarnos un cuento?». Naturalmente, era un niño travieso y podemos suponer que al hacerse mayor habrá ido por mal camino; aunque no estoy en absoluto seguro de ello. Pero yo trataba de contarle el cuento que quería para recuperar su atención. Y me atrevo a decir que algunos de nuestros oyentes, si les permitiéramos hablar durante el sermón, nos pedirían que les contásemos un cuento; es decir, algo que les interesase. Creo que una de las mejores cosas que se pueden hacer para enseñar, tanto a mayores como a niños, es proporcionarles muchos ejemplos y anécdotas.

Creo que sería muy útil para algunos de ustedes, que aún no son adeptos del arte de poner ejemplos, el *leer libros en que haya abundantes metáforas, símiles y figuras*. No voy a tratar este tema en profundidad en esta ocasión, ya que la presente es solo un discurso preliminar a las dos siguientes que espero darles, en las cuales intentaré proporcionarles una serie de recursos en cuanto a fábulas, figuras y parábolas; pero les aconsejo que examinen algunas obras tales como *The Christian in Complete Armour* (El cristiano con toda la armadura), de Gurnall o el *Comentario de Matthew Henry*, con el propósito específico de reparar en todos los ejemplos, figuras, metáforas y símiles que encuentren. Yo aun seleccionaría las contraposiciones: me gusta, por ejemplo, *Metaphors* (Metáforas), de Keach, en este autor donde señala la disparidad que existe entre el tipo y el antitipo. A veces, los contrastes entre diferentes personas u objetos son tan instructivos como sus semejanzas.

Cuando hayas leído el libro una vez intentando resaltar todas las figuras, dale un repaso y anota todos aquellos ejemplos que hayas pasado por alto en tu primera lectura. Probablemente te habrás saltado muchos, y te sorprenderá descubrir que hay *ejemplos hasta en las palabras mismas*. ¡Con cuánta frecuencia una palabra constituye en sí misma una figura! Algunos de los términos más expresivos del lenguaje humano son valiosas gemas que han pasado muchas veces ante tus ojos, pero que no has

tenido el tiempo de manejar debidamente o de valorar. En tu segundo examen del libro, quizá notarás aquello que se te escapó la primera vez, y descubrirás muchos ejemplos que simplemente se insinúan en lugar de presentarse extensamente. Haz lo mismo que te he aconsejado con tantos otros libros: consigue ejemplares que puedas permitirte marcar con un lápiz de color, para tener la certeza de ver fácilmente los ejemplos, o anota estos en uno de tus cuadernos.

Estoy convencido de que aquellos hermanos que empiezan pronto a llevar una relación de estas cosas actúan con sabiduría. Los libros de notas personales de los antiguos puritanos tenían un valor inestimable para ellos, y jamás habrían sido capaces de compilar obras tan maravillosas como las suyas de no haber recopilado y ordenado su material bajo enunciados distintos. Así, todo lo que habían leído alguna vez acerca de cualquier tema quedaba bien guardado y conservado; y podían referirse con facilidad a cualquier punto que necesitaran, refrescarse la memoria al respecto y comprobar sus citas. A algunos de nosotros, que estamos muy ocupados, se nos puede eximir de ese trabajo —debemos hacer las cosas lo mejor que podamos—; pero aquellos de ustedes que van a tener menos responsabilidades, especialmente en las zonas rurales, deberían llevar un libro personal de notas o, de otro modo, me temo que se convertirán en predicadores bastante mediocres.

Tu selección de símiles, metáforas, parábolas y figuras no estará completa a menos que *escudriñes las Escrituras en busca de los ejemplos consignados en ellas*. Las alusiones bíblicas son el mejor método para ilustrar y reforzar las verdades del evangelio; y al predicador que está familiarizado con su Biblia jamás le faltarán ejemplos de todo lo que es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». El Señor ha debido de querer que utilicemos su Palabra, o de otro modo no nos hubiera dado, en el Antiguo Testamento, tal cantidad de tipos y símbolos de verdades que serían más tarde plenamente reveladas en la dispensación del evangelio.

Una colección tan grande de ejemplos como la que les he sugerido les será muy útil en días venideros, y las comparaciones y figuras utilizadas por otros les recordarán que deben confeccionar las suyas propias. La familiaridad con una cosa nos hace expertos en ella, y practicando podemos aprender a hacer casi lo que sea. Supongo que, con tiempo, sería capaz de saber cómo se hace una cuba, si estuviera en compañía de alguien dedicado a ello. Aprendería a poner las tablillas y los aros simplemente con pasar el tiempo suficiente en el taller del tonelero; y tengo la seguridad de que cualquiera de ustedes podría aprender cualquier cosa que deseara siempre que contase con el tiempo y las oportunidades necesarias. De modo que, si se esfuerzan por encontrar ejemplos, aprenderán a componerlos ustedes mismos.

Esto me trae al último punto de mi conferencia. Empecé el discurso advirtiéndoles contra la práctica de componer anécdotas; y la concluyo recomendándoles que, con frecuencia, *se pongan la tarea de confeccionar ejemplos*. Intenten hacer comparaciones con las cosas que les rodean. Creo que valdría la pena, de cuando en cuando, cerrar la puerta de tu despacho y decirte a ti mismo: «No saldré de esta habitación hasta que haya compuesto al menos media docena de buenos ejemplos». Los chinos dicen que el intelecto se encuentra en el estómago, y que los sentimientos están también radicados ahí. Creo que tienen razón en cuanto a lo segundo: porque si quieres mucho a alguien, por ejemplo a tu esposa, dices que te la comerías; e igualmente que tal o cual persona es muy dulce y agradable. Así

que, probablemente, también el intelecto se halle en el estómago y, por consiguiente, cuando llevas encerrado dos o tres horas y comienzas a desear tu comida o tu cena, puedes verte estimulado a confeccionar los seis ejemplos que he mencionado como mínimo. Tu despacho sería una verdadera cárcel si no lograras hacer tantas comparaciones útiles como esas partiendo de los diferentes objetos que hay en la habitación. Y diría que hasta una cárcel nos sugeriría muchas metáforas. No quisiera que tuvieses que ir a la cárcel para eso; pero si alguna vez fuera ese tu caso, deberías ser capaz de aprender a predicar de un modo interesante acerca de un pasaje como el que dice: «Saca mi alma de la cárcel»; o de ese otro que narra: «Y estuvo allí en la cárcel. Pero Jehová estaba con José».

Si no consigues que tu cerebro funcione en casa, podrías dar un paseo y decirte a ti mismo: «Voy a deambular por los campos, o a salir al jardín, o a pasear por el bosque, para ver si soy capaz de encontrar algún ejemplo. Tal vez hasta podrías mirar los escaparates a fin de descubrir si no te brindan alguna metáfora; o quizá quedarte quieto durante un breve período y escuchar lo que dice la gente que pasa; o detenerte ante un corrillo de ociosos e intentar oír lo que están hablando y considerar qué símbolo puede proporcionarte. También deberías pasar el mayor tiempo posible visitando a los enfermos: esto sería de lo más provechoso, ya que en ese servicio sagrado contarías con muchas oportunidades de obtener ejemplos de los hijos de Dios atribulados mientras escuchas sus diversas experiencias. Es asombroso qué páginas para una nueva enciclopedia de enseñanza ilustrada podrías encontrar escritas con tinta indeleble si fueras a visitar a los enfermos o aun hablando con los niños. Muchos de ellos te dirían cosas que podrías citar en tus sermones con un buen efecto. De cualquier modo, proponte atraer e interesar a la gente por la forma de comunicarles el evangelio. La mitad de la batalla consiste en querer intentarlo, en alcanzar esta resolución determinada: «Con la ayuda de Dios enseñaré a la gente por medio de parábolas, símiles, ejemplos y cualquier otra cosa que pueda serles de utilidad. Y trataré de ser un predicador de la Palabra rigurosamente interesante».

Espero sinceramente que practiquen el arte de confeccionar ejemplos. Intentaré preparar una breve serie de ejercicios para ustedes cada semana, proponiéndoles algún tema y algún objeto entre los cuales exista una semejanza, y les haré que busquen el parecido y las comparaciones que se puedan establecer entre ellos. Si puedo, les sugeriré asimismo un tema sin objeto, y les pediré: «Ilústrenlo; dígannos, por ejemplo, a qué virtud se asemeja». O en otras ocasiones, tal vez les proponga el objeto sin el tema, y les diga: «Un diamante... ¿cómo podrían utilizarlo como ejemplo?». Luego, a veces, quizá no les dé ni el tema ni el objeto, sino que les diga simplemente: «Propónganme ustedes un ejemplo». Creo que de este modo podemos hacer una serie de ejercicios que les serán muy útiles a todos.

La manera de conseguir una mente que vale la pena tener es surtiéndola bien de cosas dignas de guardarse. Naturalmente, el hombre que tenga más ejemplos en la cabeza será el que más los utilice en sus mensajes. Hay algunos predicadores que tienen la protuberancia donde guardan los ejemplos plenamente desarrollada, y que no cabe duda de que pondrán ejemplos para los temas que los ocupen, como no podría ser de otro modo. Ciertos hombres siempre ven parecidos y captan una comparación mucho antes que los demás la vean. Si alguno de ustedes dice que no es bueno poniendo ejemplos, mi respuesta es: «Hermano, si no tienes cuernos en la cabeza debes intentar que te crezcan». Tal vez no seas nunca capaz de desarrollar una gran imaginación o fantasía si no la tienes en un principio

—como resulta difícil convertir en queso una rueda de molino—, pero si te aplicas bien a esta cuestión, puedes mejorar lo que eres ahora.

Creo que algunos individuos presentan una depresión en el cráneo allí donde debería de haber una protuberancia. En cierta ocasión conocí a un joven que se esforzaba por entrar en esta Escuela, pero que no sabía cómo conectar dos cosas entre sí a menos que fuera atándolas por la cola. Me trajo un libro, y cuando lo leí descubrí enseguida que estaba plagado de mis historias y ejemplos; es decir, cada uno de los ejemplos o de los relatos del mismo lo había utilizado yo, pero ninguno de ellos estaba relacionado como debía. Aquel hombre había contado una historia que no se encontraba allí en absoluto: el aspecto mismo que yo quise destacar, él lo había omitido meticulosamente. Todo estaba contado correctamente, salvo la única cosa que constituía la esencia del todo. Naturalmente, me alegré de no tener a aquel hermano en la Escuela: podría haber sido un adorno para nosotros a causa de sus deficiencias, pero no necesitamos de tales adornos; en realidad, ya hemos tenido bastantes.

Por último, queridos hermanos, traten con todas sus fuerzas de obtener la capacidad de ver una parábola, un símil o un ejemplo allí donde deban verlo, ya que en buena medida este es uno de los requisitos más importantes en el hombre destinado a ser un orador público y, especialmente, en aquel que está llamado a ser un eficiente predicador del evangelio de Cristo. Si el Señor Jesucristo hizo un uso tan frecuente de parábolas, debe ser correcto que nosotros hagamos lo mismo.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 5

Algunos libros de fábulas, figuras y parábolas

El propósito que tengo esta tarde, hermanos, es proporcionarles alguna guía en cuanto a ciertos libros en los que pueden encontrar fábulas, figuras y parábolas. Nuestro deseo es predicar de la mejor manera posible y mantener la atención de nuestra congregación desde la primera palabra que pronunciamos hasta el final de nuestro mensaje; por tanto, nos resultará muy útil, no solo hacer uso de ejemplos y anécdotas —de los que ya les he hablado antes—, sino también contar con una buena selección de palabras, un tono variado y tanto material excelente como nos sea posible para iluminar y explicar el tema acerca del cual estamos hablando. Con ese fin, haremos bien en introducir en nuestra predicación tantas parábolas y figuras como podamos.

Quizá deba nuevamente recordarles —como lo he hecho en anteriores discursos— que la enseñanza de Dios mismo fue siempre, principalmente, por medio de parábolas. Todas las ceremonias y los sacrificios típicos de la ley judía no son sino otras tantas parábolas representadas. Se trata de una enseñanza parabólica, simbólica y figurativa. El cordero sacrificado, la sangre rociada, el primogénito muerto, el macho cabrío enviado al desierto, la serpiente de bronce levantada, etc. ya saben ustedes lo que significan: eran una larga serie de parábolas, símbolos y tipos mediante los cual Dios hablaba a los hombres. La mayor parte de la enseñanza del Antiguo Testamento parece haber sido parabólica. Los profetas utilizaban constantemente parábolas y figuras; en realidad, no solo acostumbraban a poner la verdad en forma de parábolas y figuras, sino también de actuaciones teatrales. Muchos condenan cualquier cosa que se parezca al teatro en la predicación; y con ello quiero decir la actuación visible empleando signos y símbolos que acercan la verdad al ojo a la vez que al oído. Los profetas utilizaban ese método con gran profusión. Vemos cómo el Señor ordena a Jeremías que se haga yugos y coyundas y se los ponga sobre el cuello, y luego los envíe a los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón como símbolo de su sometimiento al rey de Babilonia. También a Ezequiel se le mandó que tomara un adobe y dibujara sobre el mismo la ciudad de Jerusalén, pusiera «contra ella sitio, [edificara] contra ella fortaleza, [sacara] contra ella baluarte, y [pusiera] delante de ella campamento, y [colocara] contra ella arietes alrededor». Se le dijo, asimismo, que tomase una plancha de hierro y la pusiera entre sí mismo y la ciudad, para indicar qué clase de sitio sufriría; y todo ello había de ser «señal a la casa de Israel».

No necesito extenderme mencionando las múltiples formas en que los profetas instruían constantemente al antiguo pueblo de Dios mediante signos, símbolos, figuras y parábolas. Si entraras en el púlpito con una flor y, especialmente, si —como hizo Matthew Wilks— exhibieras una balanza dentro del mismo, saldrías en los periódicos y estarías en la picota durante semanas; sin embargo, los profetas tenían el mandamiento divino de actuar como lo hacían y, por tanto, obedecían la Palabra del Señor pensaran o dijesen los hombres lo que quisiesen de sus acciones.

También el Señor mismo utilizaba abundantes símiles: presentaba la verdad de manera que tuviera las más probabilidades posibles de captar la atención de los hombres, tocar sus endurecidos

corazones y alcanzar sus conciencias cauterizadas. Apenas enseñaba alguna cosa a las grandes masas excepto utilizando este método de instrucción: «Y sin parábolas no les hablaba». Después de terminar sus discursos al aire libre para las multitudes, sus discípulos se le acercaban y él les revelaba el significado interior de sus mensajes públicos, y les comunicaba una verdad espiritual más profunda que aquella que sus oyentes ordinarios podían o querían recibir. De modo que, por el uso que nuestro Señor hacía de las parábolas, podemos sacar la conclusión de que se trata de una forma de enseñar sumamente importante, y no podemos hace nada mejor nosotros mismos que emplearla siempre y donde podamos.

Si alguno de ustedes quiere leer un buen artículo acerca de la enseñanza mediante figuras, y especialmente en relación con las parábolas, le aconsejo el «Ensayo introductorio» de Trench a sus *Notes on the Parables of our Lord* (Notas acerca de las parábolas de nuestro Señor), John W. Parker & Son. Allí verán ustedes la distinción que hace entre la parábola y la fábula, la parábola y los *mitos*, la parábola y el proverbio, y la parábola y la alegoría. Y creo que diferencia unas cosas de otras con mucha sabiduría y sensatez. Aunque se podría decir mucho más acerca de la cuestión, lo que él ha escrito como prefacio a dicho libro acerca de las parábolas de nuestro Señor resulta más que suficiente, y hay mucho que cualquier estudiante de las diversas formas de expresión haría bien en asimilar. La conclusión de Trench pone todo el asunto en una forma tan concisa que me aventuro a leérsela a ustedes:

> Resumiendo, entonces, la parábola se diferencia de la fábula por moverse como se mueve en un mundo espiritual sin transgredir nunca el orden de las cosas naturales; del *mito*, porque hay en este una mezcla inconsciente del significado más profundo con el símbolo externo, mientras que en la parábola lo uno y lo otro permanecen separados y separables; del proverbio, porque la parábola es más extensa y, no solo accidental u ocasionalmente, sino por necesidad, figurativa; de la alegoría, porque, comparando como compara una cosa *con* otra, al mismo tiempo mantiene ambas separadas como elementos externo e interno, sin transferir del uno *al* otro propiedades, cualidades y relaciones como hace la alegoría.

Estas distinciones están tan bien definidas que realmente tengo muy poco que añadir a ellas como introducción al tema que nos ocupa esta tarde: ya saben que el *mito* incorpora tanto la parábola que, aunque los más eruditos y reflexivos comprenden su significado, la gente corriente acepta por lo general su forma externa como realidad. Los antiguos paganos, por ejemplo, creían que Faetón había obtenido el permiso de su padre Helios para conducir el carro del sol, y que lo guiaba de una manera tan sumamente temeraria que perdió el control de los caballos y casi sumió al mundo en un incendio, lo cual hubiera hecho de no ser porque Júpiter le lanzó sus rayos, volcó el carro que conducía y destruyó al furioso cochero en el ardiente río Eridano. Pero esa no es la lección que pretende dar el mítico relato: su propósito es señalar cuántos jóvenes inexpertos han intentado gobernar una nación y puesto a esta en dificultades complicadas; o es un ejemplo de cómo, en ocasiones, un mero novicio se ha convertido en maestro y pastor de una iglesia cristiana y, poco después, ha tratado de conducir el carro del sol pero se ha visto lanzado fuera del mismo (si es que Dios, con su misericordia, no ha impedido tal calamidad) para su propia destrucción, y también para la ruina de la pequeña comunidad de la que trataba de ser el cochero.

El mito, ven ustedes, hace que la cubierta exterior parezca realidad en vez de ficción; de modo que extravía a la gente más que la instruye, a menos que se trate de los iniciados que atraviesan la cáscara y llegan a la semilla: la verdad oculta de la multitud.

Tocante a la *alegoría*, que es otra forma del mismo tipo de enseñanza simbólica, se explica a sí misma a medida que transcurre: personifica esto y aquello, y transforma las cualidades en personas; y mientras avanza se revela gradualmente al oyente o al lector corriendo parejas la explicación y el atavío externo. Las alegorías son parábolas extensas; a veces, parábolas desarrolladas hasta en sus aspectos más mínimos. Constituyen los ramales de un gran ferrocarril; mientras que la parábola es la gran línea troncal de la enseñanza y el pensamiento metafórico.

En tus sermones puedes utilizar las alegorías con moderación, pero yo no te aconsejaría que dieras a tus oyentes tantas como se han ofrecido, aun desde los púlpitos, en los viejos tiempos.

No creo que alegorizar de este modo sea muy fácil, y no todos los que lo han intentado han tenido éxito. Yo mismo he probado a hacerlo de vez en cuando; y puede que algunos de ustedes recuerden un sermón mío titulado «Cosas que acompañan a la salvación» (nº 152), el cual constituía una alegoría bajo la forma de una procesión. Pueden estudiar dicho sermón por su cuenta, pero voy a darles unos pocos extractos del mismo para que vean cómo me sentí movido por Dios a exponer su verdad en esa particular ocasión:

> Me senté y medité acerca de este tema: «Cosas que acompañan a la Salvación». Y, después de algún tiempo reflexionando, mis pensamientos adoptaron la forma de una alegoría, como espero presentárselos esta mañana. Comparé la Salvación con un rico y valioso tesoro que Dios, en su infinito amor y misericordia, había determinado enviar al mundo; y recordé que nuestro Señor Jesucristo estaba tan interesado en traer a la tierra esa Salvación que mandó todo lo que tenía y vino él mismo para asistir y acompañar a la misma. Luego me imaginé una gran procesión de personajes luminosos que recorrían este país, llevando en su medio la sagrada joya de la Salvación. Levanté la vista hacia arriba y distinguí una poderosa vanguardia que había ya alcanzado las orillas de la Eternidad. Miré alrededor de la Salvación, y la vi siempre asistida por diversas virtudes y gracias semejantes a tropas de soldados las cuales la guardaban en la carroza, alrededor de sus costados y en su parte de atrás…
>
> Imagínense luego ustedes el séquito de algún antiguo monarca cruzando su territorio. Leemos acerca de potentados orientales de la Antigüedad, que parecían más fantásticos que reales, marchando con miles de estandartes al aire y con toda clase de riquezas en su comitiva. Ahora tienen ustedes que tomar esto como la base de mi alegoría, y suponer que la Salvación es el tesoro sagrado que se lleva por el mundo acompañado en su viaje de guardias, por delante y por detrás.
>
> Comenzaremos, entonces, con *la avanzada que ha acompañado a la Salvación*; o, más bien, que *ha ido delante de ella*. Luego nos ocuparemos de *aquellos que inmediatamente la precedieron*; a continuación, de *quienes la acompañaron yendo a su lado*; y concluiremos reparando en *la retaguardia que sirve a esta Salvación de nuestro Dios*.
>
> I. En primer lugar, entonces, EN LOS DESPLAZAMIENTOS DE TROPAS Y EJÉRCITOS, HAY ALGUNAS AVANZADILLAS QUE VAN MUY POR DELANTE DEL RESTO DE LOS SOLDADOS. Así, también, en este séquito hay un determinado grupo de grandes y poderosas «cosas que acompañan a la Salvación», las cuales la han precedido de lejos para prepararle el camino. Les voy a dar los nombres de esos prodigiosos Titanes que han ido por delante. El primero de ellos se llama *Elección*; el segundo, *Predestinación*; el tercero,

Redención; y el capital de todos ellos, *Pacto.*

Antes de que la Salvación entrara en este mundo, a la cabeza de todos iba Elección, cuyo trabajo consistía en buscar alojamiento para la Salvación. Elección recorrió el mundo marcando las casas adonde la Salvación había de llegar, y los corazones en los que el tesoro tenía que depositarse. Elección miró por toda la raza humana, desde Adán hasta el último hombre, y marcó con un sello sagrado a aquellos para quienes se había destinado la Salvación. «Le será necesario pasar por Samaria» —dijo Elección—, y la Salvación tuvo que pasar por allí».

Luego llegó Predestinación, quien no simplemente marcó la casa, sino que cartografió el camino por el que la Salvación había de viajar hasta la misma. Predestinación ordenó cada paso del gran ejército de la Salvación: el momento en que el pecador debía ser traído a Cristo, la manera como debía salvarse, los medios que se emplearían para ello... marcó la hora y el momento exactos cuando Dios Espíritu Santo tenía que vivificar a los muertos en pecados y cuando debía pronunciarse la paz y el perdón mediante la sangre de Jesús. Predestinación marcó la senda de manera tan perfecta, que la Salvación jamás se sale de los límites trazados, ni pierde el camino. Cada uno de los pasos de Misericordia fueron ordenados en el decreto eterno del Dios soberano. Como nada sucede en este mundo por azar, y hasta el momento previsto de una riada está tan predeterminado como la entronización de un rey, no era conveniente dejar la salvación a la suerte; por lo cual, Dios ha cartografiado el lugar en que esta debía plantar su tienda, el número de pasos que tendría que dar hasta dicha tienda y el momento en el que llegaría allí.

Seguidamente llegó Redención. El camino era accidentado; y aunque Elección había marcado la casa y Predestinación cartografiado la ruta, el camino estaba tan obstruido que la Salvación no pudo viajar por el mismo hasta que quedó expedito. Y allá que fue Redención: tenía solo un arma, que era la absolutamente victoriosa cruz de Cristo. Allí se alzaban las montañas de nuestros pecados, pero Redención las golpeó y estas se hendieron por la mitad formando un valle para que marcharan a través del mismo los redimidos del Señor. También estaba la gran sima de la ira ofendida de Dios; sin embargo, Redención tendió un puente sobre ella con la cruz, y así dejó una senda por donde pudieran pasar al otro lado los ejércitos del Señor. Redención ha abierto túneles en cada montaña, secado todos los mares, nivelado cada monte alto y rellenado todos los valles, de modo que el camino de la Salvación es ahora llano y sencillo. Dios puede ser el Justo y el que justifica al que cree en Jesús.

Ahora bien, esta santa avanzada llevaba como estandarte el Pacto Eterno. La Elección, la Predestinación y la Redención —las cosas que han precedido, más allá de donde alcanza la vista—, todas se reúnen para la batalla bajo esta enseña: el Pacto, el Pacto Eterno, ordenado en todo y seguro. Nosotros sabemos y creemos que, antes de que la estrella de la mañana sorprendiera a las sombras tenebrosas, Dios había pactado con su Hijo que este debería morir y pagar un precio de rescate, y que Dios Padre le daría a Jesús «una gran multitud, la cual nadie podía contar», la cual sería comprada con su sangre y, por medio de esa sangre, salvada con seguridad. Ahora, cuando Elección avanza, lleva consigo el Pacto, y estos son escogidos en el Pacto de gracia. Cuando Predestinación va adelante y traza el camino de Salvación, proclama el Pacto. «Señaló los lugares del pueblo según las tribus de Israel». Y también Redención, indicando a la sangre preciosa de Cristo, reclama la Salvación para aquellos comprados con sangre, porque el Pacto ha decretado que es de ellos.

Pero, queridos hermanos, esta avanzada está tan por delante de nosotros que ni ustedes ni yo podemos verlos. Se trata de doctrinas verdaderas pero muy misteriosas, más allá del alcance de nuestra vista; pero si queremos ver la Salvación, no debemos cejar hasta que percibamos esa avanzada, porque

sus componentes se hallan tan alejadas que solo el ojo de la fe puede alcanzarlas. Debemos contar con el sagrado anteojo, ese divino telescopio de la fe, porque de otro modo jamás tendremos «la convicción de lo que no se ve». Descansemos seguros, sin embargo, en que si poseemos la Salvación también la elección es nuestra. El que cree es elegido; quienquiera que se confíe a Cristo confesándose pecador culpable es, ciertamente, un hijo escogido de Dios. Tan ciertamente como crees en el Salvador y vas a él, fuiste predestinado a hacerlo desde toda la eternidad, y tu fe es la gran señal y evidencia de que eres un escogido de Dios precioso a sus ojos. ¿Crees? Entonces la Elección es tuya. ¿Crees? Entonces la Predestinación te pertenece tan ciertamente como que estás vivo. ¿Confías solo en Jesús? Entonces no temas: la Redención era para ti. Así que esa gran avanzada que ha alcanzado ya el collado celestial, y preparado el lugar donde los elegidos reposarán eternamente en el regazo de su Dios, no nos aterrorizará.

III. Y ahora llega LA SALVACIÓN EN TODA SU PLENITUD. Las «cosas que pertenecen a la salvación» desfilan gloriosamente delante de ella: desde la Elección hasta estos preciosos capullos de virtud en el corazón del pecador. ¡Qué considerable ejército! Ciertamente los ángeles vuelan a veces sobre ellos admirados de esta brillante formación que anuncia la Salvación al alma. Y ahora pasa el precioso ataúd incrustado de joyas y piedras preciosas, obra divina, sobre el cual jamás se alzó martillo alguno. Se batió y moldeó sobre el yunque del Poder Eterno, y se vació en el molde de la Sempiterna Sabiduría, pero jamás lo profanó ninguna mano de hombre, y sus incrustaciones de gemas son tan inefablemente preciosas que aunque se vendieran el Cielo y la tierra jamás podrían comprar otra Salvación.

¿Y quiénes son esas que la rodean de cerca? Son las tres encantadoras hermanas que tienen siempre la custodia del tesoro. Ustedes las conocen, porque sus nombres son corrientes en las Escrituras: se llaman Fe, Esperanza y Amor, las tres hermanas divinas. Estas tienen la Salvación en sus entrañas y la llevan consigo sobre sus lomos por dondequiera que van. *Fe* echa mano de Cristo y confía plenamente en él: lo arriesga todo a su sangre y sacrificio, y no tiene más confianza que esa. *Esperanza* mira a Jesucristo en la gloria con mirada radiante, y espera que vuelva pronto. Luego dirige sus ojos hacia abajo y, viendo a la sombría muerte en su camino, espera que la superará en victoria. Y tu, tierno *Amor*, la más brillante de las tres, aquella cuyas palabras son notas musicales y sus ojos estrellas. Amor también mira hacia Cristo y está enamorada de él: lo ama en todos sus oficios, adora su presencia, reverencia sus palabras y está preparada para atar su cuerpo a la estaca y dar la vida por aquel que amarró su propio cuerpo a la cruz a fin de morir por ella. ¡Tierno Amor, bien ha hecho Dios en encomendarte la custodia de su obra sagrada! Fe, Esperanza y Amor, ¿dime, pecador, tienes a estas tres? ¿Crees que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Crees que mediante la eficacia de sus méritos verás con gozo el rostro de tu Hacedor? ¿Le amas? ¿Cuentas con estas tres virtudes? Si las tienes, posees la Salvación. Y teniendo tales cosas eres verdaderamente rico y dichoso ya que Dios, por el Pacto, es tuyo. Proyecta tu mirada hacia adelante y recuerda que la Elección es tuya, que la Predestinación y el Decreto Soberano son tuyos también. Recuerda que el terror de la ley ha pasado, el corazón quebrantado está sanado, has recibido ya el consuelo de la religión, y las virtudes espirituales están empezando a florecer. ¡Eres heredero de la inmortalidad, y te espera un futuro glorioso! Estas son las «cosas que pertenecen [o acompañan] a la salvación».

IV. A continuación tienen que ser pacientes conmigo durante unos pocos minutos más: HE DE HABLARLES DE LA RETAGUARDIA. Es imposible que con una vanguardia semejante, la Gracia quedara desatendida por detrás. Veamos ahora los que siguen a la Salvación. Así como había cuatro brillantes querubines que iban delante de la misma —sus nombres, como recordarán, eran Humildad,

Arrepentimiento, Oración y Conciencia tierna—, hay también otros cuatro que la siguen y penetran con solemne pompa en el corazón del pecador. El primero es Gratitud, siempre cantando: «Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre». Luego, Gratitud lleva asido de la mano a su hijo Obediencia: «Oh Maestro —dice el corazón—, has hecho tanto por mí que quiero obedecerte». Acompañando a esta hermosa virtud está otra llamada Consagración: un espíritu blanco y puro sin rastros mundanos, todo de Dios y todo oro puro, de la cabeza a los pies. Y conectado con este resplandeciente, tenemos a Conocimiento, con su rostro sereno y solemne…

Ahora bien, ¿tienes tú a estos cuatro? Se trata más bien de los sucesores de la Salvación que de sus heraldos. «¡Oh sí —puede decir el creyente—, confío en que tengo a Gratitud, Obediencia, Consagración y Conocimiento!». No quiero cansarles, pero hay tres resplandecientes más que siguen a estos cuatro y no debo olvidarme de ellos, porque constituyen la flor de aquellos brotes. Tenemos a Celo, con sus ojos de fuego y su corazón llameante, su lengua ardiente, una mano que nunca se cansa y miembros que no se fatigan. El Celo, que vuela alrededor del mundo con sus alas más rápidas que el relámpago y, aun así, considera su vuelo demasiado lento para lo que él quisiera. El Celo, siempre listo para obedecer, renunciando invariablemente a sí mismo por Cristo, comprometido diligentemente en alguna buena causa. Este tal Celo siempre habita cerca de otro llamado Comunión, el más piadoso sin duda de toda la comitiva: un ángel espiritualizado, un ángel purificado y hecho más angélico. Comunión invoca en secreto a su Dios, y en lo secreto Dios lo ve. Se conforma a la imagen de Jesucristo, camina en sus pisadas y recuesta perpetuamente la cabeza en su seno. Como una consecuencia natural, al otro lado de Comunión —quien con una mano tiene asido a Celo— está Gozo, gozo en el Espíritu: que tiene el ojo más vivaracho que el que pueda proporcionar jamás la diversión mundana a la belleza mortal, y unos pies ligeros que brincan sobre los montes de la calamidad, cantando acerca de la fidelidad y el amor mientras anda por los más escabrosos senderos. El Gozo, como el ruiseñor, canta en la oscuridad y puede alabar a Dios en la tormenta, y vocear sus elevadas alabanzas durante la tempestad. Ciertamente, este es digno resplandeciente de ir detrás de la Salvación.

Ya casi he terminado. Justo después está Perseverancia: definitiva, cierta y garantizada. Luego sigue Santificación completa, por medio de la cual se purifica el corazón de todo pecado y se hace tan blanco y puro como Dios mismo. Ahora hemos llegado hasta la retaguardia misma del ejército; pero recuerda, así como había una vanguardia tan adelantada que no podíamos ver a los que la componían, hay una retaguardia tan retrasada que aún no somos capaces de contemplar a sus integrantes. Intentemos simplemente percibirlos con los ojos de la fe… Escucha, puedo oír sonar la trompeta de plata: hay una gloriosa formación allá atrás. Un guardia, muy, muy lejano, viene siguiendo los pasos de los héroes vencedores que ya han barrido por completo nuestros pecados. ¿No ves, en cabeza, a uno a quien los hombres representan como un esqueleto? Míralo: no es el rey del terror. Te conozco, Muerte, te conozco: los hombres miserables te han representado falsamente. No eres ningún espectro, ni tu mano lleva aguijón, no eres demacrada y horripilante. Te conozco, querubín resplandeciente: no llevas un aguijón en tu mano, sino una llave de oro que abre las puertas del Paraíso. Eres hermoso de aspecto, y tus alas son como alas de paloma cubiertas de plata, con amarillez de oro. Ahí tenemos a ese ángel: la Muerte; y a su sucesor: la Resurrección. Veo a tres seres resplandecientes: uno se llama Confianza, ¡contémplenlo! Este mira a la Muerte sin miedo en sus ojos ni palidez en su frente. Mira como la santa Confianza desfila con paso firme: el frío y estremecedor río de la Muerte no le hiela la sangre. Y contempla, tras de ella, a su hermana Victoria: óyela mientras grita: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?». La última palabra, «victoria», se ve ahogada por *los gritos de*

los ángeles. Estos ponen de relieve la retaguardia. Los ángeles llevan a los espíritus de los redimidos hasta el seno del Salvador…

Lejos de un mundo de pena y pecado,
encerrados eternamente con Dios,
para siempre son ellos benditos.

En *Things New and Old* (Cosas nuevas y viejas), John Spencer presenta ciertas alegorías curiosas. Una de ellas (casi diría yo) es capaz de hacer reír a un gato; por tanto, no les aconsejaría que la empleasen. En realidad, la utilización habitual de las alegorías es un asunto en cierto modo delicado y precisa más sentido común del que un tonto tiene o que la mayoría de nosotros llegaremos probablemente a poseer. He aquí dos de las alegorías de Spencer:

¿CÓMO ES QUE NO SIEMPRE RESULTA EVIDENTE LA VERDAD?
Hubo un tiempo cuando la verdad era tenida en alta estima; pero a causa de la envidia de sus enemigos, perdió la honra y, finalmente, fue expulsada de la ciudad. Allí, sentada en un montón de estiércol, triste y descontenta, divisó una carroza que venía hacia ella acompañada por una numerosa tropa. Inmediatamente reconoció quién iba dentro: su gran enemiga, la Sra. Mentira, ataviada de tafetán tornasolado y con su carruaje cubierto de sombras de todos los colores del arco iris. A uno de sus lados iban Desvergüenza e Hipocresía, Calumnia y Difamación en el otro, como acompañantes; Perjurio la conducía todo el camino; y muchos, más de los que podamos imaginar, iban en el cortejo. Cuando llegó adonde estaba la Verdad, ordenó que la llevasen cautiva para su mayor triunfo. Por la noche le iba bien, y nada le faltaba; pero al llegar la mañana se iba sin pagar, afirmando que había saldado la cuenta la noche anterior. Las acompañantes, después de considerar el asunto, dieron la razón a su señora; solo Verdad confesó que no se había pagado nada, y se vio obligada, por tanto, a abonarlo todo. La siguiente noche, la señora hizo lo mismo; pero, además, cometió una gran atrocidad y, al ser llevada ante el juez, Desvergüenza e Hipocresía comenzaron a justificar a su señora, Perjurio la declaró inocente, Calumnia y Difamación echaron toda la culpa a la pobre Verdad, quien debería ser ajusticiada por lo que no había hecho. El juez preguntó si tenía algo que alegar en su defensa, y ella no pudo decir sino que era inocente; tampoco tenía amigos que la defendieran. Pero, finalmente, se levantó Tiempo —un letrado serio y con experiencia, y un elocuente orador—, quien pidió la venia del tribunal para examinar el asunto un poco mejor, no fuera que un inocente pagase por el criminal. Se le acordó la petición, y Tiempo comenzó a disipar las sombras de la carroza de la señora, desenmascaró su horrible cara, desveló a todos sus seguidores y dejó claro, por último, que la Sra. Mentira era la culpable de toda aquella infamia. De modo que, con la ayuda de Tiempo, Verdad fue declarada inocente y puesta en libertad.

Y así sucede que, aunque la verdad es grande y triunfa al final, sin embargo no siempre resulta evidente, sino que tropieza en la plaza (Is. 59:14) y es pisoteada durante algún tiempo. Puede sufrir abusos, ser desterrada y puesta entre mentiras y falsedad —sí, y hasta ser ejecutada y enterrada—, cuando no tiene tiempo de demostrar su inocencia hasta que ya es demasiado tarde para salvarse. Por eso el apóstol no dice: «Y ahora permanece la verdad» —porque la verdad se destierra a menudo—; sino: «*Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor*» (1 Co. 13:13), virtudes que dan ser a cada cristiano, del tipo que no puede proporcionar la verdad manifestada. Porque yo puedo creer en Cristo, tener la esperanza del Cielo y amar a mis enemigos aunque me defrauden; pero sin estas cosas no puedo ser cristiano.

LA HONRA Y LA DIGNIDAD DEL MINISTERIO

Hay una historia acerca de cómo, habiendo dejado el Rey de Jerusalén el Castillo de la Verdad al cuidado y bajo la protección de su mejor vasallo —el Celo—, el Rey de Arabia, con un ejército innumerable vino contra la fortaleza, la cercó en un asedio irresistible, cortó todos los pasos, todo el socorro, todas las esperanzas de ayuda amiga, carne y municiones. Celo, reconociendo esto y viendo que aquella situación extrema casi le había llevado a chocarle la mano al desaliento, reunió a su consejo de guerra y les reveló su desdichada condición, la fuerza de su enemigo, la violencia del asedio y la imposibilidad de mandar ya fueran mensajes o cartas al Gran Rey, su Señor, para poder recibir de él nuevas fuerzas y nuevo aliento. Por lo cual, siendo tan grande la necesidad de la ocasión, decidieron que no había más solución que entregar la fortaleza —aunque bajo unos términos muy exigentes— en manos del enemigo. Pero Celo vacila ante la decisión, y reacio a perder la esperanza en tanto que esta tuviera un hilo o cabello de que pender, les dijo que contaba con un amigo o compañero en el Castillo que era tan sabio, valiente y afortunado que solo a él y a sus hazañas confiaría la administración de su seguridad. Se trataba de Oración, capellán del Gran Rey y sacerdote de aquella colonia. Así que llamaron a Oración y, una vez debatidos todos los procedimientos, este se armó de humildad, clemencia, sinceridad y fervor, y a pesar del enemigo, se abrió paso y logró llegar hasta el Rey su Señor, y con tan conmovedora pasión habló a los oídos de este que, de inmediato, se reclutaron fuerzas, las cuales volvieron bajo la guía de Oración, rompieron el asedio, derrotaron al Rey de Arabia, saquearon su campamento y dieron al Castillo de la Verdad su ilustre libertad primitiva. Una vez ejecutado aquello, Celo coronó a Oración con coronas de olivo, de roble y de laurel, lo colocó a su derecha y dijo, por amor a él, que el ministerio siempre había de desfilar en primera línea de honor.

Y ciertamente, ¿quién aparte de los reyes buscaría preceder en honra a los ministros de la Palabra de Dios que dedican sus espíritus principalmente a la gloria de Dios y a la gente —especialmente los timoteos en su casas, los crisóstomos en sus púlpitos y los agustines en sus controversias—, que son justos en sus palabras, sabios en sus consejos, vigilantes y diligentes y fieles en la ejecución de sus planes?

Viniendo ahora a mi propósito principal, y comenzando con mi lista de libros de figuras, etc., hablaré primeramente de las *fábulas*. En mi opinión, *podemos* utilizar las fábulas en nuestra enseñanza pública. La intención de la fábula es terrena: enseña, por lo general, alguna máxima humana, alguna porción de sabiduría de este mundo y, en ocasiones, una mera sagacidad astuta y egoísta. Puesto que esta es el alma de la fábula, su cuerpo es también consecuente con ello: ya que tiene que ver habitualmente con una mezcla de diálogos entre animales, bestias, pájaros, peces, piedras y qué se yo cuántas cosas más. La fábula pura pocas veces se presta al uso en el púlpito, ya que es una distorsión de la naturaleza que está muy bien como guía respecto de las costumbres entre los hombres, pero no resulta apropiada para enseñar a nuestros oyentes las verdades de la Biblia. No quiero decir que las fábulas mientan, porque no existe la más mínima intención en ellas de engañar; y supongo que nadie habrá sido jamás inducido a creer que el gallo de la fábula hablase alguna vez al buey o la zorra hiciese nunca aquellos juiciosos comentarios acerca de las uvas. Aun así, la forma de las fábulas no es la de la verdad estricta, ni se adapta, por tanto, habitualmente, al uso por parte del ministro cristiano, el cual se eleva en su vuelo a temas más altos que aquellos que la fábula está destinada a embellecer o explicar. No obstante, creo que hay un libro publicado acerca de cómo se pueden espiritualizar las

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

fábulas de Esopo, y otros varios en los que la moraleja de dichas fábulas se aplican de distintas formas. El Dr. Martín Lutero, que es una gran autoridad en el asunto, dice que en su estimación las fábulas de Esopo ocupan el segundo lugar después de su Biblia, y que lo que la Biblia es a las cosas celestiales, dichas fábulas lo son a las terrenales. Eso es lo que él piensa, y su opinión debería tener mucho peso para nosotros, ya que no se trata de un juez menor en cuanto a lo que es útil para los predicadores.

Esopo es el escritor de fábulas más temprano del que tengamos noticia. Se dice que nació en Sardis, una ciudad de Lidia, en el año 620 a. C.; aunque algunos escritores defienden que era frigio, o tracio, o de Samos, y otros niegan que tal persona haya existido jamás y lo consideran meramente un personaje mitológico. Muchas de sus fábulas que podemos utilizar no son fábulas en absoluto: lo son, simplemente, en su forma y apariencia, y unos pocos cambios las convierten de inmediato en parábolas. Permítanme leerles una o dos para demostrárselo.

> Un arquero muy diestro fue a las montañas en busca de caza, y todos los animales del bosque huyeron al acercarse el hombre. Solo el león le desafió a pelear. Inmediatamente, el arquero lanzó al aire una flecha y le dijo: «Te envío mi mensajero, para que te enseñe cómo seré yo cuando te ataque». De este modo herido, el león escapó muy atemorizado, y a un zorro que le exhortaba a no acobardarse huyendo al primer ataque, le respondió: «En vano me aconsejas; ya que si envía mensajeros tan terribles, ¿cómo resistiré el ataque del hombre en sí?».

Bueno, esta fábula tiene algo de verdad: si no podemos resistir las flechas, ¿cómo esperaremos vencer al hacha de combate del guerrero? Si no somos capaces de soportar la enfermedad que viene como un dardo lanzado por el arco de Dios, tampoco podemos esperar resistir la potencia de Dios mismo. Si las aflicciones que él envía a manera de flecha agujerean y hieren tan terriblemente el corazón, ¿cuál no será el poder de Dios cuando él mismo venga a juzgar al pecador delincuente? Tal vez ya hayas percibido que la razón por la que esta fábula se acomoda tan fácilmente a la verdad escrituraria es que, en el fondo, no se trata de una fábula, sino de una cuestión de hecho. Un león podría pensar, al verse herido por una flecha —digamos que en un ojo—, que un enemigo muy poderoso lo estaba atacando y, probablemente, haría todo lo posible por escapar de un adversario tan temible. No es necesario, en realidad, que introduzcamos un zorro, ni una palabra de parte del arquero o del león mismo. En el fondo, la fábula supone un hecho general, por eso se puede transformar en parábola. Otras de las fábulas de Esopo no son fábulas en absoluto. He aquí una que no lo es…

> LAS MOSCAS Y EL TARRO DE MIEL
> Habiéndose volcado un tarro de miel en la habitación de una ama de casa, su dulzura atrajo a un enjambre de moscas; las cuales, posándose de patas en ella, comían ávidamente. Sin embargo, sus extremidades quedaron tan untadas de miel que las moscas no pudieron usar las alas ni liberarse, y acabaron asfixiadas. En el momento mismo de expirar, exclamaron: «¡Qué criaturas tan necias somos, ya que nos hemos destruido por un poco de placer!».

Lo único de fábula que hay en esto es que se hace hablar a las moscas; pero no tenemos más que despojar al relato de la personificación y nos quedaremos con el hecho de que, por unos pocos momentos de placer comiendo la miel, aquellas moscas perdieron sus vidas. Ahí tienes una parábola

que puedes fácilmente aprovechar.

Como consecuencia de una larga observación de los libros de fábulas, he descubierto que, cuando lees una fábula que no es realmente una fábula, tienes una parábola de utilidad para el ministerio cristiano. Por tanto, estudia a fondo las fábulas de Esopo e introdúcelas en ocasiones en tus mensajes.

La siguiente tampoco es una fábula:

> EL BAÑO DEL NIÑO
> Un niño que estaba bañándose en el río corría peligro de ahogarse. Por tanto, gritó a un viajero que pasaba por allí pidiéndole ayuda; y este, en vez de tenderle una mano de socorro, se quedó a un lado despreocupado y regañó al niño por su imprudencia. «¡Señor, por favor —gritó el muchacho—, ayúdeme ahora y regáñeme después!».

No necesitan que les diga que hay algunos predicadores los cuales están siempre amonestando al pecador, el cual muy bien pudiera gritar: «¡Mejor harías en predicarme a Jesucristo y regañarme más tarde!». ¡Qué regañina le da a su poseedor una conciencia verdaderamente iluminada con relación a los pecados pasados!

Mis pecados ya están perdonados;
pero su dolor consiste
en que supusieron para ti, Señor,
tanta pena y tanta angustia.

Hablar de dificultades doctrinales, o recriminar a los pecadores por sus errores, estaría fuera de lugar cuando este busca al Salvador; pero comunicarle el plan de salvación, exhortarle a echar mano de la vida eterna, ese es el trabajo presente de ustedes.

Luego tenemos esa famosa parábola acerca de «El viento del norte y el sol», que no es en absoluto una fábula.

> El viento del norte y el sol disputaban acerca de cuál era el más poderoso, y acordaron que deberían declarar vencedor a aquel que despojase primero de su ropa a un caminante. El viento del norte fue el primero en probar su poder y sopló con todas sus fuerzas; pero cuanto más fuertes eran sus ráfagas, tanto más se apretaba el viajero su capa alrededor del cuerpo. Hasta que por fin, renunciando a toda esperanza de victoria, llamó al sol para ver lo que este podía hacer. De repente, el sol irradió todo su calor y el caminante, tan pronto como sintió los cálidos rayos, se fue quitando una prenda tras otra; hasta que, por fin, rendido de calor, se desnudó y se dio un baño en un riachuelo que había en su camino.

El sol fue el vencedor, demostrando así que es el amor lo que conquista el corazón. Esta parábola se puede fácilmente espiritualizar, empleándola para enseñar que, aunque el viento y los tornados de la ley pueden a veces arrancarle la capa a un caminante, mucho más a menudo hacen que este abrace sus pecados y se envuelva más en su propia justicia. En cambio, la dulzura y el amor de Jesucristo desarman a los hombres y les hacen arrojar tanto sus pecados como su hipocresía.

La ley y el terror, cuando van solos,
nada hacen sino endurecer;

pero pronto el corazón de piedra cede
cuando la sangre le aplica su poder.

Y he aquí otra de las parábolas de Esopo que no tienen nada de fábula:

EL ROBLE Y LOS JUNCOS

Un roble muy grande resultó arrancado por el viento y echado sobre un arroyo. Cayó entre algunos juncos, a los que dijo lo siguiente: «Me pregunto cómo estos fuertes vientos no los aplastan por completo». A lo que ellos respondieron: «Tú luchas y contiendes con el viento, y por eso el viento te destruye; nosotros, por el contrario, nos plegamos al más suave soplo de aire y así permanecemos intactos y escapamos».

Aquí no hay fábula alguna, si dejamos a un lado la conversación entre el roble y los juncos; es un hecho que el árbol cae porque se niega a ceder al vendaval; mientras que los juncos se doblan ante la brisa y no se rompen. Debemos ya sea inclinarnos o rompernos; y bienaventurados aquellos que saben inclinarse en sumisión a la voluntad de Dios, cantando como Faber:

Me inclino a tu deseo, Dios,
y adoro todos tus caminos.
Cada día que viva buscaré
el agradarte yo más en los míos.

La siguiente es también más una parábola que una fábula:

EL NIÑO Y LAS AVELLANAS

Un niño metió la mano en un jarro lleno de avellanas. Agarró tantas como pudo abarcar; pero cuando intentó sacar el puño, el cuello de la vasija se lo impidió. No dispuesto a perder sus avellanas, y sin embargo incapaz de extraer la mano, el pequeño se echó a llorar y lamentó amargamente su decepción. Entonces, un espectador le dijo: «Si te contentas con la mitad podrás sacar fácilmente la mano».

Este es un hecho que muchas veces ocurre, y que demuestra cuán vana es la codicia y qué imposible resulta para un niño avaricioso o para un codicioso adulto ser feliz. Ya sabes que puedes intentar demasiado y no hacer nada en realidad; o agarrar más de lo razonable y perderlo todo.

He aquí otras dos de las fábulas de Esopo que no son fábulas:

EL PICHÓN SEDIENTO

Un pichón asediado por la sed vio una copa con agua pintada en un cartel. No dándose cuenta de que se trataba solo de un dibujo, voló hacia el mismo con fuerte aleteo y se abalanzó inadvertidamente contra el anuncio, sufriendo un terrible choque. Habiéndose roto un ala con el golpe, cayó a tierra y fue atrapado por uno de los transeúntes.

LOS BUEYES Y LOS EJES DEL CARRO

Un grupo de bueyes tiraba de un pesado carro por un camino rural, y los ejes del mismo crujían y chirriaban tremendamente. Entonces los bueyes se volvieron y les dijeron a las ruedas: «¡Eh, ustedes, por qué hacen tanto ruido! Somos nosotros quienes soportamos todo el trabajo y deberíamos quejarnos en vez de ustedes».

Ya basta en cuanto al libro de *Las fábulas de Esopo*, que constituirá un almacén de ejemplos para ustedes si las utilizan discretamente.

Viniendo ahora a las *parábolas* propiamente dichas, lo mejor que puedo hacer es indicarles dónde encontrar algunas. Y, en primer lugar —como saben—, hay un buen número de ellas en *El progreso del peregrino*, de John Bunyan. Las escenas que Cristiano contempló en casa del Intérprete y en el palacio Hermoso constituyen algunas de las parábolas más ricas y mejores que puedan encontrarse en la literatura humana. Ciertamente, con excepción de aquellas contadas por nuestro Señor mismo, ninguna las supera.

Tenemos la parábola del hombre que estaba barriendo la habitación y casi ahogó al peregrino con el polvo que levantaba, hasta que la doncella que estaba presente roció el piso con agua. Luego están los dos niños, Pasión y Paciencia; el fuego que ardía junto a la pared y que el agua no era capaz de apagar, porque se alimentaba secretamente su llama con aceite; el hombre en la jaula de hierro; y otras que no voy a recordarles ahora, pero que deberían saberse de memoria.

Sin embargo, puede que ustedes no sepan que John Bunyan escribió un libro para niños y niñas de figuras divinas o cosas temporales espiritualizadas (*A Book for Boys and Girls, Divine Emblems, or Temporal Things Spiritualized*) que contiene algunas parábolas excelentes. Se trata en realidad de figuras. No diré que la poesía de esas figuras supere la de Milton, o rivalice siquiera con aquella de Cowper, pero su significado es bueno. Miren esta, por ejemplo:

ACERCA DEL PEDERNAL EN EL AGUA
Este pedernal ha estado allí,
en el camino de las corrientes cristalinas,
y, sin embargo, sigue siendo una roca
como antes: antes de que tocara el agua
o llegara allí.
Su dureza no ha disminuido.
No se deja penetrar por el agua;
aunque esta posee la virtud de ablandar,
no puede disolver el pedernal.
Sí, aunque todavía permanezca en el agua,
aún retiene su naturaleza inflamable,
y si con su opuesto lo confrontas,
en tu rostro mismo escupirá su fuego.

COMPARACIÓN
El pedernal es la figura
de quienes están bajo la Palabra
toda su vida, como piedras.
Las corrientes cristalinas
no han cambiado su naturaleza,
ni la gracia los ha alejado

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

de sus concupiscencias.

Se podrá decir lo que se quiera acerca de la rima (en el inglés), pero la metáfora es muy buena. Y esta es la siguiente que les propongo:

ACERCA DE LA CUERDA DEL PEÓN
El niño hace bailar el peón,
con el látigo de su cuerda.
De acá para allá lo hace saltar y brincar,
y sin la cuerda el peón no puede bailar.

COMPARACIÓN
El legalista es como ese ingenioso peón:
sin el látigo de cuerda no hace obra alguna.
Pero deja que lo fustigue Moisés y,
entonces, saltará y brincará.
Renuncia a emplear el látigo,
y nada será capaz de hacer.

Esta también es muy buena en cuanto a la doctrina. He aquí otra de las figuras de Bunyan:

ACERCA DEL MENDIGO
Está necesitado, pide y alega que es pobre;
los que están en casa le niegan la limosna.
Él repite y agrava su pena;
pero los otros lo rechazan, sin darle alivio.
Él mendiga, y ellos le dicen: «¡Vete!»
A él no le afecta.
Tose y suspira mostrando que no se ha ido.
Ellos lo ignoran, pero él repite sus quejas.
«¡No!», le dicen aún; y él se lamenta.
Lo llaman vago y cosas más severas;
su lloro se hace aún más estridente,
proclamando a los cuatro vientos su desdicha.
Por fin, cuando ven que el «No» no acepta,
sin más tardar, por fin, le dan limosna.

COMPARACIÓN
Este mendigo es como los que oran,
pidiéndole a Dios misericordia,
y no aceptan un «No» por su respuesta;
sino que esperan, y consideran
que las negativas duras que reciben

no son más que demoras paternales.
Por tanto, almas suplicantes,
imiten al mendigo y como él lloren.
Nada es comparable a la importunidad.

Creo que podemos aceptar la deficiencia en la rima cuando se nos da una enseñanza tan buena como esta. Les ofrezco una figura adicional de Bunyan:

EL NIÑO Y LA MARIPOSA
Mira que entusiasmado el niño está
con la mariposa, como si esta envolviera
todo el gozo, los beneficios, los honores,
hasta los placeres duraderos;
o como si los más ricos tesoros
estuvieran juntos en ella empaquetados,
siendo así que es más ligera que una pluma.
Él grita, corre y anuncia: «¡Aquí, chicos,
aquí!». Tampoco teme a las zarzas
o a las ortigas; tropieza en las toperas,
se levanta y corre nuevamente
como loco...
Todo ese trabajo y griterío
solo por una simple mariposa.

COMPARACIÓN
Este pequeño es figura de los hombres
cuyos corazones están del todo en este mundo.
Para mí la mariposa representa las cosas
mejores, pero pasajeras, del mundo.
No son sino pintadas vanidades y falsos
goces, como la pobre mariposa lo es
a nuestros niños. El correr por las ortigas,
los espinos y las zarzas para gratificar
sus deseos infantiles, o sus brincos sobre
las madrigueras de los topos
a fin de alcanzar la mariposa, manifiestan
claramente los peligros que corren
ciertos hombres por lograr lo
que solo efímeramente durará.
En sus elecciones, los hombres pueden
parecer mucho más sabios que los niños

—pues no corren detrás de mariposas—,
cuando ¡ay!, ellos a los niños siguen
como si de imberbes mozalbetes se tratara.

En su Prefacio, John Bunyan le dice al «Amable lector» qué razones le han llevado a escribir este libro, y las personas a que va dirigido. Esto indica que está pensado para niños:

La portada te explicará, si en ella miras,
quiénes son los recipientes de este libro.
Se trata de niños y de niñas
de todas las clases y todas las edades:
desde los mayores hasta los más pequeños.
Ellos me tientan a ser tan inclusivo
con las señas infantiles que me hacen.
Tenemos ahora niños que usan barba,
y niñas que serán enormes cuando viejas,
pidiendo seriedad.
No me culpes, por tanto, si así yo los describo.
No quisiera adularlos, a fin de no inducirlos
a tener mejor concepto de sí mismos
que de los bebés en sus estantes tienen
los hombres que son sabios.

La palabra «bebés» aquí significa láminas; solían llamarlas «babs» (de ahí «*babies*») porque las ponían para los niños; de modo que, hasta hace poco, los diccionarios ingleses recogían el término, no refiriéndose a los niños pequeños sino a las láminas en cuestión. La palabra «bebés» («*babies*») también se utilizaba en los viejos tiempos para las muñecas; puede que sea este el significado de la expresión «los bebés en sus estantes». Pero Bunyan continúa diciendo:

Sus viejos trucos, ademanes fantásticos, maneras,
muestran que como niñas y niños ellos juegan
con los frenéticos perifollos de la época,
y tanto a plena vista como en una escena.
Nuestros hombres con barba actúan, de ese modo,
como imberbes jovenzuelos; y nuestras mujeres
se complacen con juguetes infantiles.
Nuestros ministros, de palabra y por escrito,
ya ha mucho que a ellos se enfrentaron, tratándolos,
no como niños, sino como que hombres fueran.
Tronaron contra ellos y contra sus juguetes,
pero no los alcanzaron, porque eran niños y niñas.
Cargando mejor les dispararon, más ampliamente,

pero quizá tan alto que a los enanos no acertaron.
En vez de hombres, niñas y niños encontraron,
adictos solo a los juguetes infantiles.
Por tanto, querido lector, para salvar a algunos,
juego con ellos a los mismos juegos;
y puesto que a la seriedad le dicen: «¡Bah!»,
mi barba escondo en la maleza y, necio,
a toquetear sus juguetes me dedico, mostrando
que mi trato es solo con niños y con niñas.

No los retendré más por esta tarde, solo espero haberles podido dirigir hacia algunos libros realmente útiles en lo que a fábulas, figuras y parábolas se refiere.

Discurso 6

Las ciencias como fuentes de ejemplos

ASTRONOMÍA

Me propongo, hermanos, si puedo —y estoy un poco dudoso en cuanto a ello—, darles una serie de conferencias a intervalos, acerca de LAS DIVERSAS CIENCIAS COMO FUENTES DE EJEMPLOS. Me parece a mí que todo estudiante para el ministerio cristiano debería saber por lo menos algo respecto de cada una de las ciencias. Tendría que inmiscuirse en toda forma de conocimiento que pudiera ser útil para el trabajo de su vida. Dios ha hecho todas las cosas que hay en el mundo para que sean nuestros maestros, y cada una de ellas tiene algo que enseñarnos. De igual modo que jamás será un estudiante meticuloso aquel que no asiste a todas las clases a que se espera que vaya, tampoco obtendrá nunca toda la comida que necesita su alma, ni es probable que alcance la perfección de la madurez mental que le ha de capacitar para ser un maestro de otros plenamente equipado, quien no aprende de todas las cosas que Dios ha hecho.

Comenzaré por la ciencia de la Astronomía, y desde el principio comprenderán ustedes que no voy a darles un discurso sobre esta materia, ni a mencionar todos los hechos y detalles de esta fascinante ciencia. Me propongo sencillamente utilizar *la Astronomía como uno de los muchos campos de ejemplos que el Señor nos ha proporcionado.* Permítanme decirles, sin embargo, que esta ciencia en sí misma debería recibir atención abundante de parte de todos nosotros. Está relacionada con muchas de las más grandes maravillas de la naturaleza, y su efecto sobre la mente es verdaderamente maravilloso. Los temas acerca de los cuales discurre la Astronomía son tan magníficos, y los prodigios que revela el telescopio, tan sublimes, que muy a menudo algunas mentes que han sido incapaces de recibir enseñanza por otros conductos, se han mostrado admirablemente receptivas mientras estudiaban esta ciencia. Tenemos el ejemplo de un hermano que fue estudiante en esta Escuela y que parecía terriblemente torpe. Pensábamos de veras que jamás lograría aprender nada, y que, desesperados, tendríamos que darle por perdido. Sin embargo, le presenté un librito titulado *El joven astrónomo* (The Young Astronomer), y más tarde contó que, mientras lo leía, sintió como si algo se hubiera quebrado en el interior de su cabeza o se hubiese hecho saltar alguna cuerda. Había captado unas ideas tan grandes que creo que su cráneo verdaderamente experimentó una expansión, la cual debería haber tenido en su infancia y que obtuvo por la fuerza maravillosa de aquellos pensamientos que el estudio de los elementos mismos de la ciencia astronómica le sugirió.

Esta ciencia debería ser el deleite especial de los ministros del evangelio; ya que, ciertamente, nos pone en una relación más estrecha con Dios que casi cualquier otra de las disciplinas científicas. Se ha dicho que el astrónomo irreligioso está loco. Yo diría que cualquier hombre irreligioso lo está, y con la peor de las locuras. Pero, ciertamente, aquel que se ha familiarizado con las estrellas del cielo, y que aún no ha descubierto al gran Padre de las luces —el Señor que las hizo todas—, debe estar afligido por una locura extrema. A pesar de todo su saber, debe de tener una incapacidad mental que lo coloca

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.
Exportado de Software Bíblico Logos, 9:58 a. m. 5 de agosto de 2022.

casi por debajo del nivel de las bestias que perecen.

Kepler, el gran matemático y astrónomo, que tan bien ha explicado muchas de las leyes que gobiernan en universo, termina uno de sus libros —*Harmonices Mundi*— con esta reverente y piadosa expresión de sus sentimientos:

> Te doy gracias, Señor y Creador, por haberme dado alegría mediante tu creación; porque me he sentido cautivado por la obra de tus manos. He revelado a la humanidad la gloria de tus hechos, en la medida que mi mente limitada podía concebir su infinitud. Si al hacerlo hubiera presentado alguna cosa indigna de ti, o buscado mi propia fama, ten a bien misericordiosamente perdonarme.

Y ya saben ustedes cómo el imponente Newton —un verdadero príncipe entre los hijos de los hombres— se sentía continuamente movido a arrodillarse cuando miraba a los cielos y descubría nuevas maravillas en la estrellada bóveda celeste. Por tanto, la ciencia que hace que los hombres se inclinen humildemente delante del Señor, debería constituir siempre uno de nuestros temas de estudio favoritos, puesto que nuestra ocupación es inculcar la reverencia hacia Dios en todos aquellos que se ponen bajo nuestra influencia.

La ciencia de la Astronomía jamás hubiera sido accesible para nosotros, en muchos de sus extraordinarios detalles, si no fuera por el descubrimiento o la invención del *telescopio*. La verdad es grande, pero no tiene un efecto salvífico en nosotros hasta que nos familiarizamos personalmente con ella: el conocimiento del evangelio —como se nos revela en la Palabra de Dios— la convierte en realidad para nosotros y, a menudo, la Biblia nos supone lo mismo que el telescopio para los astrónomos. Las Escrituras no crean la verdad, pero la revelan de manera que nuestro pobre y débil intelecto, iluminado por el Espíritu Santo, pueda contemplarla y entenderla.

Un libro con el que estoy en deuda por muchas de las citas de este discurso[1] me dice que el telescopio se inventó de esta singular manera:

> Un fabricante de espejuelos de Middleburg, dio por casualidad con el descubrimiento porque sus hijos le hicieron notar el aspecto ampliado de la veleta de una iglesia al mirarla accidentalmente a través de dos lentes de espejuelos sostenidos entre los dedos separados por una cierta distancia. Aquel fue uno de los actos involuntarios de la niñez, y pocas veces se ha visto un ejemplo paralelo de resultados tan imponentes como consecuencia de semejantes circunstancias baladíes. Resulta extraño reflexionar acerca del hecho de que las ocurrencias juguetonas de los niños quedaran conectadas en sus resultados, y antes de no mucho tiempo, con la ampliación de los límites conocidos del sistema planetario, descomponiendo la nebulosa de Orión y revelando la riqueza del firmamento.

De forma similar, un simple accidente ha sido a menudo el medio para revelar a los hombres las maravillas de la gracia divina. Lo que para cierto individuo solo significaba un jugueteo con las cosas de Dios, el Señor lo sobrepujó para la salvación de su alma. El hombre había entrado con objeto de escuchar un sermón —como hubiera podido asistir al teatro para presenciar una pieza dramática—, pero el Espíritu de Dios transmitió la verdad a su corazón y le reveló las cosas profundas del Reino y su propio interés en ellas.

[1] Milner, Thomas: *The Heavens and the Earth: A Popular Handbook of Astronomy* (Religious Tract Society).

Creo que ese incidente del descubrimiento del telescopio se podría utilizar con provecho como ejemplo de la relación que existe entre causas pequeñas y grandes resultados, y de cómo la providencia de Dios está convirtiendo continuamente cosas insignificantes en medios para producir importantes y maravillosas revoluciones. A menudo puede suceder que aquello que a nosotros nos parece un asunto meramente accidental, que no tiene nada de extraordinario, produzca el efecto de cambiar el curso entero de nuestra vida, e influya también para que las vidas de muchos otros se vuelvan en una dirección bastante nueva.

Una vez descubierto el telescopio, el número, la posición y los movimientos de las estrellas se hicieron cada vez más visibles, hasta el punto de que en la actualidad podemos estudiar las maravillas del espacio sideral y aprender continuamente más y más de los portentos que la mano de Dios ha exhibido en el mismo. El telescopio nos ha revelado mucho más acerca del sol, la luna y las estrellas de lo que hubiéramos descubierto jamás sin su ayuda. Los nativos africanos llamaban al Dr. Livingstone —en razón de su frecuente uso del sextante mientras viajaba por África— el hombre blanco que podía hacer descender el sol y transportarlo debajo de su brazo. Esto es lo que el telescopio ha hecho por nosotros; y esto es lo que la fe en el evangelio hace por nosotros en cuanto a los cielos espirituales: ha traído abajo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y nos ha dado las elevadas cosas eternas como posesión presente y gozo perpetuo.

De modo que, como ven ustedes, el telescopio mismo puede utilizarse como fuente de muchos valiosos ejemplos. Y también podemos beneficiarnos mucho de las lecciones que nos proporciona el estudio de las estrellas en cuanto a la navegación. El marinero que cruza el ignoto mar, puede dirigirse con precisión hasta su deseado puerto por medio de observaciones astronómicas. El capitán Basil Hall nos cuenta, en el libro que ya he mencionado anteriormente, que…

> en una ocasión navegaba desde San Blas, en la costa occidental de México, y después de un viaje de casi 13 000 km a lo largo de ochenta y nueve días, llegó a la costa de Río de Janeiro, habiendo atravesado durante ese intervalo el océano Pacífico, doblado el cabo de Hornos y cruzado el Atlántico Sur sin divisar tierra o ver un solo barco aparte de un ballenero americano. Cuando se encontraba a una semana de navegación de Río, se propuso seriamente determinar la posición de su barco observando la luna, y luego mantuvo su rumbo mediante los simples principios de navegación que pueden utilizarse para cortas distancias entre un puerto conocido y otro. A continuación, habiendo llegado a lo que, según sus cálculos, eran 15 o 20 millas de la costa, se puso al pairo, a las 4:00 de la madrugada, para esperar a que rompiera el día, y luego puso rumbo a sotavento, moviéndose cautelosamente por causa de una espesa niebla. Cuando esta se hubo disipado, la tribulación tuvo el gusto de ver la roca del Pan de Azúcar, que se yergue a un lado de la boca del puerto, tan cerca delante de ellos que no necesitaban alterar su rumbo por encima de una cuarta para toparse con la entrada del puerto. Aquella era la primera tierra que habían visto después de casi tres meses, tras cruzar todos aquellos mares y ser empujados hacia delante y hacia atrás por innumerables corrientes y vientos contrarios. El efecto que tuvo sobre toda la tripulación fue electrizante; y los marineros, dando rienda suelta a su admiración, recibieron al capitán con un caluroso aplauso.

De manera parecida, también nosotros somos guiados por los cuerpos celestes sin avistar tierra durante largo tiempo, y a veces sin ver siquiera algún barco pasar. Sin embargo, si nuestras

observaciones son correctas, y seguimos el rumbo que nos señalan, tendremos la gran bendición de ver justo delante de nosotros, cuando estemos a punto de concluir nuestro viaje, no ya la gran roca del Pan de Azúcar, sino el hermoso Puerto de la Gloria. No necesitaremos alterar el rumbo ni una sola cuarta. Y mientras estemos entrando en el puerto celestial, entonaremos majestuosos cánticos de gozo, no en honor de nuestra propia destreza, sino para alabar a nuestro maravilloso Timonel y Capitán, que nos habrá guiado sobre el mar tempestuoso de la vida y nos habrá capacitado para navegar seguros aun cuando no podíamos ver el rumbo que debíamos seguir.

Kepler hace un sabio comentario cuando se refiere al sistema matemático con que podía predecirse el curso de una estrella. Después de describir el resultado de sus observaciones, y de anunciar su firme convicción de que la voluntad de Dios es el poder supremo que rige las leyes de la naturaleza, dice:

> Pero si hubiera algún hombre demasiado lerdo para recibir este conocimiento, le aconsejo que deje la escuela de la Astronomía y siga su propio camino. Que desista de este vagar por el universo y, alzando sus ojos naturales, con los que únicamente ve, se derrame en alabanzas a Dios el Creador en su propio corazón. Estoy seguro de que no adorará menos de esta manera al Creador que lo que lo hace el astrónomo, al que Dios le ha concedido ver más claramente con su ojo interior y quien, por lo que él mismo ha descubierto, puede glorificar y glorifica a Dios.

Este es, creo yo, un hermoso ejemplo de lo que puedes decirle a cualquier hombre ignorante de tu congregación:

> Mira, amigo, si no eres capaz de entender este sistema teológico que te he explicado, si estas doctrinas te parecen absolutamente incomprensibles, si no puedes seguirme en mi crítica del texto griego, si no comprendes del todo la idea poética que acabo de intentar darte y que es tan encantadora para mi propia mente, aun así, si sabes únicamente que tu Biblia es verdad, que eres pecador y que Jesucristo es tu Salvador, sigue tu camino y adórale, y piensa en Dios como eres capaz de hacerlo. No te preocupes de los astrónomos, y de los telescopios, y de las estrellas, y del sol y de la luna; adora al Señor de tu propia manera. Aparte por completo de mi conocimiento teológico, y de la explicación de las doctrinas reveladas en las Escrituras, la Biblia misma —y la preciosa verdad que has recibido en tu propia alma por el poder del Espíritu Santo— será suficiente para hacer de ti un adorador aceptable del Dios Altísimo.

Supongo que todos ustedes son conscientes de que entre los sistemas antiguos de Astronomía había uno que colocaba a la tierra en el centro y hacía que el sol, la luna y las estrellas girasen en torno a ella. Sus tres principios fundamentales eran la inmovilidad de la tierra, su posición central y el giro diario de todos los cuerpos celestes alrededor de ella en órbitas circulares.

Ahora bien, de igual manera, hay una forma de idear un sistema de teología que haga del hombre su centro, lo cual lleva implícito que Cristo y su sacrificio expiatorio tienen por objeto únicamente al hombre, y que el Espíritu Santo es meramente un gran Agente para el beneficio humano. Aun la existencia del Padre grande y glorioso ha de considerarse simplemente en función de la felicidad del hombre. Bueno, puede que ese sea el sistema teológico que algunos adoptan; pero nosotros, hermanos, no debemos caer en ese error, porque así como la tierra no es el centro del universo tampoco el hombre es el ser más encumbrado. A Dios le ha placido exaltar mucho al hombre, pero debemos recordar lo que el salmista dice acerca del mismo: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,

la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?». Y en otro lugar, David expresa: «Oh Jehová, ¿qué es el hombre, para que en él pienses, o el hijo del hombre, para que lo estimes? El hombre es semejante a la vanidad; sus días son como la sombra que pasa». El hombre no puede ser el centro del universo teológico —es un ser, en suma, demasiado insignificante como para ocupar esa posición—, y el plan de la redención debe existir con algún otro propósito que el de meramente hacer felices o aun santos a los hombres. La salvación del hombre debe ser, con toda seguridad y primeramente, para la gloria de Dios; y cuando descubrimos el sistema según el cual Dios está en el centro, gobernando y controlando todo según el puro afecto de su voluntad, hemos hallado la forma correcta de la doctrina cristiana. No empequeñezcas al hombre haciendo parecer que no cuenta nada para Dios; porque, si lo haces, estarás difamando a Dios mismo. Dale al hombre la posición que Dios le ha asignado y, al hacerlo, tendrás un sistema teológico en el que todas las verdades de la revelación y la experiencia se moverán en un orden y una armonía gloriosos alrededor del gran orbe central, que es el divino y soberano Señor del universo, Dios sobre todas las cosas, bendito para siempre.

Cualquiera de ustedes puede, no obstante, cometer otro error, imaginando ser él mismo el centro de un sistema. Esta estúpida idea es un buen ejemplo, creo yo. Hay algunos hombres cuyos principios fundamentales son, primeramente, su propia inmovilidad —lo que son es lo que siempre serán, tienen razón y nadie puede perturbarlos—; en segundo lugar, creen que ellos ocupan una posición central: el sol sale y se pone, y la luna crece y mengua, para ellos. Para ellos existen también sus esposas; para ellos nacieron sus hijos; para ellos todo ocupa el lugar que Dios le asignó en el universo; y ellos juzgan todas las cosas según su propia regla: «¿De qué manera me beneficia eso *a mí*?». Ese es el principio y el fin de su gran sistema; y ellos esperan que giren diariamente a su alrededor, si no todos los cuerpos celestes, desde luego sí todos los terrenales. El sol, la luna y las once estrellas deben inclinarse delante de ellos. Pues bien, hermanos, esa es una teoría desacreditada por lo que a la tierra se refiere, y no hay verdad alguna en una noción semejante en relación con nosotros. Podemos acariciar esa idea equivocada, pero el público en general no lo hará; y cuanto antes la gracia de Dios la eche fuera de nosotros tanto mejor, para que podamos ocupar nuestra debida posición en un sistema mucho más elevado que cualquiera de los que pudiéramos ser nosotros el centro. De modo que el sol y no la tierra es el centro del sistema solar; sistema que es probablemente, por otra parte, un pequeño e insignificante rincón del universo, aunque incluya un espacio tan extenso que si yo fuera capaz de darte sus medidas reales no podrías formarte ni la menor idea de lo que verdaderamente representan. Sin embargo, ese enorme sistema, comparado con todo el universo de Dios, podría ser solo un simple grano de polvo en la orilla del mar. Y hay miles de millares y millares de sistemas, algunos de los cuales están formados por innumerables sistemas más, tan grandes como el nuestro. El magnífico sol tal vez fuera únicamente un planeta que gira en torno a un sol aún mayor, y este mundo simplemente un pequeño satélite de nuestro sol, el cual jamás podrían observar los astrónomos que viviesen en ese sol aún más remoto. El universo que Dios ha hecho es maravilloso; y por mucho que hayamos visto del mismo, no debemos imaginarnos nunca que no hemos descubierto más que una pequeñísima porción de los mundos y mundos que él ha creado.

La tierra y todos los planetas, así como la totalidad de la materia sólida del universo, están

controlados, como sabes, por la fuerza de la atracción. Nos mantenemos en nuestro lugar en el mundo, al girar alrededor del sol, en virtud de dos fuerzas: la fuerza centrípeta —que nos atrae hacia el sol— y la fuerza centrífuga, que se ejemplifica generalmente con la tendencia de las gotas de agua de un hisopo giratorio a salir disparadas en tangente desde el círculo que están describiendo.

Ahora bien, yo creo que de igual manera hay dos fuerzas que siempre actúan sobre todos nosotros: una que nos atrae hacia Dios y la otra que nos aleja de él. Así se nos mantiene en el círculo de la vida. Por mi parte, sin embargo, me alegraré mucho cuando pueda abandonar ese círculo y escapar de la influencia de la fuerza centrífuga. Creo que en el momento que lo haga, tan pronto como la atracción que me separa de Dios se anule, estaré con él en el Cielo; esto no lo dudo. En el momento mismo en que una de las dos fuerzas que influyen en la vida humana se agote, tendremos que ir bien a la deriva hacia el espacio remoto debido a la fuerza centrífuga —¡Dios no lo quiera!— o volar de inmediato hacia el orbe central por la fuerza centrípeta. Cuanto antes se produzca ese glorioso final de la vida, tanto mejor será para nosotros. Yo diría como Agustín de Hipona: «Todas las cosas son atraídas hacia su propio centro; ¡sé tú el centro de mi corazón, oh Dios, mi luz y mi único amor!».

El sol mismo es un cuerpo enorme que se ha podido medir; pero creo que no voy a aburrirles con las cifras, ya que tampoco les darían una idea adecuada de su tamaño real. Basta decir que si metiéramos la tierra y la luna dentro del sol, habría bastante espacio para que los mismos siguieran girando dentro de sus órbitas como lo hacen ahora, sin miedo a chocar con esa corteza exterior que para ellos representarían los cielos.

La luz tarda alrededor de ocho minutos en llegar a nosotros desde el sol, y podemos hacernos una idea de la velocidad a la que viaja cuando pensamos que una bala de cañón, a la máxima velocidad posible, tardaría siete años en llegar allí, o un tren, al ritmo de 50 km por hora y sin parar para aprovisionarse, emplearía más de trescientos cincuenta años en alcanzar la estación terminal. Así se pueden formar ustedes una pequeña idea de la distancia que nos separa del sol; lo cual, en mi opinión, supone una buena ilustración de la fe. Ningún hombre puede saber, si no es por la fe, que el sol existe. Sé que existía hace tan solo ocho minutos, porque veo el rayo de luz que acaba de salir de él y me lo dice; pero no puedo estar seguro de que exista en este mismo momento. Algunas de las estrellas fijas están a una distancia tan grande de la tierra que un rayo de luz procedente de las mismas tarda cientos de años en alcanzarnos, y no sabemos en absoluto si quizá se habrán extinguido hace mucho tiempo. Aun así, seguimos representándolas en nuestro mapa de los cielos y solo podemos mantenerlas allí por la fe; porque, al igual que «por la fe entendemos haber sido hecho el universo por la palabra de Dios», también únicamente por la fe podemos saber que dicho universo existe en este momento. Cuando examinamos más detenidamente el asunto, descubrimos que nuestra vista y todos nuestros sentidos y facultades no son suficientes para proporcionarnos una convicción verdadera acerca de esos cuerpos celestes; por tanto, aún hemos de ejercer la fe. Y así sucede, en un grado bastante elevado, con las cuestiones espirituales: andamos por fe y no por vista.

Que el sol tiene manchas en su cara es un hecho que todo el mundo puede comprobar. De igual manera, si son ustedes soles siempre relucientes y, sin embargo, tienen alguna mancha, la gente lo notará muy pronto y se lo harán saber. Con frecuencia se habla mucho más acerca de las manchas del sol que de su luminosa superficie; y del mismo modo, se hará más referencia a cualquier mancha e

imperfección que los hombres descubran en nuestro carácter, que a las excelencias que puedan verse en nosotros. Durante algún tiempo se afirmó que el sol no tenía en absoluto manchas ni motas. Muchos astrónomos —tanto con la ayuda del telescopio como sin ella— descubrieron, sin embargo, esos parches y sombras en la cara del sol; pero algunos hombres que deberían haber estado mejor informados —es decir, los reverendos padres de la Iglesia— les aseguraron que era imposible que tal cosa fuese cierta. El libro que he citado anteriormente, dice lo siguiente:

> Cuando Scheiner, un jesuita alemán, informó de la evidencia obtenida por sus sentidos a su superior provincial, este último se negó absolutamente a creerle, y le contestó: «He leído muchas veces de principio a fin los escritos de Aristóteles, y puedo asegurarte que jamás he hallado en ellos nada como lo que mencionas. Ve, hijo mío, y tranquilízate: ten por seguro que lo que te parecen manchas en el sol son solo los defectos de tus lentes o de tus propios ojos».

Así que, hermanos, ya conocemos la fuerza del fanatismo y cómo los hombres no verán aquello que está perfectamente claro para nosotros, y que aun cuando se les pongan delante los hechos, no podremos hacer que los crean, sino que los atribuirán a cualquier cosa menos a la verdad auténtica. Me temo que, a menudo se ha tratado la Palabra de Dios de esta misma manera: se niegan obstinadamente las verdades que se revelan clara y absolutamente en ella, porque no encajan con las teorías preconcebidas de los incrédulos.

Ha habido muchísimos intentos de explicar lo que son en realidad las manchas en el sol. Una teoría consiste en decir que la esfera solar está rodeada de una atmósfera luminosa, y que dichas manchas son espacios abiertos en la citada atmósfera a través de los cuales vemos la superficie sólida del sol. No puedo ver razón alguna por la que esa teoría no pudiera ser verdad; y, en tal caso, me parece que explicaría el capítulo 1 de Génesis, en donde se nos dice que Dios creó la luz el primer día, aunque no hizo el sol hasta el día cuarto. ¿Acaso no haría primero la luz y, luego, tomaría el sol, que de otro modo podría haber sido un mundo oscuro, y pondría la luz en el mismo a modo de atmósfera luminosa? Ambas cosas podrían muy bien encajar entre sí; y si esas manchas son en realidad aperturas en la atmósfera luminosa, a través de las cuales podemos ver la oscura superficie del sol, suponen admirables ejemplos de las manchas que los hombres ven en nosotros[2]: estamos vestidos de santidad como si de un ropaje de luz se tratara; pero, de vez en cuando, hay una grieta a través de la cual los observadores pueden percibir el cuerpo oscuro de la depravación natural que aún subsiste en lo mejor de nosotros.

Es peligroso mirar al sol sin protegerse los ojos. Algunos se han aventurado a hacerlo con lentes que no tenían ningún tipo de coloración, y han perdido la vista. Ha habido varios casos de personas que descuidaron accidentalmente el utilizar la clase de cristales adecuados antes de enfocar en el sol el telescopio y se quedaron ciegas. Este es un ejemplo de la necesidad que tenemos de un Mediador y de cuánto precisamos ver a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, ya que de otro modo la excesiva

[2] Hoy se sabe que las manchas solares son oscuras porque su temperatura es más fría que la fotosfera que las rodea, y en ellas se dan fuertes campos magnéticos. La razón por la cual las manchas solares son frías no se entiende aún, pero una posibilidad es que el campo magnético en las manchas no permite la convección debajo de ellas. (N. T.).

gloria de la Deidad puede destruir por completo nuestra capacidad de ver a Dios en absoluto.

No voy a extenderme ahora hablando del efecto del sol sobre la tierra, ya que ello puede tener relación con otra rama de la ciencia distinta de la Astronomía. Baste con decir que las plantas a veces crecerán sin el sol, como puedes haberlo visto en una bodega oscura, ¡pero qué descoloridas están cuando se crían en tales circunstancias! ¡Qué gran placer debió de experimentar Humboldt al entrar en esa gran cueva subterránea llamada la Cueva del Guacharo, en el distrito de Caracas! Se trata de una caverna habitada por pájaros nocturnos frutícolas; he aquí lo que vio el naturalista…

> Las semillas introducidas por los pájaros para sus crías, y caídas a tierra, habían germinado produciendo unos tallos altos y blanquecinos de aspecto espectral y cubiertos de hojas a medio formar. Pero era imposible reconocer las especies a que pertenecían, debido al cambio de forma, color y apariencia que la ausencia de luz había ocasionado. Los indios nativos observaron el rastro de aquella imperfecta organización con una mezcla de curiosidad y miedo, como si se tratara de pálidos y desfigurados fantasmas expulsados de la faz de la tierra.

Así que, hermanos, piensen lo que seríamos ustedes y yo sin la luz del semblante divino. Imagínense a una iglesia creciendo, como hay algunas que lo hacen, sin ninguna luz del Cielo, como cavernas llenas de pájaros extraños y de blanquecina vegetación. ¡Qué sitio tan terrible para visitar! En Roma hay una cueva parecida, y otras en distintas partes de la tierra; pero ¡ay de aquellos que se van a vivir en semejantes cubiles deprimentes!

¡Qué maravilloso efecto produce la luz del rostro de Dios sobre los hombres que tienen en su interior la vida divina pero han estado viviendo en la oscuridad! Los viajeros nos cuentan que, en las extensas selvas del Amazonas y el Orinoco, a veces pueden verse, a gran escala, la influencia de la luz en la coloración de las plantas cuando brotan las yemas en las mismas. Uno de ellos ha dicho:

> Las nubes y la lluvia a veces oscurecen la atmósfera durante varios días consecutivos, y en ese período los botones se expanden formando hojas. Pero dichas hojas tienen una apariencia pálida hasta que aparece el sol; entonces, en unas pocas horas de cielo azul y espléndidamente soleado, su color cambia convirtiéndose en un verde vivo. Se ha referido que, durante veinte días de ese tiempo oscuro y deslustrado, sin que el sol saliera ni siquiera una vez, las hojas se expandieron hasta alcanzar su tamaño completo, pero eran casi blancas; luego, una mañana, el sol empezó a brillar en toda su fuerza, y el color de la selva cambió tan rápidamente que su progreso resultó notable. Hacia la media tarde, toda ella, a lo largo de kilómetros y kilómetros, lucía su habitual vestido de verano.

He ahí un hermoso ejemplo, creo yo, que no necesita explicación alguna: cada uno de ustedes puede aplicarlo por sí mismo al Señor Jesucristo. Como canta el Dr. Watts:

Si en mis tinieblas su luz nace,
mi día amaneció;
Lucero él es de mi alma amable,
y mi radiante sol.

Entonces empezamos a vestirnos de toda clase de hermosura, así como los rayos del sol colorean las hojas. Cada átomo de color que hay en cualquiera de nuestras virtudes, y cada rastro de sabor en

cualquiera de nuestros frutos, se lo debemos a esos brillantes rayos que derrama sobre nosotros el Sol de Justicia, el cual trae en sus alas muchas otras bendiciones además de la salvación.

Puedes observar el efecto del sol sobre la vegetación entre las flores de tu propio jardín. Mira cómo dichas flores se vuelven hacia él siempre que pueden: el girasol, por ejemplo, sigue el curso del sol como si fuera su hijo y mirase cariñosamente hacia arriba al rostro de su padre. Esta planta tiene un aspecto muy parecido al del sol, y creo que es así porque le gusta mucho girarse hacia él. Las innumerables hojas de un campo de tréboles también se vuelven hacia el sol; y todas las plantas, en mayor o menor medida, rinden homenaje a la luz solar a la que tanto le deben.

Aun las plantas en el invernadero, si las observas, no crecen en la dirección que esperarías que lo hicieran si buscaran calor —es decir, hacia el tubo de la estufa de donde procede dicho calor—, ni siquiera hacia el sitio por donde más aire entra; sino que, siempre que pueden, despliegan sus ramas y sus flores en dirección al sol. Así mismo tendríamos que crecer nosotros hacia el Sol de Justicia: por la salud de nuestras almas, debiéramos de volver nuestros rostros hacia ese Sol, como hacía Daniel cuando oraba con la ventana abierta hacia Jerusalén. Nuestro sol se encuentra allí donde está Jesús: inclinemos constantemente todo nuestro ser en dirección a él.

No hace mucho que me topé con un ejemplo notable del poder de los rayos de luz emitidos por el sol. Algunos buzos estaban trabajando en el malecón de Plymouth, y habían descendido en la campana de inmersión hasta una profundidad de 10 m bajo la superficie del agua; pero una lente convexa situada en la parte de arriba de la campana concentró directamente sobre ellos los rayos del sol y les quemó los cascos. Mientras leía la historia, pensaba que aquel era un ejemplo magistral del poder que tiene el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Algunos de nuestros oyentes están por lo menos a 10 m bajo las aguas del pecado, y hasta más abajo, pero aun así, por la gracia de Dios, podemos hacerles sentir el bendito poder abrasador de las verdades que predicamos, aunque no logremos hacerlos arder con esta lente poderosa.

Tal vez, cuando eras niño, tenías una lupa, y si salías afuera con algún amigo que no sabía lo que guardabas en el bolsillo, mientras este estaba sentado tranquilamente a tu lado, sacabas tu lupa y la sostenías durante unos segundos enfocada en el dorso de su mano, hasta que él notaba una sensación bastante fuerte de calor en ese punto. A mí me gustan los hombres que, predicando, concentran los rayos del evangelio sobre los pecadores hasta que les queman.

No esparzas los rayos de luz: resulta posible girar la lente de tal manera que disemines dichos rayos en vez de concentrarlos; pero la mejor forma de predicar es enfocando a Jesucristo, el Sol de Justicia, directamente al corazón del pecador. Esta es la mejor forma que existe de alcanzar a dicho pecador; y si el mismo se encuentra a 10 m bajo el agua, esa lupa te capacitará para llegar hasta él. Pero guárdate de utilizar tu propia vela en lugar del sol, ya que no producirá los mismos resultados.

Como sabes, a veces el sol sufre un eclipse: la luna se interpone entre nosotros y él, y no podemos ver la gran esfera diurna. Supongo que todos hemos presenciado un eclipse total, y posiblemente veremos otro. Se trata de una visión muy interesante; pero me da la impresión de que la gente se ocupa mucho más del sol cuando este se eclipsa que cuando brilla con claridad. No soportan mirarlo día tras día, cuando lanza sus luminosos rayos en una despejada gloria; pero tan pronto como se eclipsa, salen a millares, con sus gafas de sol, y cada niño en la calle sostiene un fragmento de cristal

ahumado a través del cual pueda observar el eclipse.

Del mismo modo, hermanos, no creo que nuestro Señor Jesucristo recibe tanta atención de los hombres como cuando se le presenta como el Salvador sufriente, claramente crucificado entre ellos. Cuando el gran eclipse ensombreció al Sol de Justicia, todos los ojos estuvieron fijos en él, y bien podían estarlo. No dejes de hablar continuamente a tus oyentes acerca de aquel terrible eclipse del Calvario; pero preocúpate también de explicarles los efectos que dicho eclipse tuvo y de decirles que ese prodigioso acontecimiento jamás se repetirá.

¡Míralo, el eclipse del sol ya terminó!
¡Míralo, su sangre de una vez por todas él vertió!

Hablando de eclipses, esto me trae a la memoria que en el libro que ya he mencionado hay una impresionante descripción de uno de dichos eclipses, hecha por un corresponsal que escribió al astrónomo Halley. Se había colocado en Haradow Hill, cerca del extremo oriental de la avenida de Stonehenge —uno de los mejores lugares para la observación— y, desde allí, contempló el eclipse. Acerca del cual escribe:

> Quedamos envueltos en una palpable y completa oscuridad, si se me permite la expresión. Aunque la misma sobrevino rápidamente, yo la estaba observando con tanta atención que pude percibir su progreso. Vino sobre nosotros como una gran capa negra que se nos hubiera arrojado encima, o como una cortina corrida desde ese lado. Los caballos que sujetábamos por la brida parecieron muy impresionados, y se pegaron a nosotros dando muestra de suma sorpresa. Por lo que pude observar, los semblantes de mis amigos tenían un aspecto horrible, y con una involuntaria exclamación de asombro miré a mi alrededor en ese momento: era la visión más terrible que había contemplado en mi vida.

Así, supongo yo, debe de suceder en el reino espiritual. Cuando el sol de ese gran cosmos sufrió el eclipse, todos los hombres quedaron en tinieblas; y cuando se deshonra de alguna manera la cruz de Cristo —o a Cristo mismo—, cada cristiano queda en una oscuridad de la peor especie, ya que no puede estar en la luz cuando su Señor y Dueño se halla en la sombra.

Cierto observador describe lo que vio en Austria, en donde, al parecer, todo el mundo convirtió el eclipse en un día de fiesta y acudió a la llanura con varios instrumentos para contemplar la espectacular visión. Este escritor dice lo siguiente: «El fenómeno con su magnificencia había triunfado sobre la irritabilidad de los jóvenes, la frivolidad que algunas personas asumen como señal de superioridad, la ruidosa indiferencia de que, por lo general, hacen gala los soldados. En el aire reinaba, asimismo, una profunda quietud, y los pájaros habían dejado de cantar». Lo más curioso es que, en Londres, después de un eclipse, cuando los gallos se dieron cuenta de que el sol brillaba de nuevo, todos se pusieron a cantar como si creyeran gozosos que la luz del día había irrumpido victoriosamente a través de la lóbrega noche.

Sin embargo, este maravilloso fenómeno no parece haber atraído siempre la atención de todas las personas que pudieran haberlo presenciado. La historia nos cuenta que, en cierta ocasión, se estaba librando una batalla —creo que fue en Grecia—, y durante el desarrollo de la misma se produjo un eclipse total de sol; pero los guerreros siguieron luchando de todos modos, sin darse cuenta siquiera

de aquel extraordinario suceso. Esto nos muestra que las fuertes pasiones pueden hacernos pasar por alto las circunstancias que nos rodean, y nos enseña también que los compromisos del hombre sobre la tierra son capaces de hacerle olvidar todo aquello que está sucediendo en los cielos. Ahora mismo, leemos acerca de cómo los caballos que se encontraban ociosos en Salisbury Plain temblaron durante el eclipse; pero otro redactor nos cuenta que aquellos que en Italia estaban atareados tirando de carruajes, no parecieron haber reparado en absoluto en el fenómeno, y siguieron su camino de la manera habitual. Así, también, los compromisos de un hombre del mundo son a menudo de una naturaleza tan absorbente que le impiden sentir esas emociones que experimentan otras personas cuyas mentes están más libres para meditar acerca de ellas.

En cierta ocasión me topé con una historia muy bonita referente a un eclipse, la cual probablemente les interesará. Una pobre niñita del municipio de Sièyes, en los Bajos Alpes, estaba guardando su rebaño en la ladera de la montaña a las 6:00 horas de una radiante mañana de verano. El sol había salido y estaba disipando la niebla de la noche, por lo que todos pensaban que aquel sería un espléndido día sin nubes. Pero, poco a poco, la luz se fue oscureciendo, hasta que el sol desapareció por completo y un círculo negro ocupó el lugar del resplandeciente disco; mientras que el aire se volvía frío y una misteriosa penumbra invadía la región entera. Aquella pequeña se sintió tan aterrada por las circunstancias, ciertamente inusuales, que comenzó a llorar y a pedir ayuda a gritos. Sus padres y otros amigos que acudieron a socorrerla, no sabían que hubiera ocurrido un eclipse; de manera que ellos también se sintieron sorprendidos y alarmados, aunque intentaron reconfortarla lo mejor que pudieron. Después de un rato no muy largo, las tinieblas que cubrían el sol se desvanecieron y este volvió a brillar como antes. Entonces la niñita, con toda razón, gritó en el dialecto del distrito: «¡Qué bonito es el sol!». Al leer este relato, pensé que cuando mi corazón había experimentado un eclipse, y la presencia de Cristo se había apartado durante algún tiempo de mí para luego brillar de nuevo, el sol me había parecido sumamente hermoso: aun más radiante y bello que antes de aquellas tinieblas pasajeras. Jesús parecía brillar sobre mí con una luz más pura que nunca antes, y mi alma exclamaba extasiada: «¡Qué hermoso es el Sol de Justicia!».

Creo que con esta historia debemos concluir nuestros ejemplos sacados del sol, ya que deseo también que aprendamos lo más posible de sus planetas y, si queremos visitarlos todos, tendremos que viajar lejos y a gran velocidad.

El planeta más cercano que gira alrededor del sol es Mercurio, a una distancia de 58 millones de kilómetros de la gran luminaria, y recibe por tanto mucha más luz y mucho más calor de ella que los que nos llegan a la tierra. Se cree que hasta en los polos de Mercurio el agua siempre estaría hirviendo; es decir, si dicho planeta estuviera constituido como nuestro mundo. Ninguno de nosotros podría vivir allí; pero eso no significa que otra gente no pueda hacerlo, ya que sería posible para Dios que algunas de sus criaturas vivieran en el fuego del mismo modo que otras viven fuera del mismo. No tengo la menor duda de que, si hay habitantes en Mercurio, disfrutarán del calor; de cualquier modo, en el sentido espiritual, sabemos que los hombres que viven cerca de Jesús moran en la divina llama del amor.

Mercurio es un planeta comparativamente pequeño (con un diámetro de 4789 km, mientras que

el de la tierra es de 12 700 km) y recorre velozmente su órbita alrededor del sol en 88 días: a una velocidad de más de 172 000 km/h; en tanto que la tierra hace un recorrido de alrededor de 104 500 km en ese mismo tiempo. ¡Imagina cruzar el Atlántico en dos o tres minutos! Mercurio parece ser el más denso de los planetas, lo cual es un ejemplo de la sabiduría de Dios: la parte de la maquinaria que gira a más velocidad y experimenta más desgaste natural tenía que estar hecha del material más resistente; y Mercurio es muy fuerte para poder soportar el enorme esfuerzo que supone su rápido movimiento y el gran calor al que se ve sometido.

Esto sirve para ilustrar cómo Dios prepara a cada hombre para el sitio que tiene destinado: si él quiere que yo sea Mercurio —el mensajero de los dioses, como lo llamaban en la Antigüedad— y viaje rápidamente, me dará una fuerza proporcional a mi cometido. Así como la composición de cada planeta, adaptado a la particular posición que ocupa, es una prueba maravillosa del poder y la previsión de Dios, él también adecua a los seres humanos para la esfera de actividad que están llamados a ocupar.

Me gusta ver en la figura de Mercurio a los hijos de Dios llenos de gracia. Mercurio está siempre cerca del sol; en realidad, tan cerca que muy pocas veces se le puede ver. Creo que Copérnico dijo que él jamás lo había contemplado, aunque había estado observando el cielo con sumo cuidado para encontrarlo, y sentía mucho el tener que morir sin haber visto una sola vez ese planeta. Otros sí lo han visto, y ha supuesto un verdadero regalo para ellos el poder observar su rotación. Por lo general, Mercurio se pierde en los rayos del sol, y es allí donde tú y yo deberíamos estar: tan cerca de Cristo —el Sol de Justicia— en nuestra vida y nuestra predicación que la gente que está tratando de observar nuestros movimientos apenas puedan percibirlos. El lema de Pablo debería ser también el nuestro: «Ya no yo, mas Cristo».

Por estar tan cerca del sol, Mercurio es también, al parecer, el menos comprendido de los planetas. Tal vez haya dado más problemas a los astrónomos que ningún otro miembro de la familia celestial. Se le ha prestado mucha atención y se ha intentado descubrir todo acerca de él, pero la tarea ha resultado muy difícil, ya que generalmente está perdido en la gloria solar y nunca aparece en una parte oscura del cielo. Así que creo, hermanos, que cuanto más cerca vivamos de Cristo, tanto más misteriosos resultaremos para toda la humanidad. Cuanto más perdidos estemos en su fulgor, tanto menos podrán comprendernos. Si fuéramos siempre como deberíamos ser, los hombre verían en nosotros un ejemplo del versículo que dice: «Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3:3). Al igual que Mercurio, deberíamos estar tan activos en la órbita que se nos ha asignado que no deberíamos dar tiempo a quienes nos observan para vernos en ninguna posición determinada. Y, seguidamente, tendríamos que estar tan absorbidos en la presencia gloriosa de Cristo que no pudieran percibirnos.

Cuando a Mercurio se le ve desde la tierra, nunca se le percibe en su resplandor, ya que tiene la cara siempre vuelta hacia el sol. Me temo que cuando se nos ve mucho a algunos de nosotros, por lo general se nos contempla como un punto negro: cuando el predicador se destaca mucho en un sermón, siempre hay una mancha de oscuridad. Me gusta que la predicación del evangelio sea enteramente Cristo —el Sol de Justicia—, sin ningún punto negro en absoluto: nada de nosotros, sino todo del Señor Jesucristo. Si hay algún habitante en Mercurio, el sol debe de mostrársele cuatro o

cinco veces más grande que a nosotros; su resplandor sería insoportable para nuestros ojos. ¡Qué visión tan espléndida si pudiéramos fijar nuestra mirada en él! Así que, cuanto más cerca estés de Cristo, tanto más podrás ver de él y tanto más crecerá él en tu estima.

El siguiente planeta después de Mercurio es Venus, a 108 200 000 km del sol y un poco más pequeño que la tierra. Su diámetro es de 12 104 km, comparado con los 12 756 de esta. Venus tarda 225 días en dar la vuelta alrededor del sol, viajando a una velocidad de 128 000 km/h. Cuando el sistema copernicano de astronomía se impuso justamente en el mundo, una de las objeciones al mismo se expresaba de esta manera: «Esta claro que Venus no gira alrededor del sol, porque si lo hiciera debería presentar el mismo aspecto que la luna; es decir, algunas veces mostrarse en creciente, otras como media luna o adoptar la forma llamada *convexa*, y otras aún aparecer como un círculo completo. Pero —decían los objetores señalando a Venus— ella tiene siempre el mismo tamaño; mírenla, no se parece en nada a la luna». Esta era una dificultad que algunos de los primeros astrónomos no podían explicar; ¿pero qué descubrió Galileo cuando pudo volver hacia ese planeta su recién construido telescopio? ¡Pues que Venus pasa por unas fases similares a las de la luna! No siempre podemos verla completamente iluminada, aunque supongo que para nosotros su luz siempre parece igual. En un momento te darás cuenta de por qué es así: cuando la cara del planeta está vuelta hacia nosotros este se encuentra a la mayor distancia de la tierra; por tanto, la luz que nos llega no es mayor que cuando está cerca pero tiene la cara al menos parcialmente oculta de nosotros. A mí estos dos hechos me parecen perfectamente reconciliables; y lo mismo sucede, creo yo, con algunas de las doctrinas de la gracia que confunden a ciertas personas. Estas dicen: «¿Cómo haces que concuerden las dos cosas?». Y yo les respondo: «No sabía que tuviese que demostrar cómo concuerdan. Si Dios me lo hubiera dicho, yo te lo diría a ti; pero como no lo ha hecho, debo dejar el asunto allí donde lo deja la Biblia». Puede que yo no haya descubierto la explicación de la aparente diferencia entre las dos verdades y, sin embargo, pesar de ello, ambas cosas sean perfectamente coherentes entre sí.

Venus es tanto la estrella matutina como la hermosa estrella del ocaso. Se la ha llamado Lucifer, Fósforo (lucero del alba) y también Véspero (lucero de la tarde). Tal vez recuerden la manera como Milton, en su *Paraíso perdido* se refiere a este doble carácter y cometido de Venus:

¡La estrella más hermosa! Última en la comitiva de la noche,
si no perteneces más bien a la alborada.
Promesa segura del día, que coronas con tu brillante anillo
la sonriente mañana: ¡Alábale en tu esfera
mientras se levanta el día!, en la dulce hora del amanecer.

Nuestro Señor Jesucristo se llama a sí mismo «la estrella resplandeciente de la mañana». Cuando él entra en el alma de un hombre es el precursor seguro de esa luz eterna que no volverá a ocultarse jamás. Ahora que Jesús, el Sol de Justicia, ya no está a la vista de los hombres, debemos ser como luceros de la tarde, manteniéndonos tan cerca como podamos del gran Sol central y anunciando al mundo cómo era Jesús por nuestro parecido con él. ¿Acaso no dijo él a sus discípulos «Vosotros sois la luz del mundo»?

El siguiente pequeño planeta que gira alrededor del sol es la tierra: su distancia hasta el astro rey varía entre 148 millones y 153 millones de kilómetros. No se desalienten, caballeros, en sus esperanzas de alcanzar el sol, porque no se encuentran tan alejados de él como los habitantes de Saturno. Si hay algunos seres que residen allí, están cerca de diez veces más lejos del sol que nosotros. Aun así, no creo que ustedes vayan nunca a ocupar un asiento en el carro ardiente de Helios, al menos no en su estado físico actual: es un sitio demasiado caluroso para que se encuentren a gusto en él. La tierra es un poco más grande que Venus, y tarda mucho más en dar la vuelta al sol: su viaje dura doce meses o —hablando con más exactitud— 365 días, 6 horas, 9 minutos y 10 segundos. Este mundo es un negocio muy lento, y me temo que aporta menos a la gloria de Dios que cualquier otro que él haya hecho. No lo he visto desde lejos, pero sospecho que jamás puede brillar tanto como Venus, debido a que a causa del pecado lo envuelve una nube de oscuridad. Supongo que en los días del Milenio se descorrerá la cortina y una luz se arrojará sobre la tierra haciéndola brillar para la gloria de Dios, como sus hermanas del cielo que jamás perdieron su primitivo resplandor. Creo que hasta ahora se han descorrido ya algunas cortinas, y que cada sermón colmado de Cristo que predicamos, enrolla algunas de las brumas y nieblas que hay en la superficie del planeta. Aunque no fuera así en lo natural, por lo menos moral y espiritualmente sí lo es.

A pesar de todo, queridos hermanos, aunque la tierra viaje lentamente si se la compara con Mercurio o con Venus, sin embargo se mueve —como dijo Galileo—, y ello a una velocidad bastante considerable. Me atrevería a decir que si estuvieran ustedes caminando durante veinte minutos sin saber nada acerca de la velocidad a que viaja la tierra, se sorprenderían de que les asegurase que, durante ese breve período de tiempo, habían ustedes recorrido más de 30 000 km, aunque sería cierto. Este libro, que ya nos ha dado mucha información de utilidad, dice lo siguiente:

> Resulta verdaderamente sorprendente que 'despiertos o dormidos, en casa o en el extranjero', estemos siendo arrastrados continuamente en círculo, junto con la masa de la tierra, a una velocidad de 18 km/min, y viajemos por el espacio a más de 100 000 km/h. De modo que, durante los veinte minutos empleados en andar 1,5 km desde el umbral de nuestras casas, se nos está transportando silenciosamente a lo largo de más de 30 000 km desde una parte del espacio hasta otra; y durante las ocho horas de una noche descansando o moviéndonos de acá para allá, se nos traslada una distancia igual a dos veces aquella de la luna.

Nosotros no nos damos en absoluto cuenta de este movimiento, lo cual confirma que las cosas pequeñas, cercanas y tangibles, son a menudo más sobresalientes que las grandes que se hallan más alejadas. Este mundo impresiona a muchos hombres con una fuerza sumamente mayor que el mundo venidero lo haya hecho nunca, ya que solo miran a las cosas que son visibles y temporales. «¡Pero nosotros no sentimos que nos estemos moviendo!», puede que te digas. No, pero lo estás haciendo aunque no tengas conciencia de ello; de modo —pienso yo— que, en ocasiones, cuando un creyente que está avanzando en las cosas divinas no siente que lo esté haciendo, no tiene por qué preocuparse por ello. No estoy seguro, por otra parte, de que quienes se imaginan estar creciendo espiritualmente lo hagan en realidad. Tal vez sea simplemente un cáncer que se está desarrollando dentro de ellos, y cuyas mortales fibras les hacen imaginarse que hay crecimiento en su interior. Por desgracia, lo hay;

pero es un crecimiento para destrucción.

Cuando un hombre piensa que es un cristiano maduro, me recuerda a ese pobre niño que solía ver: tenía una cabeza tan enorme para su cuerpo que a menudo debía reposarla en una almohada, porque pesaba demasiado para que sus hombros la soportaran. Y su madre me contaba que, cuando intentaba ponerse de pie, a menudo se desplomaba desequilibrado por su pesada cabeza. Hay algunas personas que parecen crecer muy deprisa, pero tienen agua en el cerebro y están desproporcionadas; sin embargo, el que crece realmente en la gracia no dice: «¡Vaya, siento que estoy creciendo, bendito sea Dios! Cantemos un himno: «¡Crezco, crezco…!». A veces me ha parecido que estaba menguando, hermanos, y creo que eso es posible y, también, muy deseable. Si somos muy grandes en nuestra propia opinión, es porque tenemos ciertos cánceres, o excrecencias malignas, que hay que operar para que salga todo lo malo que está haciendo que alardeemos de nuestra grandeza.

Ya es hora de que no sintamos que nos movemos; puesto que —como les he recordado— andamos por fe y no por vista. Sin embargo sé que nos estamos moviendo, y estoy convencido de que, en la medida en que la rotación de la tierra me lo permita, estaré otra vez en este mismo lugar, este mismo día, dentro de doce meses. Si alguien me está mirando desde Saturno, me verá cerca de este mismo sitio a menos que el Señor vuelta entretanto, o me llame para que vaya a estar con él.

Si sintiéramos que el mundo se mueve, probablemente sería por alguna obstrucción en la carretera celestial; pero la recorremos tan suave, placenteramente y en silencio, que no la percibimos en absoluto. Creo que el crecimiento en la gracia es bastante parecido a esto. Un bebé crece y, sin embargo, no sabe que está creciendo: la semilla crece en la tierra sin darse cuenta, y del mismo modo también nosotros nos desarrollamos en la vida divina hasta que lleguemos a la medida de la estatura de hombres en Cristo Jesús.

Pendiente de la tierra está la luna: además de su responsabilidad como uno de los planetas que giran alrededor del sol, su cometido es asistir a la tierra y brindarle un gran servicio. Por la noche la ilumina con su gran reflector, según el combustible que tenga para inundarnos con sus rayos, y también actúa sobre la tierra con su poder de atracción; de modo que, como la parte más móvil de nuestro planeta es el agua, la luna atrae a esta hacia sí produciendo las mareas. Esas mareas, a su vez, ayudan a mantener el mundo en un saludable movimiento: son algo así como su corriente sanguínea vital.

La luna sufre eclipses, a veces con bastante frecuencia y mucho más a menudo que el sol, unos fenómenos que han causado mucho pánico. Entre algunas tribus, un eclipse de luna supone una ocasión para la tristeza más profunda. *Sir* R. Schomberg describe así un eclipse total de luna en Santo Domingo:

> Estaba solo sobre el techo plano de la casa donde vivía, contemplando el desarrollo del eclipse, y reconstruía en mi imaginación la viva y extraordinaria escena que había presenciado una vez en el interior de la Guayana, entre los indios supersticiosos y sin instrucción: cómo estos habían salido a toda prisa de sus cabañas al llegarles las primeras noticias del eclipse, farfullando en su idioma mientras hacían gestos violentos y levantaban sus puños cerrados hacia la luna. Cuando, como en esta ocasión, el disco se había perfectamente eclipsado, prorrumpieron en lamentos y tétricamente se acuclillaron en

tierra, escondiendo la cara entre las manos. Las mujeres permanecieron dentro de sus casas durante esa singular escena; y cuando la primera porción de luna que se había desembarazado de la sombra se hizo visible como un reluciente diamante, todos los ojos se volvieron hacia ella. Los indígenas se hablaban unos a otros en voz baja; pero sus comentarios se fueron haciendo cada vez más ruidosos y, a medida que la luz iba en aumento, abandonaban su posición agachada. Una vez que el luminoso disco anunció que el monstruo que trataba de extinguir a la Reina de la Noche había sido derrotado, los indios expresaron su gran alegría con aquel *¡hurra!* tan peculiar que, en el silencio de la noche, podía escucharse desde una gran distancia.

La falta de fe produce el más extraordinario de los miedos y conduce a las acciones más ridículas. El hombre que cree que la luna, aunque momentáneamente oculta, volverá a brillar, considera un eclipse como un curioso fenómeno digno de su atención y cargado de interés; pero aquel otro que teme de veras que Dios esté apagando de un soplo la luz de la luna y que nunca más volverá a ver los brillantes rayos de esta, cae en un estado de terrible desaliento. Tal vez actúe como los hindúes o como algunos africanos hacen durante un eclipse, que aporrean viejos tambores y hacen sonar cuernos de buey, produciendo toda clase de ruidos aterradores para que el dragón que supuestamente se ha tragado a la luna, acabe vomitándola. Esta es la teoría que tienen acerca de los eclipses, y actúan en consecuencia; pero una vez que conocemos la verdad, y especialmente esa verdad de que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados», no tememos que ningún dragón se trague a la luna, ni ninguna otra cosa que los temores de los hombres les hayan hecho imaginar. Si somos ignorantes de la verdad, cualquier suceso que ocurra y que pueda explicarse sin dificultad desde el punto de vista de Dios, es susceptible de causarnos el mayor de los terrores y arrastrarnos, tal vez, a la más insensata de las locuras.

El siguiente planeta es Marte: el fogoso Marte, que irradia por lo general una luz rojiza. Solía pensarse antes que el color del «escudo teñido de sangre» de Marte era el resultado de la absorción de los rayos del sol; pero esa teoría se ha refutado, y ahora se cree que es debido al color de su suelo. Según la idea antigua, podría decirse que un hombre airado, que es como Marte, el dios de la guerra, absorbe todos los otros colores para su propio uso, y solo muestra a los demás los rayos rojos; mientras que la idea más nueva, de que es el suelo del planeta lo que le proporciona su distintivo color, nos enseña que, cuando se tiene una naturaleza fogosa, se hará una exhibición guerrera de ella a menos que se vea reducida por la gracia. Marte se encuentra a unos 228 millones de kilómetros del sol y es mucho más pequeño que nuestra tierra, con un diámetro ecuatorial de aproximadamente 6800 km, y viaja a una velocidad de unos 86 900 km/h., por lo que tarda 687 días en completar su órbita alrededor del sol.

Entre las órbitas de Marte y de Júpiter hay una amplia zona en que, durante siglos, no se veían planetas. Sin embargo, los astrónomos se decían para sí: «Debe de haber algo entre Júpiter y Marte». No encontraban ningún planeta grande, pero al hacerse más grandes y potentes los telescopios, observaron que había un gran número de *asteroides* o *planetoides*, como algunos han dado en llamarlos. No sé cuántos hay, porque son como las familias de nuestros hermanos, que aumentan cada día. Se han descubierto ya algunos cientos de ellos y, con la ayuda de la fotografía telescópica,

podemos esperar que se descubran muchos más. El primer asteroide se identificó el primer día de este siglo[3], y se le puso por nombre Ceres. A muchos de ellos se les han dado nombres mitológicos de mujer; supongo que porque son los planetas más pequeños y se considera galante ponerles nombres femeninos. Al parecer varían entre los 30 y los 300 km de diámetro[4]; y muchos han pensado que se trata de fragmentos de algún planeta que en otro tiempo giraba entre Marte y Júpiter, pero que estalló y se hizo pedazos en una catástrofe general.

Esas rocas meteóricas, que a veces caen sobre la tierra pero, mucho más a menudo, en determinadas estaciones del año, se ven cruzando el cielo de la medianoche a gran velocidad, pueden ser también fragmentos del mencionado planeta que desapareció. Sea como fuere, desde que los padres durmieron, no todas las cosas han permanecido como estaban en otro tiempo, sino que ha habido cambios en el universo estelar para que los hombres sepan que otros cambios están aún por venir. Esos bloques de materia meteórica vuelan por el espacio, y cuando entran en los límites de nuestra atmósfera y se encuentran con un medio adverso, tienen que cruzarlo a una enorme velocidad y, por ello, se vuelven incandescentes y consecuentemente visibles. De la misma manera, creo yo, hay muchos buenos hombres en el mundo que son invisibles hasta que se encuentran con la oposición; y cuando esto sucede, y puesto que el amor de Dios los impulsa con una fuerza tremenda, se ponen al rojo vivo de santo fervor, vencen cualquier oposición y se hacen visibles para el ojo humano. Por mi parte, prefiero atravesar un medio hostil, ya que pienso que todos necesitamos pasar por esa clase de atmósfera simplemente para recibir la sagrada fricción que desarrollará plenamente las habilidades que se nos han confiado. Si Dios nos ha dado fuerza, no es en absoluto negativo para nosotros que se nos ponga donde hay oposición; ya que esta no nos detendrá, sino que, gracias a ese mismo proceso, resplandeceremos tanto más como luminares en el mundo.

Más allá del espacio ocupado por los asteroides tenemos a Júpiter, un magnífico planeta: el más brillante después de Venus, a pesar de que se encuentra sumamente lejos de nosotros. Su distancia media del sol es de unos 778 millones de kilómetros; es decir, más de cinco veces la de la tierra. Aun aquí, estamos tan lejos que no vemos el sol muy a menudo; pero Júpiter está cinco veces más lejos que nosotros y tarda 4333 días —es decir, casi doce de nuestros años— en completar su órbita alrededor de la gran luminaria, viajando a una velocidad de 56 800 km/h. Júpiter es tan brillante, en parte, debido a su gran tamaño, ya que tiene un diámetro de casi 143 000 km, mientras que el de la tierra es de menos de 12 800, y también porque está mejor constituido para reflejar: de otro modo, a tanta distancia, su tamaño no le valdría de nada. Así, también, queridos hermanos, si a ustedes o a mí se nos pone en situaciones difíciles en donde parece que no podemos brillar para la gloria de Dios, debemos pedirle al Señor una constitución especial que nos haga reflejar mejor su fulgor y, de este modo, producir un efecto tan bueno como el de nuestros hermanos que ocupan posiciones más favorables.

Júpiter está asistido por sus lunas. Estos satélites se descubrieron poco después de la invención del telescopio; sin embargo, había algunas personas que no estaban dispuestas a creer en su existencia. Uno de nuestros excelentes amigos —los jesuitas, desde luego—, adoptó la postura más firme en

[3] Spurgeon escribe en el siglo XIX. (N. T.).

[4] Hoy se sabe que sus tamaños van desde unos pocos centímetros hasta los casi 1000 km de Ceres. (N. T.).

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

cuanto a que de ninguna manera se dejaría convencer de aquello que otros consideraban un hecho probado. Se le pidió que mirara por un telescopio para convencerse, pero él declinó la invitación porque —según dijo— tal vez si miraba se vería obligado a creerlo y, como no tenía ninguna gana de hacer tal cosa, se negó a mirar. ¿Y acaso no hay personas que actúan de esa manera respecto de las verdades de la Revelación? Algún tiempo después, aquel jesuita cayó bajo la ira del buen Kepler y, habiéndosele convencido de que estaba en un error, fue al astrónomo a pedirle perdón. Kepler le dijo que estaba dispuesto a perdonarlo, pero que tenía que imponerle una penitencia. «¿Cuál?», le preguntó el otro. «Pues debe usted mirar por el telescopio», respondió el astrónomo. Aquel era el peor castigo que el jesuita podía recibir, ya que cuando miró por el aparato tuvo que reconocer que veía lo que antes había negado que existiese, y se vio obligado a expresar su convicción acerca de la verdad de la enseñanza de Kepler. Asimismo, en ciertas ocasiones, el hacer que un hombre vea la verdad es un castigo muy severo para él: si no quiere verla, resultará beneficioso el obligarle a que la considere. Hay muchos hermanos que, no siendo jesuitas, tampoco están ansiosos por conocer toda la verdad; pero espero que, tanto ustedes como yo, siempre deseemos conocer todo aquello que el Señor ha revelado en su Palabra.

He aquí el argumento de Sizzi, un astrónomo de cierto renombre que intentó demostrar que las lunas de Júpiter no podían existir; me pregunto si son ustedes capaces de descubrir el error:

> Hay siete ventanas concedidas a los animales en el domicilio de su cabeza, a través de las cuales se admite el aire en el tabernáculo del cuerpo para iluminar, calentar y alimentar a este; ventanas que son las partes principales del microcosmos o mundo pequeño: dos orificios nasales, dos ojos, dos oídos y una boca. Asimismo, en los cielos, como en un macrocosmos —o mundo grande—, hay dos estrellas favorables —Júpiter y Venus—, dos desfavorables —Marte y Saturno—, dos luminarias —el sol y la luna— y, por último, Mercurio —indecisa e indiferente—, de las cuales —así como de otros fenómenos de la naturaleza, tales como los siete metales, etc. que resultaría tedioso enumerar— deducimos que los planetas son necesariamente siete. Además, los satélites resultan invisibles para el ojo desnudo y, por tanto, no pueden ejercer influencia alguna sobre la tierra; por lo que serían inútiles y, consecuentemente, no pueden existir. Por otro lado, tanto los judíos y otras naciones antiguas como los europeos modernos han adoptado la división de la semana en siete días y les han dado a estos los nombres de los siete planetas. Ahora bien, si aumentamos el número de dichos planetas, el sistema entero se vendrá abajo.

Creo, queridos hermanos, haber escuchado ese mismo tipo de argumento presentado muchas veces en relación con los asuntos espirituales; es decir, un argumento desde la teoría en contra del hecho. Pero los hechos siempre invalidarán las teorías en todas partes; solo que, en ocasiones, se necesita bastante tiempo antes de poder demostrar definitivamente los hechos.

Resulta singular, y constituye otro ejemplo del poder y de la sabiduría de Dios, el que aunque los satélites de Júpiter se vean continuamente eclipsados —como es natural que suceda con su rápido evolucionar alrededor del planeta— jamás lo están todos a la vez. Puede que una luna sufra un eclipse, y tal vez otra o hasta tres de las cuatro, pero siempre hay alguna que brilla. Del mismo modo, Dios jamás retira todo el consuelo a su pueblo al mismo tiempo: siempre hay algún rayo de luz que los alegra.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Podríamos aprender mucho más acerca de Júpiter; pero, habiéndoselo presentado ya, les dejaré que lo examinen por su cuenta y saquen todo lo que puedan de él.

Mucho, mucho más allá de Júpiter, está Saturno. Este respetable planeta ha sido muy calumniado, pero me alegra informarles de que no merece un tratamiento así. Está a una distancia media aproximada del sol de 1400 millones de kilómetros. Me pregunto si algún hermano entre nosotros, con una mente lo bastante ancha, tiene idea de lo que es un millón; supongo que no, ni yo tampoco. Se necesita un enorme poder de reflexión para comprender lo que supone un millón; pero concebir lo que significa un millón de kilómetros supera completamente nuestra capacidad de comprensión. Un millón de alfileres sería enorme: pero un millón de kilómetros... Y henos aquí hablando de 1400 millones de kilómetros. Yo, por mi parte, renuncio absolutamente a comprender lo que eso supone mientras me encuentre en este estado finito. ¡Pero si en vez de hablar de 1400 millones pudiéramos hacerlo de 140 000 millones, no pasaría nada, ya que una cantidad es casi igual de incomprensible que la otra! Sin embargo, recuerden, por favor, que para nuestro gran Dios este inmenso espacio es simplemente un palmo comparado con el inconmensurable universo que él ha creado.

He dicho que se ha calumniado mucho a Saturno, y es verdad. Ustedes saben que en español existe la palabra «saturnino», una descripción muy poco halagüeña de algunos individuos. Cuando se alaba a un hombre porque es muy afable y cordial, se le califica de jovial —una alusión a Jove, o Júpiter, el planeta brillante y luminoso—; pero cuando se llama saturnina a otra persona del temperamento opuesto, es porque se supone que Saturno es un planeta aburrido, tremendamente melancólico y cuyas influencias son malignas y funestas. Si han leído ustedes algunos de los libros astrológicos que yo he tenido el placer de estudiar, habrán visto que se dice que si hemos nacido bajo la influencia de Saturno igual podríamos haberlo hecho bajo la influencia de Satanás, porque el resultado sería el mismo. Se le supone un carácter muy lento a ese planeta y su símbolo es el jeroglífico del plomo; sin embargo, se trata en realidad de un personaje sumamente ligero y animado. Tiene un diámetro cerca de nueve veces mayor que el de la tierra, y aunque su volumen equivale a 746 mundos tan grandes como el nuestro, su peso es solo como el de 92 de tales mundos. Las densidades de los planetas parecen disminuir según sea su distancia del sol, no en una proporción regular, pero sí bastante proporcionalmente, y no parece haber razón por la que aquellos que están más alejados y viajan más lentamente deban ser tan densos como los que se encuentran cerca del orbe central y giran más rápidamente a su alrededor.

Este volumen tan útil, del que ya les he leído algunos párrafos, dice lo siguiente:

> Por tanto, en vez de hundirse como el plomo en las poderosas aguas, flotaría sobre el líquido si hubiera un océano lo suficientemente grande para contenerlo. John Goad, el conocido astro-meteorólogo, afirmó que este planeta no era un individuo tan «plúmbeo y ascético» como había creído toda la Antigüedad y el mundo aún suponía. Pero les dejó a otros la tarea de demostrarlo. Durante aproximadamente seiscientos años, Saturno ocultó del conocimiento de la humanidad sus rasgos personales, su interesante familia y sus extraños accesorios: la magnífica dependencia que había en su casa. Pero fue descubierto, finalmente, por un pequeño tubo dirigido hacia él desde una ladera de los Apeninos, y cuyo portador, al invadir su privacidad, no se preocupó de pedirle permiso ni consideró aquello una intrusión.

Cuando ese «pequeño tubo» se dirigió hacia él, Saturno demostró ser un planeta de lo más hermoso: uno de los más variados y maravillosos de todos los orbes planetarios.

Tómense esto como un ejemplo de la falsedad de la calumnia y de cómo se enloda y se desacredita a algunas personas porque no se las conoce. Este planeta tan despreciado resultó ser un objeto verdaderamente hermoso y, en vez de una cosa muy aburrida —como indica habitualmente la palabra saturnino—, es brillante y espléndido. Tiene, además, no menos de ocho satélites que lo asisten[5] y tres magníficos anillos[6] acerca de los cuales Tennyson ha cantado:

Mientras Saturno gira, su constante sombra
duerme tranquila sobre sus luminosos anillos.

Saturno solo recibe una centésima parte de la luz del sol que tenemos nosotros; sin embargo, supongo que su atmósfera debe de estar de tal manera dispuesta que pueda disfrutar de tanta luz solar como nosotros. Pero aunque la atmósfera sea de la misma clase que la nuestra, Saturno aún tendría tanta luz como tenemos nosotros en un ordinario día de niebla londinense. Estoy hablando, naturalmente, de la luz del sol; pero, por otra parte, no podemos saber qué clase de energía lumínica puede haber puesto el Señor en el planeta mismo. Además, cuenta con sus ocho lunas[7] y sus tres anillos[8] luminosos que tienen un brillo inimaginable e indescriptible para nosotros. ¿Cómo será el ver un maravilloso arco de luz elevándose hasta una altura de 60 457 km[9] por encima del planeta y con una tremenda distancia de 273 500 km? Si estuvieras en el ecuador de Saturno, solo verías los anillos como una fina banda de luz; pero si pudieras viajar hacia sus polos, contemplarías encima de ti un arco imponente irradiando luz, como algunos de esos grandes reflectores que pueden verse colgando de los altos edificios que no obtienen suficiente luz del sol. El reflector ayuda a reunir los rayos luminosos y los proyecta hacia donde se necesitan; y no me cabe la menor duda de que esos anillos funcionan como reflectores para Saturno. Si hubiera habitantes allí, Saturno sería un mundo maravilloso donde vivir: sus habitantes tendrían suficientes compensaciones por las desventajas que hay en vivir tan lejos del sol. Así sucede en el mundo espiritual: lo que el Señor retiene por un lado, lo compensa por otro; y aquellos que se encuentran muy alejados de los medios de gracia y de los privilegios cristianos, cuentan con una luz y un gozo interiores que otros, con ventajas aparentemente mayores, casi podrían envidiar.

De viaje nuevamente por el espacio, lejos, muy lejos de Saturno, nos encontramos con Urano o Herschel, como se le llama a veces por el astrónomo que lo descubrió en 1781. La distancia media entre Urano y el sol es de aproximadamente 2872 millones de kilómetros. Aunque les doy las cifras, ni

[5] Las lunas de Saturno no son menos de treinta según los conocimientos actuales. (N. T.).

[6] Los anillos de Saturno se dividen en siete segmentos principales: además de los segmentos A, B y C descubiertos por Galileo, están también el D, el E, el F y el G, estos dos últimos descubiertos por las sondas Pioneer 11 y el Voyager. (N. T.).

[7] Treinta como mínimo. (N. T.).

[8] Siete según los cálculos actuales. (N. T.).

[9] En realidad más de 400 000 km. (N. T.).

ustedes ni yo podemos concebir en lo más mínimo la distancia que representan. Para un observador que estuviera en Urano, el sol parecería probablemente un punto de luz muy lejano; sin embargo, ese planeta gira alrededor del mismo a unos 24 500 km/h y tarda cerca de ochenta y cuatro de nuestros años en completar un viaje. Urano es alrededor de 73 o 74 veces mayor que la tierra[10] en volumen y está asistido por cuatro lunas[11]. Como no sé mucho acerca de Urano, no me propongo hablar demasiado del mismo.

Todo esto puede servir como ejemplo de que un hombre haría bien en decir lo menos posible en relación con cualquier cosa de la que sabe solo un poco: una lección que mucha gente necesita aprender. Por ejemplo, hay probablemente más libros escritos acerca del Apocalipsis que de cualquier otra parte de las Escrituras y, con excepción de unos pocos, no valen el precio del papel utilizado para imprimirlos. A este respecto, después del libro del Apocalipsis, viene el libro de Daniel y, como se trata de un libro tan difícil de explicar, muchos hombres han escrito acerca del mismo; pero por lo general el único resultado que han obtenido ha sido el de refutarse y contradecirse los unos a los otros. Queridos hermanos, prediquemos aquello que sabemos y no digamos nada acerca de lo que ignoramos.

Hemos recorrido una larga distancia con la imaginación hasta el planeta Urano; pero aún no hemos terminado nuestro viaje de esta tarde. Algunos astrónomos observaron que la órbita de Urano a veces se desviaba del curso que ellos habían consignado en su mapa del cielo; lo cual les convenció de que había otro cuerpo planetario sin descubrir que ejercía alguna influencia invisible pero poderosa sobre él.

El hecho de que estos enormes mundos, con tantos millones de kilómetros entre sí, retrasen o aceleren los movimientos unos de otros, supone para mí un hermoso ejemplo de la influencia que ustedes y yo tenemos sobre nuestros semejantes. Ya sea consciente o inconscientemente, podemos bien obstaculizar el avance de un hombre en el camino que lleva a Dios o bien estimular su progreso en ese camino celestial: «Ninguno de nosotros vive para sí».

Los astrónomos llegaron a la conclusión de que debía de haber otro planeta, hasta entonces desconocido para ellos, que perturbaba el movimiento de Urano; y, sin saber nada el uno acerca del otro, un inglés —el Sr. Adams, de Cambridge— y un francés —el Sr. Leverrier— se pusieron a trabajar con el propósito de averiguar la posición en que esperaban descubrir el cuerpo celeste, y sus cálculos les llevaron a un resultado casi idéntico a uno y a otro. Cuando se apuntaron los telescopios hacia esa parte del cielo donde los astrónomos matemáticos creían que se encontraría el planeta, lo descubrieron de inmediato, brillando con una pálida luz amarilla, y hoy lo conocemos como Neptuno.

El libro que tengo delante habla, por tanto, de los dos métodos que se utilizan para descubrir un planeta: un astrónomo puede emplear el telescopio más poderoso y el otro hacer cálculos matemáticos.

Detectar un planeta con la vista, o seguirlo hasta su posición con la mente, son hechos tan grandiosos

[10] Más bien 67 veces. (N. T.).

[11] Ahora se sabe que las lunas de Urano son cinco y que tiene un buen número de otros satélites. (N. T.).

como las proezas físicas e intelectuales. Reclinado en su sillón, el astrónomo práctico no tiene más que mirar por la abertura de su cúpula giratoria para seguir el curso de la estrella peregrina; o aplicando la capacidad de ampliación, expandir su diminuto disco transfiriéndolo de en medio de sus colegas siderales a las esferas planetarias. El astrónomo físico, por su parte, no cuenta con esos medios auxiliares, sino que hace sus cálculos al mediodía —cuando las estrellas desaparecen bajo el sol en su cenit—, computa a la medianoche —cuando las nubes y la oscuridad envuelven los cielos— y, desde dentro de la bóveda craneal, que no tiene aberturas que miren al cielo ni más instrumento que el ojo de la razón, percibe en las inquietantes acciones de un planeta invisible sobre otro que tampoco ve, la existencia de un agente perturbador, y por la naturaleza y la cantidad de sus acciones calcula su tamaño e indica su posición.

¡Qué maravillosa es la razón: mucho más alta que los meros sentidos! Y por encima de la razón está la fe; solo que en el caso del astrónomo matemático que nos ocupa, la razón constituía una especie de fe: «Las leyes de Dios son esta y esta, y aquella y aquella. Hay algo que perturba a este planeta Urano, así que debe tratarse de algún otro planeta: investigaré y descubriré dónde está». Así, una vez terminados sus complicados cálculos, puso el dedo sobre Neptuno con la misma facilidad con que un detective echa mano a un delincuente, y mucho antes que lo hace aquel. En realidad, me parece que a menudo resulta más fácil descubrir una estrella que atrapar a un ladrón.

Neptuno llevaba mucho tiempo brillando antes de que lo descubrieran y le pusieran nombre; y ustedes y yo, hermanos, podemos permanecer desconocidos durante años, y tal vez el mundo no nos descubra nunca, pero confío que, como en el caso de Neptuno, se sentirá y reconocerá nuestra influencia, ya sea que nos vean los hombres o que brillemos solo con resplandor solitario para la gloria de Dios.

Bueno, hemos viajado con el pensamiento tan lejos como Neptuno, que está a unos 4500 millones de kilómetros del sol, y desde allí miramos al espacio y vemos miles de millares de millares de kilómetros en los que parece no haber más planetas de nuestro sistema solar. Puede que existan otros los cuales aún no se han descubierto, pero, que nosotros sepamos, más allá de Neptuno se extiende una inmensa sima.

Sin embargo, en el sistema solar hay lo que podríamos llamar «saltadores», los cuales son capaces de cruzar dicha sima sin el uso de una pértiga: se trata de los *cometas*. Estos cometas, por lo general, son tan delgados —una mera masa diáfana de vapor— que cuando irrumpen centelleando en nuestro sistema solar y salen otra vez del mismo a toda velocidad —como lo hacen—, no perturban jamás el movimiento de un planeta. Así, también, hay algunos cometas terrestres que conozco, los cuales pasan por distintas localidades y resplandecen por algún tiempo, pero sin poder en absoluto para perturbar a los planetas que giran allí siguiendo su curso regular. El poder de un hombre no consiste en correr de acá para allá como un cometa, sino en brillar consistentemente año tras año como una estrella fija. El astrónomo Halley expresa: «Si tuvieras que condensar un cometa hasta la densidad de la atmósfera ordinaria, no ocuparía ni un centímetro cuadrado de espacio». Los cometas son tan finos que podrías mirar a través de 8000 km de ellos y ver con tanta claridad como si no se encontrasen ahí. Está bien que seamos transparentes, hermanos, pero espero que sean ustedes más sólidos que la mayoría de los cometas de los que se nos ha hablado.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Los cometas nos visitan con mucha regularidad, aunque parezcan muy poco regulares. Halley profetizó que el cometa de 1682, del que poco se había sabido hasta entonces, regresaría a intervalos regulares de aproximadamente setenta y cinco años. Sabía que él no viviría para ver su reaparición; pero expresó la esperanza de que, cuando el cometa volviera, se recordaría su profecía. Diferentes astrónomos estaban alerta para verlo, y esperaban que pudiera llegar en el tiempo predicho, ya que de otra manera la gente ignorante no creería en la astronomía. Pero el cometa volvió como estaba previsto, así que ellos se quedaron tranquilos y la predicción de Halley se confirmó.

Entre las historias referentes a la observación de cometas, hay una que contiene un ejemplo y también una lección.

> Messier, que había recibido el apodo de «el cazador de cometas» por tantos como había descubierto, estaba especialmente inquieto en cuanto a la ocasión. El hombre era de carácter muy sencillo y, a menudo, su celo por los cometas se manifestaba de las maneras más extrañas. Cuando asistía a los últimos momentos de vida de su mujer, y necesariamente ausente de su observatorio, Montaigne de Limoges le arrebató el descubrimiento de uno de ellos. Aquello supuso un doloroso golpe para él; y cuando un visitante comenzó a consolarle acerca de su reciente duelo, Messier, que solo pensaba en el cometa, respondió: «Había descubierto doce y, lamentablemente, ese Montaigne va y me roba el decimotercero…». Pero rehaciéndose al instante, exclamó: «¡Ay, mi pobre mujer!»; y siguió lamentándose juntamente acerca de su esposa y del cometa.

Evidentemente, vivía tanto en los cielos que se olvidó de su mujer; y si la ciencia puede a veces apartar a un hombre de todas las pruebas de esta vida terrenal, ciertamente nuestra vida celestial debiera elevarnos a nosotros por encima de todas las distracciones y preocupaciones que nos afligen.

El regreso de un cometa se anuncia a menudo con mucha seguridad. He aquí un párrafo que se publicó en cierto periódico:

> En general, se puede considerar aceptablemente cierto que el cometa se hará visible en todas partes de Europa para últimos de agosto o comienzos de septiembre próximo. Muy probablemente podrá distinguirse a simple vista, como una estrella de primera magnitud, pero con una luz más tenue que la de los planetas y rodeada de una pálida neblina, lo cual perjudicará un poco su esplendor. La noche del 7 de octubre, el cometa se aproximará a la conocida constelación de la Osa Mayor; y entre esa fecha y el 11 del mismo mes, cruzará directamente por las siete estrellas sobresalientes de esa constelación. Hacia el final de noviembre, se sumergirá en los rayos del sol y desaparecerá, no saliendo de allí, por el otro lado, hasta últimos de diciembre. Este prospecto de los movimientos de un cuerpo celeste, invisible actualmente y a millones de kilómetros, es casi tan preciso como los primeros anuncios del transporte por diligencia entre Londres y Edimburgo. Pongamos ahora las observaciones visuales junto a las previsiones de la ciencia, y comprobaremos que la ciencia ha demostrado casi absolutamente tener razón.

Piensen simplemente en los cálculos que se necesitaban, caballeros; porque, aunque un cometa no interfiera con el curso de los planetas, estos sí que lo hacen y muy considerablemente con el de los cometas, de manera que en sus cálculos, los astrónomos tenían que recomponer la trayectoria por la que el cometa habría de viajar. Pensando en el mismo como en un viajero cansado, recordamos que

tendría que pasar por la luminosa morada de Neptuno, y este seguro que le daría una taza de té. Luego, seguiría viajando tan lejos como Urano, y se alojaría allí durante la noche, para hacer una visita temprana por la mañana a Saturno y quedarse en el mismo para el desayuno. Luego cenaría con Júpiter y, a la larga, llegaría hasta Marte; y como es seguro que allí se produciría una disputa, se alegraría de llegar a Venus en donde, naturalmente, sería retenido por los encantos de esta. Por tanto, caballeros, pueden ver con facilidad que los cálculos acerca del regreso de un cometa son sumamente difíciles; sin embargo, los astrónomos hacen una estimación del tiempo hasta el más mínimo detalle. Esta ciencia es verdaderamente maravillosa, no solo por lo que revela, sino también por el talento que despierta y por las lecciones que continuamente nos enseña acerca de las prodigiosas obras de nuestro magnífico Padre.

Hemos terminado con el sistema solar, y hasta con esos intrusos que vienen a visitarnos de vez en cuando desde otros sistemas muy lejanos: porque supongo que un cometa solo se ve durante un mes o una semana y luego, en ocasiones, no vuelve a aparecer en siglos. ¿Adónde ha ido durante todo ese tiempo? Pues a algún sitio, y me atrevo a decir que está sirviendo a los propósitos del Dios que lo creó. Por mi parte, sin embargo, yo no querría ser un cometa en el sistema de Dios; preferiría tener mi lugar fijo y mantenerme brillando allí para el Señor. He vivido en Londres durante bastantes años, y he sido testigo de muchos cometas que fueron y vinieron durante ese tiempo. ¡Qué grandes luces he visto velozmente pasar! Han partido hacia otra esfera desconocida, como hacen generalmente los cometas. Y, por lo general, he notado que cuando los hombres piensan hacer tanto más que el resto de los mortales, y se muestran tan asombrosamente ufanos de ello, su historia puede describirse con bastante precisión utilizando ese sencillo símil que habla de subir hacia arriba como un cohete y bajar como una varilla.

No sé si son ustedes capaces de asomarse con la imaginación a las almenas de este pequeño sistema solar y ver lo que hay más allá del mismo. ¡Caballeros, no estrechen sus mentes para abarcar solo unos pocos cientos de millones de kilómetros! Si están preparados para una distancia verdaderamente larga, empezarán a ver alguna estrella. Si les dijera la distancia que la separa de nosotros, estaría profiriendo palabras sin sentido; pero hay otras, de las que podemos ver, que se hallan casi inconmensurablemente más lejos. Se han tomado mucha molestia en enviarnos un rayo de luz desde tanta distancia para informarnos de que marchan bien y de que, aunque se encuentren tan lejos de nosotros, lo pasan lo mejor que pueden en nuestra ausencia.

Esas estrellas, como las ve la gente corriente, parecen estar esparcidas en los cielos, como suele decirse, «de cualquier modo». Siempre admiro esa encantadora variedad, y le estoy agradecido a Dios de que no haya puesto en línea recta a las estrellas, como hileras de farolas. ¡Piensen simplemente, hermanos, lo que sería si mirásemos hacia arriba por la noche y viéramos todas las estrellas dispuestas en líneas como alfileres sobre un papel! ¡Gracias a Dios que no es así! Él tomó sencillamente un puñado de mundos luminosos y los esparció por el cielo, y estos cayeron en las más hermosas posiciones, para que la gente diga: «¡Ahí está la Osa Mayor!» o «¡Mira, ese es el Carro!»; y todo campesino sabe reconocer la Hoz, que es la constelación de Leo. ¿No la han visto ustedes, hermanos? Otros dicen: «Ahí está Virgo, y allí Aries, y más allá Tauro», etc.

Pienso que poner nombre a las distintas constelaciones resulta muy parecido a bastantes de los sermones místicos que se predican actualmente. Los predicadores dicen: «Esto es tal y cual cosa, y eso es esto y aquello». Bueno, tal vez así sea, pero yo no lo veo. En las constelaciones del cielo puedes imaginarte lo que quieras. Yo mismo me he representado una fortaleza mirando en el fuego, y observado cómo se construía y cómo unos soldaditos venían y la derrumbaban. En el fuego y en el cielo podemos ver cualquier cosa, y también en la Biblia, si la buscas expresamente; aunque, en realidad, no la veamos, porque se trata solo de un capricho de nuestra imaginación. En el cielo no hay toros ni osas; y aunque puede que haya una Virgen, no se la debe adorar como enseñan los romanistas. Espero que todos ustedes conozcan la Estrella Polar; y también deberían conocer los Indicadores. Estos señalan a dicha estrella; y eso es exactamente lo que deberíamos hacer nosotros: dirigir a los pobres esclavos del pecado y de Satanás a la verdadera Estrella de la libertad; a nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Luego están las Pléyades: casi todo el mundo te las pueden mostrar. Se trata de un racimo de estrellas aparentemente pequeñas pero intensamente brillantes. Ellas me enseñan que, aunque yo sea un hombre muy pequeño, debo tratar de brillar mucho. Si no puedo ser como Aldebarán o alguna de las gemas más relucientes del cielo, tengo que alumbrar tanto como pueda hacerlo en mi propia esfera particular, y ser tan útil en ella como si fuese una estrella de primera magnitud. Mientras tanto, en el otro lado del mundo, se mira a la cruz del sur. Me atrevo a decir que alguno de nuestros hermanos australianos podría darles una conferencia privada acerca de esa constelación. Es muy hermoso pensar en la cruz como la guía de los marineros: se trata de la mejor guía que cualquiera pueda tener, ya sea a este lado de los trópicos o al contrario.

Además de las estrellas, hay grandes cuerpos luminosos que se llaman *nebulosas*. En algunas partes del cielo existen enormes masas de materia lumínica que algunos suponían ser el material del que estaban hechos los mundos: montones de argamasa con los que, según la antigua teoría atea, los mundos crecían siguiendo un extraño proceso de evolución. Pero cuando Herschel enfocó hacia ellas su telescopio, enseguida dio al traste con aquella teoría, al descubrir que esas nebulosas eran simplemente enormes masas de estrellas, a tantas decenas de millares de millares de kilómetros, que, a nosotros nos parecían solo un pequeño polvo de luz.

Se pueden aprender muchas cosas maravillosas acerca de las estrellas, a las que espero que ustedes presten la atención más encarecida según tengan oportunidad. Queda por decir que algunas estrellas han dejado de ser visibles para nosotros. Tycho Brahe[12] afirmó que, en una ocasión, había visto a un número de aldeanos mirando al cielo y, al preguntarles por qué lo hacían, estos le contestaron que una nueva estrella había aparecido de repente. Dicha estrella brilló con fuerza durante unos pocos meses y luego se desvaneció. Muchas veces algún mundo estelar ha parecido volverse rojo, como si estuviese

[12] Tycho Brahe, astrónomo danés (1546–1601), es conocido por sus observaciones de la posición de diferentes cuerpos celestes; estas observaciones son notables por su precisión, que supera a la de todos sus antecesores, y por la regularidad de su continuidad. Sus contribuciones más importantes tienen que ver con una estrella nueva (nova) descubierta en 1572, con la interpretación de los cometas y con las posiciones del sol, la luna y los planetas, particularmente el planeta Marte. (N. T.).

en llamas, y aparentemente se ha quemado y extinguido desapareciendo. Kepler, escribiendo acerca de ese fenómeno, dice: «Es difícil saber lo que este hecho pueda presagiar; solo una cosa es segura: que viene a comunicar a la humanidad, ya sea o nada en absoluto, o bien elevadas e importantes noticias muy por encima de la razón y de la comprensión humanas». Y aludiendo a las opiniones de algunos, que explicaban el nuevo objeto mediante la doctrina epicúrea de una fortuita combinación de átomos, comenta con su extravagancia y a la vez su sensatez características:

> Voy a darles a estos discutidores —mis oponentes—, no ya mi propia opinión sino la de mi mujer. Ayer, cuando estaba cansado de escribir y tenía la mente bastante empolvada por la consideración de tales átomos, me llamaron a cenar, y me pusieron delante una ensalada que yo había pedido. «Al parecer, entonces —dije en voz alta—, si unos platos de peltre, unas hojas de lechuga, unos granos de sal, unas gotas de agua, vinagre y aceite, y unas rodajas de huevo hubieran estado volando por el aire desde toda eternidad, podrían haberse convertido finalmente, y por azar, en una ensalada». «Sí —respondió mi esposa—, pero no en una tan buena y bien aderezada como esta que yo te he preparado».

De modo que si una fortuita combinación de átomos no era capaz de hacer una ensalada, yo pensaría que no es muy probable que lograra producir un mundo. En cierta ocasión le pregunté a un hombre:

—¿Le ha sucedido alguna vez no tener dinero y encontrarse lejos, donde no conoce a nadie que pudiera darle de cenar?

—Sí —me respondió.

—Entonces —proseguí—, ¿ha tenido la experiencia de que una fortuita combinación de átomos le hiciera una pierna de cordero con algunos buenos nabos hervidos y una salsa de alcaparras para cenar?

—No —replicó—, no la he tenido.

—Bueno —dije—, una pierna de cordero, aun con nabos y salsa de alcaparras incluidos, es en cualquier caso más fácil de hacer que uno de estos mundos como Júpiter o Venus.

En la Palabra de Dios se nos dice que una estrella difiere de otra en gloria; sin embargo, una que es pequeña puede darnos más luz que otra más grande pero que se encuentra a mayor distancia. Algunas estrellas son lo que se llaman variables: parecen más grandes en ciertos momentos que en otros. Algol, en la cabeza de Medusa, es de esa clase. Se nos dice que «la estrella, cuando más brilla, parece de segunda magnitud, y permanece así durante dos días y catorce horas. Luego, su luz disminuye, y tan rápidamente que en tres horas y media queda reducida a la cuarta magnitud. Mantiene ese aspecto por poco más de quince minutos y, seguidamente, aumenta otra vez y en tres horas y media más recupera su antigua apariencia». Me temo que muchos de nosotros seamos estrellas variables: si a veces se nos va el brillo, será conveniente que recobremos nuestro fulgor tan rápido como lo hace Algol. Hay también miles de estrellas dobles, y espero que cada uno de ustedes consiga una esposa que brille siempre junto a él, y jamás lo eclipse; porque una estrella doble puede ser muy luminosa a veces y otras verse totalmente eclipsada. Igualmente existen estrellas o sistemas triples y cuádruples, y en algunos casos de centenares y miles girando cada una alrededor de otra y en torno a sus luminarias centrales. ¡Qué maravillosa combinación de gloria y de belleza puede verse en el cielo astral! Y algunas de esas estrellas son rojas, otras azules, otras amarillas... todos los colores del arco iris están

representados en ellas. Sería maravilloso vivir en una de esas estrellas, y mirar a través del espacio y ver todas las glorias de los cielos que Dios ha creado. Por el momento, sin embargo, me conformo generalmente con permanecer en este pequeño planeta, especialmente porque no puedo cambiarlo por otro hogar hasta que Dios así lo quiera.

Spurgeon, C. H. (2013). *Discursos a mis estudiantes* (B. L. García, Ed.; J. S. Araujo, Trad.). Editorial Peregrino; Publicaciones Aquila.

Discurso 7

El comentar y los comentarios[1]

Para poder exponer debidamente las Escrituras y como ayuda en tus estudios para preparar sermones tendrás que estar familiarizado con los comentaristas: un glorioso ejército, si se me permite decirlo, cuyo conocimiento te deleitará y te será de provecho. Naturalmente, tú no eres tan sabelotodo como para pensar que puedes exponer las Escrituras sin la ayuda de los escritos de aquellos teólogos y eruditos que han trabajado en ello antes que tú. Si crees tal cosa, por favor, sigue haciéndolo; ya que no vale la pena tratar de convertirte y —al igual que la pequeña camarilla que piensa como tú— tomarás cualquier esfuerzo por hacerlo como un insulto a tu infalibilidad. Parece extraño que algunos hombres que tanto hablan de lo que el Espíritu Santo les revela a ellos, den tan poca importancia a lo que él ha revelado a otros. Mi conferencia de esta tarde no es para esos grandes pensadores originales, sino para ti que te alegras de aprender de hombres santos que han sido enseñados por Dios y son poderosos en las Escrituras.

Estos últimos años ha estado de moda hablar contra la utilización de comentarios. Si hubiera algún peligro de que las exposiciones de Matthew Henry, Gill, Scott y otros se exaltaran hasta el nivel de tárgumes cristianos, nos uniríamos al coro de objetores; pero no sospechamos la existencia o aun la cercanía de dicho peligro. La tentación de nuestra época consiste, más bien, en la vana pretensión de sentimientos novedosos, no tanto de seguir servilmente las guías autorizadas. Un conocimiento respetable de las opiniones de los gigantes del pasado hubiera evitado a muchos pensadores caprichosos ciertas interpretaciones extravagantes y escandalosas inferencias.

Por lo general, hemos observado que aquellos que menosprecian los comentarios no tienen ningún tipo de conocimiento de los mismos: en su caso, lo que ha originado el desprecio ha sido la falta de familiaridad con ellos. Es cierto que hay algunas exposiciones de toda la Biblia que apenas merecen ocupar un sitio en nuestras estanterías, ya que tratan de abarcar mucho y fracasan estrepitosamente. Sus autores han extendido un conocimiento muy escaso sobre una superficie demasiado grande, y han intentado llevar a cabo sin éxito para toda la Escritura aquello que hubieran podido ejecutar respecto de un solo libro con resultados razonables. ¿Pero quién negará el sublime valor de las exposiciones de Calvino, Ness, Henry, Trapp, Poole y Bengel, que son tan profundas como extensas? Además: ¿quién puede considerarse un erudito bíblico sin estar familiarizado con los grandes autores que dedicaron su vida a explicar un único libro sagrado?

Como el primero entre los valientes de una utilidad general hemos de mencionar al hombre cuyo nombre es conocido de todos: Matthew Henry; el más piadoso y expresivo, sano y sensato, sugestivo y

[1] Esta conferencia es el resultado de la fusión de dos discursos en el original inglés (*A Chat about Commentaries* y *On Commenting*), debido a que la mayoría de los comentarios bíblicos que cita Spurgeon no están traducidos al español y tienen poca utilidad para los hispanohablantes. Matthew Henry y Adam Clarke sí lo están; y Calvino, aunque no lo esté, merece ser mencionado por su importancia y su ingente labor. (N. E.).

sobrio, sucinto y fidedigno. Lo encontrarán rutilante de metáforas, rico en analogías, rebosante de ejemplos, superabundante en reflexiones. Se deleita en la aposición y la aliteración. Es por lo general sencillo, pintoresco y vigoroso, y capta enseguida el significado de un texto. No parece crítico, pero proporciona discretamente el resultado de un preciso conocimiento del original al mismo nivel que los mejores críticos de su tiempo. No es un experto en los usos y costumbres del Oriente Próximo, porque la Tierra Santa no era entonces tan accesible como ahora, pero resulta profundamente espiritual, celestial y provechoso, y encuentra buen material en cada pasaje, al tiempo que saca las lecciones más prácticas y juiciosas de todos ellos. Su comentario merece colocarse allí donde yo lo vi: en la vieja capilla de Chester, encadenado en la sacristía de la iglesia para que todo el que quisiera pudiera leerlo. Es el comentario del pobre, el compañero del viejo cristiano, apropiado para cada uno, instructivo para todos… El relato del propio autor acerca de cómo fue guiado a escribir su exposición nos proporciona un buen ejemplo de alguien que se deleita en la ley del Señor.

> Si alguno desea saber cómo una persona tan oscura y vulgar como yo —que para ese servicio soy menos que el más pequeño de todos los siervos de mi Señor en erudición, juicio y gracia de expresión y en todos los demás talentos— llegó a aventurarse en un trabajo tan imponente, no puedo decirle nada más que lo siguiente…
>
> He tenido por costumbre, desde hace mucho, dedicar el poco tiempo que me sobraba en mi despacho de mis constantes preparaciones para predicar a redactar exposiciones de algunas partes del Nuevo Testamento, no tanto para mi propio uso, sino más bien para mi propio disfrute, ya que no conozco manera más grata de emplear mi mente y mi tiempo. *Trahit sua quemque voluptas* (cada hombre es guiado por sus propios deseos). Todo hombre que estudia tiene algún estudio predilecto en el que se deleita sobre todos los demás, y este es el mío. Es en ese aprendizaje en el que tuve la fortuna de ser educado desde la niñez por mi venerado padre, cuya memoria será siempre muy querida y preciosa para mí.
>
> Él a menudo me recordaba que un buen intérprete del texto hace un buen ministro, y que yo debía leer otros libros teniendo esto en mente: hacerme tanto más capaz de comprender y aplicar las Escrituras.

Tal vez sepan ustedes que el comentario de la última parte del Nuevo Testamento la terminaron otros, ya que el buen Matthew Henry había seguido el camino de toda carne. Los autores fueron los Sres.: Evans, Brown, Mayo, Bays, Rosewell, Harriss, Atkinson, Smith, Tong, Wright, Merrell, Hill, Reynolds y Billingsley, todos ellos ministros disidentes, los cuales llevaron a cabo su tarea de manera excelente, trabajado con gran parte del material reunido por Henry y esforzándose por seguir sus métodos; pero su producción combinada es bastante inferior a la del propio Matthew Henry, y cualquier lector percibirá enseguida la diferencia.

Todos los ministros deberían leer a Matthew Henry al menos una vez de principio a fin y con mucha atención. Yo les recomendaría a ustedes que lo hicieran en los siguientes doce meses después de graduarse de la Escuela. Comiencen desde el principio y determínense a recorrer la buena tierra desde Dan hasta Beerseba. Haciéndolo, obtendrán una gran reserva de sermones, si leen con su cuaderno de notas a mano. Y en cuanto a pensamientos, estos pulularán alrededor de sus cabezas como gorjeantes golondrinas en torno a un viejo tejado hacia el final del otoño. Si exponen

públicamente el capítulo que han estado leyendo, sus congregaciones se asombrarán de la novedad de los comentarios que hacen y de la profundidad de sus pensamientos; entonces pueden explicarles el gran tesoro que supone leer a Matthew Henry. Los sermones del Dr. Jay evidencian indudablemente el estudio casi diario de Henry, y muchas de las cosas pintorescas que hay en ellos pueden atribuirse directamente a Matthew Henry o bien a la familiaridad de Jay con dicho escritor. He pensado que el estilo de Jay está basado en Matthew Henry: este último es Jay escribiendo; y aquel, Henry predicando. ¿Qué más puedo decir para encomiar ya sea al predicador o al autor?

Por otra parte, no me sería posible exagerar la importancia que tiene para ustedes el leer las exposiciones de ese príncipe entre los hombres que es Juan Calvino. Me temo que la escasez de dinero no les permitirá comprar los 51 volúmenes de sus obras completas, pero si les fuera posible procúrenselas; entretanto, están en la biblioteca de la Escuela, así que les insto a que hagan un uso diligente de ellas. Encontrarán ustedes no menos de cuarenta y dos volúmenes suyos que valen su peso en oro. A menudo me he sentido inclinado a exclamar como el padre Simon —un católico romano—: «Calvino poseía un talento sublime»; y como Scaliger: «¡Ah, qué bien ha dado Calvino con el significado de los Profetas! No hay nadie mejor que él».

Creo que, de todos los comentaristas, Juan Calvino es el más imparcial, y no resulta siempre lo que los modernos considerarían muy «calvinista» en sus exposiciones; es decir, allí donde las Escrituras mantienen la doctrina de la predestinación y de la gracia, él no vacila en grado alguno, pero puesto que algunos pasajes llevan la impronta de la libertad de acción y la responsabilidad humanas, no evita el exponer el significado de los mismos con toda justicia e integridad. No se trataba de alguien que podara o recortara los textos bíblicos, sino que les daba su significado en la medida que lo conocía. Su intención sincera era traducir los originales hebreos y griegos con tanta precisión como pudiera y, luego, aplicarles el significado que transmitían naturalmente aquellas palabras griegas y hebreas. De hecho, se esforzaba en declarar, no sus propias ideas acerca de las palabras del Espíritu Santo, sino las ideas del Espíritu expresadas en las mismas. El Dr. King dice con mucho acierto lo siguiente acerca de él:

> Ningún autor trató jamás de un modo más justo y honrado la Palabra de Dios. Calvino es escrupulosamente cuidadoso en cuanto a dejar a esta hablar por sí misma, y respecto a guardarse de toda tendencia personal, o a imponerle un significado dudoso para establecer alguna doctrina que considerara importante o teoría que estuviera deseoso de defender. Este es uno de sus rasgos más excelentes: no respaldará ninguna doctrina, por ortodoxa y esencial que sea, con un texto de las Escrituras que considere de dudosa aplicación o de una vigencia inadecuada. Por ejemplo, a pesar de lo firmemente convencido que estaba de la doctrina de la Trinidad, se niega a sacar un argumento a favor de la misma de la forma plural del nombre de Dios como aparece en Génesis 1. Y sería fácil multiplicar los ejemplos de esta clase; lo cual, ya sea que estemos de acuerdo o no con él en sus conclusiones, no puede por menos que transmitirnos la convicción de que se trata al menos de un comentarista honrado y que no hará que pasaje alguno de las Escrituras diga más o menos de lo que, según su opinión, su Autor divino quiso que dijera.

Dicho sea de paso, caballeros, es una verdadera lástima que la gente, por regla general, no lea las

notas que aparecen en los libros de los antiguos puritanos. Si compran ustedes viejos ejemplares de autores como Brooks, descubrirán que las notas al margen son casi tan sustanciosas como los libros mismos. Son polvo de oro, del mismo metal que los lingotes del centro de la página. Pero, volviendo a Calvino: si necesitaras cualquier evidencia para confirmar el valor de sus escritos, podría convocar a una nube de testigos; no obstante, bastará con uno o dos de ellos. He aquí la opinión de alguien a quien se considera su peor enemigo, Arminio:

> Después de la lectura cuidadosa de las Escrituras, lo cual inculco encarecidamente a mis alumnos, exhorto a estos a que examinen los comentarios de Calvino, que yo exalto más que el propio Helmich[2], ya que afirmo *que sobresale por encima de toda comparación en la interpretación de las Escrituras y que sus comentarios deberían ser más valorados que todo aquello que nos transmite la Biblioteca de los Padres*; de modo que le reconozco haber poseído, por sobre la mayoría de los otros, o más bien por encima de todos los demás hombres, aquello que pudiéramos llamar un eminente don de profecía.

El pintoresco Robert Robinson, a su vez, dijo acerca de él: «No hay forma de abreviar a este sentencioso comentarista; y cuanto más lo leo, tanto más se convierte en uno de mis expositores favoritos». Y el santo Baxter escribió también: «No conozco a ningún hombre, desde la época de los apóstoles, a quien aprecie y honre más que a Calvino, y cuyo juicio en todos los asuntos, uno tras otro, estime más o me resulte más cercano».

Otro favorito en mi biblioteca es Adam Clarke, el gran comentarista de nuestros amigos wesleyanos, de quien no tienen por qué avergonzarse, ya que ocupa un lugar destacado entre los principales expositores. Las singularidades de la erudición evidentemente lo fascinaban, por lo que su comentario se parece demasiado a una vieja tienda de curiosidades, pero llena de rarezas valiosas como solo un gran hombre podría haber coleccionado. Si consideras que Clarke está falto de unción, *no lo leas para deleitarte sino para criticarlo*, y no quedarás decepcionado.

Este autor pensaba que las reflexiones prolongadas eran más bien para el predicador que para el comentarista, de modo que no formaba parte de su plan el escribir observaciones como las que hicieron tan querido a Matthew Henry para muchísima gente. Si tienes un ejemplar del comentario bíblico de Adam Clarke y empleas discernimiento leyéndolo, sacarás un inmenso provecho del mismo; ya que, a menudo, con una especie de información incidental, saca a luz el significado del texto de una manera asombrosamente novedosa. No me extraña que Adam Clarke siga siendo, a pesar de sus peculiaridades, un príncipe entre los comentaristas. Es un autor importante que merece que todo lector de las Escrituras lo estudie; aunque el mismo juicio que él emitió muy acertadamente del Dr. Gill, cuando dijo que «era un hombre muy bueno y erudito, pero con frecuencia perdía de vista su mejor criterio espiritualizando el texto», es el que nosotros hacemos de él: «A menudo ha perdido de vista su mejor criterio persiguiendo doctas rarezas». Un notable ejemplo de ello es cuando el mono tienta a Eva en lugar de la serpiente.

Omito otras obras, no porque no sean valiosas o porque las desconozca, sino porque para el bolsillo escaso de fondos, lo mejor es siempre lo mejor. Después de todo, los comentaristas más

[2] Werner Helmich, teólogo protestante holandés (1551–1608).

excelentes son aquellos que han escrito acerca de un solo libro. Pocos hombres hay que sean capaces de comentar con excelencia toda la Biblia: en las obras monumentales siempre existirán algunos puntos débiles. Es natural caer en la verbosidad con una empresa tan grande, y a la verbosidad sigue el aburrimiento; en tanto que una vida dedicada a uno solo de los volúmenes inspirados de nuestra valiosísima Biblia no puede por menos que arrojar magníficos resultados. Si en algún momento futuro lo veo posible, les presentaré una selección de grandes autores dedicados a un solo libro. Por el momento, esto debe bastarnos.

Habiéndoles hablado de los comentaristas, ahora tengo que insistirles en uno de los usos más prácticos de los mismos; a saber, el propio comentario de ustedes acerca de las Escrituras leídas en el culto. Antiguamente, la predicación consistía mucho más que ahora en comentar. Supongo que los sermones de los cristianos primitivos eran, en su mayor parte, exposiciones de largos pasajes del Antiguo Testamento y que, una vez que las iglesias tuvieron acceso a ejemplares de los Evangelios o de las Epístolas paulinas, el principal trabajo del predicador consistiría en dejar bien clara la enseñanza apostólica, pronunciando un discurso cuya espina dorsal fuera un pasaje completo de las Escrituras. En el mismo habría, probablemente, escasos trazos de divisiones, enunciados y puntos como los que empleamos en la oratoria moderna, pero el maestro seguiría el pasaje que tenía delante de principio a fin comentando a medida que leía. Supongo que ese debió de ser el caso, porque algunas de las formas cristianas primitivas de culto se basaban bastante en aquella de la sinagoga (digo algunas de las formas porque supongo que como el Señor Jesucristo dejó libres a sus discípulos de rúbricas y de liturgias, cada iglesia adoraría según la operación del Espíritu libre en medio de sus miembros: algunas con reuniones abiertas como los corintios; otra con un ministro presidente; y una tercera con una mezcla de ambos sistemas). En la sinagoga, la regla de los rabinos era no leer menos de veintidós versículos de la ley cada vez, y la predicación consistía en comentarios acerca de un pasaje de esa longitud. Semejante norma sería una mera superstición ni nos dejáramos esclavizar por ella, pero casi desearía que esa costumbre se reinstaurara, ya que el sistema actual de predicar basándose en textos breves, juntamente con el gran descuido del comentario público de la Palabra, resulta muy poco satisfactorio. No podemos esperar transmitir mucha enseñanza de las Sagradas Escrituras escogiendo de uno en uno los versículos y exponiéndolos al azar: este procedimiento es parecido a enseñar una casa mostrando los ladrillos por separado. Sería una solemne barbaridad el que nuestros amigos utilizaran nuestras cartas de esa manera y las interpretaran con frases cortas desconectadas y separadas del contexto. Tales expositores nos representarían diciendo en cada carta todo lo que hubiéramos pensado alguna vez, y muchísimas otras cosas más bastante alejadas de nuestra mente, mientras que el verdadero propósito de nuestras epístolas probablemente se pasaría por alto. Actualmente, como la predicación expositiva no es tan corriente como debería ser, hay una mayor necesidad de comentar durante la lectura de las Escrituras. Puesto que la predicación temática, la predicación exhortatoria, la predicación experimental, etc. —todas ellas muy útiles a su manera— casi han desplazado del todo la debida predicación expositiva, hay una necesidad mayor de que, cuando leemos los pasajes de la Biblia, adoptemos la costumbre de ir comentando acerca de ellos.

En apoyo de mi opinión aduzco lo siguiente: que *la lectura pública de las porciones más oscuras de la*

Escritura vale de muy poco para la mayoría de la gente que escucha. Puedo recordar haber oído en mi tierna infancia largos pasajes de Daniel, los cuales podrían haber sido sumamente instructivos para mí si, al hacerlo, hubiera tenido la más remota idea de lo que significaban. Piensa por ejemplo en algunas partes de la profecía de Ezequiel y pregúntate qué clase de provecho puede desprenderse de su lectura por parte de los ignorantes «si alguno no [les] enseñare». ¿Qué edificación adicional es posible obtener de un capítulo en español que no se entiende qué es lo que dice el mismo pasaje en griego o en hebreo? Ese mismo argumento que obliga a la traducción demanda también a la exposición del texto. Es sorprendente cuán luminosas pueden hacerse ciertas porciones oscuras simplemente con que un lector juicioso añada algunas palabras de explicación. Dos o tres frases bastarán a menudo para revelar el flujo de todo un capítulo: en una docena de palabras puede proporcionarse al oyente la clave de una gran dificultad, haciendo así muy provechosa la lectura pública.

En cierta ocasión vi una escuela de niños ciegos entre las ruinas de la encantadora abadía de York, y no pude por menos de compadecer la incapacidad de ellos para disfrutar de tanta belleza. ¡Cuánto me hubiera gustado poderles abrir los ojos! ¿Acaso son menos dignas de compasión las personas ignorantes que deambulan entre las glorias de la Escritura? ¿Quién les negará la luz?

He tenido bastantes pruebas de que *unos breves comentarios a las Escrituras en nuestros cultos ordinarios resultan muy agradables e instructivos para nuestras congregaciones*. Muchas veces he oído decir a hombres trabajadores y a sus esposas, así como a otros que eran comerciantes y a sus familias, que mis propias exposiciones les habían resultado sumamente útiles. Estos testifican que cuando leen la Biblia como familias en sus hogares, la exposición les hace doblemente preciosa esa lectura, y que el capítulo que habían leído sin provecho en el transcurso de su culto familiar, al examinarlo atentamente la siguiente vez, recordando lo que su pastor ha dicho acerca del mismo, se convierte en una verdadera delicia para ellos. La inmensa mayoría de nuestros oyentes —por lo menos en Londres— no leen comentarios u otros libros que arrojen cierta luz sobre las Escrituras en ninguna medida apreciable. Nunca tienen el dinero o el tiempo necesario para hacerlo; y si queremos instruirlos en la Palabra de Dios acerca de cosas que no pueden descubrir meramente experimentándolas —y que probablemente sus allegados no sean capaces de explicarles—, deben recibir esa enseñanza de nosotros o no la obtendrán de nadie más. Por otra parte, tampoco veo cómo podemos darles esa ayuda espiritual a menos que sea mediante una práctica regular de la exposición.

Además, si tienes la costumbre de comentar, *esta te dará una oportunidad de decir muchas cosas que no son lo bastante importantes como para convertirse en el tema de un sermón entero* y, por tanto, pasarán probablemente desapercibidas constituyendo una gran pérdida para el pueblo del Señor y para otra gente. Resulta asombrosa la gama de verdades doctrinales, prácticas y experimentales que las Escrituras nos ponen delante; y es igualmente digna de admiración la manera enérgica como esas verdades se presentan. Las indicaciones que conlleva el modo en que la Palabra de Dios se nos ofrece siempre resultan sabias y oportunas: por ejemplo, las reprensiones que da la Palabra podrían haber sido demasiado severas si las hubiese administrado el pastor, sin respaldo de las Escrituras y sin que estas las sugirieran; sin embargo, cuando surgen del capítulo que se lee no producen resentimiento. Explayándote en las historias que has leído en los escritos sagrados puedes censurar los pecados y alentar las virtudes; mientras que tal vez jamás los hubieras tocado de no habértelos puesto delante la

lectura del capítulo. Si quieres sacarle el mayor partido posible a tu ministerio, sin pasar por alto ningún aspecto de la Revelación, la mejor manera de hacerlo es comentando las Escrituras de manera habitual. Sin esto, buena parte de la Palabra permanecerá completamente desconocida para muchos de tu congregación. Es un hecho muy lamentable que ellos no lean tanto como debieran en casa (en Inglaterra, los profanos pocas veces leen la Biblia, si es que lo hacen alguna vez), y si solo les exponemos aquella porción acerca de la cual vamos a predicar, llegaran a saber muy poco de la Escritura. Si subrayan ustedes en sus biblias los textos empleados en sus predicaciones —como yo he hecho siempre con un viejo ejemplar que guardo en mi despacho—, descubrirán que en un período de doce o catorce años han utilizado una parte muy pequeña del Libro, y una amplia proporción del mismo habrá quedado sin subrayar como un campo que no se ha labrado. Intenten, entonces, mediante la exposición, dar a sus congregaciones una buena panorámica de toda la Revelación: llévenlas, por así decirlo, a la cumbre del Pisga y muéstrenles toda la tierra, desde Dan hasta Beerseba, convenciéndoles de que fluye leche y miel por todas partes.

Yo recomiendo encarecidamente la práctica del comentar. Ya sé que la misma no está muy de moda en Inglaterra, aunque sea un poco más habitual en Escocia. Dicha práctica apenas se seguía en alguna parte de Inglaterra hace unos años y aún resulta poco corriente. Hay otra razón más por la que quisiera instarles a utilizarla; a saber, que *para hacerlo bien, el ministro tendrá primero que estudiar dos veces más que el mero predicador*, porque se requerirá de él que prepare tanto sus sermones como sus exposiciones. Por regla general, yo dedico más tiempo a elaborar la exposición que el mensaje, ya que una vez que se ha dado con una buena idea, el sermón va tomando forma sin mucho esfuerzo por parte del predicador, pues la verdad se consolida y cristaliza alrededor del tema principal como los cristales de caramelo alrededor de una cuerda sumergida en jarabe; pero en cuanto a la exposición, debemos atenernos al texto, hacer frente a los aspectos difíciles del mismo e indagar en la mente del Espíritu y no tanto en la nuestra. Si no estudias, pronto revelarás tu ignorancia como expositor; por tanto, te verás obligado a leer diligentemente. Cualquier cosa que le exija al predicador escudriñar el magnífico Libro antiguo será inmensamente útil para él. Si alguno quiere cuidarse, no sea que el esfuerzo dañe su estado físico, debe recordar que la actividad mental hasta un determinado punto es de lo más placentero y, si el tema es la Biblia, el trabajo resulta un deleite. Solo cuando ese esfuerzo mental sobrepasa los límites del sentido común debilita la mente, y ese nivel no lo alcanzan habitualmente más que las personas carentes de juicio o los hombres dedicados a cuestiones poco gratificantes y desagradables. ¡Pero nuestro tema es de lo más recreativo, y para hombres jóvenes como nosotros el uso vigoroso de nuestras facultades supone un ejercicio sumamente saludable! El estudio de los clásicos y las matemáticas pueden agotarnos; pero no el libro de la gracia de nuestro Padre, los estatutos de nuestras alegrías, el tesoro de nuestras riquezas…

Para comentar bien la Biblia, un hombre debería poder *leerla en el idioma original*. Cada ministro tendría que ponerse como meta un dominio razonable tanto del griego como del hebreo: estos dos idiomas le proporcionarían una biblioteca sin incurrir en grandes gastos, un diccionario ideológico inagotable, una mina de riquezas espirituales… En realidad, el esfuerzo de aprender un idioma no es tan prodigioso que deba intimidar, como sucede tan a menudo, a los hermanos con una capacidad moderada. Un ministro tendría que adquirir el suficiente conocimiento de ambas lenguas como para

poder entender un pasaje, con la ayuda de un léxico, y tener la seguridad de no estar malinterpretando al Espíritu de Dios en sus mensajes, sino exponiendo, según su mejor juicio, aquello que el Señor quería revelar con el lenguaje empleado. Dicho conocimiento le evitará el fundamentar doctrinas en determinadas expresiones de nuestra traducción cuando el original inspirado no dice nada parecido. Esto lo han hecho los predicadores desde tiempos inmemoriales, y han vociferado inferencias sacadas de un verbo auxiliar o de una conjunción de la versión inglesa con tanta garantía de infalibilidad y con el mismo sentimiento de importancia que si el Espíritu Santo hubiera utilizado esa misma expresión. En tales ocasiones, nos viene a la memoria el relato que contaba el querido Henry Craik, ya fallecido, en su libro acerca del hebreo. En otros tiempos, se hablaba de una manera tan constante de la Vulgata latina como la misma Palabra de Dios, que un teólogo católico romano comentaba de este modo Génesis 1:10: «Y a la reunión de las aguas llamó mares». El término latino para «mares» es *Maria*; y sobre esta base, dice el mencionado escritor:

> ¿Qué es la reunión de todas las aguas, sino la acumulación de todas las gracias en un solo lugar; a saber, en la Virgen *María*? Pero existe esta diferencia: que Maria (los mares) tiene una *i* corta, porque lo que contienen los mares es solo de naturaleza transitoria, mientras que los dones y las virtudes de la bendita Virgen (*María*) permanecerán para siempre.

Podemos caer en este disparate superlativo si llegamos a olvidar que la traducción no puede estar verbalmente inspirada y que la última apelación tiene que ser al texto original.

No pases por alto el hacerte experto en el uso de tu *Concordancia*. Cada día de mi vida le doy más gracias a Dios por esos meticulosos recopiladores de versículos. Alguno, como el pobre Alexander Cruden, estuvo enfermo de la mente, una o dos veces ingresado en una institución psiquiátrica; sin embargo, a pesar de todo, dedicó con éxito todas sus energías a producir una obra de valor absolutamente incalculable, que no se ha mejorado hasta la fecha y probablemente no se mejorará nunca. Un volumen que prestará siempre la mayor asistencia posible al ministro cristiano y le será tan necesario como un cepillo al carpintero o un arado para el labrador. Asegúrense de comprar una Concordancia exhaustiva y no esos sucedáneos modernos. Intentar pagar menos por una concordancia es una necedad: ya que solo necesitas una, que sea la mejor.

Tengo en poco aprecio la mayoría de las *Biblias de referencia*, las cuales serían muy útiles si sirvieran para algo; pero resulta sumamente fácil producir una Biblia así cuyas referencias sean simplemente las obvias y por palabras. A menudo, cuando consultas una referencia, tienes que decir: «Ciertamente es una referencia —de algún modo—, ya que contiene la misma palabra, pero no lo es en el sentido de que un versículo explique el otro». La referencia útil corta el diamante con otro diamante, acomodando lo espiritual a lo espiritual: es una referencia conceptual y no verbal. Si dieras con una Biblia de referencia verdaderamente valiosa, sería para ti una «Biblia de reverencia» —como en cierta ocasión oí decir a un campesino—, ya que te haría apreciar cada vez más el volumen sagrado. La mejor Biblia de referencia es una concordancia bien completa: consíguete la mejor, tenla siempre sobre el escritorio, utilízala de continuo, y habrás encontrado a tu compañero más fiel.

¿Acaso después de lo dicho en un principio necesito recomendarles la lectura juiciosa de *comentarios*? Algunos individuos entendidos, que pretenden no darnos en sus sermones más que

aquello que el Señor les revela directamente a ellos, llaman a los comentarios «el cerebro de los hombres muertos»; sin embargo, tales hombres no son en absoluto originales, y a menudo su supuesta inspiración no es otra cosa que una perspicacia prestada. Echan una mirada a hurtadillas a algún comentario, y lo que comunican como ideas del Espíritu es muy inferior en todos los sentidos a aquello que aparentan despreciar; a saber, las ideas de hombres buenos y eruditos. Hace algún tiempo me mandaron un fajo de poemas para *The Sword and the Trowel*, escritos por alguien que pretendía estar bajo la influencia directa del Espíritu Santo. Me informaba de que él se mantenía pasivo, y que lo que me enviaba había sido escrito bajo el control físico y mental del Espíritu, tanto en lo referente a sus ideas como a su mano. Tengo en mis estanterías poemas tan superiores a esas pretendidas inspiraciones como los ángeles a las moscas azules. Aquellos versos chabacanos llevaban escritas en el rostro las pruebas de su impostura. Así que, cuando escucho los disparates sin sentido de algunos sabios caballeros que siempre están alardeando de que solo ellos son ministros del Espíritu, me avergüenzo de sus pretensiones y también de ellos. No, mis queridos amigos, pueden ustedes aceptar como regla que el Espíritu de Dios no hace habitualmente por nosotros aquello que somos capaces de hacer nosotros mismos; y que si el conocimiento religioso está impreso en un libro, y podemos leerlo, no hay necesidad de que el Espíritu Santo nos de una revelación nueva de ello para encubrir nuestra pereza. Lean, por tanto, los admirables comentarios que ya les he hablado; no obstante, asegúrense de utilizar también sus propias mentes, o la exposición carecerá de interés. Aquí recuerdo los dos pozos que hay en el patio del Palacio Ducal de Venecia, dentro de los cuales miré con mucho interés. Uno de ellos se llena artificialmente con agua traída en gabarras desde lejos, y a pocas personas les gusta su insípido contenido; mientras que el otro es un agradable pozo natural, fresco y delicioso, y la gente se pelea por cada gota del mismo. La frescura, la naturalidad y la vida siempre resultan atractivas, mientras que la mera erudición prestada es desagradable e insípida. El Sr. Cecil dice que, cuando captaba el significado de un texto bíblico, su plan consistía en orar acerca del mismo y sacar sus propias ideas al respecto; luego, después de haberlo hecho, consultaba a los teólogos más capaces que habían escrito acerca del tema y veía lo que ellos pensaban. Si no piensas, y mucho, te convertirás en un esclavo y un mero copista. El ejercicio de tu propia mente es sumamente saludable para ti; y mediante la perseverancia, con ayuda de Dios, puedes esperar captar el significado de cualquier pasaje comprensible. Confiar tanto en tus propias habilidades que no estés dispuesto a aprender de otros es claramente una necedad; mientras que el estudiar tanto a los demás que no juzgues por ti mismo supone ser un fatuo.

¿Qué tipo de comentario público deberías hacer? Una de las reglas del mismo tendría que ser el *indicar en todo momento, muy cuidadosamente, cuándo una palabra posee un significado especial*; porque puedes estar seguro de que en las Sagradas Escrituras el mismo término no siempre quiere decir lo mismo. La Biblia es un libro pensado para seres humanos y, por tanto, está escrito en el lenguaje humano; y en el lenguaje humano la misma palabra puede significar dos o tres cosas distintas. Por ejemplo: «Una pera cayó del árbol»; «Un hombre cayó en el alcoholismo». En el último caso, el significado de la palabra «cayó» es obviamente diferente que en el primero, ya que tiene un sentido metafórico y no literal. O también: «El barco enarboló su pabellón»; «El daño lo tenía en el pabellón externo de la oreja»; «Su Señoría está en su pabellón de caza». En cada caso tenemos la misma palabra, ¿pero quién no entiende

que su significado es muy distinto? Así sucede con la Palabra de Dios: has de explicar la diferencia que hay cuando un término se utiliza en algún sentido peculiar y cuando tiene su significado ordinario; de esta manera impedirás que la gente cometa alguna equivocación. Si alguien dice —como he oído afirmar públicamente— que en las Escrituras una palabra siempre significa lo mismo, convertirá la Biblia en un desatino y caerá en el error a causa de sus propias máximas irracionales. Fijar reglas de interpretación para el Libro de Dios que serían absurdas aplicadas a otro tipo de escritos constituye un tremendo disparate: tiene apariencia de precisión, pero conduce inevitablemente al desconcierto.

No siempre el significado obvio literal de un pasaje es el verdadero, y las personas ignorantes pueden caer con facilidad en las interpretaciones más peculiares; un juicioso comentario desde el púlpito les resultará de mucha ayuda. Mucha gente se ha acostumbrado a malinterpretar algunos textos bíblicos: escucharon interpretaciones erróneas cuando eran niños y jamás las abandonarán a menos que se les indique cuál es el significado correcto.

En nuestras exposiciones públicas debemos cerciorarnos de *explicar las frases de significado oscuro y enrevesado.* Pasar por alto las dificultades y exponer únicamente aquello que ya está claro es convertir el comentario en algo ridículo. Cuando hablamos de frases «oscuras», queremos decir sobre todo aquellas que se encuentran en los Profetas y que son confusas: ya sea a causa de la traducción, por el orientalismo de su estructura, o por el propio peso de su significado. Las frases intrincadas son muy abundantes en los escritos de Pablo, cuyo profuso intelecto no podía limitarse a una línea argumental. El apóstol comienza una frase y no la termina hasta siete u ocho versículos más tarde; y todos los intersticios entre el comienzo y el final de la misma están atestados de verdad comprimida que no siempre es fácil de separar del argumento general. Algunas pistas de dos o tres palabras ayudarán a tus oyentes a entender dónde se interrumpe el razonamiento y dónde se reanuda el mismo.

En muchas porciones poéticas del Antiguo Testamento el interlocutor cambia, como sucede en el Cantar de los Cantares, que es principalmente un diálogo: aquí se comete a menudo un completo desatino al leer el pasaje como si hablara siempre la misma persona. En Isaías el tono cambia a menudo de la manera más repentina: mientras que un versículo se dirige a los judíos, el siguiente tal vez le hable al Mesías o a los gentiles. ¿No debemos informar siempre de ello a la congregación? Si se hubieran dividido los capítulos y los versículos con un poco de sentido común, esto no tendría tanta importancia; pero como nuestra traducción está tan torpemente dividida en fragmentos, el predicador debe delimitar los debidos párrafos y divisiones mientras está leyendo en voz alta. En definitiva, tu trabajo consiste en hacer que quede clara la Palabra.

En los campos de Lombardía vi unos grandes montones de enormes piedras que algunas manos diligentes habían extraído de la tierra para dejar sitio para las cosechas: tu tarea consiste en «sacar las piedras» y dejar limpio el fértil campo de las Escrituras para que tu congregación lo labre. Por el hecho de que la Biblia se haya escrito en Oriente Medio, en ella se dan orientalismos, metáforas, expresiones características, giros idiomáticos y otras peculiaridades, todo lo cual harás bien en explicar. Para ello sé diligente en el estudio de la vida en el Oriente: familiarízate tanto con la geografía, la historia natural, la fauna y la flora de Palestina como con las de tu propio pueblo natal. Entonces, cuando leas, interpreta la Palabra y tu rebaño se apacentará de ella.

El aspecto principal de tu comentario debería ser, no obstante, *aplicar la verdad a los corazones de*

tus oyentes; ya que aquel que solo comprende el significado de la letra, sin entender cómo afecta a los corazones y las conciencias de los hombres, es como el que hace soplar los fuelles de un órgano y no pone los dedos sobre las teclas. De poco vale suministrar información a los hombres a menos que les instemos a sacar inferencias prácticas de ella. Mis queridos hermanos, miren abajo, a las cámaras secretas del alma humana, y dejen caer desde la ventana la enseñanza divina; de modo que la luz se comunique al corazón y a la conciencia de los hombres. Hagan comentarios apropiados para la ocasión y aplicables a las situaciones de los presentes, y muestren como una verdad que se oyó por primera vez en los días de David es aún vigorosa y pertinente en estos tiempos modernos. Así harás preciosas las Escrituras para las mentes de los miembros de tu congregación, que aprecian tus comentarios mucho más de lo que te imaginas. Limpia los magníficos retratos antiguos de los divinos maestros, cuélgalos en nuevos marcos y fíjalos en las paredes de la memoria de tu gente, y sus corazones bien instruidos te bendecirán.

¿Es necesario hacer una advertencia a los hombres inteligentes? Pues hagámosla: *Asegúrate de no ser tedioso.* Evítalo en toda situación, pero especialmente en este campo. No te alargues con tus notas: si tienes unas dotes estupendas, no te extiendas demasiado, porque a la gente no le gusta lo bueno en grandes cantidades; y si tus comentarios son de segundo orden, entonces, sé más breve aún, ya que los hombres se cansan pronto de las disertaciones de poca monta. Se dispone de muy poco tiempo durante el culto para hacer las lecturas bíblicas; no les robes el suyo a la oración y al sermón comentando. No tiene sentido desvestir a Pedro para vestir a Pablo. No repitas cosas corrientes que seguramente se le habrán ocurrido hasta a un niño de escuela dominical, ni recuerdes a tus oyentes aquello que no pueden haber olvidado: dales algo sustancioso y, a ser posible, nuevo, para que el oyente inteligente sienta, una vez acabado el culto, que ha aprendido al menos un poco.

Además de esto, *evita cualquier pedantería*. Se observa, por regla general, que los caballeros que saben menos griego son los que más tienden a airear sus andrajos de conocimiento en el púlpito. No pierden oportunidad de decir: «En el griego es tal y tal…». El hombre que siempre está dejando caer retazos de griego y hebreo —y hasta dice a la gente el tiempo del verbo y el caso del sustantivo, como he visto hacer a algunos—, se hace 4 cm más necio. Los que no saben nada se esfuerzan habitualmente por exhibir las pinzas que deberían sujetar la erudición. Queridos hermanos, el proceso entero de interpretación debe llevarse a cabo en sus despachos: no tienen que mostrar dicho proceso a la congregación, sino darles el resultado del mismo; como un buen cocinero jamás pensaría en sacar los platos, las sartenes, el rodillo de amasar y la caja de las especias al comedor, sino que, sin ostentación alguna, envía allí el festín.

Nunca fuerces los pasajes cuando estás exponiendo. Sé absolutamente honrado con la Palabra: aunque las Escrituras fueran obra de meros hombres, la conciencia te exigiría imparcialidad; pero tratándose de la Palabra de Dios mismo, ten cuidado de no pervertirla ni siquiera en lo más mínimo. Que pueda decirse de ti como he oído hablar del Sr. Simeon a un venerable oyente suyo: «Caballero, él era muy calvinista cuando el texto lo era, y la gente pensaba que se trataba de un arminiano cuando el texto así lo requería; ya que él siempre se ceñía al significado llano del mismo». Un vecino nuestro muy ortodoxo dijo en cierta ocasión, queriendo menospreciar al gran reformador antiguo: «Juan Calvino no era ni la mitad de calvinista»; y el comentario era correcto en cuanto a sus exposiciones, ya que en

ellas —como hemos visto— siempre daba las ideas de su Señor y no las suyas propias. En la iglesia de San Zeno, en Verona, vi unos frescos antiguos que habían sido recubiertos de yeso y pintados encima; me temo que muchos hacen lo mismo con las Escrituras, enluciendo el texto con falsas interpretaciones y aplicándole luego sus propias ideas fantásticas. Ya hay bastantes de esos enlucidos por ahí, dejémosles a otros ese perverso oficio y sigamos nuestra honrada vocación. Recuerden esos versos de Cowper que dicen:

Un crítico del sagrado texto debería
ser franco, instruido, desapasionado y libre;
libre de la parcialidad caprichosa del fanático,
de las preferencias y el excesivo celo; pues
de todas las sutiles artes que los bobos inventan
para engañarse a sí mismos y ser aprobados del mundo,
no hay otra peor que torcer la intención de la Escritura.

Utiliza tu juicio más que tu imaginación. Las flores están muy bien, pero las almas hambrientas prefieren el pan; alegorizar juntamente con Orígenes puede hacer que los hombres se fijen en ti, pero tu tarea consiste en llenar sus bocas con la verdad, no en hacer que las abran maravillados.

No te dejes entusiasmar por los significados novedosos. Los hermanos de Plymouth se deleitan en pescar algún renacuajo de interpretación desconocido hasta entonces y vocearlo por ahí como si de un raro bocado exquisito se tratara: contentémonos nosotros con una pesca más corriente y saludable. No tenemos que exaltar ningún texto por encima de la simple analogía de la fe, ni debe expresión solitaria alguna conformar nuestra teología. Otros hombres con más sabiduría han expuesto antes que nosotros, y deberíamos poner a prueba cualquier cosa no descubierta por ellos antes de alardear excesivamente de haber encontrado el tesoro.

No corrijas innecesariamente la versión tradicional de nuestra Biblia. Tiene deficiencias en muchas partes, pero aun así es una magnífica obra y resulta imprudente hacer desconfiar a cada viejecita de la única Biblia que tiene a mano; o, lo que es aún más probable, desconfiar de ti por no concordar con su apreciado tesoro. Corrige allí donde se necesite, por amor a la verdad, pero nunca como una exhibición vanagloriosa de tu habilidad como crítico. Cuando leas algunos salmos cortos o pasajes conectados de los otros libros, *no separes las palabras del autor intercalando tus comentarios*. Lee el párrafo entero y, luego, repásalo añadiendo tus explicaciones y dividiéndolo como te parezca apropiado en la segunda lectura. A nadie se le ocurriría partir en dos una estrofa de algún poeta con un comentario aclaratorio; eso sería traicionar al sentido común, y el buen criterio nos impedirá estropear de esa manera la Palabra de Dios. Es mejor no comentar jamás que cortar y trinchar las palabras inspiradas, y oscurecer así el significado de las mismas añadiendo comentarios impertinentes e inoportunos de tu propia cosecha. Hay muchos pasajes acerca de los cuales los comentarios serían una crasa insensatez: jamás pienses en pintar de color un lirio o en dorar el oro fino; deja esas frases sublimes intactas en su gloria. Como a sabios les hablo; demuestren también en esto su sabiduría.

Si tuviera que predicar un sermón acerca del tema que nos ocupa, no podría pensar en ningún

texto bíblico mejor que Nehemías 8:8: «Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura». He aquí una indicación para el lector en cuanto a su *lectura*. Que esta sea siempre clara: intenten ser buenos lectores y esfuércense en ello; porque hay pocos hombres que lo sean, y los predicadores deberían de serlo. El oír a nuestros mejores hombres leer las Escrituras es tan bueno como un sermón, ya que con su énfasis y tono correctos sacan a la luz el significado de las mismas. Nunca caigas en el error de pensar que todo lo que se demanda de ti cuando lees es que pronuncies las palabras que tienes delante: leer bien constituye un gran logro, si bien poco frecuente. Aunque no vayas a comentarlo, lee previamente el capítulo y familiarízate con el mismo, ya que es inexcusable que un hombre delate el hecho de que está perdido en la lectura, atravesando una tierra que no ha pisado antes, andando torpemente y buscando su camino en el campo como un cazador desorientado. Nunca abras la Biblia en el púlpito para leer el capítulo por primera vez, sino ve a la conocida página después de muchos ensayos; y serás doblemente útil si, además de esto, «*pones el sentido*». Entonces serás, con la bendición de Dios, el pastor de una congregación inteligente y amante de la Escritura, y oirás en tu capilla ese delicioso crujido de las hojas de la Biblia que es tan querido para el amante de la Palabra. Tu congregación abrirá sus propias biblias esperando un festín; y la Palabra de Dios te será cada vez más preciosa, tu conocimiento de ella aumentará y tu aptitud para enseñarla se hará cada día más evidente. Inténtenlo, queridos hermanos, porque aunque tuvieran que dejar de hacerlo, no habrían perdido nada por probar.

Con todo lo que he dicho te he dado una razón más para buscar la ayuda del Espíritu Santo. Si no entiendes algún libro escrito por un autor ya fallecido, no le puedes preguntar a este; pero el Espíritu que inspiró las Sagradas Escrituras vive para siempre, y se deleita en abrir la Palabra a aquellos que buscan su enseñanza. Él está siempre accesible, «porque mora con vosotros y estará en vosotros». Vayan a él por sí mismos y clamen: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley»; y una vez obtenido esto, ruéguenle que envíe su luz y su poder juntamente con la Palabra cuando la expongan, para que los oyentes puedan también ser guiados a toda verdad. Los comentarios, las exposiciones y las interpretaciones no son más que meros andamiajes: es el Espíritu Santo mismo quien debe edificarte y ayudarte a edificar a la Iglesia del Dios viviente.